

# Camilla Ceder

## Grito en el hielo



Lectulandia

“Una fría mañana de diciembre, el pequeño pueblo de Björsared, en la costa oeste de Suecia, se convierte en escenario de un crimen. En la explanada de su taller de mecánica, Lars Waltz yace asesinado con signos de haber sido atropellado brutalmente. Para Seja Lundberg, testigo ocasional, periodista en ciernes y aspirante a escritora, hay algo que no encaja. Algo que la obligará a zambullirse en su propio pasado en busca de las claves necesarias para resolver un enigma que la va absorbiendo poco a poco.

Cuando su investigación se cruza con la del comisario Christian Tell y su equipo, la vida de ambos se ve envuelta en una espiral tan desconcertante como peligrosa. La única salida: ser más rápidos que los deseos de venganza que se esconden bajo el hielo”.

Entre los valores especiales de esta novela destacaremos en primer lugar la trama personal del comisario Tell quien se complica la vida liándose con una supuesta testigo, quien al final tendrá mucho que decir en la resolución del caso. Esa historia de amor de sentimientos contradictorios para el investigador refresca y enriquece la trama principal.

En segundo lugar la dosificación de intrigas interesantes y descubrimientos es muy correcta. A ello contribuyen los saltos en el tiempo que nos llevan a unos personajes y lugares desconocidos que poco a poco se van integrando con normalidad en el argumento.

Otras novelas nos dejan todo para el final obligándonos a estar en ascuas cuatrocientas páginas par luego resolverlo todo en cinco. Sin embargo la Ceder nos mantiene bien informados consiguiendo que no pasemos muchas páginas sin nuevas revelaciones.

El tercer valor que le vemos es que una vez resueltos los asesinatos la trama sigue avanzando. De hecho una quinta parte del libro está escrita “después de” creando una escisión del argumento original con una investigación paralela. El final no demasiado cortante sin fluido y extendido nos deja una sobremesa agradable y un regusto dulce durante más tiempo. Eso son algunos de los pluses de este libro que hará las delicias de l@s amantes del género y que nos permitirá disfrutar de varias horas de buena lectura.

**Lectulandia**

Camilla Ceder

# **Grito en el hielo**

**ePub r1.0**

**Mangeloso 22.09.14**

Título original: *Fruset ögonblick*  
Camilla Ceder, 2009  
Traducción: Carmen Montes Cano  
Retoque de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

«Grito en el hielo es la obertura de la obra de una autora apasionante».

Göteborgs Posten

«Una historia tan bien escrita como contada, con una trama detallada y conmovedora; por una vez, la vida amorosa de un comisario me resulta interesante. Estoy impresionado».

Västerbottens Folkblad

«Éxito inmediato. Un debut prometedor».

Må Bra

«Gran debut de Camilla Ceder. Grito en el hielo es una historia repleta de suspense y melancolía que incita a la reflexión. Una novela sobre cómo el pasado nos pide cuentas».

Dagens Industri

«Es una novela policiaca, una historia de amor, una historia sobre los débiles y marginados y una novela de tinte social... ¡Léanla!».

Dast Magazine

# Capítulo 1

*20 de diciembre de 2006*

Años atrás, cuando los dos estaban en activo, Ke Melkersson prefería levantarse una hora antes que su mujer —que era un ave nocturna—, sólo para poder disfrutar de esos minutos a solas con el crucigrama del periódico y el café. Un cuarto de hora antes de salir llamaba a Kristina que, prácticamente en sueños, se vestía y llegaba trastabillando al garaje para desplomarse en el asiento del acompañante con una manta sobre las rodillas. Kristina seguía durmiendo hasta la entrada de la fábrica de molduras, donde se bajaba él, y conducía el último tramo hasta la oficina de correos de Hjällbo, en la que llevaba trabajando toda la vida. Ella lo recogía a las seis menos veinte junto a la verja de la fábrica; todos los días salvo los jueves, en que Kristina llegaba dos horas después del trabajo, tras merendar en Dahl con su hermana.

Desde que su mujer se jubiló, Ke disponía del coche para él solo y se había visto obligado a alquilar una de las plazas del aparcamiento de la fábrica, por primera vez en veintisiete años. Sesenta coronas al mes le costaba. En un primer momento se planteó dejar el coche en el aparcamiento gratuito de la zona de cabañas de veraneo y recorrer paseando el resto del camino. No era el dinero lo que lo irritaba, era sólo que le resultaba mezquino.

En cualquier caso, el contrato de la plaza de garaje ya estaba cancelado. Fue lo bastante elegante como para pagar por el mes completo, pero no tendría que utilizarlo más a partir de aquel día.

Todo su ser tomó conciencia de ello en cuanto sonó el despertador y abrió los ojos. Durante un segundo sopesó la posibilidad de darse de baja por primera vez en muchos años: fingir que sufría una gripe feroz de verdad para librarse de la obligatoria tarta y del más que encendido discurso del director Englund hijo (pues director era, por más que él quisiera que lo llamaran algo que sonaba a extranjero, imposible de recordar ni de pronunciar).

Una rama helada se había inclinado sobre la ventana del comedor durante la noche y allí se había quedado adherida por la escarcha. «Hacía mucho que no teníamos un diciembre tan frío». Prolongó también el instante con la taza ya apurada en la mano y lo vivió como el último que pasaría así, solo, de madrugada, a la luz lacónica del candelabro de Adviento que Kristina había heredado.

Decidió que saldría de casa con unos minutos de antelación, a fin de tener tiempo de vaciar su taquilla para cuando empezase la jornada laboral; se levantó demasiado rápido y volcó el vaso de leche medio lleno que se balanceó peligrosamente en el borde de la mesa.

\* \* \*

Cuando se sentó en el coche eran cerca de las seis y media. Los primeros copos de nieve caían tímidos desde un moroso cielo nocturno y se iban posando en la luna del coche. Activó los limpiaparabrisas y se quedó mirando cómo barrían los copos, hipnotizado por el movimiento durante un segundo.

Kristina le había advertido que nevaría esos días, o más bien, que helaría: el hielo, siempre tan peligroso justo antes de la nevada. Y la nieve, que siempre está en camino cuando el aire corta la piel. Partículas de hielo dándote en la cara, que no se ven, se sienten como vidrio escarchado. El aire en los labios, como un sorbete aguado, insípido.

Eran aquellos cinco años que ella le llevaba. No tuvieron gran importancia entonces, cuando se casaron; pronto haría medio siglo. La diferencia de edad fue difuminándose a medida que pasaban los años y les inspiró una total indiferencia la mayor parte de su matrimonio. Ahora empezaba a notarse de nuevo. Kristina cumpliría setenta en mayo. Y no es que ella quisiera ningún tipo de homenaje. Cumpliría setenta, pero más que los años que habían ido sumándose en su vida, era la falta de contacto social lo que, según Ke, la había cambiado; lo que hizo que la angustia se apoderase de ella con mano mucho más firme.

¿Qué les pasaba a las personas cuando se jubilaban? «A la gente como nosotros —se dijo—, que no tenemos nada a lo que dedicarnos una vez que el deber deja de llamarnos. La gente que ya ha agotado todos los temas de conversación posibles. La que ha constatado que el placer de las actividades voluntarias a las que podía haberse dedicado apenas compensaba el esfuerzo requerido».

La última pendiente, la más empinada, estaba cubierta de arena. Ésa era la única ventaja de la construcción compulsiva y la inmigración en masa de los años noventa: que en invierno cubrían de arena las carreteras. De ser un verdadero descampado y un lugar de cabañas de veraneo, aquello pasó a convertirse súbitamente en una zona muy solicitada por las familias con niños pequeños. Los chalets de color pastel fueron surgiendo uno tras otro a una velocidad impresionante.

Ahora bien, los socavones producidos por las heladas de la primavera anterior deberían repararlos, pensó con una mueca de disgusto al oír que los bajos del viejo Opel Astra chocaban contra el suelo. Y siguieron dando golpes rítmicamente bajo sus pies cuando tomó la curva de Johansson algo más aprisa de lo debido y notó que las ruedas se despegaban de la calzada. No, la nueva asociación de carreteras no se había dado ninguna prisa en rellenar los baches. Claro, las generaciones más jóvenes usaban coches tan enormes como sus neumáticos.

Cuando giró para entrar en la calle Göteborgsvägen, aún desierta, algunos vecinos

madrugadores empezaban ya a encender las luces de sus cocinas. Las ventanas de las casas eran puntos de blanda luz ambarina en medio de tanta oscuridad. Frenó para que el autobús de las seis y media arrancase y saliese de la parada. Como de costumbre, iba casi vacío.

*Brrrum-brrrum-brrrum.* Sonaba a un fallo en el tubo de escape.

El crudo frío de la mañana no invitaba precisamente a dejar el coche y esperar el siguiente autobús. Aún tardaría en clarear. Decidió probar suerte y confiar en que resistiera hasta el trabajo e ir directamente al taller de Lerum una vez concluida su jornada laboral. Le pediría a Christer que le echara un vistazo.

Satisfecho con aquella decisión, pisó el acelerador tanto como osó por aquella carretera llena de curvas y cubierta de escarcha. La escasa iluminación mostraba la calzada como un rosario extendido por las colinas hacia Olofstorp. En cierto modo, sentía un gran alivio por tener algo que hacer después de dejar la fábrica por última vez, con sus efectos personales en una caja de cartón, en el asiento del acompañante; como una especie de garantía de que la vida no terminaba allí, de que aún existían tareas que se quedarían sin hacer... si uno no existía.

\* \* \*

El mal tiempo augurado por Kristina no se cumplió, pues dejó de nevar tan súbitamente como había empezado. Apagó los limpiaparabrisas y puso la radio para no tener que oír el traqueteo del Opel. «Mierda de coche». En aquel momento, estaba cruzando Olofstorp: la escuela, la guardería, la tienda de comestibles y la de electricidad. Luego el museo local, a cuya altura se acababan las farolas, y de nuevo la carretera comarcal, tan desierta como antes. Trató de eliminar el vaho cegador que cubría la cara interna del parabrisas mientras intentaba sin éxito encontrar en la radio una frecuencia que no emitiese dos canales al mismo tiempo.

En medio de semejante demostración de su capacidad para realizar acciones simultáneas, el coche empezó a dar bandazos. Un estruendo ensordecedor le arrancó una maldición. Logró maniobrar con su ruidoso vehículo hasta salir de la carretera y colocarse junto a la estación de servicio, cerrada a aquellas horas, bajo el techo que parecía flotar suspendido sobre los surtidores iluminados del autoservicio. Con otra maldición, gratuita esta vez, resopló aliviado. Pese a todo, se alegraba de que el tubo de escape —tenía que ser el tubo de escape, claro— se hubiese desplomado justo en aquel punto de la carretera y no en cualquiera de los tramos oscuros como boca de lobo que unían los pueblos de la zona.

Miró el móvil y lo sopesó en la mano. No le atraía lo más mínimo la idea de despertar a Kristina y pedirle que buscara una grúa o el número de Christer y, además, verse obligado a invertir media hora en despejar sus temores. Tendría que



resolverlo de otro modo.

Encontró en el maletero un trozo de cuerda grasiento con el que a duras penas logró sujetar el tubo de escape: así podría llevar el coche hasta el taller más próximo. Un tanto animado al ver que había conseguido superar la prueba hasta ese extremo, actuó impulsivamente y, en lugar de dirigirse al centro del pueblo, se dejó caer por la carretera de grava que conducía a los terrenos de labranza. El camino cruzaba el riachuelo de Lärjeån gracias a un estrecho puente de piedra y seguía cortando las colinas.

Era arriesgado. Hacía unos años llevaron a su nieto a casa de un amigo que vivía en aquella zona. Ke conservaba un vago recuerdo de que existía un taller en alguna de las fincas, poco después del puente.

Quizá su memoria no fuese ya muy de fiar, pues resultó que el taller estaba un buen trecho más allá. Un gran trecho, ya que cada curva superada revelaba nuevos tramos entre campos y plantaciones desiertas. Se alegró de que empezase a amanecer; de poder distinguir de pronto la cima de las copas de los árboles que se erguían ribeteando la estrecha carretera.

«Ese taller no tiene por qué seguir donde estaba», atinó a pensar al tiempo que lamentaba su arrebató, justo cuando, al tomar un recodo, la luz de los faros bañó un viejo cobertizo en ruinas. Tampoco la casa de enfrente se hallaba en buen estado y en la explanada central había una cantidad considerable de coches desguazados. Un sitio de mala muerte, estaba claro, pero el letrero donde se leía *Thomas Edell —Taller y desguace* seguía allí colgado. El conjunto tenía más o menos el mismo aspecto que él recordaba.

Fue un alivio aparcar el estruendoso vehículo en la explanada, entre dos furgonetas desvencijadas. Se hizo después un silencio casi sagrado. Salió del coche y estiró las piernas, respiró hondo un par de veces inhalando el gélido aire matinal y dirigió una mirada escrutadora hacia la casa de madera pintada de blanco y gris. No había luz en ninguna de las ventanas. El intenso resplandor de una lámpara inundaba la explanada desde una caseta metálica aneja a un lateral del cobertizo: un garaje, cuyas puertas estaban elevadas.

Ya eran más de las siete, por lo que no le sorprendió que el dueño del taller tuviese la luz encendida. Los verdaderos currantes empezaban temprano, de eso siempre estuvo convencido. En cambio, sí le resultó un tanto extraño que nadie hubiese reparado en su ruidosa llegada. Aquello seguía mudo como una tumba. Se esforzó por hacer notar su presencia, carraspeó y saludó a gritos mientras cruzaba el césped.

El suelo del taller estaba lleno de trastos, pero allí no había nadie. Un Nissan Miera suspendido a media altura en el elevacoches le impedía ver la habitación, de modo que dio unos pasos más hacia el interior del local.

—¡Hola!

Allí donde el anexo se unía con el viejo cobertizo, había un compartimento construido a base de placas de escayola pintadas de blanco, que cumplía la función de caótica oficina, también desierta, aunque la radio emitía en onda media un murmullo ronco apenas audible. Tras unos segundos de bloqueo, pudo distinguir el programa *Lugna Favoriter*. Entonces cayó en la cuenta de que llegaba tarde al trabajo, a su propia fiesta de despedida, y de que, pese a todos los indicios de lo contrario, el lugar estaba desierto. Salió de nuevo al césped y resolvió dar una última vuelta alrededor de la casa para cerciorarse de que realmente no había nadie que pudiese ayudarle. Desde luego, preferiría no tener que conducir aquel cacharro mucho más tiempo.

\* \* \*

Después recordaría la desagradable sensación que le hormigueó por todo el cuerpo. Tal vez fuese al pensar en lo tarde que llegaría al trabajo y en el director Englund, pero había algo más, algo indefinible. A punto estuvo de darle un infarto cuando un gato blanquinegro se lanzó maullando lastimero por una ventana abierta del sótano. Un segundo después vio al hombre, partido en dos allí donde la explanada se prolongaba hacia la parte trasera del cobertizo. No tuvo que acercarse más para comprender que lo habían atropellado, y probablemente varias veces. Se diría que la parte inferior del cuerpo estaba más o menos... machacada.

«Está partido por la mitad —se dijo Ke Melkersson con una angustiosa risita histérica en la comisura de los labios—. Está aplastado, por la mitad. Hecho casi un amasijo con la gravilla». Recordó las series cómicas de su niñez, donde siempre aparecía una apisonadora que atropellaba a los personajes y los dejaba planos como una hoja de papel. Nunca había sangre en esas series de dibujos, pero aquí había sangre, acumulada en un agujero en la gravilla, en torno a la cabeza del hombre, como un halo cruento.

Ke hizo lo que siempre hacían en los tebeos: retrocedió y vomitó. Primero una vez, y se limpió la boca con la manga de la chaqueta. Y luego una segunda, en los pantalones. «Así no puedo ir al trabajo», acertó a pensar en su turbación antes de salir como un rayo hacia el coche averiado. Dio marcha atrás a gran velocidad, el tubo de escape se soltó con estruendo y fue arrastrando todo el camino hasta la carretera principal.

Cuando llegó a lo que, con un poco de buena voluntad, podía llamarse un lugar civilizado, se atrevió a detenerse en una parada de autobús. Con mano temblorosa, marcó el uno uno dos.

Después se quedó un rato en el coche helado: había conducido con la ventanilla bajada pensando que el aire frío le impediría desmayarse, y se sintió resucitar. La voz

de la policía que atendió su llamada sonó tranquila e interesada en obtener toda la información posible. Y eso le ayudó a serenarse y a recobrar el juicio hasta el punto de que, en lugar de proporcionarle su dirección y su número de teléfono, se ofreció a volver al lugar del crimen y aguardar a la policía para que lo interrogase allí mismo. No quería preocupar a Kristina sin necesidad con la visita de los inspectores en su domicilio, y mucho menos por un asunto como aquel.

El tráfico, que como era habitual empezaba a aumentar según se acercaban las ocho de la mañana, también surtió un efecto calmante. Puso la calefacción al máximo y volvió a coger el móvil.

## Capítulo 2

Andreas Karlberg estaba sentado ante su mesa de la comisaría observando a una urraca que, a todas luces desorientada, había ido a parar al alféizar de su ventana. El golpeteo de sus patas resonaba amortiguado sobre el metal. Sus ojillos negros como el carbón miraban fijamente por la rendija de la ventana entreabierta y al cruzarse con los del policía el pájaro levantó el vuelo, como asustado.

Karlberg tenía la mente en otros asuntos y no prestó mayor atención a aquel contacto visual inesperado. En efecto, se preguntaba si estaría convirtiéndose en un hombre íntegro, que sabía establecer los límites adecuados de su personalidad o si, sencillamente, se comportaba como un cerdo egoísta.

En el primer cajón tenía un libro de divulgación psicológica titulado *Ladrones de energía*. Lo encontró en la alfombra del pasillo, dentro de un sobre acolchado, el día de su cumpleaños un par de semanas atrás. Resultó que se lo había enviado su ex, a la que llevaba meses sin ver. «En el día de su trigésimo cuarto cumpleaños, para una persona que debería aprender a decir que no. Suerte, abrazos de Marie».

Su primer impulso fue llamarla y preguntarle qué quería decir con aquello, pero comprendió que existía el riesgo de que ella lo interpretase enseguida como una oportunidad para explicarle por qué lo había abandonado hacía seis meses. No estaba seguro de querer saberlo. No ahora que empezaba a curarse la herida.

El motivo de la ruptura guardaría bastante relación con el trabajo, seguro. Pasaba demasiadas horas, demasiadas noches trabajando, la mente siempre ocupada con su trabajo. Pero que además tuviese problemas a la hora de darle prioridad a ella ante los demás... con eso no podía estar de acuerdo. Claro que si uno tenía la posibilidad de echarle una mano a un amigo, pues debía hacerlo; aunque más de una vez eso implicase ocupar los fines de semana en ayudar a alguien con la mudanza o llevarlo al aeropuerto de Landvetter a horas criminales, o incluso prestarle dinero a alguno que estuviera en apuros.

«Suerte», le escribió Marie. Supuso que quería animarlo a que se ejercitase en el arte de decir que no, y la verdad, él se lo había tomado en serio. Y no es que se hubiese vuelto un negador notorio, pero había empezado a sopesar cuidadosamente cada ocasión en la que, en condiciones normales, habría respondido con un sí rotundo. Como la tarde anterior, cuando, en la cola del supermercado ICA, vio a una mujer que, jadeante, iba sacando una montaña de artículos del carrito de la compra. De repente, la mujer se dirigió a él y le preguntó medio excusándose si no podría ir poniendo los productos en la cinta mientras ella los metía en las bolsas. Así terminaría antes, adujo ella. Y claro, puede que tuviera razón, pensó Andreas mientras, en un instante de turbación, alternaba la mirada entre su bocadillo de gambas y la expresión interrogante de la señora.

—No, la verdad es que no puedo —se oyó decir.

—¿No? —repitió la mujer. Sorprendida, como si él llevase en la frente un letrero que lo definiera como «el chico que siempre echa una mano».

—Pues no —confirmó él manteniéndose en su postura y pasándose la mano por el cabello trigueño, cargado de electricidad estática a causa del gorro, mientras experimentaba en el estómago una sensación que nada tenía que ver con la tranquilidad. La mujer se ruborizó hasta las cejas. Y al día siguiente, Andreas evocó con realismo repentinamente tormentoso la sonrisa avergonzada de la cajera y la expresión desolada de la señora; y cómo, por fin, logró meter toda la comida de Navidad en las bolsas y se marchó con el cabello empapado de sudor. En dirección al tranvía, seguramente no tenía coche. Y seguramente era madre separada con varios hijos.

Debería llamar a Marie y cantar su triunfo. Y tal vez lo habría hecho, si no hubiese oído rumores de que había empezado a salir con alguien. Un analista de mercado, a saber qué puñetas era eso.

Lo sacó de su cavilar la cabeza del comisario Christian Tell, que asomó por la puerta de su despacho.

—Ya estás aquí, qué bien. Un muerto en la zona de Gunnilse. Atropellado, pero el tipo que llamó creía que, además, le habían disparado. En la cabeza.

\* \* \*

Un rato después pasaban ante la casa color pastel del gobernador de Gammelstaden y dejaban atrás los edificios de cemento gris de los suburbios de la zona norte. Una barriada tras otra de casas adosadas y pareadas se fueron sucediendo hasta que dejaron paso a pueblos más pequeños: Knipared, Bingared, Linnarhult. Entre ellos, escabrosos terrenos de pastoreo. A Karlberg le sorprendía que la ciudad fuese tan pequeña. Sólo se tardaba media hora en salir al área rural.

Después de un fin de trayecto desgarrador por la accidentada carretera de gravilla, giraron y llegaron a la explanada. En un punto de encuentro, junto a la entrada, había aparcada una camioneta de la policía, y parecía que los representantes de las fuerzas del orden locales ya se habían familiarizado con el lugar. Tell masculló algo inaudible.

Karlberg respiró hondo y se aclaró la garganta.

—Y el tipo, ¿dónde está?

—Supongo que a punto de llegar.

Tell encendió un cigarrillo y, con el mechero en la mano, abrió la puerta del coche.

—Al parecer, le entró el canguelo y se largó de aquí, es normal. Luego se le

murió el coche y se quedó parado en la carretera principal. Sabe que queremos hablar con él.

Karlberg respiraba hondo para que su pulso recobrase el ritmo normal después del vertiginoso rally. Siempre tenía la misma sensación cuando salía a investigar un caso: uno quería seguir adelante y, al mismo tiempo, no quería. Abrir aquella puerta, doblar aquella esquina de la casa. Las muertes violentas no eran raras en su trabajo. En cambio, una ejecución en regla como aquella, al menos a juzgar por los datos de la llamada de alarma, no se incluía entre lo más habitual. En el coche habían intentado dilucidar si se trataría de algún tipo de ajuste de cuentas entre bandas, pero el contexto no encajaba. No era aquel el lugar más lógico, en una finca en medio de la nada. Borracheras, un vecino cabreado con otro, quizá. Aunque por allí no se veía ni la sombra de los vecinos, sólo el bosque y los campos.

—No puede decirse que vivan apiñados en esta zona —murmuró cuando el ruido lejano de un coche vino a romper el silencio.

—Vale, ¿vamos a ello?

Tell ya había dado varias caladas rápidas antes de apagar el cigarrillo en un envase vacío de McDonald's y poner rumbo hacia uno de los policías uniformados, justo cuando el coche del médico entró en la explanada de gravilla seguido de los técnicos de la Científica. La cosa estaba en marcha.

## Capítulo 3

Nueve minutos antes de que sonara el teléfono, Seja puso el despertador en modo de zumbido, por si volvía a dormirse. Un pie en la realidad: la mirada fija en las líneas que describía la pintura resquebrajada del techo. El otro, aún en el sueño. Se sobresaltó cuando el reloj emitió el pitido, en un principio vagamente apremiante, al que siguió el timbre agudo del teléfono. El sonido le penetró el cráneo y, por un instante, sintió pavor. La escasa luz diurna se filtraba por los claros que quedaban entre las cortinas, pero la casa aún estaba en sombras.

Un ejemplar atrasado de la revista *Rekordmagasinet* cayó al parqué cuando Seja rodó para salir de la cama, antes de apresurarse al teléfono descalza y de puntillas por el frío suelo de madera.

—¡Hola!

—Hola, ¿estabas durmiendo?

—¿Quién es?

—El vecino. ¿Estás levantada?

—Ke, ¿eres tú?

Seja suspiró aliviada. Desde que Martin se mudó, se alegraba de disfrutar de algún contacto con los vecinos más próximos. Le infundía la sensación de no hallarse totalmente abandonada a su miedo en la oscuridad de la noche; podía escudriñar apartando un poco las cortinas y, aunque lo único que veía era la silueta de los abetos recortada contra el cielo nocturno, sabía que detrás de ellos se extendía un pantano y se alzaba otra casita, aquella en la que vivían Ke y Kristina Melkersson.

Ke podía resultar un tanto pesado y anticuado, y la irritaba con sus zalamerías, pero pese a todo, habían encontrado un registro cómodo. Estaba bien cruzarse con alguien en los buzones por las mañanas. Además, se había acostumbrado a ser la que ayudaba a Kristina en el día a día, cuando Ke estaba en el trabajo. Se trataba por lo general de favores sin importancia: traerle algo de la tienda cuando iba a hacer la compra o echar una carta. Seja sospechaba que Ke se sentía muy agradecido por la seguridad que su insignificante implicación le proporcionaba a su esposa. En un par de ocasiones, un tanto azorado, llegó a ofrecerle dinero por su disponibilidad. Algo que ella rechazó, lógicamente, no menos azorada. Seja estaba sola y, aunque se hallaba en el ecuador de la carrera de Periodismo, después de varios años de estudios sin plan alguno, disponía de montañas de tiempo libre.

A pesar de todo, que Melkersson la despertara por la mañana constituía un paso en falso en su visión del contacto vecinal.

—¿Qué pasa, Ke?

—Necesito que me ayudes. Me encuentro en... Bueno, una situación extraña. Como mínimo.

El hombre sonaba estresado.

—¿Qué quieres que haga? ¿Dónde estás?

—Que me recojas en el supermercado ICA de Gunnilse. Se me ha averiado el coche, pero no es sólo eso. Te espero aquí y te lo cuento cuando llegues. No quisiera hablarlo por teléfono. Venga, ya cuelgo.

—¡Ke! —le gritó—. No pienso ir a ningún sitio a menos que me cuentes de qué se trata. ¿Qué ha pasado? ¿Se te ha muerto el motor? ¿Y por qué no llamas a la grúa?

Ke bajó la voz y pegó la boca al micrófono del teléfono.

—¡Escúchame! Han asesinado a un hombre. En un taller de por aquí. Y yo encontré el cadáver. Lo han ejecutado, le han pegado un tiro en la cabeza, no puede haber sido de otro modo, había tanta sangre... Pero no es sólo eso, Seja: lo han atropellado. Joder, está hecho papilla. Alguien lo ha... Tienes que llevarme allí, se lo he prometido a la policía y mi coche está...

—¡Ke! ¿¡La policía!?! ¿Qué...

—Ya sí que cuelgo.

Y se oyó el clic.

—... está pasando? —terminó Seja la pregunta dirigiéndose al gato, que la miró con acritud antes de volver la cabeza hacia la pared y dormirse de nuevo.

\* \* \*

Estaba pálido cuando, en efecto, lo localizó junto al viejo Opel. Seja detuvo el coche a su lado y abrió en el acto la puerta del acompañante.

—Venga, entra. Y explícate.

Ke se vio envuelto en un olor agrio cuando se desplomó en el asiento.

—Sólo iba a pedirle que le echase un vistazo al coche.

Parecía concentrado exclusivamente en respirar. Seja se contagió de su intenso malestar.

—Joder, me dices que has encontrado un cadáver en el taller y yo, loca de mí, me pongo rumbo al sitio. Es sólo que no lo entiendo, podrías haber llamado a la grúa. O a un taxi.

—Sí, por aquí a la izquierda. ¿No comprendes, Seja? Soy demasiado viejo para estas cosas. Tú puedes acompañarme y darme apoyo moral, ¿no?

Ella no respondió. Los primeros rayos del sol apuntaban cegadores a los espejos laterales del coche cuando tomó la curva demasiado rápido. Ke se agarró al asa del techo y le dedicó una mirada inescrutable. Seja tragó saliva. Pensó que había salido a toda prisa sin detenerse a dar de comer al caballo o al menos dejarlo suelto en la dehesa. No podría quedarse mucho rato y esa conclusión le calmó un poco los nervios.



Solía irritarse cuando estaba asustada. Le resultaba más fácil estar asustada y enfadada que asustada y débil sin más. Más fácil dejarse llevar por una idea que dejarse burlar por el azar. La tensión que de hecho sentía procedía de la lectura nocturna del reportaje sobre crímenes de hacía cincuenta años que había leído en *Rekordmagasinet*. Encontró el montón de revistas en el sótano, allí olvidadas por el anterior propietario de la casa. En un principio pensó quemarlas, pero se enganchó en un mar de artículos expresados en términos anticuados e ingenuos, acerca de delitos que ya nadie recordaba. Le interesaban, pues le ofrecían una imagen de cómo había cambiado la sociedad o, tal vez, sólo por esa fascinación tan humana que siempre despierta el lado oscuro del hombre. Ultimamente había empezado a pensar en utilizar esos artículos como base para su tesina: una visión histórica del periodismo de sucesos. O quizá no fuese más que una excusa a la que recurría para no tener que ponerse a preparar el próximo examen. En cualquier caso, el recuerdo de las porosas fotos en blanco y negro y de los títulos altisonantes de los artículos le infundió una reconfortante sensación de distancia con respecto a aquella situación.

Seja tenía treinta años y no hacía mucho que había caído en la cuenta de lo que quería hacer de su vida. Al menos la idea de que era viable estaba, como quien dice, recién nacida. Escribir: siempre había sido una posibilidad tan vinculada a su persona que, hasta poco antes, ni siquiera se había detenido a pensar que podía convertirse en su profesión. Hasta la fecha sólo había logrado publicar en contextos insignificantes. Le había vendido una novela corta a una publicación mensual y había publicado un dinámico reportaje en el periódico local sobre el aniversario de un club escolar de patinaje de fondo y un informe sobre los métodos rutinarios aplicados por el ayuntamiento para la retirada de nieve de calles y carreteras. Si le pagaban por escribir, ella estaba feliz.

En ese momento vio el lugar. No cabía la menor duda de que era allí donde se había cometido el crimen. Un grupo de coches bloqueaba el acceso mismo a la explanada.

Tuvo que aparcar en el arcén, unos metros más allá.

Era una vieja finca con la pintura resquebrajada. Un letrero se mecía al intenso viento; lo vio con el rabillo del ojo: *Thomas Edell - Taller y desguace*.

Una descarga eléctrica la sacudió de arriba abajo. No estaba en absoluto preparada para tal reacción. La ligera sensación de rechazo se vio sustituida por unas palpitaciones que casi le hacían vibrar el pecho. Empezaron a temblarle las manos y se vio obligada a respirar hondo un par de veces a fin de recobrar el control sobre su cuerpo.

Ke no parecía reparar en su presencia, concentrado como estaba en su propio desasosiego. El hombre salió del coche y se dirigió con tanto aplomo como pudo a lo que Seja tomó por un grupo de policías vestidos de paisano. Las ideas se le

arremolinaban febriles en la mente. Sin oír lo que le decían, vio que remitían a Ke a hablar con otro individuo que se hallaba fuera del jardín, con la vista clavada en el suelo, como un sabueso.

«Un hombre muerto, asesinado». Seja abrió la puerta del coche y se puso en marcha. Reinaba a su alrededor la más intensa actividad, pero no veía al muerto por ninguna parte. El corazón se le aceleró aún más en el pecho. Guiada por una fuerza que ni comprendía ni se había detenido a analizar, se acercó a Ke y al hombre del abrigo. El vecino no se dio la vuelta mientras ella le clavaba la mirada en la nuca. «Ayúdame, Ke. Ayúdame a tener un argumento para quedarme y ver al muerto. No sé explicar por qué, es demasiado complejo, pero tengo que verlo».

El policía la divisó y Seja dio un paso vacilante en dirección a ellos.

—Perdón, supongo que van a interrogarme. Yo estaba con Ke cuando encontramos el cuerpo.

Fingió no ver la expresión de asombro de Ke.

—¿Y te llamas...?

—A ver, creo que esto es un malent...

—Seja Lundberg —declaró interrumpiendo a Ke y con lograda firmeza en la voz cuando su mirada se encontró con la del policía. Tenía unos rasgos delicados que, unidos a la nariz recta y fina y a unas abundantes pestañas, habrían podido calificarse de femeninos, de no ser por lo poblado de sus cejas. Sobresalían de los ojos cuando arrugaba la frente. Seja creyó percibir el olor de su aliento: café y cigarrillos, con un toque a menta.

Le tendió una mano cálida y seca.

—Christian Tell, comisario de policía. Bueno, pues Melkersson me ha contado que hallasteis el cadáver poco después de las siete, y que os dirigisteis a la carretera comarcal para llamar. Eh...

«Se está preguntando por qué Ke fingió estar solo». Seja lamentaba ya su absurda mentira.

—Y parece que cuadra, puesto que la llamada de alarma se recibió sobre las siete y media.

Parecía algo disperso y encogió los hombros tiritando, como si acabase de notar que la temperatura había descendido muy por debajo de los cero grados durante la noche. No era de extrañar que tuviese frío. Llevaba un abrigo demasiado fino para el tiempo que hacía, el típico abrigo urbano, adecuado para alguien que sólo se movía del apartamento al coche, del coche al trabajo.

—Voy a ver si encontramos un sitio donde sentarnos a hablar. Hace un tiempo despacible de cojones, si me permitís la expresión.

Seja asintió sin decir palabra una vez que él se hubo dado la vuelta. En medio de tanta confusión, creyó haber visto a aquel hombre con anterioridad, en un contexto

muy distinto.

«Es ridículo lo familiar que me resulta». Aquellas cejas oscuras y espesas que crecían hasta unirse entre los ojos y que no parecían en consonancia con el cabello color ceniza que le cubría las orejas y la nuca. Aquella voz profunda, y su dialecto: acento de Gotemburgo, muy marcado pero bien controlado. Reconocía su voz y creía saber de qué noche lo recordaba.

Acababan de mudarse a la casa del pueblo. Ella iba a recoger a Martin en el pub de la estación central. Martin había estado jugando a los bolos y fue a tomarse unas cervezas con un colega de Estocolmo que se quedaría a dormir en su casa. Estaban los dos muy borrachos, bien borrachos, hablaban a gritos y no tenían el menor interés por volver a casa con ella. Seja se cansó de insistir y se planteó marcharse sola y abandonarlos a su suerte, pero en su lugar se sentó a esperar enfurruñada en un taburete del bar, mientras los chicos pedían dos cervezas y otros tantos chupitos. El hombre que, si no era Christian Tell, al menos se le parecía estaba sentado a su lado en la barra e hizo algún comentario, medio jocosos, medio compasivo, acerca de su situación. Recordaba que lo encontró atractivo y se avergonzó de ser tan blandengue, de haberse quedado allí enojada, sudando y esperando con la cazadora puesta. Como un perro, una vez más clasificada en el apartado «muermos», mientras que Martin era el divertido, el positivo. El que se veía libre de responsabilidad gracias a que siempre había otra persona que cargaba con ella: una vez más, la mártir que llegaba al día siguiente con los analgésicos en el bolso, serena y de puntillas, para limpiar y recoger y raspar las salpicaduras de lo que había sido divertido pero ya no lo era tanto.

Ke le tiró fuerte del brazo y la devolvió a la realidad. Ella se le adelantó susurrándole:

—Pensé que si decía que estaba contigo en el coche, podría quedarme. De lo contrario, me habrían considerado ajena al caso y habría tenido que irme.

Él pareció recobrar el habla.

—¿Ajena, dices? ¿No comprendes lo que acabas de hacer? Le has mentado a la policía en un caso de asesinato y me has metido a mí en el fango. ¿Cómo he podido verme involucrado en esto? Ahora tenemos que seguir mintiendo y...

—Por favor, Ke... No puedo explicarlo.

Era inútil. Ke dejaba traslucir claramente con su mirada de reproche que no pensaba escucharla y se inclinó para recoger algo del suelo, como si participase en el trabajo policial.

—Perdón, ¿podríais identificaros?

Un hombre uniformado le puso a Ke la mano en el hombro. Seja comprendió que tenía pocas opciones: podía seguir hundiéndose en un mar de mentiras, o humillarse, recibir la reprimenda y exponerse a que la echaran de allí. Una voz interior le aconsejaba que desapareciese del lugar antes de que la descubrieran y le pidieran

responsabilidades, porque claro, seguro que había contravenido alguna ley al andar husmeando sin permiso en el escenario de un crimen. La otra deseaba quedarse, verlo antes de que fuera demasiado tarde. Ver al muerto antes de que se lo llevaran de allí.

Se trataba del mismo fenómeno de ansias de espectáculo sensacionalista que experimentaban quienes pasaban ante el lugar de un accidente, pero no era sólo eso. Se acercó al cadáver sin haberlo decidido realmente. Sus piernas se movieron como por sí solas y doblaron la esquina del cobertizo, donde vio a un grupo de hombres y a una mujer, ocupados en estudiar a la persona que yacía en la gravilla vestida de oscuro, en una posición extraña.

El móvil, que tenía cámara, le quemaba en el bolsillo. Seja carecía de visión periférica y prefirió no volver la vista. Dio unos pasos más, hasta que estuvo muy cerca. A su espalda oyó que reconvénían a Ke por haber destruido pruebas al recoger del suelo un envoltorio de chicle. Oyó que una áspera voz femenina pronunciaba la palabra «investigación de asesinato». Eso no incumbía a Seja. A ella sólo le incumbía el cadáver.

Se produjo un instante de desconcierto cuando vio el rostro del hombre. Revisó su memoria, las ideas cruzaron por su cabeza de forma vertiginosa. No era como ella lo recordaba. Sintió una mezcla de alivio y decepción.

No se habría atrevido a sacar el móvil discretamente, de no ser porque se atrevía aún menos a verse indefensa frente a aquel cuerpo inerte. Iba disparando con el teléfono pegado a la cadera y cada vez que pulsaba el botón, temía que uno de los hombres uniformados se le acercase tronando para arrebatárselo. Pero no fue así, y mientras el clic de la cámara del móvil resonaba entre ella y los ojos vidriosos del cadáver, medio empañados por una película lechosa, aguantó el tipo.

«Ciérrale los ojos, joder». Aquella sugerencia espontánea la desconcertó: las palabras le llegaron como del exterior.

La camiseta azul marino de Helly-Hansen era igual que la que su padre solía llevar en invierno debajo de la cazadora. El cabello rubio empapado de sangre, tieso y ennegrecido.

—Ciérrale los ojos —susurró sin poder ya contener el llanto.

El comisario Tell apareció de nuevo. Por un instante, los ojos llorosos de ella se cruzaron con su mirada intensa e inquisitiva, hasta que el oficial le hizo un gesto a Ke para que lo siguiera al interior de una camioneta aparcada en el arcén. Seja cruzó el césped a paso ligero con la sensación de haber sido descubierta.

\* \* \*

Sobre la mesa extraíble había un termo, una torre de vasos de plástico y unas galletas resquebrajadas en una lata sin tapadera.

—¿Un café?

Seja asintió sin responder, aunque tenía el estómago revuelto. Christian Tell servía el café. Sus manos ejercían sobre ella un efecto calmante, anchas y, al contraluz de la ventana empañada, cubiertas de vello rubio. No llevaba anillo de casado.

—Veamos, Ke... ¿Puedo llamarte Ke? Tú diste el aviso —Ke asintió. Estaba pálido—. Por cierto, ¿conocías a la víctima? ¿Sabías quién era? Su nombre, vamos.

—No, ni idea. Bueno, Edell, pero lo dice el letrado.

Tell se volvió hacia Seja con expresión interrogante. Ella negó sin más.

—Bien, pues ya sabemos algo. Tu llamada se produjo a las 7:49 horas, Ke. Para entonces habíais encontrado el cadáver y habíais vuelto a la carretera principal.

Seja no era capaz de mirar a Tell a la cara. Dejó el café humeante en la mesa, las manos no la obedecían, le temblaban, la delataron enseguida. Habría sido tan sencillo. Aun así, no fue capaz de contar la verdad, de decir que no estaba con Ke cuando halló el cadáver, sino que se sentía terriblemente impresionada por el espectáculo del montón negruzco que había a tan sólo unos metros de donde se encontraban. El cadáver. Siguió mirándose las manos enrojecidas por el frío.

Tell continuó.

—Necesito saber, con tanta exactitud como sea posible, qué hora era cuando llegasteis al taller y descubristeis el cadáver.

Ke se aclaró la garganta, por tercera vez.

—Veamos... salí, o, bueno, salimos de casa... sí, bueno, es que somos vecinos... A las seis y media. Lo sé porque vi el autobús de las seis y media en la parada.

Bien, estaba satisfecho de haber sido de ayuda con tal concreción. Luego frunció el entrecejo, con gesto preocupado.

—Fui conduciendo muy despacio, porque como ya he dicho, algo le pasaba al coche. Al llegar al surtidor se desplomó el tubo de escape. Y me llevó un rato sujetarlo. Veinte minutos, quizá. Y luego fui, o bueno, fuimos a buscar el taller.

—O sea, que lo conocías, ¿no?

—No, bueno, sabía que debía de estar aproximadamente... por allí. O al menos, eso pensé, si es que seguía existiendo. Sólo había pasado por delante una vez en mi vida, cuando vi el cartel. Además, de eso hace ya varios años. Cuando tuve la avería estaba cerca. De lo contrario, habría ido al de Christer. O bueno, a ver, al de Norden e Hijo, en Lerum. Siempre que...

—Es decir, que no hicisteis nada más, os dirigisteis a la carretera principal e hicisteis la llamada. Entonces, ¿sería correcto afirmar de forma justificada que hallasteis el cadáver diez minutos o, digamos, un cuarto de hora antes de tu llamada?

Ke volvió a asentir.

—Sí. Creo que me quedé un rato, o nos quedamos, en el coche, junto a la parada,

aunque pudo ser un rato largo. Sólo para calmarme un poco. Estaba bastante impresionado, como comprenderás. Sé que debería haberme quedado aquí... hasta que vinierais, pero... No pensé en nada, lo único que quería era irme de aquí y ni siquiera caí en la cuenta de que llevaba un móvil. Tampoco hace tanto que lo tengo, pero mi mujer...

—No pasa nada, comprendo que el primer impulso es echar a correr todo lo que den las piernas —lo tranquilizó Tell. Ke pareció relajarse un poco. Tomó un sorbo de café y cruzó las piernas. El comisario se inclinó hacia él—. Quisiera saber cómo sucedió, con todos los detalles que podáis referir. Si visteis algo extraño, si oísteis algo, si hubo algo raro. Lo que sea.

Mientras Ke Melkersson se tomaba su tiempo para responder, Tell miraba a Karlberg con el rabillo del ojo. El colega estaba hablando con el médico que certificó la muerte. Los celadores se preparaban para meter el cadáver en la ambulancia y sopesó la posibilidad de pedirles que aguardasen un poco más. Le habría gustado comprobar la posición del hombre antes de que lo trasladaran, pero decidió no hacerlo.

Muy a su pesar, dejó de prestar atención a lo que sucedía fuera de la camioneta, y volvió a centrarse en la desigual pareja que tenía ante sí, justo a tiempo de ver que Seja se encogía de hombros y miraba a Ke suplicante.

—No... Yo no vi nada más, aparte de lo que Ke ha mencionado.

—Oigámoslo otra vez, Ke.

—La casa parecía desierta, pero la puerta del garaje donde se encuentra el taller estaba abierta. Y había luz dentro. Entré a mirar, llamé varias veces, pero nadie respondió. La radio estaba puesta... Sonaba el programa *Lugna Favoriter*. Bueno, es que yo también suelo escuchar esa emisora.

—Bien. ¿Algo más? ¿Y Seja? ¿Dónde estabas mientras Ke entró a buscar ayuda?

—En el coche. Me quedé en el coche, por eso no vi... al muerto.

«Si quieres parecer creíble, miente lo menos posible».

Tell asintió despacio. Al ver que ella no continuaba, volvió a dirigirse a Ke, que prosiguió donde lo había interrumpido.

—Decidí dar una vuelta y mirar un poco más, ya digo, daba la impresión de que hubiese alguien, o de que lo hubiese habido hasta hacía poco —dio unos toquitos en el cristal de la ventana y señaló la explanada—. Y entonces lo vi. Estaba ahí, tendido. Me di cuenta enseguida de que estaba muerto, no me acerqué mucho... eh... y luego creo que... vomité el desayuno. Fue tan repentino, uno no espera encontrar a nadie... y menos así...

—Se comprende a la perfección, Ke. Se comprende a la perfección.

Ya habían visto la vomitona, a unos metros del cadáver.

Tell había sacado un bloc de notas y ahora empezó a plasmar en él parte de la

declaración. Ke había recobrado el color y la confianza en sí mismo. Y se atrevió a hacer una pregunta.

—Me gustaría saber... Le habían pegado un tiro, ¿verdad? Quienquiera que sea le pegó un tiro y luego lo atropello, ¿no es así?

Tell alzó la vista de sus notas y se apartó de los ojos el flequillo, demasiado largo.

—La causa de la muerte deberá establecerla el forense, pero es incuestionable que le dispararon y puede suponerse que por eso murió.

Sacó un paquete de tabaco del bolsillo interior del abrigo y, con una sonrisa tristonza, cogió un cigarrillo. Seja observó que tenía un diente algo torcido que le otorgaba un aspecto más juvenil al sonreír.

—Ya no se acostumbra a fumar en ningún sitio, pero si no os importa, pensaba dar un par de caladas.

Sonrió una vez más, algo avergonzado, y volvió la cara para exhalar el humo que, pese a todo, inundó el reducido espacio. Seja notó las náuseas, como una reacción retardada y, de repente, sintió una rabia irracional contra aquel tipo medio feo, medio guapo y autosuficiente que, a todas luces, creía que el mundo se había creado para estar a su merced. En efecto, Tell apagó el cigarrillo después de dos caladas.

—Volviendo a vuestra historia... Ke, decías que se te estropeó el coche y que no podías seguir conduciendo desde la parada de autobús desde la que llamaste. Es decir, que no os era posible moveros de allí sin pedir ayuda. El coche con el que llegasteis hace un rato, ¿no era el que se había averiado?

—No, el Opel tuve que dejarlo en la carretera. No tenía más cuerda con la que atar el tubo de escape...

—Comprendo. Pero la persona que acudió en vuestra ayuda supongo que era quien conducía el Hyundai azul oscuro en el que habéis venido ahora, ¿no?

Tell miró por el cristal empañado de la ventana. El Hyundai estaba allí, perfectamente visible, a unos metros de la camioneta.

—¿De quién es ese coche?

«Está mirando el número de matrícula».

—Mío —se apresuró a responder Seja.

Sintió deseos de levantarse y salir de allí.

—Alguien tomó prestado tu coche para ir a buscaros. Y luego vosotros dejasteis a ese alguien en algún sitio y vinisteis aquí, ¿no es eso?

Ke empezó a respirar nervioso y asintió.

—Eso es. En Hjällbo. Fue Kristina, mi mujer. Su hermana vive en Hjällbo y va a verla... a veces. La dejé allí. La dejamos allí.

Ya no estaba pálido, sino más bien bermejo, y se le movían las mandíbulas al mismo ritmo que le latía una vena en la sien, justo bajo el borde del gorro de piel.

Seja estaba a punto de poner fin a la pantomima diciendo la verdad, declarando

que aquellas mentiras eran ridículas e innecesarias, que ella era la responsable de todo, por su estúpida curiosidad, que quería escribir un reportaje sobre un suceso o simplemente ver a una persona muerta; porque ella jamás había visto a una persona muerta. Pero entonces Tell cerró el bloc de notas.

—Me he dado cuenta de que los asientos traseros estaban plegados.

El comentario vino a interrumpir los pensamientos de Seja.

—Es que fui a comprar pienso para los caballos...

Entonces volcó la taza y derramó el café. Un delgado hilillo discurrió hasta el borde de la mesa y empezó a caerle en la rodilla con un goteo irritante. Christian Tell le dio un rollo de papel higiénico que cogió de la estantería.

—¿Dónde se sentó Kristina? —preguntó.

—¿Kristina? —repitió Seja en tono bobalicón.

Tell asintió.

—Sí, ¿dónde iba sentada Kristina, si tú conducías, Ke iba a tu lado y los asientos estaban plegados?

Seja se secaba la pernera del pantalón con ridículo esmero. Lanzó un suspiro cuando no soportó más el silencio.

—En ningún sitio —confesó—. Kristina no estaba. Mentí porque no quería dejar a Ke en el atolladero.

Tell asintió desabrido.

—Bien, en ese caso, vamos a empezar desde el principio otra vez. Tal y como sucedió en realidad.



## Capítulo 4

1993

Hubo un tiempo en que sólo había una casa humilde cerca de un lago entre collados, y un camino de gravilla que se extendía como una tela de araña por un paisaje cubierto de bosque.

La casa —roja, de tres plantas, con su elevada base de piedra— se alza aún recortada contra la linde del bosque. El lago sigue reflejando las nubes cuando no sopla el viento. La explanada de gravilla que se halla ante la casa está como siempre, salvo porque se ven en ella tres coches aparcados con descuido y con el brillo de la chapa apagado por el polvo del camino.

En el minibús se lee Stensjöns Folkhögskola<sup>[1]</sup> y algo más, raspado hasta el punto de resultar ilegible. En efecto, es la Universidad Popular de Stensjön la que llena las numerosas salas. Ella pronto conocerá la historia de la casa. Y descubrirá que en verano el calor es insufrible bajo las vigas de madera del techo, pues es una de las pocas personas que no se marchan de Stensjön en las vacaciones estivales. En invierno hay una chimenea encendida en la sala de recreo de la planta baja, pero su calor no sube hasta los dormitorios. Los radiadores eléctricos están, como es de esperar, al máximo, aunque apenas si pueden ahuyentar el peor frío.

A My le ha llevado casi un día entero llegar allí, después de cruzar el país en tren y en autobús. Es un proceso de purificación: se aleja de Borås y sus suburbios y de las zonas periféricas y de las estrategias que ha usado hasta el momento para salir a flote. Nadie sabe adónde se dirige. Bueno, la familia, pero nadie de su círculo de amistades. Para ellos, se ha esfumado de un plumazo. Cabe la posibilidad de que los defraude, pero nadie podría pedirle cuentas. La moral está, sabido es, directamente vinculada al riesgo de que te descubran.

Todavía no ha cumplido dieciocho años, y tres son una eternidad. Nadie la recordará siquiera cuando regrese, si es que regresa. Todas las personas con las que ha vivido íntimamente unida durante la turbulenta adolescencia habrán entrado en ese mundo adulto del que aún no saben demasiado, y del que habían abjurado como si les fuera la vida en ello. Creen que así se protegen de la mentalidad del sueco medio adulto, cuando lo que hacen en realidad es rebelarse contra la niñez.

La idea de la huida fue siempre como un bálsamo para su alma, a menudo con la ayuda de las drogas: maría, tripis y anfetis con los que preparan bombas, es decir, los envuelven en minúsculos trozos de papel de fumar y se los tragan con un buchito de agua. Una pequeña bomba de placer. My huye con la sensación de estar aprovechando la última oportunidad; de haber subido al último tren hacia algo por completo desconocido. Aterrador, pero no tanto como lo que sabe que la aguarda si se queda en la ciudad: reuniones con rígidos asistentes sociales. El centro para jóvenes

con prácticas de trabajo, puesto que había abandonado el instituto. Con el tiempo, una residencia juvenil donde los reunirían a todos: los que sobraban.

Y ella seguiría fingiendo ser uno con sus amigos, pese a la distancia tan significativa que sólo ella parecía advertir: sencillamente, para la integración faltan los últimos centímetros. El que hubiese elegido a la pandilla como medio para sentirse segura dependía ni más ni menos de que, por lo general, se sentía más rara aún con casi todos los demás. Su círculo de amistades ha cobrado al menos cierta forma de posicionamiento, aunque sea más superficial que estructurado. Algún partido le han sacado al hecho de haber crecido en las oleadas de lo progre, de haber recibido aire fresco del movimiento hippie y del punk y de haber sido activamente políticos en los contextos en que eso se nota, como tener que correr en todas las manifestaciones, caminar descalzo o sentarse en el suelo con las piernas cruzadas en pleno centro. Pero las drogas presentan una clara tendencia a dominar siempre.

Ella nunca tuvo miedo de quedar atrapada en el lodazal de la droga. Han sido jóvenes y deprimidos o jóvenes y alegres, según The Cure, o jóvenes e indignados. Las drogas les han servido para ponerse más contentos, para mantenerse despiertos por las noches, para tener el valor necesario de oponerse a algo, de defender algo. Ella no tuvo miedo de quedar atrapada en la droga sino de quedar atrapada en todo lo demás, de no poder avanzar nunca y de comprender un buen día que había olvidado a favor o en contra de qué estaba. De darse cuenta de que la rebelión se había reducido a lo cotidiano y de que ya no era *street-wise*, sino sólo condenadamente obstinada. Siempre tuvo miedo de ser patética.

Está en el vagón restaurante del tren rumbo a Stensjön y escribe en su diario de color negro. Es uno normal, negro con el lomo rojo, aunque ella le ha pegado en la pasta un recorte de periódico: Ulrike Meinhof, una foto de la cárcel en blanco y negro. Debajo puede leerse: «Este libro pertenece a Lilla My»<sup>[2]</sup>. En las páginas rayadas están sus poemas.

Escribe mucho, pero es poco lo que conserva. No es de los que guardan todo lo escrito. Si la angustia leer sus palabras una vez extinguido el ardor de la inspiración, las quema. Incluso en el tren se dedica a examinar y a emborronar textos antiguos con el ansia de la vergüenza. La poesía que conserva allí es, pese a todo, terriblemente falta de estructura, egocéntrica y empañada de intensas experiencias de sentimientos inidentificables. Se diría compuesta para obligar a un posible lector a sentir el estado de ánimo del autor, más que el suyo propio. Trata ante todo del amor, porque ha dedicado los años posteriores a la primaria a creerse enamorada, entre otras cosas.

Un fabricante de vidrio de edad madura intenta entablar conversación con ella en la cafetería. Enseguida le pregunta en qué trabaja y ella le responde que está en el paro. Suena más maduro que decir que ha dejado el instituto y que aún no tiene decidido qué hacer de su vida. El hombre hace un gesto con la mano indicándole que

no ha de avergonzarse de ello.

—Yo tengo dinero, pero por eso no me creo superior a los demás. Igual hablo con un director que con un parado con un *piercing* en la nariz —asegura el vidriero.

Quiere invitarla a una de las minúsculas y carísimas botellas de vino que tienen en la barra. Ella se lo permite. Después de una copa de tinto, el tipo entra en lo personal y quiere hablar de su exmujer. My no tarda en perder el interés.

—Voy a los servicios —le dice, pero va a sentarse un par de mesas más allá, a sus espaldas. La mentira, que el hombre descubre de camino a su asiento, no parece afectarle especialmente. Tal vez esté acostumbrado.

My comienza una carta para su madre. Le escribe que su infancia ha sido «lo opuesto al gran terror de una niña edípica». Su padre no ha existido, ni siquiera sobre el papel, de modo que ningún frente paterno común y exasperante la hizo sentir nunca sola y como una extraña. En cambio, sí tuvo una madre miedosa y con necesidad constante de afirmación, obsesionada y controladora. Como si aún no hubiera nacido, así quiso tenerla su madre. Como a una confidente. Como a su pareja. «Mamá. Tengo que interponer cientos de kilómetros entre nosotras para liberarme de ti». Se imagina cómo su madre abre el sobre como si fuera un gran acontecimiento. Como si hubiera estado esperando el momento en que por fin podría comprender a su hija. Como si llevase años preguntándose.

En lo más íntimo de su corazón, My sabe que su madre no ha dedicado tiempo a preguntarse nada, a pesar de tantas trifulcas que solían terminar en un pacto. Nunca reflexionó de verdad sobre ello. Su madre tenía bastante consigo misma.

Ha emborronado en su libro páginas enteras de palabras que, pese a todo, se le han grabado a fuego, humillantes y preñadas de sentimientos. Fue significativa para los años de adolescencia esa fijación por la propia vida sentimental. Eso de andar siempre confiándoles a unas y a otras, de palabra o por escrito, toda la información sobre su estado de ánimo, es decir, más o menos como su madre. Así fue como espantó a una verdadera montaña de posibles novios. Hablaba de la angustia con tanto sentimiento, que la orientadora de la Consulta de Salud Juvenil avisó al psiquiatra. La orientadora temía que abrigase tendencias suicidas, lo cual, bien mirado, no tenía en absoluto.

\* \* \*

Una vez en el campo, el autobús rural viene a buscarla a la parada, una prolongación de la estrecha carretera asfaltada, pero provista de techumbre. Al parecer, el autobús que lleva a la estación sólo pasa dos veces al día, por la mañana temprano y por la tarde, y ésa es la única manera de acudir a las clases cuando, como en el caso de My, uno no tiene ni coche ni permiso de conducir.

Los últimos días de agosto traen un calor de pleno verano cuando el sol brilla más alto en el cielo. Por las noches ha empezado a refrescar, un preludio del otoño inminente. My lleva en la maleta una flamante agenda indicio de un nuevo comienzo, su mejor ropa y un batiburrillo de objetos que representan su habitación de adolescente y su vida anterior. Diecisiete años implican que cada paso dado es para siempre.

Se le rebela el estómago, como único testimonio del nerviosismo que sufre. Por lo demás, se muestra impertérrita tras ojos y labios pintados de negro. Lleva vaqueros negros, jersey negro de manga larga y botas Dr. Mårtens. En la estación se quitó el aro de la nariz, pero volvió a ponérselo diez minutos después. Le resulta difícil saber cómo presentarse cuando aún no ha observado cómo lo harán los demás.

Lo que más le preocupa es tener que compartir habitación con alguien. Y eso es, de hecho, lo primero que le pregunta a la mujer que frena en seco ante ella en la comarcal vacía, justo cuando My cree que va a pasar el autobús. La mujer le contesta con una sonrisa hermética y ensimismada, si es que se le puede llamar sonrisa. Hace que My se avergüence de no haberse presentado siquiera. Y allí y entonces toma conciencia de que lo difícil es lo fronterizo.

Estar enfadado y ser rebelde es fácil, y la formalidad y la sensatez no tienen secretos para ella: si eres chica, te has criado en una ciudad de provincias y has cursado la enseñanza obligatoria antes de que se implantara el plan de igualdad, terminas sabiendo hacerles sitio a los demás. En cambio, hallarse con un pie en cada esfera, ante una mujer diez años mayor con el pelo ralo y de punta, chaleco de piel y pantalones de peto salpicados de pintura, y aquella sonrisa, aquella mirada condescendiente... eso es lo difícil. My creía que sus atributos externos la protegerían, ésa era su puta función, supuestamente. Sin embargo, ahora se arrepiente y, de pronto, se siente infantil. Ella aspira a aparecer como un folio en blanco ante la nueva situación, un espacio donde no disponga de ningún elemento pasado en el que apoyarse.

La mujer, que se presenta como Caroline, mete la maleta de My en la parte trasera del coche y da unas palmaditas en el asiento. Lleva una rosa pálida tatuada en el brazo. Se diría que hubo algo escrito en los pétalos, un texto embadurnado hasta lo ilegible. Por un lateral del cuello se enrosca la silueta de una serpiente negra. Por un instante, a My se le antoja ominosa.

Junto al edificio principal se ve un puñado de cabañas, como esparcidas por el césped. Muy por encima de los tejados se yerguen árboles frondosos cuyos troncos retorcidos son tan gruesos que seguramente nadie podría abrazarlos. My no tiene la menor idea de qué árboles son. Se pregunta si habrá un jardín detrás de la casa y siente deseos de ser niña otra vez y doblar a la carrera la esquina para comprobarlo. Quizá también para esconderse por ahí en la verde espesura; pero se queda como

anclada en la gravilla.

Y allí permanece hasta que Caroline vuelve, la coge de la mano y la guía justamente como a una niña camino de su primer día de colegio. La conduce por puertas pintadas de color marrón y por una escalera que desemboca en la buhardilla, donde se encuentran los dormitorios. My desconecta la visión global, como hace siempre que se siente estresada, y recaba en silencio los detalles. Manchas y arañazos bajo el brillo ambarino de la superficie barnizada de los peldaños, como cicatrices causadas por el transcurso del tiempo. La serpiente negra del cuello. Largas serpientes de tejido cicatrizado que ascienden ondulantes por los brazos de Caroline, hacia el codo.

My la sigue sin más.

## Capítulo 5

El bacalao empanado, servido con puré de patatas e ingerido a toda prisa, mezclado con las incontables tazas de café recalentado y las galletas de canela y pimienta, engullido todo ello durante la mañana, le había dejado un gusto rancio en la boca. Tell tenía intención de servirse una taza más cuando comprobó con enojo que alguien había retirado la cafetera de la cocina. A cambio, habían colocado en el pasillo un aparato enorme como un navío, a través del cual parecía poderse adquirir un sinnúmero de bebidas diversas. De la mayoría de ellas ni siquiera había oído hablar.

—*Macchiato vanilla*. ¿Qué coño es eso?

Renée Gunnarsson, una de las imprescindibles administrativas, apareció justo en ese momento y le dio unos golpecitos en la espalda al pasar.

—¿No estás al día, Christian? Tú que eres urbanita y todo, ¿es que no vas de cafeterías?

—Está claro que hace mucho que no —masculló Tell pulsando un botón al azar. *Café au lait* no podía resultar una catástrofe. La máquina empezó a moler, en sentido literal, y terminó el proceso con un prolongado silbido en tanto que la leche espumosa cubría como una manta la superficie hasta el borde de la taza de papel.

—¡Por fin una máquina de café de verdad! —los ojos de Karin Beckman brillaban como los de un niño en Nochebuena. Enseguida se puso a repasar las distintas opciones—: *Café Chocolat*, *Café Mint*, *Café au lait*, *Café Crème*, *Macchiato*, *Latte*...

—¿Y a eso lo llamas tú café de verdad?

Bengt Bärneflod se sumó así al grupo de los que, en distinto grado, admiraban la máquina de café. Tell le hizo un gesto de inusitado aprecio a su colega, algo mayor que él. Trabajaban juntos desde que Tell empezó en el grupo, hacía ya catorce años. Una súbita conciencia del paso del tiempo lo movió a darle un amistoso puñetazo en el hombro, que acompañó con una sonrisa forzada.

—¡Joder, Bengt! A ver, ¿quién quiere ser un retrógrado? ¡Por supuesto que nos tomamos un *café au lait*!

Bärneflod dio un sorbo e hizo una mueca de asco al percibir el sabor de química dulzona de la bebida.

—Pues mira, yo pienso ir ahora mismo a buscar nuestra vieja y fiel cafetera... Por cierto, ¿adónde mierda se la han llevado?

Bärneflod miró acuciante a Karlberg, que acababa de asomar la cabeza por la puerta de su despacho, como si fuese el responsable directo de la desaparición de la cafetera de siempre. Tell se aburrió enseguida de la discusión de partidarios y detractores del *café au lait*.

—Vale, oye, tenemos un caso de asesinato, por si no os habéis enterado. En la

sala de reuniones, dentro de cinco minutos.

Dio una palmada impaciente, como un profesor de gimnasia, y se imaginó cómo todos alzaban la vista al cielo a su espalda, resignados, mientras él se alejaba. No había otro remedio, una de sus responsabilidades consistía en poner a trabajar al personal.

\* \* \*

Diez minutos después, Karin Beckman colocaba su mano sobre la del comisario, para avisarle de su inconsciente pero sin duda irritante golpeteo con el lápiz. Tell estaba estresado, presa de una gran desazón, como siempre que iniciaban una investigación de asesinato.

Los colegas no habían dejado aún las bromas sobre la máquina de café y sus maravillas, ni tampoco la bolsa de bollos de canela que Karlberg había soltado en la mesa, un tanto avergonzado: al parecer, los había horneado él mismo, con su sobrina.

A la izquierda de Tell se hallaba Bengt Bärneflod, que parecía más cansado a medida que pasaban los días, Tell lo sorprendía de vez en cuando resolviendo crucigramas en el horario laboral: los escondía en el cajón del escritorio. Bengt se dejaba caer cada vez más a menudo con opiniones nada simpáticas sobre los inmigrantes. Siempre andaba diciendo que antes todo era mejor, «cuando uno podía cantar el himno nacional sin arriesgarse a ofender a nadie». Sin embargo, en raras ocasiones, por no decir nunca, se la veía tomar la iniciativa. Pero estaba bien contar con Bengt en las situaciones más críticas. La parsimonia que, por lo general, sacaba de quicio a Tell resultaba muy útil entonces, y con ella conseguía que el tipo más chalado se volviese si no razonable, al menos sí algo comunicativo.

A su lado estaba Andreas Karlberg, al que, a diferencia de Bengt, no se le conocía una sola opinión expresa sobre nada en absoluto. Era un joven ambicioso y bienintencionado, pero se comportaba por lo general como una veleta al viento: ni rastro de una opinión propia. Tell sabía que era injusto, pero, sencillamente, no podía evitarlo.

Karin Beckman tenía experiencia y había sido una prometedora policía judicial hasta que tuvo hijos, se decía Christian Tell con amargura; claro que jamás habría hecho gala de la incorrección política que suponía decirlo abiertamente. A las cinco en punto dejaba cuanto tenía entre manos y se marchaba a casa esgrimiendo alguna ley y remitiendo al sindicato. Además, sus dos hijas iban aún a la guardería y, día sí día no, Beckman se daba de baja por cuidado de hijo enfermo. Hubo temporadas en que Tell dejó de contar con ella por completo en el trabajo pero, desde un punto de vista optimista, a partir de ahora la cosa sólo podía ir a mejor —puesto que los niños crecen, claro—, y no creía que Beckman tuviese más. Ya había cumplido los

cuarenta.

En cualquier caso, era una buena policía, cuando trabajaba. No le quedaba más remedio que admitirlo. Y útil en situaciones delicadas, en casos de mujeres maltratadas o donde había niños de por medio. Era una buena conocedora del género humano, una competencia psicológica que él no menospreciaba en absoluto. A veces se la echaba en falta en el Cuerpo. Y además, ya estaba a punto de terminar los estudios elementales de psicoterapia que, a petición propia y tras agotadora insistencia, había cursado los dos últimos años. Al grupo le vendría bien volver a contar con ella a jornada completa.

Sobre Michael Gonzales no había tenido tiempo de forjarse una opinión. Sólo llevaba en el grupo algo más de un año y no había participado en ninguna investigación importante. Gonzales era el único de los policías que se había criado y seguía viviendo en uno de los barrios con mayor representación en las estadísticas por su índice de criminalidad, según él mismo explicó en la entrevista de trabajo. Tell no fue seguramente el único en pensar, con cierto prejuicio, que el Cuerpo de Policía podría sacar partido de sus contactos y experiencias. Sin embargo, los contactos de Gonzales en el inframundo resultaron ser mínimos y, antes al contrario, el colega parecía un milagro de ingenuidad. Aunque llevaba un decenio disfrutando de la mayoría de edad legal, aún vivía con sus padres y no tenía, por el momento y a juzgar por lo que Tell había interpretado de sus declaraciones, la menor intención de mudarse. El servicio de intendencia que la señora de Gonzales le ofrecía era, en efecto, algo que él no estaba dispuesto a cambiar por una leonera de soltero con montañas de platos sin fregar y de ropa que lavar.

No obstante, parecía lo bastante inteligente y observador como para comprender que no podía esperar que lo trataran como a un principito en otro contexto que no fuese la casa de su madre. Con una actitud reconciliadora de distanciamiento de sí mismo, les habló de cuando lo admitieron en la Escuela Superior de Policía: su madre, Francesca Gonzales, estuvo llorando una semana, de pura felicidad, hasta que las antipáticas de las vecinas la mandaron callar.

Tell sospechaba que la visión que el joven colega tenía de las mujeres era más igualitaria de lo que pretendía dar a entender pero, con independencia de que así fuese, Gonzales demostraba, sin duda, facilidad para aprender el oficio de policía judicial. Además, constituía un modelo ejemplar de actitud positiva, lo que no era de despreciar en una profesión como la suya.

El comisario dedicó otra vez a Karlberg una mirada reconciliadora. Era injusto llamarlo veleta. Más bien podía decirse que se movía por una sutil iniciativa, de un modo que, por recurrir al conocimiento que Tell había acumulado durante sus cuarenta y cuatro años, no suponía una amenaza para su ego. Karlberg trabajaba en silencio a partir de sus, por lo general, bien fundamentadas hipótesis, sin mayores



alharacas.

En esto estornudó Karlberg con estruendo y, algo avergonzado, se limpió la nariz con el dorso de la mano.

Apoyada en el marco de la puerta estaba la comisaria jefe Ann-Christine Östergren, ese día, como todos, completamente vestida de negro: pantalones de terciopelo y jersey con cuello y polo negros, en fuerte contraste con su principal rasgo externo, su rizado cabello blanco que, como un cielo ensortijado, le coronaba el rostro surcado de arrugas. Östergren era una buena jefa, en eso estaba de acuerdo el grupo, aunque cada uno tenía una idea distinta de en qué consistía ser un buen jefe. La opinión comúnmente aceptada, no obstante, predicaba que era una mujer con saber y muchas tablas después de casi toda una vida profesional como policía y como mujer en un mundo de dominación masculina. Durante los seis o siete años que llevaba en su puesto, se había agenciado la profunda confianza de sus colaboradores, a pesar de los dimes y diretes que hubo en un principio, según los cuales su traslado se debía a una serie de conflictos irresolubles en su anterior puesto de trabajo.

Lo que más apreciaba Tell en ella era la confianza manifiesta que depositaba en sus subalternos, la capacidad de delegar tareas y responsabilidades sin sentirse obligada a controlar en todo momento y a corregir según su criterio. Entre Tell y Östergren existía un acuerdo tácito, a saber, que mientras él cumpliera bien con sus obligaciones y adoptara las medidas adecuadas, no tenía por qué correr a rendirle cuentas de cada paso que daba en una investigación. Y eso era lo que él quería.

Östergren se aclaró la garganta y, justo antes de que empezara a hablar, Tell observó que Beckman enarcaba las cejas en dirección a Renée Gunnarsson. Renée participaba en las primeras asambleas a fin de informarse de cómo pensaban orientar la investigación. Y lo hacía porque se contaba entre sus cometidos el de atender las posibles llamadas telefónicas de la prensa y de ciudadanos inquietos. Cuánto podían revelar y qué cuestiones se transmitirían después a los investigadores era competencia de Tell.

Gunnarsson alzó la vista al cielo en respuesta a la mirada de Beckman. Tell sospechó que el silencioso intercambio de opiniones afectaba al hecho de que Östergren se mantuviera de pie en la puerta, en lugar de sentarse a la mesa como el resto del grupo. Tell, que daba por sentado que su jefa tenía un motivo para ello, se enojó más bien con la actitud de Beckman y Gunnarsson. En lugar de criticar tan vanamente a Östergren, él entendía que deberían apoyar a una mujer que se movía en las esferas superiores de la jerarquía de dominio masculino del Cuerpo de Policía. Pero claro, ¿no solía ocurrir que las mujeres eran el juez más severo de su propio sexo?

—Vale, veamos. Como todos sabéis, se ha encontrado el cadáver de un hombre, asesinado, con toda probabilidad, en uno de los caminos rurales entre Olofstorp y

Hjällbo. En Björsared, para ser exactos. Digo que con toda probabilidad porque estamos a la espera del informe del forense, pero teniendo en cuenta que le habían disparado en la cabeza, podemos dar por hecho que ésa fue la causa de la muerte. Además, seguramente después de haber sufrido los disparos, aunque esto también está por ver, lo atropellaron varias veces con un vehículo. Un turismo, quizá.

Östergren se quitó las gafas y las sostuvo un instante antes de limpiar una mancha de la lente con la manga del jersey.

—La zona corresponde al distrito policial de Angered y ya me he puesto en contacto con su jefe. Ha prometido apoyarnos en la medida de sus posibilidades con los recursos humanos que precisemos, además de con sus conocimientos de la comarca. Por desgracia, parece que en su comisaría están a tope... con un puñado de incendios provocados y con el... *boom* de las últimas semanas de los robos a chalets. De ahí que hayamos acordado que, en lugar de mandarnos a un colega fijo, irán ayudándonos de forma continuada cuando nos haga falta. Para empezar, colaboraremos en las cuestiones rutinarias: los sondeos de casa en casa, la comprobación de crímenes similares, los permisos del loquero, en fin, ya sabéis a qué me refiero —señaló a Tell con un gesto—. Iréis informando a Christian Tell de la marcha del trabajo. Haremos el seguimiento con todo el grupo el lunes que viene, o cuando Christian lo proponga. Bueno, de eso puedes hablar tú mismo, así que te cedo la palabra.

La comisaria jefe se puso las gafas y se marchó con una sonrisa algo seca en los labios. Y sin poder decir exactamente por qué, también Tell creyó advertir cierta actitud ausente poco característica de ella. Se preguntó por un instante si le habría ocurrido algo en su vida privada, aunque desechó la idea enseguida. No había lugar para especulaciones al respecto en aquellos momentos, y Ann-Christine Östergren no era una persona a la que se le pudiera entrar a saco. En todo caso, si quería hablar, tendría que tomar la iniciativa ella misma.

—O sea, tenemos a un tipo muerto, ejecutado y atropellado con un vehículo. Según el censo, en esa dirección viven una tal Lise-Lott Edell y un tal Lars Waltz, pero aún no hemos podido localizarlos y nadie ha aparecido por la finca. Hemos constatado que la casa está vacía; esperamos que una inspección más exhaustiva nos permita saber dónde se encuentran y cómo ponernos en contacto con ellos. Karlberg, tú vendrás conmigo después de la reunión. Esto... nada menos que dos son las compañías registradas a nombre de Lise-Lott Edell; en primer lugar, una tienda de tejidos en Gråbo, y además, la empresa Thomas Edell, taller y desguace. Y esta segunda actividad empresarial se desarrolla en la finca.

Un segundo estornudo espantoso de Karlberg dio un susto de muerte a Bärneflod que, distraído, garabateaba dibujos psicodélicos en su bloc escolar. Karlberg no tenía buen aspecto en absoluto, observó Tell, que se las había ingeniado para ignorar el

resfriado del colega en los últimos días. Pero ya era imposible no advertirlo: la nariz de Karlberg brillaba roja como un faro y en sus ojos se extendía una fina red de vasos sanguíneos. A Beckman le faltó tiempo para, de una manera muy poco diplomática, traducir en palabras las reflexiones de Tell.

—¡Joder, Andreas, qué pinta tienes! ¿No deberías estar en la cama?

Karlberg se encogió de hombros en un gesto que podía significar cualquier cosa. Era lo mejor si quería evitar una discusión que hacía hervir la sangre a todos.

Por un lado estaban los que acudían al trabajo cualquiera que fuese el estado en que se encontraban. Como motivo para ello podía aducirse un ambicioso espíritu de trabajo, claro, pero también cuestiones como los salarios policiales, los días de carencia y las dificultades económicas en general o incluso, si se quiere, la tacañería. Y luego estaban los que, teniendo en cuenta los riesgos de contagio y mirando por sus colegas, optaban por quedarse en casa. Las divergencias al respecto habían ido perfilándose con el tiempo hasta convertirse en una cuestión de principios.

Karlberg se abrigó mejor con el forro polar y aceptó agradecido el paquete de pañuelos que Beckman le hizo llegar empujoncitos por encima de la mesa. Tell dio un trago de su café dulzón antes de proseguir leyendo tal cual lo tenía escrito.

—Entre tanto, podemos trabajar con la hipótesis de que el que yace en la explanada es Lars Waltz. Tened en cuenta que se trata de una hipótesis, la víctima no llevaba encima ningún documento de identidad, de modo que también podría ser un empleado. Esto... debería decir que yacía en la explanada. Ya se lo hemos llevado a Strömberg y tendremos un informe oral en cuanto él sepa algo. Ah... y no es preciso que os diga que el caso tiene en estos momentos la máxima prioridad —hizo una pausa y se rascó la cabeza—. Empezaremos a preguntar de casa en casa cuanto antes, junto con la policía de Angered. Beckman puede encargarse de eso, llévate a Gonzales. El camino de gravilla discurre como un arco en paralelo a la carretera principal.

Ilustró sus palabras subrayándolas con el dedo, sobre la mesa, y concluyó con un golpe de nudillos.

—Id a todas las casas de ambos lados de la carretera principal. Es posible que nos toque volver a pasarnos cuando Strömberg nos haya revelado la hora exacta de la muerte, pero no hará daño preguntarle a la gente dos veces. La primera se amedrentan tanto que no pueden pensar con claridad. Además, quiero empezar ya.

Bärneflod estaba dibujando monigotes en la agenda cuando sintió que Tell lo miraba.

—Bengt, tú mantendrás las posiciones mientras no dispongamos de nada más sobre lo que trabajar, hasta que se pronuncie la Científica. Sigue buscando a los implicados en el meollo, todo lo que puedas encontrar. En cuanto tengas algo concreto, clasifica: parientes, contratos de trabajo y todo eso. Llámame al móvil y nos

arreglamos para establecer los turnos.

—¿Están trabajando allí?

—Sí. Supongo que no es para tirar cohetes, pero las huellas de los neumáticos son muy claras y puede que nos digan algo. Tal vez haya restos de fibra... en fin. El envoltorio de un chicle. El tipo que descubrió el cadáver lo recogió del suelo aunque... para ser sincero, la probabilidad de que el asesino se haya tomado un chicle mientras estaba en la finca para cargarse a Waltz es mínima...

—Por no hablar de la probabilidad de encontrar una buena huella digital entre todas las demás existentes en el envoltorio de un chicle del quiosco de prensa, por ejemplo.

Fue la aportación de Bärneflod.

—De todos modos. A propósito del tipo, un tal... Ke... Melkersson —tuvo que leer el apellido—. Y su vecina, Seja Lundberg, hemos de echarles un ojo más de cerca.

—¿Porque...?

El tono puntilloso de Bärneflod desvelaba lo ofendido que se sentía. En realidad, debería estar contento de ahorrarse un trabajo policial tan pejiguero como ir de puerta en puerta mientras la lluvia azotaba los cristales de las ventanas, pero algo parecía hacerlo sospechar que Tell tenía motivos muy distintos del celo por su comodidad para dejarlo fuera de la investigación.

—Porque fueron los primeros en llegar al lugar del crimen. Y porque mintieron.

Tell se puso de pie con demasiado ímpetu y volcó sin querer la silla, que cayó hacia atrás con estrépito.

—Bien, ahora todos manos a la obra.

Dicho esto, se volvió hacia Karlberg que, pese al sospechoso brillo de sus ojos, ya estaba en marcha y con la cazadora puesta.

## Capítulo 6

Una especie de zumbido atravesó el avión cuando éste tomó tierra.

Por fin. Lise-Lott Edell sintió entonces que todos los músculos de su cuerpo habían permanecido en total tensión desde que salieron de Puerto de la Cruz. La próxima vez que volara, tomaría un taxi hasta el aeropuerto de Landvetter, en lugar de dejar el coche en el aparcamiento de larga duración. Y no es que tuviese costumbre de viajar mucho, hacía ocho años que no salía al extranjero, pero precisamente por eso, debería haberse permitido templar sus nervios con un whisky o un Martini en el avión. Su miedo a volar no había mejorado con los años, eso estaba claro.

—Se diría que acabaras de ver un fantasma —rió Marianne cuando el avión se detuvo por fin. Su amiga se había mostrado totalmente inmune al hecho de hallarse tan alta en el cielo como para que la tierra pareciese un mapa abstracto de sí misma. Llegó incluso a decir que le encantaba volar, como si estar en un avión suspendido en el aire fuese lo mejor del mundo, después de volar por uno mismo. Esa sensación de libertad, de abrigar un sinfín de expectativas ante lo que le depararía el viaje al extranjero o de volver cargada de historias que contar, de recuerdos que conservar.

Su opinión bien podía tener algo que ver con el hecho de que ella sí que se tomó una copa, o dos, para ser exactos. Y no es que a Lise-Lott le importase demasiado. Por algo estaban de vacaciones, pero la afición de Marianne por los cubalibres la hacía parecer a ella una novicia. Y desde luego, la copita para conciliar el sueño que Marianne se tomaba en el hotel, después de la ronda de cubatas, era cada noche una copita de más.

Pese a todo, Lise-Lott estaba más que satisfecha con su viaje y contenta de que su amiga hubiese insistido con tanto entusiasmo cuando, la semana anterior, le propuso que compraran un billete de última hora a algún lugar soleado. Lars no podía ir con ellas, puesto que el plan de trabajo de la temporada de invierno no le permitía tomarse vacaciones. Y las escasas semanas de verano presentaban siempre la tendencia a esfumarse en una nubecilla de humo mientras uno cortaba el césped o abordaba las reparaciones domésticas que llevaban esperando todo el año. Sólo de pensarlo, se le ensombrecía el ánimo.

En realidad, el fallo no radicaba en lo que sentían el uno por el otro. Se amaban y seguían teniendo mucho de qué hablar, y aún se deseaban. Si tuvieran tiempo de hablar, o fuerzas para hacer el amor. Era tan absurdo: dos personas enterradas en sus respectivos trabajos hasta el punto de no tener tiempo de vivir.

Sólo llevaban casados seis años; sin embargo, con los dos trabajos de Lars y desde que ella abrió su tienda de tejidos (que fue la realización de un sueño, sí, pero que tanto tiempo y esfuerzo le costó) empezaron a distanciarse. Lise-Lott conocía los

síntomas: Lars se dormía cada vez con más frecuencia en el sofá, ante el televisor de la planta baja. Sabía que se había quedado dormido cuando oía caer al suelo el mando a distancia. Y cuando bajaba a medianoche para ir al baño, un hormiguero de puntos blancos y negros se había adueñado de la pantalla. Lars ya no siempre se molestaba en ducharse antes de meterse en la cama después del trabajo en el taller y el olor a lubricante y a gasolina le ponía una sordina definitiva al interés de Lise-Lott por la vida marital.

Por si fuera poco, él pasaba cada vez más tiempo en la habitación donde revelaba sus fotos: ése era su segundo trabajo, aunque la frontera entre trabajo y afición se desdibuja cuando la actividad sólo exige tiempo y no genera, en principio, ningún beneficio económico. En la década de los ochenta, Lars publicó un libro de fotografía que fue acogido por la crítica con encomiosas reseñas, pero ahora sólo recibía encargos del municipio, por lo general de poca importancia, fotos para folletos informativos y cosas por el estilo, que les proporcionaban unos ingresos adicionales. Durante unos años intentó abrirse camino en el sector publicitario e hizo un buen trabajo como diseñador gráfico antes de volverse hipersensible a la pantalla de ordenador y, con gran alivio, verse obligado a abandonar sus ambiciones en ese frente.

La fotografía era, no obstante, su más querida afición. Aparte de eso, lo único que deseaba era un trabajo extra que le reportase ingresos y que no le exigiese más de lo que estaba dispuesto a dar en cada momento. Quería trabajar menos para poder dedicarse más a aquello que la apasionaba. O ésos eran sus planes cuando aceptó encargarse del viejo taller de Thomas.

Sólo que las horas dedicadas al taller más las horas invertidas en su cuarto de fotografía resultaron sumar mucho más que un trabajo de jornada completa, algo con lo que Lars quizá no hubiese contado.

Lise-Lott no tenía ya la menor idea de lo que Lars revelaba en la cámara oscura. Ésa era la más triste de todas las señales: Lars había dejado de fotografiarla a ella. Cuando acababan de conocerse, ella era su motivo fotográfico favorito, con diferencia. Lise-Lott a contraluz, Lise-Lott al despertar, Lise-Lott un tanto embriagada y con los ojos seductoramente entornados. A ella le encantaba, una vez superada la timidez inicial, claro está.

Fue el precio que tuvieron que pagar por ver cumplido su sueño de trabajar en aquello que les interesaba: trabajaban sin cesar. En cualquier caso, era una suerte que Lars contase con el taller para unos ingresos más seguros, era una suerte que Thomas se lo hubiese dejado en herencia al morir y, desde luego, era una suerte que ella se hubiese mostrado tan tozuda o tan apática, quizá, como para no venderlo después de la muerte de su anterior marido. Una suerte que hubiese conocido a Lars y una suerte, en fin, que a él se le diesen tan bien los coches.

Pensó que, pese a todo, la suerte la había acompañado siempre. Todo dependía, naturalmente, de la manera en que cada uno elegía ver las cosas. Y pensar así la ponía de muy buen humor. Después de todo, Lars era un buen partido.

Desde luego que había tenido suerte. Una viuda camino de hacerse vieja con una casa destartada y un taller de mecánica sin empleados no era un cuadro que los hombres se desviviesen por adquirir. Lars, en cambio, había sabido ver sus cualidades. No sólo las interiores, sino también las externas: él sabía extraer con su cámara una belleza de cuya existencia no sabía ni ella ni nadie, seguramente. Y también fue él quien la convenció de que apostase por su sueño de siempre, quien la apoyó cada vez que estuvo a punto de perder el ánimo con la apertura de la tienda de tejidos. Con él, casi todo parecía más fácil y, con esa actitud, todo resultaba viable.

Bien mirado y después de conocerlo, no podía comprender que hubiese pasado por la vida tan temerosa de... bueno, de fracasar, tal vez. Había crecido varios centímetros durante los últimos años, se decía. Claro que eso podía deberse a que también habría encogido varios centímetros durante su matrimonio con Thomas y que, en la tranquilidad de una relación normal con un chico normal y estupendo, se reencontró y recobró la confianza en sí misma. Cualquiera que fuese la causa, se alegraba de la situación.

En el coche, de camino a casa, decidió que era preciso un cambio y que ella tomaría la iniciativa del mismo. A partir de ahora, invertirían más tiempo juntos. Tendrían más cenas de lujo con velas, más baños compartidos y más fines de semana románticos en la pensión de Österlen. Ya empezaba a hacer planes, consciente de la sonrisa romántica que afloraba a su rostro, pero no tenía la menor importancia, puesto que Marianne dormía a su lado con la mejilla clavada en el cinturón de seguridad. Cuando Lise-Lott la ayudó a sacar el equipaje hasta la puerta de su casa adosada, su amiga tenía una marcada arruga roja en la sien.

—Muchas gracias por esta fantástica semana, Lise-Lott. Me ayudará a sobrevivir mucho tiempo en este frío espantoso. ¿No podríamos repetir el año que viene?

Lise-Lott le dijo adiós con la mano al partir. Se sentía feliz. La Navidad estaba a la vuelta de la esquina; por una vez, apenas si podía contener las ganas de comenzar con el trajín y el decorado de las fiestas. Serían unos días deliciosos.

Un gran sosiego presidía el ambiente cuando tomó la cerrada curva que desembocaba en el camino de gravilla. Estaría en casa en cuestión de segundos.

## Capítulo 7

Aquella mañana, cuando entraron en la casa de Lise-Lott Edell no tuvieron que forzar la puerta, pues una de las ventanas del sótano estaba entreabierta. Karlberg se sorprendía siempre de lo descuidada que podía llegar a ser la gente con unas propiedades que, con toda probabilidad, les habría costado mucho esfuerzo conseguir. Existían dos tipos: una minoría de exagerados que construían muros más altos que la casa, se agenciaban un perro guardián o contrataban a una empresa de seguridad o una de esas alarmas norteamericanas tan caras, cuando no recurrían a todo a la vez; o la masa, que cerraba la puerta con doble cerradura pero se dejaba abierta la ventana del sótano.

Quizá no contasen con que los ladrones dieran con casas tan apartadas e inaccesibles. También podía ser que Karlberg sufriese una manifiesta deformación profesional después de tantos años en la profesión.

Como quiera que fuese, el asesino había llegado hasta allí. La sola idea le produjo escalofríos.

La vecina —no es que pudieran charlar por encima del seto, precisamente, sino más bien enviarse señales luminosas a través del sembrado en las oscuras noches de invierno— le había dicho a Karlberg durante su reciente visita que Lise-Lott Edell estaba de vacaciones.

—En las Islas Canarias, ¡y sola! Mientras que su marido se queda en casa trabajando.

Y vaya si ellos lo sabían de buena tinta, porque la propia Lise-Lott se lo contó cuando coincidieron en la tienda.

—Lars no podía permitirse una semana libre para acompañarla. Él era quien llevaba el taller, desde que a Thomas, o sea, el anterior marido de Lise-Lott, se le ocurrió morir. Demasiado que hacer, creo yo, porque rara vez lo veo salir de la finca. Ella, en cambio, se pasa los días yendo y viniendo con el coche. Uno no puede por menos de notarlo, señor inspector, puesto que tienen que pasar por delante de nuestra casa para ir a cualquier parte. Y cuando se es tan viejo como Bertil y como yo misma, no tiene uno otra cosa que hacer que mirar por la ventana. Por lo demás, no son muchos los que utilizan esta carretera hoy en día.

Hasta tres veces tuvo que rehusar Karlberg el café con galletas, antes de poder salir de allí. Se imaginaba la opinión que a Tell le merecería que se quedara allí mojando galletas en el café, cuando se hallaban en el fragor de la batalla.

—Volveré, o bueno, volveremos por aquí para hacerle más preguntas, señora Molin. Seguramente mañana mismo. Es estupendo que usted y su marido se pasen los días mirando por la ventana, seguro que han visto u oído algo importante.

Reculó por la escalinata y se encajó bien el gorro de lana. Pero la señora Molin no



estaba del todo satisfecha y se retorció ansiosa las manos arrugadas.

—Dimos por hecho que se trataba de un robo, pero luego vimos la ambulancia y, bueno, nos preguntamos si a Lars le había ocurrido algo. ¡Sería terrible! No hay derecho a perder a dos maridos cuando se es tan joven como Lise-Lott. Comprenda, inspector, que cuando Thomas, o sea, el primer marido de Lise-Lott... Sí, a Thomas lo conocía yo desde que era un mocoso... y a su padre también, por cierto... Pues cuando Thomas murió, Lise-Lott no podía sola con la carga de la casa y el taller y todo eso. Y claro, se comprende, porque ella no sabe nada ni de coches ni de campo... Nosotros creíamos que iba a venderlo todo y a mudarse pero... Así que sería una verdadera tragedia que ahora Lars también...

—Gracias, señora Molin, por ahora sólo quería saber si tenían idea de dónde estaban sus vecinos, pero ya le digo que volveré.

Karlberg atajó por el barrizal, que el frío del atardecer cubría de escarcha. Sintió un buen rato la mirada de la señora Molin en la nuca. Al otro lado de la campiña y recortada contra un soto se erguía ominosa la finca de los Edell, mientras oscurecía.

El comisario fumaba con gesto amenazante y visiblemente impaciente al pie de la escalinata cuando Karlberg regresó. Se alegró de no haberse entretenido en casa del vecino.

—La mujer está de vacaciones por su cuenta —aclaró adelantándose a las preguntas de Tell—. El marido, Lars, lleva el taller pero, por lo que me ha dicho la señora, Lise-Lott Edell es la propietaria de la empresa, que heredó de su anterior marido.

—Ya, gracias, eso ya lo hemos visto en la reunión.

—Bueno, de todos modos los vecinos parecen contar con un montón de información. Creo que puede ser rentable tener otra charla con ellos más adelante.

Karlberg pasó delante de Tell al subir la escalinata en dirección a la puerta, consciente de que, dado el humor de su jefe en ese momento, lo más sensato era no entablar una discusión con él. Más valía ponerse manos a la obra con el trabajo.

\* \* \*

Una hora después, habían revisado parte del desbarajuste que contenían los cajones de la cocina y el pequeño despacho que había en la planta baja, sin hallar nada que les indicase cómo ponerse en contacto con la mujer que, se suponía, estaba de vacaciones en el extranjero. Eso sí, era evidente que en aquella casa vivía una mujer. Ciertamente que la fachada necesitaba una mano de pintura y el taller no merecía ningún premio de estilo, desde luego, pero las habitaciones de la vivienda eran agradables y estaban ordenadas.

—Se podría pensar que estando el gato ausente, los ratones se divierten, pero

parece que no es ése el caso —observó Tell pensativo.

Karlberg le dedicó una mirada inquisitiva y su jefe le respondió irritado.

—Está limpio. Sólo quiero decir que el tipo ha estado solo, y podríamos haber encontrado un montón de cajas de pizza y de latas de cerveza vacías en la mesa de la sala de estar. O calcetines por el suelo. O quizá sea un prejuicio mío pensar que los mecánicos de los pueblos funcionan así. Puede que me equivoque.

—Ya... O eso, o la mujer se ha ido hace poco. Quizá el marido no haya tenido tiempo de desordenarlo todo.

Entonces cayó en la cuenta de que, naturalmente, habría tenido que preguntarles a los vecinos cuándo salió de viaje Lise-Lott y cuándo iba a regresar.

Tell no perdió un segundo.

—¿Te dijo la vecina cuándo se fue de viaje?

—Olvidé preguntarle —confesó Karlberg con sinceridad, aunque comprobó con alivio que el comisario no le daba más que un suspiro por respuesta.

Le gustaba trabajar con él, le gustaba de verdad, pero podía ser una auténtica tortura en aquella fase del proceso: antes de encontrar una línea de investigación clara, una galería de personajes a los que estudiar, un móvil, un sospechoso.

—Puede que haya huido —aventuró Tell—, que se haya cansado del tipo y de todo esto.

—Desde luego, está claro que alguien lo ha hecho. Cansarse del tipo, quiero decir —apuntó Karlberg con media sonrisa—. Puede que haya sido ella. La que lo haya matado, quiero decir. No sería la primera vez que una mujer se harta de un marido infiel y violento que le atiza cada vez que se toma un trago.

—Si nos atenemos a las estadísticas, son los hombres que atizan los que matan a las mujeres —masculló Tell.

—Sí, sí, claro, pero en este caso es al tío a quien vemos ahí muerto. O veíamos. Y el que el asesino lo haya atropellado... por debajo de la cintura... ¿No es un signo de algo sexual? Algo simbólico, quiero decir. Como infidelidad. Él se dedica a ir follando por ahí y ella se harta y lo atropella... por debajo de la cintura. Se prepara una coartada reservando un viaje y finge que se va. Pero en realidad, no se ha ido a ningún sitio.

Karlberg estaba entusiasmado y vio en los ojos de Tell una chispa que, por un instante, se impuso a la irritación.

La mayoría de los asesinatos que se cometían estaban más o menos claros y rara vez se requerían los conocimientos desplegados en todo tipo de series policiacas. En un número sorprendente de los casos que ellos investigaban, el autor del delito se encontraba en el lugar del crimen, listo para ser detenido o enviado al psiquiátrico o la celda de desintoxicación y para nada en condiciones de pensar siquiera en eliminar sus huellas y escapar de allí.

Tell no se tragó aquella teoría confeccionada por Karlberg tan a la ligera, eso estaba más que claro, pero también era evidente que se había puesto de mejor humor.

—Tendremos que ver a esa mujer y hablar con ella antes de declararla sospechosa de asesinato.

—Dado que los familiares siempre son sospechosos en primera instancia —osó apostillar Karlberg, aunque el comisario hizo oídos sordos. En efecto, la divinidad parecía haberse hecho eco de las palabras de Tell, pues enseguida se vieron un par de faros en la curva de la carretera.

El vehículo pasó de ir bastante rápido a perder velocidad para, finalmente, detenerse a diez metros de la entrada a la explanada. Se quedaron mirando el coche inmóvil durante algo así como un minuto, atormentados al saber lo que en aquellos momentos pasaba por la cabeza de la persona que iba al volante.

Era una mujer que, con una lentitud infinita, abrió por fin la puertay salió al camino: Lise-Lott Edell. Karlberg se preguntaría después por qué los familiares de alguien que ha muerto siempre saben lo que ha sucedido, mucho antes de que la policía los haya informado y les haya dado el pésame. También Lise-Lott Edell supo de inmediato que no se trataba de un robo ni de un acto de vandalismo. Karlberg cerró los ojos cuando el primer grito fue a retumbar contra la pared del cobertizo.

Aquella sería una noche muy larga.

## Capítulo 8

1993

Debió de pensar en su habitación de la Universidad Popular de Stensjön como otros piensan en su primer apartamento. En cierto modo, ella se independizó entonces del hogar familiar, aunque desde los quince pasaba de vez en cuando varias semanas seguidas en la ciudad, en casa de amigos mayores que ella.

Desechó la posibilidad de dejarse caer por casa de su madre, ahora que todo sucedía demasiado rápido, ahora que la vida le había propinado una patada en las espinillas. Quería algo nuevo y la habitación abuhardillada con el aguamanil junto a la ventana representaba la novedad deseada.

El papel de la pared desprendía un ligero olor a humedad en otoño e invierno, pero la primera vez que se vio ante la puerta, que crujió al abrirla, y pudo ver la habitación y el paisaje a través de la ventana —desde esa perspectiva, sólo se atisbaba el cielo y las copas de los árboles—, el suelo de parqué exhalaba un aroma a polvo estival y a madera templada por el sol. Bajo el aguamanil había un antiguo armarito para el orinal y en la pared opuesta, un ropero amorfo con cortinas verde jade por la cara interior de las puertas de cristal. El ropero estaba vacío, pero impregnado del olor a bicarbonato y al bálsamo de tigre que usaban las abuelas. Por lo demás, sólo una cama, que hizo con las sábanas que llevaba de casa. La colcha era de estrellas, tejidas a ganchillo.

Las primeras semanas en la universidad fueron horribles. Por las noches iba a la salita del teléfono de la planta baja y cerraba la puerta, muda como un ladrón. Las paredes de la sala eran de color vino y aparte del teléfono, no había más decoración que un desgastado sillón de felpa y una mesita de bambú con un gran cenicero de piedra en el centro. My tomaba el auricular y reflexionaba sobre a quién, de los que quedaban en su pueblo, podría y querría llamar. No se le ocurría nadie.

Sobre el dintel de todas las puertas había colgado un letrero con el nombre de la sala a la que daban acceso. Totalmente adecuados y comprensibles en la planta baja: café, gran sala, oficina. En la segunda planta estaban las aulas, dedicadas a diversas celebridades en un afán de transversalidad, una osada mezcla de estrellas de cine, escritores, políticos y filósofos. Los dormitorios llevaban nombres tomados del espacio: el estrecho pasillo era la «Vía Láctea», y ella dormía en la habitación «Galilei». La buhardilla era, desde luego, la dependencia más próxima al cielo.

De vez en cuando hablaba con Caroline, pero no porque ella la buscase, sino más bien al contrario. Caroline la ponía nerviosa con la firme intensidad de su mirada y My sentía un gran alivio cuando la mujer se ausentaba de la universidad un par de días. Por otro lado, se preguntaba adonde iría Caroline cada vez que se marchaba. Y si tendría un novio al que visitar.

En cualquier caso, las conversaciones que mantenían surgían por iniciativa de Caroline. Se mostraba persistente y no dejaba a My en paz con su nostalgia. La veía venir y la abordaba sin rubor.

—Aún no estás a gusto aquí, ¿no?

Estaban sentadas en la parte trasera, en la escalera que conducía al jardín. My no quería comportarse como una adolescente enfurruñada, quería responder. Deseaba crear una relación de confianza, pero de pronto, sólo podía concentrarse en la hormiga que, despreocupada, se arrastraba por su pie desnudo en dirección a una piedra, en lugar de elegir un rodeo mucho más seguro. En realidad, hacía demasiado fresco para ir descalza. El otoño se había adueñado del jardín desde hacía varios días, fríos y lluviosos, y notó que los pies desnudos sobre la dura piedra se le helaban hasta los huesos.

—Yo tampoco estaba a gusto al principio. Sencillamente, odiaba este lugar, pensaba que me había equivocado por completo en mi elección. Y también estaba muy asustada.

Su conversación solía discurrir de ese modo. Caroline hablaba. My reaccionaba callando y reflexionando sobre lo que ella le decía, pero siempre incapaz de hallar una respuesta lo bastante rápido como para pronunciarla a tiempo.

—Y ahora voy a celebrar mi octavo aniversario desde que llegué. Espero que no llegue al decenio. Quiero decir que uno puede estancarse en un rincón del mundo sólo porque al final no sabe lo que le espera en el exterior. Y resulta más fácil quedarse.

—A mí eso me parece mucho peor. Yo la ciudad la conocía, claro. Y me largué y lo dejé todo.

Dijo aquellas palabras sin alzar la vista. Por un instante se hizo el más absoluto silencio, hasta que Caroline echó la cabeza hacia atrás y estiró las piernas. Emitió un ronroneo, como si dudara, pero no pronunció una palabra. Una leve brisa susurraba entre las hojas. Cuando por fin volvió a abrir la boca, declaró:

—Yo también me largué y lo dejé todo hace ocho años. E intuí que tú habías hecho lo mismo.

Una oleada de calor le inundó el pecho y se sonrojó. My maldijo su tendencia a ruborizarse. Para esconder la cara, inclinó la frente hacia las rodillas y se abrazó las piernas, hasta que el rubor desapareció.

—¿Tú vives aquí o qué?

Caroline lanzó una carcajada y señaló una de las pequeñas cabañas del soto.

—Sí, así es. Vivo en esa casa desde hace un par de años. Antes era el estudio para los cursos de pintura y de cerámica que, como sabes, ahora se imparten en la planta intermedia. Los primeros años me alojaron en una de las habitaciones del desván, pero está muy bien disponer de alojamiento propio para ti sola, tu propia cocina y todo eso. Y poder retirarte cuando no tienes ganas de ver a nadie y buscas un poco de

paz y tranquilidad.

—Pero, ¿no tienes un apartamento al que ir cuando estás libre?

—Ya no. Me agencí una leonera cuando terminé los estudios, aunque durante el curso, cuando trabajaba aquí, no iba nunca —vaciló un instante y pareció evaluar a My con la mirada—. Yo... tuve una serie de problemas antes de venir a parar aquí. Ocurrieron tantas cosas... En realidad no me apetece hablar de ello. Pero digamos que venir aquí fue mi salvación, en muchos sentidos. Así que cuando llegó el verano y me di cuenta de que la idea de marcharme sólo me producía angustia, me asusté por sí... Y entonces me deshice del apartamento.

My disimuló la vertiginosa alegría que le había provocado semejante confianza. Observó al grupo de alumnos que hablaban a gritos delante del antiguo estudio.

—No creo que tengas muchos ratos de paz y tranquilidad en esa cabaña —exclamó.

Caroline escondió la cara entre las manos. Una ardilla trepaba correteando arriba y abajo por el tronco de un árbol y cada vez que llegaba al suelo, dejaba ver con más claridad los ojos y el hocico. Como si fuese acostumbrándose poco a poco a la presencia de los humanos.

—¿Sabes? La idea de verme aislada en un apartamento intentando hacer algo sensato con mi vida me descompone. Sencillamente, no me atrevo. Estar solo es un arte, y a mí no se me da nada bien.

Recogió la camisa y la taza de café.

—También es un arte estar con gente —observó My para consolarla.

Caroline se levantó.

—Gracias por esas palabras de ánimo, han sido un bálsamo para el pobre corazón de una mujer que se mira el ombligo sin el menor rubor. La próxima vez te toca a ti tumbarte en el diván.

—No, gracias, yo no.

My se frotó los brazos y antebrazos muerta de frío. Con mucho cuidado, como si se acercase a un animal esquivo, Caroline se inclinó hacia ella. Y posó las manos sobre sus hombros. Levemente, al principio, mientras My contenía la respiración.

Caroline olía a azúcar y a tabaco.

## Capítulo 9

2006

La nariz y las mejillas algo tostadas de Lise-Lott Edell relucían absurdamente rojas en comparación con la palidez del resto de su cara.

—Respira —murmuró Tell al tiempo que, con tanta delicadeza como determinación, le agarraba la cabeza y se la empujaba hacia las rodillas. La mujer oponía resistencia quejándose, como si Tell estuviese haciéndole daño—. Tienes que respirar, inspira, espira, inspira, espira. Eso es.

Beckman asomó en silencio la cabeza por la puerta de la cocina para que Tell supiera que había llegado. Él le respondió con un breve gesto de asentimiento y se acuclilló ante Lise-Lott Edell.

—Sufres una conmoción y no debes estar sola. ¿Quieres que llamemos a alguien? ¿A un familiar, a una amiga? Karin Beckman, que acaba de llegar, te llevará a casa de quien quieras. Si lo deseas, podemos llevarte a que te vea un médico. Puede que necesites algo, descansar, algún tranquilizante.

Ella negó con la cabeza y dejó escapar un sollozo.

—No, no necesito ningún médico. Mi hermana es médico. Y vive a unos veinte kilómetros de aquí.

Beckman se inclinó y tomó dulcemente la mano de Lise-Lott.

—Te llevaré en cuanto estés lista.

Observó con tristeza el bonito anillo que la joven llevaba en la mano izquierda. El anillo de casada, con una turquesa. No podía decirse que hubiesen compartido mucho tiempo para amarse en lo bueno y en lo malo.

—Tenemos que hablar contigo, Lise-Lott, tan pronto como sea posible. Podemos hacerlo ahora, pero, claro, respetamos que no estés preparada. Un colega mío y yo podemos acompañarte a casa de tu hermana y hablamos allí. O si lo prefieres, lo dejamos para mañana por la mañana. También podemos llamar a tu hermana y pedirle que venga.

Lise-Lott volvió a negar con un gesto vehemente.

—No, no quiero que la policía vaya a casa de Angelika. Prefiero que hablemos ahora, cuanto antes mejor.

Beckman le lanzó una mirada inquisitiva a Tell, que se encogió de hombros sin que se notase apenas, como diciéndole «¡Adelante!».

—Vale, Lise-Lott. Te lo agradecemos. Cuanto antes aclaremos las circunstancias de este trágico... fallecimiento, tanto más rápido recibirá el autor su merecido castigo. Si quieres que paremos, no tienes más que avisar.

—Quisiera un vaso de agua.

Apretaba tanto las mandíbulas que se le empalidecieron las sienes. El bronceado

parecía una máscara y Tell comprendió lo lejano que debía de resultarle ahora Puerto de la Cruz, el calor que había dejado atrás hacía tan sólo unas horas. Ahora el mundo se había resquebrajado bajo sus pies. Tell se armó de valor para no permitir que la empatía lo condujese a suposiciones infundadas.

\* \* \*

—Tenía planes de hacer un libro de fotografías sobre la zona —explicó Lise-Lott señalando un montón de copias con detalles agrícolas y de las pequeñas aldeas que rodeaban la finca. La joven se había acurrucado en un rincón del sofá, con una manta sobre los hombros, y tenía las manos aferradas a la taza que Beckman había traído como por arte de magia, aunque el té caliente no era capaz de derretir el hielo que, poco a poco, iba cubriéndole el pecho—. Al parecer, lo llenaba de fascinación el paisaje de la zona, el que estuviese tan... intacto. Siempre habrá tenido el mismo aspecto, seguro —deslizó la mirada hacia el paisaje que se extendía al otro lado de la ventana—. He oído que el bosque de Kitjörn es una selva virgen. Fue un señor de las oficinas municipales quien se lo dijo a Lars. Y es porque la mano del hombre no lo ha tocado desde tiempo inmemorial.

Tell parecía dudar.

—Lars no era de la zona, por lo que he entendido.

—No. Supongo que hay que venir de fuera para apreciar la grandeza de este entorno. Lars es de ciudad. O era. De Gotemburgo.

Ya había dejado de llorar, pero tenía la mirada empañada. Tell adivinó que se habría tomado algún tranquilizante cuando fue al baño hacía unos minutos. Y no se lo reprochaba.

—Yo llegué aquí de adolescente, cuando se mudaron mis padres. Claro que entonces esto me parecía la muerte.

Una sonrisa torcida le surcó la cara para, un segundo después, convertirse en una mueca. Lise-Lott dejó escapar un sollozo.

—Irradiaba tal alegría de vivir. Es terrible, impensable que alguien...

Tell pensaba esperar a que se serenase, pero Beckman se le adelantó.

—Precisamente eso es lo que nos extraña, por más que ahora te resulte difícil pensar en ello: ¿se te ocurre quién podría querer hacerle daño a Lars? Alguien con quien haya tenido un conflicto, en el trabajo o en... ¿Sabes si se vio involucrado en algún tipo de irregularidades? Son preguntas que tenemos que hacerte... —se apresuró a añadir al ver que Lise-Lott la miraba sorprendida.

—No, por supuesto que no. ¿Quién querría matar a Lars? Era un hombre honrado, bueno como él solo.

—Reflexiona —terció Tell—. Aunque resulte difícil señalar a nadie sin pruebas,



aunque se te antojen sucesos banales. ¿Sabes si recibió alguna amenaza? ¿Ha ocurrido algo últimamente que te haya llamado la atención? ¿Algo fuera de lo habitual? —y presionó un poco más—: ¿Quizá una nueva amistad o contacto?

Lise-Lott frunció el entrecejo, claro indicio de que trataba de hacer memoria, pero terminó por menear la cabeza con impotencia.

—No, ya digo... No se me ocurre nadie con quien haya tenido un enfrentamiento. En todo caso, se trataría de algún cliente que no estuviese satisfecho con el precio. Me refiero al taller...

Se encogió de hombros para subrayar que no creía que a nadie se le pasara por la cabeza asesinar a Lars por esa razón.

—Bueno... Lars quizá tuvo un... en fin, llamarlo conflicto sería exagerar, tal vez, pero sí alguna diferencia con el funcionario municipal de Lerum, el que solía hacerle encargos. Se llama Per-Erik Stahre. Lars creía que estaban de acuerdo en que él tendría la exclusiva, por así decirlo, para todos los proyectos fotográficos que necesitara el municipio, en tanto que Stahre creía tener derecho a elegir según el precio, y el otoño pasado le asignó un gran encargo a un colega que trabajaba más barato. Se trataba de fotografiar una nueva zona residencial de las afueras y... bueno, era mucho dinero. En opinión de Lars, Stahre debería haber discutido el precio con él antes de contratar el trabajo con otra persona. Nos habría venido muy bien ese dinero.

Lise-Lott meneó la cabeza. Tell asentía e iba tomando notas, pero sintió que el ánimo empezaba a fallarle. Nadie se dedicaba a matar a la gente por la factura del taller ni por un leve revés laboral.

—Nos gustaría que nos informaras enseguida, si recuerdas algo más que pueda sernos de interés...

—Su exmujer. Lars se separó cuando nos conocimos y... las separaciones nunca son agradables. Siempre hay alguien que sale mejor parado. Ella no quería separarse y... hubo bastantes momentos amargos. Además, tiene dos hijos que aún no son adultos propiamente. De diecisiete y diecinueve años.

La experiencia le había enseñado a Tell que la gente hablaba más si se les hacían pocas preguntas y se permitía que el silencio surtiese su efecto. En especial, en las circunstancias extrañas y a menudo terribles que implicaba un interrogatorio policial.

Dejó el bolígrafo y sacó un cigarrillo del paquete.

—¿Puedo?

—Claro, fuma si quieres. Además, estaba la casa. Ella, o sea, su exmujer, no podía permitirse seguir pagando la casa y... por si fuera poco, se deprimió muchísimo. En cierto modo la comprendo. A su edad, a nuestra edad... no es fácil quedarse sola.

Lise-Lott soltó una carcajada, una risa dura, que quedó como enterrada en la garganta cuando, súbitamente, comprendió que ella acababa de quedarse en la misma

situación. Tell encendió el cigarrillo e ignoró el gesto elocuente de Beckman, que se apartó sentándose más lejos en el sofá.

—Al decir que se deprimió —comenzó Beckman—, ¿quieres decir que presentaba algún tipo de inestabilidad psíquica?

—No. Bueno, sí, tenía problemas de nervios, como suele decirse, desde antes, aun así... Claro que hubo un periodo, al principio, cuando se enteró de dónde vivía Lars desde que se mudó; entonces era capaz de llamar por las noches y... comportarse como una insensata. En más de una ocasión llegó a presentarse aquí y montó alguna escena. Pero aquello pasó. Luego empezó a discutir por las cosas, por las pertenencias de ambos. Sin embargo, no creo que Lars haya tenido con Maria ningún contacto digno de tal nombre desde hace un par de años.

—¿Y con los hijos?

—Joakim y Viktor. No, por desgracia, no mucho. Ésa era la gran pena de Lars. Él lo intentaba, aunque... supongo que ellos pensaban que había traicionado a la familia. De eso los convenció su madre y ellos se mostraban leales para con ella. Es lo que suelen hacer los hijos, ¿no? En cualquier caso, se negaban a venir aquí y veían a su padre en la calle, de vez en cuando. Iban a una pizzería o a algún sitio por el estilo. En fin, Lars sentía remordimientos por los chicos y era un dolor verlo. Yo no tengo. Hijos, quiero decir. Nunca los tuve con mi primer marido, aunque al principio queríamos. Nunca nos enteramos bien de si era por él o por mí y, de pronto, ya era demasiado tarde.

Beckman, que había tenido su primer hijo cerca de los cuarenta, sintió la tentación de protestar y explicar las ventajas que disfrutaban las madres con experiencia de la vida, pero se mordió la lengua y decidió que más valía impedir que Lise-Lott Edell hablara abiertamente de más sentimientos íntimos.

Era habitual que la gente que se hallaba en estado de shock le confiase a la policía sus pensamientos y sentimientos más secretos durante el interrogatorio. Y demasiado tarde, comprendían que aquello los hacía sentirse aún más débiles. Naturalmente, se trataba de guardar un equilibrio, puesto que gran parte del trabajo de investigación consistía en hacer que la gente revelase justo lo que más le interesaba ocultar. En cualquier caso, ella no creía que Lise-Lott Edell hubiese estado involucrada en la muerte de su marido y no tardarían en saberlo con certeza, tan pronto como lo hubiesen comprobado con la agencia de viajes.

Y justo cuando Beckman pensaba ofrecerse a preparar más té, se presentó en la entrada una mujer con un abrigo rojo. Fue taconeando sobre el suelo de parqué y, en un segundo, llegó hasta donde estaba Lise-Lott y la abrazó cariñosamente.

—¡Pobrecita mía!

Empezó a mecer a su hermana de manera convulsiva, mientras las lágrimas barrían el abundante maquillaje de sus pestañas. Tell cerró el bloc de notas y apagó

discretamente el cigarrillo contra la suela del zapato, pues no halló ningún cenicero. Y carraspeó.

—Tendremos que seguir hablando más adelante, Lise-Lott, pero por ahora es suficiente. Sólo quiero transmitirte una vez más mis condolencias.

Por encima de la cabeza de Lise-Lott, la mirada de Tell se cruzó con la de la hermana, que le hizo un gesto tranquilizador. Ella se encargaría de la joven. Ya podían marcharse.

## Capítulo 10

La pintura se había resquebrajado en grandes porciones de la fachada y la madera del alféizar de la ventana se notaba al tacto como una esponja fría, húmeda y blanda. El agua debía de llevar años filtrándose por el interior del marco. Por las mañanas, una fina capa de escarcha ocultaba a la vista los montones de leña y el estercolero en la linde del claro del bosque. Era obvio: había que mejorar el aislamiento, o cambiar aquellas ventanas.

Seja dejó escapar un suspiro. No tenía ni idea de cómo cuidar una casa, puesto que siempre había vivido en un apartamento. Detrás de ella, *Lukas* resoplaba en el box que Martin le había dejado construido antes de largarse. Era de madera de pino sin tratar y tenía una portezuela de color verde. En realidad no se trataba de un establo, sino de un trastero desvencijado donde el viejo Gren, que les vendió la cabaña, tenía su taller de carpintería. Allí seguía su banco de trabajo, pegado a una de las paredes, debajo de pilas de sacos de avena y de cubos de forraje. El calor del radiador alcanzaba un par de metros de diámetro.

Tras una noche tan fría como la anterior, a Seja le remordió la conciencia cuando oyó el chirrido al abrir la puerta y descubrió la luz parpadeante de los fluorescentes y a *Lukas*, que se sacudía la paja de la carísima manta de color verde oliva que ella le había comprado a principios de noviembre. En el establo hacía tanto frío como fuera.

Había preparado el box con una capa de paja gruesa como un colchón de muelles, y le había extendido una alfombra ante la puerta, pese a que Martin aseguraba que era una tontería. Ahora que se acercaba la Navidad, colocó incluso un candelabro de Adviento en el pequeño alféizar carcomido. Al menos tenía un aspecto acogedor, se decía para convencerse a sí misma, y pronto volvería a ser primavera.

Seja rodeó con sus brazos el cuello de *Lukas* y ocultó el rostro entre su abultada crin. En realidad, tampoco sabía nada de caballos. Nunca fue aficionada a ellos de jovencita. Al igual que tantas otras chicas, empezó a montar de niña, pero desde que su madre tuvo que dejar el trabajo como profesora de finés como lengua materna, la economía familiar se resintió bastante. Y no es que le dijeran nunca expresamente que la escuela hípica fuese demasiado cara, pero cada vez que llegaban las facturas, se leía entre líneas y se palpaba en el ambiente que todo lo superfluo debía suprimirse sin piedad. De modo que dejó la equitación y se limitó al coro y a las clases de piano municipales. Lo de escribir también era gratis, como el centro recreativo para jóvenes.

Por lo que ella recordaba, no sufrió especialmente por tener que dejar los caballos. De hecho, aquellos animales tan grandes la asustaban de niña tanto como los hirientes codazos de las compañeras de equitación de más edad. Y le resultó un alivio no tener que tomar ella misma la decisión de quedar fuera del entorno social

hípico.

Aun así, se quedó con *Lukas*. Pese a lo barato que se lo vendieron, pues era muy joven, le había costado todos sus ahorros y buena parte de su préstamo de estudios mensual. Por no hablar del tiempo y de lo atada que la tenía, pero jamás se arrepintió.

El día que el viejo Gren les enseñó a Martin y a ella la casa situada al final de la loma de Stenaredsbacken, que él llamaba «Gläntan», atisbó el caballo y lo integró en una visión de cómo podría llegar a ser su futuro con Martin. El animal se encontraba justo donde el claro daba paso al bosque y los pequeños abetos aparecían encaramados a un monte cubierto de musgo que se erguía detrás de la casa. Lo vio comiendo hierba y bebiendo agua de una bañera vieja. Seja había vallado justo aquella zona para que le sirviera de redil a *Lukas*. Incluso la bañera seguía allí, entre la maleza, llena de agua cuya helada superficie se había cubierto de pinocha seca. Esa parte de su visión de futuro se había cumplido.

Con la mejilla pegada al cálido cuello de *Lukas*, solía ser capaz de ahuyentar el recuerdo de Martin, pero hoy le resultaba difícil. En su pantalla interior, reprodujo una vez más la escena que tan feliz la había hecho hacía tan sólo unos meses. El día que, en la cocina de su pequeño y abarrotado estudio de Mariaplan, vieron en el *Göteborgsposten* un pequeño anuncio que rezaba: «Cabaña antigua, se vende barata y urgente», llamaron y quedaron en ir a verla enseguida. Tomaron el autobús, pues aún no tenían coche, y cuando llegaron a la última parada ya atardecía. Desde allí tuvieron que caminar hasta «Gläntan», atravesando pendientes y bosques.

Un taxi de los servicios sociales aguardaba en el camino de grava. Y de él salió un anciano de piernas temblorosas y endebles. El viejo Gren. Les contó que había sufrido un ataque de apoplejía hacía seis meses y que seguramente no saldría ya de la residencia de Olofstorp, de modo que había decidido vender la cabaña.

Para llegar a la casa tuvieron que atravesar un terreno pantanoso. La turba humeaba a aquella hora de la noche. El viejo caminaba infinitamente despacio y con gran cautela por las pasarelas. La cabaña no tenía dentro ni baño ni ducha. El aseo exterior era un anexo del trastero y en la parte posterior, el viejo tenía fuera una cocina y una manguera con ducha y agua caliente. La compra fue una ganga.

Seja se había preguntado infinidad de veces qué fue lo que sucedió, cuándo empezaron a ir mal las cosas. Si recibió alguna señal de que Martin no se encontraba a gusto, de que ella era la única en quedar sobrecogida por la paz que se extendía por todo su cuerpo cuando se afanaba pendiente arriba, cuando al final de la calle Stenaredsvägen giraba para entrar en el bosque, con su intenso olor a mantillo, a pinochas y hojas marchitas. Claro que tuvo que haber señales.

El que, cada vez con más frecuencia, Martin durmiese en el apartamento de la ciudad. Que se quedase a trabajar hasta tarde, a ver a un amigo o, simplemente, que prefiriese darse un baño caliente en lugar de una ducha detrás de la casa, al

resplandor de la luz exterior. Ella se quedaba allí sola cada vez más a menudo, junto con *Lukas* y el gato, que le regalaron con la compra en una de las granjas ecológicas de Stannum.

Cada vez que Martin salía de la cabaña, se llevaba consigo algunas de sus cosas. Hasta que una mañana se marchó para nunca más volver.

Se lo explicó por teléfono: el desasosiego le destrozaba los nervios. El silencio. Se le caía el techo encima. La calma que a ella le encantaba era para él un paso de gigante hacia la muerte. El aburrimiento podía con él, le dijo. «¿Y yo qué? —habría querido protestar ella—. ¿Formo yo parte de ese aburrimiento?».

En una ocasión, Martin le confesó que no entendía cómo nadie era capaz de vivir con la misma pareja toda la vida. Vivir en el mismo lugar, trabajar siempre en lo mismo.

—No lo comprendí hasta que te conocí a ti —la tranquilizó al ver su expresión de sorpresa. Sin embargo, la garra de la duda había hecho presa en Seja. En cierto modo, ella barruntaba que todo terminaría así. Martin era un espíritu inquieto, siempre en pos de algo más, quería viajar, conocer gente, probar nuevas experiencias. Por lo que a ese aspecto básico se refería, eran muy distintos. Seja era más de viajes interiores, y para ellos la tranquilidad constituía una condición indispensable. Un marco en el que los sueños pudieran fluir libremente. Los paseos a caballo por el bosque a primera hora de la mañana y el helador baño otoñal en la laguna eran auténticos acontecimientos. Eso bastaba.

Desde que Martin se marchó, había desarrollado una relación íntima con su llanto y cada una de sus fases. En cierta medida, se trataba de elegir. Por lo general, era perfectamente posible disponer del atisbo de control necesario para no perder del todo la razón. Al menos en aquel estadio de su dolor, una vez limadas las aristas más hirientes. En la actualidad, sólo lo recordaba por la noche y en situaciones que, de forma específica, la hacían evocar lo que había perdido.

Varios meses después de que hubiese terminado de deshacerse de las cosas de Martin, encontró el par de zapatillas Converse rojas, desgastadas y pálidas por el sol, arrumbadas en un trastero del establo. Había ido a buscar fusibles —aún no se había acostumbrado a que resultaba imposible pasar la aspiradora, encender la cafetera eléctrica y tener el ordenador en marcha al mismo tiempo—, y de repente, allí estaban sus zapatillas. Pese a que apenas si podía verse la mano en medio de tan densa oscuridad, sabía de sobra que tenían ambas suelas agujereadas y que el logotipo de la marca se había borrado hasta lo irreconocible a causa del uso. Acudió a su mente el recuerdo de una tarde de aguanieve que pasaron entre el hipermercado Göfab y la tienda de ropa de hogar Klädkällaren. La humedad fue calando por aquellos agujeros y los pies de Martin se enfriaron hasta perder la sensibilidad, algo que él empezó a repetir constantemente a partir de aquel día.

—Me voy a resfriar, lo sé. No puedo permitirme caer enfermo, ¿no hemos terminado aún? ¿Para qué queremos más cojines, si ya tenemos uno cada uno? Pero a ver, ¿cuánto piensas despilfarrar en esa casa tan pequeña? Yo no puedo afrontar tanto gasto.

—Martin —le contestó ella—, no importa el gasto que tú puedas afrontar. Pago yo. De hecho, cuando se trata del hogar común, siempre pago yo. Es una cuestión de prioridades. Tú le concedes prioridad a ir de bares a Gotemburgo varias veces a la semana. Yo, ahora, se la concedo justamente a este tipo de cosas. Perfecto. Pero, joder, por lo menos deja ya de quejarte. Lo único que te pido es que camines a mi lado y finjas estar contento e implicado. Sólo hoy, ¿vale?

«¿Fue eso lo que dijo? ¿Lo que sintió?». Parecía significativo para las arengas iracundas de las disputas matrimoniales: falta de claridad constructiva. Una y otra vez evitaban el asunto, perdían la perspectiva en una pelea en que, al final, sólo se trataba de derribar al otro, de ganar puntos en una especie de deporte de lucha sin unas reglas fijas. Los ratos en que no conseguía mantener a raya los recuerdos, éstos acudían a su mente en tropel.

Ante la sorpresa de verse abandonada sin previo aviso, todo su dolor se esfumaba al constatar lo indignante que resultaba justo eso: que la ruptura hubiese sido tan inesperada. ¿Ellos, que acababan de comprarse una casa, que acababan de empezar, que tan a gusto estaban? Como si alguno de los dos hubiese debido pensar en un cambio, algo así como tener hijos o quizá casarse. El que él la engañase y, con ello, arrasara lo que habían comenzado a construir juntos le resultó al principio algo imposible de comprender. Y lo de que el tiempo todo lo cura se le antojaba una patraña.

En cambio, no le quedaba más remedio que admitir que, a medida que pasaba el tiempo, habían aumentado sus posibilidades de ver las cosas con algo de perspectiva. El dolor pervivía, pero también palidecía. En momentos de lucidez, era capaz de posar una mirada más sobria sobre el naufragio de su relación. Recordar días como aquel de Göfab, y verlos sumarse a otros idénticos; y noches en bares bulliciosos llenos de borrachos desconocidos y un montón de cerveza de varias clases, mientras ella, con la cazadora puesta, esperaba irritada en la puerta a que Martin concluyese la batalla de la despedida: «Sólo una cerveza más, sólo una más».

A Martin no le interesaba el alcohol en sí, sino más bien el miedo a perderse algo: justamente, los bares bulliciosos llenos de borrachos desconocidos y ese sinfín de cervezas, por el día a día del sueco medio y el eco vacío y aterrador de la vida en pareja.

Miró el termómetro. Había subido un poco la temperatura y decidió dejar que *Lukas* saliera un rato al redil. Le pasó el ronزال por la cabeza y lo sacó al césped. Fuera del establo había rollos de rejilla que pretendía usar para, un día, levantar una

cerca entre el establo y el redil, de modo que *Lukas* tuviese más libertad para entrar y salir según el tiempo que hiciera. Un proyecto que, como tantos otros, quedó frustrado cuando Martin se marchó.

—Tú no me necesitas —le dijo Martin.

«Sí —habría querido responder—. Claro que te necesito». Pero no dijo nada, sino que se pasó una semana llorando.

Por las mañanas, cuando se dirigía al buzón para recoger el periódico, iba llorando. Ke Melkersson la miraba impotente, ladeando la cabeza, e incluso se atrevió un día, aunque a instancias de Kristina, a ofrecerle su baño, si lo necesitaba. Y, desde luego, que no se lo pensase dos veces si necesitaba ayuda.

—Una muchacha como tú no debe vivir tan mal, sola en el bosque —el hombre parecía sinceramente preocupado—. Y mucho menos en la vieja cabaña de Gren. ¿No pasas frío por las noches?

Cuando Kristina le ordenó a Ke que le preguntase a Seja si no quería alquilar una habitación en su moderna y bien equipada casa de una sola planta, Seja respondió que no, amable pero decidida. Se las arreglaría. El tiempo curaría las heridas. Y además, tenía a *Lukas*.

Desde que acompañó a Ke al lugar donde asesinaron al hombre, sentía que necesitaba mantener las distancias con él, debido a lo contradictorio de sus sentimientos. Experimentaba cierto malestar, pese al afán con que se puso a describir la escena del crimen. En efecto, se sentó al ordenador nada más volver del interrogatorio. Los ojos semicerrados del hombre muerto seguían acudiendo a su memoria en cuanto se descuidaba. En sus pesadillas, ella misma yacía muerta allí en la grava, pero algo le faltaba a aquella vivencia, no estaba completa.

Una parte de ella se sentía atraída hacia el lugar donde se produjo el asesinato, necesitaba volver. Sentir el ambiente. Fotografiar el escenario. Una atracción mórbida la empujaba hacia el cruce, una de cuyas carreteras conducía al taller de Thomas Edell. Thomas Edell.

Había intentado despistar a aquel comisario, pero estaba segura de que él no lo olvidaría. Aun así, se sentía culpable de algo mucho más grave que haber mentido sobre una nimiedad. En efecto, era incapaz de defender ni de explicar el móvil de su mentira. Algo la había obligado a quedarse, quería tener acceso libre al lugar del crimen y que se le permitiera ver al muerto de cerca, eternizar el instante. Y aquel impulso no tenía que ver sólo con sus ambiciones periodísticas. Se trataba de un suceso acontecido hacía mucho tiempo, en una realidad completamente distinta.

«Volveremos a ponernos en contacto con vosotros, para completar la información», le había dicho el policía del diente torcido y las manos vigorosas.

Pretendía dedicar aquel día a escribir. Tenía a medias un artículo sobre los entusiastas de la vida asociativa, pese a que ella misma había elegido el tema,



naturalmente, con la idea de vendérselo al diario de alguna organización. El trabajo que, al principio de sus estudios, invirtió en establecer contactos con posibles empleadores había sido rentable, hasta cierto punto. De vez en cuando, aunque no con demasiada frecuencia, la llamaban para que acudiese como reportera a la inauguración de algún polideportivo. De hecho, la competencia era feroz incluso para trabajos de poca repercusión. Y ella ni siquiera había terminado los estudios.

Seja comprendió desde el primer momento que había que abrirse paso a codazos en una profesión donde la contratación fija parecía ser una utopía. A veces se preguntaba si habría elegido bien, si un trabajo seguro en un puesto mediocre no sería mejor que la lucha eterna por hacer lo que a uno le gustaba. Y cuando se esforzaba en la redacción de una noticia sobre un asalto con rotura de cristales a la tienda de lámparas o en el resultado de las encuestas sobre los servicios de asistencia social domiciliaria, le resultaba difícil sostener la idea de que aquello la entusiasmará. Y temía que el deseo de escribir que había sentido desde niña, de escribir cartas, diarios, historias, se secase y se perdiese finalmente al verse constreñido por andar siempre negociando consigo misma.

Las suposiciones sobre la futura vida profesional no eran, sin embargo, más que especulaciones, pues nada sabía aún. Había emprendido un camino y, para conocer las consecuencias, tendría que llegar al final.

El gato fue a frotarse contra su pierna e interrumpió el hilo de sus pensamientos. Seja esparció la última pala de paja en la carretilla, la empujó y dobló la esquina del establo en dirección al estercolero. Decidió que dejaría al caballo en el redil mientras hubiese luz del día. Verdaderamente, la lluvia había atenuado el frío y Seja sentía el aire templado sobre la piel.

Entró y se puso unos vaqueros y un jersey limpios, que no oliesen a establo, y se cubrió el cabello con un pañuelo. Una vez más quedó ensimismada con todo aquello que le ocupaba la mente por completo, las imágenes del muerto, que le imposibilitaban cualquier otra actividad. La atraían, reclamaban su atención, resultaban traicioneras cuando, movida por la fascinación, bajaba la guardia. De modo que, cuando le sobrevino el miedo, no estaba preparada; cuando, en un instante, la inundó entera y la hizo desear no haber ido con Ke al taller, sino haber colgado el auricular y haberse vuelto a dormir.

Siempre era posible, se decía, darle un giro total al pensamiento. Quizá no por mucho tiempo y, desde luego, no para siempre. Pero uno podía, por un plazo limitado y si lo consideraba necesario, desechar una idea y sustituirla por otra. Por una que exhalase un perfume a protección, a algo cotidiano y un tanto soso.

Tal vez debería ir a la biblioteca de la facultad y tomar prestados algunos libros para el próximo examen pero, en cuanto se sentó en el coche, supo que le sería muy difícil pasar de largo por el cruce. Las copias de las fotos desvaídas del lugar del

crimen estaban guardadas entre las páginas del bloc de apuntes, junto con el primer borrador de la historia. Se había pasado la mayor parte de la noche delante de esas páginas, pensando en sucesos ocultos durante años y años y en la pena que podrían imponerle por entorpecer el desarrollo de una investigación de asesinato. Y en la posibilidad de anticiparse al dichoso Tell y de obtener más información sobre lo ocurrido. En otras formas posibles de saber más sobre el suceso.

Un fogonazo de excitación le estalló en la cabeza al recordar una vez más el lugar del crimen, una mezcla de afán sensacionalista y de vergüenza. Las vías de asociación se interrumpían de la manera más eficaz en cuanto el miedo se hacía presente, de modo que Seja casi conseguía obviar el recuerdo de la mirada del comisario cuando éste constató que le había mentado.

Había mentado, ya había dado los primeros pasos por ese camino. Para conocer las consecuencias, tendría que llegar al final.

Pensaba volver a la finca, por insensato que fuera.

La sangre fluía acelerada por sus venas, más rápido, más ardiente. Más palpable que desde hacía mucho tiempo.

## Capítulo 11

—Malditos mocosos —masculló entre dientes después de haber cerrado la puerta de los establos con un elocuente porrazo. Fuera, en el pasillo, el tablón de anuncios estaba como de costumbre atestado de mensajes airados, como la lavandería común de un bloque de inquilinos: «Cuando barras el pasillo de los establos, no arrojes la mierda al pozo. ¡¡¡¡Se atasca!!!!», «¡¡¡¡La que me quitó una cubeta de ensilaje el otro día que me la devuelva el sábado, como muy tarde, y no se lo diré a Reino!!!!».

Reino exhaló un suspiro desde lo más hondo de su ser. Cuando decidió restaurar los establos de la finca y alquilar los boxes a las mozas de la zona que poseían caballos, pensó que aquello le reportaría unos ingresos adicionales fáciles de ganar.

Y allí estaba el edificio, sin utilizar. Puesto que su hija Sara llevaba años dándole la tabarra con que quería un caballo, se decidió a, por así decirlo, hacer confluír la utilidad con el placer.

Ahora, en cualquier caso, le resultaba muy difícil recordar cuál era el aspecto placentero de aquella empresa. Sobre todo desde que Sara, bastante pronto, por cierto, se cansó del animal y empezó a interesarse por las motos y por el sexo opuesto. Por lo que al sueldo adicional se refería, no era tan fácil de ganar, eso por descontado. De hecho, jamás había trabajado tanto por un salario tan ínfimo como el que ingresaba en la caja en concepto de alquiler de los establos.

Las obligaciones puramente evidentes que recaían sobre el arrendatario, como la reparación de una grieta en el tejado o de una verja rota, no eran nada comparado con la inmensidad de otras necesidades que se esperaba que él satisficiera.

Y los conflictos no parecían acabar nunca, ¡qué diantre! A saber cuántas veces las había pasado canutas sentado a la mesa de la cocina, ante una jovencita que acudía a llorarle amargamente.

Así que, desde luego, aquello era un no parar de correr, un no parar de trabajar, pero claro, había invertido setenta mil coronas en renovar los establos. Y dejarlos vacíos sería como tirar el dinero a la basura. Además, necesitaban todos los ingresos, incluso los menores. En lo económico, iban a rastras. Dado que Gertrud enfermó de la espalda y tuvo que dejar el trabajo de puericultora. Y dado que, a raíz de ello, se esfumó un tercio de sus ingresos mensuales. Y el campo daba ya poco dinero.

En ocasiones no veía otra salida que mudarse, pero entonces la rabia lo impelía a seguir trabajando. La rabia y la idea de vivir en un apartamento y del desempleo al que se verían condenados.

Y la idea de Sara. Reino alimentaba el deseo de darle a su hija la posibilidad de elegir la misma opción por la que él se decantó en su día: de elegir el campo, aunque en teoría fuese imposible vivir como agricultor en la sociedad actual. Es decir, a menos que uno quisiera vivir de las subvenciones.

Pero la rabia... era la condición para sacar fuerzas. Y no porque fuese tan viejo, pues aún era fuerte como un buey cuando hacía falta. No, las mañanas en que apenas podía reunir la energía suficiente para saltar al tractor, luchaba contra otro tipo de cansancio. Una apatía de otra naturaleza, que no podía remediarse ni con descanso ni con una visita al médico.

\* \* \*

Y luego estaban los aporreos a la puerta del guadarnés, obligatorio durante los últimos años en cada una de sus visitas a los establos. Aporreos a los que se entregaba sin público, por lo general, pero había aprendido que eran necesarios para aligerar la válvula de la maquinaria que lo corroía y atormentaba de vez en cuando, dejar escapar un poco de rabia bajo la forma de un portazo o de una salida con el motor al límite por la pista de equitación. Un desgaste excesivo de la palanca de marchas que, al final, sólo lo perjudicaba a él. Desde luego, habían sido unos años infernales.

Cuando Reino se dejó caer en el asiento, se topó con su propia mirada en el espejo retrovisor: los ojos un tanto enrojecidos. Pensativo, se pasó la mano por la barba sin afeitarse antes de girar la llave de encendido y ponerse en marcha. Al ir acelerando junto al cercado, los caballos se apartaron angustiados.

Como de costumbre, hizo acopio de fuerzas para pasar por delante del taller de Lise-Lott, pues no había niñata en las caballerizas —ni normativa de la UE, por cierto— que lo pusiese de tan mal humor como la sola visión de aquella tipa. Por no hablar de su nuevo marido, que se pasaba los días correteando por ahí como un memo, fotografiando cobertizos decrepitos o maleza y árboles medio podridos.

En una ocasión, Reino fue a tener una charla con el tal Waltz, puesto que todos los intentos de hablar con la tonta de su mujer fracasaron y terminaron en disputa. Se había preparado bien y se llevó incluso una botella de whisky, en señal de buena voluntad. Estaba dispuesto a resolver la situación de la manera más satisfactoria para todos los implicados. O sea, su situación económica era insostenible a la larga y bien mirado, la de Waltz también. Según Reino tenía entendido, Waltz no sabía mucho de coches cuando en el lote de Lise-Lott se había incluido, por así decirlo, el taller de mecánica y, desde luego, no sabía una palabra de campo. Si no lo había interpretado mal, Waltz no pensaba trabajar siquiera la tierra de la finca paterna de Thomas y de Reino.

«La casa paterna de Thomas y mía». Pronunció aquellas palabras marcando cada sílaba, pero el tal Waltz fingió no entender nada y siguió machacando con su fotografía y diciendo lo mucho que le agradaba el paisaje de por allí. Y lo contento que estaba de haberse ido a vivir precisamente a aquel lugar, gracias a Lise-Lott. A Reino le entraron unas ganas horribles de soltarle una bofetada y no tuvo más

remedio que hablarle claro, para que lo entendiera:

—Thomas ha fallecido y, como hermano suyo, es mi obligación hacerme cargo de la finca y seguir cultivándola como es debido. Alguien tiene que hacerlo y mi terreno es demasiado pequeño, sencillamente no da la talla. No produce nada. Lise-Lott no tiene ni idea de cultivos y verla esforzarse a ella, ¡una mujer!, por mantener abierto el taller hasta el último momento ha sido un espectáculo —tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para contenerse—. Escúchame. Yo nací y crecí en estas tierras, mi padre aró estos campos. Mientras Thomas vivió y llevaba la finca con Lise-Lott, yo me dediqué a mis cosas, pero ahora que ha muerto, tengo derecho a la finca de mi padre. Es lógico. Y de hecho, Lise-Lott tenía pensado ceder la finca antes de que tú... bueno, aparecieras. Por una suma simbólica, claro está, quizá a cambio de la nuestra. Porque, vamos a ver, ¿para qué queréis vosotros toda esa tierra, eh? Sólo os traerá dolores de cabeza.

A su juicio, se había expresado muy bien, incluso se mostró generoso y le ofreció, como último argumento, que Waltz y la mujer se quedaran en la vivienda. En teoría, él no iba a necesitarla, pues vivía bien en la casa grande que pertenecía a la finca de los padres de Gertrud.

Pero el escuálido de Waltz se obcecó de pronto y se negó a escuchar. Y le dijo que, según la legislación sueca, era la viuda de Thomas Edell, es decir, Lise-Lott, quien tenía derecho a heredar la finca, de ahí que fuese ella la única que podía tomar decisiones tanto sobre la casa como sobre la tierra. Y que si Reino quería discutir sobre la herencia de su difunto esposo, tendría que hacerlo con ella directamente.

—Ah, y que sepas que trabajé de mecánico en la mili. Y no era nada malo.

Y tras soltarle aquella ráfaga, se dio media vuelta y, muy tieso, subió la escalinata de piedra que construyó el padre de Reino, porque su madre quería sentirse más como una dama que como una campesina. La misma escalinata en la que él y su hermano, vestidos con la ropa de domingo, se sentaban a esperar a que sus padres terminaran de arreglarse para asistir al oficio dominical.

La ira le bombeaba en las sienes. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contenerse y no salir corriendo detrás de Waltz y tumbarlo; no le interesaba, habida cuenta de que estaba pensando en iniciar acciones judiciales contra la viuda de su hermano.

Como de costumbre, se le calentaron las orejas ante el solo recuerdo de la conversación mantenida con Waltz. Pero de nada valían ya los viejos planes. Cuando llegó a la curva de Lise-Lott Edell, redujo la velocidad tanto como osó hacerlo sin que se percatasen de su presencia y pasó muy despacio los cordones policiales, que se mecían a la débil brisa que peinaba los campos. De pronto se dio cuenta de que la maquinaria que antes le corroía el estómago había cesado.

## Capítulo 12

Karin Beckman observaba la cadena con desconfianza. Cada vez que el cuerpo musculoso del perro daba un salto, la cadena parecía tensarse hasta el límite. No quería ni pensar en lo que sucedería si se rompiese de verdad.

—Estás un poco pálida, Beckman —observó Gonzales entre risas—. ¿No me dirás que te asusta nuestro amiguito?

Beckman respondió con un bufido.

—Pues tú tampoco te has animado a hacerle unas caricias.

Calló al ver que la puerta de la terraza se abría de golpe.

—¡SILENCIO de una vez! ¡Simba! ¡A CALLAR!

La mujer llevaba unos vaqueros y una camiseta debajo de la bata, y un fino pañuelo en la cabeza llena de rulos. Se sacó el cigarrillo de la comisura del labio. Gonzales tuvo el tiempo justo de decirle a Beckman:

—Joder, ella me da mucho más miedo.

La expresión de la mujer los animó a exponer enseguida el motivo de su visita. Un rato después, habían dejado atrás al rottweiler. Una vez libre de la cadena, el animal no pareció tener otro interés que el de olisquearles la entrepierna.

Y allí estaban ahora, sentados en una vieja cocina, con sendas tazas decoradas con un Papá Noel llenas de café en polvo, pese a que ambos habían rechazado tal oferta. La mujer se había quitado la bata y amortiguó su poderosa voz hasta ajustaría al tono normal de conversación. La pared que había a su espalda estaba cubierta de portarretratos con fotografías de niños y niñas ante una pantalla de color azul cielo.

—Son mis nietos —explicó.

Puesto que Beckman estaba atareadísima rebuscando en su bolso, fue Gonzales quien se hizo eco de la aclaración asintiendo educadamente.

—Son muy guapos. Pero... vayamos al grano, señora Rappe. La tarde del 19 y... la noche del 19 al 20, así como la mañana del 20 de este mes. Nos interesa saber todo lo que pudo suceder entonces que considere fuera de lo normal. Si usted o su marido vieron a algún desconocido, por ejemplo.

Rappe apagó el cigarrillo en un cenicero decorado con anémonas marinas y sufrió un golpe de tos asmática antes de responder.

—Todo esto ha de ser por Edell, ¿verdad? Los Molin me dijeron que había un montón de coches en la entrada y... Este es un pueblo muy pequeño y la gente se interesa por saber lo que ocurre. Y cuando pasé con el coche vi que... bueno, que la zona estaba acordonada. Dagny creía que se trataba de un robo, pero vamos, yo no soy tan tonta y no me creo que se monte semejante escándalo por un atraco. Al menos, no fue así el año pasado, cuando se llevaron mi joyero y nuestro televisor Qué va, yo creo que a Waltz lo han asesinado, ¿no?

La pregunta quedó en el aire. La mujer indicó con toda la claridad deseable que no estaba dispuesta a continuar sin haber obtenido una respuesta. Gonzales se retorció en la silla. Aquella mujer le parecía de lo más exigente.

Su mirada vagó hasta quedar atrapada en la escultura del enanito con su correspondiente trineo tirado por un reno que adornaba el jardín, al otro lado de la ventana de la cocina. Cientos de luces diminutas de todos los colores del arco iris lo hacían palidecer a la grisácea luz del día.

—Por ahora no podemos pronunciarnos al respecto, por razones técnicas que afectan a la investigación. Pero necesitamos su ayuda, dado que vive cerca y podría haber visto algo.

La mujer se encogió de hombros.

—Tanto como cerca... Yo no veo a todo el que pasa por aquí, ni siquiera veo muy bien la carretera desde la ventana. Pero sí sé que aquella noche transitaron por aquí bastantes coches. Se ve que enseñaban una vivienda a unos cinco kilómetros. Y no es que los inmuebles de esta zona atraigan a mucha gente, pero se trataba de una casa señorial antigua, del siglo XIX. Lo sé porque la agente inmobiliaria, una jovencita, se salió de la carretera y se quedó en la cuneta cuando llegó a Sänkan. Mi marido, Bo, tuvo que ayudarla a salir de allí y entre tanto la muchacha le fue contando alguna que otra cosa.

La señora Rappe empezó entonces a referir un episodio de su juventud, en la que al parecer estuvo de visita en el caserío en cuestión, pero al oír el ruido procedente de una habitación contigua, interrumpió su relato. Se levantó a medias y volvió a recurrir a su portentoso vozarrón para llamar a gritos a Bo.

Gonzales, que se había criado en un suburbio contra el que la mayoría parecía tener prejuicios, pensó para sus adentros que la gente del campo era, desde luego, mucho más rara que los chilenos y los yugoslavos que vivían en su calle. Volvió a dirigirse a la mujer que, a aquellas alturas, había apestado el aire con sus cigarrillos, y a Gonzales le lloraban los ojos.

—¿Conocen ustedes a Lise-Lott Edell y a Lars Waltz?

—No, no diría que los conozco. Al tal Waltz no lo conozco, bueno, no lo conocía en absoluto. Tampoco llevaba mucho viviendo aquí. A Lise-Lott la he visto algunas veces, lo normal en un pueblo tan pequeño. Mi marido conocía al padre de su primer marido: eran miembros del mismo club de caza. Lise-Lott consiguió la finca por su matrimonio, como quizá sabréis. Su primer marido, Thomas, murió. Por causas naturales, claro. Creo que fue el corazón. Y no es que fuese mayor, qué va, pero lo llevaba en los genes, supongo. Su padre también murió del corazón. Y luego creo yo que Thomas tenía una gran debilidad por el alcohol, también como su padre. Nunca le hacía ascos a una copa, vamos. Así es la vida, para algunos. Y Lise-Lott pudo consolarse bien de la herida, porque los terrenos de la finca son enormes. Y claro,

Reino no estaba nada satisfecho.

—¿Reino?

Beckman se dio cuenta de que Gonzales iba escribiendo a cuatro manos y lamentó no haberse llevado la grabadora. En la cocina de una chismosa de pura cepa se podía obtener información muy interesante. Incluso algún que otro móvil de asesinato. Siempre que uno fuese capaz de seguir el hilo. Y de resistirlo.

—Reino. El hijo de Gösta y de Barbro. El hermano de Thomas.

—Ajá.

—Claro, es comprensible. Una cosa es que la herencia paterna vaya a manos del hermano mayor, y otra muy distinta es que su viuda hunda el negocio. Porque no se puede decir que Lise-Lott tenga vocación de campesina, precisamente. Yo creo que podría coger sus cosas y mudarse a un bonito chalet en otro lugar. Y sospecho que eso es lo que piensa Reino. Y mira que a mí Reino nunca me ha gustado especialmente, pero lo comprendo. Las cosas no son nada fáciles en la finca de Gertrud, su mujer. Es demasiado pequeña para tener beneficios.

La mujer se retrepó en la silla y deslizó los dedos por los bordes de plástico del asiento.

—Uno tiene que saber cuándo carece de aquello que exigen las circunstancias, Lise-Lott debería comprenderlo. Nosotros lo hicimos.

Exhibió media sonrisa que dejó al descubierto una hilera de dientes amarillentos.

—¿Qué hicieron?

—Mudarnos a esta preciosa casa. A Bo empezó a dolerle la espalda y no era ya capaz de cuidar de la finca «Rappska», la primera de la carretera principal, la de color amarillo. Propiedad de la familia de Bosse desde hace cuatro generaciones. Ahora la llevan nuestro hijo y nuestra nuera. Hay que dejar sitio para la gente capaz. Y además, compramos esta casa a muy buen precio. La madre de Anna-Maria... A ver, Anna-Maria es nuestra nuera, pues ella tenía...

—Gracias —Beckman la interrumpió alzando ambas manos y sonrió para quitarle hierro a su tono de voz—. Ya tenemos bastante, por ahora. Si recuerdan algún dato más que pueda ser de interés en relación con Lars Waltz, pónganse en contacto con nosotros, por favor.

Dicho esto, dejó su tarjeta de visita sobre la mesa, justo delante de la señora Rappe.

\* \* \*

—Desde un punto de vista técnico, ¿no sería bueno para la investigación dejar que la señora Rappe dijese cuanto sabe? Parece estar al corriente de más de un dato sobre la gente de por aquí. Tal vez nos habríamos enterado de algo interesante así, sin



pensarlo —dijo Gonzales cuando, después de usar la aldaba en forma de león para llamar a la casa del vecino más próximo de los Rappe, constataron que no se encontraba en casa.

Volvieron al coche.

—Desde un punto de vista técnico no sé, pero seguro que tienes razón. De hecho, yo pensé lo mismo cuando la oí hablar pero... Me perdí enseguida. ¿Quién era la tal Anna-Maria?

—Su nuera. Pero más interesante aún, ¿quién es Reino? A propósito de un móvil para liquidar a Waltz... Él debería tener uno, ¿no?

—Pues no. ¿Por qué? En todo caso, habría debido liquidar a Lise-Lott, ¿no te parece?

—Bueno, quizá no quisiera asesinar a una mujer y por eso se cargó al marido. Pensando que ella moriría de pena y se mudaría para no tener que convivir con los recuerdos.

—A ver cuándo creces, joder.

Beckman giró y salió de nuevo a la carretera. Echó una ojeada al reloj.

—Sólo nos quedan tres sitios más que visitar. Es la ventaja de investigar un asesinato en el desierto.

Gonzales soltó una risotada.

—Pues sí, oye, pero yo diría que también hay algún inconveniente. La gente del campo, por ejemplo. Quiero decir, si yo estuviera en su lugar, con independencia de que tuviese o no algo que ver con el asesinato, y si tuviese una inteligencia normal... ¡no me iba a comportar para nada de un modo tan sospechoso como la mayoría de los que nos hemos topado hasta ahora!

—¿Si tuvieras una inteligencia normal, dices?

—¿Almorzamos antes de continuar?

## Capítulo 13

1993

A medida que pasaba el tiempo, My iba encontrándose a gusto en la escuela.

Los estudios no suponían ningún tormento. Al contrario, pronto comprobó que eran más bien una fuente de alegría. Ella había abandonado el instituto en un arrebato, a causa de una serie de cuestiones existenciales. En lugar de ir a clase, tomaba el tren a Gotemburgo todas las mañanas para pasar el rato en la cafetería Norra Station, junto con una panda de jóvenes *on the loose*. Se veían por la mañana y juntaban lo suficiente para un té Söders Högder por barba, apuraban la mañana aguantando con el mismo chute y por la tarde caía seguro un agua con azúcar. Escribían en servilletas y en los libros de firmas y fumaban tabaco de liar.

El centro juvenil, que era la alternativa ofrecida a quienes se negaban a estudiar, se les antojaba carente del menor interés. Dos días de asistencia obligatoria a «clases de apoyo» y tres en un trabajo basura y sin remunerar, según constató My tan sólo una semana después, no sin cierta actitud elitista para con sus compañeros de clase: chicos de pelusilla en el bigote que se dedicaban a robar coches. Aunque a ella eso no le importaba tanto como el hecho de que no supiesen escribir correctamente su propio nombre. Tampoco se sentía identificada con las tías teñidas con las que se relacionaban, siempre admirándolos y mascando chicle a todas horas.

El origen de la aversión de My por seguir estudiando en el instituto y del desprecio por los desgraciados de la clase de apoyo era, en primer lugar, su rechazo a someterse a un orden. Y la escuela se clasificaba como la más pura forma de opresión.

En cuanto a la madre de My, no se contentó con intentar convencer a sus hijos de que siguieran estudiando mediante sobornos, amenazas y recriminaciones. Además, limitó el repertorio de materias a las que ella misma habría querido estudiar si no se lo hubieran impedido. En general, a la madre de My siempre le costó aclararse con dónde lo dejó ella y lo retomaron otros.

My nunca pensó que aprender pudiera ser apetecible. Ni por asomo se le ocurrió jamás que ella tuviese el menor talento para adquirir conocimientos, pero ahora lo veía y lo sentía con fuerza. La felicitaban por lo bien que escribía, se perdía en la historia de la literatura, pero también, y de forma por completo inesperada, en las ciencias naturales que, para alguien que se consideraba nacida para la sociología, se abrían como un exótico territorio que explorar. El mundo del conocimiento se le presentaba súbitamente como algo muy tentador. Hojeaba los programas universitarios y elegía sin remilgos entre las más diversas categorías profesionales: ¿arquitecta, bióloga, profesora de gimnasia? Su sensación de poder no conocía límites.

La faceta social se presentaba mucho más complicada. En efecto, una My a la que llevaba varios años sin ver se abría paso despacio, la My débil y taciturna que prefería ser invisible. Era su única alternativa, pues la máscara bravucona y violenta de los últimos años había quedado inservible. Era como empezar de cero, aguardar sentada en el banco, llena de angustia, a que la maestra que lleva medio curso dándote clase recuerde tu nombre.

Los alumnos de la universidad popular pertenecían a distintas clases sociales y todos estaban allí por diversas razones. Muchos buscaban hacer un alto en la vida, tomarse una pausa. Hallar la paz o encontrar su propio yo. Otros, sólo para conocer gente, para acabar con el aislamiento que dominaba su existencia. My, con sus diecisiete años, era la más joven, y se sentía inexperta y, al mismo tiempo, muy vieja y cargada de vivencias imposibles de compartir. En una de las otras clases había un chico al que conocía vagamente y que, según creía, se llamaba John. Un día se acercó a My y le preguntó si era de Borås. Ella le dijo que no. Prefería estar sola a mezclar esos dos mundos, la antigua My no cabía en aquel lugar.

Andaba siempre sola, leyendo en su habitación o en la biblioteca. Daba paseos a orillas del lago. No confraternizaba con la pandilla de jóvenes que se mantenían despiertos por las noches, sentados en el césped tocando la guitarra y cantando y organizando fiestas en las habitaciones, bebiendo alcohol otra vez, a escondidas y entre risitas. Estaba prohibido tener alcohol en las habitaciones.

En realidad, le molestaba menos estar sola que ser la que estaba sola. Se encontraba a gusto sola, sin embargo se sentía casi avergonzada cuando alguien de su clase asomaba la cabeza a la biblioteca y la encontraba allí con los libros por única compañía: «Pero ¿qué haces aquí sola?». Como si se tratara de un defecto o, peor aún, como si la compadeciesen.

Caroline la convertía en un ser algo más interesante o, al menos, a ella le gustaba pensar que los demás las veían juntas. Caroline tenía un aire de independencia gracias a su posición en el centro, podía entrar y salir a su antojo de los distintos grupos. La mayoría de los alumnos parecían interpretar su compañía como un privilegio y sólo unos pocos confesaban entre cuchicheos lo rara que les resultaba. Desagradable, en cierto modo. Con esos ojos que tenía.

My se sorprendió al advertir que se ponía celosa cuando veía a Caroline hablando con alguno de los otros alumnos. En especial si la veía reír con alguna de aquellas chicas extrovertidas y seguras de sí mismas. Entonces se sentía inferior, como la adolescente de diecisiete años que en realidad era.

«Caroline sabe hacerlo —escribió en su diario—. Sabe hacer que la gente se sienta elegida si la mira; si les da la espalda, tiemblan».

## Capítulo 14

2006

Melkersson le había contado en alguna ocasión que, antiguamente, era posible llegar al río Alsjön a través de anchas veredas que discurrían sobre lo que hoy no era más que un páramo talado. De joven tuvo una novia que vivía en Lerum y él solía cruzar el bosque a pie para ir a verla. En línea recta, a vuelo de pájaro, la distancia ni siquiera era demasiado larga, según él.

Desde entonces, las taladoras y otras máquinas habían revuelto la tierra y ya apenas era posible identificar los senderos. Los pocos árboles que habían sobrevivido a la tala habían quedado como víctimas, expuestos a las tormentas, lo que le otorgaba a la comarca un aspecto aún más caótico.

El lago se extendía a la altura de la colina de Stenaredsbacken. En la actualidad, las familias de la zona acudían allí en coche y se veían obligadas a tomar el desvío al centro del pueblo, desde donde volvían a subir por la carretera Stora Ålsjövägen hasta un aparcamiento habilitado para ese fin. Desde allí tenían que caminar con sus toallas de playa y la comida, para llegar a los baños municipales, con plataforma y trampolín y un pequeño edificio para cambiarse, aunque los vestuarios de las chicas y los de los chicos estaban separados por una delgada pared a media altura.

Martin y ella se pasaron las vacaciones apiñados en la playa de Olofstorp. Al otro lado del lago se veían los acantilados que se precipitaban entrando en las aguas por la orilla de la colina de Stenaredsbacken, grande y lisa, con un óvalo que se adentraba ofreciendo un espacio perfecto para un par de cuerpos al sol. Un día, sin apenas esfuerzo, ambos atravesaron el lago a nado y se tumbaron a secarse sobre aquella roca.

Por allí las aguas eran profundas. No se veía el fondo, sólo se lo intuía entre las algas que, por algunas zonas, extendían sus viscosos tentáculos hasta la superficie.

—Deberíamos intentar ir a casa desde aquí —le dijo Seja—. No puede quedar tan lejos.

Más tarde comprendería lo ingenuo que fue dejar la ropa y el coche al otro lado del lago para, en traje de baño, abrirse paso por un terreno impracticable. Además, Martin era muy cómodo. Nunca logró convencerlo de que cogiese la pintura roja para marcar el camino, pese a lo mucho que le insistió. Al final, ya después de que él se hubiese marchado, fue ella la que echó mano del cubo y se encargó del asunto.

Un día entero le llevó encontrar la otra orilla del lago. Llegó destrozada y sudorosa, estaba avanzado septiembre y no había pensado en bañarse, pero lo hizo de todos modos. Sus miembros exhaustos se estremecieron al contacto con el agua helada.

Esa fue la recompensa, así como el café del termo que, envuelta en su viejo

anorak, se tomó en la colina una vez concluida la tarea. Por primera vez en mucho tiempo sintió en el pecho el burbujeo de la alegría como el aletear leve pero inconfundible de una mariposa en el corazón. «Atreverse a estar sola», se dijo. Atreverse. Por el camino de vuelta a casa, fue marcando su recorrido en los troncos y piedras seleccionados, hasta que atisbo su cabaña entre los árboles.

Empezó a montar hasta el lago casi a diario, después de haber aserrado y retirado los troncos que enterraban el sendero. A aquellas alturas, *Lukas* se sabía el camino de memoria. Cuando Seja soltaba las riendas y se erguía en la silla de montar, caía en un estado meditativo que jamás había experimentado con anterioridad. El camino hasta el lago se convirtió en su secreto, simbolizaba su recién instaurada y, por ahora, frágil fortaleza interior, algo tan contradictorio. Y todos los dioses sabían que necesitaba aquella fortaleza.

—Has cambiado tanto —le dijo Martin poco antes de que se separasen. Ella sabía que se refería al hecho de que se hubiese entregado sin vacilaciones a la vida en el campo y en aquella cabaña. Ni ella misma se había atrevido a reflexionar sobre qué la hacía sentirse como en casa, pues siempre había vivido en la ciudad. Si no feliz, sí dispuesta a serlo.

«Aquí es posible la felicidad», había garabateado en términos algo pretenciosos sobre la pared del establo, encima del soporte para la silla de montar.

Tan sólo en una ocasión había estado en el pequeño pueblo del norte de Finlandia en el que nació su madre. Era bastante pequeña, unos cinco o seis años. Del asfalto aún emanaba el calor estival cuando toda la familia se acomodó en el viejo Saab, para partir de Gotemburgo. A Seja la vistieron con ropa de otoño. Cuando llegaron, los recibió una tierra cubierta de escarcha y un aire gélido y la abuela Marja-Leena le prestó algo de ropa. Fue la primera y la única vez que vio a su abuela materna. Seja no quiso aceptar aquellas ropas prestadas al principio, quería ponerse una camisa arremangada, como su padre, como si los dos sospechasen que ceder ante el frío era un signo de debilidad. Sólo cuando iban al bosque para retirar maderos se ponía el viejo chaquetón azul forrado del abuelo, que siempre colgaba de un clavo en el cobertizo.

El abuelo había muerto hacía seis meses. Por la noche, la madre de Seja habló quedamente en el dormitorio sobre su preocupación por cómo se las arreglaría ahora la abuela. Con la finca y todo el trabajo duro que exigía. Y el bosque que, con el tiempo, heredaría su única hija. Mucho después, Seja comprendería que su madre quería volver a Finlandia, pero que su padre se había negado. Al parecer, eso siempre los distanció.

Pero Marja-Leena ya había muerto y la madre de Seja había arrendado la tierra. Las viviendas se iban deteriorando en una región nada atractiva para el mercado inmobiliario. Seja apenas si tenía algún recuerdo fragmentario de la abuela y de la

finca. Una mujer huesuda con delantal y un rodete en la nuca. Una casa lóbrega y un gran establo en medio de ninguna parte. Nieve en septiembre. Y el bosque.

Sin embargo, sí recordaba otras imágenes. Se le hacía un nudo de dolor en la garganta al pensar en cómo cambiaba su madre tan pronto como ponía el pie en aquella tierra helada.

Como si la aspereza de la tierra penetrase las suelas de los zapatos y hallase en el cuerpo un punto al que aferrarse, igual que el frío se instaló en la médula de la abuela de Seja convirtiéndose en una parte de ella. En el caso de Marja-Leena, resultaba evidente en todas sus palabras y acciones. La anciana asintió orgullosa ante la expresión de alegría de Seja cuando aprendió a conducir el tractor sentada en las rodillas de su madre. Fue la única vez que Seja la vio sonreír.

Y recuerda la súbita veneración con que vio entonces a su madre, y cómo ella, con mano experta, asumía las tareas abandonadas de la finca. Cómo se subía al tractor o apacentaba a los animales y los conducía con voces y chasquidos serenos y resueltos. Como una vaquera, en su elemento.

La madre de Seja llevaba treinta años viviendo en Suecia, pero aún hablaba sueco como si tuviese que salvar algún obstáculo en las mandíbulas. Sopesaba cada palabra al milímetro para pronunciarla correctamente. Y aun así, solía decirlo todo mal, de forma burda y sin matices. Era fácil darse cuenta luego, cuando las cosas no salían como ella tenía pensado. Se veía que estaba preparada para que la malinterpretasen.

Seja nunca volvió a Finlandia de adulta. Bueno, una vez. En un viaje de estudios a Helsinki, cuando cursaba la enseñanza obligatoria. Mientras Jarmo, un compañero de clase que hablaba finés mejor que ella, no anduviese por allí, era Seja quien traducía todos los letreros y los menús de McDonald's.

\* \* \*

Seja se rió de buena gana ante el sonoro relincho de *Lukas* al ver el establo. Soltó las riendas y sacó las botas del estribo. Por un instante, sintió alegre el corazón.

Hasta que vio el tejado. Cuando los árboles no estaban cubiertos de hojas ni vencidos por el peso de la nieve, el tejado de Ke y Kristina Melkersson, recién renovado con rojas tejas decorativas, relucía por entre el follaje. Apartó la vista, como si la negación de su malestar pudiese ayudarla a eliminarlo. Si no pensaba en los Melkersson, podría olvidar que estuvo allí aquel día.

Era injusto, pero desde que vio al hombre muerto tendido en la explanada de gravilla, el solo recuerdo del vecino había ido incrementando la aversión que vino a sustituir a la conmoción primera. Pese a que su única culpa fue haberla despertado y, sin sospechar nada, llevarla al taller de Thomas Edell.

Y allí estaba su nombre, haciéndola sentir vulnerable y generando en ella una

culpa difusa que nunca admitió abiertamente y que desechó con la explicación de que entonces ella era demasiado joven e insegura. Por lo demás, seguía igual de insegura al respecto. Ni siquiera reconoció aquella cara arañada y aplastada contra el suelo, desencajada de dolor y de angustia ante la muerte.

Pero claro, habían transcurrido muchos años. Muchos años de dejar el pasado en el olvido, de cambiar la forma de pensar, de despejar el ambiente, de enterrar, idealizar, oponer resistencia a los pensamientos molestos y hacerlo todo soportable. Esas cosas que uno hace. Y, claro, ella era tan joven. Mucho era lo que se había esfumado con aquella época —personas, recuerdos—, entre remordimientos e intentos racionales de dar con una excusa.

## Capítulo 15

Tell vertió un poco más de café del termo que Bärneflod había rescatado de algún escondite de la comisaría. También había encontrado un candelabro antiguo pintado de rojo al que dieron uso inmediato: ahora luchaba por igualar a los tubos fluorescentes.

Delante de Ullevi se hallaba congregada una multitud, atraída por un coche que, invadiendo el carril bici, había chocado contra un ciclista. Karlberg se dijo que debía de ser grave: la ambulancia y el coche patrulla llevaban allí cerca de una hora. Cerró la ventana sin reparar en que Beckman la había abierto hacía tan sólo cinco minutos.

La reunión de la mañana había desempeñado hasta el momento una función unificadora. Se presentó la información que se había ido sumando al caso durante la jornada anterior. Tell anunció que, en los próximos días —nadie hizo el menor comentario sobre la inminente Navidad—, dejarían a un lado las demás investigaciones en curso y trabajarían todos a una con el asesinato de Björsared. Sabían que los primeros días eran decisivos para la resolución del caso.

Los peritos le ofrecieron un informe oral al forense Magnus Johansson que, al parecer, interrumpió sus vacaciones para acudir de inmediato. Y acababa de informarlos de que, según el SKL<sup>[3]</sup>, la bala hallada en el cadáver procedía de una 9 mm Browning HP.

Pasaron por megafonía una llamada del forense Ingemar Strömberg.

—No creo que pueda informaros de ninguna novedad, precisamente —se lamentó Strömberg, una vez que logró controlar los auriculares—. Lars Waltz murió de un disparo en la cabeza y la muerte fue, con toda probabilidad, inmediata. Cayó al suelo en el momento de morir, seguramente boca arriba y de costado, y su cuerpo fue atropellado.

—¿Cuándo y con qué? —preguntó Karlberg.

—Como ya os dije, en algún momento entre la última hora de la tarde y las primeras horas de la noche. Para una indicación horaria más precisa, tendréis que esperar a después de Navidad. A tu segunda pregunta sólo puedo responder: con un turismo más pesado de lo normal. Por ejemplo, un todoterreno.

Johansson asintió conforme.

—A juzgar por las huellas de los neumáticos...

—... que le han aplastado las caderas y las costillas, encaja perfectamente.

Nadie hacía más preguntas, de modo que Strömberg continuó.

—El cuerpo cayó de espaldas en el mismo instante en que fue embestido y después atropellado una segunda vez, cuando el asesino retrocedió. Puede que... en el arrebato del momento, no mirase por el retrovisor sino que simplemente metiese la marcha atrás y acelerase, de modo que sólo la parte inferior del cuerpo resultó



atropellada: las rodillas, las piernas y los pies. Los astilló enteros, vamos... En fin. Sólo esa parte, sí. Bueno, voy a entrecomillar «sólo».

Sonó abochornado, como si la brutalidad racional de aquel trabajo se le hubiese evidenciado de pronto.

—Quieres decir que las lesiones más evidentes se produjeron en la primera pasada con el vehículo. Cuando el asesino retrocedió y pasó otra vez por encima del cuerpo, se desvió y sólo atropello los pies —aclaró Tell.

Strömberg asintió.

—Exacto. Lo que tal vez parezca una circunstancia escasamente atenuante, teniendo en cuenta que ya estaba muerto.

Johansson asintió despacio.

—Vamos, que en principio, lo que mantenía unida la parte inferior del cuerpo era la ropa. El tipo estaba hecho puré.

Tell se alegraba de que Lise-Lott Edell no hubiese vuelto más pronto de las Canarias.

—Que no se me olvide —intervino Strömberg—: Waltz tenía restos de alcohol en el cuerpo, no mucho, el equivalente a una copa de vino. Insuficiente para que llame la atención, pero aun así.

El forense se despidió y un silencio reflexivo inundó la sala. Magnus Johansson volvió a concentrarse en las chuletas manuscritas que pensaba dejarle a Tell antes de marcharse.

—Encontramos huellas de zapatos recientes, de las zapatillas de deporte de la víctima, talla cuarenta y tres, pero aunque hubiese habido otras igual de claras, podrían haber sido de cualquiera que hubiese ido a dejar o a retirar el coche en los últimos días —se rascó la cabeza—. Ninguna señal de lucha entre la víctima y el asesino, ni en la ropa ni en el cuerpo de Waltz, ni tampoco a su alrededor. Sí encontramos fibras de tejido azul en la gravilla, junto a la víctima pero, tal y como sospechamos, procedían de su jersey.

—Vale, ¿algo más?

—Sí... Todas las muestras de sangre recogidas en el lugar del crimen pertenecían a la víctima, sin excepción. El envoltorio de un chicle que hallamos ante la terraza acristalada presentaba una gran cantidad de huellas, probablemente de los dependientes de diversos comercios y de otras personas de las que se espera que manejen el envoltorio de un chicle... No, no creo que podamos sacar nada de ahí.

Cuando Johansson abandonó la reunión y después de que Tell diese unas sonoras palmadas para acallar el alboroto que surgió con la interrupción, Gonzales expuso una teoría según la cual el asesino no habría salido de su vehículo durante el asesinato. A decir de Gonzales, sencillamente entró en el jardín, consiguió que Waltz saliera del taller y se le acercase y luego, sin más, le pegó un tiro en la cabeza.

—Pues de ser así, ¡vaya cerdo con más sangre fría! —opinó Karlberg poco antes de estallar en una serie de estornudos que hicieron temblar los vidrios de IKEA—. ¡Y qué listo!

Conseguir que un mecánico de coches abandonase el taller unos minutos no era ningún milagro. El asesino pudo haber tocado el claxon mientras bajaba la ventanilla y Waltz lo habría tomado por un cliente que quería preguntar lo que le costaría cambiar la correa del ventilador o cualquier otra cosa.

—Claro, fue con el pretexto de algún fallo en el coche —sugirió Beckman—. Le pidió a Waltz que se acercase para escuchar el ruido del motor mientras él seguía en el coche pisando el acelerador y luego, cuando lo tuvo lo bastante cerca, lo agarró y le puso la pistola en la cabeza.

—Eso indica que la víctima no conocía al asesino —señaló Bärneflod—. Quiero decir, de lo contrario no se habría creído lo del fallo del motor ni se habría acercado al coche.

—¿Qué quieres decir? —intervino Gonzales—. También puede ser que lo conociera muy bien, pero que no se esperase que le metiera una bala en la cabeza. ¿No será más bien que sí, que lo conocía, que podía quedarse en el coche y pitar para que saliera, en lugar de, como cualquier otra persona, aparcar, entrar en el taller y buscar al mecánico? ¿No crees que Waltz habría sospechado si...?

Incapaz de ocultar su impaciencia, Tell zanjó la disquisición.

—¿Podemos continuar? No sabemos si sospechó nada. De hecho, ni siquiera sabemos si fue así como ocurrió.

No había acabado de decirlo, cuando ya se había arrepentido. Lo deseable era un clima de discusión abierta en el que pudiesen circular libremente diversas hipótesis. Por si fuera poco, Tell debería animar a su colega de más edad en su lucha diaria por mantener a raya la desidia.

Beckman había hablado el día anterior con Lise-Lott Edell en casa de la hermana de ésta, en Sjövik. La inspectora les ofreció una síntesis de la reunión, que se prolongó durante dos largas horas, incluidas las pausas para el llanto y el tiempo invertido en recuperar el hilo que Lise-Lott perdía a causa de los fuertes tranquilizantes que Angelika Rundström le había administrado.

La conversación resultó un retrato, enmarcado por el dolor, de la persona de Lars Waltz. Lise-Lott también aceptó escribir el nombre de aquellos con quienes se relacionaba su marido. Beckman propuso elaborar una lista de prioridades para organizar los interrogatorios a dichas personas. Todo ello, con el propósito de forjarse una idea de quién era Waltz y de por qué razón querría nadie verlo muerto.

—Yo recomendaría otra charla con Lise-Lott más adelante, cuando esté más despabilada. Ayer necesitaba hablar de Lars a su modo y no era fácil conseguir que se atuviera a lo que nos interesa. Además, no hay que menospreciar el efecto terapéutico

de ciertos interrogatorios —añadió Beckman.

Tell se mordió la lengua, con mucho esfuerzo, para no decir lo que pensaba, a saber, que la misión de Beckman no era en modo alguno actuar como terapeuta de los familiares, sino la de hacer preguntas que facilitasen el avance del trabajo hacia la detención del asesino. Sin embargo, asintió sin decir nada, aunque captó de soslayo la mirada elocuente de Bärneflod, que no fue tan discreto como él.

Por alguna razón, Bärneflod buscaba siempre su aprobación cuando se trataba de cuestiones relacionadas con novedades versus el trabajo policial a la antigua usanza. Ignoraba por qué y, en honor a la verdad, lo asustaba. Tell sólo tenía cuarenta y cuatro años. A sus ojos, Bärneflod era un carca retrógrado que, además, en no pocas situaciones daba muestras de escasa inteligencia. Pese a que el propio Tell podía enojarse, por ejemplo, ante el modo en que Beckman lo relacionaba todo tan alegremente con cuestiones de sexo masculino y femenino; y pese a su escepticismo sobre todo ese rollo de las cuotas y las ventajas de recurrir al «modo de pensar femenino» en el trabajo policial, las bromas de Bärneflod sobre «chochocracia y odio al hombre» lo sumían en un profundo abatimiento. Él no quería que se lo asociara a un tío como Bärneflod, ni en cuanto a sus opiniones sobre el último grito en café, ni tampoco en conversaciones espontáneas. Por esa razón, le respondió a Beckman con una palabra de aliento. Sin embargo, también lo hizo porque le parecía que, a la larga, resultaría adecuado desde un punto de vista estratégico.

En efecto, se había enterado de que Beckman había mantenido el año anterior una serie de conversaciones con Östergren sobre el clima machista reinante en la comisaría. En un primer momento, tal información lo dejó perplejo. ¿Sería él mismo un machista asqueroso sin saberlo?

—Jamás he considerado la jerga que se usa en la comisaría como especialmente machista —respondió un tanto a la defensiva—, aunque a veces pueda ser cruda. Más bien la considero profesional, jerga policial, ni más ni menos.

Desde luego, él se sentía cómodo con dicha jerga, después de veinte años en la profesión. Tentado estuvo de decir que aquel que no se sintiese cómodo en los pasillos de la comisaría podía empezar a pensar en buscar trabajo en otro sector.

—Nada indica que el lenguaje utilizado entre los policías sea constructivo, ni que tenga nada que ver con el trabajo policial —señaló bruscamente Östergren.

Él optó por mantener la boca cerrada.

—Me alegro de que Karin Beckman aporte su competencia y de que demuestre estar curtida —prosiguió—. Tanto como me alegro de que Michael, que es joven y está algo verde, aporte su visión fresca y novedosa. Luego está Bengt, que es algo mayor y ofrece otro punto de vista. Del mismo modo me congratulo de que tú seas más resuelto y Andreas más reflexivo.

La comisaria jefe ladeó la cabeza pensativa. Tell experimentó la desagradable

sensación de que quería de él algo que no acertaba a adivinar. Se despabiló y dejó oír un murmullo que bien podía interpretarse como aprobación. Claro que tenía intención de observar al grupo desde una variada serie de perspectivas y de abrir camino tanto para el punto de vista masculino como para el femenino. Seguramente, aquello sonaba juicioso, pero él ignoraba por qué.

Después de haber reflexionado bastante sobre sus conversaciones, la semana siguiente se dirigió al despacho de Östergren y le dijo que él también se alegraba de que el grupo contase con Karin Beckman, pero que jamás la había visto como mujer, en primera instancia; ni siquiera como mujer policía, sino lisa y llanamente como policía.

—Y, por cierto, como una policía muy buena.

La expresión de Östergren, que durante los preparativos del resumen estadístico anual se condujo con tensa concentración, se iluminó ahora con una amplia sonrisa.

—Bien, Christian —respondió—. Eso era exactamente lo que quería oír.

Y Tell regresó a su despacho con la sensación de haber obtenido de la señorita del parvulario la máxima calificación en conducta, aunque sin comprender exactamente por qué.

Volvió a la realidad al oír los golpecitos de Beckman en la pizarra. Había en el centro una instantánea del cadáver de Lars Waltz, tomada con una Polaroid.

—He conseguido recabar bastante información sobre su pasado... Veamos, nació en Gotemburgo, en Majorna, para ser exactos, en 1961. Sus padres se separaron cuando él tenía diez años y, a partir de entonces, no tuvo mucho contacto con el padre. Vivió una situación económica difícil, su madre trabajaba de noche en el hospital Sahlgrenska, como auxiliar de enfermería. Tiene un hermano mayor...

Se colocó las gafas en la punta de la nariz y hojeó sus documentos.

—Ah, sí, aquí está. Sten Roger Waltz, responde al nombre de Sten. Es siete años mayor y, al parecer, vive en Malmö. Soltero, sin hijos. Los hermanos tampoco se relacionaban.

—¿Quién se pondrá en contacto con él? —preguntó Tell.

—Ya lo he hecho. Y me aseguró que apenas tenían relación, aunque, como es natural, quedó impresionadísimo. Así, de forma espontánea, no tenía la menor idea de quién podría querer acabar con su hermano. Sin embargo, también añadió que, en realidad, ya no lo conocía. Y no creía poder sernos de ayuda.

—Bien, Karin. Empezaremos por otro lado y ya veremos más adelante si hemos de ir a Malmö. ¿Y su madre? ¿Sigue viviendo en Gotemburgo?

—No, murió hace un par de años.

—Continúa.

—Estudió en la escuela Karl Johansskolan, luego en el instituto Schillerska. Se tomó un año sabático y vivió en una granja de ovejas en Australia. Desde los veinte

años, trabajó en todo lo habido y por haber, como mecánico, entre otras cosas, y... bueno, de todo. Siguió algunos cursos de mercadotecnia, algún otro de arte y un curso de fotografía de un año de duración. A los treinta empezó a sufrir alergia a la pantalla del ordenador, después de un par de años como director artístico, y estuvo de baja durante año y medio.

Beckman dibujó en la pizarra la trayectoria vital con una línea bastante torcida y fue escribiendo las fechas y los epígrafes de las distintas fases de la existencia de Lars Waltz.

—Hasta que conoció a Lise-Lott Edell —concluyó Bärneflod. Con ello habían llegado al presente y, para ilustrarlo, dejó caer el bolígrafo en la mesa de golpe, como si, hasta el momento, no hubiese hecho otra cosa que tomar notas.

—Bueno, más o menos. Estuvo casado con anterioridad. Lise-Lott no estaba segura de las fechas y esas cosas relacionadas con la vida de Lars antes de que ella apareciese en escena. Después de todo, sólo hacía seis o siete años que lo conocía. Publicó un libro de fotografía a principios de los noventa y, al parecer, estaba trabajando en otro, que trataría sobre el abandono de la explotación agrícola en su zona, desde una especie de punto de vista medioambiental. Como quiera que sea, él llevaba el taller de mecánica a media jornada, que veía como unos ingresos extraordinarios para poder dedicarse a la fotografía. Al parecer, recibía encargos del ayuntamiento de Lerum de vez en cuando, algún que otro folleto informativo y cosas por el estilo.

Barrió el aire con un gesto. Y anotó «Ayuntamiento de Lerum» junto al círculo en el que figuraban las fechas «2000-2006».

—¿Es esto lo que se llama mapa recordatorio? —preguntó Bärneflod enojado, al tiempo que cogía el bolígrafo para proseguir con sus propias notas. Nadie se molestó en responderle.

—Parece ser que existía un conflicto entre Waltz y su empleador del ayuntamiento —añadió Tell.

Beckman asintió.

—Exacto. Pero, en realidad, Lise-Lott no sabía nada sobre ese particular. Según ella, el asunto estaba zanjado.

—Bengt, tú hablarás con él —dijo Tell señalando con la mano entera a Bärneflod que, por su parte, señaló su reloj con un gesto elocuente. Sin embargo, Tell dejó muy claro que no pensaba interrumpir su discurso por el café de las diez—. ¿Algo más? Tenía exmujer e hijos.

—Una exmujer y dos hijos de entre quince y veinte.

—Yo me encargo de ellos —resolvió Tell.

Gonzales extendió el torso sobre la mesa para alcanzar la pizarra, cosa que logró con un esforzado lamento: «M. G. se encarga de Reino Edell».

—Esa es la figura más interesante, a mi entender —dijo hundiéndose de nuevo en la silla. Tamborileó con el rotulador sobre la mesa—. Veamos, es el hermano menor del anterior marido de Lise-Lott y le tiene la guerra declarada desde hace muchos años. Lo he comprobado y hay metros y metros de procesos jurídicos en los que mirar. Al menos, hay bastante. Para resumir una larga historia, él opina que Lise-Lott le ha arrebatado la herencia de sus padres. Sencillamente, está cabreadísimo, como la mayoría de la gente que mata a sus semejantes.

—Claro, pero no todos los que están cabreados se convierten en asesinos —observó Bärneflod con una verdad de Perogrullo—. Además, yo no veo claro qué provecho sacaría Edell asesinando a Waltz, puesto que no tiene ningún derecho legal a heredar la finca.

—Cierto, pero les guardaba rencor como pareja. Ante todo a Lise-Lott pero, imagínate, lleva años hecho una hidra sólo de pensar en esa bruja, que se ha quedado chupando de la finca como una sabandija y, de repente, aparece Waltz, se baila un vals, y ocupa el lugar de su querido hermano muerto, un lugar en el que piensa quedarse a vivir sin más consideración y dejar que se pierdan los cultivos, para dedicarse a tirarse a la mujer de su hermano y a fotografiar rastrillos oxidados. Joder, es para querer matar al tipo. Además, pudo suceder de un modo espontáneo. Él pensaba ir a leerle la cartilla a Lise-Lott pero se encontró con Waltz y la cosa... degeneró.

—Sinceramente, yo creo más en la exmujer —insistió Bärneflod—. O sea, después de veinte años de matrimonio, el tío se larga y se muda de inmediato con otra mujer. Eso duele, y ya sabemos que sufrió un periodo de inestabilidad tras la separación, nos lo dijo Lise-Lott Edell. Además, ¿no se trata de un modo femenino de matar? Pegarle un tiro y luego atropellarlo con un coche. No requiere fuerza física, sólo un buen coche.

Bärneflod tomó aire y comprobó la respuesta del auditorio.

—¿Rastrillos, Gonzales?

Beckman exhibió una sonrisa burlona.

—Y yo qué coño sé.

—Hemos de comprobar los coches de todos aquellos cuyo nombre aparezca en la investigación, para cotejarlos con el lugar del crimen, por supuesto —terció Tell—. Dejadle ese trabajo a los de Angered.

Dejó escapar un suspiro al ver que Karlberg se las arreglaba para darle un codazo a Beckman, que derramó el café sobre el viejo proyector. En el mismo momento se fundió un plomo y el candelabro de Adviento que había en la ventana se apagó.

—¡Vale! Lo dejamos por hoy.

## Capítulo 16

El camino entre el garaje y la puerta exterior tenía una ligera pendiente y estaba convenientemente rociado de arena. Cuando Seja pasó delante del comedor percibió un movimiento tras la cortina estampada. La habían visto. Sin embargo, tuvo que esperar a que Kristina, meticulosa, retirara el cierre de la mirilla. Seja saludó con la mano, algo cansada, cuando la vecina veló la luz del vestíbulo.

La cerradura resonó antes de que la puerta se abriera.

—Qué buena eres, Seja. Ke ha ido a la ciudad para cambiar un repuesto de... bueno, de una taladradora que, al parecer, no funcionaba bien. Y justo cuando me iba a tomar un café me he dado cuenta de que no quedaba ni un gramo de azúcar en casa.

—No tiene importancia.

Seja le dio la bolsa de azúcar a Kristina, que se apartó de la puerta y le indicó que entrara con la mano.

—Pasa, ya está preparado. Sólo faltaba el azúcar.

Seja contuvo un suspiro. Le había resultado un tanto extraño, pues Ke había dejado de trabajar y tenía tiempo de sobra para hacer la compra. Ahora comprendía que el azúcar era una excusa.

—Tengo mucho que hacer, Kristina.

Y desde luego, era cierto. Tenía que estudiar y tenía que escribir sobre asuntos que generasen ingresos en la cuenta corriente. Debía cambiar el tablón oscuro del box de *Lukas* y sustituir el manguito de la ducha del patio, que goteaba y que había ocasionado una pequeña inundación en la parte trasera de la casa.

Kristina iba camino de la cocina. Seja se quitó las botas mientras se prometía que la cortaría a tiempo, que no se dejaría arrastrar. Pues se imaginaba dónde podría terminar aquello.

Cuando entró en el comedor Kristina ya había puesto las tazas y un plato con galletas de canela y pimienta y pastelitos de frambuesa. Había vertido el azúcar en un cuenco.

—Vienes tan poco por aquí, Seja —dijo la mujer hundiéndose penosamente en la butaca tapizada que había ante un extremo de la mesa—. Con quien más relación tienes es con Ke. Y he pensado que una tiene que cuidar a sus vecinos.

Seja no respondió. Había intentado invitarla a casa un par de veces por cumplido, pero Kristina había declinado la invitación con tanta amabilidad como firmeza, aduciendo su enfermedad. Seja tenía la sensación de que su negativa respondía a otros motivos. Era sólo que Kristina prefería no abandonar su casa.

Ahora se enjugó de la frente una gota de sudor imaginaria antes de percatarse de que el termo estaba en la cocina. Seja la detuvo cuando la vio tomar impulso para levantarse otra vez.

—No, espera. Ya lo traigo yo.

\* \* \*

Bebió un vaso de agua de pie junto al grifo. En el fregadero había un tiesto con una planta marchita, una flor de cera. Siguió con la mirada un reguero de agua terrosa.

—Ha llamado la policía —oyó la voz de Kristina a su espalda.

Así que era eso.

—Preguntaban por Ke... —su voz sonaba casi en falsete.

Seja se dio la vuelta y se apoyó en el fregadero. La abertura abovedada que unía la cocina con el comedor enmarcaba la figura de Kristina sentada en la butaca.

«Así que esto es lo que he de afrontar —pensó Seja—. ¿Es ésta mi misión, aliviar la inquietud de esta mujer? ¿No tengo suficiente con lo mío?».

Desde donde se encontraba veía la mirada suplicante de Kristina Melkersson. Su imagen: los muslos rollizos separados, las palmas de las manos presionando las rodillas, el temblor de la doble papada... todo le pareció de pronto tan acuciante...

—Ke... no me cuenta nada, él...

Seja volvió despacio al comedor.

—No hay nada que contar.

Un poco brusca. Sirvió el café y la crema en las tazas y empujó una hacia Kristina.

—Era un hombre, dueño de un garaje. Ya estaba muerto cuando Ke llegó. Ke llamó a la policía, eso es todo.

—¡Lo habían asesinado!

Seja evitó los ojos desorbitados de Kristina y se fijó en una foto enmarcada que había en el aparador del comedor; una mujer joven con un moño y un ramo de flores bajo la barbilla. Una foto de boda: un tanto turbador. Kristina aún conservaba los hoyuelos. Por lo demás, los años y las medicinas que tomaba contra el dolor habían transformado su cara hasta lo irreconocible.

Sintió la mano hinchada de la mujer sobre la suya e intentó resistir el impulso de retirarla.

—Pero ¿qué quieren de Ke?

Seja se zafó con la excusa de llevarse el café a los labios. Había trabajado duro para que la imagen del muerto descansara en un cuarto cerrado, cuidadosamente apartada de lo cotidiano. Poco a poco, a través de la palabra escrita, recrearía el lugar del crimen para someterlo a revisión. Para poder dejarlo atrás. Los sinónimos se transformaron en un mantra rimado: aislar, transitar, manejar. Ser inofensivo. Ella ya había determinado las directrices de su trabajo: investigar a través de otros reportajes



criminalísticos. Trabajar al alba, cuando la proximidad de la luz diurna infunde seguridad. Con una taza humeante de té Rooibos y el calor del gato en el regazo. La luz encendida.

Las palabras que fluían con facilidad en la pantalla.

Ahora la inquietud de Kristina alteraba el equilibrio que tanto le había costado conseguir, rozó el cuello y los hombros de Seja como una fría ráfaga de viento. La empatía que, por su edad, solía despertar en ella aquella mujer se esfumó. Su miedo se le adhería como un papel matamoscas: de pronto sólo sentía desprecio.

—Es pura rutina, rutina policial. Él encontró el cuerpo. Querrán volver a oír qué pasó. No es nada extraño, suelen hacerlo.

No se preocupó más de la aspereza de su voz. Deseaba irse de allí, se levantó al mismo tiempo que esbozaba una sonrisa poco entusiasta.

—De verdad, Kristina. Tendrás que hablar con Ke de esto.

—Pero ¡él no me cuenta nada! No quiere preocuparme, pero nada me preocupa más que no saber nada... Entonces siempre imagino lo peor, ¿entiendes? ¡Pues sé que aunque ocurriera lo peor no me lo contaría!

—¿Como qué? —se le escapó a Seja. Se detuvo y se obligó a sentarse en la silla de nuevo.

Kristina Melkersson frunció el entrecejo con suspicacia manifiesta.

—Por cierto, ¿qué hacías tú allí? ¿Por qué estabas con él?

—Oye, Kristina...

Había algo enternecedor en la profunda confusión que expresaba su semblante. Más claro que nunca, vio cómo el terror a un mundo que cambiaba a ritmo frenético se había apoderado de ella. Seja volvió a mirar la foto de boda, los hoyuelos. La timidez.

—La carcoma —dijo Kristina Melkersson—. No, una guerra mundial. Un cáncer. O que un hijo muera en un accidente de tráfico. O los nietos.

—¿Qué?

—Has preguntado qué sería lo peor.

—Fuiste tú quien empezó a hablar de ello.

—Bueno, he intentado responder.

Seja volvió a suspirar.

—Ahora me tengo que ir, de verdad. Como dije, tengo mucho que hacer. Pero podría... volver a pasar. Llámame si necesitas ayuda.

Se sentía limitada, pero Kristina Melkersson sólo se encogió de hombros. De pronto parecía ausente, como si la preocupación hubiera desaparecido.

Seja enjuagó la taza bajo el grifo y colocó el tetrabrik de crema en la nevera antes de irse. Cuando volvió a pasar delante de la ventana del comedor, Kristina había corrido las cortinas, como siempre al caer la noche. Era por la araña. Para que no se

viera desde fuera.

Atajó por el césped.

## Capítulo 17

Beckman arrojó desganada el diario de la mañana. Los titulares apenas se interesaban por la muerte en Björsared, tan sólo publicaban una vaga noticia sobre un campesino hallado muerto, probablemente asesinado, en un taller de Olofstorp.

Se sirvió la primera taza de café con la esperanza de que la despabilara. Aquel no era un buen día. A medida que amanecía se hacía visible una llovizna que, como una niebla húmeda, cubría todo Fiskebäck y el descuidado huerto que se extendía al otro lado de la ventana de la cocina. Hacía días que no se preocupaba de encender la hilera de bombillas que bordeaban la barandilla de la terraza. Por si fuera poco, volvía a sentir aquella rigidez que, como si disparase un sinfín de flechas diminutas desde la columna vertebral hasta los omoplatos, terminaba ramificándose hacia el lado izquierdo de la cara, en las mandíbulas, las sienes y, finalmente, se concentraba bajo el ojo. Se masajeó las sienes durante un buen rato, pero sólo consiguió procurarse un letargo transitorio. Estaba a punto de caer enferma sólo porque Karlberg no había tenido la sensatez de quedarse en casa con su resfriado.

Cierto que hacía tiempo que le dolían el cuello y los hombros. Demasiado tiempo. Ya no era capaz de recordar cuándo empezó a ser un suplicio redactar largos informes, o más bien, cuándo empezó a ser un suplicio aún mayor que si no le hubiese dolido nada. Buscaba excusas para marcharse de las reuniones, cuyo final se prolongaba con frecuencia.

Lo peor era el sedentarismo, pero en determinados momentos de estrés hasta el abrigo que llevaba sobre los hombros le pesaba como el plomo. Como si el entumecimiento le hubiese hipersensibilizado hasta la piel.

La fisioterapeuta del servicio médico de la empresa era una mujer agria y anticuada con aspecto de jubilada, con bata blanca y, a su parecer, con una mirada desagradable y penetrante.

—Es como si tuvieras la cabeza completamente separada del cuerpo —le dijo mientras Beckman yacía bocabajo sin camiseta, desnuda sobre la camilla—. Parece que vivieras tu vida sólo en el plano teórico. Como si no tuvieras ningún contacto con tu cuerpo. Como si no quisieras reconocerlo. Ésa es la razón por la cual protesta.

Se sintió humillada e irritada. Se suponía que aquella mujer era fisioterapeuta, no adivina. Sin embargo, la cosa empeoró cuando empezó a masajear su cuerpo maltratado, ya con dureza, ya con suavidad.

—Suele ocurrir que las verdades inconfesadas se concentran en los músculos y producen dolor. Son deseos que uno no se atreve a formular. Se localizan sobre todo en los músculos del cuello y de la cara. Muchas personas sufren dolor de mandíbula y hasta de dientes. Muy sintomático, vamos. Cuando la boca se niega a pronunciar las palabras liberadoras, éstas se agolpan allí en forma de un dolor indefinido que se

resiste a desaparecer. Las tensiones que presenta tu cuerpo se han convertido en inflamaciones. Si no te cuidas, te convertirás en una enferma crónica. Por cierto, no es extraño que, si uno no está acostumbrado, empiece a llorar en cuanto lo tocan. Hay que conectar el cuerpo con la mente.

Beckman no volvió nunca más, sino que acudió a otro médico que le recetó unas pastillas de Diclofenaco.

—Empieza a entrenar —le aconsejó éste—. Es lo único que ayuda. Ve al gimnasio, o a nadar.

Y en un par de ocasiones se fue a hacer unos largos después del trabajo, pero luego constató que los remordimientos que sentía por tener una obligación más para la que en realidad apenas disponía de tiempo difícilmente podrían encauzar los síntomas del estrés en la dirección adecuada. Entonces pensó en comenzar a jugar al tenis con alguien; le parecía que unir obligación y devoción evitaría esa cultura del aeróbic que tanto la aterraba.

Beckman jugaba bien al tenis de joven. A veces echaba de menos la sensación del esfuerzo físico. La sensación de encontrarse en el presente. Podría, por ejemplo, preguntárselo a algún compañero del trabajo. Pero la mayoría parecía tener sus actividades ya organizadas. Y a pesar de lo mucho que anhelaba disponer de compañía para su hipotética actividad deportiva, no estaba preparada para comenzar con *spinning* o con yoga.

¿Jugaría al tenis Christian Tell?, se preguntó. Christian Tell le gustaba como colega. Ambos eran compatibles, por así decirlo. A pesar de que a veces era un torpe, ella sentía que la respetaba. Sin embargo, le resultaba casi absurdo pensar en relacionarse con Tell fuera del trabajo.

Sin duda, lo absurdo era la vida privada de Christian Tell, si es que ésta existía. De hecho, el colega nunca hablaba de asuntos personales en el trabajo. Era más fácil imaginar que, en realidad, no había en su vida nada más allá del trabajo que pensar que tenía en cuenta las ventajas de separar la vida laboral de la privada. Pero por otra parte, ¿qué sabía ella? Nada.

Por un instante, se preguntó cómo imaginarían sus colegas su vida privada. Seguramente también la considerarían una persona bastante reservada. ¿Había sido siempre así? De pronto se sintió insegura, como solía ocurrir cuando pensaba en lo sucedido antes de conocer a Göran: si en realidad había sucedido o si pertenecía a un sueño difuso y lejano que ella creía recordar porque, a veces, otras personas se lo recordaban. Y ahora, desde que su madre había comenzado a perder la conexión con la realidad y desaparecía durante largos periodos en el incomprensible mundo de la demencia, ya no había nadie más que le recordara ese pasado.

Había conocido a los pocos amigos con los que se relacionaba hacía diez años, después de irse a vivir con Göran. Al menos acostumbraba a tratar con ellos antes de

tener hijos y de que la vida se convirtiese en un horario irreal sin margen de error.

Sí, sin duda en el trabajo la consideraban una persona introvertida. «Integridad inquebrantable» era una expresión que solía oírles decir sobre ella. Le gustaba escucharlo. Sonaba solemne. Pero en realidad no era una cuestión de carácter: sencillamente ella nunca había pensado que su vida privada dijese mucho de ella como profesional, como la profesional por la que la tomaban. Su muro defensivo rara vez se resquebrajaba.

En una ocasión, antes de que nacieran las niñas, Renée Gunnarsson llegó al trabajo de madrugada y la sorprendió en la sala de personal con los ojos enrojecidos por el llanto. Göran llevaba un par de semanas desaparecido tras una penosa disputa y, para evitar quedarse sola en casa, acudía al trabajo antes del amanecer. Aquella mañana, casi a la hora de las brujas, estaba sentada en su despacho mirando fijamente los trámites del divorcio.

La llegada de Renée, su abrazo y sus palabras de consuelo la hicieron estallar del todo. Se fueron a un café de taxistas que había por allí cerca, antes de que llegaran el resto de los compañeros, y Beckman estuvo llorando durante horas. Le confesó lo sola que se había sentido durante los años de convivencia con Göran y cómo, día a día, había ido convirtiéndose en una persona distinta a la que ella creía ser, una persona que ni reconocía ni le gustaba especialmente.

No se avergonzó de haberse mostrado débil. Ni de haber llorado. Se avergonzó de que Göran volviera a casa unas semanas después, de que la vida continuara como antes de su partida, de que no era la primera vez y tampoco sería la última.

No, nunca más volvería a hablar sobre su vida privada, ni siquiera un fragmento. Por lo menos, no ante aquellas personas cuyo respeto quisiera conservar.

Una mujer con fuerza interior —porque así era como deseaba que la vieran— no era un junco al viento, ni se dejaba llevar por el estado de ánimo de los demás. Una mujer así no se mostraba, como ella, competente en el trabajo, aunque completamente incapaz de volar con sus propias alas en otros ámbitos. Así era como se veía a sí misma cuando se trataba del amor.

Una persona íntegra tomaba una decisión para luego cumplirla, con independencia de lo sola que se sintiera. No importaba cuánto pudiera doler una historia común que, de pronto, sólo existía en el pasado.

Sonó el móvil en el bolso. Corrió hasta el vestíbulo y lanzó una maldición: no había llegado a tiempo de atender la llamada. El reloj de plástico de la cocina indicaba que ya era hora de despertar a las niñas. El antiguo reloj de pared heredado de su abuelo había estado guardado en una caja del sótano la mayor parte del tiempo de su relación con Göran, ya que él lo consideraba horrible. El reloj fue lo primero a lo que recurrió durante los periodos de ausencia de Göran. Tan pronto como él, en un arrebato, abandonaba la casa con su maleta y mientras ella aún estaba más enfadada

que triste, mientras la sensación de libertad seguía siendo más fuerte que la soledad, entonces colgaba en la pared el reloj del abuelo.

Al recordarlo, aquel triunfo silencioso le parecía absurdamente triste. Más de una vez consideró la posibilidad de arrojar el reloj a la basura para cambiar de modelo de reacción, pero nunca lo hizo. Lo patético no era el reloj en sí mismo, sino que éste fuera partícipe de su reprimida vida sentimental. Ella, que le gritó a Göran de tal modo que los vecinos llamaron a la policía y tuvo que correr a esconderse en el sótano por miedo a que el coche patrulla la reconociera...

Ella que, por lo visto, tenía verdades inconfesadas adheridas a lo largo de toda la columna vertebral como nódulos de dolor.

Mientras subía la escalera, oyó sus ronquidos estentóreos desde el cuarto de invitados. Tampoco hoy podría llevar a las niñas a la guardería. Tendría que hacerlo ella y llegar tarde al trabajo.

Ya delante del dormitorio de Julia y Sigrid, vio que la llamada perdida era de Andreas Karlberg. Y se la devolvió.

—Voy camino de Björsared, interrogaré a los vecinos —informó a través del carraspeo de la línea.

—Vale, yo llegaré un poco tarde.

Cerró los ojos. Desde el interior del dormitorio de las niñas se oyó el grito de Sigrid, que tenía dos años. La pequeña detestaba abandonar los sueños para volver a la realidad.

—Nos vemos allí —consiguió gritarle Beckman al colega, antes de que se cortara la conexión.

Abrió la puerta y quedó deslumbrada por la calidez de la luz amarillenta que irradiaba el candelabro de Adviento. Allí dentro olía a infancia.

\* \* \*

En contraste con el frío del exterior, sintieron el calor como una bofetada. Los dos colegas estaban estragados y se sentaron en el salón, en un viejo sofá de terciopelo color verde musgo, encantados con el calor de la chimenea. La casa de los Molin estaba amueblada como suelen estarlo los hogares de las personas mayores: ordenada pero con exceso de mobiliario. Repleta de objetos decorativos que quizá tuviesen un valor afectivo o quizá, simplemente, estaban allí. Había muebles de diversos estilos y distintas épocas, lámparas de pie con bombillas de baja potencia y pantallas de colores desvaídos, adornos navideños... todo ello cubierto por una fina capa de polvo. Como si hubieran reunido los recuerdos de toda una vida en aquellas tres habitaciones, la cocina y el piso de arriba. En realidad, así era.

Pese a lo temprano de la hora, la señora Molin sirvió con esmero una fuente de

tres pisos: galletas de canela y pimienta, bollos de azafrán y pastas. Ella misma había horneado el bizcocho de chocolate. Karlberg aceptó la invitación por cortesía y tomó un trozo del mencionado bizcocho pero, justo cuando le iba a hincar el diente, notó un olor a moho, por ligero no menos inconfundible. Dejó el bizcocho en el plato pensando que no sería la primera vez que hacía desaparecer un pastel imposible de comer en cuanto la anfitriona se disculpase y se diese media vuelta para ir a la cocina.

Dagny Molin se ajustó aún más la chaqueta de lana sobre los hombros, mientras se sentaba con dificultad en la butaca, frente a Beckman.

—Aquí hace frío, ¿verdad? Le pediré a Bertil que suba la calefacción.

—No, no es necesario —dijo Karlberg que ya notaba las primeras gotas de sudor por el labio superior. El fuego, que en un principio le había dado una grata bienvenida, comenzaba a consumir el último oxígeno que quedaba en la habitación.

Bertil Molin surgió de entre las sombras arrastrando los pies. Elevó la temperatura de un calefactor eléctrico, estratégicamente colocado junto al sofá donde estaba sentado Karlberg, que se quitó la chaqueta enseguida.

—No se me pasó ni un segundo por la cabeza que Lars pudiera estar muerto —dijo Dagny Molin cuando su marido se hubo sentado en la butaca de mimbre que había junto a la puerta, como si necesitara tener a mano una vía de escape—. Me refiero a la última vez que estuviste aquí. Te puedo tutear, ¿verdad?

—Claro. Me llamo Andreas. Desde entonces, el asunto también está algo más claro para nosotros. Sin embargo, quedan algunos interrogantes. Como ya saben, Lars Waltz fue asesinado por un desconocido. Sabemos que el asesino llegó en coche. Esa es la razón por la cual nos hemos puesto en contacto con todos aquellos que viven en los alrededores. El asesino tuvo que pasar en coche por esta carretera, entre la tarde y la noche del día 19. Ustedes ven la finca de los Edell desde el porche. Queremos asegurarnos de que no vieron, oyeron o notaron nada que hayan recordado desde la última vez que estuve aquí.

Karlberg les habló despacio y claro, para subrayar bien el significado de sus palabras. Dagny Molin negó con la cabeza.

—Como ya dije, estábamos durmiendo. Nuestro dormitorio se encuentra en el piso de arriba, orientado a la parte de atrás. Desde ahí no podemos ver ni oír los coches ni nada que pase por la carretera. Y aunque no fuese así... Waltz tenía un taller. Sería imposible prestar atención a todos los coches.

Karlberg no pudo por menos de admitir que tenía razón y lo intentó con otra pista.

—La última vez usted dijo que conocía bien a Edell, a Lise-Lott y a su primer marido.

—¡Sí, Thomas! Hace años solía rondar por nuestro sótano. Sven, nuestro hijo, tenía abajo su cuchitril, junto al cuarto de la caldera. Ahí se reunían. Ya sabes, a los jóvenes les gusta que los dejen en paz. Por lo menos cuando se hacen mayores. Es

duro darse cuenta de que lo único que desean es que no los molesten. Es el primer paso de alejamiento: una sabe que los está perdiendo. Y hoy por hoy lo vemos muy poco. ¿Tú tienes hijos, Andreas?

—Eh... no. ¿Así que dice usted que su hijo se relacionaba con Thomas Edell? ¿Cuándo fue eso?

Dagny Molin sonrió como si la pregunta le resultara absurda.

—Fueron vecinos de niños. Tenían la misma edad, era normal que se relacionaran. Era como si no tuviesen más remedio que andar juntos. Piensa que la familia con niños más próxima vivía lejos y, por aquel entonces, los padres no andaban con el coche de un lado a otro para llevar a los hijos a jugar. No, entonces se jugaba con lo que uno tenía a mano y, en el mejor de los casos, con los niños que hubiera en la finca vecina, si los había. El vecino de Sven era Thomas y, bien mirado, no era de lo peor. De niños jugaban en el campo, montaban en bicicleta o en coche de pedales. Bueno, ya sabes, esas cosas que les gusta hacer a los niños.

—Y después —intervino Karin Beckman—. En la adolescencia, por ejemplo.

Dagny Molin pareció disgustada.

—Bueno, ¿qué puedo decir? ¿Qué madre sabe con certeza lo que hacen sus hijos adolescentes? Tenían las motos para ir de un sitio a otro. Y con ellos salían otros chicos de los alrededores, no recuerdo el nombre de todos, sabe Dios. Cuando una es así de mayor, se contenta con recordar lo importante.

Guardó silencio y lanzó una mirada a su marido. Éste había encendido la televisión, pero sin volumen. Ocupaba la pantalla la imagen de un debate parlamentario y el líder del partido conservador se reflejaba en el cristal lleno de hollín de la librería de caoba. Dagny Molin deslizó nerviosamente las manos por el borde de la mesa, antes de inclinarse y asegurarse de que el calefactor seguía encendido. Subió el regulador a la máxima potencia y se retrepó de nuevo en la butaca, aliviada, como tras un ritual tranquilizador.

—Thomas era un tanto tosco. Eso no lo puedo negar. Sven fue siempre un buen chico, pero era influenciable. Recuerdo que llegué a temer que acabara metiéndose en problemas por salir con Thomas. No porque él fuera malo, en absoluto. Y Reino tampoco. Pero los chicos son chicos. Durante esos años, en ocasiones, pueden ser impetuosos. Tenían que experimentarlo y probarlo todo. Seguro que tú lo entiendes, ¿verdad? Tampoco eres tan mayor como para haberlo olvidado.

El polvo recalentado difundió un hedor intenso a materia carbonizada. Karlberg sintió que lo invadía el pánico al descubrir que había perdido la capacidad de parpadear. Se diría que los párpados se le hubiesen pegado al globo ocular.

Al ver que Karlberg parecía perder el control, Beckman se apresuró a tomar el timón.

—¿A qué se refiere exactamente, señora Molin? ¿Alcohol? ¿Peleas? ¿Podría ser



más clara?

Dagny Molin se retorció, visiblemente molesta y enfurruñada.

—¡Sí! Es posible que hubiera alcohol y algo de violencia, pero eso fue cuando eran jóvenes. Thomas ha muerto —dijo en tono severo—. Heredó la finca y se casó antes de que la mala suerte se cebase en él. Se convirtió en un hombre formal. Y Sven también, claro —de pronto, se le iluminó la cara—. ¿Sabes?, Sven ha rehecho su vida: se encontró con un viejo amigo y han comprado una empresa. Un criadero de visones, allá en Dalsland. Además, tiene dos hijos: un niño y una niña.

Señaló en dirección al piano que se veía junto a la puerta de la habitación contigua. Entre dos figuras de Papá Noel de porcelana había una fotografía enmarcada de un niño y una niña que parecían de origen asiático.

—Por lo visto, ella es de Tailandia, la mujer que Sven conoció, no recuerdo su nombre. Nunca nos la ha presentado, pero nos envió esa foto el invierno pasado. Estoy contenta de que haya encontrado una mujer. También necesita a alguien que se ocupe de él. Ya va siendo mayor. Es un buen chico. Todos eran buenos chicos.

«Como un mantra», pensó Beckman. *Buenos chicos*. El calor la obligaba a pasarse la mano por la frente una y otra vez para impedir que el flequillo se le pegara con el sudor. Ignoraba qué le depararía aquel amanecer frío y gris y se había puesto un jersey de cachemira encima de una combinación demasiado provocativa, así que no podía quitárselo, pero tampoco aguantarlo por más tiempo. Le dio la impresión de que Dagny Molin se percataba de su tormento y le sonreía con disimulo. Le picaba la nariz cada vez que respiraba, como si estuviera en una sauna. Apenas podía mantener en orden sus ideas.

—¿Qué sabe de la relación entre Reino Edell y Lise-Lott Edell? —preguntó por fin.

Sin apartar la vista de Molin, pudo ver la expresión de discreta sorpresa que se dibujaba en el semblante de Karlberg. Quizá el colega hubiese pensado en otro modo de abordar el tema pero, en ese preciso instante, a ella no le importaba lo más mínimo. Lo único que quería era salir de aquella fuente de calor seco y asfixiante, salir a la humedad de la mañana invernal, al aire libre, antes de desmayarse.

Bertil Molin apartó un segundo la vista del televisor y se encontró con la mirada de Beckman.

—La odia a muerte.

Dicho esto, subió el volumen y volvió a concentrarse en el presidente Rosenbad.

## Capítulo 18

No tenía ninguna gana de que a Navidad que, como de costumbre, sería un exceso. Demasiada comida, demasiada bebida, sin duda, y, sobre todo, una relación familiar demasiado intensa.

Para colmo, antes de coger el coche para salir desde su casa de Floda camino del ayuntamiento de Lerum, había visto a su mujer desnuda. En efecto, entró por error — evidentemente, a juzgar por la reacción de su mujer— en el dormitorio mientras ella se cambiaba y la encontró desnuda por completo. A él no le importó.

Hacía ya quince años que empezó a usar un camisón largo para dormir, con la vana intención de ocultar su decadencia física. No es que no tuvieran vida marital. Aunque no con mucha frecuencia, ocurría que él le tocaba el hombro cuando el programa de televisión llegaba a su fin, subía arrastrando los pies por la escalera, se lavaba los dientes y, quizá, se echaba en el cuello un poco de loción para después del afeitado. Lo que sucedía era que Ulla creía que su cuerpo constituía una excepción, lo cual no se ajustaba en absoluto a la verdad. No estaba ni mejor ni peor de lo que suelen estar los cuerpos de las señoras de sesenta años. Esto colgaba un poco por aquí, aquello presentaba una pequeña depresión por allá, unas cuantas arrugas... ¿Qué cabía esperar? Mientras no hubiera disponible alguna modelo joven y guapa, y para un hombre de la edad y vigor de Bärneflod no la había, tampoco valía la pena quejarse.

Sin embargo, para las mujeres era distinto, claro. La confianza que los hombres tenían en sí mismos residía en su estatus laboral. En el caso de las mujeres, en cambio, dicha confianza guardaba relación con su aspecto físico. En particular, cuando se trataba de mujeres como Ulla, cuyo único aporte a la economía familiar no daba ni para golosinas. Además, ella siempre había sido una mujer insegura, siempre presa del temor a no ser apreciada. Él no compartía ese punto de vista. Siempre había razonado así: si no le gustas a alguien, pasa de él. Y en la mayoría de los casos, la desaprobación era mutua.

Bärneflod rodeó el centro comercial Solkatten y la plaza, que tenía un aire años cincuenta, todo en color beige y verde pálido, y ribeteada de comercios cuyos nombres se remontaban a la época en la que los letreros de neón eran una novedad. La pandilla de los alcohólicos de Lerum ya se había sentado en círculo: cuatro bancos en forma de media luna a una distancia bastante cómoda del Systembolaget<sup>[4]</sup>.

Lo embargó cierta satisfacción cuando estacionó el coche en el aparcamiento sin pagar la tarifa correspondiente. En efecto, había dejado bien visible en el parabrisas de su vehículo particular un folio manuscrito donde se leía: «Trabajo policial en curso», que debería bastar para ahuyentar a las guardias del aparcamiento.

\* \* \*

—Per-Erik Stahre lo recibirá tan pronto como le sea posible.

La secretaria, o quizá fuese recepcionista, había olvidado quitarse la bufanda de lana que, muy a tono con la época navideña, era de color rojo. La joven tenía aspecto de estar irritada. Seguramente, al igual que Stahre, había tenido que interrumpir sus vacaciones recién comenzadas para ponerse a disposición de la policía.

A Bärneflod le fastidiaba tener que esperar en el triste pasillo del ayuntamiento a aquel funcionario engreído que, con seguridad, lo tenía allí plantado por sentir que equilibraba la balanza del poder. Bärneflod chasqueó los dedos irritado.

Por un instante sopesó la posibilidad de ir a la ferretería del centro comercial que estaba al otro lado de la calle y comprar esas bisagras para la cancela en las que tanto tiempo llevaba pensando. La última tormenta había arrancado la verja de sus goznes aunque mejor así, teniendo en cuenta que estaba medio podrida. En realidad, no había ninguna razón que justificase la existencia de una cancela en aquella valla tan endeble que separaba el lote de casas pareadas de la calle, pero Ulla quería una cancela a toda costa y al final se puso una cancela. Para determinadas cuestiones, Ulla era inamovible.

Desechó la idea de ir a comprar las bisagras. Corría el riesgo de que Stahre volviera a desaparecer si no se mantenía alerta.

Desde el rincón donde estaba sentado podía ver con claridad que la secretaria navegaba por Internet. Seguro que estaba chateando con algún chico, hoy en día eso lo hacían hasta las chicas guapas. En su época, sólo las feas ponían anuncios de contactos o llamaban a la línea caliente.

Sobre la cabeza de la recepcionista y a su espalda había colgado un reloj enorme. El segundero sacó a Bärneflod de sus casillas. Al final se levantó y extrajo la cartera del bolsillo interior de la cazadora de cuero.

—Se trata de un asunto policial, como ya dije. ¿Sería tan amable de indicarme cuál es la oficina de Per-Erik Stahre?

Pasaron unos cuantos segundos durante los cuales los dedos de la chica se deslizaron veloces sobre el teclado. Hizo clic en *Enviar* y, por fin, se dio la vuelta hacia Bärneflod.

—Como ya dije, está ocupado.

«Niñata de mierda».

—Como ya dije, no puedo tener en cuenta dicha circunstancia.

Por increíble que pudiera parecer, la joven hizo un gesto de profunda desidia. Sin embargo, terminó por levantarse y, pasando por delante de Bärneflod, enfiló el pasillo trotando ruidosamente sobre sus tacones. El policía se apresuró a seguirla y, unos

segundos después, se encontró frente a Stahre. Lo halló sentado a una mesa redonda, enfrente de una mujer con el cabello de un color rojo fuego que no le favorecía. Le sorprendió lo joven que era, pues se había esperado a un vejstorio.

—Estoy ocupado...

—Soy Bengt Bärneflod, policía. Se trata de un asesinato.

Dicho esto, le puso la placa en la cara.

\* \* \*

Stahre miró el reloj por décima vez en apenas media hora y tamborileó con los dedos sobre la agenda abierta.

—No sé qué decir. Lo que ha ocurrido es terrible, pero aún no entiendo cómo puedo serte de ayuda.

—Yo tampoco. Tú te relacionabas con Lars Waltz; yo intento averiguar cómo era Lars Waltz. Hay personas que opinan que Lars Waltz y tú estabais enemistados.

—¡Eso es ridículo! —su móvil vibraba en el bolsillo de la chaqueta, pero él no lo atendió—. Hubo un periodo de tiempo durante el cual estuve en contacto con Waltz por una serie de trabajos fotográficos, eso es todo.

—Durante un periodo de tiempo largo, si no me equivoco.

—Varios años, sí. Fueron unos cuantos encargos. Puede ser que Lars Waltz se molestara durante nuestra última reunión, pero decir que estuvimos enemistados me parece una exageración.

Bärneflod asintió pensativo.

—¿Por qué se molestó Waltz?

Stahre apretó los dientes y miró por la ventana, como sopesando si debía dar la versión abreviada o una más extensa.

—Suspendí nuestra colaboración en beneficio de otro fotógrafo.

—¿Lo echaste?

—¡No! —Stahre golpeó con furia la mesa con la palma de la mano—. ¡Era un *freelance*! No estaba contratado. No habíamos firmado ningún documento que le otorgara la exclusiva del trabajo del que hablamos. Yo estaba en mi derecho de elegir a otro fotógrafo si lo consideraba más cualificado para el cometido.

—Pero no se trataba de encargos aislados. Y has dicho que tú suspendiste la relación.

Stahre lanzó un suspiro y se pasó dos veces la mano por el pelo, que se le erizó como un penacho.

—Si te soy sincero...

—Me sorprende que hasta ahora no hayas entendido que debías serlo.

—... Lars Waltz no era un fotógrafo lo bastante bueno como para que su calidad

compensara sus inconvenientes.

—¿Inconvenientes?

—Era bastante peculiar. Espero que comprendas que me cuesta un poco hablar mal de un muerto, por eso no lo he hecho de inmediato.

—Si todo el mundo pensara como tú, Stahre, nosotros no podríamos hacer nuestro trabajo. Así que suelta el rollo, no tengo todo el día. Y tú tampoco, ya me has informado de ello.

—Era impulsivo. Llamaba a sus problemas de disciplina libertad artística y en general, tenía mal carácter. Respecto al trabajo, quiero decir. No tengo ni idea de cómo era Waltz en privado.

—Explícate mejor.

Stahre alzó los brazos con resignación.

—Los encargos a los que me refiero tenían una estructura bastante fija. Se trataba de documentar información local. No había lugar para excesos artísticos. A Waltz le costaba aceptarlo. Quería que todo se hiciera a su manera.

—Y ¿cuando no lo conseguía?

—Entonces se enojaba —se encogió de hombros—. Vociferaba y daba portazos; supongo que se creía un excéntrico, pero en realidad era sólo insoportable. Además, resultaba muy caro. No había ninguna razón para seguir usando sus servicios. Como ya dije, lo contratábamos como *freelance* y no teníamos ningún compromiso con él. Pero decir que estábamos enemistados me parece que es...

—De acuerdo, comprendo.

Bärneflod se puso de pie y subió la cremallera de la cazadora de ante. Lamentó para sí el hecho de que la gente en general, y las víctimas de asesinato en particular, rara vez fuesen tan gratamente sencillas como uno solía imaginar al comienzo de la investigación criminal. Siempre aparecía algún pirado que iba en contra de la opinión reinante.

—Gracias por dedicarme tu tiempo. Encontraré la salida.

Aún tendría ocasión de comprar las bisagras.

## Capítulo 19

Fría y gris y aun así, agradable. Un año más, las navidades supondrían una desilusión para los niños, a causa de una lluvia extremadamente molesta que llenaba los pozos y que discurría formando riachuelos por las aceras. Tell cambió de emisora para ahorrarse oír el villancico «Oh, noche santa».

El aparcamiento de la comisaría de policía estaba iluminado como un escenario y la luz de la calle incidía sobre las carrocerías mojadas. La razón de aquella iluminación exagerada eran los destrozos y los robos que sufrían los coches estacionados en el aparcamiento de los empleados de la comisaría. Habían forzado un par de cerraduras pero, en general, la cosa se quedaba en actos de vandalismo simbólico: pintadas con spray rojo o abolladuras y arañazos provocados sin ton ni son con bates y llaveros.

El hecho de haber osado adentrarse en el terreno de la comisaría de policía denotaba, sin duda, cierto grado de audacia. La calle Skånegatan permanecía vigilada casi todo el día. Teniendo en cuenta la gran cantidad de coches que había en la ciudad, se suponía que los vándalos concedían especial importancia a que los propietarios fueran precisamente policías.

En una ocasión, Tell detuvo a un chico de dieciséis años por arrojar adoquines contra la policía durante una violenta manifestación antirracista. Le sorprendió la convicción del joven. Recordó su periodo de adolescente desconcertado y concluyó que él nunca se había sentido tan seguro de nada como aquellos jóvenes demostraban de forma tan evidente. Estaban dispuestos a luchar por aquello en lo que creían. Tell admiraba secretamente la convicción de aquellos muchachos, pese a que su cometido como policía consistía en evitar que ciertos grupos se tomaran la justicia por su mano.

—Por lo menos creen en algo —dijo en la sala de personal cuando, después del 30 de noviembre<sup>[5]</sup>, la ciudad quedó asolada por varios bandos opuestos de manifestantes. Aquella afirmación no iba dirigida a nadie en particular, pero sin duda vino provocada por el obtuso comentario de Bärneflod sobre la chusma comunista.

Aparte de Bärneflod, había más personas escandalizadas por la falta de respeto de los jóvenes hacia la sociedad y las instituciones financiadas con el dinero procedente de los impuestos que pagaba la generación de sus padres. Los medios de comunicación no tardaron en sumarse a la moda de cargar las tintas contra la postura política que, con proverbial negligencia, todos vinculaban a los destrozos. De repente, la idea básica de la socialdemocracia se convirtió en sinónimo de una pandilla de locos enmascarados y agresivos.

Tell contó con el apoyo de Beckman, que tampoco creía que las aspiraciones políticas pudieran reducirse de una forma tan simple, con independencia de lo que se

pensara de sus afiliados.

Bärneflod refunfuñó irritado.

—Es que los currantes normales trabajamos para mantenerlos a ellos, precisamente. En primer lugar pagamos una ayuda social para que esos cabrones se libren de trabajar, y luego, además, tenemos que cubrirles las espaldas cuando les apetece destrozar media ciudad, lo que le cuesta a la sociedad otros cuantos millones. Yo también me cabreo a veces, pero joder, no voy por ahí rompiendo cristales.

Beckman exhaló un hondo suspiro.

—No mezcles las cosas, Bengt. Estos jóvenes apenas cuestan nada en ayudas sociales. Son jóvenes de clase media, hijos de intelectuales políticamente correctos de la generación hippie, ya sabes; hijos de los abraza-árboles, que se hicieron adultos y consiguieron buenos puestos de trabajo. Nuestros jóvenes anarquistas también terminarán formándose y, un buen día, los veremos en su casa adosada, aunque aún falta para llegar ahí. ¿Cómo iban a rebelarse los jóvenes, si no siendo más rebeldes que sus padres?

—Parece que lo hayas vivido personalmente —masculló Bärneflod—. ¡Joder! Apuesto a que tú eras uno de aquellos a los que arresté en los años setenta. Con camiseta larga y sandalias. O bueno, perdón, quizá seas demasiado joven...

Soltó una carcajada que se apresuró a sofocar en cuanto comprendió que se había pasado.

—Quiero decir que no podemos permitirnos el lujo de ser condescendientes con personas que no aportan nada a la sociedad. Está claro que no tenemos dinero para escuelas, guarderías o geriátricos. Es como si uno tuviera que ser extranjero o delincuente para conseguir alguna ayuda de la sociedad. Quiero decir que... bueno, yo tengo un hijo de veinticinco años que aún vive en el sótano de casa sin perspectivas de conseguir su propio apartamento. Y apostaría cualquier cosa a que si hubiese sido menos formal, ya tendría vivienda y ayuda social y toda la puta historia. ¿Qué será de los chavales suecos normales y honrados?

Beckman se marchó a su despacho. Tell no lograba recordar si había continuado la polémica con Bärneflod o si, como solía, dejó que la irritación lo carcomiera un rato hasta que desapareciera por sí sola. A veces, el intercambio de opiniones exigía mucho más de lo que aportaba, exigía un tiempo y una energía que no merecía la pena invertir. Al menos, eso pensaba él.

Se extrañó al oír unos pasos fuera del despacho y miró automáticamente su reloj de pulsera. Las seis y veinte. Llevaba un rato pensando en Bärneflod y, de hecho, cuando levantó la vista, esperaba encontrarlo en el umbral de la puerta. De ahí su sorpresa al ver que era Karlberg quien asomaba la cabeza. Bien mirado, resultaba más que lógico. Era la víspera de Nochebuena: ¿qué hombre normal, con mujer e hijos, aunque fueran mayores, optaría por quedarse empollando informes en el trabajo o por

permanecer junto a la ventana esperando la lluvia? Hacía horas que Tell había animado a sus compañeros a que se marchasen a casa a celebrar la Navidad.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a Karlberg. Éste se encogió de hombros.

Tell fingió estar enojado.

—Venga, lárgate. Y feliz Navidad.

—Igualmente —respondió Karlberg antes de marcharse.

Y justo en aquel momento Tell cayó en la cuenta de que ni siquiera había pensado en cómo pasaría la Nochebuena. Ciertamente que Ingrid, su hermana mayor, lo invitaba todos los años a pasar la Navidad en su enorme casa de Onsala.

La relación entre los dos hermanos se había debilitado con los años, ante todo a causa del hombre con el que Ingrid se casó siendo aún muy joven. A Tell le parecía un corredor de bolsa bastante antipático y fanfarrón que no siempre actuaba conforme a la ley en las transacciones de valores. Y luego estaba su hermana.

Tell no tenía claro qué le causaba más desazón: que Ingrid conociera los chanchullos del marido pero no se viera en situación de mezclarse en ellos —puesto que él la mantenía—, o que fuese tan ingenua como para no comprender lo que ocurría en el despacho de su esposo. Como quiera que fuese, ambas alternativas abatían a Tell lo suficiente como para evitar la casa de la hermana excepto en Nochebuena, cuando su padre, un viudo cada vez más desorientado, acudía como invitado a disfrutar de aquellos muebles carísimos y presuntuosos, en señal de la generosidad y benevolencia de la pareja de anfitriones. A Tell no le hacía ninguna gracia. De repente comprendió que aquella era la razón por la que se había quedado pegado al escritorio después de que se apagaran las luces de los despachos de la comisaría ante la inminente fiesta navideña.

Echó mano del teléfono, marcó un número y esperó a oír la voz clara y algo tensa.

—Aquí Krook.

—Hola, hermana. Soy Christian. ¿Qué tal llevas el estrés?

—Más o menos, pero hay tanto que hacer. ¿Vendrás mañana? Te llamé el otro día, y papá también, pero no atendías el teléfono.

—No, ya lo sé. Debí llamarte y dejarte un mensaje pero estoy en medio de una complicada investigación de asesinato y... estaba esperando a encontrar un hueco pero...

—¿Así que quizá no puedas venir?

—No, me temo que no. Me veré obligado a trabajar todas las navidades. Lo siento. Habría sido un placer.

—Bueno, supongo que no tiene remedio. El deber ante todo. Pero para papá será una decepción. Dice que sólo te ve en Navidad, a pesar de lo cerca que vivís.

—Cerca, lo que se dice cerca... —dijo Tell, consciente de la rabia que lo embargaba. Era tan típico de Ingrid aprovechar cualquier oportunidad para



inculparlo. Pronto mencionaría el tema de los regalos navideños que él, por supuesto, no había comprado—. Vive a unos diez kilómetros, no es que seamos vecinos precisamente.

—Bueno, bueno, de todos modos, ya nos veremos otro día. Te mandaré el regalo. No es nada del otro mundo, sólo una caja de bombones. Y cuídate, Christian. No te mates a trabajar. Feliz Navidad.

—Sí, feliz Navidad.

Si antes no había estado del todo convencido, ahora estaba completamente seguro de haber tomado la decisión correcta. *No te mates a trabajar*. No, ella que era económicamente independiente y que apenas había trabajado un solo día de su vida, no corría el riesgo de matarse trabajando. A menos que las tareas habituales de la casa, las comidas de representación y la educación de los hijos contasen como trabajo. Él tenía la certeza de que Ingrid así lo consideraba. Sin embargo, se le antojaba una mezquindad que una persona que disponía de todo el tiempo del mundo, sobre todo desde que sus dos hijos se hicieron mayores y no necesitaban ya que les cambiaran los pañales y les sonaran los mocos, cargara sobre él toda la responsabilidad de la vida social de su padre.

A veces se preguntaba qué haría la angustiada y mundana Ingrid sola en la gran mansión de Onsala cuando nadie la viese. Cuando no tuviese invitados a los que atender. ¿Se suavizarían entonces sus rasgos? ¿Tendría una sonrisa algo menos tensa? De repente, evocó su imagen con dieciséis o diecisiete años, cuando ambos vivían aún en la casa de sus padres. Recordó lo mucho que le molestaba que sus amigos comenzaran a desaparecer para fisgar en el dormitorio contiguo. Se quedaban allí en el umbral sonriéndole a Ingrid. De adolescente, Ingrid era guapa. Y bastante divertida.

Una figura cuya silueta se recortaba en la valla que rodeaba el aparcamiento acechaba desde allí mirando el edificio. Tell comprendió que, desde el exterior, nadie lo veía. El despacho estaba casi a oscuras, salvo por la luz eléctrica del candelabro de Adviento. Cuando el muchacho, con gran agilidad, empezó a trepar por la verja, Tell golpeó con fuerza el cristal de la ventana y consiguió darle un susto de muerte a la pobre criatura. Desde luego, un joven que, en lugar de celebrar el 23 de diciembre en casa comiendo nueces, bebiendo vino caliente y viendo la televisión, se dedicaba a robar era digno de lástima.

La idea de no tener que pasar la Navidad en la mansión de los Krook le había proporcionado un alivio que empezaba a disiparse, sustituido por una nueva sensación de malestar: la imagen de su apartamento vacío y el reflejo azul del letrero de neón de la acera de enfrente. Pensó en si quedaría algo en la botella de Jameson que había abierto justo después de Santa Lucía. De nuevo volvió a mirar el reloj. Sólo habían pasado diez minutos.

Las noticias de tráfico vinieron a interrumpir la monotonía de la radio al informar de que, por el momento, se había reducido el tradicional atasco de la víspera de Nochebuena en el túnel de Tingstad en dirección a Oslo. Estaba anocheciendo. Seguramente, la mayoría de aquellos que estuvieron parados a la altura de Gasklockan hacía unas horas ya estaría llegando a sus cabañas de Bohuslän, quizá incluso guardando los manjares navideños en el frigorífico. Y el aguardiente en el congelador.

Tell decidió dar un paseo.

\* \* \*

Ya había finalizado la investigación de las inmediaciones del escenario del crimen. Sin embargo, la fuerza de la costumbre lo impulsó a aparcar a un lado del camino.

Tell bajó la persiana metálica. No deseaba que la fría luz del tubo fluorescente inundara el patio mientras él, dentro del despacho provisional del garaje, intentaba hacerse una idea de la contabilidad de Lars Waltz. Aun cuando era poco probable que el asesino regresara al lugar del crimen después de haber pasado tanto tiempo desde que cometió el asesinato, no quería que su presencia allí fuese demasiado obvia. Colgó el abrigo del respaldo de la silla.

Había un ordenador casi vacío que sólo contenía un sencillo programa de contabilidad donde se guardaban los ingresos y los gastos de la empresa. Tell no veía nada extraño ni en los trabajos realizados ni en las cantidades registradas, pese a que él no era un experto en coches. Estaba claro que Waltz no se había enriquecido con el garaje, a no ser que trabajara en negro, claro. Y, desde luego, podría haberlo hecho, pensó Tell severo, tomando conciencia al mismo tiempo de los prejuicios que le inspiraban los mecánicos. A decir verdad, no existía ninguna razón para que estuviera figoneando allí en aquel momento.

Apagó el ordenador y permaneció un rato inmóvil en la cómoda silla del escritorio, incapaz de decidir qué hacer a continuación.

Recreó mentalmente la promesa de la media botella de Jameson. Quizá fuera hora de irse a casa y pasar la velada delante del televisor como cualquier sueco normal. Cogió distraído dos archivadores de un anaquel que había encima del escritorio.

Aparte de un listín de teléfonos, los archivadores no contenían nada que pareciera extraño o que llamase la atención. Dobló el listín y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Y ya estaba a punto de ponerse el abrigo, cuando un sonido le hizo reaccionar. Parecía venir de fuera, sonó como si un coche se hubiera detenido en el camino, a unos pocos metros. Sin embargo, por allí no había más casas. Su mente empezó a barajar todas las posibilidades. ¿Sería Lise-Lott que, a pesar de todo, había

optado por volver a casa, pese a que aseguró que pensaba pasar las fiestas de Navidad y de Año Nuevo en casa de su hermana? No parecía lógico dirigirse a aquella casa triste y vacía justo la víspera de Nochebuena.

A fin de no hacer ruido levantando la puerta del garaje, decidió salir por el lateral del cobertizo, una de cuyas puertas aparecía abierta al cielo nocturno. Se movió con tanto sigilo como pudo por la parte del granero que estaba organizada.

Allí dentro había una serie de aperos de labranza en diferentes grados de deterioro, alineados a lo largo de la pared, como esqueletos de un animal prehistórico. Aun cuando la luna, como el ojo de un gigante, iluminaba el suelo de cemento atestado de enseres, resultaba difícil no tropezar con cubos, sacos y herramientas.

El vano de la puerta al que se dirigía daba al camino, lo que le proporcionaba una buena oportunidad de sorprender al posible intruso por la espalda. Lo embargó un alivio contenido cuando, al salir del granero, comprobó que había dejado de llover. Unos metros más allá pudo distinguir claramente la silueta de un coche aparcado en el camino de grava.

Tell se deslizó por la esquina del granero con la espalda pegada a la pared desconchada, sin dejar de prestar atención. Un ruido entre los arbustos vino a romper el silencio e hizo que le diera un vuelco el corazón. Por supuesto, no llevaba el arma reglamentaria. Buscó a tientas algo con lo que defenderse y encontró una gruesa rama a sus pies. La sombra de un animal, tal vez una rata, salió de entre los arbustos y se metió debajo de una caseta.

Agarró la rama con ambas manos. En ese preciso momento todo quedó completamente a oscuras, salvo por un pequeño rayo de luz de luna que se filtraba a través de una grieta entre dos nubes. Y bajo dicha luz vio a una persona que avanzaba en dirección a la casa con movimientos rápidos y ágiles. Sin pensarlo dos veces, Tell dio tres zancadas desde su escondite, inmovilizó al intruso rodeándole el cuello con el brazo por detrás y apretó.

El grito que quebró el silencio le hizo perder la serenidad y fue suficiente para que el sujeto tomara ventaja y le clavara el codo en la barriga antes de darse la vuelta e incrustarle la rodilla entre las piernas, con lo que lo dejó medio doblado. Tanto la voz del agresor como las botas de goma rojas que llevaba le resultaron familiares. Quedó en cuclillas, gimiendo.

—¿Seja Lundström? Soy... el comisario Christian Tell.

—Es «berg» —dijo ella con voz temblorosa después de recuperar el aliento—. Seja Lundberg.

Consiguió ponerse de pie y, al ver el miedo en la mirada de Seja, estalló de rabia.

—¡Qué coño! ¡Qué coño haces aquí! ¡Este es el lugar del crimen y tú eres una testigo! ¿No comprendes lo grave que es que andes husmeando por aquí de noche? ¿Y lo sospechoso que puede resultar?

—No. O bueno, sí. Sí que lo comprendo. Pero no es lo que crees.

Seja retrocedió un paso, como si tuviese intención de darse la vuelta y salir corriendo.

—Yo no creo nada —bufó él echando chispas y secándose una lágrima que se le había escapado por el rabillo del ojo a causa de aquel dolor intenso e inesperado—. Pero sí sé que vas a tener que explicar de una puta vez qué haces aquí, y creo que la comisaría será el mejor lugar para mantener esa conversación.

Ella se soltó y sacudió la cabeza con tanta fuerza que se le cayó el gorro que le recogía el pelo. Su melena rizada de color castaño oscuro aterrizó como un denso pelaje sobre la cabeza y los hombros. Un tanto distraído por su arrebato, Tell notó que la humedad, en forma de pequeñas perlas, se posaba enseguida en el interior de la melena, sobre el cabello. Parecía asombrosamente áspero, como hecho de cerdas. «Repele el agua como un animal». Experimentó un súbito deseo de tocarlo, pero no tardó en desaparecer.

—¡No! Quiero decir que no hay razón para ello. Comprendo que puede parecer extraño, pero no tengo nada que ver con esto, nada en absoluto, me refiero al asesinato. Yo ni siquiera estaba presente cuando Ke encontró al hombre, ya lo sabes. Te lo explicaré, pero te agradecería no tener que hacerlo en la comisaría. Es Navidad... no es que me importe mucho la Navidad.

Pronunció aquellas palabras con un hilo de voz, como si no esperase ninguna compasión por parte del policía.

Tell pensó en el edificio a oscuras de la comisaría. A aquellas horas, estaría casi vacía, con la sola presencia de los colegas que estuviesen de guardia y del pobre vigilante que, con toda probabilidad, intentaría pasar el rato resolviendo crucigramas y mirando la hora cada diez minutos. Suspiró y se encaminó hacia el coche, sujetando aún con fuerza el brazo de Seja Lundberg.

—¿Es que no has visto mi coche? —no pudo evitar hacer la pregunta en tono quisquilloso.

Ella se veía obligada a caminar casi a la carrera para seguir el ritmo de sus zancadas.

—No. Está muy oscuro y lo tenías al otro lado de la entrada.

Seja dudó ante la puerta abierta del lado del acompañante.

—¿Me dejas que conduzca mi propio coche? Si no, no sé cómo podré llevármelo a casa después.

Él vaciló un instante.

—Quizá no te importaría conducir hasta Hjällbo y tomarte una taza de café conmigo. A mí me apetece y no tengo otra cosa que hacer. Podrías interrogarme mientras tanto.

Tell examinó a fondo su voz en busca de algún eco burlón y, aunque no halló

nada en ese sentido, le molestó la falta de respeto que mostraba ante sus esfuerzos por conducirse como una autoridad. Pensó en soltarla y concertar una cita para después de las fiestas. Hasta aquel momento, la joven no era sospechosa del asesinato de Waltz y, probablemente, no tenía intención de escapar a ninguna parte.

En honor a la verdad, el café se le antojó una buena idea en comparación con las alternativas de que disponía. La botella de whisky ante el televisor y el brillo del anuncio de neón... El sonido hueco de la comisaría... Y tomó una decisión.

—Si quieres tomar café un 23 de diciembre, tendrá que ser en la ciudad. En Hjällbo no habrá nada abierto a estas horas.

—¿Nos vamos al pub de la estación? —preguntó Seja con una sonrisa que a Tell le resultó familiar, aunque no supo decir por qué.

Se irguió un tanto confuso. Aquella mujer era una testigo. Se encontraba, sin razón aparente, en un lugar desierto en el que habían asesinado a un hombre hacía unos días. Si deseaba medir sus fuerzas con él jugando a ser su amiga y flirteando, no iba a ser tan tonto como para creérselo. La empujó ante sí sin miramientos hasta que llegaron al coche.

Mientras conducía detrás de ella por la solitaria carretera comarcal rumbo a la ciudad, no pudo por menos de constatar asombrado que Seja Lundberg provocaba en él cierta torpeza inexplicable.

\* \* \*

Tras desechar el pub de la estación central, cuya clientela se componía en gran parte de delincuentes, de caras que Tell conocía del trabajo, tuvieron que pasar cerca de media hora dando vueltas hasta encontrar un café o un restaurante abierto la víspera de Nochebuena. Al final dieron con un establecimiento lleno de gente, la mayoría adolescentes, que se apiñaba en torno a las mesitas redondas del enorme local de tres plantas. El suelo estaba pintado de un color gris claro en extremo brillante que, más que nada, parecía hielo sucio. Las paredes tenían un color rojo intenso y estaban decoradas con fotos de los años cincuenta. Reconoció en una de ellas a Jackie Kennedy, por el pelo cardado y las grandes gafas blancas. En cierto modo, el mar de adolescentes que se frotaban unos con otros resultaba aún más extraño desde que se había aclarado el ambiente gracias a la prohibición de fumar. En su juventud, las cortinas de humo de los bares eran más compactas, desdibujaban los contornos y le permitían a uno traerse algo entre manos. Además, el tabaco constituía una excusa, triste quizá, pero aceptable para ligar.

Seja le quitó la palabra de la boca.

—Éste no es exactamente el tipo de lugar al que suelo ir.

—Ya —respondió Tell.

La música estaba a un volumen demasiado alto para su gusto. Una pareja que, al parecer, se marchaba a casa para poder dedicarse el uno al otro sin que los molestaran dejó libre la mesa donde se sentaron, junto a la ventana.

El marco de la conversación que Tell pensaba mantener con Seja era, pues, bastante absurdo.

Con la cabeza inclinada y muy concentrada en la tarea, la joven se afanaba en buscar algo en su gran mochila de tela. Una vez más le cayó la melena sobre la cara formando una espesa capa, como si fuese un miembro más de su cuerpo, o como si el cabello fuese un cuerpo en sí mismo. Iba sin maquillar y vestía ropa cómoda para el tiempo que hacía: vaqueros y jersey de lana. Así que ella también se dirigía al barrizal cuando la encontró.

Por fin halló lo que buscaba, una caja de tabaco de mascar. Tell descubrió dos cosas. Una, que le sudaba el labio superior. Por más que se resistió, no podía parar de pensar que aquello le resultaba extremadamente sexy. La otra, que Seja tenía un agujero en un alerón de la nariz, lo cual no dejó de sorprenderle. Denotaba un tipo de seguridad en sí misma que no había imaginado en Seja Lundberg. No obstante, no llevaba ningún pendiente y Tell pensó en un principio que el punto negro era una marca de nacimiento.

Ella se inclinó y apoyó los codos en la mesa.

—Yo no estaba con Ke cuando lo encontré —aseguró antes de tomar un sorbo de su taza.

—No, ya lo sé —respondió Tell—. Ya llegamos entonces a esa conclusión. Además, era bastante obvio que estabas mintiendo —dejó la taza en el posavasos—. La cuestión es simplemente por qué. Eso es lo que me tienes que aclarar, a ver si lo entiendo.

Seja dejó escapar un suspiro y se mordió las uñas mientras miraba hacia la terraza cerrada.

—No sé cómo explicarlo. Comprendo que puede parecer una locura, pero... sólo quería ver al hombre muerto. Algo me empujaba a ir allí, no fue sólo que Ke me lo hubiera pedido. Soy periodista, bueno, pronto lo seré. Pensé que quizá... Bueno, a la mierda lo que pensé. A Ke le resultaba todo muy desagradable y no quería ir allí él solo. Aparte de que, desde un punto de vista objetivo, necesitaba que lo llevaran. Su mujer siempre está enferma y creo que prefiere no preocuparla en vano. Además, suelo ayudarlos en todo lo que puedo, la verdad.

Miró a Tell mientras repetía:

—Quería ver el cadáver. Por esa razón mentí y dije que yo también había sido testigo. De lo contrario, nunca habría podido entrar en la finca.

—¿Y qué te pareció?

Él la escrutó desafiante y observó que dudaba. Tantos interrogatorios como había

efectuado en su vida, aunque no en aquellas condiciones, le habían enseñado a distinguir cuándo el interrogado reflexionaba sobre lo veraz que debía ser. Medir al otro con la mirada. Procesar las distintas versiones posibles, como si fueran líneas que hay que seguir hasta el fin para poder investigar sus consecuencias. Al final, las mentiras se ovillan en una maraña imposible de desentrañar bajo el tubo fluorescente y la inexorable mirada inquisitiva del profesional que interroga. Los hay que se derrumban y cuentan la verdad. Lo difícil es saber si la persona que uno tiene delante miente o sólo oculta una parte de la verdad. Y si ese lado turbio de la verdad es, al menos, relevante para la investigación.

—Me resultó fascinante. Y me asustó.

Él asintió. Tenían en común la fascinación por el escenario del crimen. Seja miró a su alrededor, contemplando el local. La joven parecía haberse relajado y Tell temió haber perdido toda su atención.

—¿Qué hacías hoy allí? En plena noche. La víspera de Nochebuena.

En lugar de adoptar la expresión de alguien a quien acabasen de desenmascarar, que Tell habría encontrado adecuada, esbozó media sonrisa, apenas apuntada en la comisura de los labios.

—¿Y tú? ¿Qué tal es tu Navidad? ¿No tienes nada mejor que hacer que merodear por el lugar del crimen en una noche como ésta? ¿Vestir el árbol, quizá? ¿O preparar el jamón navideño?

—Responde a la pregunta —dijo Tell con el alma dividida. En otro contexto habría interpretado su sonrisa como un claro intento de acercamiento. Irritado por su apariencia resbaladiza, no pudo evitar, sin embargo, sentirse atraído por la calidez que emanaban aquellos ojos de color gris verdoso, la comisura de sus labios y su voz que era profunda y... sensual.

Ella ignoró la frialdad de su tono de voz, no del todo intencionada, y se acomodó en la silla.

—La Navidad me produce ansiedad. Acabo de separarme, vivo sola. A veces me siento sola. No siempre, pero hoy sí. Justo esta noche. Me entró ansiedad y simplemente, me lancé a la calle. Como te dije antes, me asustó. Me asustó y me fascinó. Con frecuencia, el miedo me fascina. Y la investigación se convierte en una manera de dominarlo. De encontrar sus raíces. Quizá. Así que me dirigí a Björsared porque, en cierto modo, me sentía involucrada. Pensé en su esposa, en la mujer de la víctima. Quería ver si estaba allí. Tenía pensado hablar con ella.

—¿Como parte de la investigación?

Seja pasó por alto el cinismo de su comentario.

—Sólo quería hablar con ella. Eso era todo. Pero no estaba allí, eso ya lo sabes tú. Y entonces te abalanzaste sobre mí.

Una versión tecno de *Jingle Bells* sonó a todo volumen y un grupo de chicos y

chicas comenzó a vociferar junto a la larga barra del bar, lacada en rojo.

Tell miró a Seja y se permitió una sonrisa.

—Vamos. Conozco un sitio mejor, si nos apetece tomar algo más fuerte. Pero será sin el comisario Tell.

Él dudó un instante antes de renunciar al dictado de la razón.

—Habrà que arreglarse con Christian.

Ella le devolvió la sonrisa. Tell pensó en el tenue corazón que decoraba la espuma del café: ya sólo quedaba una rugosidad en la parte interior de la taza. Justo cuando volvía a cuestionarse su profesionalidad, recordó una noche en el pub de la estación. Ella, Seja, se había sentado cerca de él en un taburete, con la cazadora puesta. Tell pensó entonces que irradiaba la misma clase de soledad que él. En cierto sentido, pero sobre todo porque era una soledad espiritual, incurable. Hay gente que lo que hace es más bien aumentar la sensación de hallarse en un campo espiritual donde todo lo demás se lo lleva el viento. Carina, que fue la persona con la que más cerca estuvo de crear una vida en común, lo había expresado así: «Christian, según tu concepción del mundo, en su centro sólo existes tú. El resto de las personas son sombras periféricas. Poco fiables. Innecesarias».

—Christian será suficiente.

Seja Lundberg se puso el anorak.

\* \* \*

Seja toleraba la cerveza mejor de lo que él sospechaba. Aquel error de cálculo le costó el resto de razón que aún le quedaba. Sencillamente, acabó con una borrachera monumental.

El tugurio, situado bajo el hotel Europa, tenía innumerables clases de cerveza y, en algún momento de la noche, decidieron probarlas todas. Cuando alrededor de la medianoche el jovial irlandés dueño del pub apagó los candelabros de luz artificial y los echó con amabilidad: «*Don't forget Christmas. Merry Christmas, kids*», tuvieron que salir apoyándose el uno en el otro.

Había helado tras la lluvia y las calles aparecían desiertas y resbaladizas. Una frágil capa de hielo cubría el canal, cuyos puentes resplandecían con las luces decorativas. También la amplia escalera de piedra que bajaba de la calle hasta el agua estaba helada, al igual que las cadenas de hierro forjado que debían impedir que la gente cayera dentro. Por lo que pudo recordar después, no tuvieron ningún escrúpulo a la hora de ignorar aquella medida de seguridad. Simplemente se sentaron allí, en el último escalón, con las suelas de los zapatos posadas sobre el hielo quebradizo.

Al cabo de un rato, el relente se abrió paso por entre su ropa. Tenían los traseros congelados y no se sentían los pies, de modo que no resultó nada extraño que él le



pidiera a Seja que lo acompañara a su casa.

—Vivo justo aquí al lado —dijo él—, vamos antes de que nos congelemos.

Y era cierto. En cualquier caso, ella no podría conducir en el estado en el que se encontraba.

No tenían planeado acabar en la cama. Fue el resultado de un error de cálculo sumado a una borrachera colosal, pensó Tell la mañana de Nochebuena mientras el pálido sol le hería los ojos.

La resaca le golpeaba la frente como un martillo al ritmo que marcaba la ansiedad. Aquello le costaría caro, y resultaría difícil de explicar a sus compañeros. O a Östergren, si el cotilleo cobraba las proporciones necesarias. Y lo haría con toda probabilidad, teniendo en cuenta que la comisaría era un corrillo de cotillas sin parangón.

Extendió el brazo y pasó la mano por la silueta de su cuerpo, con cuidado de no despertarla. Se había cubierto las caderas con la colcha antes de que los venciera el sueño al amanecer. Veía sus vértebras indefensas bajo la piel fina y, a la luz del mediodía, observó el cabello de la nuca, que unía la columna vertebral con la base del cuero cabelludo. Tenía una respiración tranquila y pausada como la de un niño.

Le iban llegando en oleadas inconexas los recuerdos de la noche anterior: recordó, de pronto, el rostro de ella bajo su cuerpo, la boca y los ojos abiertos que le hablaban de su miedo y de su confianza a la luz de aquella luna que estuvo alumbrando toda la noche. La luz en la que se bañaron sus cuerpos.

Cuando dejó de oírla respirar, supo que se había despertado.

—Christian.

—Sí.

—No me atrevo a darme la vuelta. Tengo miedo de verte el arrepentimiento en la cara.

Estaba afónica por la bebida y por lo vivido la noche anterior. Sonaba entrecortada y como un susurro que más que oírse, se intuía.

Tell se sintió embargado de un calor que irradiaba desde los dedos de los pies y que se extendía por todo su cuerpo como un reguero, hasta alcanzar la cabeza dolorida y estallar en forma de una sonrisa que deseaba ocultar y mostrar al mismo tiempo.

Siempre pensó que esas reglas no escritas eran difíciles de entender, las reglas que definían el juego al comienzo de una relación amorosa. Ese equilibrio perfecto entre lo que se da y lo que se recibe y que todo hombre ha de dominar por completo para no ser considerado como un arrogante de mierda con problemas de autoestima o como un calzonazos acosador que ata y asfixia.

Ella se dio la vuelta y él le acarició torpemente el pelo revuelto.

—Feliz Navidad —le dijo Seja, y se cubrió la cara con la colcha para ahogar un

grito de alegría.

\* \* \*

Seja se pasó el día repitiendo que no tardaría en salir e ir caminando hasta Nordstan, para recoger su coche y volver a casa. Pero antes tomarían el desayuno típico de Navidad. Llamó a Ke para pedirle que le echase el pienso a *Lukas* mientras Tell salía a comprar arroz con leche, pan de centeno y cerveza y queso Cheddar y, además, un bote de agua de colonia que halló en la sección de perfumes y que envolvió en un papel estampado.

Después del desayuno, se desplomaron juntos frente al televisor, vieron *El Pato Donald* y *Las navidades de Karl Bertil Jonsson* y una película antigua, tras haber dado cuenta de la media botella de Jameson que Tell tenía en la despensa. Así fue como Seja se quedó allí hasta la mañana del día de Navidad, no sin antes haber llamado a Ke una vez más para pedirle que hiciera por ella el resto de las tareas necesarias.

A la hora de despedirse, pasaron unos minutos cogidos de la mano en el vestíbulo, hasta que Seja logró liberar las suyas. Tell permaneció en la puerta unos segundos. Los pasos dejaron de resonar, se extinguieron y la puerta se cerró. Por primera vez en casi cuarenta y ocho horas, pensó en el trabajo. Aquella constatación le produjo un cosquilleo en el estómago.

## Capítulo 20

1994

El profesor de My le habló del preocupante giro que había cobrado su grado de ambición. Y quería hacerlo aludiendo a la relación de My y Caroline, pero era evidente que lo que lo inquietaba no se dejaba formular con palabras.

Ella no le facilitó la tarea, pensaba que el profesor tendría que ocultar su envidia lo mejor posible. Finalmente, la conversación decayó después de que ella se las ingeniara para escabullirse y tras haber prometido que se esforzaría.

Sí, lo sabía, ella era joven y tenía aptitudes para conseguir una buena calificación final. Sólo debía esforzarse como al principio, hacía un año, cuando aún no había ocurrido en su vida nada importante. Pues eso era lo más aterrador: Caroline era lo único que le interesaba. ¿Por qué? Porque Caroline la hacía feliz. Porque My estaba dispuesta a satisfacer sus expectativas de mil amores.

Regresó a la escuela después de pasar un par de semanas en Borås. Dos semanas inútiles a causa de la añoranza de Stensjön. Por ese motivo la desconcertaron las airadas acusaciones con las que la recibió Caroline: que su pasión se había extinguido. Que se apartaba de ella.

Eran pequeñas señales, pero perfectamente claras, decía Caroline ciega ante el temor sincero de My. «My era amable pero no entregada. Su amante, pero no su alma gemela. No lo soportaba».

De nada servía lo mucho que My jurara la autenticidad de su amor, nunca era suficiente.

Aplacada la rabia, Caroline le dio la espalda, ofendida. De pronto, comenzó a salir con uno de los chicos de la clase de My, un joven taciturno de ojos oscuros. Los vio cogidos de la mano detrás del edificio del comedor y las mejillas de Caroline ardían de deseo. My lo vio al alba desde detrás de la cortina de la sala de las visitas de la escuela, donde, fuera de sí, se había refugiado para dormir, lo vio en el vestíbulo del taller: la camisa mal abrochada a causa del aguardiente y el pelo revuelto.

No encontraba a nadie con quien hablar.

En los momentos de mayor pesadumbre, tenía la sensación de que Caroline disfrutaba con su desesperación.

\* \* \*

Tuvo suerte y le asignaron una nueva habitación, no era la que le dieron al principio, pero tenía vistas al huerto. No estaba mal. Se pasó dos semanas enteras con las maletas sin deshacer, como si fuera una turista ocasional con el propósito de

abandonar la ciudad al cabo de un par de días. Hasta que Caroline regresó, triunfante:

—Deseo ser la primera para ti: no quiero ser sólo la mujer con la que te acuestas. Quiero ser la primera que te llega al alma —se había dejado crecer una pequeña cresta en la coronilla—. Ahora ya sé que significo algo para ti.

My la perdonó y se mudó de nuevo al estudio. Una vez más, devolvió la llave de la habitación en secretaría, muerta de vergüenza ante Greta. Ésta ladeó la cabeza en un esfuerzo por parecer amable, pese al veneno que destilaban las crípticas palabras que salieron de su boca.

—Tú no eres la primera para la que Caroline ha sido importante. My, una chica lista como tú debería andarse con cuidado. Nunca se conoce todo lo necesario de las personas con las que uno se relaciona.

Pero ¿quién sabe qué es lo importante y real en la vida? My se dejó invadir por una pasión que la tuvo presa durante semanas, a lo largo de las cuales ella y Caroline apenas se separaron. El amor era una montaña rusa de decepciones silenciadas donde sólo importaba la amplitud, la anchura y la profundidad del sentimiento. Las decepciones eran imposibles de nombrar y, por tanto, imposibles de vencer. Cuando My no cumplía las expectativas del plan, Caroline se apartaba y decía que necesitaba estar sola, permanecía muda e inaccesible y My volvía a entregarse al llanto.

Y si My apenas se ocupaba de sus estudios cuando ella y Caroline estaban en plena pasión amorosa, en los periodos en que no se hablaban los abandonaba por completo. Dedicaba todas sus fuerzas a controlar el impulso de pedir, de rogar, de suplicar de rodillas que la amara de nuevo. A veces, en cambio, daba rienda suelta a ese impulso, pero detestaba el modo en que Caroline cerraba los ojos y se dejaba satisfacer, como si disfrutara del hecho de que My se humillara ante ella.

\* \* \*

Caroline fumaba ante el portal del edificio principal, una estampa frecuente.

My pensó de nuevo en la capacidad que tenía Caroline de aliviar la soledad de los demás, en cómo era capaz de elegir entre amar o no. Sintió deseos de acercarse corriendo y recriminarle el trato negligente que dispensaba a los sentimientos de las personas, pero el barullo que había a su alrededor le hizo abstenerse de montar una escena.

De pronto aquella situación se le antojó tan ruin y tan mezquina que sintió que no podía moverse. El pequeño grupo de casas del lindero del bosque no despertaba en ella más que aversión, el encanto del viejo edificio de la escuela le parecía ahora mohoso y obsoleto con sus recovecos y pasadizos. En ese mismo instante, le resultó incomprendible que Caroline aguantase allí año tras año. En un mundo donde nada cambiaba, salvo los nuevos grupos de alumnos que permanecían allí un tiempo para

después continuar con sus vidas en otra parte.

Se metió las manos en los bolsillos. El reloj dio las diez y los alumnos, cumplidores, se retiraron a sus aulas.

—Nos mudamos de aquí —dijo My cuando se quedaron solas en la escalera—. Nos mudamos a un piso propio, tú y yo. No podemos quedarnos aquí para siempre.

Caroline la miraba inexpresiva. My continuó.

—Pronto acabaré mis estudios de bachillerato y no hay aquí nada que pueda hacer después. Quizá podríamos irnos a Gotemburgo. O conseguir una cabaña.

Las palabras inflamaron sus sentimientos. Era demasiado tarde para entregarse a vanas luchas de poder. Y ella no era de esas. En el amor, no sabía de estrategias.

—¿Tú y yo? —preguntó Caroline con una sonrisa en los labios—. ¿Estás conmigo, verdad? —escrutó a My entornando los ojos bajo sus pobladas cejas—. Traidores por naturaleza hay muchos, pero tú no eres de esos. ¿Lo entiendes? Tú y yo somos iguales. Seguirás hasta el final.

Sus pupilas se cerraron y el iris adquirió un azul antinatural. My se animó a acercarse un poco más.

—Sí, seguiré hasta el final.

—Tú no eres una traidora, ¿verdad?

—No, no soy una traidora.

## Capítulo 21

2006

Bärneflod se aflojó el cinturón un agujero más y constató con pesar el efecto que la Navidad había surtido sobre su ya amplia cintura, confiando en sentir el impulso que lo liberase de la tenaza del cansancio, que lo hiciera emprender una jornada laboral que, para variar, tenía planeada al detalle.

Karlberg golpeó con gesto campechano la mesa del escritorio y Bärneflod se sobresaltó.

—Hemos encontrado una huella de neumático que concuerda con las muestras. Además, una de las ruedas tenía una marca de desgaste bastante curiosa, que puede sernos de gran ayuda más adelante.

—¿Te refieres a cuando tengamos al asesino o su coche?

—Eres un aguafiestas. Por cierto, ¿dónde está Tell?

—*Nobody knows*. Pero debe de estar a punto de llegar. Y yo estaba a punto de salir.

—Vale. Nos vemos luego.

—¡Oye, por cierto! —gritó a Karlberg—. Vente conmigo. Voy a ver a Edell.

—¿Lo van a desenterrar?

—Me refiero al joven, imbécil.

\* \* \*

No habían llamado por teléfono para avisar de su visita. En un primer momento, cuando llegaron a la finca, pensaron que habían tenido mala suerte. Estaban en plenas fiestas navideñas y la gente normal se encontraba de vacaciones o de viaje. Bärneflod gruñó disgustado al pensar en todas las fiestas que había tenido que trabajar en su vida.

No había luz y no se veía ningún coche en la entrada.

Ambos dejaron oír una retahíla de maldiciones y ya iban a darse la vuelta cuando se abrió una ventana de la planta baja: una cascada de agua cayó en el seto helado, salpicando los zapatos de Karlberg, que no salía de su asombro.

—Oh, perdón. No esperaba que hubiera nadie ahí.

Aquella voz llena de arrepentimiento pertenecía a una mujer que seguramente sería Gertrud Edell, la mujer de Reino Edell. La pobre señora no sabía qué hacer.

Bärneflod y Karlberg tomaron el control y se invitaron a entrar después de haberse secado los zapatos en el felpudo de la escalera. Gertrud les ofreció café y galletas, así como un torrente de excusas, lamentando su torpeza por la ducha que les

había dado sin querer y por la escasa cantidad de galletas que les había servido.

Parecía nerviosa. Repitió una y otra vez que su marido no estaba en casa y no parecía inclinada a sentarse, como si encontrase la situación incómoda. De hecho, se movía sin parar de un lado a otro de la cocina y trajinaba absurdamente con todo tipo de enseres, una actitud que Bärneflod y Karlberg habían observado con anterioridad en personas que preferirían cualquier cosa antes que hablar con la policía. Así, la mujer ya secaba una mancha invisible en la encimera, ya desplazaba el mantel un par de milímetros a la izquierda, o servía más café en unas tazas que estaban llenas... Harían bien en investigar cuál era la razón de su comportamiento antes de que Reino Edell regresara a casa, pensó Bärneflod. Tenía la impresión de que se hallaban ante una mujer acostumbrada a dejar hablar al marido siempre que fuera posible.

Bärneflod le reveló a Karlberg lo que opinaba cuando Gertrud Edell fue un momento al baño y los dejó solos.

Karlberg asintió pensativo.

—Claro que también se le podría dar la vuelta a ese razonamiento y subrayar la costumbre de los maridos de hablar en nombre de sus mujeres —replicó el colega en un susurro—. Toda relación destructiva precisa de la intervención de dos personas. O, como suele decirse, hacen falta dos para bailar un tango.

Bärneflod se encogió de hombros, dispuesto a abandonar el tema de conversación, que se le antojaba irrelevante.

Pero Karlberg no se daba por vencido.

—¿Se puede afirmar que una relación desigual es destructiva si no se lo parece a ninguna de las partes?

Bärneflod le lanzó una mirada furibunda.

—¡Joder! ¿Qué más da? ¡Olvídalo!

En ese momento entró Gertrud Edell, que miró sorprendida el semblante irritado del policía de más edad. Éste no hizo sino incrementar el nerviosismo de la mujer al sonreírle con amabilidad al mismo tiempo que le señalaba decidido la silla que tenía enfrente. Era una invitación apremiante que la mujer no podía desafiar, de modo que obedeció y fue a sentarse en el borde de la silla.

Bärneflod decidió no dar más rodeos.

—Dinos, ¿cuál era la relación de tu marido con Lise-Lott Edell y Lars Waltz?

Gertrud Edell se miró las manos, tan enrojecidas como la cara y el cuello, e hizo girar en su dedo el anillo de casada.

—¿Y bien? —la apremió Bärneflod.

—¿Por qué me preguntáis si ya lo sabéis?

Adoptó un aire de rebeldía. Aquella tía tenía agallas, pensó Karlberg, gratamente sorprendido.

—En tres ocasiones, Waltz denunció a tu marido por amenazas y vejaciones. Eso

es lo que sabemos. El resto tendrás que contárnoslo tú.

Ella continuó en silencio, haciendo girar el anillo, mientras seguía con atención el deambular de una mosca por el plato de galletas. El ruido de un tractor que pronto se hizo visible al otro lado de la ventana vino a salvarla.

Reino Edell recorrió de cuatro zancadas el patio y la escalera y apareció en el umbral, alto y fornido, con la ropa de trabajo y la mayor parte de la cara ensombrecida por una barba de color azul oscuro. Karlberg, que, por su parte, no podía alardear de tener una barba cerrada, se percató de que Edell había olvidado unos pelos justo debajo del ojo. El policía se preguntó cuál sería su aspecto si la barba le cubriese la cara por completo.

—Hola, somos de la policía. Justamente le comentábamos a tu mujer que Lars Waltz interpuso tres denuncias contra ti. ¿Por qué no nos lo cuentas?

El hombre miró a su esposa, como para averiguar si les había revelado alguna información inapropiada.

—No hay nada que contar.

—Claro que lo hay. Sobre todo teniendo en cuenta que Lars Waltz está muerto.

—Yo no sé nada de eso.

Bärneflod empezaba a estar harto.

—Bien, se me ha agotado la paciencia. Continuaremos el interrogatorio en la comisaría. Disponemos allí de información más detallada acerca de cómo puteabas a Waltz. Claro que entonces no habrá nadie que sea tan simpático como lo estoy siendo yo ahora, al ofrecerte la oportunidad de contar tu versión.

Edell se sobresaltó y decidió responder.

—Puedo explicarlo, ¿vale? —arrojó la gorra de un golpe contra la encimera—. Confieso que estaba enfadado con él. ¡Era un arrogante de mierda! ¡Nunca escuchaba ni respetaba... la propiedad ajena! Y así se lo dije.

Bärneflod se sentó de nuevo a la mesa y asintió pensativo.

—Vale, ésa era la idea que yo tenía. Fuiste a verlo varias veces y discutiste con él de forma violenta. En una ocasión, lo empujaste contra una pared y lo amenazaste. ¿Fue eso lo que le dijiste entonces? ¿Lo del respeto por la propiedad ajena?

—Sí.

—También lo acusaste de marica.

—Puede. Y con razón —dijo Edell—. Era una maricon. Tenía a un tío en la ciudad. Hasta sé cómo se llama. Zachariasson. Hice algunas indagaciones —Edell empezaba a mostrarse tan ansioso como furibundo—. Engañaba a Lise-Lott, aparte de todo lo demás. Un cabronazo —carraspeó—. Pero no iba a matarlo por una cosa así, si eso es lo que estáis pensando.

—Yo no pienso nada, sólo digo que ese hombre fue asesinado poco después de que tú lo amenazaras de muerte. No sé. Quizá porque pretendías asustar a Lise-Lott



Edell para que abandonase tus propiedades.

Edell masculló entre dientes.

—Sí, claro, ¿qué puta manera de asustar a la gente es matar a una persona? —se secó la mano en la pernera del pantalón y cogió dos grandes trozos de bizcocho—. Ahora debo irme. Sólo he venido a casa a recoger la comida.

Había una tartera preparada sobre la encimera. Edell la cogió apresuradamente al salir. Bärneflod detuvo a Karlberg en su intento por impedirselo.

—Déjalo, da igual. Esperaremos. Ya lo llevaremos a la comisaría más adelante, si fuera necesario.

Con un paño de cocina entre las manos, Gertrud Edell dejó oír una tosecilla hueca.

## Capítulo 22

«Nunca viviré así», se dijo Christian Tell, que acababa de encontrar la dirección que buscaba.

Las casas pareadas se alzaban sobre una zona de césped, agrupadas en forma de herradura, con unos columpios y cajones de arena en medio. Era una barriada bastante atractiva, el tranvía llegaba hasta allí y, en coche, se tardaba un cuarto de hora hasta el centro.

Tell estaba de pie frente a un buzón decorado con motivos de Dalarna y en el que se leía el apellido Waltz, escrito con letra muy recargada. Se dio la vuelta y llamó con un gesto a Gonzales, que intentaba finalizar una conversación con Dios sabía quién.

Una hilera de baldosas de piedra dividía los jardines en los que se veían grupos de sillas de plástico sucias y con los asientos encharcados. «Nunca viviré así», reiteró para sus adentros. Había vivido en el centro toda su vida y estaba acostumbrado al ruido y al estrés. Sin bullicio, se sentía extrañamente desnudo, como si él y la ciudad fueran un solo cuerpo. En alguna ocasión, en uno de esos momentos de confusión, había pensado en mudarse, como otros que habían renunciado a disfrutar de bares y cafés y ya sólo contribuían a la vida cultural del centro pagando un alquiler escandaloso por un pequeño apartamento de dos habitaciones. En aquel entonces, pensaba en destinar sus ridículos ahorros a la adquisición de una cabaña en algún lugar de la costa o de la montaña, una casita con vistas, en vez de malgastarlos alimentando con ellos a los insaciables caseros capitalistas. Así marcaría una diferencia. Quizá incluso podría conseguir una plaza en alguna comisaría rural. Investigar un asesinato cada decenio y tener tiempo para otras cosas. Empezar a resolver sudokus, tal vez.

A veces la idea le proporcionaba cierto consuelo, porque sabía que nunca la haría realidad. Tenía muy claro que seguiría viviendo en su apartamento de dos habitaciones en Vasastan, a un par de manzanas de la casa donde había nacido. Continuaría siendo inquilino en lugar de propietario, puesto que las cosas estaban así y que el sueldo de los policías era irrisorio. Seguiría quejándose de las subidas de alquiler mientras se congratulaba de su situación en secreto.

Nunca se había imaginado en otro escenario y menos aún en uno como el que ahora tenía delante. Carina lo llamaba elitista, se burlaba de su fobia al típico Svensson medio y de la angustia que le producía la idea de una casa adosada. En broma, pero con un punto de seriedad pedagógica, le decía: «Esas personas son felices, y no son peores que tú».

Él nunca le habría llevado la contraria y, sin embargo... Carina y él no dieron el paso de vivir separados a vivir juntos, no se mudaron del apartamento de dos habitaciones a la casa adosada... Y fue culpa suya que Carina, finalmente, recogiera

las pocas pertenencias que tenía en su apartamento, muy pocas, teniendo en cuenta los años que habían pasado juntos, pues todo quedó en una triste bolsa de papel que le plantó ante las narices con los ojos anegados de lágrimas: «Esto que ves aquí, Christian, es la razón de que me vaya. ¡Esto!». Sí, fue culpa suya. Era el precio que tenía que pagar por la fidelidad a sus costumbres y por su falta de voluntad de cambio.

Bajo el porche se veía un balancín sucio y oxidado. Las persianas no estaban echadas del todo y por entre las ranuras de una de ellas se distinguía el movimiento de una sombra. Justo cuando Tell se disponía a llamar se abrió la puerta de una forma tan brusca que tuvo que dar un paso atrás para que la hoja no lo golpease en la cara.

—¿A quién busca?

Tell abrió la cartera para dejar su placa a la vista.

—Soy el comisario Tell. Éste es mi colega, el inspector Gonzales —subrayó sus palabras señalando a Gonzales, que se les acercó por el jardín con un par de zancadas—. ¿Maria Waltz? Queríamos hablar con usted de su exmarido.

La expresión de la mujer ya era impenetrable, pero al oír el nombre de su exmarido, se endureció más aún.

—¿Qué pasa con Lars?

—¿Podemos entrar?

Pareció sopesar la posibilidad de decir que no, pero finalmente decidió ceder, se apartó del umbral y los condujo por el estrecho pasillo hasta la cocina, donde los invitó a sentarse en un banco de madera. Desde allí podían ver una habitación cuya atracción principal era la mesa de comedor ovalada junto a otras pomposas decoraciones navideñas.

Maria Waltz se sentó frente a Tell, que carraspeó ligeramente antes de comenzar.

—Siento comunicarle que su exmarido, Lars Waltz, fue hallado muerto hace unos días. Por desgracia, no se trata de una muerte natural.

La sonrisa desencajada de Maria Waltz se congeló en una mueca.

—¿Lo dice en serio?

Ella movió la cabeza, como si así pudiera neutralizar tan desagradable información. Durante el transcurso de un largo minuto no se oyó absolutamente nada en la cocina. De pronto, la mujer se encogió en un sollozo.

—Yo no deseaba su muerte —declaró en susurros.

—Estamos seguros de ello —respondió Tell con serenidad.

Maria Waltz empezó a temblar. Si estaba actuando, lo hacía muy bien. De repente, la mujer pareció comprender el alcance de las palabras de Tell.

—¿No fue una muerte natural? ¿Quiere decir que murió asesinado?

—Lo lamento, pero así es. Y por eso estamos aquí.

Ella lo miró perpleja.

—Pero ¿acaso insinúa que yo tengo algo que ver? ¡Es absurdo!

—No, al contrario, pensamos que podría facilitarnos alguna información sobre su exmarido que nos ayudara a componer el rompecabezas, por así decirlo. Según los datos que poseemos, ustedes dos se separaron hace seis o siete años.

Justo cuando María Waltz iba a responder, sonó el teléfono que Tell tenía en el bolsillo. El comisario se disculpó y lo cogió. *Seja Lundberg*. Sintió una punzada debajo del ojo izquierdo cuando desvió la llamada y volvió a prestarle atención a María Waltz.

—Reconozco que he deseado verlo muerto, pero...

La mujer tenía la mirada huidiza, vacía, y parecía concentrarse en las peras maduras del frutero de cristal rojo.

—Y por esa razón, no puedo negar que comprendo que alguien lo hiciera. Comisario, ¿a usted lo han traicionado alguna vez?

Tell le sostuvo la mirada en silencio y aguardó a que continuara.

—Por otra parte, no se me ocurre quién tendría motivos para sentirse así con Lars. Él era un hombre pacífico.

Esbozó una sonrisa ante la elección del adjetivo, pero enseguida volvió a ponerse seria.

—Era bondadoso, responsable y todo eso. Buen padre. Luego todo se sacó de quicio, no sé si me entiende. Conoció a esa mujer y...

Unas lágrimas empezaron a brotar tímidamente de sus ojos. Quizá no supiese si lloraba por la muerte de su exmarido o porque el recuerdo de la sensación de abandono aún la quemase por dentro. Apretó los labios, en un intento por impedir que el dolor se reflejara en su semblante.

—A usted todo esto le parecerá ridículo. Se supone que, a estas alturas, debería haber superado una ruptura de hace seis años.

—No hemos venido aquí a juzgar nada —dijo Tell e hizo una pausa antes de continuar—. Tengo entendido que no se separaron de manera amistosa, ¿es eso cierto?

Sacudió la cabeza con gesto resignado.

—Me dejó de la noche a la mañana, literalmente. Una noche me contó que pensaba mudarse al cabo de dos días. Incluso había contratado el camión de la mudanza. Sin más explicación, salvo que había dejado de quererme. Ya hacía un tiempo que tenía a otra. Y los niños, ¿qué?, me dije yo. Tenían once y trece años, necesitaban un padre. ¿Y la casa? Entonces vivíamos en Hovås. La casa era demasiado cara, yo no podía permitirme seguir viviendo allí con los niños. Y él lo sabía.

Se enjugó torpemente las lágrimas de las mejillas, aspiró hondo y expulsó el aire despacio, para acompañar los latidos de su corazón.

—Destrozó mi vida en un abrir y cerrar de ojos. Y la de los niños también. Fue como si, de repente, hubiese dado rienda suelta a una faceta suya maligna y desconocida. Como si todo el sufrimiento que iba a causar le resbalara, simplemente. Como si no le importara nada. Era un témpano de hielo.

La mujer guardó silencio. Tell le hizo una discreta señal a Gonzales con la cabeza para que tomara el relevo.

—Comprendo que tuvo que ser duro.

Gonzales se acercó algo más a la mesa y buscó la mirada de Maria Waltz.

—Sabemos que también tuvieron una serie de desavenencias por motivos económicos.

—Sí.

Maria Waltz arrancó un trozo de papel de cocina de un rollo que había sobre la mesa y se sonó la nariz.

—Pensé que dieciocho años de matrimonio y dos hijos valdrían algo. Si no en el terreno emocional, al menos sí en el económico. Es un clásico: tuve que renunciar a mi carrera por la suya, yo me quedé en casa con nuestros hijos y lo apoyé en su vida profesional. Bueno, quizá usted sea demasiado joven para saber de qué hablo. Pero en Estados Unidos, esta situación no se habría dado jamás. Allí saben valorar las ocupaciones tradicionalmente consideradas como propias de la mujer. La familia es una estructura muy valorada. Aquí, en cambio, la gente se divorcia sin más. ¿Sabían que Suecia es el país del mundo con el índice de divorcios más elevado?

Gonzales asintió, a pesar de que él nunca había oído este dato estadístico.

El móvil volvió a sonar. Tell miró quién era, se excusó y se retiró al salón.

—¿Te has enterado? —se oyó la voz de Bärneflod al otro lado de la línea—. ¿Sabes quién ha denunciado a Reino Edell por vejaciones no menos de tres veces durante los últimos dos años y medio? Exacto, Lars Waltz. Karlberg y yo hemos constatado que es un cabrón.

—Entonces, ¿pudisteis sacarle algo?

—Bueno, Edell afirmó que Waltz tenía una relación con un marica que...

—Pero ¿vale la pena indagar por ahí? —Tell ahogó un bostezo—. ¿Qué hacen los otros?

—Beckman está revisando las llamadas telefónicas de Waltz.

—¿Del fijo o del móvil?

—De ambos.

—¿Ha encontrado algo?

Bärneflod retiró el auricular de la oreja y sacó a Tell de sus casillas al dejarlo en espera con una música espantosa.

Regresó después de un par de minutos.

—Bingo de nuevo. Hay un número que se repite con frecuencia, tanto en el fijo

como en el móvil, además del de la hermana de Lise-Lott. Es de un tal Kristoffer Zachariasson en Västra Frölunda: ¡el maricón! Yo me encargo de él.

—Vale. Pero, escucha, ¿Bengt?

—¿Sí?

—Tómatelo *piano*, ¿vale?

Bärneflod estaba en forma. Tell enarcó las cejas, gratamente sorprendido ante el inesperado celo laboral de su colega.

Regresó a la cocina, donde halló a Maria Waltz ya más serena, buscando un paquete de galletas María en la despensa.

—Debo decir en su descargo que al principio hizo un intento por mantener su palabra. Llamaba a los niños de vez en cuando. Quería verlos y eso. Pero ellos... bueno... Estaban en una edad delicada. Los dos se lo tomaron mal, sobre todo Jocke, el mayor. Al cabo de un tiempo, Lars desistió. Dejó de intentarlo. Nunca es correcto abandonar a los hijos, ¿no cree? —miró solícita a Gonzales, que asintió obediente—. Los hijos tienen derecho a romper la relación con sus padres, pero lo contrario no puede ser. No, la mayor traición de Lars fue la cometida para con sus hijos.

—Es decir, durante los años que estuvieron separados, sus hijos no han tenido ningún contacto con su padre.

—Los últimos cuatro años no, apenas.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su exmarido? —preguntó Tell desde el arco que separaba la cocina y el comedor.

Ella se sobresaltó como si hubiera olvidado su presencia.

—Fue... No recuerdo. Hace bastante tiempo. Quizá dos o tres años. Tuvimos una reunión con mi abogado, principalmente para tratar de los asuntos derivados de la venta de la casa.

Tell se acercó a la mesa de nuevo y se situó de forma que Maria Waltz no tuviera posibilidad de escapar de su rincón junto a la pared, y se pasó la mano por el pelo, con gesto reflexivo.

—No quiero que piense que soy insensible, pero me da la impresión de que, después de divorciarse de Lars, hubo un periodo en que usted presentó un comportamiento un tanto... inestable con su entorno. ¿Cómo se encuentra ahora?

Sostuvo impávido la mirada atónita de Maria Waltz. Ella se levantó de improviso y lo apartó casi con violencia para poder llegar al grifo. Se sirvió un vaso de agua y consiguió derramar la mitad antes de beber un par de tragos.

—Me encuentro bien, gracias. Y me he sentido bien durante la mayor parte de mi vida adulta. ¿Es que no lo entiende? Me lo arrebataron todo: mi familia, mi hogar, mi seguridad. Fui abandonada, traicionada, desechada como un trapo, ¿quiere que continúe? Perdí el punto de apoyo durante un tiempo, ¿le parece extraño, comisario?

Tell permanecía sentado en silencio.

—Ahora me encuentro bien. Llevo años visitando a un especialista. No he matado a mi exmarido, comisario.

—No era mi intención que se sintiera acusada. De ser así, le rogamos nos disculpe. Pero, si no tiene inconveniente, me gustaría que nos facilitara el nombre del médico y una autorización para poder hablar con él.

La mujer asintió. Su rostro, hasta ahora enrojecido por el llanto, palideció mientras buscaba una tarjeta de visita en uno de los muebles de la cocina. La sangre le latía con frenesí en las sienes.

—Señor comisario, señor inspector, ahora me gustaría que se fueran —declaró al tiempo que se dirigía al vestíbulo con gesto elocuente.

—Sí, claro, ya nos vamos. Le ruego disculpe los contratiempos que le hayamos ocasionado y que acepte nuestras condolencias —dijo Tell.

Cuando se marcharon, María Waltz cerró la puerta con dos golpes de cerradura.

\* \* \*

Durante el breve trayecto de vuelta a la comisaría no cruzaron una sola palabra. Mientras giraban por la calle Skånegatan, el móvil de Tell anunció que había recibido un mensaje corto.

—Vaya, hoy estás muy solicitado, Tell —comentó Gonzales—. ¿Otra vez Bärneflod?

Tell negó con la cabeza mientras leía el mensaje: *Última oportunidad. Cena en mi casa. 18.00 h.*

El reloj indicaba que disponía exactamente de cuarenta y cinco minutos para llegar a tiempo. Quitó el freno de mano que acababa de echar y se volvió hacia Gonzales.

—Sal, tengo que irme. Cuando subas, verifica en el material la dirección de Seja Lundberg, una de los dos primeros testigos. Luego me llamas al móvil.

—Vale.

Cuando Gonzales llamó veinte minutos después, Tell estaba justamente a la altura del desvío que conducía al lugar del crimen. La niebla que emanaba del arroyo se extendía por los valles como una capa de algodón de azúcar. Sacó un cigarrillo sacudiendo varias veces la cajetilla medio llena que, por fin, había encontrado en la guantera, y bajó un poco la ventanilla para expulsar el humo. La oscuridad era prácticamente total.

La niebla humedeció su mano alargada y se abrió paso con rapidez hacia el interior del vehículo, para posarse como una membrana fresca sobre el reposacabezas.

Irritado, abrió el cenicero del coche y sacudió la ceniza encima de la montaña de

colillas. No debería haberle pedido a Gonzales que buscara la dirección. Seja Lundberg era una testigo y, en realidad, no resultaba extraño que fuese a su casa, pero, claro, debería haber llamado al número de información telefónica.

Ella lo había llamado en tres ocasiones. Y él, como un cobarde, marcó el desvío otras tantas. La primera vez no estaba preparado y lo invadió una alegría sincera. Sin embargo, tan placentera sensación se tornó rápidamente en malestar, en cuanto recordó lo que había hecho y las consecuencias que su acción tendría si llegaba a oídos de Óstergren, por ejemplo.

Calculó con rapidez que lo más inteligente en aquel momento era poner fin a la relación y confiar en que nadie llegara a saber que había existido. Para ello, debería darle a Seja una explicación, era preciso que ella comprendiera su situación y por qué no podían volver a verse.

Detestaba la idea de enojarla, pero la idea de no volver a verla nunca más se le hacía más insufrible aún. No sabía qué hacer. Con cada llamada de Seja, se incrementaba su angustia.

Se convenció de que lo más humano era hablar con ella cara a cara. Simplemente, no tenía otra elección que verla de nuevo.

Tras subir por una cuesta asfaltada y cruzar un sendero de grava aún más estrecho pensó que allí se acababan las pistas, que se había perdido. Una señal que indicaba que se hallaba en un callejón sin salida pareció confirmar sus temores, hasta que vio una hilera de buzones en un soporte de madera, junto al arcén. Por lo menos, había indicios de alguna forma de asentamiento en la colina. Con la ayuda de una pequeña linterna que siempre llevaba en el llavero, consiguió leer el nombre de **lundberg** en uno de los buzones.

Tardó veinte minutos en escudriñar por entre las casas hasta que, finalmente, logró salir del pantanal por la pasarela de madera. Allí donde el bosque se abría se alzaba una casa. De su chimenea emergía una columna de humo cuyo olor se percibía desde la carretera.

Se ajustó el abrigo sobre los hombros. Allí arriba hacía más frío, la hierba del calvero estaba helada y crujía bajo sus pies.

No pudo evitar echar un vistazo al interior cuando pasó ante la ventana de la cocina: la mesa estaba puesta. Seja entró en la cocina. Llevaba un delantal a cuadros rojos y blancos sobre una falda larga y justo cuando se disponía a llamar a la puerta para no ser descubierto como un mirón, pisó sin querer un cuenco metálico que no había visto en la oscuridad. El estrépito la hizo mirar hacia la ventana. Él la saludó con la mano, algo abochornado, y agarró el picaporte.

El vestíbulo era minúsculo y estaba abarrotado de zapatos y de abrigos. Y allí la tenía, cara a cara. Seja tomó su abrigo y lo invitó a pasar con un gesto.

—Así que al final diste con el sitio.



—Ajá. No se lo pones fácil a tus admiradores. Sólo un comisario de policía podía encontrarlo.

Tuvo que inclinar la cabeza para no golpearse con el quicio de la puerta de la cocina. Además de un par de sillones, junto a la cocina de leña había espacio para un banco de cocina frente a la ventana, una mesa de alas abatibles y dos sillas. Las paredes estaban cubiertas de anchas estanterías atestadas de todo tipo de cosas, desde libros hasta cuadros, utensilios de cocina y la vajilla. En el desgastado suelo de madera había una jarapa larga y delgada que continuaba hasta la única habitación existente en aquella planta.

—Siéntate donde quieras —le dijo Seja—. La comida estará lista dentro de cinco minutos.

El fuego crepitaba en un rincón de la habitación y Tell se sentó enfrente y sacó un cigarrillo.

Seja se colocó delante, con los brazos cruzados y una expresión insondable. Él se preparó para explicarle por qué no había respondido a sus llamadas cuando ella le puso en la mano una copa de vino. No pudo por menos de interpretar aquel gesto como una invitación a pasar la noche e hizo cuanto pudo por ahogar la amplia sonrisa que se dibujaba en sus labios y que, seguramente, parecía demasiado obvia. El pretexto que se ofreció a sí mismo para justificar aquella visita, la determinación de poner fin a la relación cara a cara, se le antojó de pronto irrelevante.

—¿Hay otro piso? —preguntó, más que nada porque no veía ninguna cama. Ella asintió y él se abochornó al constatar que le había leído el pensamiento.

—Ven, te voy a enseñar la casa.

Ella abrió una puertecita medio oculta al otro lado de la cual había una escalera que conducía a la buhardilla. Dos colchones que descansaban directamente en el suelo cubiertos con sendas colchas de terciopelo rojo constituían el mobiliario. Ella iba justo detrás y le rozó los tobillos mientras él, sintiéndose más vulnerable que nunca, fue gateando hasta la cama.

Se sentó en el borde del colchón y se golpeó la barbilla con la rodilla. Ella le tomó las muñecas y, con suavidad, lo obligó a tumbarse y empezó a quitarle la camisa, el cinturón, los calcetines.

La ropa de cama olía un poco a incienso y a detergente. Por una claraboya que había en el suelo entraban la luz del vestíbulo y la voz áspera de Tom Waits, cascada por el whisky. Tell constató distraído que hacía un año que no oía «I Hope That I Don't Fall In Love With You». Y cerró los ojos.

Abrió los ojos. Las paredes y el techo estaban cubiertos de antiguos carteles de películas, el clásico de *Casablanca*. *Los amantes del Pont-Neuf* con Juliette Binoche. *Tiempo de gitanos*. Un candelabro de Adviento decoraba un ojo de buey que las ramas de un alto abedul arañaban cuando soplaba la brisa.

Un ruido lo despertó por la mañana y al instante comprendió que, por primera vez en muchos años, se había quedado dormido. Ya había amanecido y la cama estaba vacía. Oyó el agua del grifo de la cocina. Bajó las escaleras y se encontró a Seja de espaldas, en bata y zapatillas de piel de oveja.

Ella advirtió su presencia al oírlo aspirar sonoramente el aroma del café.

—Buenos días, ¿tienes hambre? —preguntó señalando con ironía las ollas que había en los fogones—. Si quieres podemos cenar ahora, ayer se nos olvidó. Si no nos apetece un especiado guiso navideño, también podemos tomarnos un simple café.

Se secó las manos en las mangas de felpa de la bata y se arrebujo ruborizada entre sus brazos. Era una mujer alta, como Tell.

—Voy a vestirme.

—Mejor desnúdate.

Ella rió abrazada a su cuello.

—Alguien necesita hablar contigo desesperadamente, tu teléfono ha sonado unas cuantas veces.

Tres mensajes de la oficina. Justo cuando se disponía a escucharlos, volvió a sonar y Seja le señaló con un gesto elocuente el teléfono que él sostenía en la mano. En la pantalla aparecía el número de Bärneflod. Tell salió de la habitación.

—Soy Tell.

—¿Dónde diablos estás? Llevo llamándote desde las ocho.

—¿Hay novedades?

—Sí, Strömberg ha establecido la hora del asesinato entre las siete de la tarde y las nueve de la noche.

Tell cruzó el vestíbulo y subió a la buhardilla, donde le costó encontrar su ropa.

—Por lo tanto, el cadáver permaneció allí toda la noche.

—Claro. Y seguramente podría haber estado en el mismo sitio mucho más tiempo, ya que nadie que pasara por allí lo vería desde la carretera. Pero ¿te acuerdas de esa vieja cotilla con la que hablaron Beckman y Gonzales? La de los Rappe. Ella dijo que había habido una visita inmobiliaria en una casa del vecindario.

—Ajá, es verdad. ¿Quieres decir que la visita fue entre las siete y las nueve?

—Yes, boss.

—Comprueba qué inmobiliaria...

—Ya lo hizo Beckman, es la Agencia Inmobiliaria Estatal sueca. La agente se llama Helena Friman. Y lo que es todavía mejor: por lo visto los interesados en la visita se inscriben por Internet. Ya nos ha enviado la lista por fax.

—¿Quieres decir que hay una lista de todas las personas que estuvieron en esa visita a la casa y que, por lo tanto, pasaron por el lugar del crimen mientras se

cometía el asesinato?

Era demasiado bueno para ser cierto.

—Con dirección y número de teléfono.

—¿Son muchos?

—Unos quince. A veces sucede que hay personas que se presentan sin avisar, la agente inmobiliaria no podía asegurar que no hubiera asistido alguien que no se hubiese apuntado previamente. Al parecer, la mayoría llegó alrededor de las siete, así que hubo bastante movimiento hasta las ocho. Es más que probable que alguno de ellos haya visto u oído algo importante.

—Vale. Les pediremos a los efectivos locales que examinen la lista. ¿Algo más?

Resonó un chirrido en el teléfono.

—Hola —se oyó de nuevo la voz de Bärneflod—. No hay cobertura en la escalera. Aquí estoy de nuevo. Bueno, a propósito de la policía local, resulta que al revisar la lista de pirados de permiso han encontrado un posible candidato. De las prisiones de Lillhagen y St. Jörgen no sacaron nada, al parecer. Sólo había uno que se ajustara al perfil, pero tenía coartada para esa noche. Sin embargo, un par de días antes del asesinato se fugó un tío del correccional de jóvenes de Långtuna, que está a sólo diez kilómetros a vuelo de pájaro. Continúa fugado, pero lo están buscando.

—¿Eso es todo?

Seja le ofreció un café expreso y Tell hizo una mueca de asentimiento. Llevaba unos vaqueros y una camiseta y se había recogido el cabello en un moño.

—Por ahora sí. ¿Vas a venir?

Tell cortó la conversación con Bärneflod y entró en la cocina. Aceptó agradecido el café que Seja le ofrecía.

—¿Se preguntan dónde andas?

—Ajá. Soy un esclavo. Cuando no estoy, se convierten en niños sin canguro.

Ella lo observó en silencio mientras él desayunaba.

—¿Tendrás problemas, Christian?

—Sí, tal vez —dijo sin darle importancia y encogiéndose de hombros en un gesto que no decía nada—. Ya hablaremos de ello en otra ocasión. Ahora, de verdad, tengo que irme.

Para confirmar sus palabras, dio un par de tragos de café, y se quemó la lengua. Vio en un espejo su cara sin afeitarse.

—¿El baño?

—Letrina.

Tell soltó una carcajada.

—Eres un trol del bosque.

Ella se puso seria.

—Entonces, querrás verme otra vez, ¿no?

—Claro —se oyó decir y se detuvo a besarla. Ella le cogió la cara entre las manos y lo miró a los ojos para averiguar si decía la verdad. Mientras le acariciaba la mejilla áspera por la barba, le pareció que así era.

—Bien. De lo contrario me habría apenado muchísimo.

La sinceridad parecía natural en ella, así como su aversión a los juegos de los primeros contactos a los que él estaba acostumbrado. Para él era una liberación.

## Capítulo 23

Bärneflod meneó la cabeza. Algo le ocurría a su colega, por más que él ignorase de qué se trataba. Tell no era de los que lo contaban todo, uno tenía que adivinar si le había ocurrido algo que no guardase relación con el trabajo. Si es que había algo en la vida de Tell que no guardase relación con el trabajo. Pero eso de quedarse dormido y llegar tarde, de no estar disponible al teléfono en la fase más importante de la investigación... eso no era propio de él, se decía Bärneflod. No obstante, resultaba agradable ver que el jefe, por una vez, se relajaba y olvidaba su obsesión agobiante por el rendimiento. Y por alguna razón insondable, esa relajación de Tell surtía un efecto estimulante en el propio Bärneflod. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan cómodo en el trabajo.

¿Estaría Tell enamorado? La idea era, desde luego, ridícula.

\* \* \*

Sin duda Reino Edell era un puto paranoico. Pero por lo menos tenía razón en algo sobre Zachariasson: el tipo era marica. No sólo por la camisa rosa pálida que, a pesar de frisar los cincuenta, llevaba con desenfado por fuera de unos vaqueros muy ajustados. Tampoco porque Zachariasson se comportase como una loca, no. Mientras se estrechaban la mano, le sostuvo a Bärneflod la mirada con firmeza, pero no intentó nada.

No, era sólo una sensación. Bärneflod solía alardear de tener un detector de maricas bien desarrollado. Podía distinguir a un marica en una reunión a veinte metros de distancia. Si alguien lo obligara a definir con más detalle este talento tan útil en ciertas ocasiones, habría sostenido que lo asociaba a la forma de moverse de los maricas con movimientos suaves, como los de una mujer.

Bärneflod era madero desde hacía casi cuarenta años. Desde su punto de vista, el conocimiento de las personas formaba parte del trabajo. Era una pena que las nuevas generaciones carecieran del sentido común necesario para apreciar la experiencia. En lo referente al salario era muy consciente de que se encontraba en peor posición que Beckman, por ejemplo. No resultaba difícil adivinar por qué Karin Beckman se deslizaba como una anguila hacia la cima de la jerarquía: se debía a las dichas cuotas y a tanta monserga sobre la igualdad.

Estaba claro que los agentes que poseían conocimientos sobre el trabajo policial de toda la vida no tardarían en quedar exterminados. Hoy en día todo giraba en torno a quién estaba más cachas. Quién cambiaba sus rutinas de buen talante, cada año o cada dos, por alguna novedad, algún programa de ordenador portentoso que, a pesar de todo, quedaba desechado un par de años después y sustituido por una nueva

modernidad. Él, en cambio, podría enseñarle algo a la dirección sobre inversiones rentables. Sobre lo que valía la pena de verdad, es decir, las viejas rutinas de eficacia probada.

En otra situación, Bärneflod habría pensado que quien había decorado aquella cocina era una mujer. Resultaba acogedora y elegante, como habría dicho su esposa Ulla. Él, por ejemplo, no sería capaz de crear un hogar acogedor —claro que nadie le pediría que lo hiciera— como el que Ulla había conseguido crear a lo largo de los años. Él siempre la elogiaba por ello.

Era el primero en reconocer que existían bastantes áreas en las que las mujeres eran superiores a los hombres. Por ejemplo, en lo que se refería a los pequeños detalles que los hombres solían olvidar. A veces Ulla lo acusaba de no apreciar esas cosas lo suficiente, de que ni siquiera se fijaba en ellas, pero estaba equivocada. Bärneflod reparó en el ramo de tulipanes que había puesto en Semana Santa. Y en la mantequera y la jarra para la leche, en lugar de poner la mesa directamente con el paquete de mantequilla y el tetrabrik. Y en que organizaba los cumpleaños de los niños. Podría continuar hasta la eternidad. El solo enunciado de todo aquello incluso llegó a arrancarle unas lágrimas. Y pensar que había gente que sostenía que él era un insensible de mierda.

Se secó discretamente el lacrimal con la manga de la camisa y se apercibió de la expresión interrogante de Zachariasson.

Atención.

A fin de asegurarse de que la voz no se le quebraría, la elevó más de la cuenta.

—¿Sabes por qué he venido?

—Sí —respondió Zachariasson tranquilo. Quizá le sorprendiese la inestabilidad del policía, pero de ser así, optó por ocultarlo—. Debe de ser por la muerte de Lasse.

«Un apelativo cariñoso, claro, como cabía imaginar».

—Lise-Lott me llamó al poco de que ocurriera. Lasse y yo éramos muy buenos amigos.

«Claro, también podríamos llamarlo así».

—Es una historia terrible. Estoy impresionado.

Bärneflod enarcó las cejas y, con grandes aspavientos, sacó el bloc de notas, donde garabateó algo que Zachariasson no pudo ver desde donde estaba. En realidad, sólo escribió «Flores para Ulla» en la línea superior, ya que no había abandonado del todo los pensamientos que habían entretenido su mente hasta hacía unos minutos.

—¿Cuál era tu relación con Ulla?

Esta vez, Zachariasson no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Ulla?

—Waltz. Quiero decir Lars Waltz. Dijiste que erais buenos amigos, ¿no?

—Sí. Lo éramos. En realidad crecimos juntos. Fuimos a la misma escuela desde

primero.

Bärneflod asintió y entonces sí anotó: «Investigar escuela».

—Estaba en el barrio de Majorna. Nuestras madres se veían mucho, por lo menos cuando éramos niños. También fuimos a la misma guardería, nos íbamos siguiendo la pista. Luego, cuando elegimos diferentes líneas de bachillerato, continuamos viéndonos fuera del colegio.

—¿Cambió vuestra relación alguna vez? Cuando os hicisteis mayores, por ejemplo.

Zachariasson intentó eludir la pregunta adoptando un tono filosófico.

—¿Acaso no están las buenas relaciones en cambio constante? Quiero decir que se ven continuamente influenciadas por la situación anímica de ambas partes.

La mueca inexpresiva de Bärneflod fue suficiente y Zachariasson se apresuró a explicarse.

—Quiero decir que hubo un tiempo durante el cual nos vimos muy poco, en los años ochenta, cuando su vida y la mía eran muy diferentes. Lasse trabajaba mucho y se reunía con sus amigos de una forma diferente a la mía; mucho bar y... en fin. Luego, unos años después, durante el proceso de divorcio, él volvió a ponerse en contacto conmigo y reanudamos nuestra amistad.

Bärneflod suspiró para sus adentros. Aquello era peor de lo que había imaginado.

—¿Cómo os relacionabais tú y Lars Waltz?

—Como hace la gente, creo. Quedamos, hablamos. Hablábamos, quiero decir. Cuando ambos estábamos ocupados y no podíamos vernos, nos llamábamos por teléfono. A veces íbamos a tomarnos unas cervezas, pero yo nunca he sido muy dado a los bares. Y al final, Lasse también terminó cansándose de esa vida.

Zachariasson pareció percibir el doble sentido de aquellas palabras y esbozó una expresión de tristeza.

—Yo creía que la gente con tus inclinaciones tenía debilidad por la vida glamorosa —espetó Bärneflod.

Zachariasson se tornó, de pronto, reservado.

—Supongo —dijo con una frialdad manifiesta en su voz— que con inclinación te refieres a mi condición de homosexual, ¿no es así, señor policía? Es cierto, pero pensar que la homosexualidad conlleva determinado tipo de personalidad denota bastante simpleza. Somos muy distintos unos de otros, señor policía. Igual que vosotros los heterosexuales. Unos aman los placeres, otros viven en casas adosadas y juegan al bingo. A unos les gusta pasear por el bosque, a otros tener sexo con extraños en lugares públicos. Unos son genios reconocidos, otros son idiotas.

Acentuó la palabra *idiotas* con una insolencia extrema que desconcertó a Bärneflod.

—Soy inspector —precisó paralizado sin saber con claridad si hacía bien al

sentirse ofendido. Para facilitar las cosas prefirió dejar pasar el posible agravio sobre su inteligencia. Además, pronto sería la hora de comer y bajo ningún concepto deseaba permanecer en la casa de aquel hombre más tiempo del necesario. Sobre todo teniendo en cuenta que no había tenido la delicadeza de invitarlo a nada comestible.

A pesar de todo, se apreciaba claramente la ausencia de una mano femenina en aquella casa. Ulla nunca habría permitido que una visita se tomara el café sin algo que mojar.

De pronto, al pensar en el almuerzo y el café, sintió que estaba harto de acertijos.

—Dime, ¿mantenías una relación con Waltz? Sólo tienes que contestar sí o no.

—¿Acaso me lo ha preguntado ya antes, señor inspector? Perdón, quiero decir inspector.

—Lo pregunto ahora.

—Lasse vivía con Lise-Lott, creía que ya lo sabíais. Antes estuvo casado con una mujer que se llama Maria, pero me imagino que también estáis al corriente de eso. Yo vivo solo, aún no he encontrado al hombre de mi vida.

Le sonrió a Bärneflod, con una expresión más rebelde que pícara. Bärneflod lo miró con repugnancia.

—Como tú mismo dijiste hace un momento, vosotros los maricones funcionáis igual que la gente normal, y hasta tú deberías saber que la gente normal, a veces, flirtea. Por lo tanto, te lo pregunto de nuevo, ya que aún no has respondido a mi pregunta: ¿manteníais tú y Lars Waltz una relación?

—No manteníamos ninguna relación. Y en todo caso, ¿qué tendría eso que ver con su muerte?

Bärneflod se encogió de hombros con desdén y se colocó el bolígrafo en la oreja, de donde resbaló de inmediato para rodar debajo de la silla. El inspector no se molestó en recogerlo.

—Bueno, cabe imaginar un drama, por ejemplo. Él se niega a dejar a su mujer y tú, el amante celoso, no lo resistes. Si no puede ser tuyo, no será de nadie, ya sabes.

Bärneflod se sentía satisfecho de sí mismo. Zachariasson sacudió la cabeza como si no pudiera dar crédito a lo que oía.

—Eres ridículo. No sólo porque sueñas como una mala película de detectives. Insinúas, además, que un gay no puede ser amigo de un hetero, sin intentar cambiarlo. Ni siquiera me halaga que presupongas que lo conseguí. Te lo repito: no manteníamos ninguna relación.

—Una persona que figura en la investigación afirma lo contrario.

—Ese cateto loco que quería el terreno de Lise-Lott. Sí, lo sé. Lasse estuvo bastante enfadado durante un tiempo. Hasta llegó a denunciarlo cuando todo empezó a degenerar.

—¿Dirías que Lars le tenía miedo a Reino Edell?



Zachariasson se puso de pie y se sirvió más café, pero no le ofreció más a Bärneflod, como si quisiera decir: informo a la policía porque es mi obligación como ciudadano, pero tu visita no es bien recibida.

«¡Rencoroso de mierda!».

Bärneflod empujó su taza vacía sobre la mesa con gesto elocuente.

—No diría que le tuviese miedo —dijo Zachariasson—. Más bien lo ponía furioso. Al parecer, el campesino lo había amenazado en alguna ocasión. Creo que lo denunció más que nada para marcar el límite, para que entrara en razón.

Zachariasson miró el reloj de pulsera y dejó escapar lo que Bärneflod consideraba un grito típico de loca.

—Dios mío, tengo que irme. Empiezo dentro de veinte minutos.

El reloj de Bärneflod marcaba la hora del almuerzo.

—Vale, puedes irte. Sólo quiero saber cuándo viste a Lars Waltz por última vez.

Zachariasson recapacitó.

—Tuvo que ser un par de días antes de Santa Lucía. Lasse tenía algo que hacer en Frölunda Torg. Nos encontramos y tomamos un café.

—¿Se comportó de un modo extraño? ¿Notaste algo raro? ¿Dijo algo digno de mención?

—No. Estaba como de costumbre. Habló del viaje que pensaba hacer Lise-Lott. Le preocupaba la economía, como era habitual, pero no tanto como para arruinarle el buen humor. Oye, de verdad que he de irme, ya voy a llegar tarde al trabajo.

—¿Dónde estabas la noche del lunes?

—¿Soy sospechoso?

—Tú límitate a responder. Seguramente has visto bastantes películas de detectives en la televisión como para saber que debo preguntarlo.

—Después de trabajar estuve en Götas Kökoch Bar, en la plaza Mariaplan, con tres compañeros. Cuando se marcharon, me encontré con una persona a la que conocía y me quedé allí. Estuve hasta las diez y media, más o menos, después tomé un taxi para volver a casa.

—¿Solo?

—Sí, solo.

—Y el resto de la noche estuviste solo en tu apartamento, ¿no? Vale. Tus compañeros y ese... *amigo* al que te encontraste... —dijo con un tono elocuente— ¿pueden corroborar que estuviste con ellos por la noche?

—Por supuesto. Ahora mismo te doy sus números de teléfono. Por cierto, el amigo en cuestión es una chica, una vieja amiga de la universidad —se puso de pie con una expresión mal disimulada de desprecio—. Ahora pienso irme a trabajar. Si quieres que sigamos hablando, tendrás que citarme para un interrogatorio.

—Vaya, trabajas durante el puente. ¿Dónde? —preguntó Bärneflod, más por

curiosidad que porque pensara llevar a Zachariasson en coche al trabajo.

—En viviendas comunales. Hoy tengo horario de tarde.

—Vale, suerte —dijo Bärneflod y después de hurgar un rato debajo de la mesa rescató su bolígrafo del suelo de la cocina. Era un Ballograf.

## Capítulo 24

1995

Su profesor de dibujo entornó los ojos al sol y cargó el equipaje en el Volvo familiar.

—¿Volverás después del verano, My? —preguntó y se puso las gafas de sol que llevaba en la frente. My asintió—. No dejes de pintar hasta que nos volvamos a ver —se detuvo un momento—. Pensarás que se lo digo a todos, pero no es así.

My se sintió turbada mientras jugueteaba con un rayo de sol que se reflejaba en su pie desnudo. Había entregado puntualmente sus trabajos; siempre los dejaba en su casillero de la sala de profesores, ya que era demasiado tímida para entregárselos ella misma. Lo que más le costaba era darle los bocetos a lápiz de personas en movimiento que solía hacer a toda prisa.

Había intentado pintar al óleo. El resultado fueron cuadros con gruesas capas de color, de cuya superficie rugosa quedaba satisfecha. Le gustaba sentir todas las capas bajo la última.

Caroline había posado para ella y nunca sabría lo que había bajo la superficie de la tela. A My también comenzó a gustarle que posaran para ella, pero ante todo le infundían energía los bosquejos rápidamente plasmados en el bloc. Eran dibujos que realizaba mientras buscaba inquieta otra cosa, más concentrada en los movimientos e intenciones de las personas que en la reproducción de los mismos. Esto le permitía sorprenderse del resultado final al ver qué o quién había surgido del enjambre de acontecimientos en apariencia insignificantes.

El coche del profesor fue el último en dejar una nube de polvo tras de sí al salir rodando hacia la curva. El traqueteo moribundo del motor dio paso a una densa calma. My anhelaba quedarse a solas con Caroline, pensaba que si pasaban algo de tiempo juntas, acabaría el silencio que crecía entre ellas. Ahora, en cambio, sintió pánico.

Hacía sólo un par de días que la mayoría de los alumnos había abandonado el colegio por el verano, pero el vacío ya había impregnado sus muros. De pronto reparó en lo desgastados que estaban los paneles de las paredes, en las manchas de suciedad incrustada que salpicaban el suelo y en el color blanco del marco de las ventanas, que comenzaba a desconcharse. Hasta en el olor se detectaba el vacío: humedad y tiza vieja.

Con Caroline se había acostumbrado a que era preciso poner a prueba la lealtad, el amor estaba sujeto a condiciones, se fragmentaba, se comparaba y exigía constantes demostraciones. My comprendía lo destructivo que podía llegar a ser convertir el amor en una lucha de poder. Sin embargo, esa actitud le resultaba extrañamente familiar. Su madre siempre había experimentado con la proximidad y la distancia con respecto a otras personas: por un lado, la aterraba ser engullida por ellas

y, por otro, temía quedarse sola. Y lo que uno conoce brinda seguridad.

## Capítulo 25

2006

Sintió una punzada de remordimientos, bien conocida a su pesar. Seja no hizo ningún comentario mientras él se arreglaba para ir a la tradicional fiesta de Navidad del trabajo que, cada cinco años, les daba por celebrar con todos los distritos en elegantes locales alquilados y carentes de personalidad. Se presentaría la faceta mejor, la más generosa del trabajo de la policía y todos ellos exhibirían a sus esposas y se las presentarían a sus compañeros. Comida y bebida en exceso, a decir de algunos. Siempre había quien se pasaba de la raya, se iba de la lengua o se desmadraba. Siempre habría quien, al día siguiente, anduviese cabizbajo mascullando entre dientes. Era una fiesta de trabajo como todas, aunque a gran escala.

No es que Seja tuviera pretensión alguna de ir con él en calidad de acompañante. Las veces que se habían visto aún se podían contar con los dedos de una mano. A pesar de ello, por primera vez en mucho tiempo —quizá por primera vez en su vida—, Tell sentía deseos de forzar la situación. *Quería* tenerla a su lado en aquella estúpida fiesta.

Mientras se afeitaba, fantaseó con la idea de presentársela a Östergren. Se recreaba en su martirio. Comprendía perfectamente cómo afectaría su transgresión a la relación con Seja, si es que dicha relación duraba. Ella sería su amante secreta, a pesar de que ninguno de ellos había estado casado nunca.

Ignoró de momento todo lo que había pensado sobre la posibilidad de verse una vez cerrado el caso. Ahora se trataba de otra cosa. Se trataba de que había actuado en contra de sus principios, había perdido el control, había seguido un impulso y, a consecuencia de ello, llevaba un tiempo mintiéndole descaradamente a su jefa. Le faltó disciplina: tendría que haberse controlado. Podría haber esperado y haber comenzado su relación cuando Seja hubiese quedado descartada y la investigación, cerrada. Sin embargo, se había acostado con ella en el transcurso de la investigación. Siempre sería consciente de que fue así como ocurrió.

Al margen de estos motivos, su mala conciencia provenía en gran medida de un sentimiento indefinido al que estaba acostumbrado: hasta donde alcanzaba su memoria, sus relaciones con las mujeres y, en particular, las escasas relaciones duraderas a las que logró sobrevivir, se caracterizaron siempre por un sentimiento de culpa constante. Las mujeres lo acusaban de ser emocionalmente insensible, lo que alimentaba sus remordimientos por no dar la talla. La frustración que las acusaciones despertaban en él le hizo cerrarse aún más y, de este modo, entró en un círculo vicioso inexorable, que siempre acababa en una retirada.

Con el paso del tiempo constató que en todas sus relaciones duraderas, tres en total, fue consciente de lo erróneo de sus prioridades y de su tendencia a entregarse

tanto física como mentalmente al trabajo para evitar abrirse y correr el riesgo de ser herido. Sin embargo, era obvio que había elegido no cambiar. Ni en una sola ocasión decidió darse una oportunidad e intentar elegir. Antes al contrario, siguió actuando según su costumbre mientras contemplaba con amargura la ruina de su relación.

Carina lo tachó de frío y falto de empatía. Quizá lo fuera, pero seguramente se debía a que nunca se había visto a sí mismo como pareja de una mujer. No se consideraba capaz de conseguir que una relación funcionara. La confianza en otra persona no formaba parte de su mundo. El desastre se presentaba como la consecuencia natural de esa incapacidad suya tan devastadora para mantenerse alejado de las mujeres.

Nunca salió mal parado, aunque quizá lo habría merecido. La vida continuaba su curso inevitable, daba igual cuántas personas resultaran heridas.

—Si quieres, espérame aquí. No volveré muy tarde. Te dejo una llave. Sólo tienes que meterla por la ranura del buzón si te marchas antes.

—Y si no me voy, estaré aquí cuando vuelvas —le dijo apoyada contra el marco de la puerta, vestida tan sólo con la camisa blanca de Tell.

—Me gustaría que estuvieras aquí cuando vuelva, en serio —dijo con sinceridad, mirándola por el espejo del baño, mientras se anudaba la corbata.

Ella le pasó los brazos por la cintura y lo besó junto al labio, donde la cuchilla le había traspasado la piel y había dejado un hilillo de sangre ya reseca. Seja se demoró un instante con la punta de la lengua sobre la herida y Tell sintió el azote del calor por todo su cuerpo.

—Quiero quedarme —murmuró y a punto estuvo de dislocarse el cuello al intentar besarla.

Ella se rió provocadora y se apartó.

—No, señor comisario, llegarás tarde. No querrás perderte el discurso. Ni los canapés.

\* \* \*

La suposición de que hubiese canapés era una infravaloración de las ambiciones de la jefatura de la policía. En efecto, la fiesta comenzó con una opípara cena de tres platos. Nadie podía negar su calidad, si bien la opinión general sostenía que más valdría invertir en la correcta evolución de los salarios.

Vidström, el director general de la policía, hizo tintinear su copa con solemnidad a mitad del primer plato. Como siempre, comenzó su discurso señalando que todos debían interpretar aquella invitación como una muestra de agradecimiento por los servicios prestados hasta el momento. Y al igual que en años anteriores, aquellas palabras provocaron un murmullo unánime acerca de la repercusión de tal

agradecimiento en la nómina, en la seguridad del personal y en una larga lista de las mejores maneras de recompensar a los empleados. Algunas de dichas propuestas daba pie a discusiones que la secretaria de Vidström se encargaba de acallar.

Tell no participaba en las discusiones por dos motivos, en primer lugar, pensaba que algunos podrían considerarlo un arrogante teniendo en cuenta que, a aquellas alturas, él ganaba bastante más que muchos de los demás asistentes a la fiesta. El hecho de que hubiera comenzado de cero, o casi, y de que hubiera tenido que trabajar duro para ascender era irrelevante en aquel contexto. En segundo lugar, aquella noche no tenía ganas de repetir la historia de que su sueldo era, más o menos, un tercio del que percibía un programador de ordenadores veinteañero, mientras que él arriesgaba su vida a diario o... en fin, de tanto en tanto, cada vez que se las veía con un drogadicto desquiciado que sacaba la navaja. A su entender, era mejor que les mostraran el agradecimiento con una cena por todo lo alto que no recibir agradecimiento alguno.

Después de consumido el último trozo de tarta, los pasaron a otra parte del local provista de butacas y sofás más adecuados para que pudiesen beber y charlar tranquilamente. Un puñado de jóvenes de la escuela de hostelería vestidos de blanco y negro retiraron la vajilla de la tarta con tanta habilidad como discreción. Y ahí terminaba la gratuidad, pero el maestro de ceremonias anunció que el bar podía ofrecerles cualquier cosa, desde cerveza hasta whisky de malta de doce años.

Como de costumbre, la gente se agrupó por secciones para seguir debatiendo el mismo tema anteriormente abordado en el comedor, con la única diferencia de que ahora podían sumarse al debate las parejas.

Tell se fue al bar, a falta de otra cosa mejor que hacer, y allí saludó a Jonas Palmlöf, el colega al que Gonzales había venido a sustituir en el grupo. Karlberg, por una vez de traje, también había acudido sin compañía femenina y no tardó en unirse a ellos.

Karlberg observó el salón. Del techo abovedado y cubierto de pinturas murales, como los de las iglesias, colgaban varias arañas de cristal de un tamaño impresionante. Las ventanas eran altísimas, el alféizar tan amplio que cabía en él una persona acostada y las cortinas eran de recio terciopelo rojo oscuro. En cada una de aquellas ventanas ardía un candelabro de plata.

—El palacio de Gustavsberg. ¿Quiénes serán los privilegiados que tengan la suerte de venir aquí un día cualquiera, eh?

Palmlöf arrugó la nariz.

—Al parecer, es un local al que se recurre con frecuencia para organizar fiestas y conferencias con un toque de distinción. Por eso estamos aquí hoy, para descontento general, celebrando una fiesta corporativa un día de puente, mientras el resto de la gente está de vacaciones, porque los días previos a las vacaciones estaban reservados.

No sé, a mí no me impresionan esas tonterías de alto postín. Lo veo anticuado, oye.

—Entonces, ¿te va más el feng shui? —le preguntó con una sonrisa una rubia que vestía un traje plateado, entrechocando su copa de jerez con la cerveza de Palmlöf.

—Salud.

—Salud.

Palmlöf se volvió de espaldas a sus colegas.

—No sé qué es el feng shui, pero estás muy guapa con ese vestido. ¿Vienes directamente de la pasarela?

Tell y Karlberg cruzaron una mirada cómplice. Palmlöf les resultaba atractivo a las mujeres y nunca perdía la oportunidad de sacar provecho de ello. Las chicas caían invariablemente rendidas a sus cumplidos, por descarados y arbitrarios que fueran. Los saludó provocador por encima del hombro y se dejó conducir por la rubia hacia un grupo que había al otro lado de la sala, en el que Tell reconoció a Johan Björkman, un antiguo colega de cuando trabajaba en seguridad ciudadana.

—Vaya, míralo, pero era previsible —dijo Karlberg pensativo antes de dar un trago de su Heineken—. Sin duda, a las chicas les gusta ese tipo de comentarios a lo casanova. Directo. Yo nunca me atrevería. Por miedo a que se rían de uno, ya sabes, cuando al oírte, la chica mira jocosa a su amiga. Es algo que odio.

—Sí, Andreas, de ti seguro que se reirían. Los cumplidos burdos hay que decirlos con el enfoque correcto, de lo contrario resultan ridículos. Eso sólo saben hacerlo los tíos como Palmlöf: cien por cien inmunes al patetismo. Entonces sí funcionan. Sencillamente, él nunca pensaría que quizá esté metiendo la pata.

Tell se echó a reír al ver el abatimiento reflejado en la cara de Karlberg.

—Ánimo, hombre. De todos modos, el brillo no era de Dolce Gabbana. He visto la etiqueta de H M: le sobresalía por la nuca. Venga, salud, hermano de infortunios.

Brindaron de nuevo mientras Tell sentía que, con el consumo de alcohol, lo embargaba una extraña alegría. Era un hombre afortunado y se permitió darle al colega una palmadita en el hombro.

—Es duro de sobrellevar, ¿eh?

Karlberg asintió.

—Tu chica... ¿ha tomado una decisión?

—Marie... Sí —Karlberg volvió a asentir sombrío—. No sólo eso, ha encontrado a otro. Un amigo los vio juntos delante de un centro deportivo. Es un puto analista de mercados, un trepa.

—Bah, eso no funcionará. El despecho nunca funciona. Lo estará usando como paño de lágrimas.

Estaba sorprendido de su propio optimismo, pero Karlberg no se dejaba convencer. Y Tell decidió hacer lo que cualquier buen amigo habría hecho, o sea, acompañar a aquel infeliz a la ciénaga del alcohol, de modo que pidió dos whiskies



dobles.

—Ojalá se resbale y se parta la crisma. ¡Salud, hermano!

Karlberg lo miró sorprendido, como si nunca antes hubiera visto a Tell tan animado de paisano —como así era, de hecho—, pero siguió su ejemplo y tomó un trago de whisky. Luego sacudió la cabeza, sin poder contener la risa.

—Si no te conociera tan bien, creería lo que dijo Bärneflod el otro día, cuando te quedaste dormido. Que te habías liado con una mujer.

Tell se refugió detrás del vaso hasta que los efluvios del alcohol le llenaron los ojos de lágrimas.

—Es lo que yo digo —observó Tell—. Lo nuestro no es un centro de trabajo, sino una puta reunión de chismosas.

\* \* \*

Eran casi las dos de la mañana cuando Andreas Karlberg sucumbió a la embriaguez con la cabeza apoyada en el respaldo de la agradable butaca de cuero. La gente comenzaba a canturrear.

Tell intentó reanimar a Karlberg, que entreabrió un ojo para decidir enseguida que no valía la pena el esfuerzo. Sopesó la posibilidad de asumir su responsabilidad como compañero y llevárselo a casa. Podría dormir en el sofá un par de horas, hasta que estuviera en condiciones de irse por su propio pie. Pero entonces recordó: con un poco de suerte, Seja estaría en casa esperándolo en la cama. Y esa posibilidad resolvió la cuestión. Llamó a un taxi y ayudó a Karlberg a levantarse y a salir a la calle. El taxista meneó la cabeza preocupado cuando Tell le dio la dirección.

—Es mi vehículo particular.

Tal vez temía que Karlberg vomitara, pero el comisario no mostró la menor consideración y lo metió en el asiento trasero. Si el taxista se negaba a llevar a un cliente por estar borracho, lo más probable es que no le salieran las cuentas a fin de mes.

Cuando el taxi se marchó, Tell encendió un cigarrillo y comenzó a buscar en el bolsillo la ficha del guardarropa. Oyó voces cercanas y vio a Palmlöf metiéndole mano a la rubia debajo de un balcón. La risa de la chica volvió a resonar a sus espaldas. Tell volvió con los que aún aguantaban estoicamente y se encontró con Beckman en el bar.

—Oye, Christian. No te he visto desmadrarte en la pista de baile ni una sola vez en toda la noche. Bueno, no te he visto desmadrarte en ninguna parte. Nunca.

Ella le dio un fuerte puñetazo en el pecho, con esa inconsciencia de la propia fuerza física característica de las personas ebrias. Retrocedió y sonrió comprensivo, satisfecho de haberse pasado al agua mineral un par de horas antes, al pensar en Seja.

Gracias a eso había recuperado la perspectiva.

—¿Qué se esconde ahí dentro?, tras esa fachada... de entereza.

—Un tío cansado que se va a retirar. Sólo quería saludarte.

Ella se echó a reír, le pasó el brazo por la cintura y se encaminaron juntos a una de las mesas. Palmlöf y su ligue aparecieron justo detrás de ellos, con el aroma de la noche prendido a la ropa.

—¿Ya os vais? Tú no, ¿verdad, Karin? La noche acaba de empezar. Podemos tomarnos un par de cervezas antes de irnos. Venga, Tell. No aceptaré un no por respuesta.

Al cabo de un rato, volvió haciendo equilibrio con una bandeja y cuatro tazas de humeante café irlandés.

Johan Björkman se unió a ellos.

Les dio por hablar de recuerdos comunes, aunque no tuvieran tantos. Björkman, que estaba enamorado de la ciudad de Borås, sintió añoranza poco después de terminar sus estudios en la Escuela Superior de Policía y, cuando le ofrecieron un puesto en su ciudad natal, aceptó sin vacilar. Allí también se podía hacer carrera, decía.

Pasó a hablar de la oleada de drogas que asolaba la ciudad y que ahora se adueñaba de pueblos en los que, hacía veinte años, ni siquiera habían oído hablar del hachís.

—En Svaneholm apuñalaron a un tío de treinta tacos que les vendía anfetaminas a los alumnos de bachillerato. Resultó que tenía un par de millones en anfetas en el granero de su padre —Björkman meneó la cabeza—. Están envenenando este puto país entero, está claro.

Tell asintió reflexivo, aunque el tema no era novedoso y se sentía demasiado cansado para mantener una conversación tan seria. Procuró dejar de mirar la mano que Palmlöf tenía sobre la rodilla de la rubia. Björkman la había presentado como una de sus inspectoras.

—En estos momentos tenemos a todo el grupo trabajando en un asesinato ocurrido a las afueras de Kinna —continuó Björkman incansable—. Lo más probable es que se trate de un ajuste de cuentas por un asunto de drogas. El otro día, sin ir más lejos, un tipo de la zona de Frisjö fue asesinado a tiros en medio del bosque. Fue una auténtica ejecución, *bang bang*, como en un *thriller* americano, y luego el cabrón del asesino lo atropello con el coche dos veces. Poco quedó de aquel cadáver. Me pregunto qué pasará dentro de otros veinte años. Sobre todo teniendo en cuenta que hoy en día la opinión general es que no debería haber policía en las zonas rurales. Vamos, ¿de qué sirve una comisaría sin personal, eh? Joder, si ya tardamos más de una hora en llegar cuando hay un aviso...

Tell cerró los ojos e intentó salir de su embriaguez con la única ayuda de su

fuerza de voluntad. Levantó las manos como un muro a fin de frenar la verborrea de Björkman.

—Espera un poco... Eso que acabas de contar, a ver, repítame la historia. Háblame del asesinato de Frisjö.

Björkman pareció sorprendido.

—¿Es que quieres que hablemos de trabajo?

Tell asintió y extendió el brazo en busca de una botella de Vichy Nouveau medio llena que alguien había dejado allí olvidada.

—Exacto.

Diez minutos más tarde —también Beckman se había repuesto de su borrachera con una celeridad impresionante— Björkman les había pormenorizado un asesinato que, por las similitudes que guardaba con el que ellos tenían entre manos, les pareció digno de la máxima atención.

—Pasaré a verte mañana temprano. En la comisaría —el reloj de Tell marcaba las tres y veinte—. A las nueve.

—Pero... —Björkman miró a Tell confundido—. Mañana es Nochevieja. No trabajo.

—A ver, parece que no lo has pillado —insistió Tell—. Mañana, a las nueve en punto.

## Capítulo 26

Y allí se presentó, en efecto, a las nueve en punto, en la comisaría de Borås, aún con la chaqueta puesta y más dormido que despierto. Cuando dio con el piso correcto, siguió el sonido de los ronquidos que lo condujeron al despacho de Johan Björkman, que se levantó haciendo un esfuerzo y le estrechó la mano.

—Joder, estoy hecho papilla —comentó a modo de saludo—. ¿Un café?

—Una cafetera hasta arriba, gracias.

Björkman se encaminó a la máquina de café mientras Tell se tomaba la libertad de echar un vistazo. Al parecer, el tipo seguía siendo un hombre ordenado. Los archivadores de las estanterías estaban organizados por colores, los rojos a un lado, los negros a otro y no había un solo papel fuera de su sitio que mancillara la limpia superficie de la mesa.

Tell evocó la imagen de su escritorio, sin ser demasiado crítico. Él controlaba la situación. Además, las personas demasiado ordenadas despertaban sus sospechas: cualquier forma de celo laboral debía ir acompañada de cierto desorden. Sin duda, un freudiano señalaría al padre de Tell, que se enorgullecía de guardar un absurdo orden consistente en rutinas detalladas para cada momento del día. Con los años, Tell comprendió que su padre era una especie de neurótico obsesivo, lo que, en cierto modo, le permitió aceptar sus manías.

No siempre resultó fácil. De adolescente no soportaba las rutinas increíblemente inútiles de su padre, la obsesión por colocar cada cosa en su sitio, empaquetada en montones infinitos de bolsas cerradas con una goma. Si, a pesar de todo, algo acababa en el lugar equivocado, cosa que, como es natural, ocurría con frecuencia gracias a la intervención de los demás miembros de la familia, su padre se veía impelido a restaurar el orden. Tan lejos llegó el asunto que Tell adquirió la costumbre de colgar las tijeras en el gancho erróneo de la despensa o de cambiar de sitio la pintura normal y colocarla en la repisa de la pintura plástica para poder contemplar la obsesiva campaña de orden de su padre, con una mezcla de aversión y de sadismo. Como si con ello quisiera demostrar que el mundo no se acabaría sólo porque uno perdiera el control sobre las cosas durante un segundo.

Tell también sabotaba el orden vital de su padre porque le disgustaba muchísimo pensar en las cantidades industriales de tiempo perdido, todos aquellos ratos interminables que él, su madre y su hermana tuvieron que pasar simplemente esperando. Nunca vio en su padre nada más que autocomplacencia, su incapacidad para tomar conciencia de su enfermedad y una actitud de desprecio hacia quienes optaban por organizar su vida de otra manera, es decir, hacia el resto de la humanidad.

Después, le costó aceptar que las rutinas eran el medio al que su padre recurría

para dominar su angustia y que para él el orden era sinónimo de fuerza psíquica y de equilibrio.

En la actualidad, el viejo Tell no era capaz de seguir con sus costumbres para aplacar su angustia, puesto que ya no tenía casa propia. En efecto, estaba totalmente en manos del personal de la residencia de ancianos donde vivía y sometido a las rutinas que ellos imponían. No cabía duda de que ahora parecía bastante sereno, a pesar de los achaques de la edad. Quizá se sintiese agradecido de no tener otra opción.

Björkman volvió con un termo y un par de tazas desportilladas. Cuando sintió el intenso aroma del café, Tell constató hasta qué punto tenía dependencia de tan estimulante bebida. Era un adicto al café y aquella mañana sólo había podido tomarse una taza. Se la bebió de pie, en la cocina, con la señal de los botones de la combinación de Seja grabada en su mejilla.

*Seja se quedó en su casa.* Seguía allí cuando él volvió a las tres y media de la mañana. La sola idea lo llenó de felicidad, pero también de preocupación, pues se había tenido que ir temprano, pese a que era el día de Nochevieja. Por otra parte, no estaba mal que se fuera acostumbrando. Si no soportaba su ritmo, tampoco podría vivir con él. Su trabajo era así, si no siempre, de vez en cuando.

—¿Piensas persuadirme de que te acompañe?

—¿Queda lejos? —preguntó Tell, aunque ambos sabían que eso carecía de importancia.

Björkman se encogió de hombros.

—No. Unos veinte kilómetros —se inclinó y aspiró con desaprobación el aliento de Tell—. ¿Tú crees que estás en condiciones de conducir?

—No, pero tú tampoco lo estás. ¿Hablamos por el camino?

—Sí, claro.

Salieron de la comisaría y cruzaron en coche la ciudad mientras los niños llenaban los jardines acompañados de sus padres y las primeras parejas de jubilados arrojaban migas a los patos del parque de Annelundsparken. El dueño de una tienda colgaba carteles publicitarios de artículos pirotécnicos a muy buen precio. Un par de horas más tarde, el aparcamiento del centro de Knalleland rebosaría de gente que había dejado para el último minuto la compra del traje de Nochevieja o de los últimos ingredientes para la cena. La ciudad se despertaba y se preparaba para saludar el nuevo año.

—¡Cretino!

Björkman frenó en seco y le pitó al camión que se había saltado la señal de ceda el paso. Cuando se pusieron de nuevo en marcha le preguntó:

—Y tú, Tell, ¿cómo vas a celebrar el Año Nuevo?

—¿Yo?

No se había parado a pensarlo ni un instante.

—Pues... me han invitado a una fiesta en casa de... unos antiguos amigos.

En ese momento cayó en la cuenta de que era verdad y de que había olvidado confirmar su asistencia. ¿Y tú?

—Iré a casa de unos vecinos. Nos turnamos para organizar la fiesta de Año Nuevo. Está bien. Resulta muy difícil conseguir un taxi después de las doce.

El vaho comenzaba a acumularse en el interior del parabrisas y Björkman iba inclinado para ver mejor. Bajó el volumen de la radio y miró a Tell de reojo.

—¿Quién empieza, tú o yo?

Tell le refirió todo lo relacionado con el asesinato de Lars Waltz mientras Björkman iba abandonando las carreteras principales por senderos de gravilla que los llevaron a los bosques de Viskafors. Las grandes casas de ladrillo dieron paso a una zona de cabañas de madera y, a partir de ahí, lo único que se veía era el bosque azotado por el viento, que parecía haber hecho estragos durante las últimas tormentas del año.

—*Gudrun* no se ha mostrado benévolo con los propietarios de los terrenos, el huracán asoló los bosques por completo —confirmó Björkman.

En algunos lugares, los árboles aún yacían amontonados como en un juego de Mikado, claro indicio de que los propietarios que no se molestaban en desbrozar la zona antes de la tormenta tampoco se preocupaban de despejar el terreno una vez que había remitido. Pasaron un desmonte a su izquierda. Tell guardaba silencio y Björkman parecía pensativo.

—Casi todo coincide. El método: la ejecución. De momento sólo tenemos un informe preliminar de la Científica, pero lo más probable es que se trate de la misma clase de arma. Lo atropellaron deliberadamente varias veces con un coche bastante grande cuyos neumáticos son más anchos de lo normal.

—¿Y la víctima?

—Olof Bart. Tenía más o menos la misma edad que el tuyo. Vivía solo. Un tipo un tanto extraño, al parecer. El vecino más próximo no se había forjado una opinión concreta acerca de él, era bastante solitario. Hacía todo tipo de trabajos. Limpiaba el bosque después de las tormentas. Antes tenía un local alquilado en Svaneholm donde reparaba herramientas de leñador y cosas por el estilo. No tenía familia.

La pendiente los condujo hasta un claro del bosque cubierto de césped, abedules y musgo. Una gran casa cuadrada de madera se perfilaba en medio del desorden. En otro tiempo, aquella casa habría resultado imponente, sin duda, pero, en la actualidad, la pintura roja aparecía descascarillada por todas partes y dejaba a la vista las vetas de madera grisácea. Entre los árboles, en la parte baja de la parcela, se vislumbraba el lago.

Tell, que no había caído en la cuenta de llevar ropa cómoda, sintió cómo se le

hundían los zapatos en el musgo embarrado. Enseguida se le llenaron de agua.

Detrás de la casa había un garaje independiente de color gris con espacio para dos coches y la zona que lo rodeaba estaba acordonada por la cinta de plástico de la policía. El césped mostraba calvas en el lugar donde el presunto jeep había patinado antes de acelerar para pasar por encima de la víctima. En las huellas de los neumáticos se había acumulado el agua de lluvia, que había convertido gran parte del lugar en un lodazal. Ante la puerta del garaje había un cordón policial y, en el recinto delimitado por él, un rectángulo de un par de metros cuadrados donde Tell supuso que habían encontrado el cadáver.

Björkman se lo confirmó.

—Creemos que le dispararon aquí —dijo señalando el lugar con la mano—. Luego se tambaleó o cayó de bruces aquí, junto a la pared del garaje, donde lo atropellaron por primera vez —señaló unas abolladuras en la fachada metálica—. Se ve que el vehículo chocó contra la chapa de la pared, pero el cuerpo de la víctima se hallaba aquí, más o menos, cuando fue descubierto —explicó volviendo a indicar el lugar con la mano—. O sea, que el coche lo arrastró, quizá enganchado en la defensa, uno o dos metros. O puede que él mismo se moviera haciendo acopio de las fuerzas que le quedaban, aunque esto es poco probable. Lo más seguro es que, para entonces, estuviera más que muerto.

—Luego lo atrepellaron una última vez —añadió Tell señalando el lugar donde el terreno aparecía más dañado.

Björkman asintió.

—Esa es la hipótesis de Nilsson, uno de los inspectores.

Tell se movía dentro del cordón policial con sumo cuidado, caminando con prudencia por la parcela, para no destruir posibles pruebas, y terminó en cuclillas ante la maltrecha fachada del garaje. Tras examinar las abolladuras con detenimiento, detectó un tono más oscuro en la placa arrugada.

—¿Será pintura del coche?

—Seguramente —respondió Björkman—. Y, bueno, quizá también sangre de Olof Bart. Lo están analizando.

—Nosotros no encontramos rastro del coche, salvo las huellas de neumático —dijo Tell sin darse la vuelta—. Ya veremos si coinciden con éstas.

Se incorporó con una mueca. Ambos oyeron cómo le crujieron las rodillas.

—¿Algo más? Aquí no parece que se pueda hacer gran cosa, con esta lluvia.

Björkman asintió taciturno.

—Sí, justo el día antes de que lo encontraran estuvo lloviendo sin parar.

—¿Quién lo encontró?

—Una pareja que había salido a dar un paseo. Iban camino de aquel promontorio que ves allí y decidieron atajar por las parcelas... El perro que iba corriendo delante

de ellos se puso nervioso...

Comenzaron a caminar lentamente hacia el coche.

—Aparte de eso, no hemos encontrado nada —repitió Björkman—. Por ahora. Te enviaré por fax todo el material según vayan llegando los resultados. Y tú puedes hacer otro tanto. Así nos echamos una mano.

—Lo principal es ir preguntando de casa en casa.

—La parte organizativa se la dejamos a los jefes, ¿qué te parece? Si resultara que fuese el mismo tío.

Tell asintió ausente.

—¿Me puedes prestar un despacho para que me sienta a revisar lo que habéis recabado hasta el momento? —preguntó—. Necesito recapacitar un poco sobre todo esto.

Björkman suspiró resignado.

—Puedes tomar prestado todo el departamento, Tell. Creo que sólo estaréis tú y el oficial de guardia.



## Capítulo 27

1995

Cuando su hija le dejó claro que no pensaba volver a casa, Solveig Granith se mudó al centro y cambió el piso de cuatro habitaciones en Rydboholm por uno de tres. Y allí estaba, sentada junto al secreter y abrazada a un pijama fucsia, mientras el humo de un cigarrillo Blend Menthol ascendía hacia el techo en caprichosas volutas. El tren de My llegaría a las estación central a las 15:35. Solveig no se sentía con fuerzas para ir a recibirla en el andén. No aquel día.

Cuando My se mudó, antes de cambiar de piso, Solveig solía pasar un rato cada día en el cuarto de su hija. Sencillamente, se sentaba un momento en el borde de la cama, contemplaba los pósters o se fumaba un cigarrillo con la ventana abierta.

Le costaba habituarse a lo nuevo. A la falta de espacio. A los espacios limitados, pero también a la total ausencia de indicios de vida adolescente, pues había tenido que subir al desván las cosas de My. Tan sólo unos dibujos y un par de libros manoseados que la hija adoraba de pequeña permanecían en un cajón de la cómoda, y algo de bisutería y de ropa desechada. Solveig rara vez cerraba el cajón con llave y se ponía a hojear el bloc de dibujo o aspiraba el aroma del vestido que My había llevado en alguna fiesta de fin de curso. Pero a veces sucedía. A pesar de que, según las épocas, hablaba por teléfono con My casi a diario, en ocasiones se sorprendía pensando en ella como en un ser amado y añorado, como si, en lugar de haberse marchado de casa, hubiera muerto.

La primera vez que My le anunció que pensaba mudarse apenas contaba quince años. Por supuesto que no tenía ni casa ni salario, pretendía mudarse con una compañera mayor que había conseguido un apartamento en la ciudad. La compañera le había ofrecido a My la posibilidad de comenzar a pagar el alquiler cuando encontrase trabajo. No importaba demasiado, pues era Asuntos Sociales quien corría con los gastos.

A Solveig se le hizo un nudo en el estómago. Perdió la razón y sintió que no deseaba otra cosa que abalanzarse sobre aquella adolescente díscola, aferrarse a ella. Sin embargo, tragó saliva y permaneció callada en su habitación mientras My guardaba sus bártulos. La bolsa de Winnie The Pooh que llevaba guardada en el desván desde su infancia era la única en la que cabían sus cosas. Por la noche dejó la bolsa en el vestíbulo a oscuras, irradiando la maldad con la que My se había construido una coraza para defenderse del dolor de Solveig.

Ella recordaba que el día de la mudanza se levantó al alba. Buscó la llave del cuarto de su hija, que seguía donde solía guardarla cuando My era niña, para poder abrir desde fuera si se cerraba la puerta. La vieja cerradura se resistía a ceder, temió que My se despertara a causa del ruido. Permaneció unos minutos escuchando pegada

a la puerta, tan cerca que percibía la respiración serena de su hija, el pitido característico que emitía su nariz, señal de que la embargaba una paz total y placentera.

Caminó en silencio hasta el sofá. Se sentó encogida en una esquina. La luz de la luna se filtraba por entre las ranuras de la persiana y pintaba rayas en su bata turquesa. Experimentó una sensación de liberación y se quedó allí sentada un buen rato. La luna se ocultó detrás de las nubes, oscureció. Más tarde empezó a clarear, a medida que amanecía. Cuando el sonido de los despertadores de los vecinos se propagó a través de las paredes de escayola, se dirigió a la habitación de My y descorrió la cerradura.

Al día siguiente le estallaba y le martilleaba la cabeza, pero el recuerdo de la noche bañada por la luna le infundió una sensación de control que la ayudó durante las siguientes semanas de soledad. Se había convencido de que My había abandonado el hogar porque ella, su madre, había decidido dejarla ir para que probase la fragilidad de sus alas. Pero volvería y, entonces, Solveig la acogería con abrazos de consuelo. Le diría que ella ya lo sabía, que ella sabía lo jodido que era el mundo exterior, Solveig había experimentado su maldad de forma prematura, con la única diferencia de que ella se vio sola.

My no estaría nunca sola. Solveig estaba tan decidida ahora como lo estuvo aquella medianoche en que la arrulló entre sus brazos por vez primera, manchada de sangre y de sus propias secreciones. Nunca la abandonaría, siempre estaría dispuesta a ayudar a su hija.

La niña se adueñó de su corazón de una forma tan emocionante como dolorosa. Por primera vez experimentó su valía como persona, el orgullo de ser alguien: ser la madre de alguien y nada más en la vida. Cuando la comadrona le puso a My en el regazo y miró su carita arrugada y enrojecida tras el parto, Solveig estaba extenuada por aquel sentimiento de amor tan intenso y por el esfuerzo realizado. Tuvieron que llamar al médico y le administraron unos calmantes tan fuertes que, durante varios días, hubieron de alimentar a la niña con biberón. Unos años después, cuando tuvo a Sebbe, estaba mejor preparada.

Sebastian fue un flaco consuelo para la ausencia de My. No era que su relación no fuera buena, estaban muy unidos, pero con una niña, su primogénita, la cosa era distinta. Siempre se había reconocido a sí misma en el rostro de My. Eran tan parecidas. Desde que era un bebé y estaba en la cuna, todos lo decían: «Son como réplicas la una de la otra». Resultaba casi cómico.

Después del primer intento de My por abandonar el hogar —regresó a casa tres semanas después, con la bolsa de Winnie The Pooh repleta de ropa sucia—, madre e hija revivieron el trauma una y otra vez, pero en cada ocasión, el tormento se hacía más fácil de soportar. Seguramente, así tenía que ser. My se fue a vivir a una comuna

donde pasó unas semanas, hasta que se enfadó con alguien y volvió a utilizar su dormitorio de niña. Luego conoció a un chico que tenía apartamento propio, y estuvo viviendo con él hasta que se terminó su relación y regresó ahogada en llanto, con Solveig. My volvía siempre, y seguramente por eso Solveig soportaba las constantes separaciones. Apretaba los dientes y dejaba que su vida y la de su hijo siguieran su curso mientras esperaba el día en que su hija aparecería de nuevo en el umbral.

La noche antes de que My tomara el tren para dirigirse a la universidad popular, tuvieron una de esas disputas que hacían que los vecinos protestasen dando golpes en la pared. Pese a que, en sus cartas, My trató de paliar algunas de las crueldades que le dijo, sus palabras habían quedado grabadas en el subconsciente de Solveig tal y como su hija se las gritó aquella noche. La humillación infinita que había sentido no se borraría jamás.

A decir verdad, no se cambió de piso sólo por razones prácticas. Cierto que la pensión por enfermedad era escasa, pero el antiguo piso de cuatro habitaciones no era particularmente caro. Solveig habría podido permitirse vivir allí, al menos hasta que su hijo también estuviera preparado para abandonar el nido. Lo que la empujó a acelerar el cambio de vivienda fue, en realidad, un deseo irracional de venganza. Herida en lo más hondo de su ser, pensó que si My no soportaba vivir en casa «con una madre-parásito egocéntrica, enferma y asfixiante». —«Tú eres como tener encima una manta húmeda y maloliente que te impide respirar», fueron sus palabras —, ella se encargaría de que, en lo sucesivo, su hija no tuviera opción de arrepentirse. Y cuando regresara, deshaciéndose en excusas y con el rabo entre las piernas, sería demasiado tarde. Entonces descubriría que su madre era una persona con sentimientos y con una vida propia.

Y sabría lo que es verse obligada a arreglárselas sin ayuda.

El tiempo aplacó la ira. El dolor causado por tan duras palabras se le enquistó.

My nunca volvió a regresar a casa con la ropa sucia. En aquella ocasión, se había mudado de verdad y cuando iba a casa, a aquel pequeño piso de tres habitaciones con un sofá cama en el salón, lo hacía como invitada de Solveig y Sebastian.

Y sus vidas seguían su curso.

No les iba mal. La mayoría de las cosas cambiaron al abandonar Rydboholm por Norrby. Todo resultaba más estable. Aquel ruido monótono que le aporreaba los oídos cesó, al menos por un tiempo, y Solveig pudo reducir el consumo de pastillas para dormir, y también el de las otras pastillas, las que sólo tomaba a veces, cuando no aguantaba más.

Sebastian estaba en la edad de salir con los amigos. Tenía quince años y comenzaba a llevar amigos a casa. La pequeña zapatera de la entrada se llenaba de zapatos del número cuarenta y cuatro. Escuchaban una música ensordecedora y conseguían mitigar la sensación de Solveig de haber sido abandonada. Sebastian era

el prototipo de chico adolescente y evitaba las preguntas y las muestras de cariño de su madre.

Ella se consolaba pensando que estaba bien que Sebastian empezara por fin a tener amigos, pues siempre había estado muy solo. Aunque él ya no le dedicase tanto tiempo y por más que el chico se opusiera, ella seguía siendo su madre y quizá la persona más importante de su vida. Según los expertos, era muy probable que él eligiera como pareja a una mujer que se pareciera a ella en su forma de ser e incluso en su aspecto. Cuando alcanzase la edad adulta, Sebastian tendría el sentido común, sus dos hijos tendrían el sentido común de apreciar todo lo que había hecho por ellos, de valorar todos sus sacrificios.

—¿Mamá?

Solveig se dio la vuelta hacia la puerta muy despacio, como a cámara lenta. Pensaba que estaba sola y el hecho de tener que adaptarse mentalmente a la presencia de otra persona y saber reaccionar ante ella le llevaba un tiempo. Además, aquella limitación iba empeorando con los años.

—Mamá.

Sebastian ya había adoptado «Aquella Expresión» que tanto le desagradaba, que la hacía sentirse insignificante ante su propio hijo. Juzgada. Como si su hijo creyera poseer un conocimiento secreto sobre su propia madre, que no sólo había vivido más del doble que él mismo, sino que, además, lo había llevado en su seno y lo había parido. ¿Cómo se creía con derecho a preocuparse por ella?

Solveig odiaba aquella falsa solicitud con que la habían tratado en tantas ocasiones. De niña, el personal de los servicios sociales y sus padres adoptivos. Como adulta, en los movimientos rápidos del médico al hojear su historial clínico. La Seguridad Social, los monitores de preescolar, el tutor del curso de sus hijos, los padres de sus amigos... siempre la miraban con la cabeza ladeada, con aquel gesto que sólo revelaba una cosa: censura.

«Nos preocupamos por ti, Solveig, nos preguntamos si te las arreglas bien», en otras palabras: creemos que eres una completa inútil y que no vales para nada. Pero ¿no lo había demostrado ya? Ella se las arreglaba. Se las arreglaba bien y era una excelente madre para sus hijos, cariñosa y comprometida. Además, estaba con ellos, a diferencia de muchos padres egocéntricos de hoy en día que sólo se preocupaban por su carrera.

—Mamá.

—¡Sí! —le salió una voz más áspera de lo que pretendía. «Tengo que tranquilizarme», se dijo. Últimamente, perdía el hilo de su pensamiento con demasiada facilidad—. ¿Qué quieres? —preguntó en un tono más dulce, pero la expresión del chico aún reflejaba sorpresa.

—Sólo quería saber si me habías comprado cigarrillos. Me dijiste que lo harías y

ya le he prometido a Krille que le daría de los míos.

Solveig tenía la mente bloqueada.

—Ya no podemos comprarlos en el griego —continuó Sebastian, intentándolo una vez más—. Le pide la documentación a todo el mundo.

Ella se preguntó si podría, pero no se sentía con fuerzas para salir esa tarde. Esa tarde no.

—Te los compraré mañana. Iré a Coop y te compraré un cartón. A mí también me hacen falta. Además, así saldrá más barato —decidió.

—¡No! ¡Joder, lo prometiste! ¡Mañana es demasiado tarde, mañana ya no importa! ¡Los necesito para la fiesta!

—¿Fiesta? ¿Qué fiesta?

Sebastian dejó escapar un suspiro, enarcó las cejas y le habló en un tono pedagógico e indulgente.

«Jodido niño de mierda», se dijo Solveig.

—Te lo dije, pero nunca te acuerdas de nada. Te dije que esta noche iría al Evil con Krille. Su hermano es miembro del club, y hoy dan una fiesta.

—¿Evil?

—Evil Riders, un club de motoristas.

—¿Evil? ¿Maldad?

—Es un club de motoristas. Toca un grupo que quiero ver, ya te lo dije. Oh, nunca entiendes nada, nunca escuchas. Te lo dije, está en Frufällan, por eso te pedí que compraras gasolina para la moto. ¿Qué pasa, eso tampoco lo has hecho?

—No puedes ir.

—¿Qué dices?

—No puedes ir. Tu hermana mayor llega hoy y nos vamos a divertir juntos. He comprado Coca-Cola y patatas fritas y creo que esta vez tiene ganas de vernos. No parece que lo esté pasando bien. Viene en el tren de las 15.35 y le he dicho que irías a recogerla. Esta noche tienes que quedarte en casa, Sebastian.

La miró con una mezcla de desprecio y compasión.

—¿Eres tonta o qué? Es demasiado tarde, ya lo tenía decidido.

El chico no esperó su respuesta, se encaminó al vestíbulo, cogió de un tirón la cazadora que colgaba de una percha y salió dando un portazo.

Se miró las manos y examinó minuciosamente el anillo que llevaba en el dedo anular derecho, un anillo ancho, de plata y con una piedra verde. Se lo habían regalado los niños el día que cumplió treinta y tres años.

—Además, en esas fiestas sólo hay gentuza —murmuró hablando con sus manos. Pensó que empezaban a parecer las manos de una anciana—. Pandilleros, borrachos y peleas. No, no irás a esa fiesta. Por encima de mi cadáver.

## Capítulo 28

2006

Aquel nombre desencadenó una mezcla de recuerdos nada agradables que ella, sin saberlo, tenía almacenados en su interior. Si algo la sorprendía era que no la hubieran erosionado más durante todos estos años.

Por un momento, se vio como un ser frío. Una oleada de vergüenza la inundó al pensar en el artículo. Vergüenza por los momentos íntimos con Christian Tell que, de pronto, aparecían manchados por su doble juego. En el tormento de la soledad de sus noches sin sueño, constató que la culpa era suya. Era culpable, el jurado era unánime. Uno de los miembros del jurado era Christian Tell. Aun así, siguió escribiendo. Escribía para mantener a raya la ansiedad y porque la vergüenza contenida le procuraba el combustible necesario para escribir.

Cuando, al despertar, ya sobria, sopesó sus opciones a la luz del día, constató que, desde luego, no había nada que pudiera hacer. No sabía nada y nada podía aportar, excepto los sentimientos de culpa de una adolescente desconcertada con respecto al trágico suceso. Probablemente, aquella noche en el club de motoristas ya habría cambiado de forma en su cabeza miles de veces. Era extraño, pues, pese a que hacía muchos años que no pensaba en aquella noche, comprendió que había marcado su vida adulta de diversas maneras. Tomó conciencia de ello entonces, quizá por primera vez.

Christian la llamó quince minutos antes de que dieran las doce, justo cuando los chicos comenzaban a lanzar sus fuegos artificiales al pie de la colina. El cielo nocturno resplandecía a lo lejos. El salón estaba a oscuras, iluminado tan sólo por el débil brillo rojizo del rescoldo de la chimenea.

La tentación superó a la ansiedad. Se sintió aliviada al oír su voz.

—Estaré ahí dentro de diez minutos.

Seja había declinado con una mentira la invitación a la única fiesta donde la esperaban, fingiendo estar ya comprometida. A decir verdad, no le apetecía ir a una fiesta donde la mitad de los invitados eran desconocidos y la otra mitad parejas cuya compañía solían frecuentar Martin y ella. Además, tenía el presentimiento de que Martin estaría allí. Y no se sentía con fuerzas para verlo.

Salió a esperarlo en el jardín. Christian llegó quince minutos después de las campanadas y se disculpó mientras la abrazaba, sofocado y con los pantalones del traje empapados después de haber corrido a oscuras por el sendero. Durante un segundo de vértigo, se atrevió a desear congelar aquel instante, con los latidos del corazón acelerado de Christian resonando en su garganta.

—Me habían invitado a una fiesta, pero he preferido no ir —le dijo para aplacar sus remordimientos por haberla hecho esperar para celebrar juntos la llegada del

nuevo año—. Te prometo que estoy bien. No habíamos quedado en nada, pero ahora estoy muy contenta de que estés aquí.

Intentó apartarse, pero él le sujetó el brazo y la miró muy serio.

—He cometido este error tantas veces, quiero decir... Lo de hacer que una relación funcione no es mi fuerte. Sé que no nos conocemos desde hace mucho, pero...

«Tenemos en común la tendencia a sentirnos culpables». Christian guardó silencio y ella no lo animó a continuar.

Seja se adelantó y entró en la casa para encender la luz. Él le explicó brevemente por qué había tenido que trabajar en Nochevieja.

—Han encontrado el cadáver de un hombre a las afueras de Kinna, asesinado como Lars Waltz. Sospechamos que se trata del mismo asesino.

Él siguió hablando, aún algo nervioso, como si buscara ansioso su perdón. ¿O estaría empezando a sospechar que estaba involucrada de alguna manera?

Seja lo calló con un beso, dijo que se encontraba bien, pero acto seguido lo dejó solo para realizar una visita muy inoportuna al aseo. Una vez fuera, intentó recobrar el aliento; era como si una mano helada se le hubiese aferrado al estómago de tal modo que apenas si podía respirar.

Nunca le gustaron las personas que se las ingeniaban para encontrar los puntos débiles de los demás a fin de no sentirse nunca acorralados. Sin embargo, eso era precisamente lo que estaba haciendo ella para calmar su desasosiego.

Sospechaba que Christian Tell sufría en silencio por haberse saltado las normas en el plano profesional al acostarse con ella, pero en lugar de compartir aquel sufrimiento, la vergüenza de Tell hacía más llevadera su propia falsedad. No creía que él se atreviera a enfrentarse a ella ni ponerla entre la espada y la pared: estaba demasiado preocupado por su propia incorrección.

Existía un motivo que le impedía hablar de los recuerdos que comenzaban a corroerla de un modo tan desesperante, aunque hablar era, sin duda, lo que debería hacer. Y ahí era donde el sentimiento de culpa desempeñaba su papel. No se trataba sólo de que estuviese ocultando información relevante para la investigación. No, el alcance de su culpa iba mucho más allá.

## Capítulo 29

La tarea del día, ir de casa en casa interrogando al vecindario, era una muestra de la cooperación entre distritos. Sofía Frisk, inspectora de la brigada criminal, la rubia despampanante de la fiesta de Navidad, había conducido como una ladrona de coches, tomando las curvas sobre dos ruedas y haciendo adelantamientos espectaculares. Gonzales jamás lo habría imaginado cuando la vio por primera vez, delicada, rubia, y con aquellos ojos azules que parecían sacados de un anuncio de lentillas de colores. Se puso unas gafas de sol que le cubrían media cara y le hacían parecer un insecto.

Gonzales se echó a reír.

—¿Qué pasa?

—Estás graciosa con esas gafas.

Ella sonrió y estiró las piernas bajo la manta polar.

—¡Ah, qué agradable! Pero aún tengo los pies fríos.

A Michael Gonzales no le parecía que la situación fuera agradable en absoluto. Aquella mañana quiso ponerse guapo para cumplir la misión que le habían encomendado, pasar el día viajando con Sofia Frisk, de la brigada criminal de Borås. Así que se enfundó su cazadora de cuero, moderna pero demasiado fina. Además, llevaba vaqueros, con lo que se le estaba congelando el trasero en aquella silla de jardín, pese a que le habían proporcionado una manta y un cojín mullido. Por no hablar de cómo tenía los pies, que las zapatillas empapadas no podían proteger. De entrada, habían perdido la sensibilidad.

—Imagínate vivir aquí. Qué lujo despertarse cada mañana y ver este paisaje.

Sofia se retrepó y paseó la mirada por las islas. Se diría que un gigante las hubiese plantado de forma arbitraria en el lago Frisjö, que resplandecía al sol a los pies de la terraza.

La anfitriona apareció abrigada con un anorak y traía una bandeja con tres tazas y un bizcocho.

—Así que no tenéis frío —constató retórica, y Frisk negó con tanta vehemencia que sus gafas de escarabajo saltaron sobre la nariz.

—Bueno, justo estaba comentando que tiene una vista magnífica desde aquí. Es increíble que, después de recorrer tantas carreteruchas, se encuentre uno con un lugar como éste.

«Dios mío, qué exagerada es».

—Sí, ¿verdad que es bonito? —Anette Persson sonrió satisfecha y bien abrigada con el anorak—. Cuando nos jubilamos hace apenas diez años, no nos apetecía seguir viviendo en Borås. Queríamos vivir en el campo y, bueno... Teníamos este terreno, que me había dejado mi padre. El enclave es maravilloso, pero el primer invierno lo



pasamos un poco angustiados. Está muy apartado.

—La mayoría de las viviendas son residencias de verano, ¿no?

Gonzales se lanzó al ataque del bizcocho, ya que nadie más parecía querer hacerlo.

—Sí, prácticamente todas —asintió Persson—. De camino hacia aquí habéis pasado por la casa roja de los Tranström, la que está sobre la colina. Ellos viven ahí todo el año. También hay una pareja joven que se acaba de mudar, algo más allá de la casa de Bart. Parece que el camino se acaba, pero no es así. Tienen un comercio pequeño en Borås. Se llaman Berntsson. Y luego estaba Bart, él también vivía aquí todo el año. Una historia espantosa. No puedo creerlo.

—¿Conocía usted bien a Bart?

—En absoluto —respondió subrayando su negativa con un gesto de la mano—. No lo conocíamos de nada. Creo que, en realidad, sólo hablamos un par de veces. Es extraño cuando se vive tan cerca, pero... Era de esas personas que nunca invitan a nadie, no sé si me explico. Bueno, tampoco es que nosotros tengamos mucho contacto con los vecinos. Una va a lo suyo y echa una mano cuando es preciso. Si es que llega a serlo. Mientras construíamos la casa, fuimos a pedirle agua un par de veces, pero... Tampoco era particularmente hablador...

—¿Nunca entraron en su casa? —preguntó Gonzales.

Persson pareció sorprendida.

—Bueno, cuando fuimos a pedirle agua. Ernst entró con él en la casa... Según dijo, lo tenía todo muy sucio.

La mujer pareció recapacitar.

—Sí, por cierto. Nuestra caldera nos dio problemas hace un par de años, entonces él vino a ayudar a Ernst. Fue Anders, un conocido nuestro, quien nos dijo que a Olof se le daba bien reparar toda clase de aparatos. Anders tiene una empresa de fontanería y, además, es propietario de un edificio de almacenes en las afueras del pueblo, Olof le alquiló uno el año pasado y por eso se conocían.

—¿Anders?

Frisk sostenía el bolígrafo sobre el bloc de notas.

—Sí, Anders Franzén, con zeta. Vive en la calle Nyponvägen, número trece.

—Gracias. ¿Podría decirme si se ha acercado a la parcela de Bart después de lo ocurrido?

Anette Persson se ruborizó hasta las cejas.

—Bueno, Ernst se dio una vuelta. Lógicamente, nos preguntábamos qué hacía allí la policía, pero entonces ya se habían llevado el cadáver.

Frisk miró largo rato y en silencio a Gonzales, que asintió pensativo, con lo que consiguieron poner a la señora Persson aún más nerviosa, quizá lo suficiente para que dijese lo que al parecer ocultaba.

—¿Se le ocurre quién le haría algo así a su vecino?

—¡Ni idea! Como ya he dicho, no lo conocíamos.

Gonzales se puso de pie con la intención de activar la circulación sanguínea de sus piernas prácticamente congeladas, pero también para mirar al otro lado del seto.

—Por este camino sólo conducen ustedes, Bart y la pareja que se acaba de mudar, ¿no es así? Y luego se termina, ¿verdad?

Persson asintió y, de repente, pareció advertir que tenía una taza de café en la mesa. Estaría frío, pero le dio un sorbo con cuidado y miró a Gonzales preocupada.

—Es importante que lo piense detenidamente, señora Persson. ¿Vio algún coche o a alguna persona desconocida o algo extraño antes de que hallaran muerto a Bart?

La señora Persson respiró hondo, dando a entender que la situación la incomodaba.

—Yo me acababa de despertar y estaba muy cansada. Aún estaba oscuro. Pero vi un coche que no reconocí. Y vi que se dirigía a la casa de Bart.

—¿Cuándo?

—Bueno, la misma mañana en la que vino la policía. Eran cerca de las cinco de la mañana, lo sé con certeza porque esa noche tenía insomnio y acababa de mirar la hora.

—¿Observó algo más? ¿El color del coche?

Persson suspiró.

—No sé de qué color era, ya digo que estaba oscuro y además... —la señora Persson frunció el entrecejo—. El coche llevaba... ¿cómo se llama?... ¡Ah, sí! Llevaba puestas las luces antiniebla. O las de emergencia, no sé. Pero apenas se veía el camino. Lo recuerdo porque me pareció raro.

—¿Que llevara las luces?

—Todo. La hora, en particular. Bart no solía recibir visitas. Y además, el coche no hizo el menor ruido. Creo que debió de bajar la cuesta con el motor apagado, si no se habría oído. Y esa mañana apenas oí nada. Había un silencio casi total y sólo oí un crujido en la grava que se me antojó fantasmal.

La mujer se encogió de hombros con cierta desesperación.

—Pues nada. Me fui a la cama, me puse los tapones y conseguí conciliar el sueño. Utilizo tapones porque Ernst ronca demasiado —aclaró aliviada por la cotidianidad tranquilizadora del tema de conversación—. Estuvimos durmiendo hasta las nueve, si no recuerdo mal.

Una ráfaga de viento arrancó una sombrilla enorme que, por alguna razón, estaba abierta en el extremo opuesto del porche. Voló a lo largo de la barandilla. Gonzales consiguió esquivar la barra por muy poco.

—¡Dios mío!

Anette Persson se levantó como un rayo. Se disculpó por la amenaza del mueble

volante, aunque pareció acoger la interrupción con gratitud.

—Empieza a hacer demasiado frío para estar sentados aquí fuera —dijo invitándolos a entrar en la sala de estar. Frisk percibió un claro olor a alcohol al verse cerca de Anette Persson, que quizá por esa razón les había propuesto sentarse fuera. La mujer se cubrió la cara con ambas manos, como si acabara de comprender que, sin saberlo, había estado a pocos metros del asesino.

—No tuve más remedio que... ¡Oh, es todo tan horrible! —exclamó rompiendo a llorar tapándose el rostro con las manos—. ¿Cómo vamos a seguir viviendo aquí, en medio del bosque, después de lo que ha ocurrido? Nunca podré...

El llanto ahogó sus palabras y Frisk le pasó la mano por la espalda.

—Me imagino que habrá sido muy duro para ustedes, pero el modo en que se cometió el asesinato nos hace pensar que el asesino conocía a Bart y quería verlo muerto. No tiene nada que ver con ustedes, señora Persson. No hay nada que temer.

—Ha dicho que el coche era oscuro, señora Persson —apuntó Gonzales pasando por alto la mirada que le lanzó Frisk, que parecía querer decirle que la mujer necesitaba un respiro—. ¿Está segura, era de color oscuro?

Anette Persson levantó la mirada anegada en llanto y pareció recapacitar.

—Creo que sí —dijo al fin—. Estaba oscuro, ya digo, pero creo que si hubiera sido blanco o de un color claro lo habría visto. Diría que era negro o azul oscuro.

—¿Y por casualidad no vio la clase de modelo que era?

Anette Persson pareció sorprendida.

—Sí, claro. Era como uno que tuvimos antes de comprar el Berlingo. Un jeep. Un Grand Cherokee. Parecía nuevo.

\* \* \*

Antes de abandonar la zona por otra más urbana, subieron a la colina y llamaron a la puerta de los Tranström, aunque sabían que el comisario Björkman ya había hablado con ellos. No estaba de más indagar de nuevo, por si algo les hubiera refrescado la memoria. Sin embargo, no había nadie en la casa.

Gonzales dio una vuelta alrededor del edificio, pisó la capa superior de hielo del estanque y volvió a empaparse las zapatillas Adidas, que ya habían empezado a secarse. No se veía luz en ninguna de las ventanas.

Abandonaron Stråviken, el resto de cuyas viviendas eran cabañas de verano cerradas a cal y canto y con las ventanas cubiertas de escarcha. Frisk echó el asiento hacia atrás y puso los pies sobre el salpicadero mientras Gonzales —con calma y tranquilidad— conducía hacia Borås, a la tienda de los Berntsson. No había necesidad de cargar las tintas: la profesión ya entrañaba bastantes situaciones de peligro que podían hacerle a uno sentirse amenazado de muerte como para, además,

correr el riesgo de perder la vida en un accidente de tráfico.

«Tenemos tiempo de sobra», se dijo Gonzales. La inspectora Frisk fingió unos ronquidos de aburrimiento, pero a él no le importó.

\* \* \*

Maja Berntsson estaba colgando el cartel de *vuelvo enseguida* en la puerta cuando llegó su marido.

Gonzales pensó que el hombre parecía algo sobresaltado, aunque eso no tenía por qué significar nada. Sabía mejor que nadie que la gente solía asustarse cuando tenía que hablar con la policía. Buena parte de los amigos que había conocido en la adolescencia habían elegido la senda criminal.

El hecho de que Sigvard Berntsson perteneciera a la clase de personas que Gonzales detestaba no contribuyó a suavizar su juicio sobre aquel tipo, que con toda seguridad duplicaba en edad a su esposa. Sólo eso, ya era suficiente. Le cubría la cara y el pecho una larga barba pelirroja y rizada pero, pese a su aspecto sospechoso, le estrechó la mano con firmeza.

Por desgracia, Sigvard y Maja Berntsson no creían tener nada que aportar a la investigación, ya que su dormitorio daba al bosque y no a la parcela de Bart. La noche de autos se habían desvelado en un par de ocasiones. Sigvard le recordó a los policías que su casa era la última del camino y que nadie que utilizara la entrada de Bart tenía motivos para pasar por ella, como ya sabían.

—Yo fui al baño justo después de medianoche —dijo Maja Berntsson tras hacer memoria un instante—. Recuerdo la hora porque apagué el vídeo, que había dejado grabando una película. Y también me desperté al amanecer, pero entonces Olof Bart aún estaba vivo, porque hacía bastante ruido.

El marido frunció el entrecejo.

—Ah, pues de eso no me dijiste nada.

Ella lo miró benevolente.

—Pero si lo sabes, incluso te desperté con mis quejas, sólo que tú te diste la vuelta y te volviste a dormir. Además, la cosa no merecía más comentario —se dirigió de nuevo a Gonzales—. Tampoco era extraño que Olof se levantara temprano y pusiera en marcha alguno de los motores que arreglaba, a veces nos irritaba bastante, sobre todo los fines de semana, cuando uno sólo desea paz y tranquilidad.

—Entonces, ¿qué hora era?

—Bueno... no lo sé con certeza. Supongo que las cinco o las seis. Casi siempre se levantaba con el gallo.

Frisk le lanzó a Gonzales una mirada elocuente.

—¿Puedes contarnos algo más, Maja? ¿No oíste voces? Piénsalo bien.

Miró a Frisk con incertidumbre al tiempo que negaba con la cabeza.

—No... estaba adormilada y sólo estuve levantada unos minutos.

Frisk dejó su tarjeta de visita sobre la mesa.

—Vale. Es importante que me llames si te acuerdas de algo más. Sea lo que sea. Va por los dos.

Sigvard Berntsson aún parecía más confundido que conforme.

—Hay una cosa... —dijo pensativo cuando los policías estaban a punto de irse—. El martes estuve hablando con Olof. Fue una conversación normal y corriente, aunque no era nada corriente que hablásemos, no sé si sabéis a qué me refiero, era un hombre solitario pero... quiero decir que entonces no vi nada extraño, pero a la luz de lo sucedido...

—¿De qué hablasteis? —preguntó Frisk animándolo al tiempo que cruzaba las manos encima de la mesa.

—Olof vino a verme cuando yo estaba cortando leña y, por una vez, parecía... interesado. Como si quisiera algo en particular. Comenzó a hablar de diferentes alarmas para la casa y sobre el tipo que uno debía o no debía comprar. Creo que no le presté mucha atención, si te soy sincero, no me interesa especialmente esa falsa seguridad, ya sabe, los capitalistas se aprovechan del miedo de la gente, pero, en fin. El caso es que terminó la conversación sugiriendo que nosotros, se refería a los vecinos, deberíamos ayudarnos a vigilar nuestras viviendas. De robos y cosas por el estilo, o al menos, eso entendí yo. Aunque claro, se podía referir a otra cosa.

—¿Quieres decir que estaba preocupado por algo?

—Sí, como si tuviera un presagio de lo que iba a suceder. Como si contara con la posibilidad de que viniera un asesino.

## Capítulo 30

Tras el análisis constataron que la bala que atravesó la cabeza de Olof Bart procedía de la misma arma que había matado a Lars Waltz, con lo que pudieron establecer que el asesino fue el mismo en ambos casos.

El comisario Björkman y la inspectora Frisk de Borås se acomodaron en la sala de reuniones de la brigada criminal de Gotemburgo para celebrar la primera reunión conjunta.

En un principio, Tell se sorprendió de que Björkman no hubiera enviado a uno de los ayudantes involucrado en la investigación. Al acudir él mismo, venía a engrosar el ya nutrido grupo de comisarios. Estaba distraído preguntándose si la obsesión de Björkman por el orden con los años se habría convertido en una marcada necesidad de control, y, en ese caso, qué tipo de jefe sería. Por otra parte los compañeros que estaban bajo su mando, y que él conocía, parecían apreciar a su jefe. Tenía que admitir que sus prejuicios contra la policía de las ciudades pequeñas no se habían cumplido, por lo menos hasta el momento. Si es que podía decirse que Borås fuese una ciudad pequeña.

Östergren había solicitado una reunión con los dos comisarios para saber cómo pensaban continuar. En efecto, de forma totalmente inesperada, aquellas dos investigaciones de asesinato habían tomado un nuevo rumbo y requerían, por tanto, un nuevo modo de proceder. Quizá se tratase de una idea estratégica del nivel superior de la dirección para que los jefes participaran desde el inicio en esta nueva investigación.

—Tenemos que decidir si debemos hablar con la prensa —les dijo Östergren.

Tell suspiró, pues esperaba oír aquellas palabras.

—Los medios ya tienen una idea de lo ocurrido, aunque, a juzgar por la noticia tan confusa que se publicó en el diario *Göteborgs Posten* sobre el asesinato de Olofstorp, no conocen los detalles. La cuestión es si no ganaríamos más informando sobre el caso, a fin de evitar las especulaciones mediáticas.

\* \* \*

Todos los colaboradores se encontraban en la sala de reuniones. Tell tomó la palabra, puesto que estaban en su distrito.

—Parto de la base de que todos sabéis por qué estamos aquí reunidos, por lo tanto, no pienso andarme con formalidades y repetirlo, ni siquiera para que conste en acta. También creo que todos —se dirigió principalmente a los policías de Borås— habéis estudiado el material de los interrogatorios relacionados con el asesinato de Olofstorp, así como los informes de la policía científica y los del forense.

Björkman y Frisk asintieron.

—Por lo tanto, propongo que expongáis vuestros avances y, una vez reunidos todos los datos, haremos una primera valoración.

Björkman asintió y colocó con pulcritud el montón de folios que tenía delante.

—Bueno, veamos. A Olof Bart lo asesinaron con la misma arma que a vuestro hombre, eso ya lo hemos comprobado. Tras un examen exhaustivo del lugar del crimen hallamos la bala, pero nada más. Al parecer, el asesino no se bajó del vehículo. En cambio, según el informe forense, la ejecución no se desarrolló siguiendo los planes exactos del asesino, como sucede en vuestro caso. La marca que Bart presentaba justo encima del ojo izquierdo indica que el asesino apoyó primero el arma contra la cabeza de la víctima. Sin embargo, el disparo se realizó a medio metro de distancia. Seguramente el asesino le apuntó y apretó el cañón de la pistola contra su cabeza para poder atarlo, pero Bart consiguió liberarse. El asesino pudo disparar mientras estaba sentado en su coche.

—Eso es muy raro —observó Gonzales—. El que no pueda estar a más de un metro de su coche. O es un vago de mierda o tiene algún tipo de minusvalía.

—Sí, es posible —admitió Björkman pensativo—, pero también es posible en ambos casos que el asesino saliera del coche, sólo que no dejó ninguna huella tras de sí. Como sabemos, ese día estuvo diluviando.

Todos los presentes asintieron visiblemente consternados: la lluvia era una de las peores pesadillas de la policía científica.

—Además de la sangre, hay restos de pintura en la chapa metálica abollada de la pared. Seguramente, podremos averiguar de qué clase de pintura se trata. También tenemos huellas de neumáticos. El suelo estaba embarrado por completo, pero en un par de sitios se pudieron sacar unos moldes bastante buenos. Ya volveré sobre esto más adelante.

Tomó aire y lo dejó salir por la comisura de los labios con un silbido.

—Como ya he dicho y si me lo permitís, el asesino tuvo mala suerte. El disparo no fue mortal, por lo menos no en un primer momento. El proyectil entró por la nariz y salió por detrás de la oreja, sin pasar por el cerebro. Bart habría sobrevivido con toda seguridad. Tendría una pinta espantosa pero, a menos que hubiera muerto de frío o desangrado, seguiría vivo. Como sabéis, el asesino prefirió asegurarse, de ahí que lo atropellara también.

Hojeó de nuevo sus papeles.

—El asesino atropelló a la víctima sobre el césped y le disparó delante del coche frente al garaje. Cuando el hombre estaba medio muerto contra la pared, el asesino aceleró y... bueno, podría decirse que le reventó los órganos internos que aún tuviera intactos. El asesino dio marcha atrás y arrastró a la víctima un par de metros... hasta el lugar del césped donde fue hallado el cadáver. Creemos saber la hora a la que esto

ocurrió. Según la estimación de nuestro forense, fue entre las cuatro y las seis, y, según el testimonio de la vecina, Anette Persson, que al parecer padece de insomnio y se levantó de madrugada, eran las cinco menos cuarto cuando vio un jeep desconocido pasar cuesta abajo, en dirección a la casa de Bart. Creo que podemos suponer con cierto grado de seguridad que se trataba del asesino.

Sofia Frisk carraspeó.

—Además, a los Berntsson, los otros vecinos, los despertaron temprano unos ruidos procedentes del jardín de Olof Bart —observó—. Entre ellos, el de un motor en marcha. Maja Berntsson creyó que Bart habría madrugado y ya habría empezado a trabajar, lo que al parecer solía hacer con frecuencia, pero también es posible que estuviese oyendo el asesinato.

—¿No es extraño que no oyera nada más? Me refiero a gritos, por ejemplo —intervino Karlberg.

Björkman se encogió de hombros. Levantó la mirada, pero nadie tenía más preguntas sobre la causa de la muerte. Sacó un documento de una funda de plástico de color rojo y se puso las gafas, antes de continuar.

—Bien, encontraron el cadáver, como decía. Lo encontraron David Jansson y Klara Päivärinta, dos jóvenes que estaban dando un paseo. Su perro salió corriendo y comenzó a ladrar. Al parecer llegó hasta el cadáver y... en fin, no sé. Según el chico, el perro tenía el morro lleno de sangre. Lo primero que pensó fue que le habría mordido algún animal.

Björkman se estremeció al imaginar una escena tan desagradable.

—Llamaron directamente a la policía. Los inspectores de Kinna tardaron unas dos horas en llegar.

Un par de colegas asintieron sonrientes: habían captado el chiste.

—¿Los interrogaron? —quiso saber Tell, que no pensaba prestar atención a ningún tipo de humor corporativo.

—Los jóvenes estaban conmocionados, claro. Y sí, los interrogaron en el lugar de los hechos, pero no tenían mucho que decir. No vieron ni oyeron nada, aunque tampoco es de extrañar. Eran las tres o las cuatro de la tarde cuando dieron la alarma.

Björkman comenzó a remover sus papeles de nuevo, mientras Frisk aprovechaba para añadir:

—Michael y yo hablamos con Anette Persson. Además de la hora exacta, también nos pudo indicar el modelo del coche: un Jeep Grand Cherokee bastante nuevo...

—Un Grand Cherokee, sí —la interrumpió Tell.

Frisk carraspeó.

—Por lo visto, ellos habían tenido uno igual, por eso estaba tan segura. No lo estaba tanto del color, aunque creía que era negro o azul. Y otro dato: Sigvard Berntsson recordó que, poco antes de morir asesinado, Bart parecía preocupado.



Estuvo hablando con él de comprar alarmas para el hogar y de organizar patrullas ciudadanas entre los vecinos, como si tuviera un presentimiento.

Björkman asintió pensativo y pasó a comentar el interrogatorio a los vecinos más próximos.

—Hay otra casa por la zona que está habitada todo el año, la del señor y la señora Tranström. El día del crimen estaban de viaje. Sin embargo, informaron de que una semana antes vieron en el pueblo a unos inmigrantes que conducían un coche deportivo y les resultó extraño.

Björkman hizo un gesto significativo que los colegas de Gotemburgo captaron enseguida.

—Vale —Tell retomó la palabra—. Seguiremos interrogando a los vecinos. La consigna es trabajar a partir del lugar del crimen.

Se puso de pie para ir escribiendo en la pizarra.

—Es decir, tenemos a un posible asesino con un Grand Cherokee. No puede haber tantos.

—No, teniendo en cuenta lo caros que son —añadió Karlberg.

—Lo que significa que nuestro asesino es de clase alta. Un político o un pijo —dijo Beckman, a lo que Bärneflod añadió:

—O un mecánico.

—Concentraos —les advirtió Tell—. Buscad en el registro nacional de tráfico a todos los propietarios de un Grand Cherokee. Comenzad por los de color negro y azul oscuro. Empezaremos por los de Gotemburgo y Borås, luego iremos ampliando al resto del país.

—¿Dónde estableceremos el límite? —preguntó Frisk.

—Aún no lo sabemos —respondió Tell.

Björkman alzó la mano.

—Un momento. Existe un detalle relacionado con las huellas de neumático sobre el que quiero insistir. Cuando menos, resulta irritante. Los moldes muestran que las huellas de los dos escenarios no corresponden al mismo coche. O mejor dicho: no pertenecen a las mismas ruedas.

Todos permanecieron en silencio, reflexionando sobre lo que acababan de oír.

—Pero, según nuestros expertos, las huellas proceden de un modelo de vehículo pesado, como un jeep —protestó Gonzales.

—Sí. Hemos hablado con un fabricante de neumáticos que ha reconocido el modelo específico de los moldes tomados en la casa de Olofstorp —dijo Tell—. Además, tenemos la distancia exacta entre las ruedas. Puedo añadir que el Grand Cherokee también se ajusta a nuestro caso.

Dicho esto, arrojó el bolígrafo sobre la mesa con cierta frustración y lo dejó rodar hasta que cayó al suelo.

—Pero ¿eso qué significa? ¿Acaso no se trata del mismo asesino? ¿O quizá cambió de coche y llevaba otro del mismo modelo? ¿O que le cambió las ruedas? —preguntó Karlberg.

—Es el mismo asesino, el arma es la misma —intervino Beckman.

—Joder —murmuró Tell—. Vale, de todos modos, comprobaremos el registro de tráfico —reflexionó, antes de añadir—: Teniendo en cuenta esa información, investigaremos también las compañías de alquiler de coches de la zona que tengan en su flota modelos de Jeep Grand Cherokee. Procederemos del mismo modo. Partimos del centro e iremos ampliando el radio. Controlad si las compañías de alquiler tienen cámaras de seguridad, en ese caso las grabaciones podrían sernos útiles.

Se sintió un tanto desanimado, pues notó que no era fácil continuar con el mismo entusiasmo, pero enseguida cuestionó aquella actitud, que consideraba poco profesional. A decir verdad, habían conseguido más información de la que cabía esperar al comienzo de una investigación. Tenían la hora exacta y el modelo de vehículo utilizado. Aun cuando no se tratase del mismo coche en ambos asesinatos, podían relacionar uno de los vehículos con una de las muertes gracias al particular desgaste de los neumáticos y, comprobando el registro de tráfico, las compañías de alquiler de vehículos o los datos de los testigos, quizá pudieran relacionar el coche con el asesino. Y finalmente dar con el responsable de ambas muertes a través del arma homicida.

Y así recobró el ánimo.

—La forma de proceder es la misma, el arma también. Debemos encontrar un denominador común entre Lars Waltz y Olof Bart. Para ello, necesitamos examinar los antecedentes de ambos. Como sabéis por los informes, en el caso de Waltz hemos progresado bastante. Tendremos que hacer lo propio con Bart. El objetivo debe ser hallar algún punto en el que el camino de estos dos hombres se haya cruzado. ¿Alguna idea así, sin más?

—Tienen la misma edad —dijo Beckman y Karlberg asintió.

—Waltz es dos años mayor.

—Quizá crecieron en la misma zona. O fueron a la misma escuela.

Björkman negó con un gesto.

—Lo único que tenemos claro hasta ahora es que Olof Bart ha sido Olof Bart sólo durante... diez años. Cambió de nombre en 1997. Hasta entonces se llamaba Pilgren. Extraño, ¿no? No hemos podido localizar a ningún familiar, por ahora. Los padres murieron. Parece que tiene una hermana mayor, Susanne Pilgren, aunque lleva años sin dirección fija. Al parecer es una drogadicta declarada. Pero cuando Bart, seguiremos llamándolo así, era niño su familia vivía en Gotemburgo. En Angered, para ser exactos —se rascó la cabeza—. Parece que lo pasaron mal. Sabemos que la hermana quedó bajo la tutela de Asuntos Sociales, pero ahí se acaba el rastro, ya

sabéis, la confidencialidad y mierdas por el estilo. Si queremos conseguir más información, necesitaremos una orden.

—Bien, Björkman, es suficiente —dijo Tell—. Alguien tiene que remover el historial social de Bart, si es que aún existe, y controlar a la familia en general, madre, padre, posibles casas de acogida, correccionales, estancias en la cárcel, lo que sea. Yo me puedo encargar de ello. Si la cosa se complica desde el punto de vista burocrático, recurriré a Östergren —añadió para sí mismo—. Y ya que estamos con el reparto de tareas, Karlberg, tú puedes hablar con el tipo que compartía local con Bart. Y tú, Bärneflod, para empezar te puedes ocupar de localizar el coche en el registro de tráfico. Comprueba también si hay alguna empresa de transportes que realice servicios por la posible ruta del asesino y en ese caso consigue la ruta de los conductores. Alguno pudo haber visto a nuestro hombre en una gasolinera o en un área de servicio, por ejemplo. Y también las compañías de taxis que hayan trabajado en la zona. Ocurrió a una hora intempestiva del día, seguro que no había mucha gente en la calle. Por supuesto, no olvides a los dependientes de las gasolineras y restaurantes, sabemos que conducía un Grand Cherokee oscuro. Quizá pusiera gasolina o comiera durante el trayecto. Las cámaras de vigilancia también pueden ser de gran ayuda. Bueno, como siempre, nos tendremos que amoldar a la cantidad de efectivos que podamos asignar, ya sabéis que también hemos de ocuparnos de otros casos. Sencillamente aprovechemos las circunstancias, puesto que ahora contamos con más recursos. La policía de Angered y creo que la de Kinna también están, en parte, a nuestra disposición. No obstante, contad con que nos esperan un par de días de mucho trabajo. Hablaré con Östergren para saber de cuánta gente disponemos.

Tell se apresuró a decir esto último al ver que la angustia de Bärneflod iba en aumento.

—Comenzaremos así. Aún es pronto para hablar del móvil. Antes necesitamos tener una idea clara de quién era la víctima número dos y conocer su relación con la número uno. Pero partiremos de la base de que el asesino tenía algún tipo de relación con ambas.

Alargó el brazo para coger una botella de agua mineral con gas de la máquina expendedora, la última adquisición de la comisaría en su proceso de modernización repentina.

—¿Preguntas?

—Sí. ¿Por qué?

Preguntó Frisk.

—¿Por qué? —repitió Tell con cara de tonto.

—Sí, ¿por qué tenemos que partir de la base de que el asesino tenía relación con las víctimas?

Por un instante, la mesa quedó en completo silencio. Karlberg se inclinó para

coger una cajita de tabaco de mascar que alguien había olvidado sobre la mesa. La abrió y se contentó con olerla. A veces bastaba con eso.

—Porque la otra opción es que nos hallemos ante un maníaco que mata al azar. Desde un punto de vista puramente estadístico, todos sabemos lo raro que es que no exista relación alguna entre la víctima y el asesino. Además, no concuerda con la forma de proceder ni con las pistas. O mejor dicho, con la ausencia de pistas.

Beckman asintió.

—Exacto. Un loco habría dejado más pistas. Además, el procedimiento indica que el asesino actuó con demasiado... odio, diría yo, para considerarlo un acto impulsivo. Quiero decir que a ambos les dispararon y los atropellaron no una sino dos veces: a uno le pasaron por encima del cuerpo con el vehículo y al otro lo aplastaron contra la pared. Todo apunta a...

Guardó silencio y Tell la apremió.

—¿Apunta a qué?

Ella se encogió de hombros, ruborizada ante la atención de que era objeto. Aún no había madurado su hipótesis.

—No estoy segura, pero creo que todo apunta a una rabia posiblemente motivada por un agravio antiguo. La verdad es que, en un primer momento, pensé en algo de carácter sexual, pero no puedo explicar por qué.

—¿Quieres decir que los crímenes los cometió una mujer? —dijo Gonzales.

—No, no me refería a eso. Es sólo que yo creo que había un odio inmenso detrás de esos crímenes. Se necesita mucho tiempo para acumular tanto odio y, normalmente, se dirige contra una persona que significa algo para ti. Creo que cualquier experto en perfiles estaría de acuerdo conmigo —dijo ella y no se le escapó la mirada elocuente que Bärneflod le lanzó a Karlberg que, por suerte, no hizo ningún comentario.

—Sí, creo que estás en lo cierto. Y a eso me refería al decir que debíamos partir de la base de que la víctima y el asesino se conocían —Tell se volvió hacia Frisk—. Pero estoy de acuerdo contigo. Es evidente que no podemos descartar ninguna alternativa. No nos limitaremos a una hipótesis mientras no tengamos pruebas que la confirmen. Ha sido una buena observación.

Y así terminó su intervención, convencido de ser un jefe excelente: pedagógico, atento, generoso, constructivo.

## Capítulo 31

1995

No acababa de poner el pie en la estación central de Borås cuando notó que le dolía el estómago. Había tomado un tren anterior a lo acordado y no esperaba encontrar en el andén ninguna cara conocida. En efecto, salvo un hombre mayor con gabardina y gorro de pescador, no había un alma. Compró en el quiosco un par de plátanos y una botella de agua mineral con la esperanza de calmar lo que su madre solía llamar «los nervios del estómago», que se rebelaban contra las numerosas tazas de café ingeridas en el vagón restaurante. Se había pasado viajando todo el día.

Una chica de su clase se había ofrecido a llevarla a la estación aquella mañana, muy temprano. My se decidió en el acto, metió un poco de ropa en la mochila y le garabateó unas líneas a Caroline, que aún dormía. «Me voy a la estación por mi cuenta, nos vemos el domingo por la noche. ¡Besos!». Sabía que la jovialidad del mensaje era una manera de ocultar la verdadera razón de la alegría indescriptible que le causaba abandonar Stensjön enseguida. Deseaba ser libre, aunque sólo fuera por un par de días. Deseaba demostrarse a sí misma que aún podía arreglárselas sola. Deseaba tener una oportunidad de echarla de menos, como al principio de su relación.

En efecto, hablar de la necesidad de libertad con Caroline resultaba inútil y, cada vez que lo intentaba, terminaba desesperada y condenada a sus largos silencios y a sofisticados actos de venganza. My no se había percatado hasta el momento de que sus ansias de libertad eran proporcionales al dolor que le causaban a Caroline; se había adaptado a la situación, a pesar de que volvía a experimentar un deseo que, en ocasiones, se convertía en un auténtico suplicio.

Por lo demás, podría creerse que la gastroenteritis se debía a la ciudad, al color plomizo que envolvía la estación de Borås y a su entorno sin vida. Los nervios del estómago —el nudo— eran una constante en su relación con Solveig, su madre. Pobre Solveig.

El dolor de barriga había formado parte de su adolescencia, siempre vinculado al sentimiento de culpa. Esa culpa constante y turbadora que nunca logró explicarse de forma racional, pero que no por ello dejaba de estar siempre presente. Desde muy niña, tuvo claro que debía compadecer a su pobre madre. A lo largo de los años, la culpa se confundió con la rabia que la propia culpa le inspiraba. Y el amor llegó a confundirse con la rabia que le inspiraban quienes vivían y se alimentaban de la culpa de los demás.

Ninguna terapia de conducta del mundo podría remediar el nudo perfecto que se le ponía alrededor del cuello y que se iba cerrando en cuanto ella dejaba la puerta entreabierta.

Enseguida sintió aquel olor familiar. Estaba incrustado en las personas que

habitaban la casa, en sus desavenencias, en los muebles de madera de pino del vestíbulo, en el sillón con tapicería de Laura Ashley que su madre había ganado en un concurso de la revista *Damernas Värld*. Las vibraciones, ese excelente sexto sentido, le decían que debería gritar para avisar a Solveig de su llegada. No debía sorprenderla entrando en su habitación sin avisar.

Se le ahogó el carraspeo en la garganta y sólo emitió un murmullo imperceptible.

Solveig estaba en el dormitorio. My se quedó en la puerta esperando a que dejase de temblarle el cuerpo. Sabía que su madre había advertido su presencia.

—Hija mía —dijo Solveig volviéndose hacia My con los ojos anegados en llanto. Apretó la mejilla húmeda contra la mano de su hija, fría y blanda como masa de pan en una bolsa de plástico—. Mamá sólo está un poco triste —My recordaba de sobra aquellas palabras de su infancia—. Pero ahora que has venido ya estoy bien.

Dejaron los platos de la comida en la cocina y pasaron a la sala de estar. Solveig había comprado refrescos y patatas fritas y preparó palomitas en el microondas. En la tele ponían una comedia romántica. Para poder verla desde el sillón giratorio, arrumbado en un rincón, puesto que Sebastian solía ver la tele en su habitación, tuvieron que mover una peana y pegar a la pared una mesa auxiliar.

El salón era mucho más pequeño que el de Rydboholm, pero a Solveig le costaba deshacerse de los muebles. Y mientras los recolocaban, mencionó varias veces que le faltaba espacio.

My la reconfortaba con paciencia una y otra vez.

—Es lo mejor que has podido hacer, mamá, sin duda. Está claro que lo mejor es que vivas en el centro.

—¿Ahora que Sebastian no tardará en mudarse? ¿Ahora que me voy a quedar sola? Echo de menos todas mis cosas. Tengo un trastero lleno de muebles en el desván y echo de menos el suelo de parqué. Este no es parqué auténtico. En realidad, ¿para qué quiero yo vivir en el centro? Si siempre estoy en casa. Desde luego, debería haber invertido dinero en comprarme una casa.

—En primer lugar, Sebbe sólo tiene quince años, aún falta para que se vaya de casa. Además, por tu propio bien, deberías buscarte un entretenimiento para cuando no tengas a quien cuidar. Un hobby, algo.

Su madre la miró con desprecio.

—¿Como qué?

—No sé. Clases de baile, quizá. O estudiar idiomas.

My se encogió de hombros, no tenía fuerzas para entregarse a una conversación tan manida. Sabía que era inútil. Su madre resopló enfurruñada, cogió el paquete de cigarrillos y el encendedor y se fue a la silla de madera que había junto a la ventana. La dejó entornada y echó el humo por la rendija. Observaba el exterior con aire preocupado.

—Qué oscuro está todo... Dicen que van a poner farolas en esta calle —dijo en un murmullo apenas audible—. Para que las mujeres puedan caminar tranquilas, sin miedo a los violadores y otros indeseables. Como si eso sirviera de algo.

Entornó los ojos.

—Apaga la luz para que vea bien la calle.

My se puso a su lado. Ambas observaron en silencio a un paseante nocturno que, solitario, caminaba con su perro.

—Estás preocupada por Sebbe, ¿es eso? —preguntó My al fin.

Solveig asintió y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas sin que ella pareciera advertirlo.

My lanzó un suspiro.

—¡Mamá! No son más que las ocho y media. ¿No iba a una fiesta?

—¡Yo no le di permiso! —gritó Solveig con la cara desencajada por el llanto. Aspiró el humo con tanto ímpetu que empezó a toser y tuvo que agachar la cabeza y tomar aire.

A la luz de la lámpara de pie, My vio que el cabello de Solveig tocaba el suelo. Tenía las puntas abiertas. Y la cabeza llena de canas. ¿Desde cuándo tenía canas?

—Tú misma lo dijiste, My —la voz de su madre sonó diferente cuando las palabras rebotaron en el suelo—. Sólo tiene quince años. Indeseables, ésa es la clase de gente que va a las fiestas de los motoristas. Esta noche no voy a poder dormir sin pastillas. No creo que pueda soportarlo —Solveig se incorporó y se golpeó una oreja con la palma de la mano—. Maldad. Se llama Evil. Maldad.

—¿Fiesta de motoristas? ¿Dónde?

—Creo que es en Frufällan.

—Evil Riders. Sí, tienen un local por allí. Conozco a gente que ha pertenecido a ese club.

My sabía lo que se avecinaba. Se sentó en el sofá y se colocó un cojín en el estómago.

De pronto, le pareció ridículo. Y de hecho, se habría reído, si no le hubiese resultado tan patético al mismo tiempo: su madre y ella en aquel apartamentito agobiante, atestado de muebles, cada una con sus propios dolores psicossomáticos que, con toda seguridad, empeoraban cuando estaban juntas. Y Solveig pretendía que ella fuera a Frufällan, atravesando senderos en medio de la lluvia y el viento.

Señaló la oscuridad de la calle, como si debiese bastar ese argumento. De hecho, para ella era un argumento más válido que la vida y la libertad de Sebastian.

Solveig meneó la cabeza, indignada.

—¡Es tu hermano! Es sólo un niño y es tu obligación de hermana mayor ir a buscarlo. Por favor, My, bonita. Mis nervios no lo resisten... Puedes coger el autobús si te preocupa la lluvia.

My se arrepentía de haber ido a casa. Había anhelado alejarse de Stensjön y de Caroline, pero ese anhelo no era nada en comparación con lo mucho que ahora deseaba estar en cualquier otro lugar, lejos de su madre.

—Solveig —dijo a sabiendas de que su madre detestaba que la llamase por su nombre—. Vale. Sé dónde está. La parada queda muy lejos, así que no es buena idea tomar el autobús. Me imagino que sigues teniendo la bicicleta.

Solveig asintió, ya con una expresión más dulce. Apagó el cigarrillo en el cenicero abarrotado que había sobre la mesa de centro y se secó las lágrimas.

—Está en el sótano. Tendrás que inflar las ruedas, nadie la ha utilizado desde que te marchaste.

My asintió con una expresión de amargura.

—Pienso tomarme una copa de ese vino que guardas en la despensa mientras me preparo para congelarme el culo y para avergonzar a Sebastian delante de sus amigos.

No se sintió con fuerzas para mirar mientras Solveig encontraba el gesto que mostrara con la suficiente claridad hasta qué punto la había ofendido la alusión al vino que guardaba en la despensa, pues hacía un año que alardeaba de no beber a causa de sus «pastillas para el corazón». Al final, Solveig se relajó y no se preocupó de fingir nada. Ya había conseguido lo que quería de My, de modo que fue a buscar la botella de vino.

\* \* \*

Antes su madre era, si no más verosímil, sí más ágil para mentir, pensó My cuando, un par de horas después, pedaleaba por el carril bici escasamente iluminado en dirección a las afueras.

Era una ingenua. Creyó que las cosas habrían cambiado en casa sólo porque las circunstancias externas eran diferentes. Y en castigo por ello y por todo lo demás, se armó un lío fenomenal. La lluvia le golpeaba la cara y la frente le dolía de frío. Iba maldiciendo sin cesar. Al principio con moderación, amortiguando sus imprecaciones en la bufanda de lana, pero no tardó en ponerse a gritar su frustración a los cuatro vientos. Se diría que el temporal engullese las blasfemias en el campo abierto al que habían dado paso la zona industrial y los viejos almacenes.

Se sintió algo mejor cuando abandonó el carril bici en dirección al club de los Evil Riders. No habría debido preocuparse por si daría o no con el sitio: el camino estaba indicado con una señal iluminada por una bengala que había conseguido mantenerse encendida a pesar del viento y la lluvia. Tampoco corría peligro de perderse ya que el estrecho camino de grava parecía continuar eternamente, sin interrupción de cruces o edificios. Estaba oscuro como boca de lobo, sólo iluminado por la débil luz de la dinamo de la bicicleta. Era como si viajara hacia la nada sin



mapa ni compás.

Se había hecho tarde mientras se tomaba el vino, se vestía con ropa adecuada para el temporal y conseguía encontrar la bomba de su vieja bicicleta. Seguro que era cerca de medianoche. «Ojalá no tarde demasiado en llegar», se dijo. Podría dejar la bicicleta allí y volver a casa con Sebbe en su moto. La idea le infundió ánimos.

Pero sólo hasta que vio la luz del jardín del club al final de la carretera sinuosa, oscura y serpenteante. Oyó el ruido de un motor que se acercaba. Había dos coches y gente gritando. Se detuvo y pegó la bici al arcén para dejarlos pasar. Se oía música procedente del edificio. La puerta de entrada y algunas ventanas estaban abiertas de par en par, a pesar del frío. Un perro salió corriendo, levantó la pata e hizo sus necesidades en la fachada. El animal miró a My fijamente durante un instante, hasta que detectó en el suelo algún olor en el que concentrarse.

Justo después salió una chica, teñida de rubio, con botas y minifalda. A My le resultó ligeramente familiar. La chica llamó al perro y se puso en cuclillas para rascarle detrás de la oreja. Luego le hizo a My un gesto de asentimiento y volvió a entrar en el local. My se atrevió a cruzar la verja de la valla circundante. Apoyó la bicicleta contra la pared, junto a una enorme moto con sidecar.

Los músculos de la cara se le contrajeron antes de cruzar el umbral. Su máscara habitual se le adaptó como una fina membrana capaz de conseguir que las posibles humillaciones no le afectasen tanto o, al menos, que así lo pareciese.

Un hombre alto que bloqueaba la entrada con traje de cuero y una larga cola de caballo se perfiló en la puerta frente a ella. Cuando se apartó, My echó una ojeada al local lleno de humo.

No había iluminación, salvo la de las velas que, metidas en botellas, había sobre las mesas y algunos bancos, los puntos de una docena de cigarrillos encendidos y una lamparita eléctrica que colgaba encima de la barra, pintada de rojo. Los rincones estaban en sombras. El ruido de risas aisladas y de gritos entrecortados revelaba que había gente por todas partes y que parecía dispuesta a hacer todo lo posible por acallar la música del piso de arriba. Cuando los ojos se le habituaron a la oscuridad, vio a los que estaban sentados en el suelo, junto a la pared.

No encontró a Sebastian por ninguna parte. La mayoría de los que allí había eran treintañeros. Muchos llevaban el emblema del club en la espalda. El hombre de la cola de caballo se había quedado en el jardín y acababa de encender un cigarrillo. Parecía simpático. My se asomó por la puerta.

—¡Disculpa! Busco a un chico que se llama Sebastian. ¿Sabes si está aquí? Sólo tiene quince años, está con un amigo que es más o menos de su edad. Creo que se llama Krister.

El de la cola de caballo sonrió y expulsó el humo del cigarrillo.

—Mira, ahí dentro debe de haber unas doscientas personas. No tengo ni idea de

cómo se llaman ni de qué edad tienen. Esta noche hay concierto, un grupo de Estados Unidos. Una panda disfrazada de monstruos. No es lo mío, pero arrastran a la gente, eso se nota. Es una fiesta para todo el mundo, cualquiera puede entrar, siempre y cuando apoquine. Y eso da dinero. Como comprenderás, no pedimos la documentación. ¡Anda!, no serás de la pasma, ¿verdad?

Unos gritos se impusieron al murmullo general que bullía detrás de ella. My no estaba preparada para el fuerte golpe que recibió en la espalda y que le hizo perder el equilibrio y caer sobre el hombre de la cola de caballo. Él la agarró con habilidad y le propinó una patada al joven borracho.

—Ten cuidado, imbécil.

El de la cola de caballo pareció no prestar atención al comentario ofensivo del imbécil cuando éste volvió a entrar dando trompicones. Sólo movió la cabeza y señaló la chaqueta de My, a la altura del pecho.

—Te ha manchado de cerveza.

Por un momento, pensó en ayudarla a limpiar la mancha de espuma, pero decidió que aquello podría malinterpretarse.

Ella hizo un gesto con la mano, quitándole importancia al percance.

—No, no soy policía. Estoy buscando a mi hermano. Pensé que igual lo conocías.

El tipo asintió y pareció esforzarse por hacer memoria.

—Bueno, claro, si tienen quince años... Siendo tan jóvenes, quizá debería haberme fijado. Sube y mira, seguro que está en el piso de arriba, ahí es donde toca el grupo. ¿Has echado un vistazo en el bar? Quizá esté emborrachándose de cerveza. Es lo que yo hacía cuando tenía quince años.

Sonrió y dejó a la vista una bolsita de tabaco.

—A decir verdad, todavía lo hago. Pero hoy tengo que trabajar hasta el amanecer —sacó del bolsillo un reloj con la correa rota—. Dentro de dos horas me toca turno en el bar. Pásate y te invito a una cerveza —añadió y volvió a sonreír. My no respondió. No pensaba quedarse tanto tiempo.

En la escalera que conducía al piso superior había un grupo de jóvenes sólo un poco mayores que Sebbe. Por suerte, uno de ellos asintió cuando ella consiguió hacerse oír a través del sonido atronador de la música. Señaló a la masa de roqueros que agitaban la cabeza saltando en torno al escenario. El suelo temblaba sospechosamente bajo sus pies y parecía amenazar con desplomarse.

En efecto, allí estaba Sebastian, junto al escenario, absorto en aquellos seres maquillados de blanco con capuchas negras en la cabeza, que emitían gritos guturales en los micrófonos colocados en círculo. Estaba sentado en una esquina del escenario, justo delante de los altavoces. Teniendo en cuenta el volumen del sonido lo lógico habría sido que saliera disparado del escenario, o que se quedara medio sordo el resto del fin de semana, como mínimo.

My se abrió paso a empujones. Justo cuando pensaba tirarle a su hermano de la manga de la chaqueta tuvo el impulso de detenerse para observarlo. Habían pasado varios meses desde la última vez que se vieron. Le pareció que había adelgazado.

Sebastian se sobresaltó, como si de verdad hubiera estado en otro mundo. En un principio le dedicó una mirada impersonal. Ella gritó su nombre, aunque sin oír su propia voz, y lo bajó a rastras del escenario. El grupo de jóvenes de la escalera se apartó al verla llegar empujando a su hermano hacia la salida. Caminaba como poseída por una rabia súbita y sagrada porque él, indirectamente, la había obligado a pasar por aquella prueba.

Sebastian logró liberarse de su mano pero ella ya había conseguido empujarlo hasta el jardín. El viento y la lluvia habían cesado y ahora revoloteaban en el aire unos copos vacilantes.

—¿Qué coño pasa? —gritó él.

My se serenó e intentó ponerse en su lugar.

—Mamá me ha obligado a venir aquí a buscarte. Está preocupadísima, al parecer te dijo que no podías salir.

—Sí, ¿y qué? Si me preocupara por todo lo que dice, estaría tan loco como ella.

Sí, había adelgazado. Apenas lo reconocía. Las ojeras le hacían parecer mayor de quince años. De improviso, sintió que la embargaba un hondo sentimiento de cariño. Su hermano siempre le había inspirado, si no irritación, sí al menos indiferencia, con sus mejillas regordetas y sus ojos llorosos, siempre compitiendo por el favor de su madre.

Extendió la mano y le tocó el brazo bajo la cazadora vaquera.

—Eh, hace mucho que no nos vemos. ¿No llevas más abrigo?

Sebastian asintió obstinado y cruzó los brazos sobre el pecho, como si acabara de darse cuenta de que tenía frío. Ella le cogió la mano algo abochornada pero, de pronto, sintió que quería tocarlo. Lo debía de haber pasado muy mal desde que ella se mudó, se encendió de rabia al pensarlo. Retiró la mano. Sebastian bajó la mirada, como si quisiera decir algo agradable o importante, pero pareció cambiar de idea.

My estaba helada, a pesar del abrigo.

—Tienes que volver a casa conmigo ahora mismo, Sebbe.

Sebastian la miró, ya sin rastro de comprensión en los ojos.

—Ni lo sueñes. Voy a ver al grupo. No pienso ir a casa.

Se dio la vuelta para entrar de nuevo, pero ella se lo impidió interponiéndose en su camino. Junto a un coche americano había un par de chicos y una chica de la edad de My. Se echaron a reír gritándole a Sebbe que hacía tiempo que debería estar en la cama.

My intentó tomarse con calma la mirada furibunda de Sebastian. No soportaba la idea de volver a casa sin él y enfrentarse al desconsuelo de Solveig.

—Venga ya, joder —masculló entre dientes—. Además, no pienso irme a menos que me lleves en la moto. No soy capaz de volver en bicicleta —añadió, algo más alto.

—Ese es tu problema —respondió Sebastian.

Durante unos segundos, se miraron desafiantes. My fue la primera en ceder. El agotamiento tras el largo día de viaje y la excitación de estar con Solveig le pasaron factura y ahora sentía un intenso calambre en las corvas. Lo tenía agarrado por la muñeca, pero Sebastian se soltó brutalmente y le dio un empujón. My no tuvo fuerzas para protestar.

El grupo se disponía a tomarse un descanso. Cuando se interrumpió la música, se oyeron aplausos y silbidos dispersos desde el piso superior. La gente empezó a bajar dando tumbos por la escalera para aprovechar la pausa en el bar. Sebastian subió las escaleras a contracorriente. My se quedó atónita, confiando en que cambiaría de idea.

Unos cuantos roqueros sudorosos se dispersaron jadeantes por el jardín. Aún medio sordos por los decibelios de la música, que sin duda superaba los límites permitidos, gritaban más que hablaban entre sí mientras se dejaban refrescar por el frío aire nocturno.

La chica rubia volvió a salir y se detuvo a anudarse al cuello una bufanda de color vino. My estaba segura, la conocía. Buscó su mirada y levantó la mano en un amago de saludo.

—Yo creo que te conozco del Norra.

La chica le sonrió y sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo interior de la cazadora. Como antiguas clientes habituales del café Norra Station —de las que llegaban cuando abría y se quedaban hasta la hora de cierre, de las que escribían sus diarios en las servilletas o en los consabidos y célebres libros de firmas—, se conocían más por lo que pensaban que por su aspecto. Al igual que tantas otras personas, también ellas habían revelado sus secretos y deseos para que los demás los aplaudieran o los rechazaran sin miramientos. Toda su relación tenía lugar por escrito y bajo seudónimo, como en un mundo secreto. Por aquel entonces, eso era fundamental.

—Creía que eras de Gotemburgo —le dijo My a la chica.

—Sí, lo soy. He venido a ver al grupo con un chico. Por cierto, me lo acabo de encontrar morreándose con otra tía. Así es la vida —respondió encogiéndose de hombros.

—Pero entonces tú eres de Borås. Te llamabas Tingeling.

Era asombroso que recordara el apodo de My después de tanto tiempo. A My le animó comprobar que había causado tanta impresión.

—Y tú eres Girl.

Permanecieron un rato en silencio, reflexionando sobre el intercambio oficial de

correspondencia que había tenido lugar un par de años antes.

—Dibujas de puta madre —dijo la chica de repente—. De puta madre. Deberías dedicarte a ello.

My se encogió un tanto avergonzada y notó que se ruborizaba.

—Gracias —fue cuanto logró articular.

De repente se oyeron unos gritos en el interior de la casa. Un joven de unos treinta años salió trastabillando, era el imbécil que había empujado a My hacía un rato y que ahora escupió a unos centímetros de su zapato.

My alzó la vista al cielo con resignación.

—¿Quiénes son éstos?

La chica siguió al imbécil con la mirada mientras éste deambulaba indignado por el jardín, y se encogió de hombros antes de contestar:

—No lo sé. Creo que también son de Gotemburgo, pero no conozco a ninguno. Están hechos polvo, por lo que se ve. Son unos borrachos de mierda —se volvió de nuevo hacia My—. Bah, pero pasando de ellos. Te invito a una cerveza ahí dentro. Así podremos hablar del Norra. De todos modos, yo aquí no conozco a casi nadie. Y de camino al bar le podemos dar una patada en la entrepierna al tío que vino conmigo, el que está en la esquina y casi se folla a esa tía con carero de mono. ¡Vamos!

My se echó a reír, pero negó con un gesto.

—No creo que aguante. Tengo que volver en bici a casa de mi madre, si no se le irá la cabeza. He venido a recoger a mi hermano, pero él se niega a acompañarme y si no llega uno de los dos, seguro que llama a la policía.

La chica la escrutó con detenimiento. My estuvo a punto de cambiar de idea. No comprendía por qué se mostraba ahora tan considerada con los sentimientos de Solveig, cuando siempre se había sentido orgullosa de no permitir que la historia de su madre condicionase su vida.

Le apetecía mucho más tomarse una cerveza con Girl que el largo y oscuro camino de vuelta a casa. Aun así pensó que no soportaría la escena que sin duda le esperaba si no se apresuraba a volver. Solveig parecía estar peor que de costumbre.

—Si quieres te puedo acompañar al autobús. Te puedo llevar en bici —se ofreció.

Girl se lo pensó un rato, pero finalmente rechazó su ofrecimiento.

—No. Me quedo. Intentaré que alguien me lleve a la estación, hace un frío de cojones. Y además, no quiero perder la oportunidad de montarle un numerito a Mårten. Sólo esperaré el momento oportuno.

My asintió. Se sintió exhausta mientras empujaba la bicicleta para cruzar la verja e ignoró la voz insinuante de un hombre que le pedía que volviera. No tenía humor para flirtear ni para bromas.

Apretó los dientes hasta que empezaron a dolerle las mandíbulas. Le

castañeteaban de frío. Con paciencia infinita, fue evitando las partes heladas del camino para no caerse de la bicicleta.

Se encontraba a mitad de trayecto entre el club y la carretera cuando reventó la cámara de aire de la rueda. Entonces se le saltaron las lágrimas, de cansancio y de rabia. Intentó seguir pedaleando entre sollozos, mientras arrastraba por el suelo la goma reseca de la vieja cámara. Al cabo de un rato, le ardían los músculos de las piernas.

No le quedaba otra salida que recorrer a pie el camino en medio de aquella oscuridad compacta y silenciosa. Ya se le congelaban las lágrimas en las mejillas.

## Capítulo 32

Como de costumbre, se arrepintió amargamente de haber accedido a conducir de vuelta a casa y, tras una espera que colmo su paciencia, se hartó. Aunque le fastidiaba tener que entrar una vez más —había llamado a Vargen con insistencia tanto por el nombre como por el apellido y estuvo dando la tabarra como cualquier vieja—, eso fue exactamente lo que hizo.

—Vamos, joder. Mueve el culo.

Claro que eso no sirvió de nada. Vargen acababa de pedirse otra cerveza de las grandes y se la estaba tomando tranquilamente mientras, medio tumbado encima de la mesa, no paraba de farfullarle sus trolas a Pilen. A ninguno de los dos les importaba que su amigo estuviera esperando fuera en la nieve «Cerdos de mierda».

—Si queréis que os lleve, ya podéis ir viniendo; si no, que os den. Os volvéis a casa andando.

Målle tenía motivos más que suficientes para estar cabreado: llevaba más de media hora echado sobre el volante de su vieja furgoneta. A Vargen le habían retirado el permiso de conducir y no era la primera vez aquel año que Målle se veía como un puto chófer dando saltos de desesperación al amanecer, para al final tener que coger en brazos a su amigo, borracho como una cuba y llevarlo hasta el coche y largarse por fin. Eso fue lo que sucedió también en esta ocasión. Seguramente, hasta tendría que ayudar a Vargen a entrar en casa cuando hubieran llegado a su finca, habida cuenta de que él no podía caminar ni mantenerse de pie ni sentado.

«Vaya mierda». Siempre lo tentaba la idea de abrir la puerta del coche y empujarlo fuera sin más. Para darle una lección. Aunque, claro, el tío se quedaría tendido donde lo dejara tirado y para colmo de males se congelaría, al menos, en una noche como aquella. Eso tal vez fuera pasarse. En cualquier caso, para él era un misterio cómo lo aguantaba su parienta.

Además, Vargen era el único de los tres que tenía esposa, lo cual sólo demostraba que las tías se rinden antes por un cerdo guaperas que por el chico cojonudo con cara de monstruo. No es que él mismo fuera tan feo, pero, como suele decirse, el aspecto físico no le había sido de gran ayuda.

En lo que a Pilen, su tercer colega y compañero de fatigas, se refería, la teoría del feo no era ninguna exageración. En la mayoría de los casos, el acné desaparece con la adolescencia. Sin embargo, Pilen había tenido mala suerte en la lotería genética. A los incontables cráteres de antiguas espinillas que convertían su piel en un paisaje lunar había que añadir el hecho de que su cara casi siempre estaba cubierta de nuevos abscesos purulentos y dolorosos que, por temporadas, le convertían en un *steak tartar*. Según él mismo explicaba, era a causa del estrés, y, joder, vaya si debía de estar estresado.

En cierto modo, quizá fuera bueno que Pilen pudiera echarle la culpa a sus espinillas. Con toda probabilidad, sería mucho más duro enfrentarse a la idea de que uno, sencillamente, era demasiado imbécil para echar un polvo: por regla general, las féminas salían huyendo en cuanto abría la boca. Y teniendo en cuenta el tipo de gente de la que se rodeaba, como Vargen, quedaba claro lo tonto de remate que tenía que ser para destacar por esa característica.

Tampoco es que las susodichas féminas salieran corriendo para caer en los brazos de Målle, aunque alguna que otra se había mostrado interesada, pero en vano. A decir verdad, él prefería estar solo a tener en casa a una tía quejica y pesada a la que mantener, una de esas que se meten en todo y se van poniendo más gordas a medida que pasan los años. Eso era lo que les había ocurrido a la mayoría de sus amigos que habían cometido el error de agenciarse una mujer, por no hablar de los hijos.

La chica de Vargen tal vez fuera un poco especial, todavía estaba de buen ver y, además, parecía que no era tonta del todo. Lo cual hacía aún más incomprensible que hubiera elegido por marido a semejante gilipollas.

Acercó el coche y Pilen le ayudó a obligar a entrar a Vargen, que quería quedarse a tomar otra a toda costa.

Entonces Målle se irritó también con Pilen, que siempre le seguía la corriente sin más. Si no le hubiera dado una orden expresa, Pilen habría seguido allí sentado toda la noche escuchando las tonterías de Vargen, por más que sabían perfectamente que habían quedado en volver a las doce, como muy tarde. Se comportaba como una vieja, tenía miedo al conflicto, era un veleta.

Al salir con el vehículo entre los postes de la verja, advirtió con cierta irritación que no estaba tan sobrio como creía. Alguna que otra cerveza había caído. No solía ser tan estricto cuando se trataba de los caminos de grava próximos a su casa, por donde hasta entonces jamás había visto un coche de la poli. Pero ahora iban a salir a la autopista.

El temor le hacía sentirse más irritado. Puto Vargen. De no haber sido por lo pesado que se puso, como siempre, él no habría bebido tanto.

Desafiando cualquier asomo de sentido común, el enfado hizo que aceptara la petaca que Vargen y Pilen se estaban pasando. Le dio un par de buenos tragos. ¡Qué más da! Si le pedían que soplara, le iban a retirar el permiso de conducir de todos modos, de eso ya era consciente. Posiblemente fuera el más sobrio del grupo, pero se hallaba lejos de estarlo a los ojos de la policía.

Para colmo de males estaba nevando de verdad, el limpiaparabrisas de la furgoneta no daba abasto y la visibilidad era bastante mala. Le empezó a doler la cabeza del esfuerzo para mantener la dirección, pendiente, por si fuera poco, de no terminar en la cuneta aquella puta noche.

Vargen acababa de quedarse dormido y babeaba sobre el cinturón de seguridad



cuando, de pronto, Målle se oyó gritar a sí mismo y, por un segundo, perdió el control del vehículo. Las ruedas patinaron sobre una placa de hielo y la furgoneta se deslizó a una distancia alarmante de la cuneta, antes de detenerse en seco. Vargen se había despertado y clavaba en él una mirada furibunda.

—¿Qué haces?

—¿Qué? Había algo ahí. He estado a punto de atropellar a...

Aterrado y nervioso, se apresuró a limpiar el vaho del interior del parabrisas y vio una figura negra atravesada delante del vehículo. Abrió la puerta de golpe.

—¡Joder... mira por dónde vas! —dijo dando un puñetazo en el capó antes de gritar—: ¡Joder!

My queda deslumbrada por la luz de los faros y se cubre los ojos con el brazo. Aun así, reconoce enseguida al tipo que ha escupido antes a sus pies. Ha visto a tantos borrachos en su vida, que es capaz de adivinar enseguida a qué clase pertenece cada uno. Y aquel es de los que se enfadan.

—Mira por dónde vas —repite el hombre, aunque con menos ímpetu. Por alguna razón, precisamente ese titubeo despierta la rabia de la joven, que suelta la bicicleta y da un par de pasos hacia él.

—¡¿Mira por dónde vas?! Serás tú el que ha de mirar cómo conduce, como un loco de mierda. ¡Has estado a punto de atropellarme, aunque iba por el borde del arcén!

—Has pinchado.

—¿Crees que no lo sé?

Durante unos segundos se oye el zumbido decreciente de la rueda de la bici que aún sigue dando vueltas en el aire. Cuando por fin se detiene, se dejan oír los ruidos del bosque. Un goteo apacible. Un crujido, un susurro. Entre uno y otro, silencio.

Del chico sólo se aprecia la silueta del pelo, de la cazadora y de su espalda, que es ancha. Su rostro permanece en la oscuridad. Ella se aparta un paso y queda fuera del círculo de luz.

En la furgoneta hay movimiento, alguien se despierta y se lamenta. Entonces se abre de pronto la puerta del pasajero y otro chico casi se cae. «Es corpulento y está borracho como una cuba», piensa My.

—Joder... Vas a venir o... Vaya, una chica. Puedes sentarte en mis piernas.

El chico balbucea y se da golpes en la entrepierna con una risa chillona, pone un pie en la carretera y sale dando tumbos del vehículo. Tiene la cara empapada de sudor y los ojos, que asoman por encima de la barba, hinchados y enrojecidos.

Hay un tercero, en el asiento de atrás.

El corazón de My late sin compás, pero no hay salida. «Lo importante es no dejar ver el miedo». Se inclina un poco hacia delante, hacia el chico que conduce, y le llega un tufo inconfundible a alcohol.

—Pero si estás borracho, joder. Has tenido suerte. Si me hubieras atropellado habrías ido a la cárcel —retrocede un par de pasos y se encamina a donde tiene la bicicleta—. Ligón de mierda —dice My entre dientes.

—Sí, pues perdona, pero ¡deja de dar la paliza! —su voz resuena ahora con un tono gruñón, como si dudara en encolerizarse—. ¿Cargo la bici en la furgoneta o qué? Tú tampoco pareces muy despejada que digamos.

Lo importante es no desvelar que se tiene miedo. «Con tal de llegar a casa por fin. Si pudiera librarme de todo...».

—Ni aunque estuviera medio muerta me subiría en la camioneta con un borracho como tú.

La chica se volvía a encontrar bajo la luz de los faros. Esta vez no se protegió los ojos sino que se quedó allí simplemente, como una idiota, esperando que pasara algo. Desde donde estaba, ella no podía verlo a él tan bien como él la veía a ella.

Tenía una expresión de ridícula sorpresa pintada en su cara de niña, con aquella ropa de tío demasiado grande y las mejillas rojas de frío, como una cría. «Una mocosa enfadada». En cierto modo, aquello le pareció a Målle tan atractivo como conmovedor. ¡Qué coño!, si ya le había pedido perdón. Se había ofrecido a llevarla hasta la carretera y luego podría haber cogido un autobús nocturno o un taxi o lo que demonios fuera. ¿Qué más podía hacer él? La fiesta duraría toda la noche y aún faltaban muchas horas de oscuridad total hasta que las luces de los coches y de las motos iluminaran el camino del bosque.

No era una buena idea que una chica anduviese dando vueltas sola por el bosque, con la bicicleta y en plena noche. A cualquiera podía ocurrirle cualquier cosa. Y nadie vería ni oiría nada.

Vargen soltó la puerta y se acercó a la chica como quien se acerca a un animal acorralado.

—Vamos, ven aquí, vente con nosotros a dar una vuelta. Tenemos bebida y otra cosa que seguro que te va a gustar. ¿O es que eres de la otra acera, eh? ¿No te gustan las pollas? —continuó en voz baja, apremiante, aparentemente sobrio y optimista.

Estuvo a punto de decirle a Vargen que lo dejara, pero no fue capaz. La ofensa seguía allí como una espina clavada en el ojo. Descubrió que disfrutaba viendo lo asustada que parecía de pronto aquella bocazas. Ya no se la veía tan bravucona, como si hubiese decidido que lo mejor era cerrar el pico. Y hacía bien. Pensaría coger su mierda de bicicleta y largarse también, pero Vargen había llegado hasta donde se encontraba y la tenía agarrada por el brazo. Entonces gritó «jodido viejo asqueroso, déjame en paz». También gritó pidiendo ayuda, y podía seguir haciéndolo. Nadie lo oiría.

Él supo en ese mismo instante que la chica no contaba con posibilidad alguna. Tenían poder para hacer lo que quisieran y ella no podría decir ni hacer

absolutamente nada para impedirselo. Eso lo puso cachondo. Eso, y también ver cómo Vargen, con una expresión que él jamás le había advertido en aquella cara barbuda, empujaba hacia el coche a la chica, que se retorció gritando.

Vargen le inmovilizó los brazos por detrás con una de sus manazas y empezó a hurgarse la bragueta con la otra. Nada quedaba ya de la piltrafa balbuciente de antes, se había esfumado.

Pilen abrió la puerta de la furgoneta para facilitarle a Vargen la tarea de empujar a la chica, que cayó boca abajo en los asientos. Después se quedó como paralizado, como si no tuviese ni idea de lo que se esperaba que hiciera.

My abandona su cuerpo y observa la escena desde arriba, desde las copas de los árboles. Es un alivio no tener que oponer más resistencia. Los detalles se vuelven nítidos: un chicle con forma de cabeza de caballo pegado en el asiento; restos de un paquete de hamburguesas; incontables latas de cerveza vacías en el suelo. Con el rabillo del ojo ve a Homer Simpson colgado del espejo retrovisor. Y siente un olor a sudor y a estiércol procedente de la gorra de piel sobre la que le aplastan la mejilla.

—¡Venga! —jalea El Grande.

El que parece asustado le sube el abrigo por encima de la cintura con un gesto que, en otras circunstancias, habría resultado cómico, asqueado, como si estuviera diseccionando una rata. Sí, visto desde arriba, My constata que tiene miedo. Le retira la minifalda marrón haciendo una mueca y con la respiración cada vez más acelerada y jadeante, se diría que estuviese sufriendo un ataque de asma, y tira de la falda como si quisiera reventar las costuras.

Al final, El Grande se harta y aparta al torpe de su amigo de un empujón pero, antes de que él alcance a aplastarla con su peso contra el asiento, My ve su oportunidad.

En una décima de segundo, vuelve a su cuerpo. Como un rayo, consigue doblar el pie hacia atrás y darle una patada en la entepierna a su agresor. El Grande pierde el equilibrio y cae hacia atrás sobre El Tímido, que parece estar esperando la ocasión para desmayarse y de hecho resbala y cae a la cuneta. My aprovecha para echar a correr, directamente hacia el negro vacío. Una rama que sobresale le araña la cara. Corre apretando los dientes, «ya lloraré luego, ahora no», con los ojos anegados estaría perdida en la oscuridad.

Tiene pánico a tropezar y caer, pero ahuyenta las imágenes turbulentas de sí misma con la cara pegada al suelo helado, sus perseguidores le darían alcance en un segundo. Ahora lo importante es atender con los cinco sentidos, concentrarse por completo. La sangre que le corre por la comisura de los labios tiene un sabor acre a hierro. Gritará por esto, pero no ahora. Ahora corre con el grito contenido retumbándole en el cuerpo. El sonido de una rama al quebrarse la mueve a mirar por encima del hombro. Los faros de la camioneta se le antojan extrañamente cerca.

My sólo oye los latidos de su corazón.

Más rápido de lo que su cerebro alcanzó a registrar, Målle rodeó la camioneta y se lanzó a la caza de la chica. No podía soportar la idea de que se les escapara y se saliera con la suya. Ahora que iban a demostrarle quién mandaba allí.

Ella se internó en el bosque a la carrera, ofrecía un aspecto penoso con la ropa hecha un desastre. Diez metros más adelante, le dieron alcance entre los abetos.

No podía responder por Vargen, pero a él se le habían quitado las ganas de follar, la chica le parecía demasiado lamentable, aunque precisamente por ello había que darle un escarmiento. Luego la llevarían hasta la carretera y ella sentiría una gratitud inmensa porque ellos no la habían maltratado, pese a que tenían el poder.

—¡Tranquilizaos! —les gritó tanto a ella como a Vargen, que echaba espuma por la boca. Jamás lo había visto hacerle justicia a su apodo como en aquel momento<sup>[6]</sup>.

Y de pronto ella se desplomó sin más. Quizá porque tropezó con una raíz mojada o tal vez porque se desmayó, no estaba muy seguro, pero lo que sí era cierto es que la chica se cayó, cayó de cabeza y se quedó totalmente inmóvil.

Después, sólo se oían sus propios latidos y también a Vargen resoplando alrededor, cada vez más alto, hasta que él le gritó que se callara.

Estaba oscuro, endiabladamente oscuro para ver nada, pero se repitió una y otra vez que aquel cuerpo que veían allí tendido parecía demasiado quieto. Aunque le temblaban las manos, consiguió sacar la linterna, si bien no fue capaz de encenderla. Vargen se la arrebató y la enfocó hacia el suelo nevado y luego fue Pilen quien los martirizó lloriqueando como un niño y tapándose los oídos con las manos durante la locura en que se convirtió el viaje de vuelta a casa. Pilen, precisamente, que no llegó a ver cómo la sangre teñía de rojo la nieve en torno a la cabeza y los ojos ciegos de la muchacha, que miraban al vacío sin un parpadeo.

## Capítulo 33

2007

Llegó a la tienda de material de fontanería justo a la hora de la pausa de su dueño, Anders Franzén. O al menos eso pensó a juzgar por la postura relajada en que se lo encontró sentado en un rincón de la trastienda, con los pies encima del escritorio. Con los cascos en las orejas y los ojos cerrados, Franzén parecía ciego y sordo al resto del mundo, incluso a los discretos golpearos que Karlberg dio en el marco de la puerta.

El policía lo intentó con un sonoro carraspeo que, no obstante, tampoco logró atravesar la barrera de sonido tras la que se había parapetado el dueño del local. Cuando, finalmente, decidió adelantarse dos pasos al frente, le dio a Franzén un susto de muerte. Los auriculares y el iPod cayeron al suelo y, durante una fracción de segundo, Karlberg temió que le propinara un puñetazo. Para evitar semejante espectáculo, retrocedió al tiempo que intentaba sacar la placa del bolsillo.

—Soy policía, no quería asustarte. La verdad es que he llamado.

Señaló con un gesto elocuente los auriculares, que habían ido a caer debajo de la silla del escritorio. Dada la intensidad del volumen a dos metros de distancia, no se le podía reprochar a Franzén que no hubiera oído la llamada.

El hombre, perplejo, se rascaba la cabeza.

—Suelo oír cuando entra un cliente —se disculpó— Debo de haber subido el volumen más de la cuenta. Tengo un nuevo CD de Lucinda Williams. Increíblemente bueno ¿Lo has escuchado?

Le tendió los auriculares a Karlberg, que declinó la invitación.

—Quería preguntarte acerca de un hombre que, según parece, compartió el local contigo hace un tiempo. Olof Bart.

Franzén hizo una mueca de rabia.

—¿Que ha compartido local? ¿Eso te ha dicho? Por cierto, ¿se ha metido en algún lío?

—Podría decirse —dijo Karlberg escuetamente—. Está muerto.

Franzén se quedó pálido al instante.

—¿Muerto? Pero, qué demonios... Y tú has venido porque lo han...

—Asesinado, sí. Por eso quería pedirte que me ayudases con parte de la información. Tú trabajaste con Bart, ¿no? Durante un tiempo lo veías a diario, ¿verdad?

—Bueno...

Anders Franzén miraba a Karlberg indeciso.

—No sé de qué podría informarte yo. En primer lugar, no compartíamos local. Él alquiló durante dos años una pequeña parte de mi almacén. Yo no sé qué hacía allí, sólo que se dedicaba a distintos tipos de reparaciones. Sobre todo de aperos de

labranza, algún coche o alguna motocicleta de cuando en cuando, creo. Supongo que cobraría en negro, pero me figuro que eso ya no tendrá la menor importancia.

Karlberg negó con la cabeza.

—No, claro. Pero, entonces, ¿tú no tenías un conocimiento directo de la persona a la que le alquilabas parte de tu almacén?

—Sí —protestó Franzén—. Por supuesto, lo conocía y me había forjado una opinión personal, pero no sé hasta qué punto es mi obligación controlar los negocios de una persona sólo porque me pague un alquiler mensual. Era un tipo polifacético, se dedicaba a todo lo que pudiera darle un dinero extra. Compraba cosas para repararlas y venderlas y necesitaba un sitio para guardar toda la mierda, perdón, los trastos. Yo tenía un local grande y sólo usaba la mitad y... Bueno, necesitaba dinero.

Miró a Karlberg con encono.

—¿Cómo te pusiste en contacto con Olof Bart?

—A través de unos conocidos, Ernst y Anette Persson. Eran vecinos suyos. Ellos sabían que necesitaba un local y yo necesitaba un inquilino, así fue la cosa.

«Eso sí que es curioso», pensó Karlberg. Según sus propias palabras, Persson sólo había hablado con Bart en un par de ocasiones. Y era innegable que resultaba un tanto extraño, aunque no imposible, que el tema de la necesidad de espacio de Bart hubiera surgido en alguna de ellas y que le hubieran facilitado el contacto con Franzén. Claro está que también era muy raro ser vecino de alguien durante diez años y no haber hablado nunca con esa persona, pero seguro que su caso no era una excepción. Sea como fuere, lo más interesante era averiguar si Persson había mantenido con Bart una relación más estrecha de lo que él quería hacer ver porque, de ser así, debía de existir un motivo para que mintieran. «Simple lógica», concluyó satisfecho.

La cuestión era que ninguna de las personas con las que habían hablado hasta el momento quería admitir haber mantenido una relación más o menos estrecha con Olof Bart.

Anders Franzén seguía la misma línea. Y ya empezaba a adoptar un tono más que defensivo.

—Yo utilizo el local como almacén y, lógicamente, no voy todos los días. Tampoco creo que él fuera allí todos los días cuando lo alquilaba, porque también hacía otros trabajos, por lo visto. En el bosque, por ejemplo, tengo entendido. No le pregunté exactamente para qué quería el local. Ni tampoco fisgaba entre sus cosas cuando él no estaba allí, yo no soy un tipo curioso. Además, su parte tenía puerta y cerradura propias, no habría podido entrar aunque hubiera querido, aunque...

—Me figuro que no sabes nada de sus negocios —atajó Karlberg—. Pero ¿sabes algo de él, de su pasado?

Franzén meneó la cabeza con vehemencia.

—Dijiste que tenías una opinión personal, ¿no?

—Sí, pero es sólo mi opinión, no puedo decir que sean datos objetivos.

—Vale, pero ahora no te estoy pidiendo datos, sino tu opinión.

—A mí me daba mala espina, la verdad. Como decía, no tengo ninguna prueba, pero a mí no me caía bien ese tipo.

Se encogió de hombros.

—Explícate.

—Puede que fuera una cuestión de química, claro está. Era imposible hablar con él. No te miraba a los ojos, ¿sabes? Ni daba una respuesta concreta a nada. Era poco solícito. Pero, insisto, una vez firmado el contrato, lo vi muy pocas veces.

—Comprendo.

Karlberg decidió jugarle una mala pasada.

—Según tengo entendido, rescindiste el contrato con Bart por algún tipo de desavenencia.

A juzgar por el color de la cara de Franzén, su truco funcionó.

—Lo eché, sí. Si he de ser sincero pues... bien mirado y pasado un tiempo, no estoy totalmente seguro de que yo llevara razón, pero te contaré lo que pasó.

Se cruzó de piernas y adoptó un tono conciliador.

—Fue en 2003, creo. Yo llevaba un tiempo ojo avizor porque había sufrido un enojoso robo en mi casita de veraneo. Fue una historia terrible, en serio. Los muy cerdos, no puede uno llamarlos de otra manera, no se conformaron con robar, sino que además destrozaron los muebles. También se habían cagado en el suelo, de verdad. Unos niñatos, tal vez, drogatados... qué sé yo. De todas formas, te lo cuento porque puede que me influyese de tal modo que... bueno, me volví terriblemente desconfiado. Pero a mí, de todas formas, ese Bart ya llevaba un tiempo dándome mala espina. Sencillamente, no sabía si era de fiar y eso me molestaba. Era, como ya he dicho, poco complaciente. En fin, una tarde fui con el coche al almacén, fue después de cerrar la tienda y en noviembre, así que estaba condenadamente oscuro. No sé si has inspeccionado la zona, pero se encuentra un pelín apartada. Allí no hay más que viejos almacenes y no suele haber ni un alma. En cualquier caso, no tuve tiempo de reaccionar cuando un tipo se me acercó por detrás y me puso contra la pared. Sentí algo afilado en el costado y supuse que era una navaja, no estaba seguro pero, ya sabes, en una situación así, uno no se la juega, de modo que se llevó la cartera y el reloj. La verdad es que tenía un Rolex, sí, mi hermana trabaja en publicidad y lo pudo comprar más barato...

Franzén tenía la frente perlada de sudor, pero Karlberg hubo de admitir que en aquella oficina tan reducida hacía bastante calor. Franzén miraba ausente hacia la puerta, como si temiera que el ladrón entrase por ella y exigiese contar su versión.

Parecía que había perdido el hilo.

—Te robó la cartera y el reloj —lo animó Karlberg.

—Justo. Como comprenderás, anduve un tiempo bastante asustado, fue demasiado y creo que desde aquel día, de alguna manera totalmente absurda, relacioné el suceso con Bart. Y un par de semanas más tarde lo vi, a Bart quiero decir, en el centro. Estaba algo lejos, al otro lado de la calle, y no me vio, pero iba con alguien. Te lo vuelvo a decir, aun a riesgo de ser pesado, no estoy seguro al cien por cien, porque, ya te digo, la tarde del robo estaba muy oscuro, pero en aquel momento tuve la certeza de que aquel era el hombre que me había robado.

—¿El que iba con Bart por el centro?

—Exacto. A partir de entonces todo me pareció tan jodidamente desagradable que aproveché la primera oportunidad que se presentó para echar a Bart. Eso ocurrió un mes más tarde. Iba algo retrasado con el pago del alquiler, sólo unos días era su costumbre y normalmente yo no le daba ninguna importancia, puesto que ese ingreso digamos que era marginal. Pero de todos modos ése fue el motivo que alegué para rescindir el contrato con efecto inmediato.

Franzén respiró aliviado.

—¿Cómo reaccionó Bart cuando lo echaste así, sin más?

El hombre pareció reflexionar.

—Bueno, pues eso es lo raro. Apenas reaccionó. Sólo asintió con la cabeza y aceptó dejar el local dos semanas más tarde. Luego, al día siguiente, apareció aquí en la tienda —Franzén señaló la superficie del suelo delante de sus pies— muy cabreado, pero de una forma espantosa. Un tanto amenazadora, diría yo. Recuerdo que me quedé aterrorizado.

—¿Te acuerdas de lo que dijo?

Franzén meneó la cabeza.

—No exactamente, no. Como ya he dicho, hace muchos años de eso. Pero dejaría caer que podían ocurrir muchas cosas con mi negocio y yo creo... si no recuerdo mal, que dijo un montón de tonterías acerca de que uno tiene que estar asegurado por si pasa algo. O algo por el estilo. En cualquier caso, yo lo interpreté como una amenaza.

—¿Lo denunciaste?

—No —confesó Franzén—. Yo estaba más que contento de habérmelo quitado de encima. Después no volví a verlo. Además, esto no se lo conté a Ernst ni a Anette, así que te agradecería que no les hablaras de ello.

Franzén se explicó al ver que Karlberg enarcaba las cejas extrañado.

—Sí, bueno. No quería que se preocupasen sin necesidad, como eran vecinos y eso. Y si se enteran de que se lo he ocultado...

Karlberg asintió, algo ausente, pues ya no contaba con conseguir de Franzén ningún otro dato de interés. Echó un vistazo a la oficina al tiempo que sacaba de la cartera una tarjeta de visita.

Mientras hablaban, se había entreabierto una de las puertas del enorme armario



situado detrás de Franzén y había dejado al descubierto una colección impresionante de CDs, imponente para una tienda de saneamientos. Franzén vio hacia dónde se dirigía la mirada de Karlberg y resplandeció como un padre orgulloso en la maternidad. Toda la angustia que antes se podía leer en su cara desapareció cuando dijo:

—Puede que parezca raro, pero, con todo, paso tanto tiempo aquí como en casa. Y en casa, ya sabes lo que ocurre. Con atender a los niños, uno no tiene tiempo para nada, por eso un día cogí y sencillamente me traje los discos aquí. De todas formas, a mi mujer no le interesa mucho la música que digamos.

Se levantó y pasó con cariño la mano por las fundas.

—Mi hermano mayor tenía una tienda antes de irse al extranjero —aclaró—. Y pensé: ¿por qué no? Un trabajo es un trabajo, y yo necesitaba uno en ese momento. No es que los comercios prosperen ya como antes. Últimamente han aparecido por aquí como setas las grandes superficies, que venden también materiales de construcción y, ya sabes, yo no puedo mantener sus precios.

Pareció abrumado, pero enseguida recobró el ánimo.

—Siempre he soñado con tener una tienda de discos, desde pequeño. En aquel entonces, de discos de vinilo, claro, pero ahora lo que funciona es el CD. A no ser que seas coleccionista, claro. ¿A ti te gusta el country?

—No, no especialmente —respondió Karlberg con sinceridad. La mirada del propietario de la tienda, que, a todas luces, presentaba más facetas de las que pudiera pensarse a primera vista, se ensombreció por un instante.

—Bueno, pues ha empezado a llegar una nueva generación de cantautores que llevan la cultura country en la médula, aunque sus canciones están más trabajadas y resultan más fáciles de digerir para quienes no estén tan acostumbrados a escuchar ese tipo de música.

Buscó afanosamente entre las hileras de discos, tratando de encontrar al menos algo que pudiera satisfacer el oído tan exigente del policía.

Karlberg se encaminó a la puerta, tan amable como resuelto.

—No estoy tan puesto en la materia —dijo a modo de disculpa cuando vino a salvarlo un cliente que, claramente despistado, entró en la tienda.

Franzén suspiró contrariado, como si los clientes fuesen sólo una molestia que venía a interrumpir sus experiencias musicales cotidianas.

—Qué raro, a estas horas apenas viene nadie —dijo disgustado.

Karlberg aprovechó la circunstancia para darle las gracias y largarse.

## Capítulo 34

Teniendo en cuenta que se había presentado dos horas después de lo acordado, Tell no podría quejarse si lo trataban como a un hipocondríaco en el servicio de urgencias.

Se encontraba en el ala de un edificio de ladrillo color amarillento donde se alojaban las oficinas de los servicios de Atención al Paciente y la Familia. Le habían concedido por teléfono una reunión con el jefe de departamento a primera hora de la mañana. Sin embargo, le había llevado más tiempo del calculado conseguir los permisos necesarios para solicitar el acceso a los historiales, que estaban protegidos por el secreto profesional. Cuando al fin llegó, el jefe ya se había marchado para asistir a una reunión con el equipo directivo.

Tell le ofreció a la secretaria una pedagógica explicación de cuál era el orden de preferencia entre una investigación por asesinato y una reunión con el equipo directivo, y la mujer se ofreció a su vez a tratar de localizar a la directora de la sección de Atención a la Infancia y la Juventud.

—Seguro que ella puede ayudarte, teniendo en cuenta que la información que buscas es competencia de ese departamento. Aunque creo que esta mañana tenía que acudir al tribunal provincial.

Así pues, mientras aguardaba ocioso en la sala de espera de la directora, sus pensamientos volaron hacia Seja y el Año Nuevo que habían pasado juntos, una noche y una mañana perfecta, en muchos sentidos, aunque seguro que ambos desearon en silencio que todo hubiese sido más sencillo.

De hecho, por un instante percibió en Seja una sombra de duda que desapareció enseguida. Y Tell no acertaba a imaginar su causa.

Cuando le informaron de que la directora no regresaría hasta después del almuerzo, Tell abandonó aquel edificio que le ponía a uno los pelos de punta y se fue a dar una vuelta por la plaza del centro de Angered.

Una panda de borrachos gritaba ante la puerta del Systembolaget. Distinguió entre ellos una cara conocida. La de Lisa.

Lisa Jönsson: la conocía desde la época en que él patrullaba las calles y ella era una adolescente delgaducha, ojerosa y descarada que andaba siempre por la plaza Femman. Más tarde, la encontró en la brigada de seguridad ciudadana, cuando hacía la calle para pagarse su adicción a la heroína. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la vio: acababa de recibir una paliza y quería denunciar a su chico por maltrato. Tell no sabía si había llegado a hacerlo, pues ya había dejado atrás aquellos años de policía arrastrado y no era competencia suya tramitar las denuncias.

«Habría apostado cualquier cosa a que estaba muerta», se dijo. Esas mujeres no solían llegar a viejas. El de Lisa no era un caso aislado. Los chicos malos a cualquier escala estaban siempre rodeados de mujeres. Tíos como Ronny, pareja y chulo de

Lisa, que se había convertido en un tipo cruel y violento al tener que sobrevivir, engañar y sobrellevar su necesidad permanente de drogas. Chicos que no tenían ya más de dos dientes en la boca y que les pegaban a sus chicas porque eso era lo único que, al menos durante un breve espacio de tiempo, les hacía sentir que tenían el control. También había tipos que jugaban en una división superior, tíos que compraban y vendían, que delegaban la responsabilidad en sicarios que debían aprender a golpear primero y pensar después, que vivían bajo el lema del imperio del miedo. Y estaban las chicas que vivían peligrosamente en manos de psicópatas volubles, en un mundo en el que sólo contaba la última prueba de lealtad y una única equivocación te podía costar la vida. Pero esos chicos no cogerían a Lisa ni con pinzas.

Se había colocado unas largas trenzas rojas de lana que le llegaban por las caderas, estrechas y masculinas. Vista así, de espaldas, no aparentaba más de treinta años.

Lisa se dio la vuelta y Tell se sobresaltó. Se quedó pasmado al comprobar que el pasado se nos viene encima de pronto, cuando menos lo esperamos. Y que, pese a llevar veinte años como madero, aún le impresionara ver lo frágil que era la existencia humana.

Pensó en acercarse a ella, pero cambió de idea. Tal vez porque Lisa intentaba sujetar con la correa a un pit bull que forcejeaba y tiraba del collar; o porque los tíos con los que estaba eran muchos y muy escandalosos.

Por otro lado, no era tan sentimental y comprendía que, seguramente, ella no lo reconocería. Lisa habría conocido a cientos de policías a lo largo de su vida. Él había conocido a cientos de putas pero, por alguna razón, ella le había causado mayor impresión. Quizá porque él era muy joven cuando la conoció y aún se imaginaba que podría ayudar a cambiar las cosas.

Con el tiempo, las caras amoratadas y heridas de todas las mujeres que había visto en su trabajo se habían fundido en una sola; quizá, precisamente, la cara de Lisa, como si ella fuera exponente de... bueno, ¿de qué? ¿De la otra cara de la sociedad? ¿De lo desprotegidas que estaban las mujeres en comparación con los hombres?

—¿Qué miras? —le gritó uno de ellos, dio un par de pasos vacilantes hacia Tell con el puño en alto y soltó una risa chillona, como un relincho.

Durante un segundo, Lisa Jönsson miró a Tell a los ojos. A él le pareció advertir que se le contraían los músculos de la cara, pero la mujer bajó la vista enseguida. Probablemente no reconoció en él más que a un madero, un madero cualquiera, los detectaba a kilómetros. Tell sabía que aquellos que viven al margen de la ley distinguen a los policías, aunque ningún policía es capaz de entender cuáles son las características que los delatan, si es por la ropa o por el porte autosuficiente.

Claro que Lisa Jönsson quizá bajó la mirada por costumbre.

Birgitta Sundin, la directora del departamento, llegó por fin, con media hora de retraso, y entró en su despacho con paso presuroso. Tell ya la aguardaba en un sillón rojo que había cerca de la mesa de reuniones.

Sundin era una mujer mayor, con gafas y con el pelo cano cortado en una melena redonda. Un chal de vivos colores le cubría los hombros, en fuerte contraste con el resto de la vestimenta, que era muy formal.

—Ya me han informado de la razón de su visita, pero yo no sé lo suficiente del tema como para poder serle útil —dijo con la voz tensa. Tell sintió que le ardía la sangre y la mujer se apresuró a añadir—: Sin embargo, tan pronto como haya hablado con Eva Abrahamsson, nuestra jefa de servicio, me ocuparé personalmente de que le envíen los documentos. Si es que siguen aquí, claro. Es muy probable que el material que busca la policía haya sido destruido. Estamos hablando de documentos de hace veinticinco años, ¿no es cierto?

El móvil de Birgitta Sundin empezó a vibrar y su sonido se propagó a través del tablero de la mesa. Ella cruzó las manos, como para asegurarse de que no se iban a lanzar sobre el aparato en contra de su voluntad.

—Lamento que haya tenido que esperar en vano —añadió.

—Eso no es suficiente —replicó Tell—. Según me han explicado, los historiales médicos que me interesan formaban parte de ese porcentaje que se conserva para la investigación, por lo tanto, sé que no se han destruido. Tienen que estar aquí o en algún archivo en otro lugar. Por otro lado, me aseguraron que podría consultar aquí cuanto necesitara para mi investigación. Tengo todas las licencias necesarias en regla. Y no me iré hasta que haya obtenido la ayuda precisa para la investigación de un asesinato.

El teléfono de Sundin volvió a vibrar y, en esta ocasión, se permitió mirarlo de soslayo. Para sorpresa de Tell, la mujer tuvo el descaro de contestar. Giró un poco la silla y no tardó en concluir su conversación, a base de monosílabos.

—Bueno, pues era Eva. Había buscado los historiales. Como no llegó usted a la hora acordada, los dejó en el armario de su oficina.

Dicho esto, hizo una pausa teatral para asegurarse de que Tell captaba la indirecta. Como así fue.

—Por supuesto, continúe.

—Su secretaria le abrirá el armario.

Tell se levantó y advirtió que la conversación con Birgitta Sundin había durado cinco minutos exactamente.

—Ah, vaya, entonces, ¿eso era todo? Pues gracias por la ayuda —no pudo evitar decir.

Sundin se colocó el pelo detrás de la oreja, enojada, en un principio. Luego se desinfló. O como Tell le diría después a Karlberg: consiguió sacarse el palo del culo.

Birgitta Sundin lanzó un suspiro y se inclinó un poco hacia delante.

—Perdone, ¿cómo era su nom...?

—Christian Tell, comisario.

A Tell se le había caído al suelo uno de los guantes y ella se lo recogió.

—Comisario Tell, no es que no haya comprendido la importancia que para usted tienen esos historiales. Y de que estén en su poder cuanto antes. Tampoco digo que no tenga la obligación de entregárselos. Pero me ha pillado desprevenida. Como comprenderá, habría incurrido en una falta grave si no hubiera comprobado que todo se hacía correctamente.

Él le tendió la mano por encima de la mesa, sin decir una palabra.

Ella no se la estrechó.

—Siéntese un segundo —le pidió—. Creo que podría ayudarle a empezar con una cosa, como compensación por nuestro mal comienzo.

Tell estaba preparado para subir las escaleras y tener otra pelea con la secretaria del jefe de sección, tan observadora de las normas como la directora.

—Ajá, ¿y de qué se trata?

La mujer pareció tomar una decisión.

—Tengo entendido que los historiales que le interesan son los correspondientes a la familia Pilgren. En concreto, los de los hijos, Susanne y Olof.

Sus palabras reavivaron el interés de Tell.

—Me jubilo dentro de un año, pero tengo la sensación de llevar trabajando aquí toda la vida —comenzó Sundin—. Como asistente social, como responsable de las ayudas económicas, luego con adultos... con jóvenes, familias con hijos pequeños, medidas para la integración en el mercado laboral... en fin. Como quiera que sea, los últimos años he sido directora. Primero en el grupo de acogida y ahora en el departamento de atención a las familias. Pero a lo que iba es a que realmente conozco bastante a esa familia, o quizá debería decir que la conocía, pues de aquello hace ya un montón de años. Yo fui su asistente social.

Guardó silencio y miró por la ventana.

—Desde luego, no recuerdo a todos los niños y familias con los que he trabajado en mi vida, eso sería imposible —añadió después—. Pero la verdad es que, por alguna razón, a esa familia la recuerdo muy bien. No sé por qué, pero así es. Quizá porque fue uno de mis primeros casos.

Tell asintió y recordó la imagen de las trenzas de lana roja de Lisa Jönsson. Sabía exactamente a lo que se refería.

—La primera vez que estuve en casa de la familia Pilgren, Olof estaba en camino y Sussie tendría unos tres años —comenzó Birgitta Sundin tras haber ido a buscar los

historiales clínicos al armario de Eva Abrahamsson y colocarlos en el centro en la mesa—. Acababan de llegar de alguna ciudad del norte, pero se habían trasladado a las afueras de Estocolmo. Llegaron a Gotemburgo huyendo precipitadamente durante una investigación.

—¿De qué tipo...? Perdona que la interrumpa, ¿qué tipo de investigación?

—La oficina de Asuntos Sociales está obligada a velar porque los niños y los jóvenes crezcan en un entorno seguro y acogedor. Si, mediante una denuncia, por ejemplo, llega a nuestro conocimiento que no es ése el caso, debemos abrir una investigación. Pero siendo policía lo sabrá de sobra, ¿no?

Birgitta Sundin miró con el rabillo del ojo a Tell, que no estaba seguro de que aquello fuese una pregunta.

—No es precisamente mi campo —dijo de forma escueta y le pidió que continuara—. ¿Puede decirme cómo eran el padre y la madre?

La mujer hojeó los documentos del historial en donde aparecían detalladas todas las intervenciones importantes de la oficina de Asuntos Sociales. Todos aquellos documentos constituían una especie de diario en el que la asistente social responsable del caso había ido anotando los contactos con la familia por orden cronológico.

—Estas cosas sirven de apoyo a la memoria —observó y empezó a revisar aparentemente al azar los apuntes. Muchos de ellos estaban firmados con sus propias iniciales.

Los apartó a un lado y empezó a frotarse con insistencia por debajo de la parte inferior de la montura de las gafas. La piel reseca se le enrojeció debajo de los ojos.

—Bueno... cómo resumirlo todo... Veamos, dos individuos débiles de carácter, cada uno con su adicción, se conocieron y tuvieron hijos. Un tanto cínico, pero así fue.

Exhibió media sonrisa, aunque enseguida volvió a ponerse seria.

—La verdad es que Cecilia Pilgren era una chica que se hacía querer. Yo creo que poseía un talento natural que nunca salió a la luz, a causa de la infancia tan complicada que vivió, por supuesto. Pero bueno, es lo que suele ocurrir. Sencillamente, no tuvo modelos sensatos que seguir, como vimos al cabo del tiempo. Sólo se acercaba a hombres con problemas... como puedes imaginar. Magnus tenía una gran dependencia. Era un tipo violento que maltrataba tanto a Cecilia como a los niños cuando le daba un arrebato. En el fondo, también él quería lo mejor para sus hijos, como todos, y en los periodos en que no consumía, se podía hablar con él. Y uno se daba cuenta de que él también tenía el alma hecha jirones bajo aquella dura apariencia.

Sundin pareció ausente por un momento, luego sacudió la cabeza y empezó de nuevo a hojear los documentos.

—A ver, que pierdo el hilo. Como iba diciendo, habían llegado un par de

denuncias contra la familia donde vivían y... tras un par de intentos fallidos por parte de Asuntos Sociales, pues... bueno, se largaron. A Solna, si no recuerdo mal. Sí, y desde allí se trasladaron aquí.

—¿Intentos fallidos?

Tell observó los historiales con tristeza. Tenían el grosor de una guía telefónica, llenos a reventar de informes periciales de todo tipo, del asistente social y de profesionales del mundo judicial; de médicos, maestros, personal de la guardería. La lista era larga, pero todos tenían un denominador común: la gran preocupación que todos aquellos expertos manifestaban por la situación que vivían en casa los hermanos Pilgren.

—Sí, bueno, antes de llevar a cabo una actuación tan importante en la vida de una familia como hacerse cargo de sus hijos o, mejor dicho, de colocarlos en una familia de acogida, la oficina de Asuntos Sociales está obligada por ley a probar otros tipos de ayuda.

—¿Como por ejemplo?

—Como por ejemplo, diferentes formas de apoyo en el hogar. Magnus empezó un tratamiento para luchar contra su adicción, pero no lo terminó. A Cecilia se le ofrecieron diferentes tipos de actividades.

—Y no dio ningún resultado, supongo —dijo Tell.

—Exacto, así fue. Sobre todo porque Cecilia hacía el paripé, pero no es nada raro entre las madres en su situación. Es tan curioso como comprensible.

—¿Y eso?

—Debe comprender que aunque todas esas medidas pretenden ofrecer apoyo a los padres en su papel de padres, a fin de ayudarles a cambiar el modo de vida que han llevado hasta el momento, lo cierto es que a menudo se los pone entre la espada y la pared. Si no aceptan la ayuda y se comportan bien, es decir, si no asisten a los cursos y muestran su buena voluntad, Asuntos Sociales terminará igualmente haciéndose cargo de los niños.

—De modo que, aunque se diga que aceptar las ayudas es voluntario, en el fondo no tienen elección, ¿no es así?

—Exacto. De ahí que esos padres, en contadas ocasiones, muestren una actitud positiva hacia las ayudas que les ofrecen los servicios sociales. Y en ese sentido, Cecilia tampoco mostró una actitud positiva. El rechazo, junto con la vida desestructurada y caótica que llevaba, dio lugar a que fracasara constantemente en el cumplimiento de su parte del... vamos a llamarlo «contrato». Como sabe, aquello terminó con el traslado de los niños a un hogar de acogida, y eso es lo que habría sucedido también en Solna, si no se hubieran mudado.

—¿Cómo se explica que ustedes no completaran el proceso? Se supone que en la oficina de Asuntos Sociales de Solna ya habían llevado a cabo su evaluación, ¿no?

Sundin sonrió condescendiente, pero admitió que Tell tenía algo de razón.

—Buena pregunta, y además, en principio tiene razón. Pero en muchos casos, la práctica no sigue las normas. No es raro que este tipo de... vamos a llamarlas «familias multiproblemáticas» se trasladen sistemáticamente de municipio tan pronto como empiezan a «quemarse», no sé si me comprende. Y seguro que, en muchas ocasiones, piensan partir de cero en el nuevo municipio, creen que todo va a ser mejor si se alejan de toda la antigua mierda. Y a veces funciona, durante un tiempo, hasta que comienzan a temblar de nuevo los cimientos de la estructura familiar y Asuntos Sociales vuelve a poner sus ojos en ellos.

—O puede que, en efecto, las cosas sean diferentes en la nueva ciudad —apuntó Tell de forma espontánea, sorprendido de la insólita mezcla de optimismo y desesperación que reflejaba su comentario.

—Sí, bueno. Eso es lo que uno quiere creer —respondió Sundin.

Tell decidió no seguir por ese camino.

—Lo que me está diciendo, en otras palabras, es que la información existente acerca de las familias con problemas no se transfiere al nuevo ayuntamiento automáticamente.

—Eso es.

—Lo que quiere decir que, en la práctica, los niños de esas familias pueden padecer un infierno tantas veces como haga falta sin que nadie lo remedie, sólo porque la familia se traslada y el asunto se archiva.

—Eso es lo que sucede en la práctica, sí.

Ambos guardaron silencio y reflexionaron sobre aquella conclusión.

—Y no se hace por ningún motivo concreto —dijo Tell al fin—. Quiero decir si no se piensa en la capacidad que el ser humano tiene de cambiar su vida, o en su *derecho* a cambiarla, sin que nadie lo condene de antemano por sus fracasos pasados —una vez más, pensó en Lisa Jönsson—. Protección de la integridad individual y esas cosas, ya sabes.

Birgitta Sundin meneó la cabeza despacio.

—No. La idea es, pese a todo, tener en cuenta la perspectiva del niño en primer lugar pero, como en todas las grandes organizaciones, a veces las personas pasan a un segundo plano. En cualquier caso, yo los conocí cuando llevaban varios meses aquí. Espere... no lo recuerdo bien, tengo que mirar las notas... Recibimos una denuncia de los vecinos según la cual aquella casa era un puto escándalo, y disculpe la expresión. Poco después, Magnus le dio a Cecilia una buena paliza y ella acabó en el hospital. Durante un tiempo, vivió en una casa de acogida para mujeres, junto con Sussie. Denunció a Magnus, pero luego retiró la denuncia.

Tell asintió. Esa parte la conocía bien.

—Resumiendo, hicimos lo que pudimos para motivar a Cecilia a aceptar la ayuda.



Se separaron poco después de que naciera el niño. Recuerdo que, entonces, me pareció un paso en la dirección adecuada por parte de Cecilia. Había reducido considerablemente el consumo de anfetaminas durante el embarazo. Mire, aquí tiene un informe bastante positivo de la investigación de que fue objeto mientras estuvo embarazada.

Sundin le mostró a Tell un documento de color parduzco y escrito a máquina en cuyo encabezamiento se leía el nombre de Hästvikens Utredningshem, la entidad encargada del seguimiento.

—Si algo mueve a las mujeres drogadictas a enmendarse es un embarazo. Y con Magnus fuera de escena, pensé que Cecilia tenía una oportunidad.

Birgitta Sundin sacó una caja de caramelos de menta del primer cajón del escritorio.

—Por desgracia, sólo tenemos en cuenta a las madres y descartamos a los padres desde el principio —observó la directora, aunque sin el menor atisbo de culpabilidad—. Probamos distintas vías, pero, cuando nació Olof, Cecilia volvió a incrementar su consumo y, sobre todo, abandonó el cuidado de Sussie. ¿Ve? Aquí anoté que no la llevaba a la guardería, por ejemplo. E interrumpió todo contacto con los servicios sociales y de asistencia a la infancia. Si no recuerdo mal, Olof tenía poco más de seis meses cuando se hicieron cargo de Sussie.

—O sea, la niña sí, pero el pequeño no —observó Tell perplejo.

—Sí, en aquel momento consideramos que la hermana mayor corría más riesgo que el hermano por el estado de Cecilia. No es infrecuente que las madres cuiden de sus hijos *good enough* mientras son bebés, y que pierdan el control cuando se hacen algo mayores. Cuando empiezan a ser díscolos y a exigir. Y eso le ocurría a Cecilia. Pese a todo, estábamos dispuestos a concederle otra oportunidad con Olof. Comprenderá que ahora es fácil decir que nos equivocamos.

La mujer adoptó una expresión defensiva.

—Ha de saber que, en contra de lo que cree la gente, en este país no nos llevamos a los hijos sin motivo. Antes al contrario, yo diría que deberíamos hacerlo con más frecuencia. En fin, volviendo al asunto que nos ocupa, al final, mediante promesas y amenazas conseguimos que aceptara mudarse a un hogar para madres con hijos pequeños. Estaba en el norte, en Dalarna, creo. Cecilia y Olof estuvieron un año viviendo allí.

—¿Qué implica vivir en uno de esos hogares? —quiso saber Tell.

El comisario tenía la sensación de que lo que sucedió en un pasado remoto iba a resultar de capital importancia para su investigación.

Sundin no había respondido a su pregunta cuando alguien llamó a la puerta, que enseguida se abrió para dar paso a un hombre corpulento, de unos treinta años de edad. El joven informó a Sundin de que el grupo de asistencia a la juventud

aguardaba a que comenzase la revisión de casos en la sala de reuniones.

—Un momento, Peter —le dijo Sundin con sequedad—. El comisario y yo no tardaremos.

La directora le echó un vistazo al reloj, pero sin olvidar la pregunta de Tell.

—Ese tipo de hogares han de observar la conducta de la madre y de los hijos y deben entregar informes periódicos sobre la capacidad de la madre para cumplir su función parental, sobre la relación madre e hijo, o sobre aquello que quien solicite los informes haya señalado como prioritario. En la actualidad, la mayoría de los hogares diseñan sus servicios según los deseos de quien los requiera. Y es natural. Por un lado, la competencia en ese campo es muy dura y, por otro, suelen cobrar esos informes a precio de oro.

La mujer carraspeó un poco y pasó varias hojas del informe de Olof, antes de cerrar el archivador y mirar a Tell como disculpándose.

—Podemos sintetizar afirmando que todo funcionó bien durante un tiempo. En Dalarna confiaban en ella. Cuando volvió a la ciudad, le concedieron un contrato de alquiler a su nombre. Y, de hecho, mantuvo a raya las drogas durante un par de años, aunque con mucha vigilancia y ayuda de los servicios sociales. Sin embargo, cuando Olof tenía cinco años, conoció a otro hombre que, por lo demás, nosotros también conocíamos; una verdadera perla, si quiere saber mi opinión. Y él la arrastró al fango de nuevo, en muy poco tiempo. Un año más tarde, cuando Olof entró en urgencias con múltiples contusiones y un brazo fracturado, se lo retiraron por la vía rápida. Jamás se aclaró si fue Cecilia o Marko, su nuevo compañero, quien le causó las lesiones, pues se culpaban el uno al otro.

—Y ¿adónde fue a parar Olof?

—Al principio, a un hogar especial para casos urgentes y, más tarde, a una familia de acogida de Ockerö. Tenían una larga experiencia con niños de acogida. Olof vivió con ellos hasta la edad de diez años o poco más, cuando el hombre murió súbitamente de un infarto. Su mujer no se vio con fuerzas para continuar sola con el trabajo.

—¿El trabajo?

—Sí, sencillamente no tenía fuerzas para seguir trabajando con los niños de acogida. Se le había muerto el marido y, bueno. Olof fue reubicado con una familia de Bergum, en Olofstorp.

De repente, Christian Tell dejó de pensar en la azarosa existencia de los niños de acogida y reaccionó al oír el nombre.

—¿Olofstorp, dice?

—Sí, por aquella zona. El nombre de la familia empezaba por jota. Jidbrandt, creo, marido y mujer. También una familia con experiencia en acogida. O, bueno, cuando Olof se mudó con ellos, tenían ya acogida a una niña.

Tell se inclinó y miró a Sundin a los ojos.

—¿Puede darme más información sobre esas dos familias? Me refiero a las familias de acogida.

Sundin negó con un gesto.

—No, no creo que pueda. Hace tantos años... Y pudo haber más de dos familias de acogida. Incluso creo recordar que Olof pasó un periodo más o menos breve en una especie de institución, pero no apostaría el cuello.

Tell señaló el historial de Olof.

—En cualquier caso, ahí debería figurar toda la información, ¿no es así?

Birgitta Sundin asintió.

—Así es. O al menos, todo el material que interesa a la comisión de Asuntos Sociales. Debe existir un informe sobre cada una de las familias de acogida, y una resolución aprobatoria en la que el secretario de Asuntos Sociales y el de los servicios de acogida motiven su elección de familia para determinado niño. Eso puede leerlo usted mismo.

Dicho esto, se puso de pie y cogió apresurada un bloc y una agenda de la estantería que había detrás de la mesa.

—Debo irme. Espero haber sido de ayuda.

Tell asintió y le estrechó la mano que ella le tendía.

—Gracias por dedicarme parte de su tiempo. Pero permítame que le haga una pregunta más. Para obtener información sobre Susanne Pilgren, ¿con quién debería ponerme en contacto? ¿Alguien sabe dónde está?

—¿Sabe si vive aquí, en Angered?

—¿Aquí? Pues no, no lo sé. Aunque según el censo más reciente, vivía en Högsbo.

—En tal caso, no es competencia nuestra, tendrá que ponerse en contacto con Högsbo. De veras, tengo que irme.

Birgitta Sundin estaba a punto de cerrar la puerta de su despacho, cuando, de repente, se dio media vuelta.

—Por cierto, ¿qué ha pasado con Olof? ¿Lo han asesinado, o ha asesinado a alguien?

## Capítulo 35

1995

Su habitación era su espacio de libertad.

Pese a que Solveig negaba toda forma de sensatez y cordura, parecía haber comprendido que en aquel hogar sólo una persona había perdido el juicio por completo. Y así acabaría él también, a menos que le permitiese retirarse a su habitación sin venir detrás lloriqueándole con sus amargas acusaciones.

Llevaba años avergonzándose de su dormitorio, de los pósters de fórmula 1 ya mugrientos, la colcha de la sección infantil de los almacenes Åhléns, con motivos de Tintín, que le encantaba de niño, y de *Milú*, la ridícula alfombra en forma de pez que, por lo demás, resultaba absurda ya cuando Solveig se la regaló el día que cumplió trece años. La única razón por la que aquella alfombra seguía en Rydboholm a los pies de su cama era la mancha tan horrible que afeaba el suelo justo debajo del pez. Aunque cuando sus amigos iban a verlo, era mejor la mancha que la alfombra. Entonces la escondía en el armario, hasta que volvía a quedarse solo con su madre, que se ofendía enseguida si la echaba de menos.

Ahora se alegraba de, pese a todo, haber reproducido al mudarse la decoración de su antigua habitación. De hecho, la ridícula alfombra en forma de pez expresaba una inocencia pura e infantil que ya no le resultaba humillante, sino que más bien le infundía serenidad. Quienquiera que entrase en aquella habitación, sin saber quién era él o qué había hecho, vería enseguida que la ocupaba un niño. Y los niños nunca son culpables de nada, en realidad.

Estaba claro que el asistente social que fue a hablar con su madre después de la desaparición de My era de la misma opinión. En efecto, con una voz absurdamente monótona, casi como la del servicio de información horaria, le decía:

—No es culpa tuya, Sebastian.

Para enseguida volverse hacia su madre:

—No tiene por qué haber ocurrido ningún accidente, Solveig.

Sebastian, que conocía bien a su madre, esperaba que ésta estallase. Como así fue. El asistente social se hizo una herida en la mano con el jarrón, que se quebró en mil pedazos. Claro que Solveig no se lo arrojó a él directamente y el hombre se hirió cuando, amedrentado, intentaba recoger los fragmentos del suelo. En cambio, sí que se empleó con él de palabra, en un tono tan quedo y monótono como el del propio asistente, pero impregnado de ira. El asistente social, que sin duda estaría preparado para enfrentarse a personas agresivas en plena crisis, declaró con la misma ausencia de vivacidad que «veía claramente que Solveig estaba alterada. Que oía que estaba alterada».

Y entonces Solveig, fuera de sí, lo echó de allí, como si el asistente social fuese el

culpable de que My no hubiese vuelto a casa aquella noche después de la fiesta. Como si fuese el culpable de que la hermana mayor se hubiese marchado a casa varias horas antes que Sebastian y, pese a todo, no estuviese allí cuando su hermano pequeño, bastante tocado después de la fiesta, por cierto, entró de puntillas en el vestíbulo a las cuatro de la mañana, para enfrentarse a la misma furia que la recepcionista y la telefonista de la comisaría hubieron de soportar a la mañana siguiente.

También los policías que, por fin, se dignaron a escuchar a Solveig lograron mantener la calma después de recibir su parte de improperios.

—Señora Granith, su hija tiene diecinueve años. Debe comprender que puede que se haya ido a cualquier sitio por voluntad propia. A esas edades, suelen hacerlo. Son lo bastante adultos para cuidarse, pero no para pensar que su familia quizá esté preocupada. Señora Granith, ya verá como no tarda en volver.

Sebastian comprendió que el policía consideraba a su madre como una histérica. Estaba acostumbrado a que así fuera. En una ocasión, oyó al casero llamar a Solveig «el caso clínico del portal ocho». Seguramente, el hombre se había olvidado de colgar el teléfono. Cosas que pasaban. En aquella ocasión, a Solveig se le había metido en la cabeza que el hueco del doble suelo estaba atestado de ratas. Y le pidió a Sebastian que llamara él, pues sospechaba que la secretaria desviaba sus llamadas de modo que no llegasen al jefe.

A Sebastian no le importaba demasiado que la gente hablase de su madre con desprecio.

\* \* \*

Nunca supieron cuánto influyó la convicción inquebrantable de Solveig, pero la policía tomó la decisión de iniciar una búsqueda, contemplando la hipótesis de que a My pudiese haberle ocurrido algo, a pesar de todo.

Hablaron con los organizadores de la fiesta en el club de motoristas, que tuvieron que proporcionar los nombres de todos los que participaron en el evento privado. Tuvieron que hacerlo de memoria pues, como es lógico, no contaban con ningún registro escrito. El resultado fue una lista compuesta por una mínima parte de todas las personas que, de hecho, acudieron a la fiesta. De esa lista, tan sólo llamaron a unos cuantos para preguntarles si habían visto a la joven en la fiesta o si habían oído qué pensaba hacer después y con quién o con quiénes la habían visto hablar. Y poco más.

La búsqueda por los bosques de los alrededores se interrumpió el mismo día que se inició, ya que encontraron a My a un par de kilómetros del club. Se hallaba en un lugar abierto, a tan sólo treinta metros de la carretera, y los perros la detectaron casi

de inmediato. La bici estaba en la cuneta y tenía la rueda pinchada.

No fue el mismo policía el que acudió a su casa la segunda vez, sino otros dos: un hombre algo mayor y una mujer, más joven. Por la expresión de la mujer policía, cabía sospechar que llevase una máscara de compasión pegada al cráneo con cola, como si, conscientemente, hubiese elegido entre varias expresiones adecuadas.

Sebastian tenía la certeza de que My estaba muerta.

—No está muerta, señora Granith —aseguró el policía—. Pero sufre hipotermia y está inconsciente. Deben prepararse para lo peor.

Sebastian se acercó caminando de puntillas mientras Solveig se encerraba en el baño lamentándose a gritos de aquel modo que él había aprendido a odiar desde niño. El policía se sobresaltó al verlo aparecer de pronto ante la puerta de la sala de estar. El hombre se aclaró la garganta, aunque no le salía la voz.

—Se ha dado un golpe en la cabeza y está inconsciente y... no es seguro que recobre el conocimiento.

\* \* \*

Los policías se negaron a dejar a Sebastian en el apartamento, pese a que el chico se aferró en silencio al marco de la puerta de su habitación de niño. Ahora se encontraba en una consulta médica iluminada por una tenue luz verdosa. Sentía el peso de las manos del médico sobre sus hombros, como si el hombre intentase retenerlo ante la eventualidad de que quisiera huir. Y vaya si le habría gustado huir.

—Se cayó y se golpeó la cabeza con una piedra —le explicó a Solveig la mujer, cogiéndole la mano.

Los médicos eran dos, igual que los policías, aunque en este caso la mujer era mayor que el hombre, al que aún le faltaban unos años para alcanzar la mediana edad. Sebastian no entendió su nombre.

—Sufrir una grave hipotermia, pues lleva muchas horas a la intemperie, y ha perdido mucha sangre.

La doctora hablaba despacio para que sus palabras alcanzasen la conciencia de la mujer, pero ésta parecía estar en otro mundo, con la cara grisácea inexpresiva, sin pestañear siquiera. Tan sólo un músculo, debajo de la oreja izquierda, revelaba que estaba apretando los dientes rítmicamente. Y ése era el único indicio de que estuviese viva.

—Sigue con vida en la medida en que su corazón no ha dejado de latir, pero el cerebro ya no le responde.

La doctora corrió un poco la silla para estar más cerca de Solveig, tanto que sus rodillas se rozaron. Solveig dio un respingo. El sonido desgarrador de las patas metálicas de la silla contra el suelo hizo que Sebastian se marease.

—Su cerebro no volverá a funcionar jamás.

A su espalda, el joven médico apretaba los hombros, la cabeza y el tronco de Sebastian contra su estómago y su pecho, que olía a loción para después del afeitado mezclada con desinfectante.

—Vamos, tranquilo —le decía al tiempo que le giraba la cabeza. La mejilla de Sebastian quedó pegada a la bata de color verde y su nariz, muy cerca de la axila. El chico notó un penetrante olor a sudor.

Se liberó bruscamente y fue a vomitar en el pantalón de Solveig. No se tomó la molestia de comprobar si la doctora también recibió alguna salpicadura de vómito. En menos de un segundo, ya se había largado de la consulta.

—Ya dije yo que quería quedarme en casa —iba murmurando mientras corría pasillo abajo—. Ya dije yo que no quería venir.

\* \* \*

Logró hallar algo de sosiego en una sala de espera anónima del gran hospital, tras haber corrido sin resuello por los pasillos y haber subido y bajado escaleras. Lo que más paz le infundía de aquella sala era precisamente la escasez de luz. A nadie se le había ocurrido encender aún para iluminar los espacios cada vez más penumbrosos. No soportaba mirar a nadie a los ojos.

Sebastian se desplomó en un sofá de color verde lleno de bolitas dispuesto a aguardar el llanto, que se negaba a aflorar. Sentía los ojos reseco y ardientes, como si tuviera fiebre. Al ritmo desacompañado del corazón, cogió una revista y se la puso en las rodillas, como para protegerse, con la idea de tener algo en lo que fijar la vista y evitar el desvarío.

Alguien con una bata blanca se acercó y entró en el túnel de su campo de visión: era una joven peinada con una cola de caballo. La mujer ladeó la cabeza y se dirigió a él con expresión preocupada. El rumor crecía y decrecía en los oídos de Sebastian. Pese a sus esfuerzos por comprender, no porque le importase, sino por no dar la impresión de estar loco, no conseguía registrar nada, salvo que lo que llegaba a sus oídos eran palabras, composiciones de palabras, y las palabras no cambiarían nada.

Se levantó y dejó atrás la figura desconcertante de la mujer. Con paso apresurado, recorrió de nuevo el pasillo en dirección al susurro de las puertas giratorias y de allí a los ascensores que lo llevarían a otra parte del edificio. Por ejemplo, podría ir al piso donde su madre se encontraba ahora drogada y seguramente amarrada, al menos hasta que la inyección empezase a surtir efecto. A aquellas alturas, seguro que se le habría tirado al cuello a cualquiera de los médicos que la atendían y Sebastian pensó que «ni siquiera en una situación como aquella, en que cualquier persona normal estaría en su pleno derecho de gritar y comportarse como una loca, ni siquiera entonces su madre

sería capaz de mantenerse dentro de los límites». Su locura rebasaría esos límites. No había techo lo bastante alto para su delirio. Y al final, tendrían que encerrarla en la sección de los locos.

También podía elegir la planta donde estaba My, que parecía dormida o muerta, pero que no estaba ni lo uno ni lo otro.

Se le vino a la mente un tebeo que leyó una vez. Debió de ser hace mucho tiempo, porque recordaba que le costaba leer las viñetas y que a veces no lo conseguía y debía contentarse con mirar las ilustraciones de personajes toscamente dibujados y campos de color bien diferenciados. El tebeo trataba de un hombre al que apuñalaban, pero sobrevivía y caía en coma. Mientras estaba inconsciente, el hombre se hallaba entre la vida y la muerte y, por tanto, en un país especial: «Un país transitorio». La mayoría de las personas que mueren de sopetón por un infarto o por una caída contra el asfalto al girar una esquina apenas se enteran y es tan breve que, después, podrían creer que habían sido figuraciones suyas. Si hubiese algún después, claro.

Las criaturas fantasmales que pueblan el país transitorio son de una naturaleza peculiar, son seres inquietos, desarraigados. Provisionales. My era ahora uno de ellos, un ser exiliado.

«Dejadlos libres —se le ocurría pensar a Sebastian—. Liberad a los fantasmas de su angustia, es lo más humano». Algo le decía que ésa era la idea central del tebeo, si es que ese tipo de tebeos tenían alguna idea central.

Otra bata blanca se le acercó y buscó su mirada.

—Estoy esperando a mi abuela —explicó Sebastian con una voz que le sonó ajena.

¿Por qué había de ser tan difícil que lo dejaran en paz? Volvió a sentir el pánico a flor de piel. La bata blanca asintió, y no parecía del todo satisfecha, pero justo cuando iba a añadir algo, le sonó el busca que llevaba en el cinturón y se alejó con paso presuroso.

Sebastian sintió un repentino temor: ¿y si los médicos de su madre lo habían mandado buscar por el edificio? Quizá hubiesen enviado su descripción por correo electrónico: «Si veis a un quinceañero nervioso y muy feo, con cazadora vaquera, tejanos, sudadera roja y la cara llena de granos, mandadlo al loquero con su madre y con los dos médicos sobones».

Sintió rabia al pensar en la falsedad de una ayuda que sólo a duras penas ocultaba las acusaciones, visibles en los ojos de los samaritanos. De todos ellos. Las asistentes sociales, los médicos, los orientadores, los profesores... eran por su falsedad enemigos de todo el mundo. El desprecio que les inspiraba Solveig por su incapacidad de sacar adelante a sus propios hijos y su propia mierda, porque se viniese abajo, se derrumbase y airease públicamente sus trapos sucios no constituía garantía alguna de que, al mismo tiempo, no lo despreciasen a él. A él, que carecía de



los naturales instintos de protección con respecto a su hermana.

Y allí, en aquel momento, se obligó a reflexionar sobre ello.

Él sabía que aquella noche estaba muy oscuro y que se encontraban muy lejos del pueblo más cercano y que abundaban los borrachos. De hecho, de no haber sido por el grupo que tocaba, no se le habría ocurrido jamás ir allí y mezclarse con todos aquellos campesinos carentes de inteligencia.

«Si Krister no se hubiese puesto tan pesado». Krister, que, por si fuera poco, como todos los demás de la pandilla, pensaba que la música *death* era ridícula. No conocía a nadie que se vistiera o saliera con otros fans. Sebastian tampoco. Y Krister sólo quería ir a la fiesta porque sabía que les servirían cerveza a los menores sin el menor reparo.

Siempre terminaba cediendo cuando Krister daba la paliza, cuando cualquiera daba la paliza. No tenía ni agallas ni pantalones ni tampoco una voluntad propia identificable. Iba de aquí para allá conforme a la ley de oponer la mínima resistencia.

De modo que era culpa suya que My se encontrase donde ahora se encontraba. Era cuestión de lógica pura y simple. Con independencia de sus objeciones, porque él no le había pedido que lo sacara de allí y sabía cuidar de sí mismo y prefería ahorrarse la angustia pringosa y abrumadora de Solveig que, en el fondo, no era más que puro egoísmo.

Pero lo pensó. Lo pensó cuando My se fue en la bicicleta y cruzó la verja y él oyó a aquellos tíos —aquellos hombres de Neanderthal, aquel al que un colega acababa de echarle la bronca— decirle a My guarrerías al pasar. Pensó que era una locura que se fuera sola.

Se escondió en la oscuridad de la escalera que conducía al piso de arriba y la vio partir a través de una ventana entreabierta. Por eso, en esta ocasión, él debía cargar con la culpa de haberse quedado allí, en la escalera, con el presentimiento de que My quizá no lograra llegar a la carretera principal. No la detuvo, pese a que una y otra vez se la imaginó violada y asesinada, como si se tratase de algo que él hubiese vivido y presenciado de verdad y pudiera recordarlo y no como un escenario terrible e inventado.

Bueno, resultaba que no la habían violado. Los médicos lo repitieron varias veces, como si eso les aliviase el dolor a él o a su madre. No tenía más lesiones que la herida de la cabeza, que se hizo al caer sobre una piedra afilada que le fracturó el cráneo, según demostró la investigación policial. Para Sebastian, aquella investigación era absurda y él se cerraba en banda con la policía.

Los arañazos que My tenía en la cara y en las manos los causaron los arbustos por entre los que huyó a la carrera.

Nadie sabía aún de qué quería huir así, atravesando el negro bosque. Sebastian, por su parte, creía saber lo que sintió mientras corría. Si no recurría a las fuerzas que

le quedaban para apartar la idea, podría sentir en sus carnes el pánico de su hermana, hasta que le estallase por dentro.

La conciencia del terror que My debió de experimentar en los últimos minutos la almacenó en un espacio aislado de su cuerpo, para poder recurrir a ella en el momento adecuado. En realidad, Sebastian almacenaba más de una cosa en aquel espacio. A veces se le ocurría pensar qué sucedería el día que decidiese sacar la llave, entreabrir la puerta y esperar el diluvio. ¡Ay de aquel que se interpusiera entonces en su camino! Esperaba que, quienquiera que fuese, mereciera lo que se le vendría encima. Porque gente mala había mucha, desde luego. Y por mucho que dijeran los médicos y la policía, él estaba convencido de que My se encontraba allí a consecuencia de una intervención del mal.

Pues, ¿por qué habría dejado la bicicleta para adentrarse corriendo en el bosque, a menos que temiese por su vida? No, el miedo puro y duro la había movido a exponer manos y cara a las ramas heladas que la arañaron hasta sangrar. Estaba convencido. De nuevo tuvo que ahuyentar el miedo de su cuerpo. No podía dejar que se impusiera. Volvió sin hacer ruido a la penumbrosa sala de espera y se desplomó en el sofá.

Las acusaciones y los remordimientos solían resbalarle como el agua por el plumaje de una oca, se había tenido que proteger así para sobrevivir con Solveig, para no terminar siendo como My, que se enfrentaba a Solveig y, más de una vez, llegó incluso a desear matarla.

Él decidió bastante pronto que se negaría a participar. El castigo por ello, el amor agobiante de su madre y la medalla de plata en la competición por su favor, fue el precio que tuvo que pagar. La medalla de oro exigía demasiado, aunque bien sabía él que, de muy niño, lloró hasta la desesperación por conseguirla.

Una enfermera apareció repiqueteando con los zuecos y con el tintineo del llavero, entró en el pasillo y encendió una lámpara de pie. Su blando resplandor llegaba justo a los pies de Sebastian.

Naturalmente, no podía quedarse a dormir en el hospital, pues llamaría la atención, aunque por él se quedaría toda la noche despierto en el sofá mirando al vacío. Lo único que echaba de menos era el lector de CDs. Poder esconderse detrás de un muro de *death metal* sería una liberación en aquel momento. Ninguna otra cosa podría hacerlo desprenderse de aquel fracaso absurdo e indefinible que era él mismo. Así lo veía él.

A Solveig la ponía nerviosa la vestimenta de personajes de terror, el maquillaje en blanco y negro y cualquier cosa que propiciase asociaciones con la violencia y la sangre y la muerte.

Y justo ésa era la idea: creer, por un momento, que los creadores de aquella música tan extremista no eran una pandilla de tíos normales y corrientes. Si podías

creer que no lo eran, pues tanto mejor.

Lo que no podía hacer era irse a casa, eso estaba claro. La bolsa de My aún seguía en el vestíbulo. Mientras ella yacía en una camilla, como un fardo. Los médicos ya estaban seguros al cien por cien de que jamás volvería a ser otra cosa que un fardo.

Y por más que él se dijera cuál era su responsabilidad o su culpa al respecto, Solveig siempre pensaría que él era el culpable.

Él era el culpable, por eso no podía volver a casa. Le gustaría ir a ver a My, si no estuviera rodeada de todo un equipo de personal sanitario. Le gustaría explicarle la razón de que hubiese reaccionado como lo hizo cuando ella fue a buscarlo aquella noche. Sobre lo importante que se había vuelto para él la música, que le permitía olvidar y que era inviolable, que no podían existir puentes entre aquellas dos vidas, ni conexiones entre sus refugios y la escuela, su madre, el absurdo. Nadie mejor que ella para comprenderlo. Si te exponías a que te encontraran, dejaba de ser un refugio. Ella mejor que nadie para comprenderlo, aunque ya no comprendiese ni entendiese un pimiento. Si pudiera hablar con ella...

Claro que Solveig no pasaría la noche en casa, pues sabía por experiencia que los médicos no la dejarían ir en el estado en que se encontraba. La llevarían con los locos y allí la dejarían un tiempo, seguramente. En otras palabras, el apartamento estaría vacío.

De modo que decidió irse a casa, dormir y hacer una maleta con lo imprescindible a la mañana siguiente. Para no correr ningún riesgo, se marcharía en cuanto se despertase: no quería exponerse a que Solveig volviera a casa antes de lo que él calculaba. Eso no podía suceder, no podía verla más.

Cuando todo hubiese vuelto a la normalidad, iría al hospital por la noche, cuando sólo estuviera la enfermera de guardia, y le pediría que lo dejase estar un rato con My. Después de todo era su hermana, ¿qué iban a decir? Y en cualquier caso, My no notaría la diferencia entre el día y la noche.

Todo se arreglaría, sólo tenía que mantenerse apartado de Solveig.

## Capítulo 36

2007

—Tendrá que darme el apellido también, señor inspector —le dijo el hombre cuya voz revelaba un fuerte resfriado, o quizá muchos años de tabaquismo.

Al teléfono, a Tell le recordó a Marlon Brando en *El padrino*, pero se dijo que las similitudes entre Brando y Knut Jidsten, el padre de acogida de los Pilgren, se limitarían a la voz. Tras un penoso trabajo detectivesco, logró dar con Jidsten en un pueblecito al norte de Östersund.

—Tuvimos... Creo que tuvimos cincuenta acogidos en veinticinco años. Y conste que no he contado a aquellos que sólo se quedaban unos días. Fuimos refugio permanente de emergencias para el municipio —explicó Jidsten—. Durante unos años, a principios de los noventa. Pero era demasiado, tanto entrar y salir. Y nuestros niños fijos andaban siempre soliviantados.

Tell se estiró e intentó inclinar la silla más hacia atrás, lo que resultó imposible, puesto que ya estaba casi en posición horizontal, con los pies sobre el escritorio.

Llevaban toda la mañana aburridos trabajando al teléfono y al ordenador, además, sin obtener ningún resultado significativo. Junto con Sofia Frisk, Gonzales había puesto en marcha un método para localizar a todos los ufanos propietarios de un Jeep Grand Cherokee, cuya lista pasaron a los dos policías de Kinna que colaboraban con ellos. La triste misión de sus colaboradores consistiría en ponerse en contacto con todos y cada uno de dichos propietarios para una primera comprobación y control de su coartada. Era un trabajo de muchas horas. Por el momento, no les había dado nada digno de mención, salvo la novedad de que Kasper Jonasson, una celebridad para los grupos de narcóticos y de delitos violentos, se paseaba ahora en un jeep. La tarde de autos, aquella noche y la mañana siguiente, las había pasado en el hotel Radisson. Su hermano pequeño cumplía veinticinco años y lo celebró por todo lo alto y en compañía de un montón de gente que, por suerte para Jonasson, pudo atestiguar su presencia en la fiesta.

Comprobaron asimismo el alquiler de coches en Gotemburgo y Borås, en un radio de cien kilómetros. Tell confiaba más en la hipótesis de que el asesino había estado en posesión del coche sólo de forma temporal; a juzgar por los hallazgos de los peritos, se habrían utilizado en los asesinatos dos vehículos del mismo modelo. No existía ninguna denuncia del robo de un Grand Cherokee en las semanas anteriores a los asesinatos, pese a que habían ampliado el perímetro del área de búsqueda hasta abarcar toda Suecia occidental. Dado que habían empleado el mismo modelo de coche en ambos asesinatos, aunque no el mismo vehículo, Tell descartó la posibilidad de que el asesino los hubiese robado. Ya era bastante difícil robar un jeep urbano, que se suponía un dechado de seguridad.

El trabajo policial se vio facilitado por el número reducido de casos de alquiler de Grand Cherokee, pero para averiguar la verdad, tuvieron que llamar a las compañías de alquiler. En resumen, el trabajo consistía en oírse a sí mismo formular la idéntica pregunta una y otra vez, por lo general a una recepcionista presa del mayor hastío que, por supuesto, no estaba trabajando el día en cuestión, que no tenía acceso al historial de alquileres ni siquiera de los últimos días o que, para contestar, debía obtener el permiso del jefe.

Igualmente, se pusieron en contacto con las estaciones de servicio de la zona. Y allí la cosa fue peor aún si cabe. Por un lado, tenían la impresión de que había al menos diez personas con el mismo horario. Además, todos los empleados, sustitutos y alumnos en prácticas, tenían una media de diecisiete años. La experiencia le decía a Tell que los jóvenes jamás oían ni veían nada salvo la pantalla de su móvil o la música de su iPod.

Las estaciones de servicio más grandes contaban por lo general con cámaras de vigilancia, cuyas cintas no se librarían de revisar una a una. Östergren había prometido que si Tell lograba reunir las cintas en la comisaría, ella intentaría conseguir personal que realizase tan aburrida tarea.

—Pon a Bärneflod a revisarlas —propuso Beckman—. A él suele costarle mover el culo.

Sí, claro, pero existía el riesgo de que se quedara dormido en la sofocante sala de vídeo.

\* \* \*

—Pilgren —dijo Tell mientras intentaba rascarse en el tobillo sin caerse—. Olof Pilgren. Se supone que llegó a su casa en 1975. Entonces tenía once años...

—Sí, Olof. Claro —lo interrumpió Jidsten—. Olof vivió aquí varios años, hasta... Hasta los ochenta o los noventa, diría yo. No, por supuesto, tan mala memoria no tengo, ¿cómo iba a olvidar a Olof?

—Bien, quiere decir que, cuando se marchó de allí, tenía dieciséis o diecisiete, ¿no?

—Sí, se marchó de casa, al menos los días laborables. Al final, fue a parar a una especie de internado. Cuando se complicó la vida del todo.

—¿Se refiere a Villa Björkudden?

Tell subrayó algo en la fotocopia del historial de Asuntos Sociales.

—Sí, quizá se llamara así. Todo fue muy extraño, la verdad —aseguró Jidsten reflexivo. Hizo una pausa para encender un cigarrillo, dio una calada y tosió—. Quiero decir que fue muy raro que se complicase la vida de aquella manera. No me malinterprete. Yo lo he visto casi todo: los niños de acogida no suelen ser angelitos

—se permitió una risa carente de alegría—. Los ángeles no acostumbran a soportar la mitad de la mierda que muchos de nuestros niños habían vivido antes de venir aquí, pero recuerdo que lo de Olof me pareció raro.

—¿Por qué? Veo en su historial que protagonizó un intento de robo a un comercio. Y también robó un coche.

Jidsten echó el humo.

—No, me refiero a que Olof siempre daba la sensación de ser tan... cuidadoso. Era reservado, la verdad. Un tanto sumiso, casi miedoso. Recuerdo que no era capaz de mirarte a los ojos. Siempre tenía la vista clavada en el suelo. Me resultaba muy extraño que a un joven tan apático se le ocurriese apuntarle a alguien en la cara con una pistola y exigirle dinero. Recuerdo que, en medio del desconcierto ante su acción, casi pensé que debía de ser una especie de éxito al revés: por una vez, había conseguido dominar una situación. Aunque claro, tenía ayuda de colegas más expertos. Comprendo que, para un policía, debe de ser un modo un tanto extraño de razonar, pero creo que usted entiende a qué me refiero...

Tell no lo entendía, pero lo dejó pasar.

—En otras palabras, el internado de Villa Björkudden fue una especie de consecuencia del delito, ¿no es así?

—Exacto. Un internado o reformatorio o algo así. Sólo estuvo allí un año, pero eso debe de figurar en el historial. Nosotros seguimos siendo su familia de contacto, así que durante los seis primeros meses venía a casa los fines de semana.

—¿Y después?

Jidsten se encogió de hombros.

—Pues, yo qué sé. Los servicios sociales cambiaron su régimen y dejó de tener familia de contacto.

—¿Y cuando cumplió el castigo?

—Eso lo sabe usted mejor que yo. Perdimos el contacto con Olof por completo — Jidsten soltó una risa tristona—. Supongo que le fue mal, de lo contrario, no habría venido usted a hablar con nosotros. Por cierto, me ha impresionado que nos haya localizado.

Tell concluyó la conversación, se levantó y se llevó las manos a la región lumbar. Resultaba difícil acostumbrarse al hecho de que el cuerpo hubiese dejado de servirle con la fidelidad de siempre y que la edad empezara a hacerle mella. Era consciente de que debería hacer algo de ejercicio.

Años atrás, tenía un puesto fijo en el equipo de hockey en pista los jueves por la tarde, que era cuando los policías, sin pensar en los grupos y brigadas a los que pertenecían, llenaban la pista de gritos y lamentos, de sudor y de juego de aficionados, para concluir con una sauna y, a veces, una cerveza en el centro. Se lo pasaba muy bien. Y no era capaz de explicarse por qué el hockey en pista de los

jueves había brillado por su ausencia en los últimos años de su vida. Se sentó de nuevo al ordenador y le envió un mensaje a Kenth Stridh, el entonces capitán del equipo. Había que cultivar las buenas costumbres.

Permaneció unos minutos sentado, mirando por la ventana con la mente en blanco.

Según él deducía del historial de Asuntos Sociales, Olof Pilgren se mudó a un apartamento propio después del internado de Villa Björkudden. No logró hallar entre las notas la dirección, salvo que se encontraba en Hjällbo. El nombre de Thorbjörn Persson aparecía escrito en el margen, junto con un número de teléfono. Como cabía esperar, el titular se había dado de baja hacía ya mucho tiempo.

Llamó, pues, a Birgitta Sundin, que le explicó que lo que le habían ofrecido a Pilgren era una vivienda para jóvenes bajo la vigilancia de una persona de contacto.

Durante media hora, estuvo llamando a todos los Thorbjörn Persson de Gotemburgo para preguntar si habían trabajado como contacto de los servicios sociales durante los años ochenta, hasta que dio con la persona indicada. Por suerte, Persson seguía viviendo en la ciudad, en una dirección de Hissinge, y le aseguró que podían concertar una cita.

—Tomaré ese camino —dijo Tell al teléfono justo cuando Gonzales aparecía en el umbral con el inalámbrico pegado a la oreja.

Pulsó el botón para que el interlocutor no lo oyera.

—Lo tengo. Una chica de una pequeña estación de servicio de Hedvigsborg, a las afueras de Borås, le llenó el depósito a un Grand Cherokee. La hora coincide y van a preparar la cinta de la cámara de vigilancia. Además, dos propietarios de alquiler de coches han llamado después del envío masivo del otro día: uno de la calle Mölndalsvägen, que al parecer tiene la cámara estropeada, y otro justo a las afueras de Ulricehamn, que no tenía cámara. Pero en ambos lugares recuerdan bien al cliente que les alquiló el jeep.

—¿Qué les has dicho?

—Que estamos en camino.

—Vale.

Tell concertó una cita con Thorbjörn Persson para el día siguiente, después del almuerzo. Si no le doliese tanto la maldita espalda, se habría levantado de la silla con un salto de alegría.

Ya llamaría más tarde a Bertil y Dagny Molin, los vecinos de Lise-Lott Edell, para averiguar si conocían a Bart con el nombre de Olof Pilgren.

—Bien, en marcha, pues —dijo dándole a Gonzales un leve puñetazo cómplice en el hombro.

## Capítulo 37

Cuando Gonzales entró en la estación de servicio mientras Tell echaba un vistazo por fuera, la joven dependienta no podía ver otra cosa que su propia imagen reflejada en el cristal, junto a la caja. Los surtidores que había a unos metros de allí, en cambio, estaban iluminados y en aquel momento los utilizaba una mujer envuelta en un abrigo de piel con el correspondiente Mercedes antiguo. La dama rebuscaba en el bolsillo del abrigo.

Por un instante, Gonzales creyó que la mujer iba a encender un cigarrillo y ya estaba a punto de salir para reconvenirla. La gente, ya se sabe, podía ser indescriptiblemente estúpida. Sin embargo, no fue una cajetilla de tabaco lo que sacó, sino una pequeña bolsa de aseo. Se pintó los labios con mano experta, aprovechando la intensa luz que bañaba el surtidor.

—¡Venga! Yo pagué la última vez.

Se oyó la puerta, un par de jóvenes entraron hablando en voz muy alta y cogieron unas cervezas y patatas fritas. Gonzales echaba un vistazo a los titulares de los diarios vespertinos mientras esperaba a poder hablar con la dependienta que, según se leía en la tarjeta que llevaba prendida en la camisa, se llamaba Ann-Cathrine Högberg. La joven no le pidió el carné de identidad al chico que pagó, aunque lo más probable es que tuviera órdenes estrictas de hacerlo. Tal vez no tuviese ganas de oír la historia de siempre: «Me he olvidado el carné en casa, oye, si yo siempre vengo a comprar aquí, el viernes pasado no hubo problemas...», y demás excusas.

La mujer del abrigo de piel entró a pagar la gasolina. Cuando salía, se cruzó con un tipo desastrado de unos treinta años. El hombre cogió un diario, se acercó a la caja y se puso a jugar con un paquete de condones.

—¿Son buenos? —preguntó con una mueca que dejó al descubierto una hilera de dientes amarillos. Gonzales sufrió en silencio la vergüenza ajena. Como si la chica de la caja fuese una especie de consejera sexual, pensó. Ann-Cathrine Högberg lo miró con frialdad.

—No. Creo que para que funcionen es preciso tener con quién usarlos —le dijo en tono cortante antes de teclear rápidamente una cifra en la caja—. ¿Algo más?

Él negó con un gesto airado. Gonzales lo vio atajar por la zona de los surtidores con paso cansino y la cabeza gacha. La tienda volvió a quedarse vacía.

Se acercó, pues, a la caja y presentó sus credenciales.

—Te llamé y hablamos por teléfono, ya sabes.

La chica dejó escapar una risita nerviosa y cerró el cajón de la registradora con más fuerza de la necesaria.

—¡Vaya! ¡Qué golpe! Bueno, supongo que me esperaba a alguien con uniforme. Por alguna razón inexplicable, quizá porque acababa de venderle alcohol a un



joven sospechoso de ser menor, la muchacha se había ruborizado hasta las cejas.

—Sólo tengo un vago recuerdo del hombre del jeep, como ya te dije por teléfono —se frotó los ojos con las manos en un gesto rápido, como para ocultar el rubor—. No sé si puedo aportar mucho.

Gonzales meneó la cabeza y le aseguró que cualquier información podía ser importante. Sus palabras la tranquilizaron enseguida. La joven se relajó y empezó a hacer memoria.

—No se comportó de manera amenazadora, de eso estoy segura. De hecho, si hubiera actuado de un modo extraño, me acordaría.

Y ahí se atascó de nuevo. Le contó a Gonzales que, cuando oyó que la policía buscaba a cualquier persona que hubiese visto un Grand Cherokee de color oscuro, llamó enseguida, aunque la hora no coincidía en absoluto con la supuesta por la policía. Para ser exactos, o bien el hombre al que ella había visto no era el que buscaban, o bien había merodeado por la zona antes de lo que la policía creía. La dependienta estuvo trabajando sólo hasta medianoche y estaba segura de que atendió al conductor del Cherokee al menos un par de horas antes de que terminase su turno. Sí, claro, podría haberse tratado de un coche similar de otra casa, ella no estaba muy ducha en marcas de coches. Además, los veía a cierta distancia desde la caja pero, más o menos, estaba segura de que era un Grand Cherokee. En cualquier caso, las cintas de la cámara de vigilancia indicarían la hora precisa y proporcionarían, además, la descripción exacta del hombre en cuestión.

—Kurt, mi jefe, está preparando las cintas —dijo haciéndole una seña a Tell, que acababa de unírseles.

No acababa de mencionar el nombre de su jefe cuando se oyó la voz impaciente de un hombre que llamaba desde la trastienda. Los policías siguieron a Ann-Cathrine Högberg hasta la sala de personal. La voz, demasiado aguda para ser masculina, resultó proceder de un señor de mediana edad que se tapaba la calva con el pelo de los laterales y que llevaba unas gafas de cristales ambarinos. Se hallaba en una habitación con frigorífico, dos fogones y fregadero, a modo de cocina, que se disputaban el espacio con un sofá de dos plazas y un televisor minúsculo.

Sin detenerse en presentaciones, pulsó un botón en el mando a distancia. Con gesto impotente, señaló el batiburrillo blanquinegro de la pantalla: el resultado de la grabación de la cámara el día en cuestión. Claro que se veían en la imagen los cuatro surtidores y la entrada de la tienda, y claro que aparecían figuras borrosas que trajinaban entre los surtidores y la entrada. Sin embargo, resultaba imposible distinguir quién o quiénes eran.

—¿Has visto qué desastre? —dijo al fin, un tanto decepcionado—. Esto no tiene el menor interés para la policía. No les será de ninguna utilidad —miró apremiante a su empleada, antes de añadir—: Será cuestión de que tú puedas completar la

descripción, Anki.

Pues claro, sí, ésa era la cuestión. La media hora siguiente, Tell y Gonzales se dedicaron a hacerle las mismas preguntas una y otra vez: qué aspecto tenía el individuo, si recordaba algún detalle, cualquier cosa. Indumentaria, acento, tono de voz, la cartera, la edad, con qué tarjeta pagó, cómo lo hizo... Al contado, claro, era lógico. Si compró algo más aparte de poner gasolina. Si parecía nervioso. El color del pelo, la estatura.

Finalmente, Ann-Cathrine Högberg se cubrió la cara con las manos. Cuantas más preguntas le hacían, menos detalles parecía recordar. Tell y Gonzales se miraban abatidos: si seguían comportándose como si estuvieran dispuestos a caminar sobre carbón ardiendo por un gramo de información, la joven no tardaría en fabricarse una descripción para satisfacerlos.

Se retiraron, bastante insatisfechos, pese a que le aseguraron al dueño que los técnicos de vídeo solían hacer milagros con el peor material.

Ann-Cathrine también parecía decepcionada de su escasa memoria. Algo abstraída, se apoyó en el expositor de los aperitivos, provocando con ello un derribo menor que cubrió parte del suelo con bolsas de patatas fritas, gusanitos, cacahuetes picantes y nachos. Como si no se sintiera ya bastante aniquilada, su jefe hizo un gesto resignado en dirección a Tell, que estaba guardando la cinta en el maletín.

—Esto lo arreglamos nosotros —dijo el hombre tontamente, como si hubiese creído que los policías se detendrían a recoger aquello antes de marcharse.

La joven Högberg sonrió con valentía y con la mirada empañada cuando Gonzales le dejó su tarjeta en el mostrador.

—Si recuerdas algo más, avísanos. Puede que te llamen para que hagas una descripción del sujeto ante un dibujante. Quiero decir si recuerdas algo más, pero eso sería más adelante. Gracias por llamarnos.

La joven asintió angustiada, mirando de hito en hito el expositor de caramelos que tenía delante.

Y ya estaban a punto de salir, cuando la dependienta gritó:

—Compró una caja de Läkerol.

Los policías se detuvieron en la puerta y se volvieron hacia ella esperanzados.

—Compró una caja de caramelos Läkerol —reiteró la joven—. Y un bocadillo envasado.

Siguió mirando las cajitas de caramelos para la tos, como si le ayudasen a visualizar al hombre que las compró.

La dependienta cerró los ojos, como recreando para sí los sucesos de aquella tarde: «Su propia camiseta de rayas con el logo de la estación de servicio y su sonrisa forzada. Sus manos en la caja registradora. Y al tipo: pelo rubio y gorra de visera».

—No recuerdo si la gorra tenía alguna marca, pero creo que era negra. Tenía los

ojos muy hundidos y con ojeras, como si llevase muchas noches sin dormir. Los labios demasiado rojos para un hombre, como si se los hubiera pintado. Creo que era bastante bajo o, al menos, de estatura media. Llevaba un anorak o algo así, o quizá un chubasquero. Aunque hacía mucho frío.

\* \* \*

Tell y Gonzales avanzaban en silencio, ambos absortos en la misma idea. En realidad, no existía razón alguna para que el hombre cuya descripción acababan de oír fuese el asesino que buscaban. Sin embargo, era lo más cerca que habían estado hasta el momento de una pista.

La carretera principal de Borås a Ulricehamn no estaba muy transitada, pese a ser hora punta. Tell superó con creces todos los límites de velocidad, lo que hizo pensar a Gonzales, como en tantas otras ocasiones desde que entró en la policía, que sus representantes debían de ser los mayores infractores de las normas de tráfico.

Puso la radio y pilló la última emisión de noticias. Los medios aún no se habían hecho eco del asesinato de Olof Bart. Mientras no barruntaran la conexión entre Bart y Waltz, era poco verosímil que le prestasen demasiada atención. Y tanto mejor, pues mientras el asesino no supiese que ya habían relacionado los asesinatos, ellos tendrían ventaja.

Ya daba comienzo el ocaso que, como era habitual en el invierno sueco, resultó brevísimo. Cuando entraron en Ulricehamn, la ciudad estaba sumida en la oscuridad.

—Yo no sé cómo te sentirás tú... —comenzó Tell ampuloso mientras accedía al aparcamiento de la primera pizzería que vio, la pizzería Capri— pero yo tengo un hambre de cojones.

Gonzales asintió agradecido. Su estómago llevaba protestando un buen rato por el almuerzo ridículamente pobre en calorías que devoraron a toda prisa antes de salir aquella mañana.

Justo cuando se disponían a subir los cuatro peldaños de dos zancadas, se abrió la puerta y dejó ver a un hombre cuarentón y corpulento.

—Estoy cerrando —dijo con parquedad, haciendo resonar el llavero que tenía en la mano—. ¿Me perdonáis?

El hombre aguardó paciente en el último peldaño cuando Tell, presa del mayor desconcierto, se interpuso en su camino.

—¿Qué quieres decir? —le espetó incapaz de contener su indignación—. ¿Cuándo crees tú que la gente va a comer pizza, para desayunar? ¿Qué mierda de pizzería es ésta, que cierra antes de las seis de la tarde?

—Una pizzería donde sólo se sirven almuerzos —respondió el hombre con brevedad y bajó la escalera repiqueteando con las suelas de sus zapatos, no sin antes

haber apartado a Tell con firmeza—. Buenas tardes.

\* \* \*

De modo que Tell estaba de muy mal humor cuando, después de unas cuantas vueltas, dieron con Johansson Johansson. La empresa de alquiler de coches se hallaba en un pequeño polígono industrial de las afueras de la ciudad, entre una tienda de pinturas y un almacén cerrado. La luz de las escasas farolas se reflejaba en la mezcla de nieve derretida y salpicaduras de gasolina de los charcos. Aparcaron delante de la entrada. Tell dio una rápida calada y olisqueó el aire como un sabueso. Toda la zona olía como a plástico quemado.

Al parecer, Berit Johansson los esperaba, pues había en el mostrador un termo de café y una bandeja de dulces.

—Cerraré la puerta —dijo la mujer. Y una vez hubo echado la llave, fue a sentarse enfrente de Tell y Gonzales, que, sin el menor reparo, ya se había servido de la bandeja—. Bueno, servios —lo animó, aunque no era necesario.

—Veamos, parece ser que alquilaste un Grand Cherokee durante el periodo que nos interesa —dijo Tell con la boca llena de bizcocho. Estaba demasiado cansado y hambriento como para perder el tiempo con frases de cortesía.

—Yes —respondió ella al tiempo que desplegaba un documento que llevaba en el bolsillo de la camisa. Se encajó las gafas en la nariz y empezó a leer de corrido—: El tipo estuvo aquí el miércoles, de cinco a cinco y media aproximadamente. Los miércoles tengo abierto hasta las siete. Y siempre abro los días intermedios de las vacaciones de Navidad. Resulta igual de rentable todos los años, pues son muchos los que alquilan un coche para ir a ver a amigos y parientes durante las vacaciones.

Tell asintió pensativo. Si aquel era su hombre, habría alquilado el coche el día antes de ir en busca de Olof Bart. A decir verdad, no era imposible. Reflexionó un instante sobre las consecuencias. ¿Quizá el asesino vivía en las inmediaciones de Ulricehamn? Por otro lado, sería un estúpido si hubiese alquilado el coche en su zona, se dijo Tell. Él no lo habría hecho, si planease matar a alguien.

—Continúa.

—Era de mediana estatura y tenía los ojos azules. El cabello rubio, creo recordar. Llevaba un gorro. Incluso dentro de la tienda —en este punto, la mujer alzó la vista del folio—. Me senté a poner por escrito todos los detalles que recordaba después de hablar con usted por teléfono, señor Gonzales.

Berit Johansson pronunció el apellido de Gonzales con una a larga, y lo miró como si esperase que la felicitara. Gonzales le hizo una seña para que prosiguiera.

—Tenía un aspecto muy descuidado. Creo que llevaba un chándal o algo así, de color oscuro.

—¿Cómo llegó hasta aquí? —preguntó Tell.

Ella adoptó una expresión de sorpresa, antes de responder.

—Pues... no lo sé. A pie, supongo. A veces los clientes dejan sus coches en el aparcamiento, por ejemplo, si vienen a alquilar un coche más grande por algún motivo concreto, pero sé que, mientras él tuvo el jeep alquilado, el aparcamiento estuvo vacío. De modo que vendría a pie.

—¿Viene aquí algún autobús? —preguntó Gonzales.

La mujer asintió.

—Sí, hay uno que para a poco más de un kilómetro de aquí, el número doce. Aunque no pasa con mucha frecuencia.

«Conductor del autobús número 12», escribió Gonzales en el bloc, seguido de: «Preguntar a los vecinos de la zona». Pero antes tenían que averiguar si el individuo había alquilado el coche con nombre falso.

—La parada se llama Majgatan —explicó Berit Johansson solícita.

—Supongo que lleváis un registro de los alquileres —continuó Tell al tiempo que cogía otra galleta de pimienta, pese a que tanto dulce con el estómago vacío ya empezaba a sentarle mal.

Al parecer, Johansson se esperaba la pregunta, porque sacó un recibo según el cual un tal Mark Sjödin, nacido el 18 de julio de 1972, había alquilado un Grand Cherokee en los días intermedios de las fiestas de Navidad.

—Por supuesto, me enseñó el carné. Siempre lo exigimos. Y además, he intentado ponerme en contacto con el cliente después de aquello, por un asunto del seguro, porque el coche tenía la delantera dañada cuando lo devolvió. Simplemente vino y lo dejó en el aparcamiento, con las llaves puestas. Pero no conseguí localizarlo.

La mujer le entregó a Tell el recibo, firmado tanto por ella como por el hombre que decía ser Mark Sjödin. A menos que fuese un Mark Sjödin auténtico sin relación alguna con los asesinatos, lo cual era perfectamente posible.

La firma estaba escrita con una letra pequeña y abigarrada, quizá por alguien que no estaba acostumbrado a llamarse así... Claro que aquello no eran más que elucubraciones. También podía ocurrir que Mark Sjödin fuese disléxico.

—¿Tienes el coche aquí? Bien, entonces, le echaremos un vistazo.

Berit Johansson parecía vacilar.

—Pues... la verdad es que ha estado alquilado después, es decir... Nosotros no sabíamos que... El caso es que lo hemos limpiado ya varias veces. Y por fuera lo lavamos cuando lo devolvió este cliente. Se quedó impecable.

—Queremos verlo —aseguró Tell.

Se levantó y se limpió las migas de la chaqueta. Johansson hizo lo propio.

—Bien, señores, pues acompañadme.

\* \* \*

Cuando, poco antes de llegar al pueblo de Bollebygd, sonó en la emisora P3 «Have I Told You Lately That I Love You», en la versión de Van Morrison, Gonzales se durmió. Y ni siquiera se despertó cuando Bärneflod llamó al móvil de Tell para informarle de su visita a la empresa de alquiler de coches de Mölndalsvägen. Un tal Ralf Stenmark les había alquilado un jeep en los días entre Nochebuena y fin de año, le reveló Bärneflod. La descripción del personal era totalmente opuesta a la de Berit Johansson y Ann-Cathrine Högberg, puesto que todos los que estuvieron trabajando en Mölndalsvägen aquella tarde aseguraron que Stenmark llevaba traje, era alto y delgado y de pelo oscuro.

Tell apagó el teléfono y reflexionó sobre lo que significaba todo aquello.

El jeep que Berit Johansson les había mostrado había sido lavado por dentro, tal y como ella les advirtió. Después de Sjödín, lo habían alquilado otras dos personas, de modo que le habían pasado la aspiradora y un paño hasta tres veces, lo que reducía más o menos a cero sus posibilidades de encontrar alguna huella válida. Y podían contar con que el asesino habría limpiado el volante y el salpicadero. Según Berit Johansson, el coche nunca había estado tan limpio por fuera.

Dieron varias vueltas alrededor del vehículo y tomaron nota de los daños mencionados por Berit Johansson: una abolladura en un lateral del capó que Tell examinó a fondo. Johansson aseguró que la abolladura no estaba cuando Sjödín se llevó el coche.

La mujer pareció desconcertada cuando recibió instrucciones de dejar el vehículo donde estaba hasta que la policía hubiese decidido si los peritos se lo llevarían para inspeccionarlo.

Tell le aseguró que si Mark Sjödín existía y podía dar una buena explicación de para qué había alquilado el jeep, así como ofrecer una buena coartada para la noche del crimen, avisarían de inmediato a Johansson Johansson para que siguiesen alquilando el coche con la conciencia tranquila. Era evidente que la empresa necesitaba con urgencia tener en la calle todos sus vehículos.

En cambio, si Sjödín no existía, las cosas serían de otro modo. Entonces el coche se convertiría en una prueba y lo peinarían con tanta minuciosidad como la zona circundante a la sede de la empresa. De esto se encargaría enseguida la policía científica.

Marcó la extensión de Karlberg con la esperanza de que aún estuviese en su despacho. Y así fue.

—¿Te vas a quedar un rato más?

—Sí, seguramente.

—Mark Sjödin y Ralf Stenmark. Mira a ver qué encuentras.

—¿Los habéis sacado del alquiler de coches?

—Sí, de Ulricehamn y Mölndalsvägen.

Al lado de Tell, Gonzales cambió de postura y, con la barbilla clavada en el pecho, empezó a roncar.

Estaba ya entrada la noche cuando Tell giró por la parte trasera del centro comercial Coop, en la plaza Hammarkulletorget, y detuvo el coche entre dos plazas de aparcamiento. El palmoteo rápido y estridente de Tell sobresaltó a Gonzales.

—Es hora de despertarse, bella durmiente. Ha sido una suerte que no te dejara conducir, por más que insistías —le hizo un guiño a Gonzales, que aún estaba adormilado—. Aquí es donde vives, ¿no?

Gonzales asintió desorientado y se frotó los ojos. No podía entender que se hubiese dormido. Sería la falta de alimento lo que acabó con sus fuerzas.

—No tengo costumbre de saltarme las comidas —se excusó algo avergonzado mientras recogía sus cosas del asiento trasero.

Tell se estiró con esfuerzo y se masajeó la espalda dolorida. Gonzales sintió remordimientos por no haberse ofrecido a conducir en el viaje de regreso, sobre todo teniendo en cuenta que Tell había sido tan amable de llevarlo hasta la puerta de su casa. El comisario pareció leerle el pensamiento.

—Tranquilo. Como castigo, subiré contigo. Llevo queriendo ir al baño desde Borås.

Así, en la oscuridad, los altos edificios parecían inclinarse sobre la plaza, como si las ventanas y las antenas parabólicas fuesen ojos y orejas. Gonzales saludó a unos niños que, pese a lo avanzado de la hora, estaban sentados a la puerta del Marias Café, en la Casa del Pueblo. Como prescribía la moda, todos iban luciendo la marca de los calzoncillos en el espacio que quedaba entre la corta cazadora y el pantalón, que llevaban colgando por las rodillas. El café estaba cerrado, pero la chiquillería aprovechaba para su tertulia la luz de los fluorescentes del local, que estaban encendidos las veinticuatro horas. El tejado, que sobresalía en voladizo por encima de la entrada, los protegía de la posible lluvia. El frío, en cambio, no podían remediarlo más que volviendo a casa y a su dormitorio, a jugar con su trenecito, se dijo Tell. Al menos eso hacía él a su edad. Quizá aquellos niños no tuviesen adonde ir.

Todos tenían un cigarrillo colgando entre los labios.

—¿Por qué andarán esos críos en la plaza con el frío que hace, a estas horas y, además, fumando? ¿Estarán planeando atracar a algún pensionista? —murmuró aludiendo a una serie de robos perpetrados últimamente por una pandilla de chavales, tan violentos que habían conseguido atraer la atención de los medios de comunicación.

Le echó un vistazo a la pandilla que ahora cruzaba la plaza en dirección al

quiosco de perritos calientes.

—¿No tienen adónde ir?

Gonzales soltó una carcajada.

—¿Esos chicos? No se atreverían a robarle ni a una ardilla. Son buenos como corderos, todos y cada uno de ellos. Además, los que roban a las ancianitas son los chicos que merodean por los jardines de Biskopsgården. Aquí sólo hay *cabezas negras* buenos.

—Pero, qué coño, yo no quería decir eso... —protestó Tell ofendido.

Gonzales volvió a reír de buena gana.

—Ya lo sé.

Sin embargo, cuando se cruzaron con un grupo de jóvenes que, hablando en voz muy alta, salían de los locales de la asociación somalí, situados en un pequeño sótano de la calle Bredfjällsgatan, Gonzales no pudo por menos de advertirle en un susurro:

—¡Cuidado con la cartera, abuelo!

En el rellano del octavo piso donde vivían los Gonzales olía a comida y un poco a humedad, además de estar atestado de muebles para tirar. En un ajado sillón con tapicería de pana de color rosa había una nota del arrendador con la amenaza de que mandaría tirar los muebles si no se los llevaban de allí en el plazo de una semana. El bajo de una melodía de pop latino se colaba por la ranura del correo e inundó el rellano cuando Gonzales abrió la puerta.

Entró en el vestíbulo haciendo tintinear una cortina de cuentas.

—¡Mamá! Me prometiste que quitarías esa porquería del rellano hoy mismo.

Por el pasillo apareció una mujer con un vestido largo y el pelo moreno y rizado como una nube alrededor de la cara reluciente.

—¡Michael!

La mujer escrutó sin reparos a Tell de pies a cabeza y lo hizo sentirse como un niño de diez años en su primera visita a la casa de un compañero de clase, aunque ella no era, según calculó, mucho mayor que él.

—Y vienes con amigo.

Gonzales alzó la vista al cielo.

—Ésta es mi madre, Francesca. Mamá, éste es Christian, un colega. Tiene que usar el retrete.

Después de tan exquisita presentación, Tell sintió que había llegado el momento de tomar el control de la situación. De modo que dio unos pasos al frente ofreciéndole la mano a Francesca Gonzales que, aterrada, retrocedió enseguida y le señaló los pies.

—Los zapatos, por favor.

Tell quedó desconcertado mirándose los zapatos.

—Bueno, yo sólo quería entrar al baño.



—Ahí cuarto de baño —la mujer golpeó una puerta de la que colgaba un cuadro de cerámica con un corazón—. Luego cena. Lleva lista desde las seis.

—Mamá —rogó Gonzales avergonzado—. Christian tiene otros planes.

La mujer se fue a la cocina sin hacer el menor caso y abrió el grifo del fregadero.

—Creo que debería... bueno, ya sabes —dijo Tell señalando la puerta de entrada. No recordaba la última vez que estuvo en casa de la madre de alguien.

Gonzales le soltó una risita.

—¿Largarte? Intenta explicárselo a mi madre.

La inmensa figura de su madre volvió a aparecer en la puerta de la cocina. La mujer se enjugó el sudor de la frente y le dio a Gonzales una palmada en el costado.

—¡Michael! ¿Qué haces? Enséñale a amigo. Pastel de choclo listo tres minutos, comemos.

Tell alzó los brazos con resignación. Desde luego, hambre sí que tenía.

\* \* \*

Aparte de Michael y su madre, componían la familia Gonzales el padre, José, un hombre nervudo y taciturno que, con una sonrisa en los labios, meneaba la cabeza cuando Tell le dirigía la palabra. Eva, la mayor de las hijas, tenía veinticuatro años y era tan guapa que a Tell se le cayeron los cubiertos en el plato cuando lo miró con sus enormes ojos castaños. La joven le explicó discretamente que su padre no era un hombre muy hablador.

—¿A que no, papá?

Gabriella, la siguiente de las hermanas, era el paradigma de la rebeldía de los diecisiete años. En cuanto terminó de cenar, se encerró en su cuarto y se puso a escuchar el programa de la MTV tan alto que Francesca tuvo que aporrear la puerta para gritarle que lo bajase.

La más joven era Maria, un torbellino de once años cuyo ídolo era Elena Papparizou. Cuando retiraron los platos de la cena y Tell empezó otra vez a tararear el estribillo, Maria lo sentó en el sofá y le mostró un show en el que, bote de laca en mano, hacía un karaoke y practicaba unos pasos de baile sobre la alfombra del salón: *You're my lover, undercover. You're my secret lover and I have no other.*

Francesca, que estaba fregando los platos junto con Eva, meneaba la cabeza y murmuraba en español al verla, pero su esposo rió de buena gana ante la ocurrencia de su hija.

José Gonzales encendió la pipa. Tras inspirar con fruición el humo con aroma a cerezas, se levantó y se dirigió a una vitrina castaño oscuro con flores esmaltadas en las puertas de cristal. De allí sacó una botella de brandy que sirvió en tres vasos pequeños de color rojo y verde. Después de servir los tres vasos sin pronunciar

palabra, asintió con gesto grave, apuró el suyo de un trago y resopló satisfecho. Luego, dejó a un lado el vaso y cerró los ojos. Al cabo de unos minutos, empezó a roncar.

El calor del alcohol se extendía por toda la espina dorsal. Gonzales levantó la botella y se la mostró a Tell inquisitivo, pero él negó con un gesto.

—No, tengo que llegar a mi casa, recuérdalo —Tell se sentía agotado—. Se está haciendo tarde. Habría que dormir después de una buena jornada.

—¿Y qué harás con lo que hemos conseguido?

—¿Cómo? Ah, ¿hoy? Ya veremos qué se puede hacer. Pero hay algo en este caso que no termina de gustarme.

—¿El qué?

—Esos dos muchachos. Parece ser que los dos han muerto a manos del mismo asesino... Y eso es lo único que tienen en común. Quiero decir que tenemos a Lasse Waltz, fotógrafo con ambiciones artísticas. Divorciado, un tío normal que vivía en una casa adosada, con dos hijos adolescentes, jóvenes normales. Sí, bueno, su exmujer está algo resentida, pero no tanto como para asesinarlo. Creció en el seno de una familia normal en el centro y no tiene antecedentes de ningún tipo. Equilibrado, un hombre apreciado por sus amigos y que, además, se ha vuelto a enamorar. Y por otro lado está Olof Bart, un bicho raro donde los haya. Una infancia disparatada y delincuente desde muy joven. Jamás ha tenido una relación prolongada con ninguna mujer, al menos, no que sepamos. Un incompetente desde el punto de vista social. Desequilibrado. Se gana la vida en esto y aquello y seguro que no siempre dentro de la legalidad. Vive solo en el bosque y nadie quiere admitir que lo conocía.

—Y te preguntas qué tienen en común, ¿no es eso?

—Exacto. Por qué querría nadie lanzarse a asesinar a gente y acabar primero con un sueco normal y corriente y luego con un tío raro, pero según un método similar y como si formase parte de un ritual. Quiero decir que, bueno, habría bastado con dispararles, ¿no? Sin embargo, además tuvo que atropellados.

Gonzales acompañó a Tell al vestíbulo y le dijo entre susurros al pasar delante de los dormitorios:

—Hemos de partir de la base de que los caminos de esos dos hombres debieron de cruzarse en algún punto, por inverosímil que nos parezca.

Tell asintió apenado.

—Sí, y lo peor es que, cuanto más lo investigamos, más inverosímil parece.

## Capítulo 38

—Al menos hemos de admitir que, en algún momento, ambos se han cruzado en el camino del asesino —observó Gonzales después de repetir las palabras con que se despidió de Tell la noche anterior.

Tell llegó a la reunión matinal con quince minutos de retraso, consciente de lo mucho que a él lo irritaba que cualquier otra persona llegase tarde. Había dormido poco y le dolía la cabeza. O quizá fuese por el buen vaso de whisky que se había permitido justo antes de arrastrarse hasta la cama, cuando ya habían dado las tres de la mañana.

Se sirvió café del termo y miró de soslayo a Gonzales, al que tampoco le habría sido fácil levantarse con el gallo. Sin embargo, era evidente que el colega disfrutaba aún, debido a su juventud, del privilegio de tener buen aspecto incluso en los momentos en que debería sentirse como una manzana podrida.

—Gonzales, estaba pensando que es mejor volver sobre ello una vez hayamos recopilado toda la información nueva. Dedicaremos la última parte de la reunión a reflexionar sobre las posibles conclusiones. Yo empezaré informando sobre mi visita a los servicios sociales.

Elaboraron rápidamente un orden del día, que Bärneflod se ofreció voluntario a anotar, ante lo que Tell se quedó perplejo y dibujó una cruz imaginaria en el techo.

—Hemos sabido que Bart vivió en una casa de acogida en Olofstorp.

Tell sintió que el café empezaba a despabilarlo.

—En el seno de la familia Jidsten, desde los once años hasta los diecisiete.

—¿Has hablado con ellos? —quiso saber Beckman.

—Sólo por teléfono. Resulta que ahora viven en Jämtland. Supongo que la unidad no considera justificado el gasto de un vuelo a Östersund.

Nadie respondió.

—Pero, en aquella fecha, Waltz no vivía allí —objetó Beckman—. ¿No es cierto? Cuando Bart era adolescente y vivía en Olofstorp, Waltz estaba en Majorna. De modo que no existe conexión directa.

—No —admitió Tell con un suspiro—. Pero quizá estemos acercándonos.

—Yo he estado cortejando a Susanne —dijo Karlberg.

Bärneflod extendió el brazo y le dio una palmada en el brazo descubierto.

—¡Anda, míralo! ¿Y ha picado?

—Sí, muy gracioso. Intenté dar con su paradero, por decirlo de modo que también Bärneflod me entienda. Al parecer, es huésped habitual de un albergue para mujeres sin techo llamado Klara. También el director del albergue de la organización benéfica Stadsmissionen la conocía, aunque no lo frecuenta tanto como el anterior. Está dada de alta, o como se llame, en Asuntos Sociales de Högsbo, pero no ha acudido a

ninguna cita con su asistente social desde hace más de un año. La última vivienda que se le conoce se la asignaron los servicios sociales de Högsbo, en una pensión del este de la ciudad. Se llama Lindens Pensionat y es un negocio privado que dirigen sus dueños, la familia Linden.

—¿Una pensión? —preguntó Tell incrédulo.

—Así es como lo llaman. Se ve que los servicios sociales les pagan habitaciones para gente sin techo. Y muy caras, por cierto.

—Vale. El caso es que no sabes dónde se encuentra ahora, ¿no? —preguntó Tell.

Karlberg hizo caso omiso de la impaciencia que revelaba su tono.

—No, pero le he pedido al personal de los tres sitios donde pregunté por ella que me llamen si la ven. Además, ya nadie la conoce por Susanne Pilgren, sino por Susanne Jensen. Resulta que se casó hace diez años y siguió utilizando el apellido del marido aunque se separaron al año siguiente. O sea, que en el censo figura como Pilgren, pero ella misma dice llamarse Jensen. Por eso tuve que revisar todos los lugares de acogida para los sin techo una vez más: en todos la conocían por el apellido Jensen.

Meneó la cabeza como si diera por hecho que la hermana de la víctima se cambió el apellido sólo por hacerle la vida imposible a él.

—Bien, pues esperaremos a ver qué nos reportan esas indagaciones —dijo Tell.

—Yo he estudiado algo más a fondo el delito que Bart cometió a los dieciséis años —prosiguió—. Atraco con arma de fuego, aunque la pistola resultó ser de mentira. Entró solo, pero tenía a un compinche esperándolo fuera con el motor en marcha. La dependienta estaba demasiado asustada como para fijarse en nada más que en el aspecto de Bart y nunca se supo quién era el cómplice.

—¿Y no lograron sacárselo a Bart?

—Ni una palabra, al parecer. Se ve que ya entonces se le daba bien cerrar la boca. A la hora de determinar la condena, tuvieron en cuenta también el robo de un coche. No, de dos coches. Uno, el del padre de acogida, por cierto, y otro más. Los dos a la edad de quince años.

—¿Quieres decir que el padre de acogida lo denunció por el robo del coche? —preguntó Beckman.

—Exacto —confirmó Tell—. El internado, Villa Björkudden, sigue existiendo en la actualidad, aunque con otro carácter. Se han especializado en jóvenes con... esquizofrenia o estados psicóticos, si no lo entendí mal. En cualquier caso, hay un par de personas del antiguo equipo que siguen trabajando allí. Una de ellas es la directora, Titti Moberg-Stark. Parece que podrá ayudarnos a recordar o mirar en los archivos quiénes estuvieron en la sección en la época de Bart. Quizá saquemos algo de ahí.

Tell le pasó a Bärneflod una copia del plano.

—El internado se encuentra a las afueras de Uddevalla. Nos han concedido una cita mañana por la mañana. He pensado que te encargaras tú, Bärneflod —se apresuró a continuar—: ¿Tenemos algo más? ¿Beckman?

La colega carraspeó para aclararse la garganta. Estaba algo afónica y parecía necesitar unas horas de sueño.

—Sí, veamos, qué tenemos... —murmuró Beckman. Se irguió y continuó, con la voz más animada—. He repasado las listas de llamadas del teléfono fijo del matrimonio Waltz-Edell, pero de ahí no saqué nada en claro. Lars tenía un tercer teléfono, un móvil, que él llamaba su teléfono privado. La suma de las llamadas entrantes y salientes en ese teléfono pueden contarse con los dedos de la mano. Zachariasson, lo recordáis, ¿no?, su amigo de la infancia, aparecía varias veces —Beckman se encogió de hombros—. Es difícil buscar en un ámbito tan amplio. Y saber dónde empezar a profundizar.

—Con Zachariasson habíamos terminado, ¿no? —preguntó Tell dirigiéndose a Bärneflod.

Este asintió.

—Sí y no. Bueno, en realidad, no. Tiene coartada para el martes por la noche, estuvo por ahí con tres colegas y una vieja compañera de estudios que lo han corroborado. Aquella noche la pasó solo en casa pero... al cabo de un rato de protestas por su parte, recordó que había cogido el ascensor con un vecino. Y el vecino lo ha confirmado. Además, otro vecino le aporreó la pared un par de horas más tarde, porque puso la música demasiado alta en la sala de estar y, según el vecino en cuestión, la bajó enseguida. Las declaraciones de los vecinos indican que estuvo en casa al menos hasta las tres de la mañana del lunes. Claro que podría haber salido de madrugada y...

—Sí, sí, pero ahora sabemos que Waltz fue asesinado mucho antes. Además, él no tiene ningún móvil —atajó Tell para interrumpir la explicación, prolija en exceso—. Nos concentraremos en aquellos que tengan algo parecido a un móvil para el crimen.

—Reino Edell —sentenció Bärneflod—. Según dijo, estuvo en casa viendo la tele hasta las nueve y media y luego se fue a la cama a hacer crucigramas. Su mujer aseguró que estuvo en casa toda la noche, pero luego se le escapó el detalle de que duermen en habitaciones separadas. Es decir, que pudo haber salido. Por lo demás, estoy convencido de que ella se prestaría a mentir si él se lo pidiera.

—Una coartada bastante floja, en otras palabras.

Bärneflod asintió.

Tell levantó la vista de sus notas y se topó con la mirada inquisitiva de Ann-Christine Östergren. Se preguntó cuánto tiempo llevaba la comisaria jefe observándolo desde el umbral de la puerta, y se sintió muy incómodo.

La colaboración entre los dos siempre había sido fluida. Ahora se maldecía por

haberse puesto en aquel brete ya que, por egocéntrico que pudiera parecer, se sentía como un delincuente en su lugar de trabajo. La situación le había provocado una sensación de falta de control en todos los ámbitos. La investigación estaba estancada. Estaban recopilando un material que no los conducía a ninguna parte y lo único en lo que era capaz de concentrarse por el momento eran sus conflictos internos. Se sentía lo bastante enamorado como para irse de la lengua a propósito de Seja, pero muy lejos de estar dispuesto a sacrificar su trabajo o su imagen siquiera por un enamoramiento. Sencillamente, no era un hombre que se dejase llevar así, de forma espontánea. Y, como Carina dijo en su día, sin su trabajo, ¿qué le quedaba en la vida?

Östergren buscó su mirada y le indicó que se pasara por su despacho después de la reunión. Tell asintió en silencio. Un frío gélido lo inundó por dentro. ¿Se habría enterado de algo la comisaria jefe? Pero ¿cómo?

Debía poner fin a la historia con Seja. Estaba involucrada en una investigación dirigida por él y ninguna explicación le sonaría plausible a Östergren. Eso, si no era demasiado tarde.

Se dio cuenta de que los colegas lo miraban apremiantes y volvió a concentrarse en la reunión.

—La coartada de la exmujer, en cambio, no tiene fisuras —retomó—. Maria Waltz pasó la noche con el menor de sus hijos, en Kungsbacka, en la casa de sus padres. Su madre asegura que Maria sufrió un dolor de estómago por la noche y que le preparó un par de bolsas de agua caliente.

—Bien, entonces, la eliminamos.

—¿Y los hijos? ¿Por qué los obviamos? —preguntó Beckman.

—¿Qué pasa con los hijos?

—¿Queréis decir que no creéis que un hijo pueda asesinar a su padre? ¿O que un adolescente no sea capaz de cometer un asesinato? Pues mirad las estadísticas y cambiaréis de opinión.

—Sí, bueno, habíamos pensado interrogar a los chicos —se defendió Tell antes de dirigir la mirada a Andreas—. Karlberg los citará. Al que es menor, dile que venga acompañado de su madre. Así nos ahorraremos las discusiones con los asistentes sociales. De todos modos, lo más probable es que el muchacho diga que no hace falta.

Tell vio que Beckman se ponía tensa. Seguramente le molestó que considerase a Karlberg más apto para hacer hablar a los hijos. Había tomado en consideración el aspecto de la edad para adoptar aquella decisión. La falta de experiencia profesional de los policías jóvenes solía notarse en su dificultad durante los interrogatorios, lo que, en el caso de jóvenes y adolescentes, podía resultar devastador. Sin embargo, en aquella ocasión, Tell confiaba en Karlberg, pues estaba más próximo a su propia adolescencia y quizá tuviese una idea más clara de cómo pensaba un muchacho de

diecisiete años.

Se sorprendió al verse pensando aún en Andreas Karlberg como en un profesional bastante verde, pese a que, a aquellas alturas, llevaba muchos años en la brecha. Además, era un joven simpático y nada altanero al que la gente sentía deseos de confiarse, lo que no podía decir de sí mismo.

Se pasó la mano por el pelo, un tanto irritado. No podía evitar sentir que había perdido el enfoque de la investigación. Aún seguía dándole vueltas a la idea de la noche anterior: no existía ninguna explicación lógica de por qué una persona, la misma persona, querría asesinar a dos hombres de pasado y presente tan distintos, y entre los cuales no había un solo denominador común. El descubrimiento del Grand Cherokee alquilado era un avance, ciertamente, pero «Mark Sjödin» sólo lo había tenido durante cuarenta y ocho horas y, por tanto, sólo pudo atropellar con él a una de las víctimas. Claro que, por otro lado, la investigación de la Científica había demostrado que en los asesinatos se utilizaron dos coches diferentes.

Antes de la reunión, a hora muy temprana, Tell supo que el Mark Sjödin cuyo carné vio Berit Johansson en Ulricehamn existía de verdad y estaba censado en una dirección de Dalsjöfors. En un primer momento, no vaciló un instante a la hora de llamar a Sjödin para citarlo a un interrogatorio en la comisaría. No podía justificar más viajes, por ahora. Y descartaba por completo que Sjödin fuese el asesino y que hubiese alquilado el arma del crimen con su verdadero nombre.

Por desgracia, no logró ponerse en contacto con él antes de que empezara la reunión, de modo que tuvo tiempo de decidir si debería tratar a Mark Sjödin como al sospechoso que era desde un punto de vista formal.

Una vez adoptada la decisión de enviar a aquel pueblucho un coche patrulla que recogiese a Sjödin, resolvió que no debía perder más tiempo. Se disculpó y fue a pedirle a Renée que se encargara del asunto.

Cuando volvió a la sala de reuniones, que, por cierto, estaba muy cargada, se sentía un poco más animado.

Después de que Beckman y Bärneflod hubiesen dado cuenta de sus conclusiones tras revisar los viejos informes de delitos similares —en otras palabras, nada de interés—, repasaron las tareas que reclamaban su atención tras llevar demasiado tiempo relegadas.

Tell era consciente de que el personal adicional del que le habían permitido disponer hasta el momento pendía ahora de un hilo. Si no podía presentar en breve algún tipo de avance concreto, se le retiraría la ayuda. Aquella certeza no supuso beneficio alguno para su estado de ánimo. Por si fuera poco, Beckman apuntó que Lise-Lott Edell había vuelto a su granja y que pedía protección. Con ello se esfumó el escaso entusiasmo que había logrado concitar hacía unos minutos.

Al parecer la viuda de Edell temía que el asesino la atacase a ella también, puesto

que, por el momento, nadie sabía ni quién era ni por qué había matado a su marido.

—Ni hablar —dijo sin molestarse en ocultar su indignación—. No existe el menor indicio de tal amenaza. Además, no tenemos personal para esas cosas.

No acababa de pronunciar aquellas palabras cuando vio su propia imagen reflejada en el cristal de la ventana. A veces, simplemente, se sentía harto de sí mismo.



## Capítulo 39

El hombre que había al otro lado de la brillante superficie de la mesa tenía la fea costumbre de morderse el pellejo de las uñas. Tell intentaba no mirar las heridas inflamadas que Mark Sjödin no parecía capaz de dejar tranquilas y que, desde luego, no encajaban con el resto de la imagen.

Sjödin era, por lo demás, un hombre pulcro e impecable y tenía justamente el aspecto que se espera del experto en «debe» y «haber» que de hecho era. Ésa fue, en efecto, la primera información que le proporcionó a Tell: la asesoría Sjödin Revision tenía su sede en Borås.

Una gota de sangre coloreó de rojo la uña del pulgar de Sjödin.

Tell pensó en un ejemplo clínico que Beckman les explicó una vez, después de oírlo en sus clases de psicología. Se trataba de un hombre, quizá no muy distinto de aquel Sjödin que tenía delante, que, simplemente, guardaba sus heces en una caja que tenía debajo de la cama. Tell no estaba lo bastante instruido como para ofrecer una explicación sensata de la causa de tan ridícula conducta, pero suponía que la necesidad de una válvula de escape para las frustraciones era característica del común de los mortales. Si uno no se permitía ser otra cosa que perfecto en todas partes, quizá guardar bajo la cama aquello que se quería ocultar fuese una solución.

Tell aplicaba en su trabajo una teoría en la que creía ciegamente, pese a que su única base científica eran los datos empíricos procedentes de sus veinte años como policía, una prolongada experiencia a la hora de conocer gente en situaciones que activaban y sacaban a la luz su lado más primitivo. Y según dicha teoría, la perfección siempre oculta algo. Aquel que muestra una fachada inmaculada y la paciencia de un ángel tiene algo que esconder. Una rabia tan honda que debe mantenerse a raya con firmeza, pues se teme que, de estallar, trastoque el orden del universo. Una caja de mierda bajo la cama. O un cadáver enterrado en el jardín.

De ahí que apreciase los uñeros de Mark Sjödin: lo hacían más humano.

—Dices que yo alquilé un jeep negro en Ulricehamn, entre Nochebuena y fin de año, ¿no?

—No, lo que digo es que hay un alquiler de un jeep registrado a tu nombre el 27 de diciembre, en la empresa Johansson Johansson de Ulricehamn. ¿Y dices que no fuiste tú?

—Digo que, desde luego, en esa fecha no estuve ni siquiera cerca de Ulricehamn.

El uñero del pulgar izquierdo de Sjödin empezó a sangrar de nuevo y el hombre detuvo el flujo presionando la herida con la yema del índice.

Tell se levantó y fue a buscar un paquete de pañuelos que había en el lavabo, detrás de Sjödin.

El contable no sudaba, pese al calor que daban los fluorescentes, y seguía con la

mirada fija en la de Tell. No, era imposible pensar que estuviese nervioso.

Al darle el paquete de pañuelos y señalar con un gesto el dedo ensangrentado, Tell le indicó que había descubierto su fachada. Sjödin murmuró algo y se enrolló un trozo de papel alrededor del dedo.

Tell siempre sospechaba de la gente que se mostraba inalterable durante una conversación en la sala de interrogatorios de la policía, fuese cual fuese el tema de la misma. Si uno era capaz de mantener el tipo cuando el contexto debería impresionar, estaba claro que tenía algo que esconder.

Sjödin se aclaró la garganta por tercera vez y, por fin, pareció perder la compostura.

Si hubiese sido tan sencillo, si él hubiera sido el asesino, Tell se habría alegrado mucho más, naturalmente. Pero no era ése el caso y, de repente, Sjödin cayó en la cuenta. Era obvio lo aliviado que se sintió cuando dijo:

—¡Ya sé lo que ha pasado! Me robaron la cartera el 26 de diciembre, ¡debe ser eso! Alguien se hizo pasar por mí y utilizó mi carné para robar el coche.

—No estamos hablando de un simple robo de un vehículo, sino de una investigación de asesinato.

Sjödin se quedó perplejo y empezó a respirar entrecortadamente por la boca, sin molestarse en retirar el vaho de sus lentes.

—¿Quieres decir que la persona que suplantó mi identidad ha matado a alguien?

Tell no respondió, se limitó a observar cómo la fachada impecable de Sjödin asimilaba la información que acababa de transmitirle.

—¿Por qué no denunciaste el robo de la cartera? —preguntó al cabo de unos minutos.

—Pero... ¡si lo hice! —exclamó Sjödin ofendido—. Si no hubiesen atropellado al gato de mi hija, habría ido a poner la denuncia en cuanto llegué a casa del supermercado Coop, fue allí donde me robaron la cartera. Estaba comprando en el Coop de Borås, fue tan descarado... Había pagado en la caja y, mientras guardaba la compra en las bolsas, el ladrón me birló la cartera, debí de dejarla allí encima unos segundos, mientras terminaba de guardar la compra...

—¿Cuándo denunciaste el robo?

—Dos días después, el 28 de diciembre.

—¿Recuerdas quién había delante o detrás de ti en la cola de la caja? ¿Alguien que se acercase demasiado?

Sjödin meneó la cabeza con vehemencia.

—No, ya había pensado sobre ello porque me preguntaba quién habría tenido valor para quitármela de las manos, como quien dice... Pero no recuerdo nada en particular.

—Quizá recuerdes la caja en la que pagaste, ¿no?

—Sí, eso sí. Era la más alejada de la entrada. Volví y hablé con la chica de la caja, por si había visto mi cartera y la había guardado. Pero claro, no fue así.

—Bien.

Tell se levantó y le estrechó a Sjödin la mano sana.

—Le echaré un vistazo a tu denuncia. No tenemos más preguntas.

Mark Sjödin se quedó sentado un instante. Se quitó las gafas y las limpió tranquilamente antes de abandonar la sala de interrogatorios junto con Tell.

—¿Y las posibilidades de recuperar mi cartera son...? —preguntó en tono exigente.

—¿Tú qué crees? —respondió Tell antes de dejar solo al contable, o, más bien, con la recepcionista, que lo acompañó solícita hasta la salida.

Tal y como él sospechaba, el carné había sido robado. Así que la posibilidad de que quien había alquilado el Cherokee de Ulricehamn fuese el asesino se presentaba como una opción bastante probable para seguir trabajando en esa dirección.

Se encaminó al despacho de Gonzales y asomó la cabeza.

—Exige enseguida que manden el jeep de Ulricehamn para someterlo a un examen pericial.

Gonzales estaba marcando el número de Johansson Johansson cuando Tell oyó el teléfono de su despacho.

En la pantalla aparecía el nombre de Seja Lundberg. Tell lo asoció como un rayo a la mirada inquisitiva que Östergren le había dedicado aquella mañana. Lanzó una retahíla de maldiciones, pues había olvidado la promesa tácita de ir a la jefatura inmediatamente después de la reunión. Sus mecanismos de inhibición freudianos habían funcionado a la perfección, sencillamente, y Östergren se estaría preguntando en aquellos momentos si Tell intentaba evitarla. Lo cual era cierto. El teléfono dejó de sonar.

«Una llamada perdida».

A veces uno ha de elegir, intentó convencerse a sí mismo. Y la única opción lógica en una situación en que corría el riesgo de perder su buen nombre en el trabajo consistía en poner fin a la relación con Seja, que, además, no había hecho más que empezar. En realidad, ni siquiera se trataba de una elección, era su única posibilidad. Pues, en efecto: sin el trabajo, ¿qué le quedaba en la vida?

Muy apesadumbrado, se encaminó al despacho de Östergren, cuya secretaria le comunicó que ya se había marchado. Sintió un alivio real, aunque infantil: el problema persistiría al día siguiente.

Una vez libre de la embarazosa conversación con Östergren, se sintió preparado para escuchar el mensaje de Seja.

—Estoy intentando estudiar para un examen, pero no dejo de pensar en ti —decía—. De modo que me rindo y por eso te llamo, porque parece que tú no piensas

hacerlo. He decidido que soy demasiado mayor para jugar a ser una mujer inaccesible, cuando no lo soy.

Ahí se interrumpió el mensaje, que dejó un doloroso vacío con su silencio. Tell lo borró.

## Capítulo 40

1995

Hasta el momento en que la vio en el rellano, sin maquillar, despeinada y fea como un trol, la imagen de su madre le hacía desear clavarse agujas en el cerebro para cambiar de tema.

Se imaginaba que podría mantenerse alejado de ella durante años y que, un día, se verían en la calle por azar, quizá dentro de dos décadas. Aquella era la única forma en que ella podía existir en su conciencia. Cuando soñaba despierto, se veía con veinticinco años, con un traje de verano de color beis que le hacía irradiar la seguridad que él asociaba automáticamente a la edad. Por alguna razón, la escena siempre se desarrollaba en el barrio de Villastaden, ante cualquiera de los accesos al parque de Annelundsparken. Él le tomaba las manos doloridas y arrugadas y ella le susurraría: «A causa de mi necedad te perdí, Sebastian. No permitas que te pierda otra vez».

Y, naturalmente, él la perdonaría. En una de las versiones de su ensoñación, ella le decía: «Te he buscado por todo el mundo». Pero aquello era, a decir verdad, irreal e insatisfactorio. En parte porque Solveig jamás tendría fuerzas para recorrer el mundo entero y, en parte, porque el único escondite que se le ocurrió cuando decidió huir fue el apartamento de Brasse, el único amigo que tenía su propia vivienda.

Si hubiese ido a casa de Krister, su madre habría llamado a Solveig en las primeras veinticuatro horas. Además, ni la madre de Krister ni ninguna otra madre de las que conocía, por cierto, habrían permitido que se plantase allí sin más, con la mochila, para quedarse.

Claro que, teniendo en cuenta que el apartamento de Brasse no era ningún secreto, sería el primer sitio donde Solveig iría a buscarlo, con lo que se ahorraría recorrer el mundo entero para dar con él. Si es que decidía ponerse a buscarlo, cosa que sí hacía en los sueños de Sebastian.

Y que, de hecho, hizo. Solveig fue en su busca. Por pesada que fuese la carga de la culpa que atormentaba a Sebastian, ella fue a buscarlo. Se sintió inundado de un extraño calor que recorría todo su cuerpo y comprendió que, hasta aquel momento, sólo había sentido frío. Ignoraba durante cuánto tiempo, pero cuando aquel trol agotado que era su madre lo miró, experimentó la misma sensación que la de un baño caliente tras haber estado esquiando en plena nevada.

—¿Qué haces tú aquí? —le dijo, pese a todo, para asegurarse de que no estaba allí sólo para acusarlo de asesinato o para dejar caer una bomba en el pequeño estudio mugriento de Brasse.

—Me obligaron a reflexionar, antes de tomar una decisión —le respondió Solveig con un hilo de voz. Parecía una niña, tan escuálida, con aquellos *leggings* deformados

y el jersey de espigas amarillo pálido cubriéndole el pecho plano. Se había puesto las zapatillas de deporte, que fueron blancas en su día, cuyas finas suelas de goma estaban más que desgastadas. Las puntas de los pies miraban hacia dentro. Ni siquiera las arrugas que surcaban su rostro detrás de los mechones grises le otorgaban el aspecto de una mujer madura.

—Debes de estar medio congelada —le dijo señalando el chubasquero y las zapatillas.

—Querían que reflexionara —repitió Solveig—. Sobre si quiero que apaguen las máquinas que mantienen con vida a My.

Su voz aumentó de volumen y resonó chillona en el rellano. Sebastian oyó que abrían la puerta del portal y los pasos de alguien que subía la escalera.

—¿Vas a entrar o no? —preguntó, aliviado de que Brasse no estuviese en casa. Con resolución sorprendente, Solveig dio un paso al interior del apartamento. La tenía tan cerca que podía sentir su aliento, que olía a caramelos de menta Kungen y a algo más, algo químico. Solveig le agarraba el brazo con tal fuerza que, con toda seguridad, le dejaría las marcas de sus dedos.

—Creen que estaría dispuesta a matar a mi propia hija. No tienen ni idea. Ni idea sobre mí. Ni sobre My. Les he dicho que no necesitaba pensarlo, pero insistieron en que me fuera a casa y recapacitara. Dicen que sólo yo puedo tomar esa decisión.

—Mamá, en realidad, ya está muerta. Su cerebro está muerto —observó Sebastian.

No tuvo tiempo de reaccionar, la mano de Solveig le soltó el brazo, se estampó en su cara en una fracción de segundo y le dejó la mejilla ardiendo. Solveig rompió a llorar y se le arrojó al cuello. El olor a caramelos Kungen quedó sustituido por el del cabello de su madre, que no era ni bueno ni malo, sólo el cabello de su madre. Solveig lloraba.

Sebastian cerró los ojos y lloró con ella.

—Ahora nos toca luchar a nosotros, Sebastian —afirmó Solveig.

Tenía el pelo de su madre en la boca. De repente, recordó cómo se llamaba el cómic: *The Living Dead*. El muerto viviente.

Y Sebastian volvió a casa.

\* \* \*

Por la noche, Solveig entró en su habitación. Nunca lo había hecho con anterioridad.

Él dormía un sueño sin ensoñaciones y, aun así, se despertó presa del pánico, con la sensación de tener en el cuello una mano que le presionaba las vías respiratorias. Y no podían ser las manos de Solveig, que estaba en el umbral, en el otro extremo de la

habitación. La lámpara del pasillo estaba encendida. Vista desde la cama y en la penumbra, Solveig no era más que una silueta, su largo cabello parecía un manojo de hierba mustia sobre los hombros estrechos.

Sebastian intentó acompasar su respiración y se prometió que, a partir de aquella noche, dormiría con la luz encendida. Aún no sabía qué pensaba Solveig, cómo lo acusaba. Si estaba tomando medicamentos. Si había comprendido realmente lo ocurrido.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

En esta ocasión, Solveig no respondió, simplemente se quedó meciéndose en el umbral de la puerta, como si una corriente de aire atravesara la habitación y ella no fuese capaz de oponer resistencia. Por un instante, Sebastian creyó que estaba borracha.

—Mamá —le dijo con voz suplicante. Sebastian odiaba aquel tono de súplica. Quería levantarse, colocarse a su lado y sentir que había dejado de ser un niño indefenso. Comprobar que la superaba en estatura en diez centímetros, quería verse menos expuesto, más protegido. Ver su cara—. Mamá.

—No sabes lo asustado que parece cuando te miro —le dijo con una voz frágil como porcelana resquebrajada—. Me tienes tanto miedo, hijo mío. Porque piensas que fue por ti por quien My salió aquella noche. Porque sabes que yo sé que te negaste a volver con ella y que por esa razón murió sola en el bosque. Piensas que es como si la hubieras violado y la hubieras matado tú mismo. Es irrelevante quién le asestó el golpe de gracia. Lo que importa es quién provocó la situación. Eso es lo que piensas. Y por eso tienes miedo.

Sebastian se quedó mirando la silueta para comprobar si se acercaba a la cama, pero estaba como clavada en el umbral, ya sin balancearse de un lado a otro, como si sus palabras la hubiesen equilibrado.

—No la violaron —dijo Sebastian en voz baja—. Se cayó y se golpeó la cabeza con una piedra.

—No has de tener miedo, debes hacer lo que te decía cuando eras pequeño, Sebastian —continuó la silueta al tiempo que se volvía despacio hacia el pasillo, de modo que, por un instante, Sebastian pudo distinguir el perfil de su madre, su blanda barbilla—. Debes confesar, no fingir que no ha pasado nada. Cuando finges que no ha pasado nada, es cuando me enfado. Y tú no quieres que me enfade, ¿verdad? Ahora tú eres todo lo que tengo. Hemos de estar unidos.

Solveig calló y cerró la puerta del dormitorio. Sebastian encendió la lámpara de la mesilla y fijó una mirada iracunda en el pez de la alfombra mientras se esforzaba por respirar acompasadamente. Transcurrió una cantidad indefinida de tiempo hasta que se percató del sonido del segundero que emitía el despertador.

Empezó a tomar conciencia de lo que quería de él la mano que le estrangulaba la

garganta. Fue alegrándose de la fuerza que sentía a medida que la idea cobraba forma y se alimentaba de dicha fuerza.

La alfombra de pez se había torcido dejando a la vista una mancha en el suelo de linóleo, exactamente igual que la que había delante de la cama en la casa de Rydboholm. Se dijo que aquello era muy curioso y que, seguramente, era la señal que, sin saberlo, había estado esperando.

«¿Qué habrá sido primero, la alfombra o la mancha? —se repitió una y otra vez, hasta que el corazón dejó de galoparle en el pecho—. ¿Qué fue primero, el huevo o la gallina? ¿La alfombra o el pez?».

Cuando volvió a verlo todo claro, tomó la decisión de mantenerse alerta ante otras posibles señales. Y para ello debía ir al hospital.

Se vistió a toda prisa, se deslizó sin hacer ruido por el pasillo y se puso los zapatos y la cazadora. La puerta del dormitorio de Solveig estaba cerrada, pero se veía luz por la rendija. Aguzó el oído, muy nervioso, aunque no fue capaz de distinguir si su madre dormía profundamente o si el sonido lento que oía era el de su propia respiración. En aquel apartamento, no tenía el menor control sobre su cuerpo.

En cuanto hubo salido de la casa, el corazón recobró su ritmo normal. Cuando se vio en el centro, envuelto en la luz de neón de sus calles vacías, dejó de correr y escupió el sabor a sangre que le amargaba la boca.

\* \* \*

Tal y como él pensaba, nadie cuidaba a una persona que sufría muerte cerebral.

«Nada de lo que nadie hiciera tendría nunca la menor importancia —salmodiaba para sí—. ¿Por qué preocuparse, pues?».

My estaba sola en la habitación, rodeada de todos aquellos aparatos que la mantenían con vida. Había encendida una lamparilla amarillenta, por consideración hacia los familiares, o quizá para la enfermera de guardia, que tarde o temprano pasaría por allí haciendo su ronda, que iría a comprobar la inspiración y la espiración del respirador artificial y los monitores que indicaban cómo iban los muertos vivientes. *The Living Dead*.

Sin embargo, no existían muchas posibilidades de que la enfermera apareciese en la media hora siguiente. Y, al cabo de media hora, él habría terminado.

Sebastian tomó la mano flácida que descansaba sobre las sábanas y se sorprendió al notarla tan caliente, al ver que la ciencia médica lograba mantener con vida el cuerpo de forma artificial. Seguro que los doctores que habían llenado de tubos el cuerpo de su hermana se sentían muy orgullosos de sí mismos. Si no tenían ni idea.

Nada sabían de la zona fronteriza entre la vida y la muerte ni de la zozobra, la



angustia y el desarraigo. Nada sabían de lo que se sentía al no aterrizar jamás, al haber perdido el derecho a este mundo sin poder entrar en el siguiente, «en el reino de los muertos», puesto que alguien, de forma totalmente arbitraria, lo ataba a uno de pies y manos para impedirle que se dejase ir y se liberase.

Según aquel tebeo, existía un aspecto especialmente tormentoso en el hecho de hallarse entre los dos mundos, algo que, si no recordaba mal, guardaba relación con que el territorio de transición estaba integrado en el mundo normal.

Sebastian tuvo la impresión de que era My quien le susurraba aquellas palabras:

«Las criaturas entre los dos mundos, los desgraciados, son invisibles, pero están a nuestro alrededor en todo momento, nos ven, aunque nosotros no los veamos. Puesto que no hay modo de detectar la diferencia entre un mortal normal y corriente y un muerto viviente, ni siquiera para el propio muerto viviente, siempre andan con miedo unos de otros: el desarraigo genera miedo. El miedo genera angustia. La angustia genera impotencia. La impotencia genera ira y los muertos vivientes hierven de rabia y no tienen contra qué dirigirla puesto que son invisibles para todos salvo para sus semejantes, y puesto que tienen un miedo desesperado unos de otros. No tienen con qué pagar su ira salvo consigo mismos y ningún miedo puede ser peor que el de no saber si va a suceder algo horrible o cuándo va a suceder».

¿Qué fue primero, la alfombra o la mancha? Nada es más terrible que esa sensación inquietante de pérdida del propio mundo.

Sin embargo, nunca llegaría a estar seguro. Nunca podría vivir consigo mismo si permitía que su miedo ridículo se interpusiera en su camino.

Y sus preparativos resultaron ser sencillos pero más que suficientes. Todo fue mejor de lo que imaginó. Cuando cesó el rumor del respirador y el último suspiro sonó como un adiós, Sebastian respondió «adiós, My». Y como una especie de señal definitiva, empezó a respirar con tal facilidad que tuvo la certeza de haber hecho lo correcto.

My había abandonado la zona fronteriza y había entrado, por fin, en el reino de los muertos.

## Capítulo 41

2007

Tenía el teléfono inalámbrico en el banco, junto a la pared del establo. No sabía cuántas veces había escuchado el pitido pertinaz de la señal de llamada. Lo colgó.

A aquellas alturas, se sabía de memoria el mensaje del contestador de Christian Tell, tanto el del trabajo como el de casa. Si se lo proponía, podría imitar con bastante exactitud su voz grave y su melódico dialecto de Gotemburgo. «Habla el contestador automático de Christian Tell. Siento no poder atender tu llamada...». Pero sería demasiado patético desarrollar ese talento.

Las manos enrojecidas y reseca por el frío se aferraban al teléfono, aquel instrumento de tortura en torno al cual habían girado los últimos días y que a ella le daba la impresión de que irradiaba maldad. Se puso los guantes despacio e intentó hacer acopio de las fuerzas necesarias para levantarse y abordar las tareas que reclamaba el establo. Había que retirar el estiércol de los boxes. Había que cepillar a *Lukas*. Había que engrasar las sillas.

«Aquí estoy, una vez más», se decía Seja. Estaba a punto de llorar de rabia. Se había prometido a sí misma que jamás volvería a sentirse menospreciada y humillada hasta la médula. Cuando Martin la dejó, se negó a permitir que la cabaña se convirtiese en símbolo del fracaso de su proyecto común. En cambio, se aferró a la idea de que «Gläntan» representaba su nueva vida como mujer fuerte e independiente.

La casa, el caballo y el gato y todo lo que implicaba la vida en el campo imponían unas exigencias lo bastante estrictas como para distraerla del miedo a quedarse sola y sin amor, lo bastante insignificantes como para que pudiese conservar la paz recién hallada y no sucumbir al estrés y a la sensación de ser insuficiente. Aunque la depresión se presentaba de vez en cuando y con regularidad, a menudo desencadenada por la preocupación que le inspiraba el rápido deterioro de la casa, Seja se sentía satisfecha con su existencia.

Y por eso maldecía a Christian Tell. No se había contentado sólo con despertar los viejos demonios de Seja y con hacerlos emerger a la superficie, sino que además la había desechado como mujer. Pues no le quedaba más remedio que aceptar que eso era lo que había sucedido. Christian llevaba dos días sin cogerle el teléfono y no la había llamado, pese a que ella le había dejado varios mensajes.

Una vez más, sintió deseos de marcar su número, aunque acababa de intentarlo no hacía ni cinco minutos. Exhaló un suspiro: no servía de nada. Era una mujer adulta y sabía que de amor nadie se muere, no de verdad. Y debería actuar en consecuencia.

En su subconsciente bullía en todo momento el caso policial en el que aquel traidor estaba trabajando, la razón por la que ella lo conoció. Comprendía que no

habría paseo capaz de aplacar la corriente que circulaba por su sistema nervioso.

En el cajón del escritorio que había heredado del viejo Gren y que tenía cerrado con llave estaba la carpeta con las copias de las fotos de Björsared. Los primeros días, cuando aún se hallaba en una especie de conmoción, se pasaba las horas haciendo examen de conciencia preguntándose qué hacer con los recuerdos que, de repente, comenzaban a reclamar su atención.

Y de repente, se interpuso la historia amorosa con el comisario. Seja se sentía segura en su presencia, tanto como para apartar sus recuerdos. Empezó a escribir entonces. Era una contradicción que aceptó sin reservas: necesitaba establecer cierta distancia con respecto a la experiencia vivida. Un espacio lógico entre ella y el muerto.

El vacío que Christian Tell había dejado tras de sí la hacía tomar conciencia de hasta qué punto necesitaba amor, tener a un hombre en su vida, para estar en paz. Tal certeza la asustaba lo indecible y la convertía en una presa fácil de pensamientos nada halagüeños.

Se vio arrastrada sin remedio al periodo de mediados de los noventa en que llevaba el pelo teñido de rubio y un aro en el labio inferior y se aferraba a un regazo tras otro impulsada por una sed de amor que, pese a la diferencia de estrategia, no era muy distinta de la que la impulsaba en la actualidad. Era una constatación dolorosa y la desechó: no existían más similitudes. De aquello sólo hacía diez años, pero su vida era otra y no le quedaba ninguno de los amigos que tenía entonces.

A menos que Hanna... ¿Quizá con Hanna sí podría reanudar la amistad? Ella había sido su «mejor amiga», antes de que esa expresión le resultase ridícula y extraña.

Unos años atrás intentó retomar el contacto, un par de citas para tomar café, unas cervezas y un poco de charla entusiasta sobre el pasado. Entonces, la actitud de Hanna le resultó algo forzada, reflejo de una confianza fingida que Seja no había detectado en su amiga durante la adolescencia.

Ella optó por presentarle una serie de episodios elegidos de su vida, adaptando y embelleciendo pasado y futuro. Aun así, después se sintió decepcionada al pensar en todas las experiencias que se dejaron en el tintero y que se interponían entre ellas sólo porque ninguna estaba preparada para hablar. La última vez que intentó hablar con ella, Hanna se había mudado y no había dejado su nueva dirección.

Ahora que la imagen maquillada de Hanna Aronsson había emergido a su conciencia, no podía quitársela de la cabeza. Y se sentía preparada para llamarla.

No era cierto que pudiera zafarse de la preocupación. Lo que Christian había mencionado de pasada acerca del otro asesinato la noche de fin de año le sentó como un golpe en la nuca.

No podría, sin actuar. Y ahora empezaría a actuar.

El servicio de información telefónica le facilitó el número de teléfono de seis abonados que respondían al nombre de Hanna Aronsson en la región de Gotemburgo. La primera, en la calle Engelbrektskatan, en el barrio de Vasastan, donde una mujer le colgó sin miramientos en cuanto comprendió que se había equivocado de número. Había una Hanna Aronsson en Askim, en el barrio de Gåsmossen, y otra en la carretera de Danska, pero ninguna de ellas estaba en casa.

El cuarto intento la llevó a la calle Paradisgatan, de Masthugget, y ahí sí respondieron. Enseguida reconoció la voz de Hanna, grave y algo tensa, una voz de adulta, que ya tenía en la adolescencia. Y sensual, al menos considerada en otro contexto que el del cabello teñido en casa de color rosa y verde con tinte de la marca Shock, y las Mårtens desgastadas en la medida justa, lo que habían conseguido con la ayuda de un papel de lija.

Hanna fue la mejor amiga de Seja desde séptimo curso y mantuvieron una relación de rivalidad, de transgresión y con una carga semierótica. Como solía ser la amistad adolescente. Se encontraron la una a la otra de ese modo tan habitual entre la gente necesitada. Durante varios años tormentosos, compartieron la ropa y las confidencias, además de la misma cama. Incluso compartieron el novio durante unos días, hasta que se dieron cuenta de que el chico del que ambas hablaban como el mejor resultaba ser el mismo, un descubrimiento que las convirtió en enemigas acérrimas, hasta que recurrieron a su sentido común y se aliaron en contra de él.

Seja sentía nostalgia. La estrecha cama de Hanna en el apartamento de la calle Landsvägsgatan y, a los pies, la tetera en una bandeja, y una mezcla tremenda de música en el equipo: Cindy Lauper, Doom, Asta Kask, Kate Bush. Atrincheradas contra la madre de Hanna, que, enojada, como de costumbre, se dedicaba a beber vino escuchando a Ulf Lundell por los auriculares. Pocos años después, se quitó la vida. Seja lo leyó en el periódico, una pequeña noticia en la que explicaban que una de las figuras de la cultura de Gotemburgo había sido hallada muerta en su apartamento. No existía la menor sospecha de violencia ni de que se hubiese cometido un delito.

Sin embargo, en la calle Landsvägsgatan, en medio del humo procedente de los cigarrillos que ellas mismas se liaban, ni Seja ni Hanna podían saber nada del futuro. Seja con su camisión medio transparente y, según ella misma pensaba entonces, con un toque algo kitsch e inspirado en los sesenta, adquirido en Myrorna, que le quedaba tan grande sobre el pecho casi plano que el escote le colgaba a la altura del estómago.

Estaban en el mismo curso y aunque ni a la madre de Hanna ni a los padres de Seja les gustaba que Seja se quedase a dormir entre semana, tampoco les disgustaba tanto como para impedirselo.

Hacia medianoche, bajaban la música y empezaban a hablar entre susurros para que la madre de Hanna, medio borracha, no aporrease la puerta y les vociferase que cerraran la boca. Por suerte, desde la habitación de Hanna podían ir tanto a la cocina, si querían prepararse otra tetera con miel, como al cuarto de baño, que debían visitar a menudo durante la noche, como consecuencia directa del consumo de té, todo ello sin pasar por delante del dormitorio de la madre de Hanna.

Por las mañanas, el suelo de linóleo estaba pegajoso de miel, y lleno de fundas vacías de discos esparcidas sin orden ni concierto, junto con libros que habían leído en voz alta, antologías de poetas jóvenes que contenían palabras grandilocuentes sobre amores perdidos en una época de la vida en que el amor es más grande de lo que nunca llegará a ser después.

Ya no recordaba qué las había separado. Sí, bueno, el instituto, cuando eligieron líneas distintas. Hanna empezó a ir a una escuela de manualidades. Y, según tenía entendido, lo dejó al año siguiente, pero entonces ya era demasiado tarde y habían perdido el contacto. Las noches de la calle Landsvägsgatan se habían terminado. No sólo el amor es más fuerte y frágil durante la juventud. También la amistad lo es.

Resultaba difícil comprender que sólo fueron un par de años. Ella pensaba que Hanna la conocía mejor que nadie. Desde luego, mejor que sus propios padres. Mejor que las amigas de la infancia, que se negaban a relacionarse con la Seja más adulta, la Seja que se acostaba con chicos y que tuvo que abortar aquel verano, después del noveno curso.

Era como si la amistad hubiese culminado justo aquella noche: Seja se derrumbó en la cama de Hanna después de que la dejaran salir del hospital Östra Sjukhuset no sin antes haber prometido que iría directamente a casa de sus padres. Nunca tuvieron una relación más íntima. Su madre, aturdida por el vino, miraba a Seja con desconfianza y le preguntó una y otra vez si no debería llamar a su madre. Al final, Hanna le gritó a la cara que no se inmiscuyese en aquel asunto.

Y después de aquella noche, su amistad comenzó a menguar. A medida que empezó a frecuentar la compañía de otras amistades. De repente, todo su trato quedó reducido a las ocasiones en que se veían en fiestas organizadas por conocidos comunes.

Al oír su voz, Hanna rió abochornada al otro lado del hilo telefónico.

—Deben de haber pasado seis años, como mínimo, si no más. ¿A qué te dedicas...?

—¿Y tu, a qué te dedicas tú? —preguntó a su vez Seja, al oír la voz de un niño—. ¿Tienes hijos?

—Sí...

No pudo dejar de detectar el orgullo que denotaba la voz de Hanna.

—Se llama Markus. Tiene cuatro años.

—Dios mío... No tenía ni idea de que hubieses tenido un niño.

—Ya, pero es normal, no hablamos desde hace...

—Seis años, ya te digo, si no más. Yo...

Seja vaciló un instante.

—Leí lo de tu madre. Lo siento muchísimo.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea y, por un momento, Seja creyó que había ido demasiado deprisa, hasta que oyó que Hanna lanzaba un hondo suspiro.

—Sí, bueno, gracias. Ocurrió poco después de la última vez que nos vimos tú y yo. Es muy inquietante enfadarse tanto con una persona sólo porque no quiere seguir viviendo, pero para mí fue una traición o, no, mejor dicho, como un puñetazo en plena cara. «Toma, por si te creías que yo iba a estar siempre a tu disposición sólo porque fuese tu madre...». En realidad, nunca estuvo bien... Se cortó las venas en la bañera, ya sabes, eso que nosotras escribíamos en nuestros poemas de adolescentes, pues eso es lo que hizo.

—Bueno, leí que había muerto, pero el periódico no decía cómo... quiero decir, de qué manera...

—No, ya, ya lo sé. Una de las personalidades de la cultura de Gotemburgo, ya. Fueron diplomáticos, en cierto modo. En los últimos diez años no se la podía considerar ni una excelebridad de la cultura, teniendo en cuenta que nunca fue nada en absoluto, salvo una vieja resentida y alcoholizada con un complejo de inferioridad que ocultaba detrás de sus aires de grandeza. Uf, lo que digo es horrible... Bueno, ya ves que sigo enfadada con ella, pero tú la recuerdas, sin duda.

Seja no dijo nada, porque no creía que hubiese nada adecuado que decir. Siempre se había sentido incómoda en compañía de la madre de Hanna, pero no del mismo modo en que una se sentía incómoda cuando los padres de las amigas te adivinaban las intenciones. Sencillamente, nunca entendió de qué iba aquella mujer.

Hanna pareció entenderla.

—Quiero decir que en aquella época yo pensaba que era un rollo, pero claro, qué adolescente no piensa que su madre es un rollo, ¿no? Más adelante comprendí que en realidad estaba enferma, que era una mujer egoísta que prefería dejar a su hija sin madre a armarse de valor y buscarse un trabajo normal y corriente, como todo el mundo. No, claro, ella tenía que ser una fracasada, una inadaptada y una actriz incomprendida. Antes morir que trabajar de cajera en el ICA.

Tras la cruda risotada de Hanna, volvió el silencio.

—Perdona, en estos momentos me siento tan desquiciada como ella, la verdad. Tú me llamas después de varios años sin hablarnos y voy y te lo suelto todo así, sin más... Me has pillado desprevenida. Al oír tu voz, los recuerdos acudieron a mi memoria. Las borracheras de la adolescencia y la primera vez... Bueno, la primera vez de todo.

—Sí, bueno, fue justo en aquellos años cuando casi todo lo hicimos por primera vez —convino Seja, avergonzada de no haberla llamado antes, de no haber insistido más.

Hanna le leyó el pensamiento.

—Yo también he pensado en llamarte muchas veces, ya sabes... Las últimas veces que nos vimos, yo no estaba muy bien... —guardó un largo silencio—. En realidad, todo empezó cuando dejé el instituto. Tuve un poco de anorexia y, bueno, ya sabes, no pude más. Todos los tíos y toda aquella mierda...

Seja asintió con la cabeza, pese a que Hanna no podía verla. La comprendía, pues ella misma había sentido que la vida giraba cada vez más rápido en el punto del círculo en cuyo umbral se hallaban, con aquella pinta de quinceañeras ridículas, con sus cazadoras de piel y candados colgados del cuello. Después de su primera experiencia sexual tímida y vergonzosa, también ella creyó que era la clave del amor y de la afirmación personal, pese a que, una y otra vez, conducía a la humillación y a la congoja.

Y de pronto, recuerda aquella ocasión en que, sentadas ante el tocador de Hanna, se observaron en el espejo con mirada crítica.

—Somos un par de gamberras —sentenció Hanna entonces. Y Seja asintió con gravedad, antes de estallar las dos en una carcajada unísona mientras Hanna le arrojaba a la cara una toalla húmeda.

Seja supo salvaguardar su reputación mejor que Hanna, gracias a que, a final de noveno, conoció a un chico ajeno a su círculo de amistades, mientras que Hanna continuó rodando de un chico a otro. Lo grosero de su manera de expresarse, a menudo cargada de referentes sexuales y con la que conseguía ocultar su inseguridad, no mejoraba en absoluto su situación. Tampoco el hecho de que fuese siempre embutida en camisetas diminutas y vaqueros ajustados que no resultaban ni la mitad de provocadores cuando los usaba Seja, tan delgada y plana, como en Hanna, tan prematuramente desarrollada. Aquella combinación resultó demasiado para el crítico entorno en que se movían, un círculo limitado de chicos algo mayores y una corte de chicas de menos edad. Hanna quedó enseguida catalogada como chica fácil.

La primera vez que Seja oyó el apodo «Hanna Ladilla», fue sentada a una mesa junto a una ventana del Norra Station.

Y ella no dijo nada. Todos sabían que Hanna era su amiga, pero ella disfrutó al oírlo. El apodo se difundió con el tiempo y Seja empezó a protestar siempre que lo oía. «Oye, que ya no va por ahí follándose a todo el mundo, que ya ha madurado, ¿eh?». Sin embargo, continuó sintiendo que su seguridad se alimentaba del hecho de salir beneficiosa de la comparación con una persona que, a su juicio, jugaba en una división superior, con aquellas tetas enormes y aquella voz tan interesante y sus fiestas, a las que la gente acudía sin pensárselo.

Seguro que todas las adolescentes sentían cierto regocijo ante el mal ajeno y que vivían comparándose unas con otras constantemente, pero Seja se avergonzó tanto más cuando Hanna le confesó lo mal que lo había pasado desde que interrumpieron su relación.

—Me mudé a Strömstad y terminé el instituto allí. Una amiga de mi madre se compadeció de mí. Me vino bien alejarme de todo y empezar de cero, como un folio en blanco, cuando nadie sabe nada de ti. Una sensación que puede convertirse en una droga, te lo aseguro. Me entraban ganas de repetirlo, dejarlo todo y plantarme en otro lugar.

Seja pensó en «Gläntan».

—Estaba pensando en invitarte a venir a mi casa —dijo un segundo después de tomar la decisión—. Tráete a Markus y ven. Pero no te voy a engañar. Te he llamado, entre otras razones, porque quiero que me ayudes con una cosa.

—¿Que te ayude? ¿Y qué ayuda podría prestarte yo? —preguntó Hanna sorprendida.

—Necesito que me ayudes a rebuscar en el pasado.

Hanna estalló en una risa sarcástica.

—Joder, Seja. Sí, claro, a mí eso se me da bien.

—Pero, de todos modos, estoy segura de que va a ser muy divertido verte otra vez —se apresuró a añadir Seja—. Estoy triste por un amor no correspondido y tengo varias botellas de vino en casa. Y me harías un gran favor si vinieras y me ayudaras a bebérmelas.

En esta ocasión, la risa de Hanna sonó más cálida.

—¿Cuándo, ahora?

—Por supuesto, ahora mismo. Te recogeré en la parada del autobús.

\* \* \*

—Una drogata.

—Sí, era un poco drogata, pero yo creo que se enderezó antes de... desaparecer.

—¿Desapareció? ¿De verdad?

Hanna hizo un esfuerzo por abrir los ojos como platos, pues la cantidad de vino ingerida le cerraba los párpados.

Habían subido la tele y el vídeo a la buhardilla, de modo que Markus se había dormido con las películas que su madre, previsora, llevaba en el bolso. Norah Jones susurraba desde los altavoces *come with me and we'll kiss on a mountain top* y en la encimera se amontonaban los restos de un guiso tailandés de pollo. Un tetra de grifo de color rojo hacía equilibrios en el borde de la estantería.

Hanna encendió un cigarrillo y Seja entornó la ventana de la cocina para que



entrarse el aire fresco de la noche. Hanna se sobresaltó, cuando la llama del encendedor le quemó las pestañas.

—¡Mierda! ¡Lo mismo de siempre!

—No, bueno... En fin, sí, desapareció, claro que sí, pero olvídate de eso por ahora. Lo que necesito es saber quién era. Luego te explicaré por qué, pero ahora debo averiguar algunas cosas que me están sacando de quicio, sencillamente.

—Pues me gustaría ayudarte, Seja, pero la verdad es que no recuerdo mucho. Siempre había mucha gente saliendo y entrando en la pandilla. Muchas chicas y muchos... conocidos a los que, en realidad, no conocíamos. Sólo nos sonaban. Ya sabes... Pero, bueno, decías que tenía el pelo negro, ¿no?

—Sí, negro, al menos al final. Si no recuerdo mal, al principio lo tenía teñido de rojo. La estuve viendo por el Norra Station una temporada: la última vez que nos vimos hablamos de eso. Ella solía escribir en los libros de firmas. Su alias era... ¡Mierda! Ahora no me acuerdo.

Hanna sonrió al recordar los libros de firmas del Norra Station.

—Mi alias era Hannami.

Seja empezó a entusiasmarse.

—¿Adónde irían a parar aquellos libros?

—¿Te refieres después, cuando cerraron?

—Sí, cuando cerró el café.

—Pues espero que los quemaran, teniendo en cuenta toda la ridícula basura que escribíamos en ellos. Recuerdo que una vez escribí algo sobre mis planes de suicidio, sin pensar en que mi alias me descubriría. Así que la siguiente vez que aparecí por allí, me esperaban tres chicas completamente desconocidas, o casi desconocidas, para convencerme de que merecía la pena vivir la vida. Y para entonces, ¡yo ya casi había olvidado lo que había escrito días antes!

Una gota de vino le salpicó los pantalones y Seja se levantó para ir a por sal, pero Hanna la retuvo vehemente.

—¡Bah! Déjalo. De todos modos, ya no puedo abrocharme estos vaqueros viejos, me están estrechos de cintura. Ha llegado la hora de admitir que me están pequeños y que debo deshacerme de ellos.

—Creo que era amiga de Kåre... Se los veía juntos a menudo. No es que estuviesen saliendo, vamos, pero eran amigos. Aunque a Kåre también hace siglos que no lo veo.

Hanna hacía memoria y, cuando se le iluminó la mente, también se le cayó la ceniza en los pantalones.

—¡Sí!, espera, creo que sé de quién hablas. Una chica menuda, quiero decir bajita. Siempre llevaba una cazadora de piel blanca, ¿lo recuerdas?

—¡Exacto! Una cazadora de piel blanca con la leyenda «Alice Under» en la

espalda, ¿no?

—Sí, y el pelo de color rosa rojizo.

—Eso es, ¡a ella me refiero!

En esta ocasión fue Seja quien derramó el vino, pero el mantel verde claro absorbió la mancha, que, a la luz vacilante de las velas, se extendió como un estampado batik alrededor de los platos. Se llevó la mano a la boca al oír un ruido amortiguado procedente de la buhardilla.

Hanna se levantó vacilante y se asomó al pasillo.

Seja se quedó sentada mirando la mancha un rato, hasta que le volcó encima el salero y quedó un mejunje de color rosáceo.

Los peldaños crujían y Hanna entró de puntillas en la cocina.

—Lo sé. Anduvo con Magnus un tiempo. Ya sabes, el que tocaba el violín y se hacía una trenza con la barba. Me pasé una tarde entera hablando con ellos en el Solsidan. No es que recuerde cómo se llamaba ni tampoco de lo que hablamos. ¡A saber de qué coño hablamos! —se desplomó en la silla y le cogió la mano a Seja—. A ver, cuéntame de qué va esto.

Seja miró la mano de Hanna. Llevaba las uñas largas y pintadas de morado. Ella en cambio las tenía cortas y sin pintar, y debajo se entreveía un borde de mugre del establo.

Esperaba que su mirada reflejase cómo se sentía.

—Te lo prometo, Hanna, te lo contaré en su momento. Antes necesito saber su nombre y... qué le pasó.

—¿Crees que le pasó algo?

—Oí rumores, sí, de que le había ocurrido algo... y luego supe que estaba muerta. He de averiguarlo. De lo contrario, no encontraré la paz, y lo único que tengo es un maremágnun de recuerdos y a ti.

—Y los libros de visitas del Norra Station, claro. La lista de todos los alias —añadió Hanna.

—Claro. Pero hasta ahora no había pensado en ellos.

Hanna la miró suspicaz.

—Seja, ¿qué tiene que ver contigo todo esto? ¿Seguro que no debo preocuparme por ti?

Seja dio una palmada.

—No, no debes preocuparte por mí. Al menos, no demasiado. En fin, voy a prepararme el sofá. Tú tendrás que compartir mi cama con tu hijo.

Hanna no parecía tener fuerzas para protestar ante tan amable ofrecimiento y le dio las gracias a Seja con un gesto.

—La verdad es que estoy muerta de cansancio. Y borracha.

Justo antes de trepar a la buhardilla, se dio la vuelta.

—Tú misma lo has dicho.

—¿El qué?

—Los libros de visitas. Yo conozco a un chico que conoce a uno de los que llevaban el café Norra. Ahora tiene un restaurante en una perpendicular de la calle Kungsgatan.

Cuando Hanna se acostó, Seja hizo la última ronda del día por los establos. La vieja puerta emitió un lamento. Tenía que acordarse de engrasar las bisagras. No se le ocurrió encender el fluorescente y se quedó escuchando en la oscuridad el apacible sonido de la mula que rebuscaba resollando en la avena. El cansancio y la embriaguez se esfumaron, sustituidos por una energía extraña, casi eléctrica.

Entró en la casa, encendió el ordenador y estuvo escribiendo febrilmente el resto de la noche.

## Capítulo 42

Fue a Beckman a quien le tocó en suerte ir al albergue de Klarahärbärgen a las siete y media de la tarde. Estaba a punto de dar por terminada su jornada, después de haber llamado a Göran y a las niñas dos veces para avisar de que se retrasaría.

La directora del albergue para mujeres sin hogar llamó poco después de las siete para anunciar que, diez minutos antes, Susanne Jensen había llamado con el fin de solicitar una cama para aquella noche. Como siempre que se trataba de conversaciones con niños o con mujeres maltratadas, el comisario le pasó la tarea a ella sin pensarlo. Le gustaba Tell, pero debía admitir que era un hombre previsible.

Aceptó la misión sin protestar, a sabiendas de que Göran podría añadir otra tarde de retraso por causa del trabajo en su columna del «debe» y, para compensar, tomarse él una tarde libre para irse al bar.

El resfriado había empezado a remitir, pero aún estaba cansada, agotada hasta la médula. Si no fuese tan orgullosa, le habría pedido a Tell que enviase a algún otro colega del grupo, alguien que no hubiese estado ausente de su casa y sin sus hijas pequeñas durante casi todas las fiestas navideñas. Sin embargo, tenía la edad suficiente como para saber que eso sería tanto como ofrecerse voluntariamente a tragarse los comentarios que los viejos zorros conservadores se apresuraban a soltar en cuanto se presentaba la ocasión. Resultaba difícil de creer, pero aún había colegas que consideraban que la profesión de policía exigía un sentido de la responsabilidad mayor del que, lógicamente, podía esperarse de una mujer con hijos pequeños. Esa forma de pensar la sacaba de sus casillas. Y, aun así, había días en que estaba dispuesta a darles la razón.

Cuando marcó el número de casa por tercera vez, le saltó el contestador. Solía ocurrirles y, a menudo, no llegaban a tiempo de atender el teléfono. Por lo general, colgaba y volvía a marcar, si sabía que estaban en casa, pero hoy no se molestó y más bien se alegró de no tener que enfrentarse, en el mejor de los casos, al tono burlón de Göran y, en el peor, a su decepción al saber que tampoco aquella noche llegaría a casa a tiempo de darles las buenas noches a las niñas. Dejó un mensaje breve, dio tres besos al aire y se marchó.

Iba circulando con dificultad por el hormiguero del parque Brunnsparken, entre tranvías, ciclistas y gente que se lanzaba a cruzar sin mirar, cuando Karlberg llamó para pasarle otra llamada del albergue. Susanne Jensen ya no estaba allí. La directora ignoraba lo que aquello podía significar. O bien había salido para comprar algo y quizá no tardase en volver, o bien se había enterado de que la policía la estaba buscando.

Beckman decidió ir de todos modos. Apareció ante su vista el edificio de los juzgados y se suponía que el albergue quedaba a la espalda. Si Jensen se le había

escapado, al menos podría hablar con el personal.

\* \* \*

A aquella hora del día había mucho movimiento en el vestíbulo. Dos mujeres que llegaron al mismo tiempo que Beckman guardaron sus zapatos, cazadoras y bolsos en las taquillas que cubrían una de las paredes. El llavero era una cinta de goma como las de las taquillas de las piscinas. La segunda parada era un libro de registro que estaba abierto en el mostrador, custodiado por una joven con dos coletas muy poco pobladas. La joven saludó brevemente a los huéspedes nocturnos. Varias de aquellas mujeres parecían ser habituales, pues las llamaba por su nombre de pila.

Beckman intentó no considerar a las visitantes como una imagen real de la tragedia, sino que procuró convencerse de lo que siempre se decía cuando veía a gente desahuciada: eran chicos y chicas normales que habían tenido mala suerte en la vida y que habían caído hasta lo más bajo, pero que ya estaban saliendo. Nada, nunca, era constante.

«Podría haber sido yo». No se sintió con fuerzas para ahondar en aquella idea. Por ejemplo, para pensar en qué sucedería si, en la próxima pelea, Göran la obligase a marcharse de la casa, puesto que, de hecho, él era el propietario. «Pero no soy yo».

Le resultó familiar la cara de una mujer algo mayor que llevaba el pelo negro recogido en un moño y se quitó un chal de color verde chillón. Beckman recordó entonces un debate que había visto en la televisión, acerca de la nueva ley de prostitución. La mujer se presentó como portavoz de todas las prostitutas sin hogar y drogodependientes y afirmó iracunda que la nueva ley de adquisición de sexo les hacía un flaco favor a las chicas, pues marcaba su actividad como algo vergonzoso y las obligaba a esconderse bajo tierra. Salieron a relucir los argumentos de siempre, a favor y en contra, y lo que Beckman recordaba del programa era su sorpresa al ver que aquella mujer imponente perteneciese a lo que solía considerarse lo más ínfimo de la sociedad.

Claro que eso no significaba que ella estuviese dispuesta a tragarse el mito de la puta feliz. Allí, en aquella angosta entrada donde apenas había oxígeno, existían todas las pruebas imaginables de lo contrario. Olía a cuerpos sucios y a efluvios de alcohol. Notó que nadie parecía dispuesto a mirarla a la cara y, en un principio, creyó que se debía a que, como de costumbre, llevaba estampada en ella su condición de policía.

—Tienes que registrarte —le dijo la joven de las coletas, para su sorpresa, justo cuando iba a presentarse.

Beckman se quedó sin palabras por un instante y sintió el impulso infantil de protestar airadamente por haber sido confundida con una vagabunda, pero comprendió a tiempo que habría sido absurdo y, además, humillante para el entorno.

De modo que sacó discretamente su placa, tal y como había planeado hacer en un principio. La chica de las coletas se puso colorada, pero se recuperó enseguida.

—Sí, Margareta me avisó de que vendrías. Ven conmigo y te enseñaré dónde está.

La chica se puso en marcha seguida de Beckman por el pasillo que, a juzgar por los altos armarios que lo flanqueaban, fue en otro tiempo servicio de comedor del magnífico edificio antiguo, hoy convertido en albergue.

La chica estaba visiblemente avergonzada de su confusión y parecía querer hacer algún comentario al respecto.

—Bonito local —contemporizó Beckman para romper el engorroso silencio.

—Sí que lo es. Juntaron dos apartamentos enormes. Hemos reconstruido una parte, pero intentamos conservar el estilo.

«Hemos reconstruido», se dijo Beckman. Aquella chica no parecía tener más de veinticinco años.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí?

La joven, que según la tarjeta que llevaba prendida en la blusa se llamaba Sandra, se detuvo ante una puerta. Una luz roja situada en un lateral indicaba que estaba ocupada.

—Un año y medio, desde que acabé los estudios —hizo un gesto, como excusándose—. Son tantas las mujeres que vienen aquí cada noche, que es imposible reconocerlas a todas. Claro que me di cuenta enseguida de que tú...

—No importa —atajó Beckman—. ¿Has visto a Sussie en el tiempo que llevas trabajando aquí? Me refiero a Susanne Pilgren. O Jensen.

—Tenemos a una Susanne Jensen. Pasa aquí una o dos noches a la semana, por temporadas. Luego desaparece por un tiempo, al cabo del cual regresa, y así.

—¿Tienes alguna idea de cómo es?

—¿Quieres decir, como persona? Pues... Por lo general no sabemos mucho acerca de las mujeres que se alojan aquí, no es nuestra misión averiguar nada sobre ellas. Por eso vienen: las dejamos en paz y nadie husmea en sus vidas, si me permites la expresión. Y Sussie no es de las que hablan. Viene a dormir y se va por la mañana temprano. Nunca ha causado problemas, si te refieres a eso.

—Y ¿siempre viene sola? ¿En qué estado suele encontrarse cuando llega? —quiso saber Beckman.

Al otro lado de la puerta cerrada se oía a la directora Margareta Skåner subir el tono de voz antes de callar enseguida, como si le hubiese colgado el teléfono a alguien después de haberle cantado las cuarenta.

—Sí, siempre viene sola.Quieres decir si viene borracha o drogada, ¿no? Sí, con bastante frecuencia. La mayoría de las mujeres que vienen a dormir aquí son drogadictas. Nosotros no tenemos reglas como en otros albergues donde les niegan la entrada a quienes acuden bajo los efectos del alcohol o las drogas. De hacerlo así, no

seríamos de gran ayuda, pues las más desprotegidas se quedarían sin ningún recurso. O sea, que sí, que suele venir en un estado lamentable, pero no arma jaleo como otras. Al menos aquí.

Beckman asintió. Al otro lado de la puerta todo seguía en silencio. Pese a la luz roja, la joven aporreó la puerta con los nudillos y la abrió.

Sorprendida, Margareta Skåner levantó la vista de su mesa reluciente y de patas torneadas.

—¿Sí?

—Soy Karin Beckman, de la policía. Hablamos por teléfono.

Sandra se excusó en voz baja diciendo que volvía al registro. Skåner asintió displicente.

—Ah, sí, llamaste por Susanne Jensen. Te has enterado de que entró y volvió a marcharse, ¿no? Las mujeres que se hospedan aquí tienen a veces un sexto sentido para detectar la presencia de los guardianes de la ley... ¿Puedo ayudarte en algo?

Beckman acababa de sentarse en la silla para las visitas, que no parecía ni de lejos tan cómoda como la de Margareta Skåner, cuando se oyeron unos discretos golpecitos y la cara de Sandra asomó por la puerta.

—Perdón, sólo quería decirles que Sussie ha vuelto. Está en la cocina.

—Eh... dentro de unos minutos voy a estar muy ocupada —se apresuró a advertir Skåner al ver que Beckman hacía amago de levantarse—. Quizá podamos terminar con lo nuestro antes de que te pongas a hablar con Susanne.

Beckman dudó un instante.

—Creo que vendré a verte otro día, si es necesario —decidió al fin—. Intuyo que es mejor aprovechar la circunstancia y hablar con Susanne ahora mismo. Como acabas de decir... el olor a policía se extiende en cuestión de segundos.

Por el cristal de la mitad superior de la puerta, Beckman vio que la cocina era una habitación grande, como la de un restaurante. Por la rendija se filtraba el olor a la lasaña que estaban preparando en los fogones y a las porciones ya listas y servidas en grandes bandejas. Un letrero pegado con cinta adhesiva a una hucha con forma de cerdito anunciaba que el precio de la porción de lasaña era de diez coronas. Tres mujeres comían en silencio sentadas a la mesa. Una de ellas leía el diario y, muy agitada, hablaba consigo misma.

—Sussie es la del pelo corto y el jersey rojo —Sandra cogió a Beckman del brazo y la retuvo un momento—. ¿Te importaría ser un poco... discreta? Ya sabes, yo creo que una de las ventajas del albergue Klara es que las mujeres se sienten seguras aquí. No creo que haya muchos lugares de la ciudad donde se sientan seguras... No sé si me explico.

Beckman sonrió.

—Te prometo que seré todo lo discreta que pueda.

En el mismo momento en que se presentó, cayó en la cuenta de que Susanne Jensen seguramente no tendría ni idea de que su hermano estaba muerto. La mujer apartó el brazo de un tirón cuando Beckman intentó tocarla y le pidió que la acompañase a un lugar donde pudieran hablar sin ser molestadas. Como quiera que fuese, se diría que Jensen deseaba evitar una escena y, aunque enojada y con brusquedad, acompañó a Beckman a la habitación en la que dormiría aquella noche.

Era una sala pequeña cuyo mobiliario se componía de dos literas y una cajonera, pero las paredes blancas y los altos ventanales le otorgaban un agradable aspecto de amplitud. También las sábanas de las camas eran de una tela blanca y recia. Al verlas, Beckman sintió un deseo irracional de tumbarse en la litera de abajo y dormir, simplemente, sin tener que atender ni al marido ni a las hijas. Pero enseguida pensó en su incapacidad para, ni siquiera en aquel contexto, sentir gratitud por lo privilegiado de su situación. Desde luego, el cansancio ejercía en ella una influencia cegadora.

Susanne Jensen se sentó sobre la colcha con las piernas cruzadas y se concentró en sus calcetines. No reaccionaba cuando se le hablaba. No se parecía físicamente a su hermano. Al menos, no se parecía a la foto de Olof Bart que tenían en el panel de la sala de reuniones de la comisaría. Él era moreno, ella, en cambio, rubia, aunque ambos eran de constitución delgada. Susanne Jensen tenía la cara casi translúcida y presentaba unas ojeras de color lila azulado tan marcadas que se diría que llevaba durmiendo mal toda la vida.

—En primer lugar, quería comunicarte que tu hermano Olof ha muerto —dijo Beckman en voz baja. De forma instintiva, como para consolarla, intentó posar la mano en la rodilla de Susanne, que la apartó enseguida y volvió a quedarse inmóvil. Su expresión no dejó entrever que hubiese entendido el mensaje—. Lo siento muchísimo.

Beckman atisbo un segundo la sonrisa burlona que se perfiló en la cara de la mujer que tenía enfrente.

La policía continuó, algo indecisa.

—Me figuro que no has tenido muy buenas experiencias con la policía y que por eso no quieres hablar conmigo, pero te diré que todo lo que me cuentes puede ser decisivo para que cojamos a la persona que mató a tu hermano. No sé nada de cómo era vuestra relación desde que os mandaron a la casa de acogida y prácticamente nada sobre la vida que Olof llevó en su juventud y su vida adulta. Podrías hacer memoria y decirme si tenía enemigos, si se te ocurre alguien que pudiera desear su muerte. Cualquier cosa que me digas puede ser relevante.

Guardó silencio y quedó a la espera de una reacción que no se produjo.



—¿Susanne?

Jensen parecía estar helada: tenía los hombros encogidos hasta las orejas, las mandíbulas apretadas y la piel encendida en rojos y amarillos alrededor de la boca. También los puños cerrados parecían denotar concentración.

Beckman tuvo que contenerse y respetar el deseo de Susanne de que nadie la tocara.

—Si me quedo aquí un rato, quizá luego estés dispuesta a decirme algo — prosiguió en un intento por convencerla—. Si no se te ocurre nada que decir mientras estoy aquí, podrías llamarme o escribirme más tarde. Te daré mis números de teléfono. Por otro lado, quisiera que me dijeras si has oído alguna vez mencionar el nombre de Lars Waltz en relación con tu hermano, pero tampoco le concedas demasiada importancia, sólo es una pista que estamos siguiendo y que puede ser falsa.

Permaneció sentada frente al hermetismo de Susanne Jensen durante cerca de tres cuartos de hora, hasta que se levantó para estirar las piernas, una de las cuales se le había dormido a causa de lo incómodo de la postura.

—Bien, me voy a marchar.

Dejó su tarjeta de visita junto a Jensen, que parecía dormir con los ojos abiertos. De pronto, giró la cabeza y cruzó su mirada con la de Beckman por un instante, antes de volver a concentrarse en sus manos, que ahora tenía fuertemente entrelazadas alrededor de las piernas. En aquella especie de postura fetal, si se la miraba con los ojos entrecerrados, no aparentaba más de doce años.

Beckman no los entrecerró y veía a Susanne Jensen con mucha más claridad de la que habría deseado.

—Llámame, por favor —le dijo al fin—. Aunque no quieras hablar de tu hermano.

Cuando Beckman llegó al vestíbulo, lo halló vacío, y las diez casillas del libro de registro, completas. Salió al adoquinado de la calle que serpenteaba hacia el norte de la ciudad presa de una honda pesadumbre. Un delgado jirón de cielo, tan delgado como el callejón, se entreveía gris por entre las siluetas de los edificios centenarios. Al final del callejón, se veían las luces que anunciaban las rebajas en la plaza Femman.

## Capítulo 43

Vio a Ann-Christine Östergren junto a la ventana. Abajo, en Ullevi, trabajaban en unas obras, pero él intuía que no era eso lo que atraía su atención. De pronto cayó en la cuenta de que últimamente la veía así a menudo, sumida en sus pensamientos. A juzgar por su postura y por el modo en que enrollaba un mechón de pelo entre los dedos, se diría que estaba insegura. Asimismo, parecía más cansada que nunca.

Sólo le faltaban un par de años para jubilarse, pero aquél era un hecho que ninguno de sus subordinados era capaz de tomarse en serio. Östergren como algo distinto de una policía, como jubilada, bordando cojines en la cabaña de la colonia de pensionistas... No, resultaba imposible imaginarlo.

—Querías hablar conmigo, ¿no? —le dijo Tell.

La comisaria jefe no mostró la menor sorpresa cuando su voz irrumpió en el silencio que reinaba en su rincón de la sección.

—¡Christian! Estupendo —le indicó con un gesto que tomara asiento—. Pareces un alumno en la puerta del director del instituto.

Tell exhibió una sonrisa forzada. Sentía que había perdido todo resto de competencia social en relación con su jefa. Quizá, si la reunión trataba de lo que él temía, podría poner fin a la representación teatral. En cierto modo sería un alivio zanjar el asunto.

Se sentó en una de las dos sillas y cruzó las piernas. Por disimular, se había llevado material de los asesinatos del jeep y del caso del pirómano en cuya resolución habían trabajado intensamente antes de que el crimen de Olofstorp pasase a ocupar el primer puesto de su lista de prioridades.

Al ver que Östergren no decía nada, empezó a informarla de los asuntos más urgentes, pero ella le indicó con la mano que se detuviese y dejara de esforzarse. Tell puso las carpetas sobre la mesa.

Östergren sacó un paquete de tabaco de un cajón del escritorio con una expresión mezcla de interrogación y rebeldía.

—Por supuesto —le dijo Tell.

Estaba terminantemente prohibido fumar en la comisaria desde que habían convertido las salas de fumadores en salas de relajación, mucho más saludables, aunque los fumadores no las encontraban ni la mitad de relajantes, razón por la cual las salas que tenían balcón eran ahora refugios de nicotinodependientes fuera de la ley, aunque nadie se creía quién para ir a chivarse al servicio de gestión del edificio.

Östergren entreabrió la puerta del balcón y acercó la silla al lugar por donde entraba el aire, antes de dar una buena calada.

—Ya sé que no debo, pero es tan difícil dejarlo —se lamentó.

Tell asintió. Él sabía bien de lo que hablaba.

La habitación no tardó en llenarse de humo y aire frío y Tell pensó en los desesperados intentos por ventilar el ambiente cuando su padre o su madre llamaban a la puerta de su dormitorio de adolescente.

Lanzó una mirada furtiva a su alrededor. Aquel despacho había tenido siempre el mismo aspecto: un escritorio, dos sillones y una mesita redonda constituían su único mobiliario, aparte de la obligatoria estantería atestada de archivadores y textos legales. Ni una sola planta, ni un solo objeto personal como fotografías de hijos o nietos que la esperasen en casa dentro de un par de años.

Por alguna razón, Tell sospechaba que Östergren se quedaba hasta tan tarde en el trabajo para retrasar el instante en que se abriese implacable la puerta del apartamento vacío que ella sola, cada noche, como si fuese la primera, debía hacer si no más agradable al menos sí más habitable.

Y con violenta claridad, comprendió que así era como él mismo veía su existencia, desde que procuró que Seja desapareciese de su vida con la misma celeridad con que había entrado. Seja brillaba por su ausencia con igual intensidad que la buena opinión que antes le merecían a Tell las ventajas de la vida de soltero: la posibilidad de hacer lo que quisiera cuando quisiera, de elegir estar en compañía cuando se sentía con ánimo para ello, de evitarse todo tipo de vida social impuesta.

Quizá sintió lo mismo por Carina cuando aún no habían puesto nombre a su relación y él, fiel a sí mismo, luchaba contra su miedo a ligarse a alguien mientras ella esperaba pacientemente. De hecho, estuvo enamorado de ella, eso era innegable. Lo suficiente como para tirar por la borda miedos y cinismo y aceptar el compromiso y las promesas de eternidad y fidelidad. Y aun así, aquello no duró. Conque, ¿por qué no había de terminar todo, también esta vez, en corazones rotos y amargas acusaciones?

Cuando Östergren volvió la cabeza con desgana hacia la abertura para expulsar el humo, tuvo ocasión de observarla bien. Jamás la había visto tan ausente. Al contrario, lo tangible de su presencia, su disponibilidad, era algo que siempre había apreciado en ella. Aquella energía suya tan contagiosa a todo el entorno.

El pelo negro, que solía estar en elegante contraste con la palidez de su piel y su cabello blanco, reforzaba aquella mañana el tono gris de su cara y las profundas ojeras. Las gafas ampliaban el tamaño de sus ojos azul pálido, ahora enrojecidos y rodeados de marcadas arrugas.

Tell experimentó la intensa sensación de que lo que la comisaria jefe quería decirle nada tenía que ver con el hecho de que su vida amorosa hubiese coincidido por un breve espacio de tiempo con la profesional porque, ¿a quién le importaba eso? Además, su vida amorosa era, en la actualidad, tan inexistente como solía. ¡Qué fijación consigo mismo! ¿Por qué no le había preguntado nunca a Östergren si estaba casada, por ejemplo? ¿Por qué nunca había sentido curiosidad?

Tenía unas ganas enormes de fumar y lamentaba no haberse llevado el paquete. Como si le hubiese leído el pensamiento, Östergren le ofreció el suyo.

—Lo siento, estoy totalmente ensimismada.

Apagó el cigarrillo aún a medias e hizo un gesto que nada tenía que ver con el suspiro de placer que emitió a la primera calada.

—¡Puaj!

Apartó el humo de la cara con las manos y Tell se preguntó si debería apagar el cigarrillo que acababa de encender.

—Mi médico se llama Björnberg —dijo erguida en la silla—. Tiene la misma edad que yo y ha sido mi médico y el de mi marido durante toda la vida. El otro día me dijo que el tabaco me está matando. Y claro, eso ya se sabe. Pero lo que no sabía era que fuese tan inminente y tan literal —señaló el paquete—. Y no sirve de nada que me haya pasado a las medias tintas de los cigarrillos bajos en nicotina. Lo primero que se me ocurrió fue cambiar de médico.

Se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—¿Me comprendes? Siempre me había dado buenas noticias, así que yo pensaba que era un tipo tratable. ¡Si apenas he sufrido algún resfriado! Resultaba muy agradable hablar con él un rato en su consulta, de vez en cuando. También es el médico de mis hijos y siempre me pregunta cómo están. Incluso se acuerda de los nombres de mis nietos. Es muy amable. Y ahora resulta... ¡que me viene con ésas! Te aseguro que me indigné —se le quebró la voz y se aclaró la garganta, antes de continuar—. Pensé que debías saberlo.

Muy despacio, Tell fue viendo claro qué intentaba decirle su jefa. Sin las gafas, tenía un aspecto de extraña indefensión como suplicante, y por un segundo creyó leer el miedo en su mirada. Era tan poco habitual que se alegró de estar sentado, pues sintió que, literalmente, perdía pie. Quería decir algo que la consolara, algo que no podía resultar sencillo de ninguna manera, hacerle un montón de preguntas o decirle que la partida no había terminado, pero creía conocer lo bastante bien a Östergren como para guardar silencio y esperar a que continuase. «Jamás me lo habría mencionado si no estuviese segura». La comisaria jefe vivía al cien por cien en la realidad. Y además, Tell creyó leer entre líneas que sabía cuándo merecía la pena luchar y cuándo había llegado el momento de aceptar la situación.

Señaló el cigarrillo encendido que Tell tenía en la mano.

—A propósito del tabaco. Los diez primeros años, mi marido también fumaba. Luego él se quitó y, durante los diez años siguientes, me reconvenía de ese modo tan irritante y típico de los exfumadores, cada vez que encendía un cigarrillo. Los últimos veinte años simplemente me lanzaba una mirada de resignación cuando me veía bajo el extractor de la cocina y, de vez en cuando, se dejaba caer con el comentario: «Sabes que eso acabará contigo un buen día, ¿verdad, Anki?». Dios mío, ¡era una

lata! Y para colmo, tenía razón —la comisaria jefe sonrió con tristeza—. Todo el camino de vuelta del médico fui oyendo su voz en mi interior: «¿Qué te decía yo?». Cuatro días me llevó reunir las fuerzas suficientes para decírselo.

—¿Y cómo reaccionó? —logró preguntar Tell, aliviado de que la atención se desplazase hacia la torpeza de otro.

—Lloró y se indignó. Conmigo, por no habérselo contado de inmediato. Y porque hubiese tenido la desfachatez de creer que me acusaría. Pero, sobre todo, yo creo que se indignó porque había ideado tantos planes de todo lo que íbamos a hacer cuando por fin nos jubilásemos. «Por fin», es lo que él piensa.

—¿Y tú?

La mujer se encogió de hombros despacio, tanto que parecieron atascarse en esa posición. Y meneó la cabeza.

—No lo sé. En cierto modo, resulta irónico. O muy obvio. En realidad, nunca me di por aludida respecto a los planes que Gustav pergeñaba para después de aquel día mágico de los sesenta y cinco años. Los viajes a todos los rincones del mundo que no habíamos visitado aún, aficiones que cultivar. Todos los cursos que íbamos a seguir y todo el tiempo que, de repente, tendríamos el uno para el otro. Ya sabes... De alguna manera, siempre sentí que... yo no participaba en ello. Como si hubiese sabido todo el tiempo que yo no lo compartiría. Como si hubiese estado fingiendo que me involucraba sólo para no herirlo —se levantó y cerró la puerta del balcón sin apartar la mirada de Tell—. Como si le debiera una frase así, después de haberle hecho esperar tantos años. El trabajo siempre fue lo primero para mí, antes que él y antes que los niños. Cuando, hace muchos años, llegó un punto en que se dio cuenta de que no valía la pena protestar y quejarse, optó por dejarlo para después: ya tendríamos tiempo después. Después estaríamos tranquilos y podríamos llevar una vida normal. Y ahora resulta que, de una forma brutal, se entera de que ese después ha dejado de existir. Ahora sólo existe el ahora. Y después, nada.

—¿Es un cáncer? —preguntó Tell quedamente.

Östergren asintió.

—Muy avanzado. El doctor Björnberg me habló de quimioterapia, pero tuvo el valor suficiente para admitir que las posibilidades de éxito eran mínimas.

Tell estaba tan angustiado que oía su propia respiración.

—Lo siento.

Ella hizo un gesto de asentimiento, apenas perceptible. Sólo se le ocurrían un montón de frases hechas y se odió porque nada de lo que dijese podría cambiar la situación.

—Si hay algo que yo pueda hacer —se oyó decir sin haberlo planeado y, por más cierto que fuese, no soportó lo vulgar de la frase.

—Es muy extraño.

Östergren volvió la vista hacia la ventana. Una bandada de negras nubes sobrevolaba los tejados, como a la espera del momento adecuado para descargar su contenido sobre la ciudad.

—Durante todos estos años... bueno, quizá no haya ignorado los sentimientos de Gustav, pero desde luego, no los he tenido tan en cuenta como para alterar el orden de mis prioridades. He sido desmesuradamente egoísta. Y ahora, sólo pienso en sus sentimientos. Ahora que... Aun así, no puedo dejar de actuar como siempre hice. No sé por qué, debo continuar con mi pauta de siempre.

Siguió un silencio tan prolongado que Tell tuvo la sensación de que había olvidado su presencia, hasta que la oyó respirar hondo, antes de retomar su confesión.

—Me siento como una gran traidora. ¿Por qué le ocurre esto, Christian? Me refiero al amor. ¿Por qué elegimos vivir la vida con una persona a la que amamos, pero cuya concepción de las cosas siempre parece opuesta a la propia?

Se le encendieron las mejillas de indignación y, por un instante, su aspecto resultó más saludable.

—Pues justo por eso que decías, quizá —murmuró Tell, aunque consciente de que era una pregunta retórica. «El amor... Yo no sé mucho de ese tema».

Ella meneó la cabeza.

—Ahora, bueno, a él le parece natural que acepte la baja por enfermedad y que pase el tiempo en casa... El tiempo que me queda. Gustav y Björnberg se han aliado y no se les pasa por la imaginación que yo pretenda hacer otra cosa. Y lo peor es que no puedo. ¿Me comprendes? Debería aprovechar la oportunidad de compensarlo, de demostrarle a Gustav que sí, que tengo ganas de disfrutar de una relación intensa con él y que claro que lo valoro y que valoro todo lo que, ciertamente, hemos construido juntos a lo largo de los años y que por supuesto que él es ese puerto seguro al que yo podré arribar ahora... Pero ahora más que nunca me siento incapaz de postergar mi trabajo para quedarme en casa esperando la muerte. De hecho, creo que debo aferrarme a esto hasta que tengan que sacarme de aquí.

Alguien llamó a la puerta y ambos dieron un respingo. Beckman asomó la cabeza. La colega tuvo la sensibilidad suficiente para percibir la atmósfera, pues se disculpó y, ya iba a cerrar la puerta de nuevo, cuando Östergren le dijo que entrase.

—No pasa nada, tengo tiempo.

—Pues... bueno, en realidad quería cruzar unas palabras con Tell —Beckman dio un paso y entró—. Llamó el perito por lo del jeep de Ulricehamn. El desgaste de las ruedas coincide con las rodadas que hallamos en el lugar del crimen y había seis huellas dactilares muy claras en el vehículo. Además, acaban de encontrar restos de sangre.

Tell recurrió a toda su fuerza de voluntad para volver a concentrarse en cuestiones prácticas.

—Vale. Comprueba las huellas en la base de datos, por si pertenecen a algún famoso. Y con el arrendador de coches, a ver quién tuvo ese jeep, para descartarlos por exclusión: los llamas y les tomas las huellas.

Beckman asintió impaciente. Tell adivinó que no le gustaba lo más mínimo que la instruyeran en procedimientos policiales básicos en presencia de Östergren. Pero así eran las cosas, Tell necesitaba oír su propia voz diciendo algo sobre lo que aún tenía control.

—Intenta ponerle nombre a cada huella o, al menos, a los cinco que habrán pagado con su verdadero nombre —insistió—. Pero no olvides que una de las huellas pertenecerá seguramente a Berit Johansson, puesto que había limpiado los coches. Ah, comprueba las de su marido también, o quienquiera que sea el otro Johansson.

Beckman resopló indignada y se marchó al oír el móvil que Östergren llevaba en el cinturón. La comisaria jefe le indicó con un gesto que debía responder. Tell asintió y se levantó dispuesto a marcharse. Le pesaban tanto las piernas que apenas si tenía fuerzas para levantarlas.

Había exactamente cuatro pasos hasta la puerta.

## Capítulo 44

1996

Su fachada resultaba muy conveniente ante la chica tan guapa que le habían enviado para que se encargase de la casa. Según la asistente social, Sebastian tenía derecho a asistencia domiciliaria mientras su madre estuviese por tiempo indefinido en el loquero, donde se encontraba desde la muerte inexplicable de My. Claro que era inexplicable sólo para un imbécil. El médico de mirada estudiadamente empática debería recibir un Oscar por su pequeña representación cuando resultó que los aparatos que mantenían a My con vida habían sido desconectados por alguna razón durante un periodo de tiempo determinado: después de que la enfermera del turno de noche hubiese hecho su última ronda y antes de que se hubiese incorporado la de la mañana.

En el fondo de aquellos ojos, Sebastian pudo ver que el doctor Snell sabía de sobra qué había ocasionado «el cese momentáneo y muy lamentable, inexplicable y del todo inaceptable del funcionamiento del equipo técnico». Sebastian casi se compadeció del doctor cuando lo oyó asegurar en un susurro que la técnica nunca era segura al cien por cien y que el cuerpo de My había optado voluntariamente por concluir con esa existencia artificial. Como si de verdad creyera que, en su estado, My tenía la facultad de elegir. Era absurdo, sobre todo habida cuenta de que aquel era el principal argumento ofrecido por Snell para permitir que My muriera: jamás volvería a pensar, a sentir ni a ser consciente de nada. Dijeron que había sido decisión de los familiares, pero la postura del médico estuvo clara en todo momento. Solveig debería consentir que My concluyese su vida de la única forma digna que se le ofrecía.

Al mismo tiempo que Sebastian se alegraba de que el doctor Snell hubiese optado por evitar acusaciones de ningún tipo, se ofendió al ver cómo los médicos trataban a su madre como una ignorante, como si ella se hubiese creído que permitirían que un aparato tan vital estuviese expuesto a un corte eléctrico.

Por lo demás, estaba claro que Solveig sabía que fue él, Sebastian, quien empujó a My a cruzar el umbral hacia el reino de los muertos. Aún no se había atrevido a mirar a su madre a la cara desde entonces.

En compañía de otras personas, por ejemplo, durante las charlas familiares con la orientadora, ella prefería bajar la mirada cuando se veía obligada a dirigirse a su hijo, consciente de la cólera que ardía bajo la superficie cristalina de sus ojos. La piel desprotegida de su cara escocía como si hubiese sufrido quemaduras sólo con mirar a su madre de soslayo. Desde que My murió, ambos decidieron no estar nunca solos.

Y ahora, él vivía el día a día. La joven Amina, de ojos dulces como los de un cervatillo, iba dos horas diarias y le ayudaba a «estructurar lo cotidiano», como lo



llamó el primer día, sentados ambos a la mesa de la cocina, dispuestos a planificar «su trabajo común». En realidad, Amina le lavaba la ropa, limpiaba lo que él ensuciaba, le hacía la compra y le preparaba la comida. Era como haber dado un paso de gigante, de la juventud a la vejez, y tener asistencia domiciliaria o, por qué no, una criada.

Sebastian se percató, no obstante, de que la idea era que la joven intentase además establecer contacto con él. Había pasado por lo mismo un número suficiente de veces como para reconocer las preguntas tímidas de un adulto preocupado y con sentido de la responsabilidad. Él sabía cómo manejarlo: era como había decidido mostrarse, tanto ante Amina como ante la asistente social. Como de costumbre, él se paseaba jugando con facilidad entre sus preguntas y aseveraciones. Podían entrar en su casa y hacer lo que debían para sentirse más tranquilas, formular preguntas y creer en las respuestas de Sebastian, pero ellas no tenían nada que ver con su fuero interno. Nunca lo tuvieron. Él no era como My, ni como Solveig, que se abrían por completo una y otra vez en la patética creencia de que alguien podría ayudarlas.

De todos modos, Amina estaba buena. Y la fachada de Sebastian la impresionaba, como de costumbre. Bastaba con mostrarse tranquilo y sereno y, de vez en cuando, dejarse caer con algún tópico adolescente y la mirada empañada por el llanto. Eso satisfacía el ego inflamado de los asistentes sociales.

Amina intentaba parecer experta al hablar de cómo pensaban y sentían los adolescentes. Su propia adolescencia no estaba muy lejos, pero ella se expresaba basándose en su experiencia profesional, que no podía ser muy amplia. A él eso no le importaba demasiado. No pudo aguantarse las ganas de preguntarle inocentemente cuánto hacía que estaba trabajando, sólo por el gusto de verla ruborizarse al admitir que aún no tenía el título.

Lavar la ropa sucia de Sebastian era un trabajo extra para ella, mientras terminaba los estudios. Y a él esa idea le infundía seguridad.

A fin de aliviar el orgullo herido de Amina, Sebastian le confesó que temía el día en que Solveig volviera a casa del hospital. No quería recibirla solo. Amina le prometió que se pondría en contacto con el médico de Solveig para estar al corriente de posibles permisos y aceptó sin reservas la misión de cogerle la mano cuando a su madre le dieran el alta. Sebastian vio cómo Amina anotaba mentalmente: «Contacto establecido». Si algo había aprendido Sebastian era que las personas, en general, resultaban bastante previsibles.

—Tú eres fuerte, Sebastian —le dijo en ese tono avergonzado tan usual en aquellos que aún no tienen costumbre de decirle verdades supuestas a un desconocido. Con el tiempo, las asistentes se curtían. La propia Amina no tardaría en meter la nariz en asuntos ajenos sin inconvenientes.

Y fue Amina quien le comunicó a Sebastian que su madre estaba saliendo de las

sombras. Un buen día, Solveig se sentó muy derecha en la cama, como si se hubiera liberado de las cadenas de los psicofármacos, y constató que ya no estaba en contacto ni con su dolor ni con sus alegrías. Llevaba tiempo abotargada por los tranquilizantes, pero eso se iba a terminar.

Cierto que el objetivo de la medicación no era otro que evitarle el contacto con un dolor a todas luces imposible de soportar. La comunidad médica consideraba que era demasiado pronto, pero ella insistía en que estaba preparada para enfrentarse a sus demonios, según dijo.

Amina sonaba como si, en su opinión, aquel cambio radical fuese para bien.

Sebastian hizo cuanto estuvo en su mano para parecer aliviado, que, claro está, era lo que todos esperaban. Aliviado de que su madre dejase a sus espaldas la locura evidente en la que había caído.

—Quiere volver a casa de inmediato —le dijo Amina—. Contigo, Sebastian. Yo creo que, gracias a ti, ha decidido luchar en lugar de rendirse. Y yo estaré aquí, durante un periodo de adaptación. Ya sabes, si necesitas hablar, yo estaré aquí.

Lo primero que hizo Solveig cuando volvió a casa fue cambiar la cerradura, como si quisiera impedirle la entrada a ese ser de mirada vidriosa y una maraña de cabello gris recogido en un moño en la nuca. De hecho, aquella misma mañana estuvo en la peluquería, se tiñó en un discreto tono rubio ceniza y se cortó una melena más adecuada a su edad. Así, llegó con un traje de pana color verde que no le había visto con anterioridad, y un par de gafas que eliminaron ese gesto suyo tan característico de entrecerrar los ojos. En definitiva, parecía estar sana.

—Pero ¡qué bien está esto! —exclamó observando la entrada reluciente con mirada crítica—. Gracias, ya puedes irte.

La desconcertada Amina se vio expulsada al rellano con tanta educación como firmeza, antes de que Solveig le cerrara la puerta en las narices.

Los pasos vacilantes de Amina se alejaron por las escaleras. La atmósfera del vestíbulo era tan densa que se podía cortar. Solveig se sacudió las manos como si se hubiese quitado un pelo del ojo.

—Uf, Sebastian. Venga, yo me pongo a limpiar. Tú vas a comprar. Luego haré la cena y nos sentamos a ver la tele.

—Mamá...

Solveig se puso a limpiar y a trajinar con frenesí en la cocina.

—Vamos, mamá ha vuelto a casa. No pienso decir nada de lo pronto que me cambiaste por otra, más joven, además, y de mejor ver.

Solveig seguía evitando mirarlo directamente a los ojos. Soltó una risa breve y contenida y retomó el control sobre su día a día sacando los cacharros de los armarios y limpiándolos por dentro para erradicar su ausencia de cada rincón.

—No es culpa tuya, Sebastian. Ya empiezas a entrar en esa edad... Y te vas

haciendo al mismo molde que todos los hombres: cada vez más banal. Cómodo. Desleal. Infiel. Con fijación por cosas superficiales... por el deseo carnal.

—Mamá, lo de My... —comenzó Sebastian, pero ella se dio la vuelta y clavó en él una mirada iracunda.

—Ni una puta palabra al respecto, Sebastian. No diremos una puta palabra sobre el tema.

Un par de semanas después y a instancias del doctor Snell, denunciaron al hospital y al médico por la negligencia profesional que había conducido a que a My se le escapara la vida de las manos.

A partir de ahí, Solveig empezó a hacer limpieza entre sus recuerdos.

## Capítulo 45

2007

Hace quince años, él tenía treinta y lo consideraban un vejestorio. Seja no esperaba que se hubiese molestado en conocer el mundo secreto que, por aquel entonces, pertenecía a los libros de visitas y a sus cronistas bajo seudónimo. E incluso aunque el hombre que ahora tenía enfrente hubiese hojeado los libros, habría menospreciado los poemas de amor por recargados, las insinuaciones de suicidio por artificiales y construidas por jóvenes semiadultos, narcisistas ansiosos de atraer la atención, y las discusiones políticas, copiadas de un curso básico de ideología social para alumnos de instituto.

Él y sus amigos quizá hubiesen apreciado los dibujos a bolígrafo o a lápiz, hábilmente ejecutados, incluso habrían podido adivinar quiénes de los creadores irían a las distintas escuelas de arte de la ciudad, Hovedskou, Domen, Valand.

Solían ser retratos de otros huéspedes del café, mujeres jóvenes con rastas inclinadas sobre una taza de té, pandillas de chicos todos vestidos con el mismo uniforme, un traje negro comprado en los almacenes de Myrorna, abrigo largo también negro y un sombrero idéntico al que solía llevar Tom Waits.

Seguramente, los propietarios del café Norra Station no supieron nunca el culto que iniciaron el día que, llevados por un impulso, compraron el primer bloc de pasta dura y tamaño folio y lo dejaron en el alféizar de la ventana.

Y, en efecto, al oír lo que querían, el hombre expresó tanta desconfianza como sorpresa.

—¡Vaya, creía que buscabais trabajo! —exclamó mesándose el cabello, que parecía encerado—. Hemos puesto un anuncio —explicó—. De camarera. ¿No os interesa?

Seja y Hanna negaron educadamente.

—¿Conservas aquellos cuadernos? Tú o cualquiera que trabajase aquí entonces.

El tipo se acomodó en el sillón de piel sin responder directamente a la pregunta.

—No parábamos de reponer los dichosos cuadernos. Creo que estuvimos comprando uno cada dos semanas, durante varios años. Comprenderéis que no los tengamos todos y, además, por qué íbamos a querer conservar ninguno, pero... — exhibió una amplia sonrisa y miró a Seja como si acabase de ganar a la lotería—. Tenéis suerte. Da la casualidad de que sé que Cirka guardó un puñado de esos cuadernos, por motivos sentimentales. En cierto modo, formaban parte de nuestro rollo de aquella época. Y caracterizaban el estilo de la gente que venía por aquí, jóvenes con ambiciones artísticas. Bueno, joder, yo no soy psicólogo ni nada por el estilo, pero supongo que debía de ser saludable para los muchachos eso de poder expresarse y tal. Y algunos tenían talento, se veía claramente.

Observó a Seja con interés durante un par de segundos, antes de exclamar.

—¡Lo sabía! A ti te reconozco, desde luego. ¿Cuántos años tenías entonces?

—Dieciséis o diecisiete.

Seja se retorció nerviosa. Hacía muchos años que no se sentía cómoda exponiendo sus intimidades ante gente medio desconocida con un café con leche de por medio. En vano rebuscó en su memoria cuáles habían sido sus contribuciones a aquellos libros. Claro que ella también tenía un apodo, y dudaba mucho de que aquel hombre estuviese tan enterado como para conocerlo.

Los separaban la misma cantidad de años, pero suponía que a los treinta se la veía de un modo muy distinto a como era cuando él tenía treinta y ella dieciséis. «Por suerte», se dijo Seja.

Para su alivio, el hombre se volvió hacia Hanna con el fin de detectar algún recuerdo común pero, naturalmente, no existía ninguno.

—¿Cómo dijiste que te llamabas? ¿Hanna? No será Hanna Andersson, ¿verdad?

—Aronsson.

—Eso. De ti también me acuerdo, tú eras... Yo creo que tú ibas a las fiestas que yo daba, festivales de música y esas cosas. ¿Velvet? ¿Magasin 12? Y además estuviste saliendo con Mange, mi colega, si no me engaña la memoria.

Hanna puso cara de no saber si sentirse orgullosa o incómoda. Lo más probable era que no tuviese un recuerdo claro de ello.

—Pues no me acuerdo muy bien. Ya sabes, en aquella época pasó mucho de todo y mis recuerdos son un poco borrosos.

El hombre soltó una carcajada equina y se pasó la mano por la barbilla mal afeitada.

—Sí, tienes razón. Y si no me engaña la memoria, erais unas jóvenes bastante salvajes.

—A ver, Cirka guardó algunos, ¿no? —le recordó Seja, que ya empezaba a estar harta de puntos de contacto reales y ficticios. Estaba segura de que aquel tío no las conocía ni a ella ni a Hanna. Seguramente recordaba su estilo: la adolescente con el pelo a lo punk vestida de negro y ocupada con su propia identidad, con una lágrima pintada con lápiz de ojos en la mejilla. Lo más probable es que, ya entonces, le costase distinguir a una de otra y se burlara de la tendencia característica de los adolescentes a tomarse a sí mismos totalmente en serio.

Cruzó los brazos, como para dar a entender que él también era capaz de pasar de la charla amistosa, si eso era lo que querían.

—Si conserva alguno, lo tendrá en casa. Podéis ir andando, porque vive a unos metros de aquí y puedo llamarla para avisarla de vuestra visita. O le pido que los traiga cuando vuelva, dentro de un par de horas.

\* \* \*

Mientras hablaban con el dueño del bar, el sol había asomado por entre las nubes. Sus rayos se reflejaban en las mesas cromadas de la terraza y un destello relumbró en los cristales de la cafetería que había al otro lado de la calle. Estoicamente sentadas a lo largo de la fachada había una pandilla de chicas que daban sorbitos de alguna bebida caliente que les habían servido en vasos altos envueltos en servilletas. Pese a las mantas que se habían echado por los hombros, se las veía tiritar de frío.

Seja y Hanna se plantearon tomarse un café, aunque dentro, desde luego, pero decidieron comer directamente, después de haber realizado un buen trabajo, es decir, una vez recogidos los libros en casa de Cirka.

El plano que el dueño del local les garabateó a toda prisa en una servilleta las condujo sin dificultad a una dirección del barrio de Kungshöjd y, tal y como él les dijo, estaba a un tiro de piedra del restaurante. A través de estrechos callejones y de escaleras que ascendían desde la calle Kungsgatan, llegaron a un edificio de piedra que parecía construido a finales del siglo anterior, en alto y mirando al mar. Admiraron las vistas de la ciudad y de la bocana del puerto antes de llamar.

\* \* \*

—He revuelto todo el armario.

Cirka Nemo seguía tal cual. Cuando eran adolescentes, tanto ella como el lugar que, pese a su escasa estatura, supo ocupar las llenaban de admiración. Seguía siendo tan pequeña y escuálida como entonces y llevaba el cabello teñido de negro y cardado a lo Robert Smith. Podría creerse que la ropa que lucía sobre el cuerpo esquelético era la misma de entonces, o al menos el estilo era tan antiguo y atemporal como la decoración del estudio minúsculo en el que las recibió.

—¡Y he encontrado mis viejas botas de abuela! Las que me compré en Londres cuando tenía diecinueve. ¡Mira! ¡Son una pasada!

La mujer sostenía en alto un par de botas muy desgastadas de color naranja chillón. Seja asintió solícita mientras se preguntaba qué hacía la vida con cada uno... Allí estaba ahora, en casa de Cirka Nemo, que la trataba como a su igual. Y que a Cirka no le suscitase ninguna pregunta el extraño motivo de su visita. ¿O sería porque lo extraño formaba parte de su cotidiana existencia?

«*Strange things happen every day*», pensó Seja antes de decirse a sí misma enérgicamente que debía concentrarse. De jovencita, admiraba a aquella mujer cuyo bronco acento de Estocolmo resonaba más alto que el de los demás, y la admiraba por su carisma indiscutible. Aunque, claro, en comparación con un puñado de niñas que

aún se embadurnaban de Clearasil el acné pertinente de la pubertad, la mayoría de los conocidos parecían gente de mundo. Era sexy tener seguridad, aún lo pensaba, pero una vez retirada la telaraña que la adolescencia le ponía ante los ojos, no pudo por menos de observar el gesto endurecido de la boca de Cirka Nemo. O el olor mohoso procedente de una bolsa abarrotada de basura en la minúscula cocina: exactamente el mismo del primer apartamento de estudiante de Seja cuando tenía veinte años.

Y calculaba que la edad de Cirka era más o menos el doble. Cuando no sonreía, unas líneas finísimas obligaban a las comisuras de los labios a curvarse hacia la barbilla, donde la piel ya empezaba a colgar algo flácida. La raíz del pelo crecía canosa y se acomodaba como un calcetín de lana de un centímetro de grosor debajo del peinado punk teñido de negro.

Seja no pudo evitar inspeccionarla como bajo una lupa. El paso del tiempo nunca resultaba tan evidente como cuando se miraba a la cara un fragmento del propio pasado, inalterado en un sentido; en otro, sin parecido alguno con el presente. Aquello le hizo comprender que también ella había cambiado. Ya no era aquella adolescente insegura que sudaba a mares en cuanto le dirigía la palabra alguien que, según la distorsionada jerarquía de las adolescentes, valía más que ella.

—Estaban en el fondo del armario. Junto con los libros del Norra. Habéis tenido suerte, de no haber estado tan escondidos, habrían ido a la basura hace mucho. Cuando vives en treinta metros cuadrados, no puedes permitirte el lujo de la nostalgia.

Ambas sabían a qué se refería. El estudio se hallaba atestado por completo, sobre todo, de discos de vinilo. Por lo demás, se habría podido pensar que aquello apenas había cambiado desde los años ochenta, la gran era de la seda sintética y del terciopelo arrugado. Una de las paredes de la habitación estaba pintada de negro y plagada de estrellas fosforescentes y el espacio que la colección musical dejaba libre aparecía cubierto de pósters enmarcados de The Clash, Nina Hagen, The Cure, The Sisters of Mercy, Nick Cave. En el suelo había un colchón de muelles con las sábanas revueltas y, encima, una pila de cuadernos con las pastas negras.

Seja los reconoció enseguida.

\* \* \*

—Yo estaba terriblemente enamorada de Woody.

Hanna parecía tan turbada que Seja se echó a reír. Se habían ido del restaurante húngaro del mercado, donde sufrieron el estrés de la hora del almuerzo mientras degustaban una sencilla sopa de guisantes, y una *jamabalaya* de salchichas con chili verde, y se acomodaron en la cafetería de al lado.

—Bueno, no hay que ser un genio para adivinarlo.

Seja aludía a ciertos comentarios que había escritos bajo los dibujos de Woody y de los que Hanna era responsable.

—*Hannami*. ¿De dónde sacaste ese «mi», por cierto?

Hanna alzó la vista al cielo.

—«*Hannami*», por Dios, qué chorrada. Mi segundo nombre es Maria, así que supongo que era una especie de forma abreviada. Recuerdo que, durante un tiempo, me presentaba así. Incluso intenté cambiarlo en el registro, pero necesitaba la firma de un tutor. Y mi madre se negó, por supuesto, y bien estuvo.

—Pero, mira aquí, en serio. Lo único que yo escribo aquí es *Girl*, y luego no añado nada. Y esto, escucha: «Tus dibujos estremecen mi alma, Woody. Si crees que todo es absurdo, ¡estás en un ERROR!... *In the darkest hour, when you feel there is no one to comfort you... just remember... I am there for you... Hannami*».

Hanna sintió escalofríos y sacudió los hombros riéndose avergonzada.

—¡Qué vergüenza! Y yo que me creía tan discreta. Y tan profunda. Pero admitirás que era tremendo dibujando.

Llevaban dos horas repasando gran parte del amplio material. Desde el otro lado de la barra, la propietaria de la cafetería empezaba a mirar con displicencia sus tazas vacías, de modo que pidieron otro café para aplacarla un poco.

Por desgracia, aún no habían encontrado la firma con el alias que ambas creían recordar que podía leerse al final de cada libro.

El primero era de 1991. Ni Seja ni Hanna se hallaban entonces entre los participantes, ellas se incorporaron después. Hasta el año siguiente no aparecieron *Girl* y *Hannami*, al principio de forma esporádica y discreta, atentas a la reacción, antes de osar arrojarse a los lobos. Al cabo de un tiempo, sus contribuciones empezaron a ser más personales. Aquí y allá había pasajes que parecían constituir una correspondencia epistolar o un debate político entre Seja y CRAB, que se decía anarquista, en tanto que Seja prefería llamarse socialista. Ahora los leía fascinada. Muchos de los argumentos eran ingenuos, pero también los había meditados e interesantes.

«Después de todo, reflexionábamos sobre el mundo que nos rodeaba», se dijo. No pudo evitar asociar su actitud con la de la juventud actual, esclava de la telerrealidad y cuyos únicos intereses parecían ser el aspecto de la gente y las funciones del teléfono móvil. En ese momento, se permitió ignorar el hecho de que ellos estaban, como mínimo, igual de obsesionados por su propio aspecto. La única diferencia era que aquel estilo llevaba aparejado el interés tanto por la política como por la música y el arte.

—Ella también dibujaba, por cierto —recordó Seja de pronto—. La cazadora de cuero blanca. Me acuerdo de una ocasión, durante una fiesta, en que hablé con ella. Le dije que dibujaba muy bien. Vamos a mirar todos los dibujos.



Hojearon los cuadernos una y otra vez. Abatidas, se vieron obligadas a aceptar la realidad: lo que tenían entre manos era una mínima parte de la cosecha que el personal debió de haber reunido cuando cerraron el Norra Station. Era muy posible que lo que buscaban ni siquiera estuviese entre aquellos libros, que los trabajos de Cazadora Blanca y de otros hubiesen ido a parar a la basura hacía ya muchos años. Los esfuerzos de Seja y de Hanna serían, pues, en vano.

—¡Mierda! Deberían haberlo expuesto en un museo, o en la biblioteca municipal o algo así —exclamó Hanna antes de leer en voz alta un breve poema de amor desgraciado mientras sacaba un paquete de chicles del bolsillo—. ¿O tú qué dices? Una exposición con los pensamientos y sentimientos de los adolescentes. Sobre el primer amor, un amor desgraciado, sobre el sexo, sobre el sentido de la vida, sobre la angustia y la alegría de la amistad. Cultura adolescente, ni más ni menos, sin censuras. Es fascinante, ¿no crees?

—Sí... Pero, oye...

Seja sostenía entre sus manos un dibujo suelto que ahora desplegabá. Representaba a una mujer desnuda, sensual, delante de un espejo. En el espejo no se veía la imagen de la mujer, sino un lobo que, sobre sus patas traseras, chorreaba saliva de sus fauces abiertas hacia el espectador. Lo habían hecho en un folio que luego habían doblado y pegado en el libro con un chicle, según parecía.

—¿Lo ves? —preguntó Seja entusiasmada señalando el garabato que figuraba en una esquina del espejo. Había estado a punto de pasar por alto la firma, puesto que se hallaba en el dibujo mismo.

—Creo que pone *Tingeling*. Hanna, estoy convencida de que ése, Tingeling, era su alias, el de la chica de la cazadora blanca. Ahora lo recuerdo, así firmaba siempre sus dibujos, dentro de lo representado, para que apenas se viese.

Ambas estudiaron el dibujo en silencio.

—¡Perdón! —resonó desde la barra la voz de la propietaria, en un tono que no admitía objeciones—. Si no vais a pedir nada más, debo rogaros que os vayáis. Hay que dejar sitio a otros clientes.

Seja y Hanna miraron intencionadamente la hilera de sillas vacías, pero no tenían ganas de montar ningún escándalo. La mujer parecía tener un mal día.

—Sí, ya nos vamos —dijo Seja con la sonrisa más amable que fue capaz de exhibir. Por desgracia, ya no parecía ser suficiente, a juzgar por la mirada matadora que le dedicó la mujer. Echó una ojeada al reloj y comprendió que llevaban varias horas sentadas en aquellos taburetes. Se pusieron a recoger sus bártulos con las espaldas doloridas.

—¡Madre mía! ¡Le prometí a la canguro que volvería a tiempo... hace ya una hora!

Hanna cruzó como un rayo la plaza Grönsakstorget con la cazadora aleteando al

viento. Seja se quedó allí un rato, con el pesado equipaje de los libros. Ya empezaba a anochecer. Debería ir a la parada Nils Erikssonsplatsen, antes de que los autobuses comenzaran a pasar con menos frecuencia, según el horario nocturno. Sin embargo, le costaba interrumpir su búsqueda ahora que se sentía tan cerca de la respuesta a las preguntas que le habían rondado por la cabeza los últimos días.

Ahora conocía el alias de la chica de la cazadora blanca, Tingeling. Al pronunciar su nombre, la recordó con más nitidez. Los rasgos perfilados de su cara, la boca pequeña, el labio superior demasiado fino para resultar estético. El pelo revuelto y teñido de varios colores. Varias medias agujereadas unas encima de otras, y, por último, unas medias de red, sobre sus piernas demasiado delgadas. Los zapatos, un tanto toscos. Su actitud... Pero ¿quién se atrevía a eliminar las espinas y a ser uno mismo a los dieciséis?

La última vez que se vieron, en cambio, parecía bastante sincera. Y llevaba un abrigo de caballero de color negro.

Muy despacio, Seja fue caminando al canal y se sentó en el borde de un banco mojado. Una música resonaba tenue desde el Bärsåbar de la avenida Kungsporsavenyn, cada vez que alguien abría la puerta para entrar o salir del establecimiento.

Tan sólo uno de los libros terminaba después de aquel año fatídico. En la portada se leía «*norra station 1996-1997*». Entonces debería haber sido demasiado tarde. Sin embargo, allí era donde el nombre de Tingeling aparecía alguna que otra vez. Las letras daban la impresión de sobreponerse unas a otras mientras Seja leía hojeando febrilmente hacia delante y hacia atrás, con los dedos congelados: «¿Dónde se metió? ¿Qué le sucedió? ¿Era cierto que le había ocurrido algo horrible? ¿La violaron?». Fueron muchos los jóvenes que quisieron rendirle homenaje con algún poema o con fragmentos de canciones. Entre líneas se leía una mezcla de miedo y de un interés morboso.

Y dolor. Aunque los que escribían se conocían por lo escrito más que personalmente, era obvio que se sentían muy unidos.

Y así lo recordaba Seja también.

La mayoría creían que Tingeling se había quitado la vida. Otros, que había muerto de sobredosis. Algunos se expresaban de un modo más misterioso y daban a entender que, tras su desaparición, existía algún tipo de delito. Alguien dio pie al rumor que desencadenó otros rumores, pero nadie parecía saber nada con certeza. Nadie había estado con ella la noche que desapareció.

Seja siguió leyendo hasta que la humedad le traspasó los vaqueros y una ráfaga de viento gélido le heló las manos. El barco restaurante *Åtta Glas* se balanceaba sobre las aguas con un movimiento apenas perceptible. Y, de pronto, encontró lo que buscaba.

Allí estaba, la lista que había tenido presente en todo momento, ambiciosamente redactada por alguien que, con toda probabilidad, apreciaba el orden. Se le aceleró el corazón mientras buscaba con ansia un nombre que le sonara familiar. Eran muchos los que no habían cumplimentado sus datos en la línea en blanco que seguía al apodo, quizá porque deseaban mantenerse en el anonimato, o porque se negasen a considerar su nombre de pila como más real que el elegido por ellos, o tal vez sólo porque no habían visto la lista. Otros, en cambio, rellenaron hasta su dirección y su número de teléfono, quién sabe si con la esperanza de ver crecer su red de almas gemelas.

Ella sí que había dejado sus datos. *Girl: Seja Lundberg*. Por eso estaba tan segura de la existencia de la lista. Con el corazón en un puño, buscó entre los nombres. Y allí estaba. *Tingeling: My Granith*. Había, además, una dirección de Borås. Aquel dato fue decisivo. Era ella.

Seja cogió el móvil y marcó el número de Christian Tell. Le resbalaron los dedos helados sobre las teclas y se le cayó el teléfono al suelo. La interrupción le permitió recapacitar. Se quedó un rato con el teléfono sonando a llamada fallida entre las rodillas, hasta que volvió a guardarlo despacio en el bolsillo.

Ya hablaría con él, en su momento. Cara a cara. Él le ayudaría a resolver aquel asunto tan complejo.

## Capítulo 46

En condiciones normales, el estrés hacía de él un portento de organización. Era como su padre, odiaba la falta de planificación.

En los periodos en que se hallaba conforme con el estado de las cosas, podía pasar por alto el orden. Incluso consideraba un honor pasar por alto el orden, se decía defendiéndose a sí mismo, mientras que su padre, orgulloso, era la meticulosidad personificada. Cuando la montaña de tareas y de promesas incumplidas crecía por encima de su cabeza, haciendo invisible el fin de la larga serie de preguntas sin respuesta, entonces era igual a su padre en todo. Entonces el orden y el método se convertían en un modo de descansar y en la única estrategia para seguir adelante.

Por un lado, odiaba el exceso de celo. El engreimiento, la autosuficiencia, y los odiaba desde que comprendió que, para su padre, eran una defensa psicológica. Una defensa inconsciente, y uno no desea ser consciente de las facetas inconscientes de sus padres. Al menos, no cuando el progenitor en cuestión utiliza su incapacidad como una divisa de honor y como una razón para menospreciar a su entorno.

Por otro, Tell tomaba conciencia de que, como la mayoría de los hombres que se acercan a la madurez, se parecía cada vez más a su padre. Pese a que odiaba la falta de espontaneidad y de creatividad que la obsesión por el orden llevaba aparejada, empezaba a notar que lo irritaba la gente que carecía de capacidad de planificación. De joven, se persuadió de que la cualidad que más valoraba y que más ambicionaba en la vida era la de ser tolerante. Aún no la había alcanzado y a menudo se le antojaba que incluso se había alejado de ella.

Las investigaciones de asesinato que se estancaban le provocaban estrés. Así había sido siempre. Sentía una responsabilidad personal cuando el tiempo pasaba y no se esclarecían los hechos. La sentía ante los familiares, claro está, pero también ante sus colegas y sus superiores.

Dormía sin soñar nada. Notaba que cambiaba su línea de pensamiento. Se esforzaba por pensar en amplios círculos en torno a la investigación y solía hacerlo de forma exclusiva. Se convertía en un ser cada vez más parco. Racional. Mutilado, en cierto modo, desde el punto de vista emocional. Y pasaba a invertir toda su energía allí donde más necesaria era. Quedaba, pues, de aquello, un ser bastante limitado, de eso él era consciente por completo. Porque, ¿quién decía que, para modificar las propias limitaciones, bastaba con ser consciente de ellas? Por si fuera poco, no estaba seguro de querer cambiar. Al igual que su padre, había hallado una estrategia para sobrevivir que, además, daba resultado. Claramente, su currículum estaba compuesto por una larga lista de casos resueltos. Hasta el momento, había sobrevivido. Tras muchos años en la profesión, conocía bastante bien sus pautas y, en cierto modo, las había aceptado.

De ahí que no pudiera evitar notar que ahora se estaba apartando de esas jautas. Pese a lo urgente del estado de la investigación, había actuado de un modo no sólo espontáneo, sino además, totalmente irracional. Y a consecuencia de ello, estaba ahora donde estaba: en una pizzería cutre de Olofstorp.

Era el único lugar que halló para detenerse a cavilar o, mejor dicho, el único lugar que servía café de camino a Stenared y a la casa de Seja Lundberg. Porque, desde luego, el coche parecía haberse guiado hacia allí él solito.

Aquella mañana, en cuanto llegó a la comisaría dio media vuelta. Después de suspender la reunión matinal aduciendo un asunto urgente que no mencionó pero que, claro está, guardaba relación con el trabajo, se sentó en el coche con la vaga idea de hacerle una visita a Maria Karlsson. Ella y su marido, Göran Karlsson, fueron los primeros padres de acogida de Olof Bart, u Olof Pilgren, cuando los servicios sociales se hicieron cargo de él a la edad de seis años.

Según la información de que disponía, Göran Karlsson falleció de forma tan súbita como inesperada cuatro años después y Maria tomó la decisión de suspender su actividad como familia de acogida. La mujer seguía censada en una dirección de Öckerö, pero Tell no la había llamado para anunciarle su llegada. En cualquier caso, a veces era mejor llegar sin avisar y, de ese modo, evitar que el entrevistado clasificara, descartara e hiciera limpieza en el banco de recuerdos, con el consiguiente perjuicio para la policía.

Antes de decidir que le haría aquella visita inesperada a Maria Karlsson, que, a aquellas alturas, debía de tener una edad respetable, estudió las posibilidades de localizar al tal Marko Jaakonen, con el que la madre de Olof había mantenido una relación. Dedujo que dichas posibilidades eran ínfimas. Resultó que Marko Jaakonen se había colgado en la cárcel siete años después de que los servicios sociales se hicieran cargo de Olof. Y no era que Tell creyese que lo uno tuviese que ver con lo otro, pero Jaakonen acabó en la cárcel por el asesinato de un conocido camello y, seguramente, no pudo soportar vivir con aquella culpa. O algo así. En cualquier caso, Jaakonen no lo conduciría a ninguna parte.

Para colmo, Östergren lo llamó para preguntarle por qué se empeñaba en una investigación tan minuciosa de la vida de una de las víctimas. Y Tell sólo pudo responder que era cosa de su intuición.

De la conversación con Thorbjörn Persson, la persona de contacto que fue el enlace con el centro juvenil, sacaron en claro que Bart volvió a Olofstorp después de haber cumplido la condena de un año en Villa Björkudden y tres años de prueba en un pequeño estudio de Hjällbo.

Persson lo recordaba muy bien. Bart había superado satisfactoriamente el periodo de prueba y ya estaban a punto de concederle un contrato de alquiler a su nombre cuando le comunicó a su asistente social que había alquilado una cabaña en las

inmediaciones de Olofstorp. El hombre intentó convencerlo de que lo reconsiderase, porque también en aquella época resultaba difícil conseguir un contrato de alquiler para un joven en paro y con una condena a sus espaldas.

Pero Bart persistió en su resolución. No quería vivir en un apartamento. Quería vivir solo en el bosque, pese a ser tan joven. Aquello inquietó a Thorbjörn Persson, lógicamente, y aunque, desde un punto de vista formal, su cometido terminó en el instante en que se archivó el caso de Bart, se mantuvo en contacto con él durante un par de años. Lo llamaba de vez en cuando. Le hacía alguna que otra visita para ver cómo le iba.

Cuando Tell le preguntó cómo vivía en pleno bosque Olof Pilgren, como aún se llamaba, a la edad de veinte años, Persson se encogió de hombros.

—Pues... Bueno, Olof era bastante peculiar. A mí se me antojaba muy solitaria aquella vida, pero pese a todo, él parecía estar bien. Al cabo de un tiempo, se agenció algún que otro amigo, creo, un par de chicos de la misma pasta con los que andaba siempre. Sven y Magnus. O Thomas y Magnus. ¿O era Nielas?

Los apellidos, claro está, también los había olvidado, si es que alguna vez llegó a conocerlos. A partir de ahí, no supo nada más. Después de aquellos dos años, Bart interrumpió todo contacto, sin razón alguna, en realidad. Simplemente, no le parecía necesario. Se las arreglaba bien solo, decía. Y es probable que así fuera. De hecho, había logrado salir del sistema de los servicios sociales, después de haber pasado toda la vida en él. Y claro, Thorbjörn Persson pensó que se merecía aquella libertad de que ahora gozaba.

Tell le encargó a Karlberg que se diese un paseo en coche con Thorbjörn por la zona de Olofstorp, con el objetivo de localizar la cabaña que Bart alquiló con poco más de veinte años.

Algo le decía que quizá allí hallasen la solución al misterio del pasado farragoso de Olof Bart; que tendrían más posibilidades de encontrar algo de más enjundia allí que si se dedicaban a hurgar en la vida de Waltz. Y no porque hubiese dejado de lado al fotógrafo, pero después de agotar tanto sus cerebros como sus recursos, Tell ya había abandonado toda esperanza de dar con alguna conexión entre los dos asesinatos.

El argumento de la intuición no sonaba muy convincente ni siquiera para él, pero era el único que podía esgrimir por ahora. Östergren aceptó el nuevo curso de la investigación sin hacer más preguntas y el que confiase en él sin decir una palabra lo llenaba de satisfacción y de orgullo a un tiempo. En aquellos momentos, él mismo apenas confiaba en su competencia profesional y, menos aún, en su intuición.

En cualquier caso, a la hora de la verdad no llegó a ir a Ockerö. Ni siquiera puso rumbo a esa dirección, sino que tomó la autovía de Marieholmsleden hacia Gråbo. Cuando vio la salida de Olofstorp y la carretera que continuaba hacia Stenared, se lo

pensó dos veces y continuó pisando el acelerador hasta ponerse a ciento veinte por hora, y así llegó a Sjövik.

Durante algo más de una hora, se quedó sentado en el coche mirando el lago Mjörn, en un área de servicio muy próxima a la playa. Grandes fragmentos de hielo resquebrajado flotaban cerca de las orillas. Al cabo de un rato, su respiración llenó de vaho los cristales hasta el punto de que ya no veía el lago y lo tomó por una señal de que era hora de marcharse de allí.

Muy despacio y sin plan alguno, empezó a conducir de nuevo rumbo a la ciudad. La pizzería se le antojó un lugar bastante inocente y se convenció a sí mismo de que no se comprometía a nada si se dirigía al centro. Se sentaría en el bar, que acababa de abrir, pensaría en las alternativas y sopesaría los pros y los contras.

Ir a casa de Seja e intentar explicárselo. Ponerla al corriente del caos que su persona había desatado en él y del cáncer de su jefa y de los tormentos de su padre, que parecían estar convirtiéndose en los suyos propios. O volver al trabajo y pasar de todo, incluso de que Östergren se estuviese muriendo.

El peso de la culpa no lo privó de la visión periférica y tampoco vio la solución del misterio al final del túnel, sino que, más bien, le hizo perder la perspectiva. ¿Sería el miedo a la muerte lo que le había sobrevenido como un rodillazo?

Había oído decir que cierta dosis de estrés aguzaba los sentidos y la concentración. En cambio, una cantidad excesiva de estrés provocaba el efecto contrario: se perdía el punto de mira y conducía a juicios erróneos. A actuar sin meditar. Y darse cuenta de repente de que no podía confiar en su propio juicio era algo que le producía pavor.

Se sintió tentado de pedir una cerveza en lugar del café que ya había dejado de humear sobre la mesa y que ahora no sólo estaba aguado, sino además tibio, pero se aguantó las ganas. Aún no habían dado las doce y estaba de servicio.

Marcó el número de la comisaría para, como compensación por la reunión que había suspendido, preguntar por las últimas novedades. Nadie respondió en el despacho de Karlberg, de modo que probó con Beckman. Estaba a punto de colgar, cuando la inspectora respondió al teléfono.

—Ahora mismo estoy liada, Christian. Luego te llamo —le dijo sin más explicación, antes de colgar.

Tell dio un par de tragos del triste café. De pura desazón, se llevó a la boca el trozo de chocolate blanquecino que había en el plato.

Unos minutos después empezó a vibrar el teléfono, que había dejado sobre la mesa tornasolada de imitación de mármol. El sonido retumbó entre las paredes del local vacío. Alguien asomó la cabeza desde la cocina para ver qué ocasionaba el estruendo.

—¿Sí?

—Soy Beckman. Cuando me has llamado tenía delante a uno de los que habían dejado sus huellas en el Cherokee de Ulricehamn.

—¿Los has visto ya a todos?

—A dos de ellos. Falta un tal Bengt Falk al que no consigo localizar. Hay un par de huellas de Berit Johansson, la propietaria, que está esperando. Una tal Sigrid Magnusson y un tipo llamado Lennart Christiansson han venido ya a dejar sus huellas dactilares, que coinciden con algunas de las halladas en el coche. Dos de las seis que encontramos siguen sin identificar.

—Las cuales pueden pertenecer a Bengt Falk, al falso Mark Sjödin o a cualquier otra persona. Bien, pues con un poco de suerte, tenemos las huellas del asesino. Ahora sólo se trata de encontrarlo a él.

—Pues sí... —suspiró Beckman—. Imagínate que pudiéramos reunir a todos aquellos que han tenido que ver con la víctima y tomarles las huellas. Entonces quizá obtendríamos la respuesta enseguida.

—Bueno, ya la tendremos, en su momento —respondió Tell, impresionado por la confianza de que podía hacer gala ante la impaciencia de los demás.

De improviso, sintió un deseo casi irrefrenable de hablar con Beckman sobre la conversación mantenida con Östergren, pero comprendió que sería traicionar su confianza.

—¿Y los hijos de Waltz? —le preguntó a la colega—. ¿Está Karlberg ahí?

—No. Creo que los ha citado para esta tarde. Tengo entendido que Maria Waltz empezó a hablar de llamar a un abogado...

Tell soltó un silbido.

—Vaya, qué exageración. Bien, pues ya veremos lo que ocurre. Supongo que estará presente durante el interrogatorio del menor de los hijos.

—No sé. Si quieres puedo pedirle a Karlberg que te llame, por si no vuelves hoy por la comisaría.

—No, no —se apresuró a decir—. No es preciso que me llame. Llegaré un poco más tarde. Tenía... unas cosas que resolver...

Oyó que le fallaban las cuerdas vocales. No sabía si volvería al trabajo esa tarde.

—Vale. Pues nos vemos luego.

Y entonces, súbitamente, tomó la decisión. Era ahora o nunca.

\* \* \*

Dejó atrás la entrada al lugar del crimen. De allí a la casa de Seja no tardó más de diez minutos. Después de haber hecho acopio de valor para bajar a la hondonada, cruzar la pasarela y subir la pendiente hacia la cabaña, se llevó un gran desengaño al ver que todas las ventanas estaban a oscuras. Se quedó allí en el césped como un



bobo, incapaz de tomar una sola decisión más. A fin de asegurarse de que no estaba en casa, llamó a la puerta. Lo irritó pensar que Seja no estuviese en casa ahora que él estaba preparado. Al mismo tiempo, no obstante, se sentía aliviado, pues las circunstancias retrasaban una conversación cuyo final no era capaz de presagiar.

Lo desconcertó, además, haber visto su coche aparcado en el camino.

Abrió la puerta del establo, donde lo recibió un silencio elocuente: Seja había salido a montar, lo que significaba que aún existía la posibilidad de celebrar aquella reunión. Podría esperar, aunque habría preferido lanzarse a lo desconocido antes que aguardar el enfrentamiento allí sentado y ocioso, pues de este modo corría el riesgo de cambiar de idea y de salir de allí con el rabo entre las piernas.

Era plena y amargamente consciente de que había ignorado todos sus mensajes y de que la había dejado en ascuas al hacerse inaccesible. Lo que dependía en exclusiva de su cobardía y falta de agallas. Y no era tan tonto como para no comprender que, con toda probabilidad, ella estaría indignadísima, si no decepcionada. Y decepcionada era, sin duda, lo peor.

Se dio cuenta de que la llave no estaba echada y se decidió. Entró y se sentó a esperarla en la cocina, agradeciendo el calor del hogar pero irritado por la negligencia que revelaba quien dejaba su casa sin haber tomado la mínima y más sencilla precaución de las que existen contra los ladrones. Quizá ella se contase entre los que pensaban que nada malo podía suceder en la agradable vida vecinal. Luego, cuando resultaba que se cometía algún acto de naturaleza criminal, éste se clavaba en la inocencia y la confianza como un agujón y causaba infecciones y cicatrices que no desaparecían jamás. Como policía, él estaba libre de ese tipo de ingenuidad. Antes al contrario, había llegado a un punto en el que pocas demostraciones del ingenio de que hacía gala la gente para dañar y robar la propiedad ajena lo sorprendían verdaderamente.

Oyó el tictac del reloj de la pared. Una vez consciente del sonido, le resultó imposible pensar en otra cosa. Probó a quitarse el abrigo para no reforzar la impresión de que, en más de un sentido, se encontraba en su vida de visita, pero puesto que la estufa no estaba encendida, el ambiente era frío y nada acogedor.

Le costaba comprender que alguien quisiera vivir así: lejos de la modernidad, de la diversión y de otras personas.

Ya era consciente también del frío que sentía, y la espera se le empezaba a hacer insufrible. Si encendiera la chimenea, pusiera la cafetera y un CD, para evitar el tictac del reloj, podría considerarse que actuaba con demasiada familiaridad y quizá a ella le sentaría mal, como si se tomase libertades. Como si considerase que tenía derechos, pero no deberes.

Se diría que había pasado ya demasiado tiempo y mirar el reloj no le ayudaba mucho, puesto que no tenía la menor idea de a qué hora se había sentado a la mesa

abatible y se había puesto a observar el sendero que se adentraba en el bosque. Todo aquel día había transcurrido en un desconcierto rotundo en el que la conciencia del paso del tiempo había dejado de funcionar.

Se trasladó a la sala de estar, con la esperanza de que no llegase allí el frío del vestíbulo. No acababa de sentarse cuando, por el rabillo del ojo, algo reclamó su atención y le obligó a volver la vista hacia el escritorio. Lo que allí había le resultaba desagradablemente familiar.

En el centro del Atlas, había una foto. Se acercó despacio hacia el libro abierto y se sorprendió al oír en su interior unos acordes como de cuerda, como el efecto de sonido de una ducha en las películas de Hitchcock, o como un coro de animales aterrorizados, un fragmento paródico de una película, dramatizado por su cerebro destrozado por el estrés y la vigilia. Aun así, lo sobresaltó.

Se quedó mirando la foto, sin alcanzar a comprender qué era lo que veía. Estaba impresa en papel de foto con brillo y tenía muy mala resolución, pero no cabía la menor duda de lo que representaba: era la cabeza destrozada de Lars Waltz sobre la gravilla de su finca. Al pie de la foto se leían unos comentarios garabateados que le fue imposible leer y el reverso estaba lleno de anotaciones a lápiz con una caligrafía enrevesada y apenas legible. Después de mirar con más detenimiento, creyó poder asegurar que estaban escritas en finés.

Un ruido lo paralizó de pronto. ¿Habría vuelto Seja de su paseo a caballo? En menos de un segundo, debía hallar el mejor modo de preguntarle por aquella foto tan incomprensible.

A falta de una idea mejor, abrió la ventana. Así al menos la oiría llegar.

Rebuscó entre los montones de papeles que había en la estantería y sobre el escritorio y halló varios textos y artículos que Seja tenía empezados y, en algunos casos, terminados, pero ninguno que explicase que ella estuviese en posesión de las fotos del lugar del crimen. Uno de los cajones del escritorio se encontraba cerrado y le llevó un par de minutos localizar la llave en un tiesto vacío que había en la ventana. El cajón contenía una carpeta muy delgada. Estaba tan excitado que tuvo que leer varias veces las dos páginas que contenía para comprender de verdad qué era lo que tenía ante sí. Se diría que se trataba de una sinopsis de un texto más extenso. Por más que las frases eran cortas y más parecían preguntas que respuestas, y aunque fuese insuficiente para saber con certeza qué le había ocultado Seja Lundberg, la información allí plasmada bastó para engendrar en él una idea.

Era evidente que estaba implicada, aunque de un modo que él aún no alcanzaba a comprender. Sin embargo, estaba decidido a averiguarlo.

Vio el portátil en la estantería, entre dos libros de gran formato. Al parecer, allí sí se había preocupado por la seguridad: transcurrió una eternidad hasta que el ordenador se puso en marcha, pero le negó el acceso enseguida: necesitaba una clave.

Echó un vistazo al reloj y se preguntó cuándo cerraría Lise-Lott Edell su tienda de tejidos. Si pisaba a fondo el acelerador, llegaría a Gråbo en un cuarto de hora.

## Capítulo 47

1997

Solveig se permitía retirar el plástico que cubría la cama sólo dos veces al día, una por la mañana y otra por la tarde. Sin tales restricciones, el olor de My desaparecería en el transcurso de unos meses. De hecho, ya empezaba a notar que disminuía la intensidad cada vez que, llena de veneración, levantaba el edredón con la desgastada funda estampada de rosas que My había tenido desde niña. Apoyaba la mejilla en la sábana y respiraba hondo, despacio y con cuidado, para no sufrir un ataque de tos. Incluso había reducido la dosis diaria de cigarrillos para conservar mejor el olfato. No poder percibir los olores sería como perder otro fragmento de My.

Un día ocurriría, sin remedio. Las partículas del cuerpo de un ser humano no permanecían eternamente. Cuando llegase ese día, tendría que dedicarse a otra cosa. Los diarios que My escribía cuando era pequeña. La ropa de My, que había bajado del desván metida en sacos de basura. Había ropa de todas las edades y la había guardado para los futuros nietos.

Ahora tenía su propia ropa amontonada en los armarios más pequeños de su dormitorio, a fin de poder colgar en el vestidor la ropa de My, como en un ritual, una prenda en cada percha. La ropa de cuando era bebé fue colocándola cuidadosamente en la cajonera azul, la desmañada ropa punk en el centro del armario y la ropa de abrigo más cerca de la pared. Tuvo que coger el autobús e ir a IKEA a comprar más lotes de diez perchas, necesitaba montones.

Siempre le había costado tirar cosas. Siempre lo guardaba todo, como si, durante toda su vida, hubiese sabido que tendría que aferrarse a las cosas terrenas para sobrevivir.

Empapeló la pared del fondo con un papel carísimo de color violeta oscuro, y allí, en pequeñas perchas doradas y muy labradas, colgó pañuelos, sombreros imposibles, gorras y otros accesorios que My había ido utilizando a lo largo de los años, como una pequeña exposición en la que cada una de las piezas de arte simbolizaba una época de la corta vida de su hija.

Se pasaba la mayor parte del día en el vestidor. Siempre había algo que hacer allí. Estaba especialmente satisfecha con la moqueta, que también supuso un gran agujero en la economía. Sin embargo, nada era lo bastante bueno para My. Era importante que todo estuviese bien. Con los colores de My. Y sus materiales favoritos.

Mientras trabajaba, mantenía a raya el martilleo de los oídos y el pánico, consciente de que el día que terminase aquella habitación en memoria de My, se vería abocada al fuego que la consumía cada vez que se detenía a pensar un segundo. Aún tardaría porque, desde luego, quedaban montones de cosas por hacer.

Tenía álbumes de fotos que clasificar, ampliar y enmarcar. Había en el desván

cajas llenas con los discos de My, que tendría que escuchar en busca de cualquier mensaje importante. Cualquier estribillo podía contener las palabras que My nunca alcanzó a decir.

De adolescente, la música lo era todo para ella. Vivía a través de la música, cubría las paredes de su habitación con sus ídolos, se vestía como ellos, los citaba una y otra vez.

Solveig no sabía nada de música y, desde luego, nada del tipo de música que escuchaba My. Pero comprendió que los textos eran, como mínimo, tan importantes como la música. My los escribía con el lápiz de ojos en el espejo y, con chinchetas, fijaba a las paredes citas de las canciones escritas con tinta roja en papel de arroz, para convertir las palabras en obras de arte. Solveig jamás se preocupó de leerlas pero, claro, su inglés no era ya lo que fue. Tampoco se dio cuenta de lo importante que resultaba comprender aquellas palabras, que constituían posibles vías de acceso al interior de My, que podían proporcionarle claves y códigos y respuestas a las preguntas que nunca llegó a plantear.

Las pilas de discos de vinilo no cabían en el vestidor, de modo que tendrían que quedarse en el dormitorio.

Si antes lamentaba haber dejado el gran apartamento de Rydboholm, ahora la torturaba la idea. Allí tenía My su dormitorio de niña, allí pervivía ella en cada detalle. Las manchas de pasta de dientes en el papel pintado, cuando se le ocurrió la idea de pegar con ella sus pósters. Pintó sin su permiso un paisaje con témperas en el armario empotrado, Solveig se enfadó muchísimo y temió verse obligada a compensar al casero por la pintura el día que se mudasen de allí. Los arañazos que había hecho en los marcos de las puertas aquel gato asqueroso que My llevó a casa un día, el mismo que los contagió de tiña a todos antes de que se deshicieran de él.

My no había vivido en el nuevo apartamento más que de forma ocasional. Y Solveig se veía obligada a recrear en él algo que nunca había existido. Y además, en la vieja habitación de My, en Rydboholm, vivían ahora otras personas. Quizá otra jovencita que ponía la música a todo volumen hasta el punto de hacer retumbar las paredes y provocar las protestas de los vecinos, pero que no estaba muerta.

Al cabo de un tiempo, Solveig recibió todas las pertenencias que My había dejado en la escuela, en una caja de cartón con la dirección escrita en un papel pegado en un lateral. Fue como recibir un ataúd y, justo cuando abrió la tapa, se imaginó por un instante que la vería allí dentro. Sin vida, claro, pero al menos un cuerpo al que aferrarse. Porque la aterraba olvidar.

Dejó el tocadiscos junto con las pilas de discos. Cuando se sentía tan cansada que le dolían los brazos y hasta le temblaban, por lo poco habituados que los tenía al esfuerzo físico, se metía en la cama y empezaba a escuchar los discos desde el principio.

Al ritmo de la extraña música poco melodiosa que tanto había odiado como madre, intentó serenarse con la idea de que era la música de My, que representaba su mundo y que ella debía entenderla y apreciarla a toda costa. Porque My era ahora irreprochable. Plena. Perfecta. Y al morir, había conseguido que eso nunca cambiase.

Cuando, en un arrebato de energía, se entregaba a trabajar en el proyecto de conmemoración que se había propuesto, Sebastian se dedicaba a dar vueltas alrededor de su madre. Apenas se dirigía a ella, quizá porque sospechaba que, en esos momentos, su madre sólo tenía oídos para la voz de su hermana mayor, que le hablaba desde el otro lado. Quizá porque la culpa con la que él cargaba se había convertido en otro acuerdo tácito entre ellos. En ocasiones, él se sentaba a observarla. Sucedió a veces que lo requería para alguna tarea, como la de sujetar los anaqueles mientras ella atornillaba una estantería, o preparar el café, cuando Solveig necesitaba tomarse un descanso.

\* \* \*

Y no era sólo lo evidente lo que había cambiado en el hogar de los Granith. Por ejemplo, Sebastian nunca había visto a su madre desplegar tal energía. Antes al contrario, el cansancio era su característica principal, y una desidia y una apatía contagiosas.

En más de una ocasión, él mismo sentía el cansancio en cuanto entraba en casa. My y él habían hablado de ello alguna vez, que su casa les absorbía la energía. No fue aquella la única ocasión en que habían hablado de Solveig, pero eran las palabras que mejor recordaba. My fue quien lo dijo, que Solveig le consumía las fuerzas. De vez en cuando, sentía el impulso de decírselas a su madre en la cara, en aquella cara pálida e inflamada de ojos ahora enrojecidos por el polvo y mejillas encendidas por el esfuerzo.

«My te odiaba, vieja bruja. Compréndelo. Te odiaba. Ahora sólo recuerdas aquello que nunca existió. Recuerdas que ella te quería, que tú y ella manteníais una relación estupenda. Tú crees que erais iguales, mamá, pero no erais iguales ni por asomo. My era fuerte y era auténtica. Tú eres una mierda, mamá. Tú eres una mierda y todo el mundo lo sabe».

Ni que decir tiene que nunca dijo nada. Había renunciado a su derecho a opinar y era consciente de ello, aceptaba y se doblegaba a la nueva regla no escrita del hogar: que ahora Solveig tenía el mando.

\* \* \*

Una mañana se despertó como de costumbre, con el grito ahogado en la garganta.

Dormía un sueño sin ensoñaciones y cargado de somníferos y no se sentía el brazo sobre el que había estado tumbada toda la noche. «Carne muerta —pensó cuando, sin querer, le dio a la cajonera con la mano muda—. Pesada como el plomo, casi inhumana de llevar». En cuanto se sentó en la cama, el grito empezó a desplazarse ascendiendo por su garganta para aguardar allí su decisión: salir por la boca o quedarse atascado en los canales auditivos como el alarido de un animal atormentado.

El tinnitus no tenía remedio, le había dicho uno de los médicos a los que visitaba con regularidad. Que evitase los entornos bulliciosos. Pero si eso ya lo hacía... Y luego le recetaba tranquilizantes, para atenuar los ruidos o por alguna otra razón, no estaba muy segura. Ella se los tomaba, de todos modos, aunque de poco servían.

Se le entrecortaba la respiración, la obligaban a tomar aire y a darse órdenes. «Levántate de la cama, Solveig. Abre la puerta. Cruza el pasillo. Deja entreabierta la puerta del vestidor. Enciende el fluorescente, Solveig».

Al contemplar su obra, sentía una serenidad transitoria que le recorría el cuerpo como una corriente cálida. El grito se ahogaba rodando. Empezaba a sentir agujazos en el brazo, que ya despertaba a la vida. Hundió la nariz en la vieja cazadora blanca de My. El forro de color rojo se había rasgado, aparecía deshilachado por varios lugares y decidió que lo arreglaría. Con movimientos despaciosos, descolgó de la barra la percha con la cazadora y se la apretó contra el pecho. Ahora respiraba sin dificultad alguna, pues tenía un proyecto para aquel día.

Y justo cuando iba a cerrar la puerta, lo vio. Apartó los abrigo y dejó al descubierto lo que se atisbaba detrás.

Una maraña de fotos cubría casi toda la pared del suelo al techo. Llevaba muchos años sin ver el collage. Tenía los bordes doblados y, claramente, había estado enrollado.

Solveig pasó la mano por la superficie irregular. Sabía exactamente de cuándo era: My tenía once años el día que encontró en la basura una bolsa llena de revistas viejas. No de las que Solveig leía a veces, *Hänt i Veckan* y *Allers*, sino revistas femeninas de las buenas, con nombres como *Clic* y *Elle*, repletas de reportajes sobre la moda de París y entrevistas de actores, artistas y creadores de moda.

My pasó semanas leyendo aquellas revistas con veneración, examinándolas como si contuviesen algún tipo de código útil para la inminente vida adulta. Eligió algunas fotos que dibujar: mujeres delgadas vestidas de negro, pálidas y de ojos oscuros que se apoyaban en el tronco de un viejo árbol. Anuncios publicitarios de perfumes, cuerpos desnudos en poses artísticas. Hombres negros de torso desnudo y dientes blancos y brillantes con empastes de oro. Hombres con ropa de mujer. Mujeres en traje de hombre. Mujeres con unos pómulos que muchas matarían por tener.

Se pasó meses recortando y pegando, hasta que dio por terminado el collage, una explosión de rostros, de cuerpos y de colores. My había pintado las fotos con pastel y

las había cambiado a su arbitrio. Había pegado unas encima de otras con varias capas gruesas de cola y había arrancado algunas tiras de caras y de cuerpos antes de que el pegamento se secara, para que la imagen de debajo se viese parcialmente: un par de ojos de mirada penetrante, un pecho, un pie en la arena, una serpiente.

A Solveig no le gustó que My hiciera el collage en la pared de su cuarto. No le hacían ninguna gracia tantos pares de ojos mirándola siempre, sin importar en qué ángulo de la habitación se encontraba, aunque sabía que se debía a que las modelos habían mirado directamente a la cámara cuando las fotografiaron. Por eso no servía de nada que se pegase a la pared para sustraerse a su burla, siempre la miraban directamente a los ojos. Además, le parecía demasiado para una niña de once años, tanto cuerpo desnudo.

Y se lo dijo a My: «Pero ¿a ti qué te pasa? Llegará el día en que todo esto te haga desgraciada, antes de que te des cuenta de que no merece la pena».

Sebastian debió de pegar el collage por la noche. Más aún, debió de conservarlo en secreto todos aquellos años. Ahora había querido contribuir con su tesoro a aquella empresa conmemorativa. Un nudo de gratitud le crecía en la garganta y tuvo que carraspear varias veces para no empezar a llorar. Aquello era un reconocimiento por parte de Sebastian. Un paso hacia la reconciliación.

Descalza, se encaminó de puntillas a su habitación y entreabrió la puerta.

\* \* \*

La misma tarde que puso punto final a su obra, ella llamó a la puerta. Solveig, a quien ya le costaba trazar la frontera entre sus fantasías y la realidad, creyó en un primer momento que la mujer alta de abrigo negro que tenía delante era producto de su imaginación. Sencillamente, sus labios pintados de carmín rojo y su sombrero de ala ancha, bajo el que se ocultaba un peinado de chico, no encajaban en el deteriorado rellano de su apartamento.

—Al principio creí que serías artista o algo así —le confesó Solveig mucho después. No porque pensara que la mujer fuese especialmente guapa, al contrario. Según los modelos que le habían inculcado, las chicas debían ser adorables y frágiles y transparentes como elfos.

Y nada de élfico había en aquella mujer de labios gruesos y barbilla cuadrada, más masculina que bella según los cánones.

Se presentó como una amiga de My y entró en la casa con tal naturalidad que parecía saber ya entonces que iba a mudarse con ellos. Como si no se le hubiese pasado por la cabeza que se lo pudieran negar.

Ya en el vestíbulo, Solveig tomó conciencia del olor que emanaba el cuerpo de la mujer, un aroma leve pero inconfundible a canela y a incendio. La desconocida abrió



el abrigo para quitárselo y Solveig quedó envuelta en aquel calor almibarado que antes despedía el edredón. Tan concentrado, llegaba a resultar embriagador. Sintió algo que podía confundirse con una atracción erótica pasajera, se tambaleó y dio un paso atrás, hasta que tropezó con la pared.

La extraña detuvo sus movimientos, como si acabase de tomar conciencia del efecto inesperado que surtía sobre Solveig. La mujer bajó los brazos.

—No tengas miedo —le dijo quedamente—. Sólo quiero hablar de My. Sé que le ocurrió algo y si no puedo hablar de ella, me muero.

Solveig se aferró a la gran mano de la mujer como un náufrago se aferra al salvavidas y, sin pronunciar palabra, la condujo hasta el vestidor. A partir de entonces, Solveig pensó que aquel ser era un regalo del cielo.

## Capítulo 48

2007

Tell habría querido darse de cabezazos y, de haber creído que valdría para algo, lo habría hecho.

¿Cómo pudo desviarse en el rumbo de la investigación hasta el punto de pasar por alto lo más simple? Si no se hubiese colado en casa de Seja, uno de los testigos, con la que además se había acostado antes de pasar a ignorarla por completo, puesto que le tenía tanto miedo como a su jefa, habría seguido permitiendo que el grupo cavase un hoyo cada vez más profundo... en el lugar equivocado.

Verdaderamente, su confianza en sí mismo estaba bajo mínimos. Hizo un esfuerzo sobrehumano para volver a la comisaría e intentar reparar todos los errores y recuperar parte del tiempo que su irreflexión les había costado a todos.

Al final del pasillo del grupo de homicidios vio a Karlberg hablando con una mujer. Llevaba un traje azul y al acercarse comprobó que se trataba de Maria Waltz, que se aferraba crispada al bolso, un objeto extraordinariamente llamativo, de imitación de cocodrilo en color rojo.

A unos metros de ellos había un par de figuras desgarbadas y de expresión tan enfurruñada que bien podrían haber llevado en la frente un cartel con la leyenda «Adolescente», o quizá «Aterrado». Y claro, ¿qué cabía esperar? Acababan de asesinar a su padre y a ellos los habían llamado a declarar. Tell confiaba en que Karlberg hubiese tenido la sensatez de explicarles el motivo de su presencia allí de un modo psicológicamente aceptable. Y si no hubiese visto a Maria Waltz gesticular de aquella manera, no se habría resentido la confianza que por lo general depositaba en su colega. Sin embargo, al ver a la mujer cabía preguntarse si Karlberg no habría sido demasiado rudo. Y en tal caso, no era de extrañar, pues aquella investigación estaba poniendo a prueba la paciencia de todos.

—Acaban de perder a su padre —se quejaba indignada la exmujer de Lars Waltz que, no obstante, calló al ver que Tell se acercaba a sus hijos. Los muchachos adoptaron una expresión más anodina si cabe cuando Tell puso la mano en el hombro del mayor. O del que tomó por el mayor. Los dos se parecían mucho y ambos vestían un uniforme consistente en un par de chinos de color beige y una camisa de cuadros muy ajustada.

Tell se presentó, les transmitió sus condolencias y el supuesto hermano mayor se pasó un mechón de la corta melena por detrás de la oreja. Parecía desconcertado al verse tratado como un adulto.

—Ha sido un error haceros venir aquí hoy —les dijo en voz lo bastante alta para que Maria Waltz pudiese oírlo—. Podéis iros a casa.

Karlberg se quedó perplejo. Tell lo dejó en ese estado pues, dicho aquello,

continuó hacia su despacho sin más explicaciones. Oyó a su espalda cómo el colega se disculpaba y se despedía patéticamente, asegurándoles que la policía se pondría en contacto con ellos cuando tuviese más información o necesitara su ayuda. Maria Waltz salió de la comisaría seguida de sus hijos, a todas luces desconcertados.

El sonido apremiante de las botas forradas de Karlberg se aproximaba por el pasillo y, en efecto, el colega no tardó en asomar por la puerta.

—¿Qué coño ha sido eso, eh? ¿No me ordenaste que los hiciera venir?

—Sí, pero he cambiado de idea.

Dicho esto, golpeó la mesa con un puñado de folios que rompió por la mitad con gesto elocuente ante el cada vez más confundido Karlberg. Este llevaba a gala saber mantener la calma en situaciones límite, pero no por ello disfrutaba cuando lo utilizaban de cabeza de turco ni como público de un comisario que decidía sacar la vena dramática.

—¿Piensas explicármelo o vas a seguir rasgando papeles a mano? Tenemos una máquina que los destruye, por si no lo sabías.

Tell tenía claro que estaba a punto de agotar su paciencia.

—Convoca al resto del grupo en la sala de reuniones. Yo iré en cuanto me haya serenado un poco.

Karlberg se quedó unos segundos en el umbral, seguramente a la espera de algo más, pero al ver que Tell guardaba silencio, se dio media vuelta y se marchó.

\* \* \*

Diez minutos después se encontraban todos congregados en la sala de reuniones. Puesto que tuvieron que dejar lo que tenían entre manos de improviso, sin más explicación, se respiraba tanta irritación como curiosidad en el ambiente. Tell no pudo sustraerse a la tentación de hacer una entrada al estilo Poirot, ante lo que varios de los colegas intercambiaron alguna mirada elocuente.

—Os he reunido aquí porque se me ha ocurrido una idea. Estaba... en fin, da igual cómo y por qué, el caso es que pensé que... yo creo que nos hemos equivocado de línea. Bueno, no de línea, sino de persona, en parte, a lo largo de toda la investigación. Y bien mirado, no es de extrañar. Nos hemos centrado en la víctima y en su entorno y su pasado, como es lógico. Pero, de todos modos, hemos estado hurgando en el lugar equivocado. Quiero decir que por eso nos hemos estancado y hemos acabado en callejones sin salida.

Miró al grupo con actitud triunfal, pero no tardó en comprender que no había conseguido otra cosa que sembrar el mayor de los desconciertos. Incluso algún que otro par de cejas enarcadas indicaban una preocupación extrema por su salud mental.

—Puede que me equivoque, queridos amigos, pero creo que Lars Waltz fue

asesinado por error. Además, tengo la idea de que puede existir cierta conexión con un caso ya cerrado, pero aún no estoy lo bastante seguro para revelar más al respecto. Creo que la intención era asesinar a Thomas Edell, el anterior marido de Lise-Lott Edell. Sospecho que, por alguna razón, el asesino ignoraba que ya estaba muerto, de modo que mató al hombre que encontró en el taller...

Hizo en el aire un gesto inquisitivo que terminó por dirigir a Beckman.

—«Thomas Edell, taller y desguace» —completó Beckman.

—... eso es. Y lo hizo en la creencia de que se trataba del propio Edell.

Un reflexivo silencio se adueñó de la sala mientras Tell sentía que recobraba la confianza en sí mismo.

—¿Y por qué creo tal cosa? Bueno, como ya sabéis, hemos hecho de todo por hallar una conexión entre el primer asesinato y el segundo, sin éxito alguno. Le hemos preguntado a Lise-Lott Edell si su marido, Lars Waltz, conocía a Olof Bart, pero no si su exmarido, Thomas Edell, conocía a Olof Pilgren, pues éste fue el nombre de Bart hasta 1997, es decir, antes de que Waltz apareciese en la vida de Lise-Lott Edell. ¿Me seguís? De 1983 hasta 1986, Olof Bart tuvo un inspector o, mejor dicho, una persona de contacto para su periodo de prueba en un apartamento, Thorbjörn Persson. Este contacto recuerda que Olof tenía un amigo llamado Thomas. Además, me detuve a hablar con Lise-Lott de camino a la comisaría y me ha confirmado que su exmarido Thomas tenía un amigo llamado Pilen. ¡Pilgren!

Gonzales fruncía pertinaz el entrecejo en tanto que Karlberg, tras unos minutos de silencio, se permitió un gesto de asentimiento.

—Vale, Tell, aunque parece un poco cogido por los pelos. Si damos por buena la teoría de que el asesino iba a por Edell, nos queda aún por resolver la nada despreciable cuestión de por qué. Ya sabes, el móvil y el autor de los hechos. En caso de que tengas razón, estamos en las mismas. Y además, creo que si uno odia a otra persona lo suficiente como para desear quitarle la vida... bueno, eso indica cierta fijación. ¿No sería entonces lógico tenerlo lo bastante controlado como para saber que lleva muerto... cuánto?, ¿siete, ocho años?

—Desde luego —admitió Tell—, eso es cierto. Tú piensas que se trata de una especie de venganza contra esos dos hombres.

—Sí, o, bueno, no sé, ¿qué coño piensas tú?

—La verdad es que nos cuesta pensar nada, puesto que eres bastante abstruso a la hora de transmitir la información que posees —intervino Beckman con una sonrisa, pese al aguijón de su observación.

Tell parecía hallarse lejos, sumido en sus pensamientos. Asintió despacio, con la mirada fija en la puerta, como si añorase salir de allí. Abrió la boca para decir algo, pero la cerró enseguida sin responder a la pregunta de Karlberg. Se abrochó la camisa hasta el cuello y carraspeó. De repente, sintió que los colegas lo miraban con

excesivo apremio.

Tenía que arreglar algunos asuntos, tenía que ver a Seja antes de nada. De lo contrario, no podía ni actuar ni hablar con credibilidad. Ahora lamentaba no haber permanecido en su casa un rato más, no haberla esperado. El repentino deseo de actuar le había gastado una mala pasada.

—¿De qué estás hablando, Tell? —se oyó la voz irritada de Bärneflod desde el rincón en el que, hasta el momento, había estado en silencio—. Dices que no quieres entrar en detalles... ¡Pero bueno! ¡Como si diera igual! ¿Estamos en el mismo barco o tú vas en tu propio bote y llevas tu pequeña investigación particular, eh? Quiero decir, ¿de qué va esto? ¡Le estás ocultando resultados de la investigación al resto del grupo! ¿Acaso quieres hacerte el héroe y resolver el caso tú solo? Yo no sé qué idea tendrás tú de una investigación de asesinato, pero a mí la experiencia me lleva a preguntarme, ¿cómo coño vamos a trabajar si no formamos un equipo?

Miró a su alrededor con la intención de buscar apoyo, pero se encontró con el más absoluto silencio. Un hondo suspiro procedente de Karlberg que podía resultar ambiguo en un principio se decantó como una sufrida protesta contra el alegato de Bärneflod.

Beckman dio una palmada.

—No podemos permitirnos el lujo de discutir quién es el héroe y quién no. Y tampoco podemos permitirnos el lujo de no hacer el seguimiento de toda posible pista. Tal como dices, no hemos encontrado ni el móvil ni la conexión entre Waltz y Bart. Si los caminos de Edell y Bart se cruzaron en algún momento, es obvio que debemos investigar adónde nos lleva esa pista. Siempre y cuando tú, Tell, nos informes de tus reflexiones tan pronto como sean inteligibles.

Tell se levantó y le dedicó una mirada llena de gratitud a Beckman, que lo recompensó con una mueca un tanto ambigua.

—Gracias. Vale, cambiamos de línea de investigación. Por ahora, dejaremos que Waltz descanse en paz y nos dedicaremos a Thomas Edell: su pasado, su familia, sus amigos, su trabajo... En fin, doy por hecho que todos sabéis lo que tenéis que dejar y a qué dedicaros a partir de ahora. Propongo que consideremos esto como un descanso natural y que esta tarde nos vayamos a casa a reflexionar sobre la nueva orientación del caso. Y mañana nos vemos a las ocho en punto, con renovada energía.

—Para empezar otra vez por el principio —objetó Bärneflod.

Arrojó una servilleta de papel a la papelera, pero falló el tiro.

\* \* \*

Durante el trayecto a Stenared fue alimentando una rabia que derivó en decepción, en la sensación de que Seja se había inmiscuido, con malas artes, en un

territorio que le estaba reservado a él.

Y peor aún: debía de existir una razón para tal intromisión. De modo que Seja no había compartido con él la información secreta que por algún motivo poseía, aunque ella mejor que nadie sabía lo mal que lo había pasado intentando componer el rompecabezas de la investigación para que encajasen las piezas. De lo cual se desprendía que no confiaba en él.

\* \* \*

Pero más se habría enfadado si ella hubiese fingido no saber. Sin embargo, no lo hizo, ni meneó la cabeza vacilante para finalmente decir que no sabía de qué estaba hablando.

En cualquier caso, la reacción de Seja resultó inesperada en otro sentido. Montó en cólera al oír que él había estado husmeando en sus cosas; que él había entrado en su casa.

—No me explico que tú hayas entrado así, sin más. Que te hayas servido como si estuvieras en tu casa. Que hayas abierto cajones. ¡¡¡Y QUE HAYAS ENCENDIDO MI ORDENADOR!!! ¿Qué buscabas, eh? ¿Acaso venías en calidad de comisario? ¿Acaso soy yo una delincuente?

Le preguntó si era así como solía tratar a los criminales en el desarrollo de su trabajo, si se acostaba con ellos para luego tener acceso a posibles pruebas. A lo que él, un tanto irreflexivo, le respondió que no sabía lo que decía y que era una histérica. De hecho, estaba histérica y durante una fracción de segundo, Tell creyó que iba a darle una bofetada.

Sin embargo, no lo hizo, sino que se sentó en el sillón junto a la estufa y apoyó la cabeza entre las manos, con gesto abatido.

—Vamos, que has inspeccionado mi casa. Tú. Incluso has rebuscado en el cajón de la ropa interior. Es que no es normal, joder.

—¿Cómo que tú? ¿Por qué dices tú con ese tonillo todo el rato? —le preguntó Tell irritado. Detestaba el tono quejica que resonaba en su voz—. Como si yo fuese la última persona de la tierra que pudiera ver tus secretos.

—No me lo esperaba de ti —confesó Seja—. Esperaba que lo nuestro fuera en serio.

El silencio se adueñó de la habitación. Un pájaro emitió un chillido y bajó de un salto de la copa del abeto.

Tell sintió un profundo cansancio de aquella situación. Desproporcionado, compacto y relacionado con el cansancio latente que habían generado en él todas las discusiones que había mantenido a lo largo de los años con distintas mujeres. ¿Cuántas veces les había pedido que se abstuvieran de ponerse histéricas? Lo

ignoraba, pero desde luego estaba convencido de que su sugerencia había caído en terreno baldío.

Se desplomó en el sillón que había enfrente de Seja e intentó ordenar sus pensamientos, ahogar el impulso lógico de coger el coche y volver al trabajo. Histérica o no, Seja había logrado hacer que se sintiese ligeramente avergonzado.

En efecto, en un estado de obcecación, había husmeado en el cajón donde ella guardaba la ropa interior. Y no porque, en aquel momento, le interesara lo más mínimo su lencería. En aquel momento, lo único que tenía en mente era la carpeta con la foto de la cabeza reventada de Lars Waltz, el texto en finés y el documento del ordenador en el que figuraba el nombre de Thomas Edell.

Una parte de él comprendía que se sintiese humillada. Sin embargo, no acababa de admitir que su indignación estuviese justificada cuando se dijo que había tenido la habilidad de hacerle olvidar su verdadera intención, con lo que se enfureció más aún.

Era él quien estaba enfadado. Él había sido víctima de un engaño, sí, y todavía estaba indignado, pero se obligó a serenarse, puesto que comprendió que jamás lograría que Seja hablara si seguía con aquel tono acusador.

—¿Sabes finés? —fue lo único que se le ocurrió preguntarle.

Seja cerró los ojos y negó con la cabeza, como si no diese crédito.

—Pero ¿sabes o no? —insistió Tell.

—Sí —respondió ella más alto de lo necesario—. Mi madre nació en Finlandia.

Se negaba a mirarlo a la cara. Encontraba la situación claramente incómoda. Tell pensó que existía cierta posibilidad de que se arrepintiese de su hipocresía. De repente, se compadeció de ella. Y maldijo la satisfacción espontánea que había sentido al ver derrumbarse sus defensas. Como si fuera un sospechoso sometido a interrogatorio y no la mujer en cuya nuca había hundido su cara pensando *this is it*.

—¿Lo hiciste para evitar que alguien en concreto lo leyese? —le preguntó en un tono más suave. Ella se encogió de hombros con un movimiento apenas perceptible.

—De niña solía escribir en finés cuando no quería que los demás niños lo leyeran —Seja hablaba con voz queda y dirigiéndose al vacío. Como si hubiese sido una concesión demasiado generosa hablarle a Tell directamente—. Era mi lenguaje secreto.

Tell reprimió el impulso de posar su mano sobre la de ella. Tenía un aspecto tan vulnerable, perdida en el escondite de la niñez.

—¿Pensabas contármelo? —preguntó al fin.

La apariencia de debilidad se trocó al punto en renovada irritación. Abrió los brazos con resignación.

—Christian, ni siquiera sé si hay algo que contar. No sabía, y sigo sin saber, si lo que sé guarda alguna relación con tu investigación, joder. El muerto no era Thomas Edell. No era él. Y ésa es la razón por la que no te dije nada. ¿Cómo... cómo saber lo

que hay de verdad en los recuerdos de un periodo complicado de la vida? Tú lo sabes tan bien como yo. La memoria es un colador, uno decide qué desea recordar a partir de la imagen que quiere conservar de sí mismo.

Lo miró con encono, con los hombros encogidos, como quitándole importancia al asunto, hasta que espiró hondo y los bajó, abandonándose a las imágenes del pasado.

Durante la hora siguiente, la oscuridad fue apoderándose de la habitación. No se molestaron en encender la luz. Una vez que Seja empezó a hablar, Tell no hizo sino contener la respiración, como si temiese que cualquier movimiento suyo pudiese impedirle el repentino acceso a la historia que le brindaba con una confianza aún débil. Se apartaba del tema pensando en las preguntas concretas que deseaba hacerle: ¿por qué tienes varias fotos ampliadas de una víctima de asesinato?, ¿qué relación existe entre ese hecho y la circunstancia de que llegases la primera al lugar del crimen y, además, iniciases una relación amorosa con el comisario responsable de la investigación? Sin embargo, tuvo la sensibilidad suficiente para comprender que ella terminaría cohibiéndose si la presionaba demasiado.

Con las uñas clavadas en las palmas de las manos, se armó de paciencia para aguantar sus difusos intentos de poner palabras a los recuerdos y a las conclusiones a que había llegado su subconsciente durante los diez últimos años.

Y él debería haberse conformado con escuchar. Debería haberle echado paciencia y, simplemente, haber disfrutado de la posibilidad de conocer a Seja. Pero le era imposible, prisionero como estaba de los esquemas de su trabajo. No podía dividirse y, como es lógico, ella tampoco. Seja no se hacía cargo de que su historia podía resultar incomprensible, arrebatada por lo onírico del pasado. A ratos las palabras no bastaban, o bien tenía que empezar de nuevo.

Poco a poco, él fue haciéndose una idea: la de dos muchachas, cada una ante su encrucijada. Seja era una de las dos. La otra, una conocida. Seja le habló de una gélida noche de diciembre, en la fiesta de un club de motoristas, en una finca apartada de toda civilización. Había cruzado unas palabras con la otra chica hacia medianoche. Hablaron de irse juntas, pero Seja decidió quedarse. Tuvo la sensación de que algo malo sucedería. Al menos, así lo recordaba ella.

Guardó silencio, como si intentase hacer acopio de fuerzas para continuar.

En su círculo de amistades se difundió el rumor de que habían encontrado a una mujer muerta en los bosques próximos a la finca, prosiguió al cabo de unos minutos. Los periódicos hablaron de ello. Y dijeron que la policía sospechaba que se hubiese cometido un delito, pero que jamás hallaron al culpable. Unos decían que la habían violado y otros que estaba como una cuba, que tropezó, cayó y se golpeó en la cabeza. Ninguno de los amigos de Seja lo sabía con certeza.

—Yo fingí que aquello no iba conmigo. Recuerdo que así se lo dije al primer chico que me lo contó, que estábamos en una fiesta y que apenas la conocía, que no



sabía quién era la mujer a la que hallaron muerta en el bosque. Además, era cierto. Me convencí de que el asunto no tenía nada que ver conmigo.

La policía se puso en contacto con varias de las personas que asistieron a la fiesta y dijeron que todos aquellos que no figurasen en la lista de los organizadores debían llamar al equipo de investigación. Seja jamás lo hizo.

«¿Por qué?», quiso preguntar Tell, pero ella se le adelantó. La razón era la misma que le impidió contarle a él lo que oyó y vio aquella noche: sencillamente, no estaba del todo segura. Mientras no la pusieran entre la espada y la pared y la obligasen a dar una respuesta, no tenía por qué adoptar una decisión definitiva sobre su fiabilidad o sobre el hecho de que no hiciera nada por intervenir.

Antes de que se diera cuenta, el drama ya se había producido. La investigación se archivó por falta de pruebas y la vida continuó su curso, por una vez y curiosamente, sin más exigencias.

—Vi cómo la observaba, vi su mirada. Con una mezcla de ira y de deseo. Y vi que se percató de que se marchaba. Y vi que él y sus colegas partían justo después. Por alguna razón, me di cuenta de todo eso. De que se iba sola. De que estaba muy oscuro y de que aquella pandilla de tíos tan desagradables se fue detrás. Me quedé en el jardín bastante rato, yo sola. Sé que me quedé un buen rato. No era capaz de entrar otra vez.

Las lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas y ni siquiera se molestó en secárselas.

—Sé que suena ridículo, Christian, pero sentí el mal flotando en el aire. Intuí algo, pero no sabía ni qué era ni qué hacer para evitarlo. Así que me quedé allí y recuerdo que empezó a nevar y que tenía un frío espantoso. Oí tocar al grupo en el piso de arriba, una canción tras otra, y nadie más abandonó la fiesta mientras yo estuve allí fuera, nadie salvo aquellos tres tíos. La chica habría podido llegar a la carretera entre tanto, ¿comprendes?

Tell asintió. Comprendía adonde quería llegar Seja. Muy despacio, extendió el brazo y le secó las lágrimas de la mejilla. Ella dio un respingo al sentir su mano y lo miró con los ojos anegados en llanto. Las pestañas se le habían pegado unas a otras y le pareció que lo observaba con leve sorpresa, como si, de repente, hubiese vuelto a la realidad y se preguntase qué hacía él allí, con un retazo de su vida en el regazo. Era evidente que no se sentía orgullosa de aquella historia.

Una vez más, se le quebró la voz y rompió a llorar.

—Pasara lo que pasara aquella noche, tú no habrías podido impedirlo —le dijo él con dulzura, haciendo caso omiso de sus movimientos de cabeza, con los que pretendía subrayar su culpa una vez más—. Y aunque ahora tengas la impresión de que presentiste algo, comprenderás que son construcciones a posteriori. ¿Cómo ibas tú a saberlo? Y aun habiéndolo sabido... sólo tenías diecisiete años, ni siquiera eras

mayor de edad. Es habitual: cuando se comete un delito, la culpa salpica a las personas que se hallaban cerca, pero es un error. Tú no eres responsable de nada. Los únicos culpables son aquellos tres hombres. Porque eran tres, ¿no?

Tell hablaba sin dejar de buscar febrilmente el modo de hilvanar las dos historias. Por más que intuyese cuál sería la respuesta, tenía que formular las preguntas. ¿Conocía Seja a esos hombres? ¿Qué edad cree que tenían? ¿Qué recordaba de ellos?

—Pues eso es, que lo recuerdo todo hasta el mínimo detalle. Uno de los tres estaba enfadado, quería irse y apremiaba a los otros dos para que lo acompañasen.

En un gesto de suma resignación, dejó caer sobre las rodillas las manos abiertas y con las palmas hacia arriba, hasta que al fin le reveló lo que la había atormentado durante los últimos días.

—En un momento dado, justo antes de que se marcharan, aquel tío de mierda se dirigió a uno de los otros por su nombre y su apellido, como para llamar bien su atención. Lo llamó Thomas Edell. «Thomas Edell, ven aquí ahora mismo, me cago en...». Debió de oírlo más gente, pero, que yo sepa, nadie se lo dijo a la policía después... Yo... Antes lo había llamado por el apodo: Rävén, o Vargen, no sé. Ni sé por qué se me quedó grabado aquello. Al final, él y el otro colega tuvieron que llevar a Edell hasta el coche casi en brazos.

Tell se vio obligado a tomar aire y sólo entonces se percató de que había estado conteniendo la respiración.

—Seja, escúchame. ¿Reconocerías al amigo si lo vieras?

Ella lo miró atónita. De pronto comprendió que la confesión podía tener consecuencias más directas, aparte del alivio que había supuesto para ella. Reflexionó un instante, antes de responder:

—Creo que sí. Quiero decir que, claro, hace mucho tiempo, pero me di cuenta enseguida de que el hombre asesinado en la explanada del taller no era Thomas Edell, pese a que estaba todo lleno de sangre y... No creo que lo hubiera confundido. Aunque no he sido consciente de ello, su cara ha permanecido grabada en mi memoria durante más de diez años.

## Capítulo 49

El abonado no estaba disponible. Hacía casi un año y medio desde que le dieron el número de teléfono anotado en el reverso de una foto de los dos hijos de aquella mujer. Dagny se empeñaba en tener la foto sobre el piano, como si se tratase de los hijos de Sven, algo de lo que enorgullecerse.

Él había incorporado el número al listín de teléfonos de color negro que ahora tenía sobre la mesita. La única toma de teléfono de la casa estaba en el vestíbulo, el corazón de la planta baja, por lo que se vio obligado a esperar a que Dagny se echara a descansar hacia media tarde o se fuese a dormir por la noche para probar el número. Cada vez que lo intentaba, se topaba con la misma voz impersonal de mujer que le aseguraba que su hijo, o mejor dicho, que el abonado, no estaba disponible en esos momentos.

No se le ocultaba el hecho de que su hijo habría dado un número de teléfono falso, para evitar tener que elegir entre dos males, a cuál mayor: arriesgarse a que su padre o su madre lo llamasen cuando menos lo esperaba o negarse a darles su número de teléfono.

Bertil Molin era bastante realista, mucho más que su mujer. Jamás se rebajaría hasta el punto de fingir que mantenía una buena relación con su hijo, como hacía Dagny, que, a la desesperada, se aferraba a medias verdades cuyo único objetivo era sentirse un poco menos fracasada. Pero claro, las mujeres eran diferentes. Estaban hechas de otra pasta.

Por lo demás, era una característica de la familia formularse la pregunta: «¿Y en esto quedó todo?». Según Bertil Molin, saber enfrentarse a la verdad cara a cara denotaba fortaleza. Y reconocer que uno había llevado una existencia que no satisfacía del todo las expectativas. Era buena idea adelantarse a la amargura que, de lo contrario, le sobreviniera a uno de improviso. Nadie se burlaba de un niño obeso que se reía de su sobrepeso, eso ya lo sabía él desde pequeño. Nadie podía leerle la cartilla a una persona que se resignaba a su suerte.

Dagny, en cambio, era distinta, ella siempre le daba mucha importancia a todo lo relacionado con su hijo. Ante todo el que llegaba a casa alardeaba de la china o tailandesa o lo que fuera.

Resopló de desprecio ante la idea. Ni siquiera habían visto a la mujer con la que su hijo se había casado hacía ya cinco años. Ni siquiera sabían su nombre. Ciertamente que Sven lo había mencionado durante alguna de las escasas conversaciones telefónicas. O quizá no. Bertil Molin era consciente de que la decepción que él sentía con respecto a su hijo era mutua. De modo que, en el caso de que Sven hubiese mencionado el nombre de su esposa, él lo había borrado de su memoria.

Lo único que sabía era que su hijo había cogido un avión rumbo a un país

subdesarrollado, con una fotografía borrosa en la maleta, con la intención de comprarse una esposa en un lugar donde la gente era tan pobre que se comerciaba con ella. Y eso era cuanto Bertil necesitaba saber de ella. Estaba convencido de que no tenía nada que ofrecerle a Sven, salvo la falta de orgullo tan apropiada cuando, como un animal, se dejó transportar por medio mundo junto con sus dos bastardos para consentir en ser una mantenida siempre vigilada con curiosidad en el pequeño pueblo de Mølnebo en el que vivía Sven. Y de paso, para destruir su buena reputación. Y no es que él supiera mucho de la reputación de Sven. El abonado seguía sin estar disponible. Volvió a colgar el auricular, con cuidado de no despertar a Dagny. Aunque no creía que existiese tal riesgo: su esposa estaba de cara al respaldo del sofá y su respiración acompasada había derivado en puros ronquidos. Seguiría durmiendo un buen rato, lo que significaba que podía esperar quince minutos y volver a intentarlo. Era lo único que podía hacer, pensó.

Algo le decía que, si no lograba localizar a Sven en las próximas horas, llegaría el día en que lamentase profundamente no haber hecho algo más, no haber ignorado lo poco fiable que era su corazón y su visión algo borrosa y haber cogido el coche para plantarse en Mølnebo y hablar con él cara a cara. Y contarle la noticia que había leído en el periódico y la desazón que había sembrado entre la vecindad. Ponerlo sobre aviso, en otras palabras.

Se acercó de puntillas a la ventana y miró por entre las cortinas de encaje, por encima del techo del viejo Renault y más allá, hacia la granja de los Edell.

Había luz en el piso de arriba. Lise-Lott había vuelto a casa.

## Capítulo 50

1999

Más adelante resultaría difícil dar cuenta del desarrollo de los acontecimientos. Si alguien le hubiese preguntado a Solveig seis meses después de que Sebastian empezase a dormir en el sofá y Caroline se hubiese trasladado a su habitación, habría respondido con evasivas, algo así como que, sencillamente, un día apareció allí, en el rellano, con su abrigo y su sombrero, y que terminó quedándose. Ocupó un espacio en el oscuro apartamento de sucios rincones para instalarse de forma definitiva, dicho esto en sentido positivo y, en realidad, citando las palabras de Caroline aquella primera noche en el vestidor ya convertido en memorial: «Me instalo aquí. No soy una traidora». Eso dijo, poco después de que Solveig dijese algo así como: «No te vayas, no nos dejes aquí sin nada más que este dolor paralizante». De este modo, permitió que la extraña restañase las heridas.

El que Caroline se quedara resultó una bendición. Al principio fue una suerte de tregua, un periodo en que Solveig y Sebastian se libraron de buscar un modo de relacionarse a la sombra del delito.

Más tarde, Sebastian comprendería que Caroline se había propuesto salvar la vida de My del olvido del que temía hacerse responsable Solveig. Ya barruntaba el riesgo inminente de olvidar los gestos exactos y las facciones de My, de sustituirlos por los suyos para, finalmente, no saber qué pertenecía a quién.

Caroline había amado a My del único modo que My merecía ser amada: de un modo limpio, elevado e impecable, igual que el que a ella le inspiraba su hija, después de su muerte. Así se sentía más noble, en cierta manera. A lo largo de su vida, había sufrido verdaderos ataques de celos extenuantes cuando el destinatario del amor era una persona distinta de ella, incluso aunque fuesen sus propios hijos.

También consiguió racionalizar la repugnancia que le inspiraba la relación sexual que Caroline parecía haber mantenido con My, gracias a su dilatada experiencia a la hora de inhibir verdades incómodas. Caroline tenía una faceta de mujer dura y Solveig intuía en su mirada una rabia fría y concentrada. La punta del iceberg. Jamás se opondría a Caroline. En tiempos de penuria era preciso elegir qué batallas pelear, se decía, y darle prioridad a las actitudes más ventajosas. En aquellos momentos, Caroline la ayudaba a sobrevivir actuando como un filtro para su dolor. Hablaba de My y escuchaba a Solveig cuando ésta hablaba de My.

Caroline se había percatado de todas las peculiaridades de My que Solveig había considerado detectables sólo por una madre: su modo de llevarse la yema de los dedos a los labios cuando reía; cómo ladeaba la cabeza cuando se ponía nerviosa; la cantidad asombrosa de dichos ridículos que conocía y que no encajaban en absoluto con su personalidad y cómo se avergonzaba levemente después de dejar caer alguno

de ellos sin darse cuenta.

My era el centro de su relación, y la habitación decorada en su memoria, el centro de donde partía toda indagación retrospectiva o prospectiva. Y lo seguía siendo pese a que todos los orientadores, psicólogos y médicos ya habían empezado a darse por vencidos ante la pena de Solveig: «Solveig, mujer, ya han pasado más de tres años. Debes intentar seguir adelante, enterrar definitivamente a tu hija y empezar a mirar al futuro». A aquellas alturas, la plataforma común de Caroline y Solveig era tan estable que los consejos de los profesionales le resultaban más indiferentes que nunca.

Ella y Caroline se apartaban del mundo, independientes y fuertes en su convicción, cada vez más firme. De la culpa que Solveig había depositado en los hombros de Sebastian surgía la certeza de que a My le había ocurrido algo terrible, de que sus últimos minutos de vida habían sido de un terror sin paliativos. Y por más que Sebastian fuese culpable de que ella hubiese debido enfrentarse sola a su asesino, no fue él quien dejó caer la piedra en su cabeza. Fue otra persona quien lo hizo. Otra persona que aún no había recibido ningún castigo.

—Pienso averiguar quién fue el culpable —dijo Caroline, con la cabeza de Solveig entre sus manos—. Tenlo por seguro. Pero necesito que Sebastian me ayude.

—¿Sebastian? —preguntó Solveig desconcertada.

En aquel momento, habría aceptado cualquier cosa. La cara de Solveig, hasta ahora helada, empezaba a calentarse con la vaga corriente eléctrica que le llegaba desde las manos de Caroline. En sus ojos oscuros acababa de atisbar a My. My se movía en el iris de Caroline.

—Sí, necesito que me asista con su... llamémoslo «conocimiento del entorno local».

La misma noche que Caroline obtuvo la aprobación de Solveig para investigar lo que de verdad ocurrió aquella noche de diciembre, encontraron a Sebastian en el suelo del cuarto de baño, con cortes en ambas muñecas.

El muchacho estaba exhausto y aunque en el hospital de Borås comprobaron unas horas después que las heridas no eran muy profundas, decidieron dejarlo allí en observación unos días.

Además, en los casos de intento de suicidio, se imponía una charla con una terapeuta.

\* \* \*

—Sebastian, ha venido tu chica.

La enfermera que asomó la cabeza por la puerta le dedicó un guiño forzado acompañado de una sonrisa burlona.

—¿Mi chica? —preguntó Sebastian vacilante, con la voz aún débil.

—¡Sí! Es muy... —la insolente joven buscaba la expresión adecuada—. Bueno, inspira mucho respeto —dijo al fin.

Sebastian comprendió que era Caroline quien esperaba que le dieran permiso para entrar, pues se encontraba en una sección de acceso restringido para las visitas. Sintió un nudo en el estómago. Como en tantas otras ocasiones, cayó en la cuenta de que lo ignoraba todo de Caroline. Jamás hablaba de sí misma, más que con breves frases a menudo contradictorias, de modo que carecía de historia, de perfil. Cuando Sebastian intentaba recrear mentalmente su estampa, sólo conseguía una imagen difusa que podía corresponder a cualquiera, como si perteneciese a un sueño cuyo recuerdo empieza a palidecer en la vigilia. En esos momentos, dudaba incluso de que existiese en la realidad. ¿Sería acaso un producto de la imaginación de su madre y la suya propia?

Había visto una película de Bruce Willis en la que aparecía un fantasma y todo quedaba helado. Sebastian intuía la presencia de Caroline en forma de una fría ráfaga en la nuca, incluso antes de verla. Procuraba convencerse de que aquello era ridículo y, aun así, hacía lo posible por no quedarse a solas con ella.

Caroline siempre cambiaba de apariencia, pero no como la gente suele hacerlo, con otro estilo de ropa o con un nuevo peinado, qué va. Lo más desconcertante de ella era su capacidad para cambiar de piel y adquirir una apariencia totalmente distinta. De un día para otro, Sebastian se encontraba con una persona diferente en la cocina, por la mañana. Incluso el tono de voz, el acento y la forma de la cara eran otros. Podía ser tierna, como la madre que Solveig nunca fue. Podía ser de un rubio pálido y andar encorvada y compadecerse de sí misma de forma angustiada, en contraste con el carácter dominante de que solía hacer gala. Pero Sebastian no se dejaba engañar y en ningún momento dudó de que Caroline fuese capaz de matarlo con una mirada si se lo proponía.

Solveig no parecía cuestionarse nunca la personalidad cambiante de Caroline, quizá ni siquiera la notase. Tal vez su madre estuviese aliada con todas las personalidades de Caroline.

Jamás creyó que llegaría a añorar a la antigua Solveig. Y sin embargo, así era. Su madre se retiraba cada vez más lejos de él y más cerca de la red de la intrusa. Atrapada en el centro de la tela de araña, parecía incapaz de ver. Sebastian estaba convencido de ello: Solveig jamás lograría liberarse de Caroline, mientras ésta viviese. Y lo sentía por Solveig como lo sentía por sí mismo y su sensación de aislamiento. Rara vez se había sentido tan solo en la vida.

No se admitían visitas sin el consentimiento del paciente, pero él no se habría atrevido a negarle nada a Caroline.

—Está bien —dijo con un gesto indefinido e impasible hacia la puerta. Como *El padrino*, aunque, en la cama del hospital, se sentía cualquier cosa menos un patriarca.

Ni siquiera comprendía qué hacía allí, como si las sábanas del hospital, lavadas y planchadas hasta la saciedad, pudiesen eliminar la triste razón por la que lo habían encamado.

Lo que recordaba muy bien después de haberse hecho los cortes era la mugre que había entre las baldosas, vistas de cerca. Las capas amarillentas de restos de piel acumuladas en las juntas, desde hacía años, tan cerca de su cara en la esquina donde estaba tendido pensando en la expresión «la vida se me escapa».

Se dijo que era como justo antes de dormirse: el cuerpo se vuelve más pesado y más ligero a la vez. Lo engullía un torbellino de colores intensos que giraban cada vez más rápido, hasta que perdía las nociones de tiempo y de espacio y todo resultaba fascinante y solemne antes de volverse negro, cuando alcanzó a pensar: «Ahora me muero».

Según el médico, su asociación al sueño era correcta: seguramente se durmió allí mismo, en el suelo. Puesto que la sangre se coaguló en las heridas, su vida no llegó a correr peligro.

Le habría gustado que existiese un modo de evitar que Caroline y Solveig se enterasen de que ni siquiera había logrado correr el menor riesgo de morir él también, pese a que ése era el objetivo de su empresa. Y en lugar de morir, se despertó en una ambulancia con las sirenas a todo trapo, con un enfermero a un lado de la camilla y Solveig al otro.

Por extraño que pudiera parecer, no recordaba lo que había pensado antes, si realmente deseaba morir. De ahí que no sintiese ni alivio ni decepción, sólo una indiferencia inmensa. A fin de no tener que esforzarse por mostrar ningún tipo de reacción, continuó con los ojos cerrados y dejó que su madre le agarrase la mano entre las suyas, frías y húmedas.

Se oyó un ruido procedente del pasillo poco antes de que la puerta se abriese con un sonido sordo.

—Eh, hola...

De forma inconsciente, había centrado la vista en la puerta entreabierta desde que la enfermera le anunció la llegada de la visita, de ahí que no fuese el sonido de su voz lo que lo sorprendió. Ni tampoco su aspecto, aunque había cambiado durante los últimos días.

Lo que le extrañó fue el modo en que lo miraba, de una forma del todo distinta. Vio que llevaba los ojos muy maquillados de azul, verde y brillantina. El lápiz de labios olía a grasa y era pringoso como un caramelo.

—Apenas te reconozco —le dijo señalando su melena, que le caía sobre los hombros en una cascada de rizos de color castaño oscuro—. ¿Es una peluca?

—No...

Caroline sonrió y se inclinó para enseñarle el medio centímetro de keratina con



que llevaba pegadas las extensiones a su corto cabello.

—Es una forma más elegante de postizo.

Parecía que se le hubiese congelado la sonrisa en la cara y eso lo intimidaba. Caroline era la aliada de su madre. Aunque hacía ya tiempo que constituía una parte natural pero desagradable de su día a día, no tenía la menor relación con ella. Antes al contrario, se sentía claramente fuera del núcleo cuyo centro era su hermana. Ninguno de ellos aludía al motivo de tal exclusión, pese a que todos lo vivían y lo respiraban bajo el mismo techo.

Solveig siempre había sido de la opinión de que él habría podido evitar la muerte de My. El único motivo por el que no lo acusaba en voz alta era porque sabía que no hacía falta, ya que él no tardó en acusarse a sí mismo.

No correspondió a la sonrisa de Caroline, aún se regía por las directrices de la adolescencia y el descontento era la expresión comodín, la que siempre adoptaba cuando no le afluía a la cara otra de un modo natural.

Ella acercó la silla a la cama y se inclinó. Sebastian atisbó sus senos por el escote de la blusa. Constató con asombro que experimentaba la misma mezcla de excitación, repulsión y vergüenza que lo había invadido en las escasas ocasiones en que, por casualidad, había visto el cuerpo desnudo de My. No hubo de hacer un gran esfuerzo para identificar el perfume: era el de su hermana.

Caroline lo asustaba, pero no pudo detener la rabia que le hervía por dentro.

—Llevas la colonia de My.

La miró con encono, y ella le devolvió una mirada que hizo girar la habitación entera. En lugar de responder, extendió los brazos sobre el edredón ejerciendo una presión inconfundible que le provocó un cosquilleo en los muslos. Contuvo la respiración, pero se negó a bajar la mirada.

Caroline pronunció su nombre muy despacio, subrayando cada sílaba.

—¿Sabes? En el otro extremo del planeta hay una tribu cuyos miembros son muy religiosos y viven en completo aislamiento. Los adolescentes se someten a un rito especial para convertirse en hombres: se hacen cortes en brazos y piernas y se embadurnan con la sangre. Tiene algo que ver con el reconocimiento de haber pecado, algo así como los mártires del cristianismo, más o menos. Después, el joven debe retirarse a una cueva que las ancianas de la tribu han preparado con anterioridad. En ella han quemado previamente ramas de un arbusto que despide un olor muy intenso. No recuerdo cómo se llama, pero creo que se parece a nuestro enebro. Y allí ha de permanecer, tendido en un lecho de hojas, durante tres días y tres noches. A veces, el joven se ha provocado cortes demasiado profundos y se desangra. Los dioses han visto su valor y lo han llamado a su morada, desean tenerlo consigo cuanto antes, piensan los mayores de la tribu. Pero, por lo general, los muchachos sobreviven y regresan al poblado una vez cumplidos los tres días y con las heridas ya convertidas

en cicatrices como serpientes largas y oscuras por todo su cuerpo. Cuanto más sobresalga la cicatriz, mayor será el estatus del nuevo hombre. Son una prueba de su valentía. Y de que ha aprendido algo importante, de que ha comprendido y asumido su culpa y está dispuesto a dedicar el resto de su vida a pagarla.

El calor que despedía el cuerpo inclinado de Caroline terminó por adormecerle las piernas. El sudor le empezó a correr por la frente y las axilas.

Un soplo de su aliento le llegó a la nariz, olía dulce y agrio a un tiempo y sintió deseos de retirarse, de acercarse...

—No me creo que exista una tribu así —le respondió con un hilo de voz. En la boca de Caroline se perfiló una sonrisa que arrancó un destello de sus labios.

Deseaba mantener su opinión y decirle que su profe de historia le había dicho que la paranoia de la culpa y el martirio era cosa de las religiones occidentales, pero no le llegaba el aire a los pulmones ni le salía la voz del cuerpo. Ella pesaba demasiado y su mirada le quemaba demasiado, como el fuego, y el miedo le hacía enmudecer. Justo cuando pensaba que iba a desmayarse por falta de oxígeno, Caroline se apartó, pero pasando las manos muy despacio por las sábanas. Besó el fino labio reseco de Sebastian con los suyos, húmedos y carnosos, y chupó fuerte. El dolor le cruzó las vértebras como un rayo: le había mordido. Sebastian estalló en movimientos convulsos, agarrándose las piernas flexionadas con los brazos, como para formar un muro protector en torno a su cuerpo.

Caroline dio un paso atrás con una mezcla de compasión y desprecio, una especie de ternura que, al parecer, Sebastian había despertado en ella con la vergüenza de sus lágrimas.

Le acarició la mejilla húmeda con las yemas de los dedos.

—Cuando vuelvas a casa, podrás recuperar tu habitación.

## Capítulo 51

2007

El perro correteaba alrededor de sus piernas con un lamento chillón nada propio de un terranova gigantesco. Después de tropezar con él varias veces, le propinó una patada certera que consiguió que el animal se apartase de su enfurecido dueño. Sven neutralizó un atisbo de cargo de conciencia, pues tenía otras cosas en las que pensar.

En condiciones normales, ambos apreciaban el lento ritual en que consistía dar de comer a los visones. Después de tantos años de vida en solitario, Sven había adquirido la costumbre de hablar con sus perros. *Albert* era su tercer terranova. Por lo general no llegaban a viejos, ésa era la desventaja de tener perros tan grandes, que las articulaciones de las caderas se debilitaban y el animal se convertía en un paradigma de ser dolorido que perdía la dignidad. En dos ocasiones había tenido que llevar a un animal detrás de la casa, escopeta en mano. No era muy agradable, pero sí más humano que dejar que el perro siguiera sufriendo.

Vio por la ventana que había amainado el viento, pues no se movían las copas de los abetos.

Dos figuras con anoraks rojos demasiado grandes y mochilas a juego aparecieron ante la vivienda. Hacían señas con la mano hacia algo que había más allá de la carretera. El viejo Saab de Eriksson giró y se detuvo ante ellos, para desaparecer enseguida.

Cada tres días, Sven recogía por la mañana a los hijos de los Eriksson y a los de Kajsa. Y dejaba a toda la tropa delante de la valla de la escuela. Luego volvía a buscarlos a las tres. Lo llamaban racionalización. Él no solía estar de buen humor cuando le tocaba hacer de autobús escolar. Por lo general, cuando los niños se subían en el asiento trasero del coche, a Sven no se le oía más que un gruñido a modo de saludo.

También ellos solían guardar un extraño silencio durante el viaje. Sven no tenía más experiencia con los niños que los dos que se hubo de tragar al casarse con Lee, pero desde luego, sabía de sobra que los niños acostumbraban a gritar y a armar jaleo. Bueno, como quiera que fuese, él se alegraba de no haberlos tenido.

Lo irritaba que Lee no hubiese aprendido a conducir. Unas veces más enfadado que otras, él le había explicado que el carné de conducir era imprescindible cuando, como en su caso, se vivía tan lejos del centro y no se contaba con un buen transporte colectivo.

Lee. Unos años atrás, cuando Sven comprendió que necesitaba una mujer en su vida, lo hizo pensando ante todo en la comida y la limpieza. Y el amor, claro, él no era un cenutrio; pero ante todo, deseaba no tener que ocuparse de las tareas domésticas, que tampoco eran cosa de hombres. La alternativa, pagar para que

alguien le hiciera el trabajo, costaba un dinero que él no tenía.

Su casa jamás había estado tan limpia. Eso no podía negárselo. Y ella nunca se quejó de sus tareas como solían hacer las suecas y, en especial, aquellas que pretendían que el feminismo les explicase por qué estaban insatisfechas consigo mismas y con sus vidas. Se las había visto con esa clase de mujeres. El que antes hubiese elegido vivir solo no significaba que no hubiese tenido experiencias con el sexo contrario.

No. Él se puso en contacto con aquella agencia que, una vez cumplimentados todos los impresos, le procuró a Lee, no porque careciese de competencia social y no lograrse entablar una relación con una mujer sueca. No carecía de gusto y, ante todo, era un partido interesante, al ser propietario de un negocio rentable, aunque con la maldita manía de la gente por defender los derechos de los animales, la granja de visones funcionaba más bien gracias a las subvenciones estatales.

No le habría costado mucho trabajo conseguir que una mujer del pueblo empezase a abrigar la idea de un futuro romántico a base de comida casera y huerta de especias y alentarla hasta que hubiese estado dispuesta a casarse con el demonio en persona para hacer que se cumpliera el sueño. Pero conseguir una mujer capaz de remangarse y encargarse del trabajo cotidiano, incluso cuando la vida en el campo se hacía más dura y tediosa, sin ponerse a discutir temas como el de la igualdad y la realización de la persona... eso era mucho más difícil.

Anduvo dándole vueltas a la idea un par de años, después de que decidiera comenzar de nuevo y comprarse la granja. Fue casualidad que la encontrase en Tailandia. Y, para ser sincero, también la elección de Lee fue fruto del azar. Los catálogos incluían a miles de mujeres esperanzadas, de todas las edades. Él se concentró ante todo en las jóvenes, pero no en las más jóvenes, pues sospechaba que aún tendrían los ojos velados por sus sueños. Y un buen día podían empezar a pensar que la realidad no satisfacía sus expectativas. Las de más edad, se decía Sven, habrían aprendido la lección de la dura escuela de la vida y sabrían que los sueños rara vez se cumplen. En efecto, él quería que le echaran una mano en el día a día, no montar un club de discusión permanente con alguien que se compadeciese de sí misma ni que le dijese a él lo que tenía que hacer.

De modo que estaba satisfecho con Lee en muchos sentidos, pese a que ella era muy sagaz y le ocultó la existencia de sus dos hijos hasta que tuvieron reservado el día de la boda, la documentación lista y los billetes de vuelta a Suecia pagados en la agencia. Y entonces, cuando ya lo tenía atrapado, dejó caer la bomba de los dos huérfanos de padre que tenía en el campo, compartiendo un minúsculo espacio con su abuela.

—Pues allí se pueden quedar —le había dicho él en un primer momento, llevado por la ira. Nada detestaba tanto como que lo engañaran y utilizaran—. O lo dejamos y

punto.

Ella se echó a llorar en la habitación del hotel. Se arrojó sobre la moqueta ajada y se aferró a los bajos de sus pantalones como una desquiciada gritando de tal modo que el propietario del hotel fue a llamar a su puerta temeroso de que estuviesen matando a alguien en su establecimiento.

Deambuló por el tumulto repugnante de comercios y pestilencia que era Bangkok durante toda la tarde y la mayor parte de la noche. Anduvo calle arriba y calle abajo, hasta que la ira empezó a disiparse y dio paso a una sobria constatación: había invertido mucho dinero en aquel proyecto y no pensaba regresar a casa con las manos vacías.

Volver a empezar todo el proceso supondría otro dispendio considerable. No existía garantía alguna de que fuese a encontrar a otra mujer que encajase tan bien con sus deseos. Ni siquiera quedándose otros dos meses en Bangkok, lo que, naturalmente, tampoco podía permitirse, puesto que los honorarios de la agencia serían su ruina. Además, no tenía fuerzas para otra ronda de fiestas organizadas y de citas interminables en restaurantes de mala muerte. Sobre todo, cuando todas las mujeres presentaban a sus ojos un parecido desconcertante —como solía ocurrir con los asiáticos— y las limitaciones lingüísticas le impedían cualquier intento de comunicación en profundidad.

De modo que a la mañana siguiente volvió a la habitación del hotel temiendo que Lee hubiese cogido sus cosas y se hubiese largado; que hubiese reconocido su error y hubiese regresado con su abuela, sus hijos y a su pueblo, cuyo nombre él ignoraba. O, en el peor de los casos, que hubiese vuelto a la agencia para intentar conseguir a otro occidental que le procurase felicidad y bienestar. Cuando metió la tarjeta en la ranura de la puerta, se esperaba la visión de la blanda cama de hotel vacía, bien hecha con su colcha de peluche marrón claro no demasiado desgastada.

No obstante, a la luz que se filtraba por entre las burdas cortinas moteadas vio su cuerpo bajo las sábanas. Un nudo de lo que sólo podía calificarse de agradecimiento se le formó inesperadamente en la garganta. No amor, claro, para eso aún era pronto. «Lealtad», pensó mientras la miraba desde la puerta. Y desde luego, un matrimonio funcionaba a base de lealtad.

Alquilaron un coche y fueron a buscar a los dos tímidos retoños. Un niño y una niña, ambos mudos como ratones, de cuerpos escuálidos y morenos y el pelo como un casco reluciente sobre la cabeza.

Tal y como esperaba, la casa era pobre, húmeda y desastrosa y la vieja abuela de Lee le sirvió un té, pero se negó a mirarlo a los ojos. Cuando por fin iban a marcharse, la anciana le tomó las manos entre las suyas, arrugadas y temblorosas y lloró amargamente. De su boca desdentada surgió una retahíla de palabras sin orden ni concierto y Sven deseó que la mujer con la que acababa de casarse interviniese

para salvarlo de tan embarazosa situación, pero Lee permaneció impassible, reacia a salvar a nadie.

Él terminó por retirar las manos y fue a sentarse en el coche mientras Lee y los niños se despedían de la anciana. Una manada de gente anónima se había arremolinado ya ante la vieja choza donde vivía la abuela. Sven se sintió muy incómodo, no sólo por la sensación cierta de estar claramente excluido de su mundo, sino también porque, con la misma certidumbre, sentía el reproche que manaba de las ranuras que eran sus ojos. Y a veces creía ver el mismo reproche en los ojos de Lee.

Desde luego que lo irritaba que no hubiese aprendido a conducir.

—Lo pago yo. *I pay the carschool* —solía decirle en su penoso inglés. Los primeros meses los llevaba a ella y a los niños de un sitio a otro, como si no hubiese tenido otra cosa que hacer—. Pero has de practicar. Yo te enseñaré.

Y la reticencia de Lee cuando él, medio en broma, la obligaba a sentarse en el asiento del conductor y soltaba el freno de mano. Eso también lo irritaba. Notaba el miedo que empañaba su semblante cuando el motor se ponía en marcha, pero consideraba que se trataba de una inseguridad pasajera que remitiría con el tiempo, en cuanto aprendiera a manejar el vehículo.

Sin embargo, no fue así. Lee era un verdadero desastre para conducir. Carecía de la capacidad de hacer varias cosas simultáneamente, como si no tuviese noción alguna del vínculo existente entre causa y efecto. Como si el coche fuese un ser que actuase por voluntad propia, con independencia de lo que ella hiciera con las manos y con los pies. Y ante todo, Lee era presa de un miedo que no se atenuó después de que se le desviase el coche hasta la cuneta cerca del garaje de Carlsson: soltó el volante, se tapó los ojos con el brazo y pisó el acelerador.

Carlsson tuvo que sacar el coche con el tractor. Muerto de risa, aunque Sven no hallaba la situación nada cómica.

—Todo el mundo puede aprender a conducir —le dijo. Y lo dijo con la intención de animarla, aunque no sin un fondo de aspereza—. Si aprenden los niños de dieciséis años, ¿por qué no eres capaz de hacerlo tú?

Aquella fue la única ocasión en que Lee alzó la voz. Lo miró con encono y le dijo «*no more drive, understan*», en aquella lengua suya tan particular, peor aún que el inglés de Sven. Él abrió la boca dispuesto a responder, pero ella lo calló con una especie de silbido y, con los dientes apretados y articulando de forma exagerada, reiteró: «*Understan*». Y así se zanjó la cuestión.

A partir de ahí, dejó de mencionarse el asunto. Y Lee cogía a los niños y emprendía el largo trecho hasta la parada de autobús más próxima. Acarreaba las bolsas de la compra por el polvoriento camino de gravilla o los llevaba en una carretilla que encontró en un trastero del cobertizo. Ofrecían un espectáculo por completo desolador: tres aves extrañas de ojos oblicuos, cabellos relucientes y

cuerpos escuálidos empujando la carretilla roja por la gravilla escarchada, un kilómetro tras otro, con el estoicismo plasmado en el semblante. Sven tuvo que esforzarse para no ceder.

Finalmente, a fin de evitar las críticas de los vecinos, volvió a llevarlos en coche al supermercado Hemköp dos veces por semana, aunque lo irritaba sobremanera.

*Albert* expuso al mundo entero su barriga peluda y pecosa en mitad de la cuesta. Sven se acuclilló y le rascó la tripa, gesto que el animal apreció enormemente. Cuando Lee abrió la puerta del porche y cruzó la explanada de césped hasta el tendedero, le dedicó la misma atención que le habría brindado a una mosca en el suelo de la cocina.

Lee iba a sacudir la gran alfombra de la sala de estar, cuyo peso le vencía la espalda. Apenas sobrepasaba en altura a los dos pequeños a quienes acababa de despedir.

Como de costumbre, Sven se alegró de quedarse solo con Lee en la casa. Y no porque hablasen mucho, porque echasen un polvo en la sala de estar o por cualquier otra cosa que impidiese la presencia de los pequeños. Por lo general, se movían silenciosos en mundos paralelos, ella dentro de la casa y él, fuera; pero resultaba agradable. Ellos eran dos adultos con tareas completamente definidas que realizar. Desde que se despertaban por la mañana, sabían qué les depararía el día.

A aquellas alturas, Sven debería haberse habituado a los niños y, pese a todo, aún lo ponían algo nervioso. No porque fuesen especialmente impredecibles, ¡qué va! Estaban demasiado bien educados. Era más bien el autocontrol de los pequeños lo que lo hacía sentirse incómodo. Como si, tras la máscara de timidez, debiesen existir pensamientos e impulsos que, por alguna razón, necesitaban esconder. A veces oía sus risitas al otro lado de la puerta de su dormitorio, a última hora de la tarde. Sven les había acondicionado la habitación del desván para que no molestaran con sus juegos.

En esos momentos, estaba convencido de que se reían de él. En alguna ocasión abrió la puerta con tal violencia que los flequillos de los pequeños se levantaron dejando al descubierto dos frentes altas y oscuras. Se quedaba allí, mirando, avergonzado, sin saber en qué tropelía esperaba sorprenderlos. Ellos lo recibían con mirada serena e inquisitiva, reduciéndolo...

Dejó los cubos en el suelo y se obligó a respirar hondo, desde el estómago: estaba hecho una ruina. La única estrategia válida contra los nervios era convencerse de que nada importaba lo más mínimo. En cierto modo, era una gran verdad.

En el frigorífico tenía un paquete de seis latas de cerveza. Sopesó seriamente no dar de comer a los visones y dejarse caer en el sofá con unas cervezas, justo teniendo en cuenta que todo carecía de la menor importancia, que todo terminaría por descubrirse. Y en el peor de los casos, a él le tocaría rendir cuentas.

Una mosca tardía se daba cabezazos una y otra vez contra el sucio cristal de la ventana. Temía que los zapatos se le quedasen incrustados en el cemento mientras le corría el sudor bajo el gorro.

Hizo un esfuerzo enorme y levantó los cubos llenos de forraje. También podía verlo de otro modo: ante la adversidad, las rutinas eran lo único a lo que uno podía aferrarse.

El sonido agudo del sacudidor de mimbre al azotar la alfombra, que rebotaba contra la pared de latón del cobertizo, le recordaba a los disparos de un revólver. Un hondo malestar le recorrió el cuerpo. Lee dejó descansar el brazo y el sonido cesó. Era tan bajita, que la mano de mimbre rozaba el suelo, como convertida en un bastón. De repente la vio envejecida, dolorida, como la anciana desdentada que le había presentado como su abuela. Sven jamás le había preguntado a Lee si creía que su abuela aún vivía.

Desde que habló con su padre hacía unos días, después de muchos meses sin el menor contacto, el miedo se había instalado en su vida: una preocupación recalcitrante que le carcomía el sistema nervioso y que, a ratos, se convertía en puro terror que enseguida se derivaba en una actividad física antes de volver a imponerse como una vaga sensación de malestar en el estómago. Al ver a Lee con el sacudidor, aquella sensación se le instaló en la garganta y, por un segundo de desconcierto, creyó que rompería a llorar.

Ella se quedó mirándolo, tan impotente como él.

«Por Dios, no permitas que nada te suceda», se dijo de pronto con el nudo aún más férreo en la garganta. Y fue entonces cuando adoptó la decisión. No había vuelta atrás. Al menos, si en algo apreciaba su vida.

Y curiosamente, acababa de comprender que, de hecho, sí la apreciaba.



## Capítulo 52

Los despachos de los colegas estaban vacíos. Sin embargo y pese a la hora, todas las puertas se veían abiertas de par en par y los ordenadores encendidos. Tell se encaminó con premura al lugar de donde procedían las voces.

Un espacio anejo a la cocina servía de sala de descanso para aquellos que no tenían ganas de usar el comedor de la comisaría. La puerta quedó bloqueada por la espalda de Bärneflod.

—¡Qué bien que hayas venido! —exclamó Beckman que, sentada en la encimera, removía una taza de chocolate caliente. Alguien había dejado un paquete de galletas en la mesa. Tell sintió que el hambre le destrozaba el estómago, no recordaba haber comido nada desde el desayuno. Extendió el brazo y cogió un puñado. Karlberg carraspeó justo cuando Tell se quitaba el abrigo.

—Intenté hablar contigo hace un rato.

Tell asintió con la boca llena.

—Creo que tienes el móvil sin batería.

«O apagado», podría haber añadido Tell, aunque calló, por no poner en peligro su reputación más de lo que ya lo había hecho. Terminó de masticar y se sirvió una taza de café.

—Puede que no pensara que mis viejos colegas iban a reunirse a estas horas de la tarde —dijo Tell con ligereza forzada—. Es evidente que he infravalorado vuestra dedicación. ¿Os parece que revisemos lo que tenemos? Quiero decir que, ya que estamos todos reunidos...

Abrió la ventana recurriendo al truco especial requerido desde que el administrador cambió todas las puertas y ventanas por otras que permitiesen insonorizar las oficinas y que, además, iban provistas de seguro para niños. «Con seguro para humanos», solía protestar Bärneflod.

—Hoy me habéis censurado, y con razón, debería añadir, porque no os hice partícipes de mis reflexiones acerca de nuestro caso del jeep. De modo que quizá deba aprovechar para hacerlo ahora. Lo cierto es que he estado investigando algo más aquel caso sin resolver que os comenté y...

—Yo acabo de entregar un informe sobre mi conversación con Susanne Jensen, la hermana mayor de Olof Bart —lo interrumpió Beckman—. Por eso intentábamos localizarte. Y a Gonzales, pero resulta que está en el transbordador de Fredrikshamn, de modo que no aparecerá, a menos que logre convencer al capitán de que dé media vuelta.

—¿Fredrikshamn? —exclamó Bärneflod con fingido pavor—. ¿Acaso no he dicho que quiero saber siempre con antelación cuándo alguno de vosotros va a tomar el transbordador para comprar alcohol? Le habría hecho un pedido.

—Vamos, hombre, ya apenas se ahorra nada con eso —intervino Karlberg—. ¡Deja de interrumpir! Bueno, Beckman, ¿y qué pasó?

—Pues que Susanne Jensen me esperaba en la recepción —prosiguió Beckman—. Yo ya iba camino de casa, pero preguntó por mí. Ya sabéis que hablé con ella el otro día en el albergue Klara. Entonces no me dijo una palabra, pero al parecer ahora ha decidido hablar. Me dijo que hacía unos años Olof y ella pillaron una borrachera fenomenal y que, ya de madrugada, se vino abajo y le contó algo de un homicidio en el que se había visto involucrado, el homicidio de una joven, acontecido en algún local de Hells Ångels o algo así. En Borås. Por error, vamos. Susanne no sabía si hubo violación o si fue un robo que se les escapó de las manos, puesto que su hermano se expresaba de forma inconexa e incoherente y a ella le pareció muy desagradable andar preguntándole. Supongo que ése es el caso sin resolver al que te refieres.

Tell asintió ansioso.

—Continúa.

—Bueno, no me dijo mucho más. Salvo que recordó el suceso cuando le pregunté si sabía de alguien que quisiera ver muerto a su hermano. Quería ayudarnos y pensó que, ahora que Olof estaba muerto, no le ocurriría nada si lo contaba.

—Vaya una drogata lúcida —observó Bärneflod.

—No recordaba si Olof mencionó cuándo se había cometido el delito. Tampoco recordaba cuándo se lo contó, pero si no habían tenido contacto en los últimos cinco o seis años, debe de hacer otros tantos, como mínimo. Dijo que desde que Olof se mudó a Kinna, sólo fue a verlo una vez, la misma que él aprovechó para desahogarse con aquella confesión —Beckman se apartó el flequillo de los ojos, con gesto meditabundo—. Y por lo demás, dice de Olof lo mismo que todo el mundo: que no resultaba fácil relacionarse con él. Era introvertido, algo arisco. Aunque la verdad, de ella se podría decir otro tanto. Claro que se le nota que la vida la ha tratado mal, aunque, en cierto modo, me gusta.

—Pero, Beckman, eso ya lo sabemos, mujer —intervino Bärneflod con una amplia sonrisa que dejó a la vista los empastes de su dentadura—. Ya sabemos que te gustan la mayoría de los drogadictos y de las putas y toda la mierda que venga. Me refiero a que, bueno, es que son dignos de lástima, ¿no?

—Cierra el pico.

Tell estaba inclinado sobre la mesa con las palmas de las manos pegadas al aglomerado, sin poder contener su curiosidad.

—En ese caso, la cuestión es...

—A: si estaba solo. No, Bart no estaba solo —lo interrumpió Beckman de nuevo—. B: si le dijo a su hermana quiénes fueron sus colaboradores; y C: si ella recuerda aún sus nombres. La respuesta es no, como cabía esperar. Pero estaba pensando que,

en cuanto terminemos aquí, me sentaré ante el ordenador a repasar todos los homicidios o casos de sospecha de homicidio sin resolver cometidos contra jóvenes adolescentes en la zona de Borås entre 1990 y 2000...

—No es necesario —Tell se enderezó tan rápido que su columna vertebral resonó con un ominoso crujido—. Mira el año 1995. El club de motoristas Evil Riders. La chica se llamaba My Granith. Tenemos una dirección.

Karlberg, Bärneflod y Beckman miraron a Tell como si fuese un ovni a punto de posarse despacio sobre la tierra.

—¿Tienes la dirección? —preguntó Beckman.

—Sí, donde vivía My Granith en 1992. Las posibilidades de que aún resida allí algún familiar suyo quizá no sean muchas, pero alguna hay. De no ser así, Beckman, te propongo que intentes localizar a algún pariente y que revises los documentos de la investigación de su caso. Por cierto, habla con Björkman, Borås es su territorio. En estos momentos, lo más importante es comprobar si podemos establecer alguna conexión entre Edell y la fiesta de motoristas y, ante todo, si podemos dar con algún tipo de registro de socios o algo parecido, para buscar en él al tercer cómplice. No tengo que decir que existe el riesgo de que su vida esté en peligro.

—Pero ¿qué mierda hacían en Borås? —preguntó Bärneflod con sincero desconcierto, como si hablase de un poblado remoto e inaccesible de Nueva Guinea—. Y...

De repente, Tell tomó conciencia de lo acalorado que estaba y se quitó el abrigo como pudo en la angosta cocina. Apenas si oyó el ahogado lamento que Karlberg dejó escapar cuando sintió el codo del comisario en el estómago.

—Beckman, acabo de recordar algo que leí en la versión escrita de tu interrogatorio a la familia... ¿Mollberg?

—Los Molin —corrigió ella al tiempo que daba un respingo en la silla—. ¡Joder, es verdad! ¡Su hijo era el mejor amigo de Edell!

—Exacto. Y por eso he pensado que alguien compruebe... Mejor llamamos a Björkman. De eso te encargas tú, Karlberg. Y busca al hijo de los Molin, se llama Sven, Sven Molin. Llámame a mí o a Beckman en cuanto lo hayas localizado...

Karlberg seguía frotándose el vientre dolorido y sólo logró responder al jefe de su unidad con un gesto de asentimiento.

—... mientras, Beckman y yo vamos a casa de sus padres. Ahora mismo.

\* \* \*

La última vez que estuvieron en la granja de los Molin había un Renault de color burdeos bastante oxidado justo delante del cobertizo. Ahora ocupaba el suelo de grava del aparcamiento una rama enorme, que el intenso viento de la noche debió de

arrancar de su tronco. Puesto que, además, las ventanas de la fachada gris estaban totalmente a oscuras, Tell y Beckman podían creer que no había nadie en la granja, máxime cuando nadie acudió a abrirles pese a haber llamado al timbre varias veces.

Sin embargo, equipados con el escepticismo que conllevan los años de profesión, decidieron dar una vuelta alrededor del edificio. Y enseguida hallaron el Renault, aparcado en el césped, detrás del almacén. Las ruedas se habían hundido profundamente en la capa de hierba y aparecían encharcadas.

Con renovada resolución, Tell olvidó el timbre y aporreó con el puño la puerta, cuya hoja de cristal tintineó peligrosamente. Por un instante, pensaron que iba a desprenderse.

—Venga, abridnos, sabemos que estáis ahí.

Estaba a punto de instalarse en el porche para, sencillamente, poner a prueba la paciencia de los ancianos, cuando se oyeron en el interior unos pasos y una discreta tosecilla. Bertil Molin carraspeó una vez más antes de meter la llave en la cerradura y abrir la puerta. Llevaba unos pantalones de algodón y una camisa de cuadros azules y blancos. El logotipo publicitario que adornaba la gorra estaba tan desgastado por el tiempo que resultaba ilegible.

Era obvio que no se alegraba de verlos. Cuando los carraspeos, que más parecían destinados a neutralizar un silencio apremiante, degeneraron en un ataque de tos tan violento que Molin tuvo que retroceder en el vestíbulo y doblarse de dolor, Tell pensó que ya le había dado bastante margen.

—¿Vais a dejarnos entrar?

—Eso dependerá de a qué se deba la visita —respondió Molin con acritud, aún con la cara encendida por el esfuerzo.

—Pues podría decirse que hemos venido a reavivar viejos recuerdos.

Tell se adelantó y pasó por delante de Molin, dejó atrás el vestíbulo y entró en una cocina no demasiado amplia, cuyo único mobiliario era una mesa con sitio para dos. Se sentó ruidosamente en una de las sillas sin molestarse en quitarse el abrigo.

Beckman llegó enseguida y se inclinó hacia el fregadero, que estaba debajo de una colección de platos de porcelana de color azul que cubrían la mayor parte de la pared. Sobre el fogón había una jarra de loza corriente, leche y un tarro de miel. Bertil Molin estaba a punto de tomarse un té cuando lo interrumpieron. El olor a cítricos aún flotaba denso en el ambiente.

Mientras aguardaban a que Molin tuviese a bien aparecer en la cocina, Tell marcó el número de Karlberg, que respondió en el acto.

—¿Ha contestado al teléfono de su casa?

—¿Te refieres a Sven Molin? No. Ni tampoco al móvil.

—Vale. Sigue intentándolo.

Tell colgó en cuanto oyó la respuesta afirmativa de Karlberg.

El vestíbulo seguía sumido en un inquietante silencio. La mirada de Tell se cruzó con la de Beckman, que le hizo una mueca, como preguntándole si Molin se estaría largando. Pero un segundo después aparecían en el umbral él y su preocupación mal disimulada.

El hombre miró en primer lugar a Tell y luego a Beckman y pareció concluir que sus posibilidades de elección eran muy limitadas. La cocina era lo bastante pequeña como para que dos personas que estuviesen de pie quedasen a una distancia muy incómoda. Se frotaba nervioso la palma de la mano en el pantalón, como si le picase terriblemente.

—Podemos sentarnos en el comedor... Mi mujer está durmiendo en la planta de arriba. Si nos trasladamos a esa habitación, no tendrá que...

—No es necesario —lo interrumpió Tell—. Es más, creo que si la despertamos, ella también podrá contribuir. Tengo que haceros unas preguntas sobre vuestro hijo.

Molin dio un respingo, sobresaltado, pero pareció resignarse enseguida, dejó caer las manos a los lados y los observó como si los viera por primera vez.

—No veo que haya razón alguna para que habléis con Sven —dijo al cabo de un instante—. Es imposible que él esté involucrado en ningún fregado que haya tenido lugar aquí. Lleva años sin venir por esta región.

—Y al decir «fregado», ¿a qué te refieres?

Bertil Molin alzó la vista despacio para sopesar la pregunta de Tell, pero pareció arrepentirse en el acto. Dejó de prestar atención a los policías y su mirada fue a aterrizar en algún punto impreciso de la oscuridad que se extendía al otro lado de la ventana.

—Pues... bueno, han matado a un tipo al otro lado de las plantaciones, ¿no? —preguntó articulando exageradamente, como si estuviese hablando con dos niños necios y preguntones—. Y por eso estáis aquí, ¿me equivoco? No veo que haya razón para que me preguntéis a mí, salvo que guarde relación con dicho asesinato. Y si vais a hacerme preguntas sobre mi hijo Sven, doy por hecho que creéis que él tiene algo que ver con ese asunto. Lo cual es un disparate, teniendo en cuenta que, como ya he dicho, lleva más de diez años sin cruzar una palabra con Lise-Lott Edell. Y seguro que existe un modo de demostrarlo.

Tell y Beckman se vieron obligados a recobrar el aliento tras la exhibición de talento oratorio de Molin.

De camino a la granja, habían discutido sobre cómo abordar su hipótesis ante los Molin. El único dato de que disponían por el momento era que, según decía la gente, su hijo solía salir con dos hombres que, también según una serie de suposiciones, habían atacado a una joven hacía algo más de once años. Un crimen que jamás se esclareció.

Anduvieron divididos en cuanto a las posibles estrategias de sorpresa. Fingir que

se sabía más de lo que en realidad se conocía solía constituir un método eficaz en los interrogatorios. Por otro lado, una postura empática podría tentar a Molin a descargarse del peso de sus secretos. La tercera alternativa consistía ni más ni menos que en poner las cartas sobre la mesa: esto es lo que sabemos y ésta es nuestra hipótesis actual.

Si en algún momento dudaron de que Molin tuviese algún asunto turbio que ocultar, dichas dudas quedaron en ese momento totalmente despejadas, desaparecieron como un montón de hojas secas arrastradas por el viento de un día de octubre.

Estaba más que claro que allí había trapos sucios que esconder. La cuestión era cuáles.

—¿Por qué estás tan alterado?

Beckman miró inquisitiva a Molin mientras rebuscaba un spray nasal en el bolso. Se pulverizó en las fosas nasales y echó la cabeza hacia atrás. Un paquete de chicles medio lleno cayó del bolsillo interior del bolso y fue a posarse en el suelo, a sus pies. Se inclinó impertérrita y recogió el paquete.

—Has trasladado el coche a la parte posterior.

—¿Y qué? —preguntó Molin sin lograr que su semblante reflejase la entereza que denotaba su voz.

Ella se encogió de hombros.

—No, nada, sólo pensaba que uno puede hacer algo así para que la gente crea que no está en casa.

Se oyó un golpe en el piso de arriba, seguido de un leve crujido, como si alguien que se hubiese dormido con el libro en la mano acabase de despertar al oírlo retumbar contra el suelo y ahora caminase descalzo hacia la escalera. Quizá un alguien que deseaba hacerse una idea de lo que estaba ocurriendo, antes de descubrir su presencia.

—¡Quédate ahí, Dagny! —Tell enarcó las cejas al oír el grito de Molin—. ¡Quédate donde estás!

Un murmullo indefinido resonó por toda respuesta.

—Ha de pensar en su corazón —les explicó a Tell y a Beckman en un tono inesperadamente familiar y cálido, como el que gustan de adoptar los mayores cuando hablan de enfermedades y achaques—. No debe alterarse.

—Pues en ese caso, tengo que preguntaros por qué habría de alterarse —atajó Beckman como un rayo.

Molin exhaló un hondo suspiro y meneó la cabeza durante unos minutos, demasiados para que pudiera interpretarse como una respuesta. Se trataba más bien de un gesto inconsciente, una prolongación del desconcierto que, por el momento, parecía bloquear su capacidad de pensar con claridad.

Se excusó y se dirigió al vestíbulo. Lo oyeron subir la escalera con paso decidido

y raudo, una prestación como otra cualquiera para un jubilado. Después, se hizo un silencio que no rompió ningún susurro. Tampoco se oyó que nadie, tras haber atado unas sábanas, se fugase por la ventana.

Tell se irritó al escuchar el ruido del grifo que Beckman había abierto para beber agua.

—Sí, claro, pero con este puto calor —le respondió ella en un susurro antes de abrir del todo la ventana y mirar al techo, como si confiase en que así percibiría mejor cualquier ruido—. ¿No vas a ir a buscarlos? —preguntó tras una breve espera—. ¿O los dejamos? Siempre podemos salir pitando en busca de Sven Molin directamente.

—Espera un poco, no nos llevará mucho tiempo, ya has visto lo nervioso que está. Pero quiero asegurarme de que está nervioso por lo que nosotros creemos.

Una puerta se abrió en el piso de arriba y, un segundo después, Bertil Molin apareció escaleras abajo con paso cansino. Hizo un vago gesto hacia los dos policías, se puso un par de zapatillas de fieltro desgastadas y echó a andar hacia la calle delante de ellos. Se detuvo en la esquina de la casa y rebuscó en el amplio bolsillo de la pechera hasta dar con una caja de cerillas y una pipa que tenía sujetas con una goma.

Bertil Molin pareció ganar algo de fortaleza después de haber inhalado profundamente un par de veces. Se volvió hacia Tell, pues era lo bastante viejo como para ignorar a una mujer policía cuando la cosa se ponía seria y, además, tenía a su alcance a un hombre. Beckman conocía bien a ese tipo de sujetos. Al principio de su carrera, cuando además la desacreditaban debido a su juventud, aquella actitud la sacaba de sus casillas. En la actualidad, en cambio, se alegraba de poder dejar en manos de sus colegas masculinos las conversaciones con aquellos viejos gruñones, puesto que, a esas alturas, era consciente de su valía y no necesitaba que ellos se la confirmasen.

—Soltad lo que creéis saber —dijo Molin con sequedad.

Tell asintió con gesto colaborador.

—Creemos que, hace once años, tu hijo Sven participó en la agresión contra una chica cerca del local de un club de motoristas situado a las afueras de Borås. Y que no fue castigado por ello. Creemos que los otros dos tipos que derribaron a la joven eran Olof Pilgren y Thomas Edell.

Bertil Molin abrió la boca. La frustración que revelaba su semblante se transformó en cansancio y resignación y un tembloroso suspiro puso fin a la frágil tranquilidad que había fingido hasta ese momento. Tell dio un paso hacia él y advirtió el cuello amarillento de la camisa.

—Escúchame, en realidad, no te necesitamos para nada. Mientras nosotros estamos aquí, nuestro colega está repasando el historial de tu hijo en la comisaría. Todo, desde la guardería hasta cuántas multas tiene sin pagar —Tell sacó el móvil del

bolsillo y lo sostuvo ante Molin—. En cuanto pulse el número de marcación rápida, sabré si aquella joven de diecinueve años murió como consecuencia de las lesiones sufridas esa noche. Si la violaron. Si había algún sospechoso.

Molin se negaba a mirar al comisario a los ojos y, en cambio, dirigía la vista hacia la ventana del desván, situada justo debajo del tejado, las tejas cubiertas de moho o los racimos de nubes que se deslizaban por el cielo y que parecían haber sido desgajadas por el caballete al arrastrarse a ras del tejado.

—La única razón por la que mi colega y yo estamos aquí —prosiguió Tell— es que la vida de Sven puede estar en peligro; y algo me dice que tú ya lo habías previsto. De manera que si no nos ayudas a ponernos en contacto con él cuanto antes, lo localizaremos tarde o temprano de todos modos, a menos que el asesino lo encuentre primero. Tú eliges.

Molin empezaba a respirar con dificultad, emitiendo pequeños silbidos, y se llevó la mano al pecho.

—Respira tranquilamente.

Dio un paso atrás, como para dejarle espacio al anciano. Molin ahuecó las manos delante de la boca y su respiración comenzó a recobrar el ritmo normal.

—¿Qué sabes de los posibles escondites de Sven? —lo apremió Tell—. ¿Qué sabes de su participación en los hechos acontecidos en 1995?

—Estaba totalmente fuera de sí.

La voz que pronunció aquellas palabras rebotó contra la espalda de Tell. El comisario se dio la vuelta y se encontró con los ojos de Dagny Molin, anegados en llanto. Llevaba una falda raída y una bata estampada. Aun así, temblaba de frío, o por el llanto. Y tuvo que agarrarse a la esquina de la casa para mantenerse derecha.

—Dagny... —comenzó Bertil Molin para detenerla. Pero su mujer negó con un gesto.

—No. Déjame que lo cuente —se cerró bien la bata y cruzó las manos sobre el pecho, como si quisiera impedir que se le saliera el corazón—. Estaba fuera de sí cuando llegó a casa aquella noche. Yo no solía esperarlo despierta, ya hacía años que tenía edad suficiente y disponía de un apartamento propio abajo, en el sótano. Pero aquella noche fue y se sentó en el salón. Yo había pasado la noche en vela y estaba en la cocina y, cuando llegué al salón vi que... había vomitado en el suelo —la mujer se retiró las lágrimas de los ojos con el dedo—. Al verme, echó a correr hacia la escalera que conduce al sótano, pero... tropezó y cayó de bruces en la alfombra del vestíbulo y entonces rompió a llorar allí, tendido en el suelo. Y Bertil, claro, se despertó con el ruido y bajó a ver...

Se le quebró la voz y se vio obligada a recobrar el aliento antes de continuar.

—Sven estaba lleno de barro y tenía la ropa mojada y quizá incluso manchada de sangre, o puede que fueran figuraciones mías... Intenté convencerlo de que me



contara lo sucedido mientras le quitaba la ropa mojada, pero él se limitó a llorar como un niño... Al final, se durmió en el sofá.

—¿Y a la mañana siguiente?

—Se encerró en sí mismo, como una ostra. Se negó a hablar de lo ocurrido, aunque tardó en volver a ser él mismo. En cierto modo, yo diría que nunca más volvió a ser el que era, pobre hijo mío. Era como si... tuviese un yugo que lo obligase y le impidiese reír.

—Ya, pero supongo que vosotros os preguntaríais el porqué de su actitud —intervino Beckman.

Dagny Molin asintió apenada.

—Yo me decía que había sido culpa del alcohol. Apestaba cuando llegó a casa aquella noche y ya se sabe: cuando la bebida entra por la puerta, el sentido común sale por la ventana... Pero aun así no conseguí tranquilizarme porque... bueno, era tan... primitivo.

—¿Primitivo? ¿El qué?

—Sí, su pánico. Su dolor. Gritaba como un niño cuyo perro acabase de morir atropellado.

—O como si hubiese perdido la inocencia —murmuró Beckman.

Halló un paquete de pañuelos en el bolso y se lo ofreció a Dagny Molin. La mujer lo aceptó agradecida, no sin antes dedicar una mirada angustiada a su marido.

—¿Cómo lo supisteis? —preguntó Tell.

Dagny Molin asintió después de haberse sonado con estrépito.

—Se pusieron en contacto con nosotros mucho más tarde. Varios años después del suceso recibimos una carta. Bueno, iba dirigida a Sven, claro, pero yo la abrí porque... en fin, él ya no vivía aquí y pensé que... no sé. En cualquier caso, la carta decía que Thomas Edell, Olof Pilgren y Sven habían... —la mujer ahogó un sollozo en el pañuelo y carraspeó brevemente antes de proseguir—: Recuerdo que estaba redactada de un modo muy extraño, con una caligrafía infantil que mezclaba mayúsculas y minúsculas y con faltas de ortografía. Yo creo que no me habría preocupado por aquello, pese a que era una broma de mal gusto, de no haber visto la mirada de Sven aquella noche, el terror reflejado en sus ojos. Y comprendí que lo que decía la carta era cierto.

—¿Por qué crees que la enviaron?

—Para obligarlo a que se entregase a la policía, supongo. Eso decía la carta, que debería asumir su castigo porque, de lo contrario... lo pagaría. Tal vez el remitente quería dinero, no lo sé.

—¿Aún la conserváis? —quiso saber Tell.

En esta ocasión fue Bertil Molin quien contestó con un gesto negativo.

—No, la destruimos —se miró las zapatillas, cuyos bordes habían absorbido la

humedad de la hierba, que les otorgó un tono gris oscuro—. Había pasado tanto tiempo que pensamos... bueno, nos dio la impresión de que quien había redactado la carta no estaba del todo...

—¿Quién era el remitente? —preguntó Beckman.

Dagny Molin la miró a los ojos antes de contestar.

—No tengo la menor idea. No lo sabemos —se irguió y observó a Beckman con una súbita expresión de rebeldía, antes de proseguir—: Y lo que es peor, ya no sabemos casi nada acerca de la vida de Sven. En principio, no tenemos contacto alguno con él.

La mujer se encogió y estalló en llanto. Beckman le puso la mano en la espalda y notó cómo le temblaba el cuerpo.

## Capítulo 53

Aún sentada en el sofá, Seja dejó caer el torso hacia atrás. Una ancha grieta cruzaba el techo y se ramificaba en otras más finas, formando la figura de un árbol despoblado. Siguió detenidamente el curso de la grieta con la mirada. Unas manchas amarillentas abombaban el techo y el contorno de las ventanas aquí y allá, a causa de una fuga que le había pasado inadvertida hasta el momento. No era difícil detectar el discurrir del agua bajo el papel de la pared.

Constató que debería reparar el tejado. Quizá incluso retirarlo entero y ponerlo nuevo. ¿Y si había moho arriba, en el dormitorio? ¿Habría ido filtrándose por las paredes la humedad de años de nieve derretida? ¿Habría carcomido el agua la madera? Sintió un frío intenso en la garganta ante la sola idea de que la casa entera estuviese podrida.

—Esta cabaña huele exactamente igual que la casa de verano que mi tía paterna tenía en la isla de Gotland —le susurró al oído a Martin, con ingenuo entusiasmo, cuando el viejo Gren les enseñó la casa, poco antes de decidirse a comprarla. La chimenea llevaba entonces varios meses sin usarse. El denominador común más evidente entre la casa de la tía, que rara vez visitó, y aquella cabaña, encantadora pero, ¡ay!, tan deteriorada, debería ser, pues, que el frío húmedo del exterior se había incrustado en las paredes o, como escribió Tove Jansson, «que la lluvia y la humedad se habían instalado en las habitaciones de la casa». Lo más probable es que toda la vivienda estuviese a punto de derrumbarse. Y dentro estaba ella, una rata solitaria de ciudad, mujer, para colmo de males: no tenía ningún sentido ser feminista e igualitaria cuando no había con quién compararse.

Olisqueó prudentemente el aire y se odió por figurarse que las cortinas y los sofás aún exhalaban el aroma de Christian Tell: aquella mezcla de tabaco y de una loción para el afeitado pasada de moda, como Old Spice o Tabago o quizá Palmolive y, a veces, en las distancias cortas, un toque dulzón a sudor reciente que procedía de la espalda.

Lloró compadeciéndose de sí misma y las lágrimas amenazaban con inundarlo todo ante la idea de la traición, de la soledad y la casa y el establo y las muchas horas de trabajo que todo requería para que ella y *Lukas* tuviesen un hogar digno, muchas más horas de las que ella podría permitirse pagar con su préstamo de estudios. ¿Habría en la biblioteca libros sobre cómo reformar la vivienda? «Cómo poner su casa a punto, para torpes».

Era poco mañosa y tampoco desarrollaba por escrito ninguna de sus ideas.

Se trataba de levantarse del sofá y de sentarse a escribir. De ir al establo y darle de comer a *Lukas*. De cruzar hasta la leñera para coger más leña y así poder avivar el fuego que se extinguía en la chimenea. De procurarse calor tanto en las habitaciones

como en el alma. De levantarse del sofá y abrir la ventana de par en par para dejar paso al aire fresco de la tarde, de ventilar para eliminar el olor a humedad y el olor a Christian Tell, a su perfume anticuado y a sus promesas incumplidas.

Desde que él se marchó, Seja se sentía hueca, sin historia. El resentimiento que mostró durante la tarde quedó reemplazado por el deseo de comprender qué les había ocurrido. Por un instante, Seja llegó a pensar que también él deseaba recuperar la confianza perdida, hasta que se dio cuenta de que Christian no quería comprenderla a ella, sino comprender el caso que tenía entre manos. Cuando por fin se marchó, la distancia que se abría entre ellos era más que patente.

Leves ráfagas de aire, como suspiros amargos, soplaban por entre las losetas. Los dedos de la mano que colgaba inerte en el suelo fueron perdiendo sensibilidad, y Seja terminó por adoptar una decisión: se había expuesto una vez más, cierto, se había enamorado y se había permitido confiar en una continuación que jamás se produciría. Aun así, aquél era su hogar, por inviable que resultase, pero al menos no pasaría frío innecesariamente.

Antes de salir a la escalinata apagó el farol del porche y, a la sola luz de la cocina, aguardó hasta que la vista se habituó a la oscuridad.

Ignoraba la razón pero, cuando tenía algo que hacer en el establo o en la leñera después del atardecer, el círculo de luz del porche le infundía más temor que tranquilidad. Siempre pensaba en peligros ocultos que la acecharían en la frontera entre la luz y la oscuridad, entre lo iluminado y lo oculto, la negrura, lo desconocido.

## Capítulo 54

Había pensado en abrir las jaulas de par en par y permitir que escapasen aquellos animalitos repugnantes. Así podría engañar a la policía local y hacerles creer, a primera vista, que la muerte de Molin era resultado de un ataque del grupo de Veganos Militantes Convencidos o como quiera que se llamasen esos bestias enrabiados siempre vestidos de negro. Eso le daría una ventaja de uno o dos días.

En los bosques de Dalsland tampoco disponían de ningún investigador criminal digno de tal nombre, más próximos a los Kling y Klang de Pippi Calzaslargas que al CSI.

Desde los días previos al de Navidad, Caroline había comprado y leído cada uno de los diarios existentes, tanto de la mañana como de la tarde. Sebastian estaba convencido de que buscaba información sobre los asesinatos. Ignoraba cómo había averiguado que él era el autor. Resultaba curioso: ambos sabían cosas innombrables, pero cada uno por su lado. Ella lo apoyaba en silencio, como por un acuerdo tácito. Él interpretaba su mirada: «Estamos los dos en el mismo tren, llegaremos al fin del camino».

Poco después, encerrado en la sala recordatorio de My y con las mejillas encendidas, constató que un par de noticias breves era cuanto había al respecto. Una mención también breve en el noticiario de la televisión local pero, por lo demás, nada.

Le invadió cierta decepción irracional, pese a que comprendía perfectamente que el silencio de los medios servía a sus propósitos.

Experimentaba un orgullo insólito al ver que todo se había desarrollado según el plan. Que hubiese logrado algo que exigía más valor del que la mayoría sería capaz de mostrar nunca: les había quitado la vida a dos hombres. No, a dos cerdos, que con su existencia no habían hecho más que ensuciar la faz de la tierra y el aire que respiraban. Su éxito le infundía la sensación de estar acercándose poco a poco al punto en que se detendría para recibir el amor de Caroline y, con el tiempo, también el de su madre, pues, en efecto, se habría hecho merecedor de dicho amor. De eso se trataba, en suma, de ser merecedor.

En esta ocasión utilizó un coche de otra marca, que, por si acaso, alquiló nada menos que en la región de Varberg. Le habría gustado detenerse un rato en la playa de Skrea, descansar tumbado en las dunas, y escuchar el viento que azotaba los arbustos altos y reseco y el rumor de las olas. En cambio, sólo se permitió ir conduciendo despacio por el paseo marítimo. Durante unos minutos, apagó el motor y paseó la mirada por el horizonte gris azulado, que se atisbaba por entre las casetas y los lujosos chalets provistos de alarma.

El único recuerdo claro que tenía de su infancia estaba estrechamente vinculado a

aquel mar sin islas. El resto había quedado en forma de fragmentos borrosos de sucesos que, en el mejor de los casos, le inspiraban indiferencia, cuando no había optado por olvidarlos.

Él era muy pequeño y lo habían enviado junto con My a la casa de verano de la familia Falkenberg. En realidad, no debería recordar nada, pero aun así, las imágenes eran de una claridad extraordinaria y de colores bien definidos, como en un catálogo de publicidad. En Skrea, el agua es de un azul transparente, la arena arde bajo el sol, como chocolate caliente con nata. El bañador que le han comprado en el supermercado Konsum antes de partir es rojo chillón.

La idea era que volviesen allí el verano siguiente, quizá también en las vacaciones de Navidad, pero Solveig retiró su solicitud de asistencia una semana después. Al parecer, estar sin niños no era tan agradable como ella esperaba. De modo que Sebastian no disfrutó de más visitas a Skrea. Ni de un mar azul como aquel... hasta ahora que, por fin, se había preparado para dirigir su vida por sí mismo.

Decidió dejar los visones en las jaulas. No había razón para originar ningún escándalo y hacer que la policía se fijase en una finca tan remota.

El ruido lejano del motor lo hizo mirar por los prismáticos. El sucio coche apareció en la curva envuelto en una nube de polvo. Molin volvía a la granja, justo dos horas después de haberse llevado a la mujer asiática y a sus hijos.

Sebastian comprendió que eso significaba que, sin que él supiera cómo, Molin había descubierto el destino de sus antiguos amigos y sospechaba que algo andaba mal. Presentía el peligro. Ahora se diría que estuviese planeando meterse bajo tierra por voluntad propia. Antes lo había visto guardar un saco de dormir y una bolsa de comida en el asiento trasero del coche. Su mirada vagaba por los campos que se extendían ante la casa y por entre los abetos que se erguían a su espalda.

Por extraño que pudiera parecer, el que Molin estuviese alerta no lo puso nervioso en absoluto. Al contrario, disfrutó al notar que casi podía oler su miedo. Comprendió que ésa era la recompensa. Molin había sumado dos y dos y sabía por qué debía morir. Y que intentase huir carecía de importancia, de todos modos, no llegaría lejos.

Sin embargo, sí que tuvo que modificar su modo de proceder. Seguramente, Molin sabía que a las dos víctimas anteriores les habían disparado desde un coche, estaba en guardia y pensaría atrincherarse con alguno de los rifles de caza de los que sin duda sería propietario. En otras palabras, resultaría difícil, ni con una excusa inocente, acercarse a él tanto como para ejecutarlo igual que a los otros. Por si fuera poco, las habilidades de Sebastian a la hora de disparar eran, por así decirlo, limitadas.

Le había sido ridículamente fácil hacerse con el arma. De hecho, el padre de un amigo suyo, un tipo medio delincuente, se tragó enterito el cuento que Sebastian le soltó sobre deudas de juego y devoluciones de préstamos y también aquello de que

sólo la quería para infundirles respeto a los tipos que lo amenazaban. Una vez en posesión de la pistola, efectuó unos cuantos disparos de prueba en el bosque, sólo en un par de ocasiones. Es decir, jamás llegó a practicar como para poder compararse con un tirador certero.

Apuntarles a Edell y a Pilgren antes de atropellados fue un placer con descarga de adrenalina incluido. Oír cómo se les quebrantaban los huesos y cómo sus cuerpos quedaban despedazados bajo el peso del vehículo. Sin embargo, nada de eso —ahora lo comprendía— era comparable al goce de observar desde su escondite la vergüenza y el miedo de Molin, después de once años.

Sebastian se trasladó algo más lejos, detrás de la vieja caseta semiderruida.

No existía razón alguna para desvelarle aún su presencia a Molin. Durante un instante de vértigo, estuvo a punto de dejarse llevar por el deseo de acercarse a la casa y llamar a la puerta; de preguntarle el camino a la gasolinera más próxima o cualquier otra cosa, sólo para ver de cerca la mirada de Molin.

En el último momento, se aferró a la esquina medio podrida de la caseta hasta que se le pasó el impulso, sin dejar de decirse: «Hoy sólo toca rastrear». Había montado la tienda de color verde camuflaje donde el bosque era más tupido, a una buena distancia de la granja.

En su momento. En su momento vería de cerca la angustia de Molin ante la muerte, aunque el instante sería sin duda demasiado breve.

## Capítulo 55

Tell pisó a fondo el acelerador, acuciado por un mal presentimiento. Eran más de las ocho y, tal y como cabía esperar, en cuanto dejaron atrás Kungälv, no los aguardaba más que una carretera desierta flanqueada por un bosque cada vez más espeso. Su respiración era entrecortada y superficial.

Sintió deseos de fumar, pero bajó la ventanilla y sustituyó el olor a cerrado por el aroma de las coníferas y por el cielo estrellado que, sencillamente, era demasiado hermoso para el momento. Se irritó al comprobar que su contemplación lo sumía en un mar de pensamientos. Fijó la vista en el asfalto que discurría veloz bajo las ruedas y se esforzó por apartar de ellos a Seja. En primer lugar, porque con su sola presencia y desde el instante en que se conocieron, aquella mujer había logrado perturbar su habitual resolución.

Su traición le escocía en el pecho y la garganta y la reconciliación que experimentó la última vez que la tuvo delante se había esfumado ya por completo.

En realidad, era muy sencillo. Tal y como él lo veía, ella había traicionado su trabajo —lo que, a la larga, implicaba poner en juego vidas humanas— y su confianza. ¿Cómo iba a volver a confiar en ella? No sólo le había hurtado información que podría haberle ayudado a resolver un caso de asesinato, sino que además, había andado investigando a escondidas por su cuenta. Al mismo tiempo que lo utilizaba y lo escuchaba mientras él, ingenuo, la hacía partícipe de sus hipótesis, claramente erróneas. Lo había engañado. Cuanto más lo pensaba, más vergüenza sentía. Lo que más lo alteraba era la certeza de que, al dejarse llevar y seducir por una testigo, había cometido, además, una falta profesional grave que amenazaba con arruinar el respeto mutuo que había reinado entre él y su jefa.

Cuando, cual víctima desvalida de sus asociaciones, recordó su última conversación con Östergren, no le quedó más remedio que encender un cigarrillo. Miró a Beckman con expresión de disculpa.

Ella le respondió encogiéndose de hombros.

—Parece que lo necesitas, así que adelante.

La corriente de aire arrastró veloz el humo hacia el techo del coche antes de expulsarlo por la ventanilla abierta.

—Estaba pensando en esa carta —dijo Tell al cabo de unos minutos.

—Sí, yo también.

—Es lógico suponer que Edell y Bart también recibieron una, ¿no crees?

—Edell estaba muerto.

—¿Cómo?

—Sí, él estaba muerto por aquel entonces. Los Molin dijeron que recibieron la carta varios años después de que se perpetrara la agresión a la muchacha, lo que



sucedió en 1995. Edell murió en 1998 o 1999, si no recuerdo mal.

—Puede que aún viviera. ¿Cómo podríamos averiguarlo? Si acababa de morir, existe el riesgo de que la carta llegase a manos de Lise-Lott, como su viuda, ¿no?

—Pero en tal caso ella lo habría mencionado, ¿no te parece? —Beckman se puso a rebuscar en el bolso—. No hay por qué andar adivinando.

Marcó el número de Lise-Lott Edell y, tras una breve conversación, cerró el móvil.

—No sabe nada de ninguna carta, así que o bien Edell la recibió personalmente antes de morir, en realidad es bastante probable que no mencionara una palabra sobre semejante asunto, o bien el remitente, a diferencia del asesino, sí sabía que Edell estaba muerto.

—Lo que significa que el asesino y el autor de la carta no son la misma persona.

—Sí, bueno, eso está claro.

Ambos guardaron silencio un rato, sumidos en sus cavilaciones.

—Estaba pensando en Susanne Jensen —dijo Beckman al cabo de un rato.

Tell sonrió ante la coincidencia.

—¡Vaya! Yo también. En lo que decía el historial de los servicios sociales.

—Exacto. Decía que es disléxica. Molin nos explicó que en la carta habían mezclado mayúsculas y minúsculas.

Tell frenó en seco ante una liebre que se le cruzó aterrada por la carretera y dio un puñetazo en el volante.

—Aun así, no encaja. Susanne Jensen, hermana de uno de los agresores de 1995. ¿Qué carajo tiene ella que ver con esto? Fue su hermano quien... ¿Acaso iba a enviarle también a él una carta de amenaza? Y ¿por qué? Además, ella te buscó para contártelo, ¿no?, para hablarte del rollo que le soltó su hermano borracho. Si hubiese intentado sacarle dinero a Molin y a Edell, ¿crees que ahora haría algo que interesase a la policía por el caso, y crees que se arriesgaría a ser descubierta?

—Quizá tenga remordimientos y quiere que se haga justicia. Que paguen los culpables, ya sabes. O puede que, simplemente, necesitara dinero para un chute y por eso escribió las cartas. Y ahora se arrepiente. O quizá a ella la hayan violado alguna vez y ahora quiera vengarse...

—Ya, pero no hubo violación.

—Sí, pero ella no podía saberlo con certeza. De acuerdo, en cualquier caso no es tan extraño que lo reconsidere todo ahora que su hermano ha sido asesinado. Claro que quiere que demos con el asesino. Y naturalmente, ahora pensará que lo del dinero ha prescrito a estas alturas.

Tell exhaló un suspiro.

—Bueno, vamos a dejarlo.

En la guantera había un paquete de caramelos de menta para la garganta.

Beckman se tomó dos de una vez y la masa pegajosa se le quedó entre los dientes.

—Pero ¿en qué estás pensando? —preguntó mientras se limpiaba los dientes con la uña.

Repitió la pregunta después de subir la ventanilla. Tell asintió para confirmarle que la había entendido. La idea de ir en busca de Sven Molin se les había ocurrido súbitamente y, si la carretera y el entorno no hubieran estado desiertos, ya tendrían tras de sí las sirenas de la policía, por exceso de velocidad.

No respondió enseguida.

—La verdad, no lo sé —dijo al fin—. Es sólo que... tengo la sensación de que es una cuestión de tiempo. Como siempre, pero en esta ocasión es más intensa.

Beckman aceptó la poco esclarecedora respuesta y recapacitó sobre lo que ella creía que les proporcionaría el viaje a Bengtfors. Y sobre el hecho de que, dada la situación, debería intentar convencer a Tell de que se pusiera en contacto con los colegas de la policía local, antes de que llegasen a la granja de Sven Molin. Y sobre si debería llamar a casa para avisar de que iba a llegar muy, muy tarde.

No sentía la excitación que solía llevar aparejada una intervención como aquella, seguramente porque, para variar, no sabía qué pensaba Tell. Con los años, había aprendido a aceptar y a manejar el mal genio que derrochaba cuando estaba bajo presión, su falta de tacto y, en ocasiones, su afán de prestigio.

Cuando era nueva en el grupo, se complacía en secreto al comprobar que, tras la fachada de hombre duro —Tell era capaz de imponerles a sus subordinados exigencias carentes de toda lógica— se escondía un jefe justo, con capacidad de autocrítica y con más conocimiento acerca de las relaciones humanas de lo que él mismo se empeñaba en aparentar. Sin embargo, últimamente no lo reconocía. Parecía distraído por una razón que no quería revelar al grupo.

Beckman lo miró de soslayo. Tell se había pasado la mano por el pelo, que ahora aparecía revuelto. Tenía el ceño fruncido y los ojos entornados, lo que le otorgaba un aspecto de enojo y pesadumbre.

—¿Te pasa algo? —se atrevió a preguntar Beckman al fin—. Quiero decir algo más.

Tell se inclinó torpemente para poner la radio y el coche se desvió hacia la cuneta. Beckman estranguló los acordes de una melodía pop bajando el volumen enseguida. El comisario le echó una mirada.

—Perdona, no he oído lo que preguntabas.

—Te preguntaba que si te pasa algo.

Él seguía sin responder y Beckman se retrepó en el asiento y dejó escapar un suspiro.

—Aún dispones de unos minutos para hacerme partícipe de la información que posees, antes de que llegemos. Has de hacerlo, va incluido en el pack. ¿O se trata

quizá de un asunto de... otra naturaleza? Puede que no sepa ayudarte, pero siempre puedo escuchar. Si quieres.

La curva de la salida era más cerrada de lo que él había calculado. Los neumáticos chirriaron contra el piso desgastado por el uso. Dejaron atrás una gasolinera cerrada a cal y canto con el luminoso apagado.

—Es que... —Beckman parecía buscar las palabras adecuadas—. Se diría que has tenido mucho en lo que pensar últimamente. Como ahora, por ejemplo. Sé que hay algo que te preocupa —Tell la miró suspicaz y ella se apresuró a añadir—: Quiero decir, aparte del caso.

Ahora fue el comisario quien suspiró.

—Está visto, a ti no se te escapa nada. Bueno, si quieres saberlo, estaba pensando en una charla que tuve con Ann-Christine el otro día.

Era un intento —si ella también lo sabía, lo entendería enseguida—. Entendería que necesitaba hablar de la muerte cuando, de repente, acechaba a alguien tan cercano, pero que al mismo tiempo se resistía a mencionar lo que Ann-Christine le había revelado en confianza. Ella lo entendería, si no por otro motivo, por su modo de decir Ann-Christine. Él siempre la llamaba Östergren, o para establecer distancias y en tono algo jocoso, «la jefa». Ann-Christine era la persona que se ocultaba detrás de la faceta de jefe que había desarrollado como profesional.

Cuando Beckman le dio a entender con una mirada elocuente que ella también lo sabía, ambos sintieron una pena enorme. *Ann-Christine*. Como si hubiese perdido autoridad en el momento en que se confió a ellos y les mostró su humana fragilidad.

—Lo peor es que me siento tan... inútil —confesó Tell al cabo.

—¿Por tener miedo?

—Porque tengo la sensación de que... —reflexionó un instante—. Porque tengo la sensación de que se espera algo de mí, pero no sé qué coño es. Ni siquiera sé qué decirle.

—¿Qué te hace pensar que espera de ti más que de cualquier otra persona?

—Pues... no sé si lo que creo... Oye, ¿puedes comprobar si vamos por buen camino?

Beckman miró la copia que habían sacado de Internet y le indicó el camino de gravilla que debían tomar cuando llegaron a una encrucijada umbría.

—¿En calidad de comisario o en calidad de amigo suyo?

Tell murmuró algo imperceptible.

—¡Y yo qué puñetas sé! De ambas cosas, supongo. Llevo mucho tiempo trabajando con ella codo con codo... Siempre hemos formado un buen equipo.

—O sea, que piensas que la echarás de menos.

—¡Joder, Beckman!

Tell tomó una curva a más velocidad de la debida, y la inspectora se agarró al asa

del techo de forma instintiva.

—¿Sabes que siempre te adelantas diciendo lo que uno piensa? —barbotó—. ¿Es algo que te recomiendan en todos esos cursos de psicología a los que asistes?

Beckman hizo amago de querer responder, pero cambió de idea y volvió la vista al frente.

Él lanzó un suspiro.

—Me siento torpe como un niño. Y lo peor es que en lo primero que pensé fue en el puesto que quedará libre cuando ella... lo deje. No es que lo ambicione, pero habré de enfrentarme a la posibilidad. ¿No es una mierda?

Beckman se encogió de hombros.

—¿Y qué fue lo segundo que pensaste?

—Que no me gustaría verme en esa situación: saber que no hay nada que hacer, que quizá sólo te quede un año. Y quién sabe si un año de padecimientos —volvió a golpear el volante, pero en esta ocasión acompañó el puñetazo de una risa tristona—. ¿Te das cuenta? Es ella la que va a morir y yo no paro de hablar de mí mismo.

—Pues no, ¿sabes lo que yo oigo cuando hablas? Oigo a una persona con una fijación extrema por su remordimiento de conciencia constante. ¡Ni más ni menos! A veces creo que te pasas la vida angustiado por una especie de culpa imaginaria cuyo origen ignoras tú mismo. Y me da la impresión de que es agotador —Beckman guardó silencio un instante y bajó el tono de voz antes de continuar—: Yo no creo que debamos reprocharnos el miedo a la muerte. ¿Acaso no es humano reaccionar de forma egoísta cuando te enfrentas al mayor de los miedos que alimentan los mortales?

—¿Quieres decir que la muerte es lo que más temo en la vida?

—No lo sé. ¿Es así? En tal caso, no eres el primero al que le ocurre. Y otra cosa en la que estaba pensando, Christian... y estaría bien que no volvieras a enfadarte...

Tell exhibió una media sonrisa.

—A ver, suéltalo.

—No creo que tengas que decirle nada a Ann-Christine. Quiero decir a Östergren.

—No, puede que no.

—Te lo digo de verdad. ¿Qué te hace pensar que nada de lo que digas iba a cambiar su situación o su estado de ánimo? Sería un acto de soberbia por tu parte creer que tienes semejante poder, ¿no te parece?

Aguardó unos instantes antes de proseguir, con la idea de darle la oportunidad de responder, sin embargo su silencio la animó a continuar.

—Pero... bueno, vengo notando algo. Desde que supiste, o supimos que Östergren está enferma... a mí me parece que la evitas. De forma manifiesta. Es como si no fueras capaz de estar con ella en la misma habitación. ¿No es verdad?

—Si tú lo dices, será verdad.

Su expresión atormentada atenuó el sarcasmo.

—Yo creo que eso es mucho peor —continuó Beckman en voz baja, aunque no por ello menos impertinente—. Nadie te exige que tengas a punto las palabras adecuadas para apoyar y ayudar a un amigo que lo necesita. Pero, joder, tienes que estar ahí.

Sintió la quemazón en la garganta. Hacía tanto tiempo que no lloraba, que no sabía si serían lágrimas o una migraña incipiente que se iniciaba bajo los párpados. Joder con Beckman. Siempre tenía que suponer que entendía las relaciones entre las personas, que lo sabía todo. En realidad, no tenía ni idea del lío en que se había convertido la vida de Tell ni de por qué no era capaz de mirar a su jefa a los ojos. Ella le hablaba de la necesidad de estar presente sin tener que esconderse tras las palabras adecuadas, las frases hechas, la psicología, como si ésa fuera su mejor baza... Justo ella, que...

—¡Alto! —gritó Beckman de pronto.

Tell frenó en seco tan rápido que creyó que se había lastimado la pierna al estirar bruscamente el músculo. Enseguida empezó a notar algo parecido a un tirón.

—¡Retrocede unos metros! —le ordenó la inspectora.

Beckman señaló triunfal algo que había a un lado de la carretera. Entre los árboles brillaba a la luz de los faros la chapa de un coche. Era evidente que alguien se había tomado la molestia de aparcarlo allí, y no en cualquiera de los ensanchamientos que para ese fin había en la carretera. Y sólo existía una razón para algo así: que ese alguien quisiera esconder el vehículo.

Apagó el motor. Constató en el mapa que la granja de Sven Molin debía de quedar por allí cerca. Ambos bajaron la voz instintivamente mientras, entre susurros, inspeccionaban el coche a la luz de sus linternas.

\* \* \*

La granja se componía de un almacén recubierto de chapa y una vivienda no muy moderna que estaba prácticamente a oscuras cuando se acercaron a pie, ya con las linternas apagadas. Entre los dos edificios, buscaba el césped espacio para crecer alrededor de las huellas de neumáticos, donde la tierra estaba demasiado apelmazada.

Ningún sonido desvelaba su presencia, salvo el ruidito que hacía el anorak de Beckman al andar. La iluminación exterior de una de las fachadas del almacén arrojaba un círculo de luz, un globo de blancura que se reflejaba borroso en la cristalera de la terraza. Si había alguien en casa, estaba a oscuras.

Ambos sacaron el arma a la vez, como si se hubieran puesto de acuerdo. Por otro lado, ninguno de los dos había propuesto dejar el coche detrás de la curva, pero allí se encontraban, sin vehículo y sin la luz de las linternas, con la idea de que su entrada

fuese lo más discreta posible.

Los sobresaltó un crujido entre los arbustos que había junto a una caseta y Beckman se dio la vuelta con el brazo apuntando hacia el almacén.

Al cabo de unos instantes volvió a reinar el silencio y, una vez que el ritmo de su respiración se hubo normalizado, los dos colegas continuaron en dirección a la casa.

—Tú ve por la parte de atrás —le indicó Tell con un gesto, mientras él subía despacio la escalinata que conducía a la entrada. Se apoyó en la barandilla y miró por la ventana. La cocina estaba a oscuras y tan sólo se veía el resplandor de las cifras digitales del frigorífico y del microondas. La casa parecía desierta.

Bajó el arma y la guardó en la funda. El jardín era un reino de sombras en un mar de negrura sin contornos. Tell no apreció ningún movimiento ni oyó ningún ruido hasta que, unos minutos más tarde, Beckman regresó cruzando la alta hierba después de inspeccionar la parte trasera. Ella también se había guardado el arma.

—Parece tranquilo —susurró—. Aquí no hay nadie.

—Me figuro que Molin se habrá largado —sugirió Tell.

Se reunieron ante la escalinata. La luna salía de su escondite deslizándose por detrás de las nubes, ampliando los límites del campo de visión.

—Echemos un vistazo por los alrededores antes de irnos, ¿vale?

Beckman asintió y se dirigió al almacén. Vio con el rabillo del ojo que Tell caminaba hacia las lindes del jardín.

A medida que cedía la tensión, Beckman fue notando que tenía los pies helados, empezaban a dolerle, ateridos al escaso abrigo de las zapatillas de deporte baratas que, en un impulso, había comprado una semana antes de Navidad. Deseaba llegar a casa, estar con las niñas y darse un baño caliente. Y tomarse una copa de vino. Aquel viaje, que ya había dilatado su jornada laboral, había sido demasiado apresurado.

Como era de esperar, el lugar donde estaban las jaulas de los visones se hallaba cerrado con llave. Miró por la ventana. Al resplandor mortecino de un fluorescente vio las hileras de jaulas apiladas unas sobre otras.

—Si los activistas quisieran entrar, no sería difícil —murmuró satisfecha después de haber trasteado la reja de la ventana.

Entonces oyó un ruido de pasos, de alguien que corría por la hierba a su espalda, oyó los jadeos y, antes de que hubiese sacado la pistola, alguien le agarró el anorak. Era Tell. El comisario se llevó el dedo a los labios con la desesperación pintada en el semblante, combinación que, por el momento, frenó a Beckman en su deseo de darle una bofetada.

—¡Coño! —protestó quedamente—. ¡Por poco me matas del susto!

—Anda, ven conmigo —le susurró Tell tirando de ella.

El corazón se le salía por la boca. Beckman intentó pensar con claridad cuando Tell clavó en ella una mirada apremiante. A la luz de la linterna, le mostró la parte

trasera de la caseta.

Alguien había acampado allí. En efecto, apoyada contra la pared, se veía una mochila de cuyo bolsillo exterior sobresalía un mapa desgastado por el uso. Sobre la mochila, meticulosamente doblado, había un jersey y, encima de éste, unos prismáticos. A un par de metros de la mochila habían dejado los restos de un plato de comida rápida.

Beckman se volvió hacia Tell, que la interpretó perfectamente:

—Por supuesto que volverá. Se ha dejado aquí los prismáticos y, bueno, se lo ha dejado todo. No estará muy lejos, habrá ido a...

Guardó silencio al oír el crujido de una rama al quebrarse a unos metros de allí, bosque adentro.

Tell apretó los dientes. Avanzaron en silencio y con rapidez hasta unos abetos que crecían a varios metros.

«Ya estamos como siempre —alcanzó a pensar Beckman al tiempo que se agarraba a la manga del abrigo de Tell—. Tengo la sensación de que los latidos de mi corazón se oyen a varios kilómetros de aquí, sólo porque siento que me va a estallar el pecho. Tan aterrada como irracionalmente eufórica».

Luego resultó que el hombre iba armado con una pistola, pero, además, llevaba un cuchillo en una vaina ceñida al muslo. Sin embargo, no tuvo oportunidad remota siquiera de usar ni lo uno ni lo otro: en un segundo, los policías se abalanzaron sobre él desde ambos lados.

## Capítulo 56

Era una silla endeble con el respaldo de plástico. Seguro que la mesa estaba fijada al suelo, pero no importaba. De todos modos, no tendría fuerzas para arrojarla contra la puerta cerrada con llave. Para llevar a cabo semejante hazaña se precisaba una cantidad considerable de rabia, y él ya no estaba enfadado. No estaba nada. En cuanto a la fuerza, si en algún momento la había poseído, se le habría esfumado por los pies para desaparecer en el musgo allí, en la oscuridad que rodeaba la casa de Sven Molin. Cuando sintió que le agarraba los brazos una mujer a la que, en su desconcierto, tomó por Caroline o por el equivalente femenino del mismo diablo, comprendió que todo había terminado para él.

Había contado con la posibilidad de que sucediera. Quizá no justo en aquel momento, pero sí que podrían atraparlo antes de que hubiese completado su trabajo.

No tardó en resignarse a la nueva situación, sin perder tiempo y energía en maldecirse por su falta de previsión, por haberse alejado demasiado de la tienda de campaña sólo para calmar su desasosiego, con lo que no oyó a los policías. Ni porque, por imperdonable que pudiera parecer, dejó huellas que lo descubrieron y poco menos que lo arrojaron a los brazos de la policía. Fue un error propio de un estúpido. Un imbécil haría algo así, arruinar meses de preparativos. No le costaba lo más mínimo recrear la voz de Solveig en su cabeza: «¿Qué has hecho, Sebastian? Tu hermana jamás habría...». Y él completaría la frase: «... fracasado como tú». Y además, le habría dado la razón. Por eso se veía ahora en aquella situación.

No opuso resistencia, sino que colaboró en la medida de lo posible sin responder a sus preguntas.

El breve mensaje críptico que había preparado, aunque confiando en no tener que usarlo, salió ahora solapadamente hacia su destinatario, con un par de movimientos ágiles de los dedos sobre las teclas del móvil.

Sabía que ella lo comprendería.

Después, mientras aguardaban a que comenzase el espectáculo, dejó el teléfono a su lado, en el suelo. Claro que luego lo encontrarían, cuando inspeccionaran el lugar, pero para entonces sería demasiado tarde. Lo pisó discretamente para hundirlo en la tierra húmeda. Pese a la presencia de los dos policías, serenos en apariencia, aún se sentía protegido por la oscuridad. La oscuridad era un signo alentador.

Cuando llegó el coche policial y la mujer policía lo condujo hasta él no sin cierto miramiento, aún se permitió una sonrisa, para sus adentros.

\* \* \*

El comisario era alto y como sacado de una película policiaca, con el traje



arrugado y barba de tres días. El otro, pequeño y obeso, con la frente estrecha y los vaqueros colgando por debajo de la barriga. Y la mujer, algo hombruna, con el logotipo de la policía en la sudadera. Todos creían que él era un cretino fácil de destruir. Que lo habían atrapado en su red como a un pez y que, aun antes de empezar a trabajárselo con sus parodias, de poli malo y poli bueno, se vendría abajo y soltaría la verdad como sale el aire de un neumático pinchado.

En realidad, aún no había decidido la estrategia cuando fue a dar con sus posaderas en la silla de la pequeña sala sin ventanas. Su silencio era ausencia de acción, más que una acción consciente, y nada tenía que ver con que se negase a admitir sus crímenes. Puesto que aún no había decidido hablar, guardaba silencio.

Y, al parecer, ellos ya se lo esperaban. Aquel ridículo equipo tenía un plan previsto para situaciones como aquella, y en ese plan, cada uno desempeñaba un papel.

El que era como un tonel de cerveza: poco inspirado, con una agresividad nada profesional, y demasiado torpe para ver la solución a un problema aunque se la pusieran delante de las narices. La tipa, por su parte, buscaba contacto visual con él e intentaba ganárselo con una especie de compasión fingida, mientras que el del traje adoptaba la actitud intermedia entre uno y otro, haciendo de tío majo que ofrece cigarrillos y un bocata envuelto en plástico, para, de repente, dar un puñetazo en la mesa y exigir respuestas a cambio de su amabilidad.

Nada de aquello le haría hablar, puesto que nada de lo que decían le importaba lo más mínimo. Si algo había aprendido muy pronto en la vida era la capacidad de abandonar su cuerpo cuando lo necesitaba, transportar la actividad mental a un lugar donde hallase paz y donde nadie pudiera alcanzarlo. Como si se hubiera encajado en la nariz un par de gafas a través de cuyas lentes los veía borrosos, lejanos, mientras sus voces iban y venían como entre murmullos.

En aquella sala sin ventanas perdió la noción del tiempo, consciente sólo de que ya había transcurrido gran parte de la noche.

Por pura curiosidad, sopesó la posibilidad de intentar explicarles cómo pasó todo. Sólo por ver si lo comprendían. No tenía miedo de ir a la cárcel a consecuencia de su confesión, casi había calculado ya que acabaría allí tarde o temprano. Con las medidas de seguridad que había adoptado sólo pretendía evitar aquello que, pese a todo, había sucedido: es decir, que lo atraparan antes de terminar.

Abrió la boca varias veces para empezar a hablar, pero luego la cerraba, al comprender que, de todos modos, sus palabras no salvarían las interferencias. Había momentos en que el rumor inundaba toda la sala. Sólo cuando el del traje se inclinó sobre la mesa, fue capaz de distinguir sus palabras, que el policía articuló de forma exagerada.

—Mataste al hombre equivocado, ¿verdad, Sebastian? Tú querías matar a

Thomas Edell, porque crees que intentó violar a tu hermana My aquella noche de hace once años, ¿no? Él, Olof Pilgren y Sven Molin.

El del traje presionaba con fuerza la mesa con las palmas de las manos y continuó en el mismo tono monótono.

—Porque archivaron el caso como un accidente y porque no había pruebas; porque dijeron que bien podía haber tropezado y haberse golpeado la cabeza con una piedra al caer, como si, de repente, hubiera perdido el juicio y hubiera echado a correr hacia el corazón de la oscuridad del bosque y se hubiese arrojado en la nieve para morir. Porque la policía hizo entonces un pésimo trabajo.

Sebastian sintió que sus miradas lo perforaban. El rumor había cesado, las palabras alcanzaban implacables sus tímpanos y era imposible defenderse de ellas.

—Porque cayó en coma y murió, por culpa de aquellos tres hombres horribles. Por eso dedicaste años enteros a hacer lo que la policía debió hacer en su día: plantear preguntas, sacar conclusiones. Averiguar quién o quiénes estaban detrás de la muerte de My. Y cuando lo supiste, te entregaste a una colérica venganza, para reparar la muerte de tu hermana. Thomas Edell, Olof Pilgren y Sven Molin, ¿verdad? Pero fracasaste por completo, Sebastian. Sólo lo conseguiste con dos, uno de los cuales resultó ser el hombre equivocado.

Sebastian Granith tenía el ralo flequillo pegado a la frente. Muy despacio, alzó la cabeza y miró a Tell a los ojos.

No había en los suyos nada que el comisario pudiera interpretar y aquel vacío lo inquietó más que cualquier otra cosa.

—No sabías que estabas matando al tipo equivocado, ¿verdad, Sebastian? —continuó en voz aún más baja—. Te has enterado ahora, ¿a que sí?

El aire se había vuelto demasiado denso e irrespirable.

—Creíste que era Thomas Edell porque era su granja y porque su nombre figuraba en el letrero del taller y porque estaba casado con Lise-Lott Edell. Lógico, ¿no? Le pegaste un tiro en la cabeza y le pasaste por encima con el coche una y otra vez, hasta que su cuerpo quedó esparcido por media explanada. ¿Cómo ibas tú a saber que no era Thomas Edell? ¿Cómo ibas a saber que el tipo al que habías pulverizado era Lars Waltz, el nuevo marido de Lise-Lott, que ni por asomo había violado a tu hermana ni a ninguna otra joven?

El vigilante vino a salvar a Tell, antes de que las manos de Sebastian Granith se hubiesen aferrado a su cuello. El joven se le abalanzó por encima de la mesa, aunque sin convicción, sólo para detener el flujo de palabras que manaba de la boca del comisario, y ahora volvía a desplomarse en la silla.

—Dadme sólo cinco minutos.

Tell rechazó la ayuda que le ofrecía el musculoso vigilante y le señaló la puerta con un gesto. Sebastian meneó la cabeza y el sudor manchó el suelo de color verde.

De su garganta surgían unos hipidos que aumentaban o disminuían de volumen en una especie de canto gutural.

Media hora antes, Tell había sopesado la posibilidad de interrumpir el interrogatorio y continuar al día siguiente. Sin embargo siguió adelante. La noche llegaría pronto a su fin y la defensa de Granith hacía aguas por todas partes.

—Cinco minutos —accedió al fin.

\* \* \*

Durante un decenio entero, se había comido toda la mierda. Diez largos años de súplicas, hasta que comprendió de quién era la culpa. En cuanto tuvo la certeza, fue como retirar de los ojos un velo polvoriento y, por primera vez en mucho tiempo, verlo todo claro. A veces era como flotar en el aire.

—Sí, lo hice. Lo maté.

Granith había pasado los cinco minutos que le concedieron tumbado en la camilla con el brazo flexionado sobre la cara. Una vez más, presentaba aquella mirada vacía, tan enojosa y brillante que Tell creyó que podría verse reflejado en ella.

Sin embargo, tras la superficie reflectante de sus pupilas, Olof Pilgren moría una y otra vez. Una y otra vez, su cabeza y sus entrañas reventaban aplastadas entre la pared del garaje y la rejilla del jeep. Era la única secuencia del repertorio privado de Sebastian Granith que tenía algún valor. Y pasara lo que pasara, nadie podría arrebatársela. Si se centraba lo suficiente en las imágenes grabadas a fuego en su retina, éstas pasarían serviciales una y otra vez cuando cerrase los ojos, ayudándole a resistir.

—Sólo lamento no haber cogido al tercero también.

—Te refieres a Sven Molin.

Tell se irguió y miró el reloj. En cuanto pudiera hablar con alguien, se dijo, preguntaría cómo iba la búsqueda de Sven Molin. Seguramente estaría muerto de miedo, escondido en cualquier casa de verano cerrada. O quizá estuviese en otra ciudad, ignorante de que su vida había peligrado. En tal caso, ya volvería. El policía que vigilaba su casa tendría el honor de comunicarle que había pasado el peligro, si no lo había hecho ya.

Desde luego, obtener la confesión fue mucho más fácil de lo que Tell se había imaginado. Sebastian tenía los nervios destrozados, eso era evidente, aunque pareció tranquilizarse en cuanto empezó a describir cómo procedió para acabar con la vida de los dos hombres asesinados. Claro que eso era lo que solía suceder con los delincuentes. En lo más hondo de su corazón, el ser humano tenía la esperanza de que aquel que admitía su culpa recibiría el perdón.

¿No parecía incluso un tanto animado ante la oportunidad de pormenorizar el

modo en que cometió el delito?, se preguntó Tell. Como si se considerase un bienhechor, un vengador justiciero que había venido a reparar el daño. Y en cierto modo, el tipo estaba como un cencerro, pero en su lógica particular no era del todo absurdo: una vida por otra, por la de su hermana.

En alguna ocasión, muy de vez en cuando, un asesino lograba despertar en Tell cierto sentimiento empático.

Meneó la cabeza, como para deshacerse de la sensación, se levantó y colocó bien la silla. Había amanecido y pensaba irse a casa. Tomarse una copa de vino con la esperanza de que le procurase un sueño tranquilo. El primero en mucho tiempo.

## Capítulo 57

Cuando la despertó el timbre del teléfono, tuvo la sensación de que sólo llevaba durmiendo unos minutos. Se había pasado la noche yendo y viniendo de la cocina, tomando té, cada vez más aguado, y escuchando aquella música que, en condiciones normales, solía calmar sus nervios: Rickie Lee Jones, Manu Chao, Rebecka Törnqvist. A primera hora de la mañana, cuando aquel desasosiego indefinido empezó a manifestarse como taquicardia, se preparó un café bien cargado que se tomó a pequeños sorbos acurrucada en el sofá.

No tenía ningún sentido seguir intentándolo, se dijo, pero era evidente que el sueño la había acechado y le sobrevino cuando menos lo esperaba... Si es que el estado semiinconsciente podía llamarse sueño: imágenes inconexas que se sucedían veloces mientras ella, indefensa, las combatía con los puños cerrados y el cuello rígido apoyado en el brazo del sofá.

Al echar mano del teléfono que estaba sobre la mesa, se volcó encima el resto del café tibio que quedaba en la taza.

—¡Mierda! Sí, ¿hola?

—¿Hola? —la voz un tanto bronca de Hanna era inconfundible—. Pero ¿qué manera es esa de contestar al teléfono? ¿Tienes resaca?

Seja se incorporó tan rápido que sufrió un mareo. Con el reverso de la mano, intentó absurdamente limpiar el café del jersey. Se tambaleó y volvió a sentarse.

—Hola, sí. O bueno, no. No tengo resaca, pero la verdad es que me siento como si la tuviera. Apenas he pegado ojo esta noche.

—¡Ah! Pues vaya, qué horror —se hizo el silencio y Seja oyó que Hanna encendía un cigarrillo, daba una calada y se aclaraba la garganta, antes de preguntar—: ¿Estás ocupada?

Seja no pudo evitar una carcajada.

—No. Estoy cualquier cosa, menos ocupada.

Una mancha asimétrica de color marrón había ido creciendo en el jersey y, entre sus pies, el suelo de madera absorbía rápidamente las gotas de café.

—Vale. He estado pensando mucho en ti desde que nos vimos. Ya sabes... hace tanto tiempo desde que éramos amigas... Todo eso de... bueno, tus investigaciones, o como quiera que lo llamemos...

Seja se frotó los ojos con la palma de la mano para ahuyentar el incipiente dolor de cabeza.

—Ya lo sé, Hanna. Entiendo que para ti fue incómodo y muy extraño. No era mi intención involucrarte...

—No, no —protestó Hanna—, no empieces con ésas. Lo que iba a decirte es que... bueno, sabes que me pediste que confiara en ti y que respetase tu deseo de no

decirme nada más sobre el asunto y todo eso. Pero luego caí en Björn, seguro que no te acuerdas de él, era un par de años menor que nosotras. Aún nos vemos de vez en cuando. En un plano totalmente... platónico, digamos.

—Ajá... pero, quién...

—Su mujer no le permite tomarse un café con una vieja amiga. Sobre todo, si la amiga ha sido una perla... Así que nos hemos visto varias veces a escondidas para tomarnos un café en el centro. Algo totalmente inocente, ya te digo, él no es muy...

—Pero ¿qué tiene que ver él con...?

—Sí, lo que iba a decirte es que él, o sea, Björn, es amigo de un chico que asegura que se llevaba muy bien con aquella chica, la de la cazadora blanca, ya sabes, Tingeling, la que te interesaba. Por cierto que se llamaba My. La chica que desapareció. Ya sabes, el mundo es un pañuelo.

—Hanna...

Seja había caído de lleno en las garras del dolor de cabeza. Hanna soltó una risita nerviosa, pero se puso seria enseguida.

—Lo sé, entiendo que yo no tenía que hablar de esto con nadie, pero, bueno. Así son las cosas, ya lo he hecho, aunque no sabía lo suficiente como para revelar nada.

—¿Y qué te dijo Björn?

Su curiosidad venció con eficacia a su irritación.

—Björn no dijo nada, sólo que recordaba su apodo y que, de vez en cuando, salía con John, aquel otro amigo suyo. Fue el último con el que salió, por así decirlo. Estaban en el mismo curso o algo así. Anoté su número de teléfono.

—¿De quién? ¿De John?

Seja contuvo la respiración.

—Exacto. Por si te interesaba. Me dio la sensación de que necesitabas terminar de indagar en aquella sucia historia para calmar tu ánimo.

—Dame el número.

Después de detener la avalancha de preguntas con que Hanna la acribilló, se quedó mirando el número de teléfono, garabateado a toda prisa en el margen del suplemento de los sábados del diario *Göteborgsposten*.

Aún tenía fresca en su memoria la irritación de Christian Tell por su intromisión. Sabía que lo correcto sería tragarse su orgullo y acudir a la comisaría, donde lo hallaría convencido de ser impecable. Y una vez allí, facilitarle la información que poseía y volver a casa. Pero claro, lo único que tenía era el teléfono de una persona que quizá conoció a My hacía más de diez años. Seguramente, aquello no tendría la menor importancia y, en tal caso, se habría humillado para nada.

Por otro lado, sería un buen modo de demostrarle que había comprendido sus razones, que se podía confiar en ella. En algún punto impreciso de su decepción, latía una esperanza, el deseo de que todo se arreglase. Aunque a ella le habría encantado

que él hubiese dado el primer paso. Pero el teléfono seguía mudo.

Tras prepararse otro café, se sentó ante el escritorio.

La carpeta que Tell había encontrado en su casa, la que contenía aquel texto incompleto y las fotos borrosas del cuerpo hallado en el taller de Thomas Edell, estaba bien aplastada entre los manuales del examen de Ética y Periodismo. Ni siquiera los había abierto. Encendió el portátil y tecleó la contraseña.

El diario del sábado estaba lo bastante cerca como para que pudiese ver el número. Cogió el teléfono. Sí, eso haría. Si aquella conversación daba algún fruto interesante, Tell sería el primero en saberlo.

John Svensson respondió enseguida.

## Capítulo 58

Según indicaba el reloj de Tell, aún eran las siete y cuarto cuando dejó la comisaría, pero él no se detuvo a pensarlo. Pese a su añoranza de una copa de vino antes de irse a la cama, se quedó en la sala de personal con Beckman y Karlberg. El subconsciente de los colegas también parecía resistirse a dejar el trabajo e irse a casa. Quizá porque necesitaran sacar conclusiones del caso con más urgencia que dormir.

Cualquiera que fuese la razón, aquello era lo que solían hacer después de resolver un caso de envergadura: rebuscaban en los armarios y, tras encontrar un paquete olvidado de galletas polvorientas que mojar en el café, repasaban las distintas fases de la investigación. Tal vez fuese lo que la dirección llamaba *debriefing*.

Después de aquello lo reclamó su despacho, con sus montones acusadores de papeles y la luz del contestador, que le recordaba que tenía mensajes sin escuchar. Lo que debería haber sido media hora de poner orden en las pilas de carpetas, sólo para calmar los nervios antes de irse a casa, degeneró en varias horas de actividad febril.

Había quienes, no sin razón, lo acusaban de no tomarse muy en serio el aspecto administrativo de su trabajo. Sin embargo, nadie podía negar que, una vez que se ponía a ello, era de una eficacia extraordinaria.

Pasó por delante de la recepción para, por fin, dar por terminada su jornada laboral e irse a casa. La mayoría de los colegas a los que se encontró acababan de empezar su turno: al ver el reloj de la pared, constató que el suyo debía de haberse detenido la tarde anterior, concretamente a las siete y cuarto. Le escocían los ojos y su deseo de meterse en la cama no era ya teórico, sino físico y patente, pues le temblaban las piernas y no tenía fuerzas en los brazos. Incluso el maletín le pesaba aquella tarde más de lo habitual. Antes de salir del despacho, guardó un montón de los protocolos, las circulares y los memorandos que siempre inundaban las bandejas del correo y se quedaban apilados en la mesa. Leerlos todos le llevaría una jornada completa de trabajo. Había pensado utilizarlos como excusa para quedarse en casa un día o dos poniéndose al corriente.

—¡Christian!

Seja se le acercó con un par de zancadas. Tras haber dudado una fracción de segundo, le dio un abrazo sin entusiasmo. Tell se percató de que olía a vainilla.

Enseguida y a su pesar, se puso tenso. Seja debió de notar lo, pues dio un paso atrás para compensar el supuesto atrevimiento.

—Llevo media hora intentando que me dejen entrar en tu despacho. Esto es como una fortaleza —le dijo tratando de bromear.

Ninguno de los dos sonrió.

—Pero en realidad no lo es —respondió él secamente—. Les pedí que no me pasaran ni llamadas ni visitas. Estaba ocupado con...



—¿Estás ocupado? —lo interrumpió ella, nerviosa, jugueteando con un mechón de pelo que se le había soltado del moño—. Porque, bueno, necesitaba hablar contigo de...

—Sí, estoy ocupado.

Tell vio cómo enrollaba el mechón de pelo entre los dedos. Un gesto infantil que, de repente, lo llenó de irritación desmedida. La sensación de estar cansado pero satisfecho se esfumó en el instante mismo en que ella, irreflexiva, se le acercó en un intento de abrazo, mostrando así un desprecio absoluto por la integridad ajena. La falta de sueño de los últimos días y la ingenua ausencia de tacto de Seja hicieron estallar su ira.

—Es como suelo estar, ¿sabes? Ocupado. En el trabajo. Y si es verdad que ya no estoy ocupado, no lo es menos que estoy muy cansado y que pienso irme derecho a casa, a dormir.

—Comprendo —ella dudó un instante—. Sólo quería hablar contigo de...

—Oye, estoy muerto de cansancio. Si quieres algo de mí y ese algo está relacionado con el trabajo, llámame mañana en horario de oficina. Ahora me voy a casa.

Seja abrió la boca a medias, como si no diera crédito a lo que acababa de oír.

—«Si quieres algo de mí...». ¿Qué demonios quieres decir con eso? ¿Y si lo que quiero de ti no tiene nada que ver con el trabajo?

Retrocedió unos pasos hacia la salida, aumentando así la distancia que mediaba entre ellos.

Un colega alzó la mano al pasar, a modo de saludo; Tell no le respondió. Le dolía el brazo en el que llevaba el maletín cargado, pero soltarlo sería ceder ante la presión de Seja. Y Tell no quería darle más tiempo.

—Christian, comprendo que estás... cabreadísimo conmigo, aunque, desde mi punto de vista, has reaccionado de forma desproporcionada. Puede que tengas razón en estar enfadado, qué sé yo, pero, en cualquier caso, podrías concederme cinco minutos. Además, creo que tengo algo que te interesa.

En lo más hondo de su ser, Tell sabía perfectamente que la mujer que tenía delante estaba pagando por un montón de cosas de las que, en realidad, no era responsable. El haberle fallado a Östergren, desde el punto de vista profesional y personal. Su ridícula incapacidad para enfrentarse a las grandes cuestiones, las que tenían que ver con la vida y la muerte, con el amor, con la intimidad.

Y eso era, ni más ni menos: Seja lo tenía hartado con su exigencia de intimidad. Exactamente igual que todas las mujeres que había conocido en su vida habían terminado por asfixiarlo con su deseo de fusión.

—Yo no te he pedido nada —le dijo ella con voz queda, como si acabase de leerle el pensamiento—. Ni que te comprometas a compartir el futuro conmigo ni que me

cuentas todo lo que haces o lo que piensas. Y si te empeñas en fingir que sí lo he hecho, estás siendo injusto conmigo. Y por eso tampoco entiendo que te hayas enfadado tanto conmigo sólo porque no te lo conté todo.

—Es que hay mucha diferencia, ¿no crees?

—Pues no. Yo he venido porque tú querías que te contara todo lo que sé. Tiene que ver con My, con los dos últimos años de su vida. Creo que...

—Ya es tarde —la cortó Tell—. Ya no importa. Está resuelto.

—Bueno, como te digo, creo que lo que tengo te interesa.

—Me cuesta mucho creerlo.

Disfrutó al decirle aquello, aunque enseguida vio la decepción reflejada en su rostro. Meticulosamente, se cambió el maletín de la mano derecha a la izquierda, gesto que aprovechó para evitar su mirada. Los ojos de Seja le quemaban la espalda mientras se alejaba.

\* \* \*

El recuerdo fugaz de sus cuerpos entrelazados en la buhardilla le llenó los ojos de lágrimas, más por la humillación que por el dolor. Era demasiado pronto para sufrir por amor, no hacía tanto que se conocían.

Pero sí sentía pena por lo que no llegó a ser, quizá. Por las expectativas no cumplidas.

Él resultó ser otro, uno de los que decepcionaban. Y ella... había vuelto a arrojarse de cabeza a lo desconocido, para salir de nuevo más herida. Una vez más, abandonada a sí misma.

Y justamente abandonada se sentía allí, en medio del vestíbulo, ante las puertas que se abrían y se cerraban cada vez que entraba alguien. Le dio la impresión de que todos aquellos que pasaban a su lado la estudiaban para enseguida constatar que se trataba de mercancía dañada, que era una de esas que creen más de la cuenta. Ésas eran siempre las personas más ridículas. Las que se acercaban correteando alegremente, con la lengua fuera, como un perro, en cuanto alguien las llamaba para jugar un rato.

La recepcionista era una mujer de mediana edad con el cabello teñido de rubio y recogido a los lados con unas peinetas. Le guiñó y le sonrió compasiva. Como una autómatas, Seja intentó corresponderle con una sonrisa obsequiosa, pero sólo consiguió dibujar una mueca nada natural.

Se alegró al sentir la ira que le nacía en las entrañas. Volvió a evocar la imagen del comisario —porque eso era él: su trabajo, más que un hombre o que un ser humano— bajo el tejado inclinado de la buhardilla, o junto al horno de leña de su cocina, demasiado estresado para sentarse con la taza en la mano.

Su espalda. Y su aspecto mientras se alejaba con paso cansino cargado con el maletín, caminando pendiente abajo.

Su aspecto cuando, hacía un par de minutos, salió por la puerta de la comisaría.

«Los hombres son instituciones», decía una de sus profesoras. Fue durante un curso sobre los fundamentos del feminismo al que asistió hacía muchos años. Entonces no entendió el significado de tal afirmación, y era demasiado joven e insegura para preguntar. Más tarde fue modificando la alta dosis de preguntas y respuestas feministas que asimiló durante un periodo de activismo intenso. Llegó a integrar una parte de sus conocimientos, pero otros los desechó. Y a lo largo de los años pensó en más de una ocasión en las palabras de aquella profesora y en qué habría querido decir. Y por primera vez en su vida creyó que empezaba a entender la respuesta correcta. Una institución era algo obvio, un hecho. Un fenómeno que jamás se veía obligado a cuestionarse a sí mismo. Y que, naturalmente, se tomaba a sí mismo muy en serio. Como el comisario Christian Tell.

Seja habría podido comprender que se enfadase por no contarle sus recuerdos de la noche en que murió My. Y podía aceptar que, en ese caso, tenía derecho a conocerlos. Incluso podía admitir que debería haber dejado a un lado su integridad y haber hablado con él antes, en lugar de, como él le dijo, llevar a cabo su investigación particular.

Y teniendo en cuenta todo eso, ella se había tomado la decepción de él muy en serio, de modo que verdaderamente se esforzó por explicar lo que le pasó por la cabeza aquella noche. Y durante los años transcurridos. Y durante las últimas semanas, cuando decidió esperar antes de contárselo.

Pero, joder, él no quiso escuchar. Estaba demasiado ocupado jugando a ser el héroe herido y traicionado que luchaba contra viento y marea.

Existía una razón por la que ella había querido olvidar los malos presentimientos que abrigó sobre el destino de My. Una vez evocado, el recuerdo de aquella noche se le hacía implacable, apremiante. Jamás lograría liberarse del frío roce con que aquel recuerdo le helaba el alma y la conciencia.

Si quería alcanzar la paz, debía actuar. Ahora lo veía claro. Y ahora que sus compromisos para con Christian Tell se habían eliminado de un plumazo, era libre de actuar conforme a sus intereses. En su disco duro tenía el borrador de una novela policiaca, el principio de una historia, y una carpeta junto al grueso manual de Ética y Periodismo. El examen sería dentro de unos días y ella aún no había abierto el libro.

«Pero —se dijo— ¿qué debe hacer un periodista, en realidad, sino escribir?».

## Capítulo 59

Estaba claro: aquella cabaña llevaba mucho tiempo vacía. Iba incluida en el lote de la finca, pero Sven Molin no había puesto un pie allí. Era un pequeño pabellón de caza y a él la caza no le interesaba especialmente. De hecho, pensaba que el esfuerzo físico que exigía no era proporcional al beneficio económico que suponía la carne del animal cazado. Sobre todo desde que la adhesión a la UE abarató los precios de la mayoría de los productos alimentarios. Y no sentía ningún interés romántico por el asunto.

La madera del suelo de la entrada estaba podrida y la puerta se había hinchado y estaba atascada. La tarde que llegó no tenía ninguna palanca con que abrirla, ninguna herramienta, salvo la navaja del llavero. Estaba demasiado oscuro para ponerse a buscar una rama o una piedra puntiaguda que introducir entre la puerta y el marco. Finalmente, descubrió que una de las ventanas no tenía los pestillos echados. Se coló por ella y cayó al suelo con un golpe sordo. Le dio una patada a la puerta, que cedió enseguida. Contuvo la respiración durante varios minutos.

No quería romper el silencio. La cabaña estaba apartada de la civilización y, que él supiera, nadie la conocía. El anterior propietario de la finca la había mencionado de pasada. Una muñeca sin piernas y unos cubos de plástico llenos de hierba seca indicaban que hacía años que allí no jugaba ningún niño.

Huyó por el bosque como un animal acosado, después de cargar la furgoneta y de dejarla en la explanada para despistar y escabullirse por la parte trasera. Como de costumbre, el vecino había dejado las llaves de su Saab bajo la rueda delantera izquierda. Sven Molin era un animal acosado y si, llevado por la actividad de la vida cotidiana, había logrado olvidar aquella sensación hasta entonces, ahora la sentía con toda su fuerza.

Alguien iba a por él. Y ese alguien no tendría, seguramente, ninguna dificultad en encontrarlo. Nunca había puesto especial empeño en borrar su rastro. Jamás lo creyó necesario.

Cuando se marchó precipitadamente de Olofstorp después del Accidente, no lo hizo por temor a las posibles acciones jurídicas. Ni siquiera estaba seguro de que hubiese habido delito. Él lo veía como un accidente.

Lo hizo más bien huyendo de los recuerdos cuya fuerza se incrementaba cada vez que veía a sus dos amigos de la infancia, cada vez que oía sus voces o cualquier otra cosa que le trajese a la memoria aquella noche infernal de diciembre en las afueras de Borås.

Lo único que quería era marcharse lejos de allí y tampoco le parecía que tuviese mucho por lo que quedarse. La preocupación temblona de sus padres, ya mayores, y sus cuidados agobiantes. El patético agujero de soltero que se montó en el sótano de

la casa paterna, que no era, en realidad, sino una habitación infantil encubierta. Aquel trabajo lamentable en el almacén. Decidió desertar, quería ser dueño de su vida y quería tener familia.

Y con Lee y la granja de visones, alcanzó su objetivo. Se sentía satisfecho. El Accidente estaba cayendo en el olvido. Tal y como él había augurado, desde que cambió de vida, le resultaba cada vez más lejano. Pertenecía a la vida del muchacho fracasado que había sido y no al padre de familia en que se había convertido.

La mañana siguiente al Accidente, vomitó en el vestíbulo y en la escalera que conducía al sótano, temblando y llorando como un niño. Sus padres no habían mencionado el suceso hasta el día en que su padre le expuso sereno los hechos de los que había extraído sus conclusiones. Lo hizo con objetividad. Se diría que, de no haber sido asesinados en el transcurso de unos días tanto Pilgren como el nuevo marido de Lise-Lott, el asunto hubiese carecido de importancia.

Desde luego, él jamás pensó que aquella historia le perseguiría de ese modo. Curiosamente, se veía prisionero de su pasado en el peor momento imaginable, ahora que había conseguido algo valioso, algo por lo que luchar. Ahora se vería obligado a luchar, en lugar de resignarse y dejar que la mierda emergiese a la superficie, lo cual habría sido un alivio, en cierto modo.

\* \* \*

Cualquier sonido procedente del exterior de la cabaña le hacía pensar que había llegado la hora. Aquella oscuridad impenetrable aceleraba su pánico, que perduró incluso hasta el amanecer. Sin soltar la escopeta, se arrastró gateando, pues no osaba dejarse ver por la única ventana de la cabaña. Como tampoco se atrevía a salir al bosque para hacer sus necesidades, sino que usaba uno de los cubos que algún niño habría dejado allí dentro. Las provisiones que con tanta premura había guardado para llevarse se terminaron muy pronto.

No tardaría en perder la razón. Si es que antes no moría de hambre.

Su móvil no tenía reloj y pronto perdió la noción del tiempo. De vez en cuando, parpadeaba silencioso en la pantalla el número de sus padres, cuando no un número oculto que suponía pertenecía a la policía que le había dejado en el contestador un mensaje en el que le pedía que acudiese de inmediato a la comisaría más cercana. Podía hacer horas, o días, no tenía ni idea. Él no confiaba en la policía y, desde luego, no confiaba en que pudieran protegerlo de un loco desquiciado.

Tenía clarísimo desde un principio que no se entregaría. No paraba de pensar y de preguntarse si su colaboración podría considerarse como homicidio, complicidad en intento de violación, falta de colaboración con la policía... ¿Habría prescrito ya el suceso, después de más de once años? Sencillamente, no tenía el menor interés en

remover la cosa y airear los trapos sucios.

Más tarde, su única razón fue el miedo, pero de otra naturaleza, más primitivo, un miedo inveterado. Le habría gustado tener a la policía en la cabaña cuando, cubierto de un sudor frío y temblando en el saco de dormir, temía que, en cualquier momento, aquel vengador perturbado echase abajo la puerta y acabase con su vida. Y justo cuando estaba a punto de marcar el número de emergencias de la policía en el móvil ya casi sin batería, recibió un mensaje corto:

*La policía de Gotemburgo ha intentado ponerse en contacto con usted por una posible amenaza contra su vida. Le comunicamos que dicha amenaza ha dejado de existir: hemos atrapado al culpable. Le rogamos se ponga en contacto con el comisario Christian Tell lo antes posible en el número 031-39-29-50 para el seguimiento del caso.*

Tuvo que leerlo varias veces para comprender qué decía.

\* \* \*

Molin tenía aún el corazón en un puño cuando, agazapado, echó a correr bosque a través hacia el lugar donde tenía escondido el coche del vecino. Una vez dentro del vehículo, bajó el seguro de las cuatro puertas y recorrió la sinuosa carretera de gravilla a una velocidad temeraria. Quería verse lejos. Lejos de las peores veinticuatro horas de su vida, lejos del miedo y de las alucinaciones febriles protagonizadas por una silueta sin nombre que se alzaba sobre él con mano amenazadora. Se pondría en contacto con la policía en cuanto llegase a casa. Se quitaría un enorme peso de encima.

Una sombra se plantó delante del coche y le arrancó un alarido. Durante una fracción de segundo, su mirada se clavó en un par de ojos aterrados. El coche alcanzó la parte trasera del corzo, que lanzó un grito. Vio por el espejo retrovisor que el animal se desplomaba sobre el piso antes de quedar inmóvil.

Ya daba por hecho que habría muerto cuando, de repente, se levantó como pudo y entre movimientos convulsos y agudos lamentos, arrastró su cuerpo herido hacia el interior del bosque.

Se le nubló la vista. Se obligó a detenerse en el cruce iluminado, junto a los buzones. A pocos metros de su casa.

«... dicha amenaza ha dejado de existir: hemos atrapado al culpable». Había pasado el peligro. Respiró tan pausadamente como pudo. Había pasado el peligro.

El grito fantasmal del corzo parecía estar acercándose. Echó otra ojeada al espejo retrovisor. Detrás del coche se movían las ramas densas de un abeto.

Dudó un instante. Luego extendió el brazo y cogió la escopeta. Cuando abrió la puerta y salió del coche, los gritos del corzo le recorrieron todo el cuerpo como un cuchillo. Resultaba insufrible. Tenía que hacerlo callar, por el bien de todos. Sólo sería preciso un disparo.

Buscó el origen del sonido a la luz de los faros traseros del coche. No tuvo que caminar muchos metros para toparse con el animal herido. Resonó el disparo y un silencio compasivo lo inundó todo mientras él se apresuraba a regresar al coche. Había dejado abierta la puerta del lado del conductor y no estaba a más de dos metros del asiento y de la luz cuando intuyó un movimiento a su espalda.

Un segundo después, sintió una punzada detrás, entre los hombros. En un primer momento se sorprendió y se llevó la mano hacia la fuente del dolor. Recibió la segunda puñalada en la muñeca. El dolor, como un rayo, lo dejó transido y le hizo caer de rodillas. Sobre él se cernía un cuerpo, una respiración acelerada y un grito ahogado por el esfuerzo. En su cerebro aturdido se repetía un mantra absurdo: «Ha pasado el peligro. Ya ha pasado el peligro».

## Capítulo 60

Tell había esperado ante la puerta cerrada del Systembolaget junto con la pandilla de borrachos del barrio, entró en cuanto abrieron y compró una botella de Glenfiddich y otra de un vino tinto ni caro ni barato, para celebrarlo, por así decirlo, y se detuvo en la tienda de comestibles de la calle Vasagatan, de camino a casa.

La chica que trabajaba en la tienda hablaba a gritos por el móvil, pero bajó un poco la voz cuando Tell entró en el establecimiento. Cogió unas cuantas películas de DVD, una bolsa de patatas fritas y unas golosinas para consumir durante las veinticuatro horas que, según creía, necesitaba pasar en el sofá, con las persianas echadas. Salió y lo metió todo en el coche.

Vio por el retrovisor que un guarda del aparcamiento precedía al coche de limpieza urbana que, a una velocidad de caracol, barría el cruce de las calles Vasagatan y Victoriagatan, mientras la cafetería de Tomtehuset abría sus puertas con la promesa de café caliente y bollos de canela recién horneados.

Tell exhaló un suspiro de alivio cuando se alejó de allí sin que le hubieran puesto ninguna multa. Ya tenía bastantes y, desde luego, era lo último que necesitaba en un día como aquel. Para empezar, era una locura coger el coche para recorrer el corto trayecto entre su casa y el trabajo, pero eso ya lo había constatado con anterioridad. Se libró de chocar con el tranvía número 3, cuyo conductor tocaba el claxon enloquecido y le hizo un gesto obscuro con la mano. Sin embargo, Tell estaba demasiado cansado para inmutarse.

Su apartamento olía a cerrado. Se quitó los zapatos en la cocina y se sirvió un Glenfiddich. Como a cámara lenta, se dirigió a la sala de estar y aterrizó desplomándose en el sofá sin haberse quitado la chaqueta siquiera.

Unas horas más tarde lo despertó el jaleo de la *happy hour* del bar Valand, que comenzaba después de la jornada laboral. Echó una ojeada al reloj: aún marcaba las siete y cuarto. Se dio cuenta de que había estado muchas horas durmiendo, pero todavía se sentía agotado y, además, acalorado y pegajoso. Una mancha de sudor cubría la porción de piel del sofá donde había estado tumbado.

Se levantó con el cuerpo entumecido por la extraña posición y se encaminó a la cocina, dispuesto a ingerir algo de comida antes de abalanzarse sobre la bolsa de patatas fritas. Se tomó un bocadillo que devoró de pie mientras contemplaba la calle Götabergsgatan y la parte del parque Vasaparken que veía desde su ventana. Una pandilla de chicos alborotadores que apenas había dejado los juegos infantiles bajaba por Avenyn, pese a lo temprano de la hora.

«Al menos antes la afición a la bebida se practicaba sólo los sábados por la noche», pensó sin gran interés. En realidad, el ruido de la ciudad nunca le había molestado, no realmente. Sin embargo, sí que le parecía enervante el silencio que



reinaba en la cabaña de Seja.

Ahuyentó con éxito la ampliación de aquel pensamiento.

Se dio una ducha con una copa de vino aguardándolo en el borde del lavabo, ya que se había propuesto pasar su día libre en un dulce estado de embriaguez elegante, mientras en el televisor se veían los anuncios previos a *Million Dollar Baby*, de Clint Eastwood. No oyó el teléfono hasta que saltó el contestador.

«... te habla el contestador automático...».

Mientras se secaba, su voz le pedía al que llamaba que dejase su nombre y su número de teléfono. Se dijo que, la próxima vez que decidiese tomarse un día libre debía recordar no sólo apagar el móvil, sino, además, desconectar el teléfono fijo.

El prolongado pitido cesó y la voz excitada de Karlberg vino a invadir su canal auditivo. Tell tuvo que ir a la cocina e inclinarse sobre el altavoz del contestador para oír bien lo que decía. La grabación era bastante mala, de modo que se vio obligado a rebobinar y volver a escuchar el mensaje.

La segunda vez que lo reprodujo no le cupo la menor duda de cuál era la información que le transmitía Karlberg. Se le cayó al suelo la toalla que llevaba enrollada en la cintura, pero, por el momento, lo último en lo que pensaba era en que pudiesen verlo los vecinos.

«Han encontrado muerto a Sven Molin. Asesinado. También he llamado a Beckman. Avisa de cuándo vas a venir. Y de lo que debemos hacer».

Miró las botellas que había en el poyete de la cocina.

Y el reloj de pulsera, con la correa de piel desgastada, que aún indicaba las siete y cuarto. Según el reloj de pared, pronto lo serían. Lo sopesó brevemente y decidió que tomaría un taxi.

\* \* \*

De no haber tenido tanto interés en no pregonar a los cuatro vientos que estaba algo ebrio —pese a la urgencia, se había detenido por el camino a comprar una cajita de caramelos Fishermans Friend—, se habría reído de buena gana al ver el semblante pálido y la expresión de desconcierto de Gonzales.

Y si la razón de la reunión de emergencia no fuese cualquier cosa menos cómica, claro.

—No se nos olvidaría encerrar con llave a Granith antes de marcharnos, ¿verdad? —no pudo evitar preguntar, aunque volvió a ponerse serio al ver la expresión de sorpresa de Gonzales—. Bien, amigo mío, esto no era exactamente lo que esperábamos que sucediera.

A medida que tomaba conciencia de lo ocurrido, notó cómo se iba encolerizando. También los colegas llevaban el fracaso escrito en la cara.

—¡Vaya mierda! ¿Cómo coño...? —exclamó antes de ponerse a pensar con claridad—. ¿Karlberg está allí?

Gonzales asintió.

—Fue él quien atendió la llamada de Bengtfors. Salió hacia allí enseguida. Nosotros estábamos esperando a que llegaras para...

—¿Quién ha hablado con Karlberg?

—Yo —declaró Bärneflod, que apareció en el umbral metiéndose la camisa por dentro de los vaqueros.

—¿Y?

—El cadáver de Molin se hallaba en mitad de la carretera, acuchillado sin más, a tan sólo unos doscientos metros del policía que estaba de guardia en la comisaría.

—Es decir, cerca de su casa.

—Sí, creo que en una encrucijada que hay justo antes de llegar a su finca. Por alguna razón, Molin había salido del coche y había dejado la puerta abierta.

—Karlberg pensó que quizá hubiese ido a recoger el correo —apuntó Gonzales —, porque estaba a tan sólo unos metros de los buzones. La otra opción es que hubiese atropellado a alguien o algún animal, había un residuo en el paragolpes delantero que podría ser sangre. Si se trata de un animal, no tardarán en encontrarlo.

Se oyó el rauda resonar de unos tacones en el pasillo y un segundo después, Beckman asomó la cabeza. Llevaba el pelo revuelto, lo que indicaba que, como Tell, también ella había cambiado la noche por el día y que la habían despertado con la mala noticia. «El peinado de después de un polvo», le susurró Bärneflod a Gonzales, que no pestañeó siquiera. Beckman se desplomó al lado de Gonzales y fijó la mirada en Tell, para darle a entender que no se explicaba en absoluto el desarrollo de los últimos acontecimientos.

—¡Me rindo! —exclamó—. Por el camino hacia la comisaría he tenido tiempo de cabrearme.

—¿Cómo dices que murió? —preguntó Tell, sentado con gesto impaciente en el borde de la silla—. ¿Apuñalado? Pero, en ese caso, el modo de proceder es totalmente distinto. Vamos, es que no me lo explico...

—Es que se trata de otro asesino —aclaró Bärneflod. Tell cerró los ojos durante unos segundos, antes de responder.

—Sí, soy consciente de que Sebastian Granith no ha podido matar a Sven Molin mientras estaba encerrado en el calabozo. Pero, teniendo en cuenta los antecedentes, quizá podamos concluir que sería una coincidencia un tanto extraña que a Sven Molin lo hubiese matado una persona totalmente ajena al círculo, sin conexión alguna con Sebastian Granith, ¿no te parece?

—En el trabajo policial, nunca hay que decir «nunca jamás», mientras no existan pruebas para ello —aseveró Bärneflod ofendido.

«Bueno, ya te has dejado caer con el comentario inteligente del día», pensó Tell. Haciendo un esfuerzo infinito, se serenó para dar forma a una hipótesis.

—Sin dar nada por sentado, hemos de considerar que este tercer asesinato también está relacionado de algún modo con el hecho de que My Granith, hermana de Sebastian Granith, fuese atacada por Thomas Edell, Olof Bart y Sven Molin. Es decir, se trata de alguien que colabora con nuestro detenido... A ver, ¿qué decís?

—Alguien que también tenía una relación íntima con My —apuntó Beckman. Tell asintió.

—O que tenga una relación lo bastante íntima con Sebastian como para secundar su disparatada venganza. Por si fuera poco... existe una posibilidad con la que hemos de contar, desde luego: que Sebastian Granith haya confesado dos asesinatos que no ha cometido. Por ejemplo, para proteger a alguien.

—¿Quién encontró a Molin? —preguntó Beckman.

—Un vecino —respondió Bärneflod.

—¿Lo han interrogado?

—Sí. La policía local ha empezado a preguntar de casa en casa por aquel desierto; al parecer alguien dijo haber oído un disparo.

—¿Un disparo? —preguntó Beckman—. Me sorprende muchísimo.

—Sí. Hallaron en el suelo la escopeta de Molin, al lado de su cadáver. Puede que presintiera que estaba en peligro, quizá le disparó al asesino y erró el tiro, cualquiera sabe.

—Bien.

Tell notó que su cerebro empezaba a deshacerse de la garra soporífera del alcohol.

—Beckman, tú irás a ayudar a Karlberg, será suficiente con una persona. Yo me sentaré a ver qué puedo sacarle a Sebastian Granith. Los demás seguid estudiando la historia de My Granith en el mismo punto en el que nos interrumpieron el otro día. La investigación del accidente data de 1995. Partid de ahí y retroceded en el tiempo. Lo más sensato será empezar por el resto de la familia. Bärneflod, tú me traerás un informe más tarde —guardó silencio un instante, antes de preguntar—: Por cierto, ¿alguien ha hablado con Östergren?

Bärneflod lo miró con sincera sorpresa.

—¿No es ése tu trabajo? Por eso cobras tú más que nosotros, ¿no?

Tell se levantó y le dio un empujón al salir de la sala.

—En lugar de protestar tanto, ponte manos a la obra.

La puerta del despacho de Östergren estaba cerrada y Tell decidió esperar y llamarla a su casa más tarde.

Poco más de media hora después, Tell apareció ante la puerta de Bärneflod y dio unos golpecitos en el marco.

—Le he dicho a Gonzales que siga un par de pistas a ver qué dan de sí. Y he

pensado que tú y yo vayamos a visitar a mamá Granith. Al parecer, existe.

—A Borås entonces, ¿no?

—A Borås, sí.

—¿Y no puede encargarse Björkman?

—No, joder. Este caso es nuestro. Venga, nos vamos.

\* \* \*

Justo a la altura del aeropuerto de Landvetter, empezó el atasco. Tell se vio obligado a reducir la velocidad hasta detenerse por completo. Soltó una maldición cuando oyeron por la radio que un camión de gran tamaño había volcado en la autovía y que, en aquellos momentos, estaban deshaciendo el entuerto. Seguramente, el tráfico tardaría un par de horas en volver a fluir con normalidad.

Tras tres cuartos de hora de espera con otras cuantas imprecaciones y conduciendo a paso de tortuga durante lo que se les antojó una eternidad, pudieron tomar la salida hacia Kinna y Skene para, desde allí, poner rumbo a Borås por las carreteras comarcales.

Un buen rato más tarde de lo previsto, aterrizaron en la dirección de la familia Granith, ante un bloque de pisos de alquiler más o menos céntrico pero bastante deslucido. En la segunda planta tenían las cortinas echadas.

En la puerta se leía «S. Granith». Un arrastrar de pies procedente del interior del apartamento los movió a permanecer a la espera, pese a que nadie acudía a abrirles. Bärneflod aporreó la puerta con el puño. Miró por la ranura para el correo y vio un par de pies en calcetines.

—Señora Granith, ¿sería tan amable de abrirle la puerta a la autoridad policial?

—les preguntó a los pies en tono solvente. Tras otro instante de vacilación, oyeron el ruido de la llave al girar en la cerradura y una mujer con el pelo revuelto apareció en la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó con hosquedad forzada, cuya única finalidad era ocultar su angustia. Tell le mostró la placa y, al ver que no reaccionaba, dio un paso al frente y entró en el apartamento seguido de Bärneflod. Ella retrocedió con los ojos desorbitados.

Tell tuvo que decirse a sí mismo que el hijo de aquella mujer acababa de ser detenido por asesinato, pero ni siquiera esa circunstancia le ayudó a ser indulgente con su aspecto. Sencillamente, era espantoso. El cabello sucio le caía en mechones enredados por la cara y el cuello, como si se le hubiese alborotado en un ataque de ira, o por haber sufrido un exceso de humillación o quizá por desidia. Se tironeaba sin cesar del jersey, demasiado corto, y llevaba un par de *leggings* raídos y demasiado grandes para sus piernas raquílicas. Por encima de la cintura se atisbaba una franja de

piel pálida y arrugada.

—Perdona que vengamos tan tarde. ¿Podemos entrar? —preguntó Tell.

—Supongo que pensáis hacerlo de todos modos, ¿no? —le espetó la mujer, aunque los precedió invitándolos a entrar en lo que parecía ser la sala de estar. Estaba atestada de muebles en una mezcla disparatada de estilos. Tell contó hasta cuatro mesas de distinto tamaño. Los dos policías llegaron como pudieron a una de ellas y se sentaron en sendos sofás. Solveig Granith optó por quedarse de pie, por el momento, como dando a entender que no esperaba que permaneciesen allí demasiado, pero puesto que los policías no parecieron captar su intención, decidió sentarse en el sillón que había junto a la ventana.

—Tienes un hijo llamado Sebastian Granith, ¿no es cierto? —preguntó Bärneflod al tiempo que, con una expresión de repugnancia inequívoca, retiraba el polvo que había acumulado en el respaldo del sofá, antes de acomodarse. La mujer asintió de mala gana—. Te han comunicado que está detenido y que, durante la noche, se ha confesado autor de dos asesinatos: el de Lars Waltz y el de Olof Bart.

Solveig Granith volvió el rostro hacia la ventana sin inmutarse.

Bärneflod y Tell se miraron. Aquella señora parecía un hueso duro de roer. Era natural que estuviese conmocionada, pero algo les decía que su actitud hostil se debía a algo más. Tell decidió ir derecho al grano.

—Por lo que sabemos, tu hijo vive contigo, lo que nos da pie a preguntarte dónde te encontrabas la noche del martes 19 de diciembre y la mañana del jueves 28 de diciembre.

Escribió ambas fechas en una página en blanco de su bloc y se la ofreció a Solveig, que les echó una ojeada antes de volver a concentrarse en la contemplación de lo que había al otro lado de la ventana.

—Tómate tu tiempo, si necesitas hacer memoria.

Por entre las sucias cortinas se atisbaba al otro lado de la calle una fachada iluminada por luces de neón.

—Veamos, formularé la pregunta de otro modo: la noche del 18 al 19 de diciembre del año pasado, ¿estuviste fuera toda la tarde y toda la noche o sólo unas horas?

—¿Y cómo demonios quieres que me acuerde? —le respondió Solveig en tono burlón.

Se oyó una puerta al cerrarse y Bärneflod enarcó las cejas preguntándose de dónde vendría el ruido. El comisario se puso rígido y, de forma instintiva, acercó la mano a la funda de la pistola.

—¿Hay alguien más en la casa?

Solveig Granith negó con un gesto. Bärneflod miró fugazmente a Tell antes de levantarse. Solveig se puso nerviosa y empezó a morderse el labio inferior.

—Bien, entonces, reformularé la pregunta —aseguró Tell—. ¿Dónde te encontrabas anoche y anteanoche?

—No tengo por qué responder a tus preguntas —replicó Solveig, aunque no sonó muy convencida. Durante unos segundos, su mirada vagó entre Tell y Bärneflod, como si esperase que, de pronto, alguno de los dos le diese la razón y pusiera fin a aquella situación desagradable.

—¿Dónde te encontrabas esos días y a esa hora?

—¡No me acuerdo!

Con los ojos desorbitados, al borde de la histeria, la mujer hizo un gesto patético y dio dos pasos al frente, apuntando con la barbilla a Bärneflod, que era el que estaba más cerca. Éste no estaba preparado y, en el sobresalto, derribó una paloma de porcelana. Los fragmentos se dispersaron por el parqué dañado y uno de ellos fue a parar junto a los pies de Solveig Granith.

La mujer se acuclilló despacio y lo cogió en la palma de la mano. Por un instante, Bärneflod creyó que estaba llorando y carraspeó, un tanto incómodo.

—No lo recuerdo —susurró Solveig ahuecando la mano para recoger los fragmentos de porcelana.

—Pero seguramente te acordarás de lo que hiciste ayer por la tarde —insistió Tell, empeñado en obtener una respuesta.

Tuvo que repetir la pregunta una vez más, antes de conseguirlo.

—Supongo que estaba aquí. Yo siempre estoy aquí.

—¿Hay alguien que pueda verificarlo?

—No.

Tell sintió una corriente de aire en la nuca. Seguramente, habrían abierto una ventana o un balcón de una habitación contigua. Tenía la certeza de que allí había alguien más y que ese alguien estaba escuchando lo que decían, lo que hacía la situación más extraña aún. Con un gesto, le indicó a Bärneflod que se preparase para inspeccionar el apartamento.

Solveig Granith, que seguía acuclillada, se incorporó y Tell decidió poner todas las cartas sobre la mesa.

—Estamos seguros de que Olof Bart y Lars Waltz, al que confundieron con Thomas Edell, fueron asesinados por la supuesta agresión cometida hace once años contra tu hija. Ésa es la razón que ha aducido tu hijo. Ahora bien, en las últimas veinticuatro horas también ha aparecido asesinado el tercer hombre, Sven Molin. El problema es que tu hijo estaba detenido en el calabozo.

—Y ¿por qué había de ser eso un problema para mí? O para ti.

Solveig Granith hablaba como para sí y parecía cada vez más ausente.

—Es un problema porque no creemos que sea casual que también Molin, el tercer hombre de aquella noche, haya sido asesinado. Y puesto que tu hijo estaba detenido,

cabe suponer que la venganza se ejecutó por mano de otra persona, también estrechamente vinculada a My. No estoy diciendo que esa persona seas tú, sólo te pregunto si hay alguien que pueda confirmarnos que pasaste en casa la tarde y la noche de ayer.

Granith se tiró del escote, como si le faltase el aire.

—Yo puedo confirmar que estuvo en casa.

La mujer que apareció en el umbral tenía los labios color cereza y una melena corta teñida de negro. Quizá fuese una peluca, constató Tell un segundo después, tras comprender que su presencia no constituía una amenaza. Era alta y llevaba un traje anticuado, bastante ajado pero seguramente caro.

—¿Y tú eres...?

Bärneflod escrutó descaradamente a la mujer de pies a cabeza. Tendría unos cuarenta años.

—Yo, bueno, ayudo a Solveig a hacer la compra y cosas así. Servicios sociales —explicó la desconocida—. Y puedo atestiguar que Solveig estaba en casa ayer por la tarde.

Solveig Granith se volvió agradecida a la asistente, como mira a su madre una niña necesitada.

—¿Y por la noche? —preguntó Bärneflod.

Lo que veía a su alrededor le hacía sospechar. Por un lado, el desorden reinante en el apartamento hacía dudar de que Solveig Granith tuviese una asistente social. Por otro, el traje de la asistente contradecía su afirmación de que la limpieza estuviese incluida en sus tareas. Quizá la limpieza no entrase en el epígrafe «cosas así». Quizá, se decía Bärneflod, la limpieza se hubiese eliminado con los recortes, como si un tsunami hubiese arrasado la atención a la tercera edad.

Él sabía muy bien cómo estaban las cosas en ese frente. En el hogar de ancianos donde vivía su madre apenas había personal para cambiarles los pañales a los viejos. Aunque Solveig Granith tampoco era tan mayor, lo que no significaba que fuese agradable a la vista. Antes al contrario, era un adefesio, pero al parecer también los locos tenían derecho al servicio de asistencia domiciliaria.

¿Acaso no era así, de hecho, en la Suecia actual? Se premiaba cualquier forma de incompetencia social y de vagancia, mientras que los viejos, los suecos, aquellos que habían trabajado duro por la sociedad de su país durante toda su vida, no debían suponer coste alguno.

—Ajá, de modo que trabajas por la tarde. Y por la noche también —rugió Bärneflod tras echarle una ojeada al reloj. No hizo el menor esfuerzo por ocultar su desconfianza, ahora que había conseguido ponerse furioso. Y de hecho, le pareció que la supuesta asistente se ruborizaba un poco.

—Sí, a veces trabajo por las tardes. La gente no sólo necesita ayuda durante el día

—respondió la mujer, aunque nada convincente—. Pero ayer por la tarde estuve aquí por otro motivo. Se me había olvidado el reloj en la cocina, me lo quito para fregar los platos y quería recuperarlo, así que... llamé a Solveig para preguntarle si era demasiado tarde para...

—Yo estoy despierta hasta muy tarde —intervino Solveig en tono mecánico.

—¿Y a qué hora fue eso? —preguntó Bärneflod, tan exasperado como antes. Miró a la mujer más joven, que le sostuvo la mirada.

—Hacia las nueve. Me quedé hasta las diez menos cuarto.

Con un gruñido, Bärneflod le dio su bloc de notas para que escribiese en él su nombre y sus datos de contacto.

—En previsión de cualquier eventualidad.

Cuando, tras un instante de vacilación, la mujer se inclinó para escribir, dejó al descubierto una serpiente tatuada que le subía por el cuello de la camisa. Bärneflod se estremeció.



## Capítulo 61

Aquella mañana Michael Gonzales se había pasado toda la reunión frotándose la nariz y suspirando, igual que sus colegas, pero lo cierto era que el nuevo giro del caso lo había llenado de excitación.

Era demasiado joven para trabajar en el grupo de homicidios, al principio se lo decían continuamente. Algunos asentían apreciando su entusiasmo y le daban palmaditas en la espalda. Otros bromeaban diciendo que tenía madera de jefe y se preguntaban «¿cómo acabará esto?».

Con el paso del tiempo, el tono había ido recrudeciéndose. No todos acogían impresionados a alguien que ascendía más rápido de lo habitual, ya fuese por afán de superación o por la consabida cuota de negros y extranjeros, que constituía el tema de conversación favorito entre los policías de coeficiente intelectual más reducido.

Al principio, aquel odio mal disimulado lo enfurecía y despertaba en él su lado combativo, que había fomentado su entorno familiar. De hecho, lo habían educado para no aceptar un trato denigrante. En concreto lo había educado así su madre, que estaba orgullosa como un pavo de que su único hijo fuese miembro del Cuerpo de Policía, pero que no por ello le permitiría que se humillase ante nadie. En los comienzos de su carrera, Michael Gonzales se defendía pensando en su madre. No porque en condiciones normales él se identificase con la expresión «extranjero de mierda» —puesto que llevaba toda su vida en Suecia—, sino por una especie de respeto por la persona de su madre, porque la batalla contra el racismo solapado que ella había librado desde su llegada a Suecia a mediados de los setenta valiese un poco la pena.

Sin embargo, era posible elegir los motivos de lucha, como comprendió al cabo de un tiempo. Él tenía una actitud positiva. A lo largo de los años, había tomado conciencia de lo ventajoso de utilizar su encanto como un factor de poder: con él podía evitar malentendidos y desarmar a su oponente y, de ese modo, tomar el control en lugar de convertirse en víctima de su propia rabia.

Él no deseaba estar en ningún otro lugar; siempre había aspirado a trabajar como policía de homicidios y delitos violentos. Por esa razón devoraba novelas policiacas durante la adolescencia y se convirtió en consumidor empedernido de ese tipo de series de televisión de estilo más o menos realista. Y por esa razón se presentó a las pruebas de ingreso de la Escuela Superior de Policía en dos ocasiones, hasta que lo admitieron.

No le costaba ningún trabajo identificarse con el tipo de investigador solitario, sacrificado, obstinado y arisco, ya fuese invención de Henning Mankell, de Colin Dexter o de Michael Connelly.

Y, bueno, por el momento no había encontrado en el trabajo policial nada que se

asemejase a las investigaciones que aparecían en las series de televisión o en el mundo literario. En la época en que salía a patrullar por la ciudad, que a él se le antojó una eternidad, había llevado al calabozo a muchos borrachos como cubas, había intervenido en cientos de disputas familiares, detenido a un sinfín de conductores por exceso de velocidad, arrestado a ladronzuelos de supermercado, revisado documentos y redactado informes sobre coches robados para, finalmente, un buen día, tener por fin la posibilidad de dedicarse a las cuestiones importantes. Con íntimo entusiasmo, vio su nombre estampado en el cristal de la puerta de su despacho, su futura tarjeta de visita: Michael Gonzales, investigador de homicidios.

Y después, siguió revisando documentos. Y redactando informes sobre disputas familiares, con la única diferencia de que ahora, dichas disputas solían terminar con la muerte de uno de los borrachos.

No, desde luego no podía decirse que hubiera muchas persecuciones en coche por toda la ciudad, solía explicarles a los niños de la plaza cuando le preguntaban. Los más pequeños, que aún no estaban contaminados del odio a la policía que sentían los pandilleros, se dejaban impresionar. Sin embargo, aquellos cuyos hermanos mayores no habían sabido sustraerse a la presión y formaban parte de alguna pandilla no se inmutaban.

—Es más pequeña que la de Slavko —le dijo uno de ellos el día en que Gonzales, en un arrebato ridículo y nada profesional, les enseñó su arma reglamentaria.

Por cierto, el comentario le procuró varias noches de insomnio, hasta que decidió no denunciar al tal Slavko, el primo mayor del chico, por tenencia ilícita de armas. Según una lógica que se le antojaba lejos de ser jurídicamente válida, consideró que el modo en que había tenido conocimiento de la existencia del arma lo privaba del derecho a juzgar. *Easy come, easy go*, más o menos. O quizá tuviese miedo de que se supiera que había usado su arma reglamentaria para impresionar a los más pequeños del barrio.

Por lo demás, rara vez se enteraba ya de nada de lo que pasaba en el barrio. Los hurtos y atracos a coches y comercios, que, por lo general, eran el pan nuestro de cada día entre viejos compañeros, brillaban ahora por su ausencia. Seguramente más por respeto a la elección de Gonzales, y a su descanso, que por miedo a que los detuviese. En ese mundo, el código de honor era más habitual que la ley constitucional.

Recibió una llamada telefónica que la centralita le había pasado erróneamente. Colgó y se quedó sentado y ocioso. Las endorfinas que empezaron a surcar su flujo sanguíneo en cuanto supo que habían encontrado muerto a Sven Molin comenzaban a calmarse.

«Esclarecer los hechos», ésa era la expresión que había utilizado Tell. Adquirir conocimientos. Recabar información, tirar de los cabos sueltos. Seguir pensando

sobre lo que ya había.

Claro, era muy fácil decirlo.

Gonzales no era un novato en el trabajo policial que exigía una investigación de asesinato: la estructura, el procedimiento que, en muchos sentidos, resultaba idéntico de un caso a otro, con independencia de quién hubiese matado a quién.

Había participado en varias investigaciones de ese tipo durante el periodo que llevaba trabajando con el grupo.

En la investigación del jeep le habían dado alas sin que nadie lo hubiese cuestionado ni decidido, había gozado de más crédito para extraer sus propias conclusiones y organizar según su criterio el trabajo de investigación.

Y ahora esperaban que pensara algo él solo, sin directrices.

Había solicitado de la comisaría de Borås una copia del informe sobre la investigación de 1995, archivada en su día por falta de pruebas. Ninguna de las personas con las que hablaron entonces fue capaz de ofrecer una lista de los posibles agresores. Y nada indicaba que My Granith no se hubiese apartado de la carretera por voluntad propia, antes de caerse en el bosque y golpearse la cabeza contra una piedra.

Entre las pilas de papeles que tenía sobre la mesa había un bloc escolar en el que abrió una página en blanco. «MY» escribió dentro de un gran círculo que dibujó en el centro.

«Partid del año en que se cometió el delito y trabajad hacia atrás», les había dicho Tell. Gonzales cerró los ojos e intentó pensar en aquello que podía ser relevante en la vida de una joven. ¿Qué había sido importante para él?

Dónde vive uno. A qué se dedica. Gonzales escribió en el margen «trabajo/estudios». Si sale con alguien, un novio. «Novio/amigos/pandilla».

Supo por la oficina del censo que estuvo inscrita junto con su madre en una dirección de Borås. Los dos últimos años había tenido también otra dirección en Stensjön, que sonaba como si fuera el desierto. En la misma dirección aparecía registrada una fundación, Arnold Janssons Stiftelse, que se dedicaba a «la formación general y artesana de la clase trabajadora».

Desde 1999, la fundación llevaba un centro de formación «para el desarrollo de la artesanía local», pero esos locales habían alojado con anterioridad un centro de estudios con internado. En la misma página web averiguó que el centro se hallaba en el norte y en el interior del país.

Gonzales enarcó las cejas: si My había vivido y estudiado en un agujero como aquel los dos últimos años de su vida, no era imposible que la solución estuviese relacionada de un modo u otro con la escuela o con aquella zona. Encerrar en un barracón en medio del bosque a un puñado de personas con pasado diverso y cada una con sus razones para huir de su medio natural era una aventura como las de *Expedition Robinson*. En un ambiente así podía suceder cualquier cosa, se decía.

Pero ¿qué podía haber ocurrido que tuviese relevancia para su investigación? En Stensjön no habían asesinado a nadie. Y los tres hombres supuestamente implicados en la muerte de My ya tenían nombre y apellido. Él buscaba a alguien que perteneciese al entorno de My y que fuese capaz de matar para honrar su memoria o, quizá, para proteger a su hermano.

El timbre del teléfono vino a interrumpir sus cavilaciones.

—¿Michael?

—Mamá, ahora no puedo, tengo trabajo.

Dicho esto, colgó el teléfono, amable pero resuelto, y dejó a su madre con la palabra en la boca. Ya pagaría por ello cuando llegase a casa. Se levantó y empezó a dar paseos yendo y viniendo de la mesa a la puerta.

Sólo existían dos posibilidades, se dijo tras unos minutos. Si tres hombres que rondasen la treintena necesitaran dinero con la urgencia suficiente como para matar a alguien, no elegirían a nadie de dieciocho o diecinueve años. Todos sabían que con esa edad se está sin blanca, y sobre todo al volver de una fiesta. No, seguramente lo que pretendían en medio de su borrachera era violar a My. De lo contrario, ¿por qué iban a obligarla a huir hacia el bosque? Su intención era violarla, sí, aunque los acontecimientos hubiesen cobrado otro curso y, al final, sólo la hubiesen abandonado para que muriera de frío en la nieve.

Intentó tejer una red con todos los hilos y recapituló.

Alguien había reaccionado de forma violenta y apasionada en defensa de My. ¿Quién haría tal cosa? Su familia, naturalmente. En aquellos momentos estaban transcribiendo la confesión grabada de Sebastian Granith.

Un padre colérico fue la segunda opción que se le ocurrió a Gonzales, pero según el censo, no tenía padre conocido. Sin embargo, ¿y si existía en algún lugar, dispuesto a cobrarse venganza en los violadores de su hija, y también en la madre y el resto de las personas que se negaron a reconocerlo como padre de My?

Y la madre, claro. Solveig Granith. Después de hablar con ella, Tell opinaba que la mujer estaba psíquicamente débil, demasiado para poder llevar a cabo un asesinato. Aquello era una contradicción en sí, claro, puesto que una persona normal no le quitaba la vida a la gente, con independencia de lo que le hubieran hecho a su familia. ¿O sí?

Detuvo ahí sus razonamientos. Evocó la imagen de sus hermanas, llenas de vida y, durante una fracción de segundo, las vio en la nieve, abandonadas a una muerte segura, sólo porque unos tíos cachondos y medio borrachos tenían demasiado interés en salvar su propio pellejo y no se atrevieron a pedir ayuda.

Inconscientemente, cerró los puños y ahuyentó la imagen de su cerebro.

No era su hermana la que estaba en la nieve. No existía razón alguna para pensar en lo que pudiera ser defendible desde el punto de vista moral o incluso desde un

punto de vista humano. No era ése su cometido. Él debía realizar su trabajo, hallar al asesino. Los juicios ya los haría la ley.

«¿El novio?», anotó en el bloc.

Cogió el auricular y marcó el número del director del Centro de Artesanía de Stensjön. Para su asombro, le respondió una persona, en vez de un contestador automático.

—Hola, quería información sobre una alumna que cursó estudios en la escuela... entre 1993 y 1995. Sé que hace mucho tiempo, pero...

La mujer se echó a reír al otro lado del teléfono. Tenía la voz agradable.

—Sí, puede decirse que hace mucho. Yo sólo llevo un año y medio en la dirección, de modo que no puedo ayudarte, pues entonces no estaba en escena, como suelen decir. Berit Hjärpe, que me precedió en el cargo, contribuyó a poner en marcha el centro, pero sabrás que la actual es una enseñanza totalmente distinta, aunque bajo el patrocinio de la misma fundación. Antes se trataba de un internado... bueno, más tradicional.

Gonzales reflexionó un instante.

—¿Podrías ponerme en contacto con alguien que sí estuviera en escena en 1995?

—No lo sé... —dijo la mujer, dudosa—. ¿Podría llamarte la semana que viene? Así tendré tiempo de hablar con el consejo de administración. Es obvio que han de tener los datos de quienes trabajaban aquí entonces. Pero Margareta Folkesson, que es la presidenta, está de vacaciones y...

—Me temo que no puedo esperar una semana —la interrumpió Gonzales—. Se trata de una investigación de asesinato y la información que solicitamos es de capital importancia...

—Vale —respondió sumisa. Gonzales lamentó enseguida haber utilizado un tono tan formal, cuando era obvio que ella intentaba ayudarle.

—¿No se te ocurre ninguna otra persona que pueda saber más? —preguntó conciliador.

—Sí, ahora que lo pienso —dijo la mujer tras unos segundos de silencio—. Podrías hablar con nuestra administrativa, Greta Larsson. Lleva trabajando para la fundación una eternidad y, bueno, como secretaria del internado, y entonces desempeñaba una función similar a la de ahora. Quizá ella pueda ayudarte.

—¿Puedes pasarme con ella?

—Pues no es tan fácil. Hoy tiene el día libre.

—O sea, que necesito su número particular —la mujer volvió a guardar silencio—. Te recuerdo que se trata de una investigación de asesinato y que tengo derecho a...

—Sí, sí, un momento.

Cuando ella volvió al auricular, Gonzales ya aguardaba lápiz y papel en mano.

Después de diez tonos de llamada, cuando Gonzales ya estaba a punto de colgar, le respondió por fin un hombre que debía de tener cien años, como mínimo. Greta Larsson estaba dando un paseo por el lago y no volvería hasta dentro de un par de horas, como poco. Pero llevaba el móvil. Él, en cambio, se pasaba la mayor parte del día en la cama. Por el corazón, que le fallaba de vez en cuando.

Gonzales se vio obligado a interrumpir al anciano y, dándole las gracias por su ayuda, colgó y llamó al móvil de Greta Larsson. La mujer respondió casi de inmediato, con un «¿Hola?» estridente.

Gonzales se presentó y la mujer suspiró aliviada y soltó una risita nerviosa.

—¡Ay, por Dios! ¡Qué susto me he llevado! Es que me compré el móvil porque Gunnar, mi marido, está muy enfermo, y así podría llamarme en cualquier momento. Tiene asistencia domiciliaria todos los días que yo trabajo, pero cuando libro me gusta salir a pasear y...

La voz de la mujer se perdió en un estruendo que obligó a Gonzales a alejar el teléfono de la oreja para que no le reventase el tímpano.

—Perdón, es que tenía que quitarme la mochila y... Bueno, que me he preocupado mucho al oír el teléfono. Nadie más tiene este número, así que creía que...

—Me imagino lo que creías —estaba claro que si no la cortaba, no tendría oportunidad de decir esta boca es mía—. Te llamo porque tengo un par de preguntas acerca de una alumna que estuvo en la Universidad Popular de Stensjön hace doce años. Es comprensible que no lo recuerdes, pero podemos probar. Sería de gran ayuda que pudieras recordar algo, cualquier cosa. Se llamaba...

—Tengo una memoria extraordinaria, señor inspector. Un momento, voy a sentarme en una piedra...

La mujer volvió a desaparecer del auricular y Gonzales exhaló otro suspiro.

—Se llamaba My Granith —se apresuró a decir, antes de que Greta Larsson abriese la boca.

Resonó entonces un ruidito como si estuviese bebiendo algo.

—Eh... Me resulta familiar —respondió la mujer, pensativa.

«Esto es absurdo», se lamentó Gonzales para sí.

—¿Qué aspecto tenía más o menos? Quiero decir que tengo buena memoria para las caras. Te diré que mi trabajo en aquella época... bueno, yo hacía un poco de todo con los alumnos: de orientadora, de terapeuta, en fin, ya sabes cómo son los jóvenes, desorientados y exigentes.

Gonzales suspiró una vez más, para sus adentros en esta ocasión.

—En las fotos que he visto lleva el pelo teñido de negro y un aro en la nariz. La

verdad, podría enviarte una foto por...

—¡No, no, ya sé a quién te refieres! —exclamó la señora Larsson con tanta vehemencia que Gonzales dio un respingo en la silla—. ¿Has dicho Granith? Sí, claro que lo sé. Desde luego, hace mucho tiempo, pero la recuerdo estupendamente porque me ocasionó algunos problemas.

—¿Problemas? —preguntó Gonzales, agarrando el auricular con todas sus fuerzas.

—Sí, bueno, es un decir. Resulta que yo me encargaba también de la administración del internado. Ella eligió desde el primer momento una habitación en la que vivió una temporada. Luego se mudó a otra. Luego volvió a la primera. Y así. Apenas si me daba tiempo de hacer constar los cambios en los documentos, cuando ya quería trasladarse otra vez. Por eso la recuerdo.

—Quieres decir que dejaba la escuela y luego volvía...

—No, no, en absoluto. Todo era cosa del amor. Se mudaba a una de las viviendas de los profesores cada dos por tres, a la casa de quien era entonces... nuestro conserje, que hacía un poco de todo. Al principio todo iba como la seda. Y debo decir que lo hicieron a la vista de toda la gente. Un tanto vergonzoso, si quieres saber mi opinión. No sé si me explico. Stensjön no era un centro muy grande y se sabía casi todo de todo el mundo. Aunque soy mayor, tampoco es que yo sea una anticuada que no tolera otras inclinaciones que las normales, pero no hay por qué andar pregonando lo que uno hace en la cama... —la mujer tomó aire—. ¡Madre mía! No paro de hablar. Esta llamada le saldrá carísima a la policía. A un móvil, para colmo.

—Disculpa, no, no pasa nada, pero lo que no entiendo es a qué te refieres con «otras inclinaciones».

—Pues a que era lesbiana, claro. ¿Qué pensabas? No es que yo considere que eso es malo, pero era tan obvio... Verás, en la universidad popular seguían vigentes los viejos estatutos, según los cuales no se permitía a los alumnos recibir en sus habitaciones visitas del sexo opuesto. Por eso ella podía mudarse a la cabaña del conserje cada vez que se reconciliaban. Aquellos estatutos eran un atraso, claro, pero así se evitaban más de una preocupación. No hay nada que cause tantos problemas como el amor, señor inspector. Y los alumnos estaban allí para estudiar y nada más.

—Quieres decir que el conserje del edificio era una mujer y que My Granith mantuvo una relación con ella, ¿no es así?

—Exacto. Y, en principio, la relación duró todo el tiempo que ella estuvo en la escuela. Incluso recuerdo que, en una ocasión, intenté hablar con ella un día en que, llorosa y abatida, vino a pedirme que volviera a cambiarla de habitación por enésima vez. Le sugerí que quizá fuese mejor para ella concentrarse en los estudios. Me daba un poco de pena, era una chica muy lista. Pero no me hizo el menor caso, sólo faltaría; pensaría que me estaba entrometiendo en sus asuntos. Estaba tan

enamorada... Y, claro, el amor ciego, ¿verdad, inspector? Lo habrás visto montones de veces en tu trabajo, todos esos *crimes passionelies*, o como se llamen.

La señora Larsson rompió a reír y Gonzales optó por dejarla creer que él era un investigador curtido.

La mujer volvió a ponerse seria.

—Aquello no era asunto mío, desde luego, pero la verdad es que yo no tenía muy buena opinión sobre esa mujer, me refiero a la conserje. Era... rara, por decirlo de alguna manera. Siempre lo pensé, desde el principio. No sólo porque tuviera esa inclinación. Además...

La señora Larsson dudó un instante.

—¿Además? —la animó Gonzales.

—Bueno, no me gustaría andar difundiendo habladurías, pero hace tanto tiempo y, si dices que es importante para la investigación...

—¿El qué, Greta? ¿Qué crees que es importante para la investigación?

—Pues creo que, antes de venir aquí, había estado ingresada en un hospital psiquiátrico. Verás, yo era secretaria, aunque eran el director y los profesores quienes revisaban las solicitudes y distribuían en clases a los alumnos antes de que empezara el curso. Existía la idea de que la escuela asumiese una especie de responsabilidad social... La redacción de los estatutos se llevó a cabo principalmente en los años sesenta. Te diré que había disparidad de opiniones sobre si lo que llamaban diversidad facilitaba un entorno favorable al estudio o si, por el contrario... Y ¿qué pensaba yo? Bueno, quizá eso ya no tenga importancia. En cualquier caso, adjunto a su solicitud venía el certificado de un psiquiatra. Ni que decir tiene que no había razón para que yo lo leyese, de modo que no lo hice, pero supongo que en él se decía que sería beneficioso para su recuperación que pasara un tiempo en un entorno rural apacible. Y lo recuerdo con tanta precisión porque, más adelante, la contrataron en la escuela. Puede decirse que fuimos colegas. Y para mí era un tanto... Un tanto extraño. Pero, por otro lado, lo de los problemas psíquicos no parece marcar tanto hoy en día. A mí me da la impresión de que hoy la gente tiene todo tipo de rarezas y no pasa nada. No es como en mi época, entonces sólo existían tres tipos de personas: los sanos, los que sufrían dolencias del cuerpo y los locos.

—¿Recuerdas su nombre?

—¡Por supuesto que sí! Era como un elemento de inventario en la secretaría, aparecía primero como alumna y después como empleada. Espero que no me malinterpretes, en realidad no es que hiciera ningún daño. Pero no creo que yo fuese la única a la que le resultaba desagradable. Se llamaba Caroline Selander. Un buen día se despidió y se marchó. Sería por aquella época, hacia el 95.

Gonzales anotaba sin parar.

—Bien, todo esto es muy interesante. Me gustaría volver a hablar contigo.



Además, quisiera que hicieras memoria por si hubiera otra persona con la que pudiera ponerme en contacto para completar esta información.

—Pues hay un par de personas, pero no creo que tengan tan buena memoria como yo. Yo estaba en todo, ¿comprendes? Todo lo veía y lo oía. Una especie de observatorio.

Volvió a reír, pero Gonzales estaba convencido de que aquella era una descripción bastante exacta del papel de Greta Larsson en el centro.

—Antes de colgar, ¿podrías describirme físicamente a la conserje?

—Por supuesto. La recuerdo a la perfección. Era alta y bastante robusta, algo masculina para mi gusto, y tatuada como un marinero, no sólo los brazos. Tenía, además, una serpiente que le subía por el cuello, una serpiente negra como una sanguijuela, ¡uf! Llevaba el pelo corto, demasiado para una mujer, pero supongo que eso es lo propio de esa inclinación suya. Y además, vestía ropa un tanto masculina, no sólo la de trabajo. Solía ponerse el peto azul incluso cuando libraba. Y... Sí, tenía la nariz grande, si no recuerdo mal.

—Vale, gracias, Greta. Me has sido de gran ayuda.

«De verdad que me has sido de gran ayuda», reiteró Gonzales en un susurro, después de haber colgado.

Volvió a sonar el teléfono y Gonzales vio en la pantalla el número de su casa. Se imaginaba cómo su madre, indignada por la brusca despedida, pulsaba el botón de rellamada y calentaba motores para darle su merecido.

Pero él lo dejó sonar.

## Capítulo 62

De niña iba a Borås a ver a su tía. Aparte de las reuniones familiares perfumadas de infancia, Seja sólo había puesto el pie en la ciudad en aquella única ocasión: el día en que, junto con un novio que la engañaba y otros dos chicos a los que conocía medio bien, fue para escuchar a un grupo que le gustaba a medias en un club de motoristas bastante feo y aterrador, situado a las afueras de una ciudad que respiraba tristeza.

En aquella época, solía hacer cosas así. De hecho, marcaron su adolescencia. Salía con gente que no le gustaba del todo y acudía a fiestas y a bares en los que se aburría. Escuchaba canciones que a veces ni siquiera entendía, sólo porque eran las que había que escuchar. Escuchaba otra música a escondidas. Y complacía por gratitud a los chicos cuando querían...

Intentó darle la vuelta al razonamiento. ¡Qué felicidad! Por fin, a la edad de treinta años, había aprendido a decir que no a cosas que no le apetecían. No a fiestas aburridas con gente aburrida y con fijación por sí misma. No a participar en esa competición absurda de quién tiene más, llega más lejos, es más amado.

Si es que había alcanzado ese estado, claro.

Se vio obligada a concentrarse en la carretera. Orientarse en una ciudad desconocida no era su fuerte. Cuando por fin llegó a la calle que buscaba, fue más bien gracias a la casualidad que a la correcta lectura del plano que tenía desplegado sobre las rodillas. Pagó una hora de aparcamiento: no creía que le llevase más tiempo.

Seja detuvo el paso y se concedió un último instante de reflexión.

Sabía que el hecho de que ella hubiese estado ante la puerta del club de motoristas aquella noche de hacía once años debía tener algún significado. Y también el que hubiese visto a My marcharse. Y la sensación tan extraña que se le agarró en el estómago. Y que el destino hubiese querido que ella se contase entre las primeras personas que vieron el rostro del hombre muerto en el taller de Thomas Edell.

No contaba con ningún plan definido. En un arrebato de ira, Christian la había acusado de haber tenido una intención oculta cuando inició la relación con él. De pronto, no estaba segura de que no fuese cierto. ¿Habría tenido una intención oculta incluso para sí misma? ¿Habría sido la relación amorosa —la felicidad embriagadora absolutamente subversiva en que se vio inmersa, la intensa añoranza que ahora sentía— otro indicio más? Uno de los muchos que, juntos, la conducían a un solo punto y a una única resolución: procesaría la historia y la haría inteligible. Y lo haría escribiendo. El único modo en que podía hacerlo era escribiendo.

My tuvo que morir. No sólo porque la persiguieron como a un zorro acosado, sino porque nadie acudió en su ayuda. Habría sobrevivido si alguien hubiese llegado a tiempo, antes de que el cuerpo hubiese perdido demasiada sangre. Antes de que el frío hubiese ahuyentado de su cuerpo el último aliento de vida.

Por eso tenía remordimientos, por la falta de respeto que le había demostrado a My. Fue demasiado débil para prestar oídos a la sensación que devoraba su estómago y para hablar de ello con la policía. Por el desprecio que todo el mundo había demostrado por My al permitir que los tres hombres que le arrebataron la vida quedasen libres. Hasta ahora. De eso se había encargado el asesino. El asesino no pudo soportar aquella falta de respeto. En cierto modo, Seja comprendía a la persona que se había tomado la justicia por su mano. Una sensación de envidia, tan irracional como primitiva, latía bajo la curiosidad que la había impulsado a presentarse delante del triste edificio gris ante el que ahora se hallaba. Sentía envidia de My, a la que alguien amó tanto que fue capaz de matar por restaurar su memoria. Envidia del asesino, que había elegido hacer de su rabia algo más que dejarla que minase su espíritu.

Ella, por su parte, pretendía escribir para hacerle justicia al nombre de My y, con ello, pagar de algún modo su culpa. Quería escribir un reportaje profundo. Era periodista —o, bueno, llegaría a serlo—, pero escribiría la historia desde el punto de vista personal de quien se involucra en lo narrado, de alguien que participa en la acción, y no únicamente en la periferia.

No tenía la menor idea de cómo proceder, pero para hablar de My tal y como era cuando estaba viva, tendría que hablar con aquellos para quienes My era un ser querido. Empezaría por su familia. La madre de My. Luego quizá buscarse a Caroline, la mujer que fue su gran amor.

John Svensson, el conocido del amigo casado de Hanna sólo había tenido con My en Borås una relación más o menos lejana cuando eran jóvenes. Fue después, cuando ambos empezaron a estudiar en el mismo internado, cuando se hicieron amigos. Incluso buenos amigos. O «tan buenos como Caroline les permitió».

Eso dijo el propio Svensson, que le habló largo y tendido sobre My y Caroline. «Su amor se hacía notar», fueron sus palabras.

Ya ante la puerta del apartamento, Seja respiró hondo. Aún podía cambiar de idea. Podía llamar a Christian, dejar a un lado la amargura que sintió cuando se despidieron enojados e intentar una vez más que la escuchase; que se tomase el tiempo necesario para escuchar cómo ella ordenaba todos los fragmentos de sus recuerdos que, junto con la curiosidad y alguna que otra sensación difusa, insuflaban vida a ese espíritu rebelde que la impulsaba a avanzar hacia algo imposible de definir.

Sin embargo, llamó a la puerta, que se abrió enseguida. Dedujo que la mujer de piel reseca que la recibió debía de estar pegada a la mirilla, esperando a que ella llamase. Tal suposición le infundió enseguida una sensación muy desagradable.

Ella misma oyó lo desconcertante que sonaba su excusa.

Dijo que quería hablar de My. Que fueron más conocidas que amigas, pero que quería que le ayudasen a aclarar parte de lo ocurrido.

—Me figuro que vosotros también tenéis muchas dudas sin despejar. No voy a daros falsas esperanzas: no es mucho lo que sé. Pero... pensaba escribir algo sobre My, sobre lo que ocurrió. Sólo porque la conocía y porque pienso que alguien debería hacerlo. O sea... Lo único que quiero es hablar un poco. Hablar de My.

Guardó silencio. La mujer no se había inmutado lo más mínimo. Quizá hubiese estado escuchando con suma atención cada una de las palabras de Seja, interpretando cada pequeño movimiento de los músculos de su cara, aunque más bien parecía estar mirando al infinito, como si se encontrase en su propio mundo, cuyo interior estaba vedado para Seja.

—Espero no haber venido a abrir viejas heridas —concluyó Seja algo insegura al no observar reacción alguna—. ¿Puedo entrar un momento?

La mujer fue lo bastante clara, pues desapareció hacia el interior del apartamento, al parecer con la esperanza de que Seja hiciese lo propio.

Se quedó sola en el vestíbulo y se desató los cordones de las botas. Miró a su alrededor y comprobó que la mujer no vivía sola en el apartamento. Había en la zapatera dos pares de zapatos de caballero, además de varios pares de señora de un número demasiado grande para una mujer de tan baja estatura. En el perchero había un abrigo rojo que, seguramente, también pertenecía a una mujer tan alta como la propia Seja.

Olía a tabaco y a algo que recordaba a un viejo ramo de flores ajadas: olía a podrido. Sintió de improviso la punzada del miedo como una patada asestada con tino en la espina dorsal. Y acababa de reprocharse amargamente no haber prestado atención a la alarma de su estómago en aquella ocasión importante... Ahora tampoco cabía malinterpretar las señales que le enviaba su propio cuerpo. Aun así, continuó hacia la penumbra que dominaba el apartamento.

La vivienda estaba organizada según la planificación típica de los años setenta, con un aseo en la entrada y un pasillo por el que se accedía al resto de las habitaciones y a la cocina. Tenían todas las puertas cerradas, de modo que el pasillo se hallaba a oscuras.

Granith se había sentado en un sillón de la sala de estar, junto a la ventana. Tras un instante de vacilación, Seja se acercó hasta el sofá. La expresión «atestado de muebles» cobraba otra dimensión en aquella sala.

Se sentó enfrente de la mujer, que volvía la cara hacia la ventana, pese a que las cortinas estaban echadas y sólo dejaban entrar un haz de luz que se vertía finísimo sobre sus muslos delgados, pasando por los calcetines de Seja, para continuar por el parqué. A la sombra del sillón, los fragmentos de una figura de porcelana rota formaban un círculo irregular.

—¿Y dices que conocías a My? —preguntó la mujer en un tono uniforme, sin apartar la vista de la rendija de la cortina.

—La conocía un poco —respondió Seja—. Salimos alguna vez y, si nos veíamos por la calle, nos saludábamos. Nos caíamos bien. Quiero decir que a mí ella me caía bien. Y creo que yo a ella también. Yo diría que nos parecíamos bastante.

La mujer se volvió despacio a mirarla. Algo comenzaba a moverse en sus ojos grisáceos.

—¿La querías? —preguntó.

El labio inferior empezó a temblarle sin control mientras que las lágrimas afloraban a sus ojos. «Dios santo —exclamó Seja para sí—. Aún está destrozada, después de todos estos años. Aún no ha superado la muerte de su hija». Y aunque quizá fuese natural no superar nunca nada semejante y permanecer entero, algo le decía a Seja que tenía ante sí los despojos de una persona que era como un explosivo. El resultado de años de inhibir su dolor y su amargura.

«¿Cuánto odio y cuánta ira puede alojar un cuerpo humano sin resquebrajarse y derrumbarse como un castillo de naipes?», se preguntó. Sobre todo cuando se trataba de un cuerpo tan frágil: aquella mujer no pesaría más de cuarenta kilos.

«No se atreve a moverse con desenvoltura —de repente, Seja lo entendió—. Permanece inmóvil y aislada para no romperse. Hay tanto odio preso en su interior que teme quebrarse si abre un resquicio por el que pueda fluir hacia fuera. Cree que el mínimo gesto de la cara, el menor sentimiento, en cuanto lo admita, adquirirá proporciones catastróficas y devastadoras. Y, además, sabe algo. Lo sabe».

Seja comprendía ahora del todo la razón de su visita, pese a la resistencia que había experimentado, pese a sus malos presentimientos. Ahora obtendría respuestas.

Cuando se inclinó y tomó la mano de Solveig Granith, sintió la adrenalina bombeándole por todo el cuerpo.

—Sí, la quería mucho. Resultaba difícil no quererla. Parecía una persona sincera.

La mujer se sobresaltó al sentir el roce de su mano, pero no se apartó enseguida. Cerró los ojos y dejó que las lágrimas rodasen por sus mejillas y le mojasen el pecho del sucio jersey.

Permanecieron un rato sentadas, rodeadas de sonidos cotidianos. Música procedente de algún lugar del edificio. Un vecino que tiraba una bolsa llena de vidrio. La oyeron caer tintineando en el suelo del almacén de desechos. Se oyó al vecino cerrar la puerta y echar la llave.

Seja se alegró de poder sentir todos aquellos sonidos.

Unos minutos después, Solveig Granith se secó las lágrimas con el puño del jersey. Sin preguntar nada, se dirigió a la cocina con paso vacilante y empezó a trajinar con la cafetera.

—¿Te importa si grabo nuestra conversación? Voy por la grabadora.

Seja lamentó enseguida haber preguntado, pensando que su actitud entrometida minaría la resistencia del frágil puente que había tendido entre ellas. Pero Solveig le

respondió quedamente que no, que podía grabar la conversación y que sí, que podía escribir sobre My.

En el brazo de una silla que había en el vestíbulo estaba la cazadora de Seja, donde ella misma la había dejado. Tenía la grabadora en el bolsillo.

Era como si el olor a residuos orgánicos se hubiese intensificado. La agobiaba. Buscó con la mirada el origen del hedor, aunque no halló más que una bolsa de papel debajo de la mesita que había bajo el espejo. De la bolsa sobresalían unos trapos sucios y el borde de un anorak con manchas de color marrón. «¿Sangre, quizá?», se preguntó. Seja se obligó a serenarse. Aquella mujer tenía los nervios destrozados, pero quería hablar. Deseaba hablar por sí misma.

Desde el vestíbulo oyó cómo la mujer iba y venía de la cocina a la sala de estar.

Seja volvió a la habitación y Solveig empezó a hablar enseguida. Y al hablar de My, desaparecía su parquedad. Se diría que lo que la aterraba era la idea de olvidar a su hija, que lo único que le garantizaba un espacio en su memoria era hablar de ella.

Se alegró de tener puesta la grabadora. No tardó en dejarse llevar por el relato. De vez en cuando, se le antojaba que Solveig hablaba de ella, como si hubiese estado vigilándola a escondidas desde que nació.

No existían muchas similitudes entre la madre de Seja y la mujer que ahora tenía delante. Aun así, por un momento, Seja se identificó completamente con My.

Al cabo de un rato, las dos adolescentes se le antojaron una sola.

Le sorprendió que aquella mujer tan desagradable y a todas luces desquiciada tuviese la capacidad de pintar un retrato tan detallado de una hija que era adolescente cuando murió. Idealizándola, cierto, «pero así es como queremos recordar a nuestros muertos», se dijo. De repente, tuvo la sensación inequívoca de que Solveig Granith había conocido a su hija después de que ésta muriera, como una parte del proceso de aceptación de la pérdida.

—Un amigo de My me contó que... bueno, que conoció a una persona con la que convivió durante un par de años antes de... fallecer. Una persona con la que iba en serio. He pensado que quizá tú llegaste a conocerla y podrías hablarme de ella. Esa persona me interesa porque... —Seja dejó escapar un suspiro—. Seré sincera.

Las palabras fluyeron por sí mismas, se sentía incapaz de controlarlas. Se obligó a ignorar sus miedos. Estaba demasiado pendiente de cómo reaccionaba la mujer.

—Tengo un amigo... Quiero decir que... He estado hablando con una persona que fue a la misma escuela que My. Este amigo la conocía bastante bien. A ella y a Caroline Selander, la mujer con la que My mantuvo aquella relación. Y este amigo me dijo que Caroline amaba a My hasta el punto de que parecía querer poseerla por completo.

Por primera vez desde que Seja puso en marcha la grabadora, Solveig Granith empezó a flaquear, con la mirada perdida, y a comportarse como si se sintiera

asediada desde todos los frentes. Seja supuso que no le resultaba muy cómodo pensar en la relación homosexual de su hija, quizá porque tal certeza manchase la perfecta imagen que de ella se había construido. O tal vez fuese otra la razón. De pronto, se le vino a la mente la imagen del gran abrigo que había visto en la entrada.

Tragó saliva. Se había embarcado y ahora tendría que llegar a puerto.

—Y había pensado que, si aquella mujer era tan importante para My y My tan importante para ella... Bueno, quizá me sea posible hablar con ella. Para mi historia.

Pronunció aquellas palabras a modo de excusa. Solveig ya estaba descompuesta, con la mirada enconada y con los brazos rodeando su cuerpo con fuerza, en un gesto nervioso. El puente que existía entre las dos acababa de derrumbarse. Seja ni siquiera se atrevía a pensar en la causa de tan súbita excitación.

—Creo que será mejor que me vaya —dijo esforzándose por aparentar serenidad, pese a que el corazón le latía desbocado en el pecho.

—¡No, quédate! —exclamó Solveig con vehemencia—. Le preguntaré.

Seja notó sus dedos finos, fríos e inesperadamente fuertes alrededor de su muñeca.

—Voy a... llamarla por teléfono ahora mismo.

—¿A llamarla?

—Sí, claro, podrás hablar con Caroline personalmente.

El tono de Solveig Granith había cambiado por completo, ahora hablaba con una voz dulce y convincente. «Dios santo, está loca de atar», acertó a pensar Seja, que no se atrevió a contradecirla.

Constató con el rabillo del ojo que estaba demasiado alto para saltar por la ventana si la mujer sufría un acceso de ira. Debería intentar salir del apartamento. Esperaba que el teléfono estuviese en la cocina, pues, de ser así, podría ir al vestíbulo sin hacer ruido y coger sus zapatos mientras Solveig Granith hacía la llamada. «La bolsa que hay en el vestíbulo, el anorak. Sangre».

Con un miedo cuyo origen desconocía, pero que resonaba de un modo instintivo y primitivo en sus oídos, descubrió que Solveig no pensaba soltarle la muñeca. Al contrario, la agarraba con más fuerza, aunque su voz seguía siendo dulce.

—Ven conmigo, voy a llamarla. Quizá puedas hablar con ella ahora mismo. Al menos, para concertar una cita.

Seja asintió con la boca seca como una lija. Tenía que pensar con claridad. Ella era más alta y más robusta que aquella mujer que, no obstante, podría ser más fuerte gracias a la capacidad que le otorgara su locura.

«Lo mejor será mantener la calma y mantener en calma a Solveig Granith. Intentar charlar para controlar la situación».

Como una madre que ha perdido la paciencia con un hijo díscolo, Solveig la fue empujando por el penumbroso apartamento.

Un mar de pensamientos inundaba su mente. Intentó volverse para tener contacto visual con Solveig. Su voz resonó primero aguda y chillona, hasta que se le estranguló en la garganta.

—No es necesario, tengo su nombre. La llamaré desde casa... Basta con...

Al pasar por delante de la cocina, Seja vio sobre la mesa un teléfono de los antiguos. Estaba a punto de protestar, de hacer un movimiento brusco para zafarse de Solveig cuando ésta abrió de golpe la puerta de lo que, a juzgar por el olor a ropa vieja, parecía un vestidor.

Seja no tuvo tiempo de reaccionar. De pronto, sintió en la espalda un rodillazo que la hizo caer sobre algo duro y blando al mismo tiempo. El dolor se irradiaba en agujazos desde la región lumbar hasta la nuca. Logró girar la cabeza lo suficiente para ver, justo detrás de Solveig, la silueta de otra persona que tapaba la luz del pasillo. Entonces recibió un fuerte golpe en la cabeza y todo se volvió tinieblas.



## Capítulo 63

—Dijo que los había matado, que se lo merecían y que no necesitaba ningún abogado para su defensa. Supongo que piensa que no hay nada que defender.

Tell y Bärneflod estaban en la lamentable parte trasera de la comisaría, con su empedrado en mal estado y sus bancos de madera medio podrida. El clásico cubo de cemento lleno de arena se veía estratégicamente colocado un poco aparte, para aquellos que no habían logrado dejar de fumar cuando se prohibió en todo el edificio.

—O sea, que no le has sacado nada más, ¿no?

—Ni una palabra. Vamos, literalmente, ni una palabra. No ha vuelto a hablar desde que confesó. Ha contado su cuento y luego, ha decidido cerrar el pico. Empieza a ser muy frustrante.

Bärneflod dejó escapar entre los dientes un silbido de admiración.

—Pues cualquiera lo habría dicho. Quién se iba a imaginar que ese desgraciado fuese tan bravucón. Yo pensaba que tenía los nervios destrozados.

Tell asintió con un susurro y encendió el segundo cigarrillo en los últimos cinco minutos. Ya que, forzado por la ley, había tenido que bajar hasta allí para fumar, más valía amortizar el paseo. Antes cerraba la puerta de su despacho, abría la ventana y fumaba apoyado en el alféizar y echando el humo a la calle. Apagaba la colilla en una de las macetas que sólo Dios sabía cómo habían ido a parar a su ventana. Desde que se enteró del cáncer de pulmón de Östergren, empezó a coger el ascensor para bajar a fumar al patio trasero. Así de banal y predecible era.

—Pues yo no sé si es bravucón —dijo Tell meditabundo y con el ceño fruncido.

Había pasado muchas horas con Sebastian Granith. No cabía la menor duda de que, en lo concerniente a los dos primeros asesinatos, no encubría a otro asesino. Sobre todo, después de que comprobasen que las huellas dactilares encontradas en el jeep alquilado —de cuyos neumáticos hallaron un rastro en el lugar del crimen— coincidían con las suyas. Y, puesto que el arma homicida fue la misma en ambos casos, Granith aparecía claramente vinculado al asesinato de Waltz.

Distinta se presentaba la situación con Molin. Tell estaba convencido de que Sebastian Granith sabía quién había matado a Molin, pero, pasados los primeros momentos de desconcierto, no mostró el menor indicio de angustia ni el más mínimo deseo de querer hablar. A medida que pasaba el tiempo, crecía la insatisfacción de Tell ante el hecho de tener que conformarse con una solución incompleta del caso.

—No —resolvió al cabo de unos minutos de cavilaciones—. No guarda silencio porque sea un bravucón. Es sólo que se ha apagado. No creo que tenga los nervios destrozados. Es como si tuviese la mente ocupada con otro asunto, como si de verdad consiguiera desconectar de la realidad a placer.

—Pues se ve que es de familia —masculló Bärneflod, irritado. Y parecía

dispuesto a continuar con su razonamiento, si no lo hubiera interrumpido un ataque de tos originado en lo más hondo de sus pulmones. Se volvió, entre convulsiones, de espaldas a Tell, que le aporreó la espalda obsequioso, mientras miraba de soslayo las hileras de las ventanas que daban al patio. Por un instante, se sintió como un actor secundario en una película de borrachos.

—¿Qué tal? Suenas como un tuberculoso. ¿Qué estabas diciendo?

Bärneflod entró y llamó el ascensor.

—No, nada, que parece que es de familia, porque a mí su madre me causó la misma sensación: de vez en cuando cerraba todos los canales y ni siquiera era consciente de nuestra presencia. Y en otros momentos era demasiado consciente de nuestra presencia. Menuda pirada. No es de extrañar que el chico se haya vuelto loco, pobrecillo.

Tell asintió con expresión ausente. Encaminó sus pasos hacia la cafetería, en lugar de a su despacho, pues sabía que no sería capaz de concentrarse en nada sensato.

Bärneflod siguió su estela sin dejar de hablar, sin precisar más público que el que había hallado en Tell. Al igual que el comisario, se sirvió un café y un bollo de canela.

Se llevaron el tentempié a su sección, donde se les unió Gonzales, que parecía necesitar algo de compañía tras varias horas de trabajo en solitario.

—¡Qué mierda! ¡Cómo sufre mi muñeca de tanto ordenador y tanto teléfono! —se lamentó a modo de introducción, mientras describía círculos en el aire con un mohín de dolor en la cara—. Los que pasamos mucho tiempo al teléfono, ¿no deberíamos tener auriculares?

Tell disimuló una sonrisa complacida. Existían tantas similitudes entre Gonzales y él tal como era al principio de su carrera... Impaciente, entusiasta y ávido de experiencias fuertes. Seguramente, en aquellos momentos estaría pasando por la fase de decepción ante la realidad de que el trabajo no satisficiera sus expectativas.

—¿Habéis sacado algo de la visita? —preguntó el joven colega dirigiéndose a Bärneflod. Este le hincó el diente al bollo de canela, negó moviendo la cabeza y señaló a Tell.

—Pues no mucho, ya ves. Que esa mujer parece estar chiflada y poco más. Muy desagradable, si quieres saber mi opinión. No me gustaría toparme con ella en un callejón oscuro.

—Vale, pues yo sí he encontrado algo. He estado hablando por teléfono con...

Tell le puso la mano delante de la nariz y Gonzales guardó silencio.

—Espera, acabo de recordar otra cosa muy extraña de esa mujer. Mientras estábamos allí, apareció una chica de treinta y cinco o cuarenta. Dijo que era de los servicios de atención domiciliaria, pero tanto yo como Bengt notamos que allí había algo que no encajaba, ¿verdad?

Bärneflod asintió vehemente.

—Si aquella tía era del servicio de asistencia domiciliaria, yo soy el Pato Donald. No tenía... ni la ropa ni la actitud adecuadas —explicó con la boca llena de bollo de canela—. Además, le dio una coartada a la vieja.

Tell asintió.

—Quiero que revisemos todo eso con más detenimiento. Y Beckman, ¿está aquí?

—Llevaba el pelo súper corto y unos pendientes enormes y los labios pintados —prosiguió Bärneflod, como si no lo hubiesen interrumpido—. Tenía una pinta de lo más insolente. Y una serpiente grande y asquerosa tatuada en el cuello, vamos, como cualquier marino.

—¿Qué dices que tenía?

Gonzales se dio con las rodillas en la mesa y armó un escándalo general antes de transmitir su mensaje de un modo racional.

\* \* \*

Tell frenó delante del edificio de ladrillo rojizo después de un eslalon por la autovía con las luces de emergencia encendidas y, en ese preciso momento, se encendió el móvil y apareció en la pantalla el número de Michael Gonzales.

Había notado su decepción cuando le ordenó que se quedase en la comisaría para averiguar enseguida cuanto fuese posible sobre la mujer de la serpiente tatuada en el cuello. Y no fue sólo por el presentimiento de que Bärneflod se ofendería muchísimo si le sugiriesen que él debía quedarse amarrado al escritorio.

Pese a sus prejuicios y a su falta de espiritualidad y de habilidad social, era indiscutible que Bengt Bärneflod tenía más de treinta años de experiencia en aquel tipo de situaciones, de modo que actuaba con el piloto automático y se mostraba notablemente impávido con independencia del tipo de intervención. Mantenía la cabeza fría en situaciones en que otros policías curtidos podían perderla. Tell ignoraba si ello se debía a su incapacidad emocional para permitir que las crisis ajenas le afectasen lo más mínimo, y, para el caso, poco importaba cuál fuera la causa. Debía admitir que aunque a veces, incluso muy a menudo, se sentía más que harto del colega, para él era una garantía llevarlo consigo en intervenciones arriesgadas.

Cierto que la visita que iban a hacerle a Solveig Granith no era, en términos policiales, una visita peligrosa. En el apartamento habría a lo sumo dos mujeres, por más que estuviesen locas de atar. Pero Tell tenía un mal presentimiento. Además, estaba convencido de que el modo en que jugasen sus cartas en los próximos sesenta minutos sería decisivo para la resolución de un caso que él había dado por zanjado hacía tan sólo un par de días.

Ahora, Gonzales le confirmó brevemente la información facilitada por Greta Larsson: según los datos que había recabado sobre Caroline Selander, ésta había estado interna en una clínica psiquiátrica en tres ocasiones, entre los dieciocho y los veintiún años. Había enviado una solicitud para tener acceso a la historia clínica, pero, como ya sabían, podían tardar en concederlo.

—Antes del psiquiátrico estuvo encerrada en un centro terapéutico durante más de un año... Hasta que cumplió la mayoría de edad. Ley de Protección del Menor. Sentenciada a cuidados psiquiátricos penitenciarios a los diecinueve, por intento de asesinato. La persona a la que intentó matar era Gunnar Selander, su padre. Y eso es todo por ahora. Tomáoslo con calma.

\* \* \*

La aceleración cardiaca le resultaba familiar de sus tiempos de policía de seguridad ciudadana. El ir con los cinco sentidos. La detección de los detalles. Tell advirtió que la manivela de la portezuela de la rampa para arrojar los desechos estaba suelta en el segundo piso y la portezuela, entreabierta. Un leve olor a residuos en descomposición inundaba el rellano. Cayó en la cuenta de que, desde que ascendió a comisario, la cantidad de escaleras extrañas que transitaba durante la semana se había reducido de forma drástica.

Metió la mano en el bolsillo interior en busca de la cartera. El peso del arma le resultaba insólito, pero le infundía seguridad, como siempre que se ponía la funda de la pistola. Llamó a la puerta, puso la placa delante de la mirilla y aguardó la respuesta.

Nada se oía en el interior del apartamento. Se dio la vuelta y miró a Bärneflod. Él también se había llevado la mano al arma.

El colega asintió. Tell presionó el picaporte y la puerta se abrió silenciosa.

Durante el trayecto habían recordado juntos la planificación del apartamento, que el pasillo era estrecho y que el baño estaba enfrente. Que la cocina quedaba al fondo a la izquierda, contigua a la sala de estar. El olor era el mismo, constataron enseguida: un aire viciado de humo y carente de oxígeno, con un toque de fruta demasiado madura.

Hallaron a Solveig Granith sentada en el mismo lugar, con las manos abiertas y las palmas hacia arriba, apoyadas en las rodillas nudosas, como un perro declarando su sumisión. O como una persona que, resignada, hubiese aceptado por fin cuanto pudiera sobrevenirle.

Tenía la mirada perdida en el vacío. Los fragmentos de la paloma de porcelana rota seguían allí, en un pequeño montón en el suelo. Tell bajó el arma e hizo un gesto por encima del hombro. Bärneflod empezó a inspeccionar las habitaciones con

cautela, en busca de Selander. Era evidente que ya no estaba en el apartamento.

Tell se acuclilló.

—¿Dónde está Caroline Selander? —le preguntó sereno.

Solveig Granith no pareció haberlo visto siquiera.

—La encontraremos, Solveig. Sólo que nos llevará un poco más de tiempo sin tu ayuda. Y protegiéndola a ella sólo consigues perjudicarte.

Se atrevió a acercarse un poco más. Aún acuclillado, recogió los fragmentos de la paloma y los posó con un tintineo sobre la mesa, al lado de Solveig. La mujer entrecerró los ojos y las palmas de sus manos enrojecidas se plegaron instintivamente, como si quisieran proteger la figura quebrada.

—No debes protegerla, Solveig —Tell se acercó tanto que, con el brazo extendido, podía tocarle la pierna, pero no lo hizo—. No tendrás fuerzas para ello. Además, no se lo merece. Te ha dejado aquí, ¿verdad? No se ha molestado en llevarte consigo, así que, ¿por qué ibas tú a arriesgar nada por ella?

Durante unos minutos, lo único que se oyó fue el sonido de puertas que se abrían y se cerraban, el ruido amortiguado de los movimientos de Bärneflod.

«Joder, ni siquiera ha pestañeado desde que llegué», pensó Tell.

De pronto, reconoció en aquella mujer a su hijo. Tal y como había dicho Bärneflod, ambos tenían la capacidad de anular la realidad cuando se les hacía demasiado insoportable.

—¿Dónde está, Solveig? —repitió—. Tú no has matado a nadie, ¿verdad? Todo lo que está ocurriendo... Eso no es cosa tuya, ¿cierto? Pero mientras no podamos interrogar a Caroline Selander, tú eres la única que tiene un móvil y que carece de coartada. Habla, por tu propio bien.

Dijo las últimas palabras concentrado a medias en los sonidos cada vez más ruidosos del interior del apartamento y en el breve grito de sorpresa de Bärneflod. En efecto, el colega apareció en el umbral segundos más tarde con la pistola apuntando al suelo. Parecía sereno.

—Jefe, creo que deberías venir a echar un vistazo —dijo sin más explicación.

Tell pasó por delante de él y siguió hasta el pasillo. La desagradable sensación que había tenido todo el tiempo se acentuó y, de repente, comprendió qué lo había movido a conducir a toda velocidad, por qué tenía el corazón en un puño.

Seja y sus remordimientos irracionales y sus malditas pretensiones periodísticas. En el vestíbulo de la comisaría, ella quiso contarle algo relacionado con Caroline Selander. Se había enterado de algo relevante para el caso, pero él estaba demasiado cansado y fue demasiado orgulloso para escuchar. Y de ese modo, la impulsó a acudir sola a aquel apartamento. A aquella casa pestilente, tenebrosa y repugnante, habitada por dos psicóticas...

Bärneflod salió al pasillo móvil en mano y señaló sin decir nada la habitación de

la que él acababa de salir. La lámpara del techo vertía su luz sobre la moqueta marrón del pasillo.

—... una mujer de unos treinta años —oyó decir fríamente a Bärneflod—. No, no, está viva, pero le han dado un buen golpe en la cabeza... Sí, exacto, relacionado con ese caso. Incluso creo que se trata de uno de los testigos a los que interrogamos.

Seja yacía en una posición extraña, con un brazo doblado bajo su propio cuerpo. A primera vista, se diría que tenía el cuello roto. Tell se quedó helado, pero advirtió enseguida que la cabeza estaba ladeada y que reposaba sobre su cabello. Había sangre en el umbral de la puerta y bajo el cuerpo de Seja.

Seguramente, la habían golpeado cuando entraba en la habitación y luego la arrastraron algo más de medio metro hacia el interior para que no estorbase a la puerta. «Nadie se ha molestado en colocarla en una postura más cómoda», se dijo con irracional impotencia. La tensión de los tendones del cuello resultaba obscena y el modo en que quedaban a la vista hacía pensar en una escena amañada. Lo que más lo incomodaba era su vulnerabilidad: ¿cuánto tiempo llevaba allí tendida con la garganta descubierta en aquella casa de locos?

Se arrodilló y le colocó bien el brazo y la cabeza. La mano de Seja se estremeció al contacto de las suyas.

Al parecer, Bärneflod había localizado al comisario responsable del grupo de homicidios de Borås y, mientras charlaba con él, soltó una risotada estentórea y absolutamente impropia. La frustración de Tell se materializó en una ira concentrada dirigida contra su colega, que parecía haberse contentado con comprobar que Seja estaba viva antes de ponerse a charlar con Björkman.

Tell le oyó lanzar un silbido.

—¡Perfecto!

Por lo que iba comentando Bärneflod, Tell comprendió que habían comprobado la existencia de una autocaravana registrada a nombre de Caroline Selander.

—¡Baja un poco la voz, joder! —le espetó Tell entre dientes—. Y da una orden de búsqueda de inmediato.

—Gracias, sé hacer mi trabajo —Bärneflod aún estaba lo bastante animado por el hallazgo como para no dejarse abatir por el humor incomprensible del comisario—. ¡Tell, ya tenemos a esa zorra!

Seja parpadeó brevemente cuando Tell le puso la cabeza en sus rodillas. Se le manchó el pantalón de sangre, aunque la mayor parte se había coagulado formando una masa pastosa alrededor de la herida de la cabeza.

—No tardarán en venir —le comunicó Bärneflod al tiempo que cerraba el móvil de golpe—. ¿Has visto esto, eh?

Señaló con un amplio movimiento toda la habitación, el vestidor que, a todas luces, había sido utilizado para otro fin.

Tell no se había dado cuenta hasta ese momento de la minuciosa decoración del santuario dedicado a My Granith. Las paredes estaban cubiertas de banderolas con motivos políticos y de ropa que había pertenecido a My, en distintas edades y de diversos estilos. Carteles de grupos como The Sisters of Mercy y The Cure. Una de las paredes estaba tapizada de poemas y páginas arrancadas de sus diarios.

Se acercó un poco y leyó pensamientos grandilocuentes del consabido tono existencialista. La caligrafía era típica de una adolescente: letra grande y amplia, inclinada a la izquierda.

En un taburete alargado se veían pilas de discos de vinilo junto a ejemplares de literatura juvenil, anuarios escolares, revistas de sociedad y de música. Todo estaba atestado de fotos y de fotocopias de imágenes de My: de niña, desnuda en el jardín junto a una piscina hinchable; a la edad de diez años, con un par de pantalones cortos y las piernas y los brazos demasiado largos; a los catorce, con el pelo teñido con *henna*.

En una mesita auxiliar cubierta con un tapete de color lila había un florero con un ramo de rosas secas y polvorientas. Por entre las flores sobresalía una tarjeta: «Felicidades, My, el día de tus dieciocho años». Sobre la mesa, en un marco dorado había colgada una ampliación en blanco y negro. Tell supuso que sería una de las últimas fotos de My. Aparecía de cuerpo entero en una amplia escalinata de piedra y le sonreía al fotógrafo, tan sorprendida como relajada. Comparada con la adolescente huraña de la foto de al lado, allí se la veía convertida en toda una mujer. Era una foto preciosa. Tell comprendía perfectamente que la hubiesen elegido como objeto de veneración.

Bärneflod apareció a su lado.

—Desagradable, ¿no? Es como una sala de inmolaciones.

Uno de los médicos de la ambulancia dio unos golpecitos en el marco de la puerta antes de entrar. En ese mismo momento, Seja abrió los ojos.

—Joder —dijo al ver a Tell.

## Capítulo 64

Sin ofrecer la menor explicación a sus colegas, Tell se fue en la ambulancia rumbo al hospital de Borås. Seja estaba despierta, un tanto aturdida a causa de la conmoción cerebral que, según sabrían más tarde, había sufrido.

Con rapidez inaudita y con la ayuda de la placa, Tell hizo venir a un médico que examinó la herida que Seja tenía en la cabeza. Iba a necesitar varios puntos de sutura y, seguramente, terminaría por salirle un buen chichón.

En el apartamento no hallaron ningún objeto con el que pudiesen haberle ocasionado la lesión. El médico sugirió que debía de ser grueso y romo, quizá un bate de béisbol. Seja no conseguía recordarlo y, pese a la discreta insistencia de Tell, no quería hablar del suceso acontecido en casa de Solveig Granith.

—Vi la silueta de una persona y sentí que me estallaba la cabeza casi al mismo tiempo. Es cuanto puedo decir. Y es cuanto deseo decir en estos momentos. Te agradezco que me acompañaras, Christian, pero ya puedes irte. Estoy cansada y sé que tienes mucho trabajo.

—Mal momento para mostrar tanto orgullo —le dijo reconviéndola con dulzura—. Además, sé que se las arreglarán perfectamente sin mí durante un par de horas.

Como cabía esperar, apenas había pronunciado aquellas palabras cuando un joven sudoroso con el uniforme de enfermero asomó la cabeza por la puerta:

—¿Christian Tell? Tengo un mensaje...

El joven se inclinó, con las manos en las rodillas.

—Mierda. Perdón, te he estado buscando por todo el hospital. Tienes que llamar a una tal Karin Beckman. Parece que es importante y cito: «Urgente de cojones».

Tell sacó el móvil, que tenía apagado, marcó el código y, acto seguido, el número directo de Beckman. Una enfermera que pasaba lo miró con el ceño fruncido y señaló un cartel en el que se veía un móvil tachado. Tell asintió e hizo un gesto de «disculpa», que dirigió tanto a la enfermera como a Seja.

El eco de su voz resonó en el pasillo, que en ese momento estaba desierto.

—¿Beckman? ¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? —respondió ella. Por el tono crispado de su voz, Tell comprendió que algo había sucedido—. ¿Dónde estás? —preguntó—. Bärneflod me dijo que habías ido al hospital y...

—A ver, habla.

Un médico se acercó estresado por el pasillo y Tell se volvió hacia la pared, ocultando como pudo el teléfono en el cuello del abrigo.

—Han detenido a Caroline Selander en Ystad, en el muelle del transbordador de Polonia y...

Tell supuso que Beckman había entrado en el ascensor, ya que la conexión



empeoró de pronto.

—... la policía ha registrado la autocaravana y ha encontrado...

La voz de Beckman se perdió entre los ruidos.

—¡Coño, sal ya del ascensor! —le gritó Tell.

Una mujer con las piernas y los brazos escayolados pasó en una silla de ruedas y le dedicó una mirada de reproche.

—... un cuchillo que muy bien podría haber sido el usado para asesinar a Molin —prosiguió Beckman—. Lo han lavado, pero según el perito, deberían poder aislar alguna huella, puesto que el puño es de madera.

—Bien —respondió Tell—. Me encargaré de ello en cuanto la traigan. ¿Qué te contaron de la detención? ¿Opuso...?

—Christian —lo interrumpió ella, con la voz tensa del principio. Tell intuía que había algo más. Oyó que Beckman entraba en una habitación, seguramente en su despacho, y cerraba la puerta—. Östergren se desmayó en su despacho hace dos horas. Vino a buscarla una ambulancia.

Tell retrocedió con torpeza un par de pasos y apoyó la espalda y la cabeza en la pared. Sintió un repentino mareo y una sequedad amarga en la boca. «¿Cuándo fue la última vez que comí bien? —se preguntó absurdamente—. Un bocadillo, un bollo de canela. ¿Fue ayer cuando compré la pizza en La Gambero? ¿O fue anteayer?».

—¿Hola? Oye, Christian, ¿sigues ahí?

Se presionó la frente con la palma de la mano.

—Sí, estoy aquí. ¿Cómo está?

—Pues como comprenderás, no lo sé. En el hospital no le dan información más que a los familiares. Renée tenía el móvil del marido, pero, desde que se enteró de la noticia y se fue en taxi al hospital, no lo ha cogido. ¡Dios! ¡No sé si puedo con esto!

Tell se sorprendió al oír a Beckman: se diría que estaba llorando. Nunca pensó que su relación con la comisaria jefe hubiese llegado a ser tan íntima. Se serenó y le dijo:

—Karin, voy a salir. No cuelgues.

Dicho esto, tomó el ascensor y, ya en la puerta del hospital, la llamó de nuevo. Le dio la impresión de que aquel breve espacio de tiempo bastó para que su colega recobrará el temple. «Cobarde», sentenció Tell para sí.

Beckman carraspeó para aclararse la garganta.

—Perdona, no sé qué me pasa. Demasiados acontecimientos, todo de golpe. He dejado a Göran, esta vez va en serio. O al menos, creo que esta vez va en serio.

Tell aguardaba con interés que su colega continuase, pero no fue así.

—No tienes nada por lo que excusarte —le aseguró. Durante un instante, se hizo el silencio, pero fue un silencio agradable y lenitivo.

—Sí —replicó ella—. A veces hay que pedir perdón. Y yo pido perdón por

pasarme de lista. Esto de la muerte nos afecta a todos, a cada uno de una manera. No sólo a ti. A mí también. Quiero decir que está muy bien tener un montón de opiniones teóricas, pero en la práctica... —Beckman se sonó ruidosamente, antes de proseguir—: Bueno, sólo quería decir que me alegro mucho de las conversaciones que mantenemos. Sé que a veces parece que son sólo por ti, pero yo también las necesito.

—No pasa nada, Karin —respondió Tell. La nieve empezaba a caer en tímidos copos sobre el aparcamiento de enfrente—. Está bien poder contar con la gente para cosas.

En condiciones normales se habría irritado por lo simplón de su respuesta, pero, en aquel contexto de sinceridad mutua, concluyó que sentía lo que acababa de decir.

—Oye, por cierto —prosiguió—. Decías que se llevaron a Östergren hace un par de horas, ¿no? Pues entonces no es tan raro que no puedas hablar con ellos. Es una mierda, Karin, pero en estos momentos no puedes hacer nada. Tendrás que esperar hasta mañana, pase lo que pase.

—Pero ¿y si no sale de esta?

—Ya... —respondió Tell—. De todos modos, no podrás hacer nada, salvo aguardar pacientemente.

Karin Beckman rompió a reír, sin dejar de sollozar.

—Vale, lo que quieres decir es «Karin, en estos momentos no puedes tener el control. Al menos, no sobre la muerte».

—Sí, algo así.

Por un instante, Tell creyó que había colgado, cuando la oyó hablar en un tono más animado.

—Por cierto, Björkman me llamó para contarme lo que habían encontrado en la casa de Bart. Un fajo escondido de cartas. De su hermana. Al parecer, intentó sacarle dinero.

—Pero ¿cómo? No, espera, déjame adivinarlo: lo amenazó con contar lo que sabía de su complicidad en lo del club de motoristas, ¿no es eso?

—Exacto. Se ve que, según ella, él se había quedado en alguna ocasión con un dinero que le pertenecía y, de este modo, intentaba recuperarlo.

—Ajá. Fíjate lo que son las cosas.

Tell rebuscó en los bolsillos para ver si encontraba el papel donde había anotado el número de teléfono de la habitación de Seja. Debía procurar marcharse antes de que empezase a nevar de verdad, tan pronto como fuera posible, para no arriesgarse a tener que esperar a que las quitanieves terminasen su trabajo. Y pensó que bien podía decírselo por teléfono.

Sin embargo, no quería colgar sin asegurarse de que Beckman se encontraba bien. Ella no solía bajar la guardia ni se permitía mostrarse débil. Si ahora había comprendido que no sólo era posible sino, además, beneficioso a veces, quizá la

próxima no le costaría tanto.

Pero fue Beckman quien puso fin a la conversación.

—Vuelve con la chica —le dijo—. Seguro que está esperándote.

Tell no supo qué responder. Allí estaba, desorientado, con las llaves del coche a unos centímetros de la cerradura, incapaz de darse el último empujón necesario para abrirla y entrar en el coche. Estaba cansado.

En su cabeza se mezclaban un sinfín de ideas y de preguntas, pero comprendió que no conseguiría aclararse allí, en medio del aparcamiento. Ni bajo la nieve, que caía con más fuerza posándose sobre el asfalto como una blanda membrana.

De repente, recordó que se lo había oído decir a alguien: que aquella noche iba a nevar. Quizá en las noticias de la mañana. Se dio la vuelta, aún vacilante, y se quedó con la imagen del aparcamiento medio vacío.

Se veía luz en casi todas las ventanas del hospital y, aquí y allá, incluso un candelabro de Adviento olvidado. Pensó que las personas que allí había luchaban por su vida en aquellos momentos.

Se guardó las llaves en el bolsillo y volvió a entrar por la puerta giratoria. No se quitó el abrigo, pues no pensaba quedarse mucho tiempo pero, de todos modos, le diría a Seja personalmente que se marchaba. Y también que pensaba volver.

## Epílogo

Christian Tell miró a su alrededor en la terraza acristalada, típica de los chalets de un solo piso a los que solían ir adosadas. Había plantas de todo tipo. Alguna que otra la reconocía de su infancia. Una de ellas, los collares de corazones, quizá porque el nombre rara vez coincidía con su aspecto. Los geranios, claro está. Del techo colgaban largas ramas de color verde oscuro, tan frondosas y ensortijadas que resultaba difícil distinguir de qué macetero procedía cada una.

«Östergren no tiene tan buena mano con las plantas, seguro —se dijo Tell recordando el despacho de la comisaria jefe, con sus alféizares absolutamente desiertos—. Debe de ser cosa del marido».

Constató que el jardín de la parte trasera de la casa no se hallaba tan cuidado como el resto de la parcela. Cierto que el césped estaba bien cortado, pero los árboles crecían sin podar y los arbustos, salvajes. Los cipreses se erguían altos hacia el cielo. Más allá de la porción de césped, se veían los primeros árboles de un soto o arboleda en cuya linde contraria debía de extenderse la bahía de Askimsvik.

Desde la cocina se oía la voz de Gustav Östergren, que reprendía con ternura a su esposa por esforzarse inútilmente. Ella rechazó irritada su preocupación, pero se excusó enseguida. Tell sonrió con tristeza. Después de tantos años juntos, no era poco lo que había que tener en cuenta en la relación de pareja.

Östergren pareció alegrarse de veras al verlo. Llevaban mucho tiempo sin hablar. A decir verdad, desde que a ella le dieron la baja indefinida. Y desde antes, incluso.

Tell aún se sentía incómodo y su primer impulso al ver la casa había sido el de pasar de largo, con la excusa de que no había llamado antes para advertirles de su visita. Era temprano. Ella quizá estuviese durmiendo aún.

—No puedo quedarme mucho tiempo —fue la primera frase ridícula que se le ocurrió decir cuando Östergren le abrió la puerta con expresión de sorpresa. Señaló el reloj, abochornado—. Bueno, ya sabes.

En un primer momento, Östergren permaneció impertérrita y seria, como si no lo reconociese fuera de su contexto normal. Luego dijo su nombre y estalló en una risa inmotivada, casi alegre. Tell pensó que se alegraba de oírla reír.

—Sólo quería ver qué tal.

—Si miras a ver qué tal esperando en la terraza, preparo café.

Se había puesto un traje nuevo, uno de color gris claro, en lugar del oscuro que solía llevar. Distráido, retiró una hilacha de la pernera, sacó una cajita de tabaco de mascar General Portion, también nueva y, con mano inexperta, se puso bajo el labio una porción.

Seja le había hecho una propuesta: si pasaba un mes sin fumar, lo invitaría a un viaje de los llamados «de último minuto». No le dijo adonde, sólo que sería «a algún

lugar cálido». Ella ignoraba lo largo que podía ser un mes en sus circunstancias. Además, era ridículo que ella, que tenía una economía tan precaria, lo invitase a ningún sitio. Sin embargo, él deseaba emprender un viaje con ella, lo deseaba con todas sus fuerzas. Y sólo por eso valía la pena pasar aquella tortura.

Gustav Östergren salió con un termo de café. Antes de ponerlo en la mesa, retiró del mantel un par de hojas secas.

—¿Os ayudo a algo? —preguntó Tell, como un niño de visita en casa de un pariente anciano. Por primera vez tuvo conciencia de la diferencia de edad. Östergren no era mucho mayor que él, pero los símbolos generacionales que adornaban la casa le recordaron a los de sus padres: la foto de boda en la pared de la sala de estar, donde se veía a Ann-Christine Östergren con el peinado típico de los años sesenta. El césped artificial de la terraza acristalada. Las hamacas de mullidos cojines. Los posavasos de madera de pino.

Todo aquello lo dejó desconcertado, lo hacía sentir extraño ante aquella persona con la que había tenido contacto diario y con la que había colaborado estrechamente durante muchos años. Para él, su jefa no tenía edad, no era ni vieja ni joven, ni mujer, ni un ser humano con pensamientos y sentimientos relativos a nada que no fuese el trabajo.

De repente se preguntó cómo se había sentido al verse tan limitada. Si ella habría participado en la creación de ese papel o si, como otros, habría optado por afirmar y desarrollar tan sólo ciertas facetas de su persona.

—Anki, ¿puedes traer el azucarero?

Cuando, durante la última conversación que mantuvieron, Östergren mencionó a su marido, Tell se sorprendió ante el hecho de que estuviera casada. Enseguida se forjó una imagen del hombre en cuestión.

Ahora comprobaba que Gustav Östergren estaba lejos de ser el abogado o el hombre de negocios jubilado, alto e imponente, que él se había imaginado. Por otro lado, cayó en la cuenta de que, de hecho, él sabía de su existencia e incluso lo había visto en una ocasión, hacía varios años. Fue en una cena de Navidad de la asociación de jardinería Trädgårdsförening. Tell recordaba que Carina lo tuvo a su lado durante la cena y quedó encantada con aquel hombre sencillo de indómito cabello gris y barba muy poblada y de mirada amable, que llevaba la camisa por fuera de los vaqueros y los vaqueros por dentro de los calcetines, de modo que más parecía un Papá Noel. Gustav Östergren se puso las gafas y leyó la fecha de caducidad de la leche, antes de servirla en una jarrita.

Ann-Christine Östergren llegó con el azucarero. Caminaba despacio. Tell no creía haberla visto nunca moverse con tal lentitud. Se preguntó si sentiría algún dolor.

—No penséis que soy descortés si me voy un rato al garaje —dijo Gustav Östergren—. Es que tengo un pequeño proyecto, ¿sabes? Me he embarcado en la

tarea de construir un violín. Claro que no es seguro que lo termine. Ven a verlo luego, si quieres.

Se puso un par de zuecos y salió por la puerta de la terraza.

Ann-Christine Östergren sonrió con ternura, como para sí misma.

—Quiere dejarnos solos, por eso se ha ido.

—Es impresionante, ponerse a construir un violín —observó Tell.

Ella asintió.

—Siempre ha sido su sueño. Y ahora que ha dejado de trabajar —se ha retirado con un par de años de antelación para poder estar en casa conmigo—, tiene tiempo de dedicarse a ello.

Se hizo el silencio. Una urraca se posó en la tarima de madera que había al otro lado de la ventana.

—Todos te echamos de menos en el trabajo —dijo Tell al cabo de un rato.

—Gracias. La verdad es que yo no echo tanto de menos el trabajo. Por lo menos, no tanto como pensaba. Todo es relativo. Pensé que no saldría adelante si no me aferraba al trabajo. Por alguna extraña razón, creía que mientras estuviese trabajando, seguiría viva; que si me quedaba en casa, le daría la razón al cáncer. Sería como sentarse a esperar la muerte, ni más ni menos. No soportaba la idea. Sería una muerte doble. Ya sabes, en el trabajo, uno sabe quién es. Puede que yo no fuese la mejor del mundo en mi puesto, pero era buena. En casa no soy nada especial. No hago nada especial. Aunque, bueno, ahora he empezado a leer otra vez —se le iluminó la cara—. De joven leía a todas horas. Nada de envidia, ya sabes, novelas policíacas, biografías. Ahora acabo de terminar una de la pintora Frida Kahlo. Una mujer fascinante. Un destino fascinante.

—Sí, también han hecho una película sobre ella —recordó Tell—. Con... Penélope Cruz, ¿no se llama así? O... bueno, creo que es ella. También una mujer fascinante. Y muy guapa.

Östergren soltó una carcajada y, con la sonrisa aún en los labios, le preguntó:

—Y a ti, ¿qué tal te va?

Tell se encogió de hombros.

—Pues no sé qué decirte. Más o menos como de costumbre. A la mujer de Bärneflod se le ha ocurrido invitar a cenar a todo el equipo, idea que a Bengt no le hace ninguna gracia. De hecho, se pasa los días quejándose de que, al parecer, no tenía bastante con aguantarnos de lunes a viernes, sino que además tendrá que vernos el sábado, en su casa, e invitarnos a unas copas.

Östergren volvió a reírse, meneando la cabeza. Tell pensó que hacía mucho tiempo que no la veía reír. Cogió una galleta de canela y continuó poniéndola al día de lo que había sucedido en la comisaría desde que ella se marchó.

—Gonzales cogió a un joven por la violación del parque Vasaparken en la que

murió la chica. Su esperma coincidía. Y otras tres chicas que habían denunciado haber sido violadas el año pasado lo identificaron. Además, cuando ya lo teníamos, nos chivó que su primo le había echado una mano.

—¡Qué horror!

—Pues sí. Pero bueno, ahora están los dos fuera de combate.

Tell dio una palmada para subrayar lo terminante de sus palabras y la urraca alzó el vuelo. Tomó un trago de café y prosiguió:

—Beckman y Karlberg se fueron al curso el lunes pasado. Ya sabes, el curso al que habrían ido en Navidad, de no haberse presentado el caso del jeep.

—Eh... sí, ya sé.

Östergren dio un mordisco a un bollo de canela y retiró meticulosamente las migajas del jersey turquesa. Su gesto le hizo ver a Tell que también aquello se apartaba de lo habitual: Östergren siempre iba de negro.

—Pero ese caso está cerrado, por cierto —prosiguió Tell cumplidor, pese a que le daba la impresión de que Östergren lo escuchaba sólo a medias—. Cierto que Selander había limpiado el cuchillo que hallaron oculto en la puerta de su autocaravana, pero la Científica encontró restos de sangre de Molin en el puño. Y ella confesó en cuanto vio que todo estaba perdido. Al parecer, Sebastian Granith y Caroline Selander no planearon juntos los asesinatos, al menos no abiertamente, pero... ¿cómo decirlo? Parece que se enardecieron el uno al otro en su deseo de venganza. Los tres: la madre, el hermano y la amante. Se diría que habían sellado un pacto tripartito de locura total. Por cierto que Solveig Granith no está en condiciones de ser interrogada. Aún sigue en Lillhagen.

Östergren asintió pensativa.

—Desde luego, cabe preguntarse por qué alguien esperaría once años para matar a otro —observó.

Tell se encogió de hombros.

—Sí, bueno, en el caso de esa pandilla de chalados, cabe cuestionarse mil cosas. Yo no soy ningún experto, pero también me hice esa pregunta, claro.

—¿Y qué opinas?

—Opino que, por separado y por perturbados que estén, no habrían sido capaces de cometer un asesinato. Bueno, Selander tiene a su espalda una larga historia de delitos violentos, incluido el intento de asesinar a su padre. Pero, como quiera que sea, yo creo que la desafortunada combinación de esos tres individuos se produjo justo en virtud de la pérdida común de un ser querido. Y creo que llegaron a ser dependientes unos de otros, aunque no del mismo modo. Creo que vivieron juntos año tras año acuciándose, incitándose mutuamente, vamos. Formaron un club secreto del odio, un pacto en el que la adolescente muerta se convirtió en un símbolo de lo que les faltaba. Al final de los interrogatorios, Sebastian Granith dijo que él ya había

pagado su culpa. Estaba satisfecho. En cierto modo, era como si hubiese asumido la responsabilidad de lo que le ocurrió a My, no me preguntes cómo ni por qué, pero los asesinatos de Edell, Bart y Molin serían para él una especie de desagravio. Y una manera de impresionar o de ser aceptado por su madre y por Caroline. Como si, con el paso de los años, se hubiese visto abocado a una situación en que los asesinatos se presentaban como la única alternativa.

Tell tenía el entrecejo fruncido. Al finalizar se relajó y, algo abochornado, añadió:

—¡Qué puñetas! Beckman es mejor que yo con la psicología. Pero supongo que hay preguntas cuya respuesta nunca averiguamos.

Östergren protestó y le aseguró que lo que decía resultaba muy interesante y Tell dedujo que deseaba que continuase. Se sirvió otra taza de café.

—En cualquier caso, cuando se vio abrumada por las pruebas, Caroline Selander confesó que Sebastian Granith le había enviado al móvil un mensaje de texto, justo cuando lo detuvimos. «*Two down. One more to go*», decía más o menos. Debía de tenerlo programado por si lo cogíamos, pues no lo dejamos sin vigilancia ni un momento. Por cierto que luego encontramos el móvil, después de que ella hubiera confesado. Estaba hundido en la tierra por la que anduvimos, delante de la casa. La verdad, fue un poco ridículo.

—¡Huy! Vaya.

—Sí, ¿verdad? Así que cuando recibió el mensaje, Caroline supo que Sebastian ya había matado a los dos primeros, y que lo habíamos cogido. Entonces entendió que era su deber encargarse del tercero y así lo hizo, sin pensárselo dos veces y sin planearlo. Intuía que era urgente, que la policía ya conocía los antecedentes de toda la historia y que sólo era cuestión de tiempo que... bueno, ya me entiendes. Sencillamente, lo apuñala sin más miramiento, lava el cuchillo y se fuga en la autocaravana que tiene registrada a su nombre. Y luego, claro, no tardaron en dar con ella.

—¿La policía de Ystad?

—Exacto.

—Y antes de eso, ¿le asestó aquel golpe a Seja Lundberg?

Tell tragó saliva.

—Seja Lundberg empezó a sospechar de Caroline Selander tras la conversación mantenida con un viejo conocido común.

—Es decir, que hizo sus propias averiguaciones.

—Sus propias averiguaciones, eso es. Selander se puso nerviosa cuando comprendió que Seja le iba siguiendo la pista.

Östergren volvió a asentir.

—Leí su artículo. Estaba bien. Inteligente —dicho esto, se inclinó y posó levemente su mano en la de Tell, como de pasada, antes de coger la jarra de la leche



—. Bien. Pero, en fin, yo preguntaba que cómo te iba a ti. Cómo estás tú. Y tu chica, ¿cómo se encuentra?

Por un instante, Tell quedó perplejo. ¿A qué se refería? ¿Acaso no sabía que Carina y él habían terminado? O quizá fuese más verosímil pensar que alguien del trabajo le hubiese hablado a Ann-Christine de Seja...

Östergren exhaló un suspiro.

—¿Por qué pones esa cara de susto? Para empezar, yo estoy prácticamente jubilada y, por tanto, ya no soy tu jefa, es decir, no te expones a ningún tipo de medida por mi parte. Para continuar, y esto es más importante, soy tu amiga. O al menos, eso creía yo. Cierto que no he sido muy abierta en todo momento, pero siempre tuve la sensación de que tú y yo nos parecíamos bastante. De que nos entendíamos. Yo confiaba en que...

—Sí, pero... —protestó Tell.

—... confiaba en que... —se detuvo y le apuntó con el dedo— tú serías capaz de valorar los riesgos que entrañaba tu conducta. Tienes la capacidad necesaria para hacerlo, aunque, en este caso, llegaste al límite. Por eso me sentí muy dolida al ver que no pensabas que pudieras hablar conmigo de ello. Y que, en cambio, me evitabas sistemáticamente. Fue una cobardía por tu parte.

—Sí.

—Y una actitud bastante infantil.

Tell no la miró a la cara, pero intuyó que Ann-Christine exhibía una sonrisa apenas perceptible. Por alguna razón, eso le hizo sentirse aún más débil.

—Por supuesto —dijo alzando la voz—. Y puesto que has abordado el tema de mi falta de valor, me gustaría pedirte perdón por no haber querido ni siquiera verte, ni recordar que existías o que existía tu enfermedad. O sea, que no era sólo por el asunto de Seja. Sencillamente, me angustiaba la idea de...

Guardó silencio e hizo un gesto de impotencia con el que pretendía simbolizar aquello que no se atrevía a mencionar.

—De que pronto moriré —dijo ella concluyendo la frase con serenidad—. Acepto la disculpa.

Tell sentía la mirada de Östergren clavada en su frente.

—¿Por qué estás enfadado? Si ni siquiera yo lo estoy... —se inclinó y lo obligó a mirarla a los ojos—. Voy a hacerte la misma pregunta que le vengo haciendo a Gustav últimamente. ¿Por qué has de estar indignado tú, cuando yo he dejado de estarlo? Ya he aceptado que me queda un año. Tengo un año para leer todos los libros que pensaba leer cuando me jubilase. Para dormir más por las mañanas. Podré utilizar la sauna que construimos hace un año, en la que apenas he tenido tiempo de entrar hasta ahora. O retomar las conversaciones que interrumpí con mi marido cuando estábamos recién casados y que abandonamos en algún punto de la escalada de mi

carrera. Y yo le digo a Gustav que debería alegrarse, ya que siempre se ha quejado de que ni lo veía siquiera.

Tell creía estar a punto de echarse a reír, pero notó asombrado que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Y, por cierto, Christian, creo que deberías alegrarte, como yo, de haber encontrado a alguien que se porta bien contigo y te aguanta, en lugar de complacerte en abrigar esos extraños remordimientos. Deja de conducirte con el miedo como guía. Deja de cuestionar si te mereces lo que tienes. Y vive. ¡Disfruta!

Tal era el entusiasmo con el que gesticulaba, que arrastró un mazo de cartas que había en la mesa y lo tiró al suelo.

Tell se dio cuenta de que, bien mirado, se sentía feliz. Feliz de pensar que Seja quizá estuviese en su apartamento cuando volviese a casa del trabajo. No se atrevía a darlo por hecho, pero tenía la esperanza de que así fuera. Y se alegraba de ello.

—Me va bien con mi chica —respondió. Y la alegría afloró a su semblante, en forma de sonrisa, cuando se agachó a recoger las cartas.

—¿Lo ves? ¡Si hasta sonrías, hombre! —dijo ella, y le dio un empujoncito en broma—. Ya sabía yo que eras capaz.

Ambos rieron un rato, al cabo del cual se hizo un denso silencio en la terraza. Gustav Östergren dobló la esquina con el cortacésped, que fue a aparcar delante de la escalera del sótano.

Cuando abrió la puerta de la terraza, les llegaron los gritos de las gaviotas y una ráfaga de viento fresco les acarició el rostro. Tell advirtió que Ann-Christine se estremecía de frío.

—Está soplando el viento —comentó su marido mientras se servía una taza de café—. Viento de mar.

Y de hecho, Tell constató que ahora sí se percibía el aroma marino mientras que, cuando llegó, eran las emisiones de gas del tráfico de la hora punta lo que dominaba. Recordó que de niño siempre le gustó caminar cerca del mar cuando el viento soplaba con fuerza.

—¿Y el violín? —le preguntó a Gustav Östergren.

—Espera a que me tome este café y vamos a verlo juntos.

El hombre mojó con fruición un trozo de bollo en el café mientras que, con la mano que tenía libre, cogía una manta que había doblada junto a la puerta. Se la dio a su mujer, que, agradecida, se cubrió las piernas con ella.

Tell se puso de pie.

—Otro día, Gustav. Tengo que irme.

Le dijo a Ann-Christine un adiós sencillo y carente de dramatismo. Al contrario que cuando llegó, hacía una hora, se sentía alegre y animado.

Ya en la calle, se percató de que el viento había empezado a soplar con violencia

y de que los cipreses cedían sumisos a su empuje. Aun así, decidió dar un paseo por las rocas. Después de todo, tenía tiempo.



CAMILLA CEDER nació en 1976 y reside en Majorna, Gotemburgo (Suecia). En la actualidad alterna la literatura con su trabajo de orientadora y trabajadora social. *Grito en el hielo* es su primera novela, que ha sido ya publicada también en Alemania, Francia, Inglaterra, Holanda e Italia.

# Notas

[1] «Escuela Superior Popular». Surgidas en Dinamarca en el siglo XVIII, las también llamadas «universidades populares» son instituciones docentes para mayores de dieciocho años. En Suecia, muchas de ellas se hallan ubicadas en lugares aislados y funcionan como internados. Se trata de centros independientes de los planes de estudios oficiales en los que el alumnado dispone de gran libertad para configurar su propio currículo. Ofrecen un amplio repertorio de materias diversas, principalmente de carácter práctico y artesanal. (*N. de la T.*) <<

[2] Lilla My (Pequeña My) es el nombre de uno de los personajes creados por la escritora suecofinlandesa Tove Jansson. Habita en el valle de los Mumin y es arisca, huraña y un tanto malévola. (*N. de la T.*) <<

[3] Statens Kriminaltekniska Laboratoriet (SKL por sus siglas en sueco) es el laboratorio estatal sueco de investigaciones criminológicas. *(N. de la T.)* <<



[4] Monumento estatal que también da nombre a los únicos establecimientos comerciales donde es lícita la venta de bebidas alcohólicas. (*N. de la T.*) <<

[5] Fecha en la que, desde el siglo XIX, se conmemora la caída del rey sueco Carlos XII en el frente de Fredriksten (Noruega). Su muerte y derrota supuso la pérdida definitiva de la supremacía de Suecia como potencia europea. Desde hace unas décadas, cada 30 de noviembre se celebran manifestaciones organizadas por activistas xenófobos de extrema derecha y contramanifestaciones de grupos de izquierdistas radicales, que suelen terminar en violentos disturbios. (*N. de la T.*) <<

[6] *Vargen*, el apodo del personaje, significa «el lobo». (N. de la T.) <<